

# CALFUCURÁ

## La conquista de las pampas

Álvaro Yunque

Prólogos Guillermo David y  
Mario Tesler



# **Calfucurá**

La conquista de las pampas



# **Calfucurá**

La conquista de las pampas

Álvaro Yunque



Álvaro Yunque

Calfucurá : La conquista de las pampas. - 1a ed. - Buenos Aires  
: Biblioteca Nacional, 2008.  
568 p. ; 13 x 19 cm.

ISBN 978-987-9350-21-8

1. Conquista del Desierto. 2. Indigenismo. I. Título  
CDD 982

**COLECCIÓN REEDICIONES Y ANTOLOGÍAS**  
**Biblioteca Nacional**

**Director de la Biblioteca Nacional:** Horacio González  
**Subdirectora de la Biblioteca Nacional:** Elsa Barber

**Coordinación Editorial:** Sebastián Scolnik, Horacio Nieva  
**Producción Editorial:** María Rita Fernández, Ignacio Gago, Paula Ruggeri  
**Diseño Editorial:** Alejandro Truant | Área de Diseño Gráfico  
**Colaboración:** Juana Orquín, Susana Pujol, Noemí Cavallo, Alba Gandolfi  
**Corrección:** Ana Lía Efrón

© 2008, Biblioteca Nacional  
Agüero 2502 (C1425EID)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
publicaciones@bibnal.edu.ar  
*www.bn.gov.ar*

**ISBN:** 978-987-9350-21-8

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de los editores.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

## Índice

Yunque, nuestro Mariátegui Guillermo David	7
Acerca de sus trabajos de historiador Mario Tesler	19
Calfucurá	
Proemio	55
Primera parte	65
Segunda parte	119
Tercera parte	191
Cuarta parte	295
Quinta parte	439
Bibliografía	557



# **Yunque, nuestro Mariátegui**

Guillermo David



## Yunque, nuestro Mariátegui

El peso de la historiografía liberal en la conformación del imaginario de izquierdas en la Argentina es uno de los motivos no menores de la tardía visibilidad de la cuestión indígena entre sus preocupaciones. Izquierda indiana sin indios, la situación de los pueblos originarios no sería tematizada más que en los márgenes de sus discursos y apenas circularía por los laterales de sus aparatos culturales antes de ingresar en los programas partidarios. Pero ello no sucedería sino hasta bien entrados los noventa en que la implosión de los Estados-Nación suscitara la emergencia de nuevas y antiguas identidades particulares —étnicas, de género, de afinidades culturales, etc.— como modos de agregación política. La aparición en México de la insurgencia zapatista sería el toque de alerta que pondría de manifiesto, entre otras, aquella falla.

Entretanto muchas otras voces enlazadas al Estado se habían hecho cargo del llamado *problema del indio*: ya su mera enunciación mostraba el nudo a desatar. Militares para definirlos como enemigos y salesianos para convertirlos con suave compulsión a la fe católica habían sido seguidos por médicos higienistas en la consideración de los pueblos indígenas, a quienes tratarían de conjurar en su diferencia para integrarlos en el sistema de gobernabilidad. La sucesión de historiadores, arqueólogos y etnólogos, análogas figuras modernas que ejecutarán sus rutinas taxonómicas sobre sus sujetos a quienes mayormente razonarían como resabios del pasado, irán conformando un cuerpo de saberes disponibles que reclamaban visiones y fuerzas históricas actuales que asumieran su drama íntimo en clave revolucionaria. Digamos: un Mariátegui.

Pero ninguna figura similar al *Amauta* había alertado entre nosotros sobre la dimensión étnica de la conformación nacional. Nadie había reparado en el redentorismo social de los mitos originarios que eventualmente se activarían como inusitada potencia histórica cuando las redes estatales de configuración y cooptación comunitaria se vieran debilitadas por la oleada neoliberal. Nadie en el mapa de las izquierdas

de extracción más o menos marxista había franqueado el esquematismo de clase para pensar los sujetos históricos, pese a los enormes ejemplos americanos que recorren la historia de la insurgencia emancipatoria continental. La Argentina, para las izquierdas usuales, era concebida como una civilización de trasplante sin raíces ni dimensión étnica autóctona. La Argentina era, pues, una anomalía, una nación conformada por “europeos en el exilio”. Esa visión sesgada es sin duda un capítulo constitutivo de la tragedia histórica que atraviesa al país, uno de los tantos elementos que llevó al colapso de las izquierdas que incomprendieron fenómenos complejos como el peronismo, la cuestión nacional y la cuestión indígena, entre otras. Será recién bien entrada la segunda mitad del siglo veinte y merced a la obra de autores considerados medianamente heréticos, que la toma de posición por los pueblos indígenas irá cobrando pregnancia en el discurso historiográfico de las izquierdas político-culturales, en un momento, por lo demás, en que sus formaciones partidarias trataban dificultosamente de reconvertir sus coordenadas que la habían impedido como interlocutor eficaz del movimiento de masas en auge combativo.

En ese panorama poco alentador Álvaro Yunque fue la excepción<sup>1</sup>. Un raro. Pero un raro situado en el centro de la escena. Puesto que, tras sus pasos iniciales en las filas anarquistas, desde la década del treinta fue considerado un compañero de ruta, un publicista aliado del Partido Comunista en su época clásica. Que, no sin paradoja, junto a un gran ascendiente sobre el campo cultural construido por la acción de un eficaz aparato —publicaciones, editoriales, revistas, instituciones

---

1. No fue la única. Para poner un ejemplo notable mencionemos a Liborio Justo, cuya saga historiográfica *Nuestra Patria vasalla* iniciada con *Pampas y lanzas* (1962), establece ejes similares a los de Yunque en la valoración del universo indígena. Algunas otras voces aisladas prohibirán ensayos de relevancia centrados en la pesquisa de nuestras poblaciones originarias. Menciono dos casos cuyas escansiones resuenan con visos de actualidad: los de Bernardo Canal Feijoo y Rodolfo Kusch. Aunque las izquierdas, con la notoria excepción del *Frente Indoamericano Revolucionario Popular* de los hermanos Santucho, no darían cuenta de su novedad.

de agremiación, espacios de producción y circulación de bienes simbólicos, etc.— se veía lastrado por un fatal estrabismo en la comprensión de los fenómenos históricos que debía afrontar. Yunque, que se había autorizado a sí mismo en su propio saber y obrar, a través de una importante obra de ensayista, poeta, narrador (será, sobre todo, uno de nuestros clásicos de la narrativa infantil), podía pensar por su propia cuenta y publicar sus ideas bajo la mirada displicente de los comisariatos de turno no solo amparado en su prestigio, que le daba cierta impunidad enunciativa, sino, y sobre todo, porque no era un militante encuadrado, sujeto a los consabidos llamados al orden. Pero por eso mismo su palabra era también, en cierta medida, inaudible.

Dos décadas después de la aparición del libro que presentamos la dictadura militar instaurada en marzo del 76 hará que la tragedia de la masacre cometida en la conformación de la Argentina moderna se actualizase. Con la frase “los indios, nuestros primeros desaparecidos”, David Viñas enunciaba para siempre el drama en su magnífico *Indios, ejército y fronteras*, abriendo la cuestión en nuevas coordenadas. Libro tartajado hecho en el exilio con los retazos recogidos del naufragio, lleno de vacíos, de las voces silenciadas que truenan por ocupar su lugar en la historia, operaría como un acicate en la revisión del pasado cultural de las izquierdas jugado en torno de la historiografía liberal legitimante del genocidio, no sin matices. Pero para ello había que desandar un camino ya demasiado consolidado.

Y es que mal podía la cruzada que oponía civilización a barbarie, articulada a una idea tributaria de la concepción positivista que ve en el progreso tecnológico y la acumulación económica el índice de avance de una sociedad, conducir una mirada que diera cuenta de las culturas oprimidas, sesgadas, aplastadas por la supremacía militar, económica y cultural del occidente capitalista en plena expansión. Al igual que buena parte de las clases dominantes la izquierda quería capitalismo y obreros; pero para hacer su revolución. En sus esquemas de pensamiento los demás actores históricos eran restos del pasado que se verían arrastrados por la transformación de carácter socialista en ciernes. En

ese eje, la acumulación historiográfica heredada sin demasiados correctivos impedía la visión del otro social y cultural del occidente civilizador. Entre Echeverría y Sarmiento, emblemas de aquella cosmovisión, no había lugar para *Calfucurá*.

Sin embargo Álvaro Yunque, en este contexto hostil, a fuerza de suaves martillazos de lo que llamó sus *iluminaciones* de arte con las que planteará una poética lejana de la numeralización positivista de etnólogos y militares genocidas así como de las piadosas denegaciones encubridoras de los salesianos, hará ese sitio. Habiendo investigado el tema durante los años peronistas, sin duda bajo el incentivo de ese enigma irresoluble para las izquierdas de entonces, su *Calfucurá* verá la luz en 1956, en un momento dominado por la revisión del pasado en clave política. Pero no es el suyo un revisionismo banal como el que cundiría entonces, limitado a un cambio intempestivo de signo en las valoraciones legadas por la tradición liberal. Con autonomía de criterios, y eludiendo todo carácter polémico –aunque no sin puntualizar las zonas de conflicto con las interpretaciones vigentes– Yunque procederá a entablar un diálogo nuevo con las fuentes, y propondrá un relato autónomo de las que por entonces se formulaban como las versiones pensables de la historia, ya liberal, elogiosa del avance civilizatorio a costa de las culturas originarias, ya nacionalista popular, igualmente denegador de la dimensión étnica y propiciador de un retorno a la pompa virreinal gobernada por líderes carismáticos decisionistas. Era el suyo, de inicio, un libro incatalogable para los lectores de la época.

Con lógica de tratado decimonónico, el texto se abre con una descripción del ámbito geográfico; la más crasa materialidad inhóspita se va poblando de seres –animales, plantas, y, al fin, hombres– en un movimiento envolvente donde el misterio de la Pampa se diseña con trazos de un lirismo sobrecogedor. Yunque irá avanzando con espíritu de antólogo, hilvanando citas precisas, gemas elocuentes entresacadas de los documentos más inverosímiles para ir construyendo el escenario de la epopeya que se dispone a narrar. Así, se vale en buena medida de testimonios de viajeros o de las compilaciones de Pedro de Ángelis,

pero también acuden en su auxilio textos de la literatura que no desdén tratar como fuente autorizada. Y es que, en rigor de verdad —y he aquí una marca que lo diferencia de los historiógrafos de academia— no serán centralmente los documentos cribados por la filología o dominados por un afán forense de facticidad los que confieran verdad a sus posiciones, sino su entramado conceptual cosido con estilo manso de andadura firme y bien argumentadas razones.

Hombre de letras cabal, conocedor del alma humana, Yunque muestra con claridad la ambigüedad de sus personajes en quienes no busca sancionar valores ni construir modelos éticos: en sus páginas desfilan actores sociales contradictorios, en quienes la crueldad y la vileza suelen ir acompañadas de ademanes de alta piedad y sabiduría. Son sus sujetos los hombres tomados por la historia y que, a la vez, la modulan. Aunque no por ello nuestro autor se hunde en un relativismo de pretensiones neutrales. Pues en ningún momento pierde de vista el hecho de que los pueblos aborígenes sufrieron y sufren una injusticia que culminó en masacre, y ese hecho, por más que se asienten en ideales modernos los relatos que —en vano— lo excusen, es del orden de lo no discutible.

Las diversas oleadas de avances sobre territorio aborígen, escarceos guerreros, establecimiento de zonas de confluencia, de transacción económica y cultural, irán dando paso a un incremento de la conflictualidad en su reseña histórica. En su deriva narrativa aparecen las figuras sociales características de la identidad nacional: el indio alzado, el gaucho, el matrero, la cautiva, el rastreador, el baqueano, el indio manso, el milico de frontera, la cuartelera, el soldado patrio, le irán confirmando carnadura a la historia que se apresta a contar. A partir de la gobernación Pueyrredón, Yunque muestra la aceleración del tiempo histórico en la medida en que se crispa la disputa por el territorio. Mapuches —y sus sub-etnias— desde el oeste, ranqueles del norte, avanzarán sobre la llamada línea de fronteras hasta que la constitución del poder fuerte de Juan Manuel de Rosas será contestado por la Confederación Mapuche —un verdadero Estado— de Juan Calfucurá, punto mayor de la soberanía pampa cuyo declive trazará el

destino de los suyos. Tras su muerte, la colonización cultural y, sobre todo, el avance militar a punta de rémington y telégrafos coronaría el proceso de genocidio, expropiación, y ocupación de tierras por parte del nuevo Estado aliado al imperio. El general Julio Argentino Roca y el hijo del gran lonco Manuel Namuncurá serán los protagonistas de esa historia de despojo, que para Yunque se presenta de difícil redención. “Los señores feudales de las primeras horas y dueños también del voto de sus ignorantes e inconscientes peones, seguirán torciendo a su favor, y mediante la seudo-democracia burguesa, el destino de la Argentina”. Siguiendo este diagnóstico pesimista, sin duda inspirado en el momento histórico de zozobra y en parte contraviniendo los centenares de páginas previos en que matizó el tema con equidad y mirada distanciada, Yunque concluye su libro con una intempestiva concesión a la causa de los vencedores. “Leguas de tierra inculca, despoblada o habitada por miserables, siguen clamando por una política agraria que tienda al bien de la mayoría trabajadora. Sin esto, la grandeza argentina es un espejismo falaz. Con esto, quedaría justificada la conquista de las pampas del indio”.

¿Cómo es posible? En un último arrebato ha caído en las mallas conceptuales tradicionales de la izquierda, que no le confiere ya a la etnia ningún rol más que subsumida –y por tanto desdibujada como tal, en su especificidad– en la clase de los trabajadores del campo. Punto de sutura con sus compañeros de ruta, esta declaración final no habla más que de un hombre transido por su circunstancia.

\* \* \*

Se llamó, en los papeles, Arístides Gandolfi Herrero. Pero en realidad –en la realidad, en su realidad– se llamó, y también en los papeles, en aquellos papeles que más le importaban –sus libros–, Álvaro Yunque. Quisiera sostener dos palabras de conversación con el lector sobre la creación y uso de este seudónimo.

La voluntad de nominación acaso sea el máximo gesto soberano a que podamos pretender: remedo divino mediante el cual conferimos

existencia y sentido a las cosas y los hombres, se vuelve arrebato rebelde cuando de reasignarnos un espacio en el mundo se trata. Si el apellido, que nos ubica socialmente en un ámbito de pertenencia e identidad –la familia– en nuestra cultura procede del padre, arrebatarle ese don sustituto –en este caso, proceder al directo borramiento y sustitución del Gandolfi– será un movimiento análogo al de la reivindicación materna ejercida por metonimia. Pues si el Yunque es la herramienta del Herrero –tal el apellido de su madre<sup>2</sup>– sus acerados contornos que remiten a una rudeza masculina, a la vez que restituyen metafóricamente al padre en su propio cuerpo, aluden en su vocación al ansiado mundo obrero al que quiere rector de la historia. Álvaro Yunque se vuelve así, al momento de su ingreso a la literatura –su ámbito soberano electivo–, acorde con la doctrina anarquista de su primera juventud, padre de sí mismo. Nada cercenará esa libertad plena.

Aquel Yunque será forja de una lengua militante, fraguado por la historia viviente que le dará sentido colectivo a su ansia emancipatoria bajo la forma de la pregunta por la Argentina. Hombre de la multitud –así llamó a Leandro Alem en una importante biografía–, Yunque trazará en su derrotero una estela de signo propio en su diálogo con cada sucesivo presente. El ensayo que aquí presentamos lo coloca en un espacio singular, que merece ser repensado: el de aquel que alumbró un trecho actual de la historia, y lo hace con fuerza de obviedad, construyendo una verdad ya, a partir de él, inobjetable. Él mostrará que los indios, efectivamente, están, son nosotros, nos constituyen identitariamente. Si la historia se ha cebado en su olvido, la reposición de su existencia en el mapa imaginario de la Argentina para aquellos que se consagrarían a la transformación revolucionaria de la realidad, era y es, en sí mismo, un gesto de soberanía plena.

---

2. En 1950, al publicar una antología de las *Prosas del autor de Martín Fierro*, firmó su trabajo, en una restitución directa, con el seudónimo *Enrique Herrero*.

### **Cronología de Álvaro Yunque:**

- 1889.** Nace el 20 de junio en La Plata Arístides Enrique Gandolfi Herrero (Álvaro Yunque).
- 1896.** Sus padres se trasladan a Buenos Aires.
- 1901.** Ingresa al Colegio Nacional Central (ex Colegio San Carlos).
- 1908.** Ingresa a la UBA donde cursa Arquitectura.
- 1913.** Poco antes de graduarse abandona los estudios y define su vocación literaria.
- 1922.** Colabora en el diario anarquista *La Protesta* y dirige el suplemento literario del periódico socialista *La Vanguardia*. Dirige las revistas *Rumbo* y *Campana de Palo*. Es asiduo colaborador de las revistas *Claridad* y *Los Pensadores*, donde publicaban los escritores del denominado *Grupo de Boedo*.
- 1924.** Publica su primer libro de poesía *Versos de la calle*. Comienza a colaborar en diarios de la época: *Crítica*, *La Nación*, *La Prensa* y en algunos de Montevideo, Rosario y La Plata. Se vincula con Roberto J. Payró con quien establece una estrecha amistad.
- 1925.** Aparecen sus primeros libros de cuentos: *ZanCADillas* y *Barcos de Papel* (Premio municipal).
- 1929.** Contrae matrimonio con Albina Gandolfi. Tienen dos hijos: Adalbo y Alba.
- 1930.** Acentúa su intención crítica durante la denominada “década infame”. Publica *Nudo Corredizo*, *La O es Redonda* y *Poemas Gringos*.
- 1935.** Colabora en la revista *Caras y Caretas* y por su intermedio se vincula con Horacio Quiroga, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Florencio Sánchez, Evaristo Carriego, entre otros.
- 1940.** Durante la Segunda Guerra Mundial se define como antifascista militante. Comienza su investigación histórica sobre el pasado argentino.
- 1945.** Dirige el semanario antifascista *El Patriota*, actividad que lo lleva a la cárcel y posterior destierro en Montevideo durante la dictadura de Edelmiro J. Farrell.

- 1946 a 1960.** Se concentra en la investigación histórica. Publica *Alem, el hombre de la multitud; Breve historia de los argentinos; Calfucurá. El cacique de las pampas* y otros ensayos históricos.
- 1960.** La Academia Nacional del Lunfardo lo designa *Académico de Número* por sus estudios e investigaciones. Publica *La Poesía Dialectal Porteña*.
- 1961 a 1975.** Se publican y reeditan muchos de sus libros de poesía, cuentos y estudios históricos.
- 1975.** La Sociedad Argentina de Escritores le otorga el premio *Anibal Ponce* por su ensayo crítico *Anibal Ponce o los Deberes de la Inteligencia*.
- 1977.** Es censurado por la dictadura militar (1976-1983). Se prohíben y queman sus libros.
- 1979.** Se le otorga el *Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores*.
- 1982.** Muere el 8 de enero, a los 92 años, en la ciudad de Tandil.



# **Acerca de sus trabajos de historiador**

Mario Tesler



## Acerca de sus trabajos de historiador

Como ocurre con Pedro B. Palacios, se da por cierto que Alcides Gandolfi Herrero firmó con un único seudónimo. En ambos casos las obras de tono mayor llevan un mismo seudónimo, eso sí, pero también son autores de trabajos importantes a los que dieron vida tras otros nombres de pluma.

De Palacios, además de *Almafuerte* se identificaron cerca de una treintena de seudónimos y de Gandolfi Herrero si se supone que no adoptó más que el de *Álvaro Yunque* debo agregar, en mérito a su importancia, los de *Enrique Herrero* (sus reales segundo nombre de pila y su apellido materno), *Berta Guillón*, *Vera Guillón*, *Antón Bigornaief*, *Alba Rachel*, *H.* y *E. H.*

Gandolfi Herrero optó por usar siempre seudónimo, en lo que tal vez tenga algo que ver su ideología y su militancia. Dentro y fuera del país, cuando se conocieron sus trabajos se lo identifico a él como *Álvaro Yunque*, pero no faltaron circunstancias o pruritos por los cuales prefirió cambiar ese seudónimo por otros.

Para algunas traducciones de importancia, selecciones y prólogos alternó con el seudónimo *Enrique Herrero*, pero para su obra literaria y la mayoría de sus trabajos sobre temas de historia argentina prefirió el de *Álvaro Yunque*.

Entre 1925 y 1927 en Buenos Aires apareció una publicación, *La Campana de Palo*, que pedía a sus camaradas sólo *!...! un poco de talento, mucha sinceridad y una gran honestidad*. Estuvo codirigida por el artista Carlos Giambiaggi y el crítico de arte Alfredo Chiabra Acosta, también conocido como *Atalaya*.

En el total de las 17 entregas de *La Campana de Palo* se encuentran frecuentes colaboraciones de dos hermanos Gandolfi Herrero. Augusto, como siempre, tras el seudónimo de *Juan Guijarro*; en cambio, nuestro Alcides uso dos: el de *Álvaro Yunque* y, para asumir la responsabilidad de sus parábolas, el de *Antón Bigornaief*.

En el archivo de su hija se conservan algunos trabajos de distintos géneros entregados al diario rosarino *La Capital*. Estos fueron publicados en las décadas del 30 y del 40, firmados algunos como *Berta Guillon* y otros como *Vera Guillon*.

Frustrado su deseo de inscribir en el Registro Civil a su hija Alba con Rachel como segundo nombre, se debió conformar con hacerlo en castellano. Y tanto le siguió gustando la combinación Alba Rachel que años después la aprovechó para sus trabajos en una revista femenina.

Este seudónimo, *Alba Rachel*, apareció durante bastante tiempo al pie de la columna *Poetas del amor*, con sus reseñas, noticias y transcripciones. Perseguido por razones políticas no sólo disimuló su identidad sino que convino con la dirección de la revista para hacer figurar a su hija en las planillas de personal como autora, siendo por esta razón beneficiada con un impensado aporte provisional para la futura jubilación.

En la *Historia argentina contemporánea 1862-1930* de la Academia Nacional de la Historia se ha incluido un extenso capítulo dedicado a *La vida literaria argentina entre 1862 y 1930*, de Raúl H. Castagnino, donde se encuentra tratada la denominada Generación del 22 y el Grupo Boedo.

En el acontecer nacional, el reemplazo de Hipólito Yrigoyen por Marcelo T. de Alvear en la presidencia, la sustitución de las convulsiones sociales por una aparente tranquilidad, el canje del pacifismo neutralista frente a la Guerra Mundial por una diplomacia conciliadora, la expansión de la Reforma Universitaria de 1918, y los acontecimientos producidos en otras latitudes –en América la Revolución Mexicana de 1910, en 1924 la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria en Perú, Cuba y Puerto Rico, y en Europa la Revolución Rusa de 1917–, fueron decisivos en el surgimiento en Buenos Aires de un tramado diferente en el tradicional recambio generacional de la intelectualidad.

Este nuevo entramado reflejó dos actitudes opuestas de esa intelectualidad frente a estos acontecimientos, aunque la polarización tiene particularidades intermedias, un grupo optó por priorizar lo estético y el otro empleó el arte con intención social como arma para el combate político.

Ambos grupos tomaron el nombre de las calles donde tuvieron su sitio de reunión, uno en Florida y el otro en Boedo. Calles éstas ya por entonces emblemáticas, con diferente significado social en la vida porteña.

Pero en ambos grupos y por mucho tiempo existió una omisión, casi generalizada, que refleja una faceta coincidente: sintieron lo porteño, aunque no percibieron al país.

Con la mordacidad que caracterizó toda su obra, Liborio Justo ha tratado este tema. En *Literatura argentina y expresión americana*, señala que unos (los de Florida) estuvieron *bajo la influencia de la literatura francesa y española* y los otros (los de Boedo) *como ya lo señaló en sus manifestaciones Elías Castelnuovo, de la rusa*. También trae a colación lo dicho por Roberto Arlt: *Podríamos dividir a los escritores argentinos en tres categorías: los españolizantes, los afrancesados y los rusófilos y colocaba entre los dos primeros a los de Florida y entre los últimos a los de Boedo*.

Tomando una figura de cada grupo, dice Justo que Borges *practicó un criollismo municipal*, en tanto recuerda que *Yunque* en el primer número de la *Nueva Revista*, publicación de izquierda cuyos cuatro números aparecieron entre octubre de 1934 y mayo de 1935, dijo: *Yo amo a Buenos Aires, lo siento más que a Berlín o a Roma. Y la quiero más... ¿pero por eso tengo que amar igualmente a toda la tierra que va de la tropical Jujuy a la helada Tierra del Fuego? Yo amo a Buenos Aires; ¡...! digo Rusia y me acuerdo de Gorki y de Lenin. Si digo Salta sólo me acuerdo de Güemes y sus gauchos, héroes del pasado, ya sin proyección sobre mis ideas... Yo personalmente, no siento al indio y sí siento al gringo —lo fue mi padre—. Inútil será, entonces, que un folklorista argentino me venga a hablar de quichuas*.

Es, entonces, un mérito o un desmérito de *Yunque* que años después se haya acercado al tema, primero en *Calfucurá. La conquista de las pampas* en 1956 y luego con su *Hombres en las guerras de las pampas* en 1969.

Tanto Castagnino, desde la mencionada historia académica de 1966, como Lubrano Zas, en *Palabras con Álvaro Yunque* preparado en 1975, señalaron como integrante del Grupo Boedo a *Álvaro Yunque*. Él, *adscrito primero a la denominada Generación del 22*, fue en el Grupo Boedo una de sus figuras. Esto es lo que define a *Yunque*: su militancia

incondicional, sin remiendos. Por eso su obra no es la de un escritor, ensayista, o historiador, sino la de un escritor militante, la de un ensayista militante y la de un historiador militante.

Este escritor militante, representativo del Grupo Boedo, fue mudado del hogar platense por sus padres y, con sus hermanos, afincado a los siete años en una casa porteña del barrio San Cristóbal. Lector impenitente se formó en una afamada biblioteca del barrio de Balvanera.

Pasó sus años mozos *leyendo a autores barbados: Marx y Engels, Bakounin y Kropotkine, alemanes y rusos auténticos. Sin olvidar a Francisco Ferrer, ni a Anselmo Lorenzo, ni a Pablo Iglesias, ni a Pietro Gori, ni a Enrico Malatesta, ni a Paul Laforgue, ni a Eliseo Reclus. Ni a dos crioyos: Juan B. Justo y Alberto Guiraldo. El uno en “La Vanguardia”, el otro en “La Protesta” y en “Ideas y Figuras”.*

A todos ellos los recuerda en unas páginas inéditas sobre la *Biblioteca Obrera de la calle México 2070*, biblioteca de Balvanera, proporcionadas por Alba Raquel Gandolfi, su hija. También en ella, entre 1908 y hasta después de 1913 tuvo a su alcance otros clásicos frecuentados por los militantes de entonces, a Nietzsche y Shopenhauer, a Darwin y Flammarión.

*Por ti, Biblioteca Obrera de la calle México 2070, bebí luna con Herrera y Reissig; masqué dolor humano con Barret, Almafuerte y Florencio Sánchez, me hice la ilusión de que la ciencia, ¡la Ciencia!, así, en abstracto, era accesible a mi adolescencia de estudiante recién bachillerizado: podía leer a José Ingenieros, y no aburrirme con él como me aburría con Hegel o con Kant.*

La producción de este escritor militante abarca varios géneros. Al cumplir Yunque 75 años, la revista comunista *Cuadernos de cultura* correspondiente a la entrega setiembre-octubre de 1964 señalaba que era autor de una *obra vastísima por la cantidad de títulos publicados o inéditos, singularmente rica por la gama variada de sus aportes*: cuentos, novelas, poesías, piezas dramáticas, artículos, notas periodísticas y antologías. Pero en este trabajo es su preocupación por los temas históricos,

su aporte a la reconstrucción de nuestro pasado y al conocimiento de varias de sus figuras lo que se ponderará. Esto justifica conocer primero su opinión sobre las supuestas únicas dos corrientes historiográficas.

Lubrano Zas le requirió oportunamente su posición frente a ambas pero, como ocurre a menudo con otros entrevistadores, la formuló mal. Lo puso a *Yunque* en la disyuntiva de tener que elegir entre la posición liberal o la revisionista, o entre la mitrista y la rosista. *Yunque* no la esquivó y respondió a ella con estos conceptos.

*Ni una ni otra. Los revisionistas, por lo general, gente reaccionaria, apegada a una religión, a su dogma y sus ritos, que fue peronista; con el fin de exaltar a Rosas embiste contra muchas figuras del pasado liberal: Rivadavia y Sarmiento, también Mitre y, a veces, contra Echeverría, Alberdi u otros menores. No ven en su trayectoria nada bueno. Los caudillos, Quiroga, López, Ramírez, Varela, Jordán, Chacho, Rosas, llenan su panorama. No ven que Rosas fue un policía, un mercader codicioso, un entregado al imperio británico, un representante típico de la clase ganadera porteñista, antipatriota, un gobernante que detuvo la evolución del país, que careció de visión nacional, psicología repugnante de señor feudal, patrón de estancia, un tirano. Y un cobarde que siempre se retrajo al peligro en los hechos, desde las Invasiones Inglesas. Raro que estos "revisionistas", admiradores de "hombres bien machos", los Facundo, los Pancho Ramírez, admiren también a este chambón del sable, general de retaguardia, siempre en trance de salvar el pellejo. Los liberales burgueses se van mucho en exaltar héroes, en no ver las causas económicas que produjeron las guerras civiles, el levantamiento de las masas provinciales empujadas por la miseria. Hablan de Artigas como si fuese un vulgar bandido. La verdad histórica no va ni por uno ni por otro camino. La historia argentina debe revisarse, sí, y se está revisando; por ahora se hace apasionadamente. Se escribe historia para polemizar, para combatir a los enemigos actuales,*

*so pretexto de hacer historia. Como siempre, la verdad queda en manos del tiempo y a la espera de quienes vengan a escribir historia con espíritu científico, política aparte.*

Aunque no se compartan parcialmente, o en absoluto, estos conceptos son sus puntos de vista a tener en cuenta cuando se leen o consultan sus trabajos sobre temas históricos. Estas declaraciones datan de 1975. Transcurrieron ya más de tres décadas durante las cuales los aportes de los historiógrafos muestran que lo pintado por *Yunque*, casi a mano alzada, no fue tan así, pero amerita ser reeditado y leído.

## 1927

El primer ensayo que se conoce de él, *Barret. Su Vida y su Obra*, esta dedicado al célebre escritor, donde lo estudia como *maestro, periodista y hombre, su peregrinaje y apostolado, al rebelde, al escritor, al articulista, como conferencista, cronista, panfletista y crítico, cuentista, pensador, artista, caballero andante de los pobres y su enseñanza*. *Yunque* sintió en Barret la presencia de un apóstol social con un acabado don artístico.

Barret concibió su obra y la engendró en tierras sudamericanas, pero nació en España y murió en Francia. Nació en un peñón del mar Cantábrico, hijo de un Caballero de la Corte de Inglaterra y de madre pariente directa del Duque de Alba. Tuvo esmerada educación y formación en humanidades y matemáticas, llegó a dominar varios idiomas, a ser buen conocedor de pintura y buen pianista.

Fue un *joven de porte y belleza inolvidable*—cuenta Ramiro de Maeztu— *y vestía con refinamiento, las mujeres le admiraban a distancia*. Cuando en Madrid acabó con el dinero que traía de su pueblo natal, primero lo dejaron de lado y luego por boca de un aristócrata, seguramente desairado, le inventaron *la calumnia de que era dado a vicios contra-natura*.

Él y su compañero acusado obtuvieron una certificación de *naturalidad*, donde se les garantizaba habérseles revisado *las vergüenzas*

de ambos sin encontrar alteraciones. Sin dinero y dolido por la acusación de homosexual llegó a Buenos Aires, pero ya era otro. Para Maeztu *es indudable que la injusticia que se le hizo le abrió el pecho para sentir la injusticia social.*

A Barret le sobreviven sus libros *Ideas y críticas, Moralidades actuales, Mirando vivir, El dolor paraguayo, Lo que son los yerbales, El terror argentino, Al margen, Cuentos breves, Diálogos y conversaciones.* En aquellos años, cuando *Yunque* preparó este trabajo, se había anunciado la publicación de su epistolario, se hablaba de la existencia de otros dos libros más, *La casa de los tísicos* y una *Filosofía de las matemáticas*, este último por entonces sospechado de haberse extraviado. Podría ser parte de éste el texto titulado *Los fundamentos de las matemáticas*, incluido entre las conferencias que aparecen en el tercer tomo de sus *Obras completas*, reeditadas por Tupac en junio de 1954.

Para lo que Barret significa, este trabajo de *Yunque* es de poca extensión pero sustancioso. Probablemente *Yunque* abrigó la intención de un segundo estudio sobre esta figura, ya no sobre su vida y obra sino tratado como apóstol de las nuevas ideas sociales; esto se infiere por dos alusiones tangenciales efectuadas por él con treinta años de diferencia entre ambas, la segunda de éstas en 1957 registrada en el capítulo XVIII de su *Síntesis histórica de la Literatura Argentina.*

## 1928

Del conjunto de prólogos localizados hay uno que en nada está relacionado con su labor como historiador. Interesa por encontrarse ahí, tal vez de manera exagerada, la manifestación de su fastidio por la costumbre de solicitar y hacer prólogos.

Un conjunto de exposiciones del jurisconsulto y constitucionalista Carlos Sánchez Viamonte y notas por él intercambiadas fueron reunidas en 1928 con el fin de darlas a conocer en un volumen, que apareció ese mismo año con el título *La cultura frente a la Universidad.*

Para la oportunidad, este autor socialista le pidió unas palabras a modo de prólogo a *Yunque*. Este accedió no sin antes verter su tajante opinión sobre los prólogos, los prologados y los prologuistas en lo que llamó *Unas palabras de compañero*:

*Soy enemigo de prologar o de hacerme prologar, tan enemigo como de asistir a banquetes o de que me los den. Me parecen ceremonias protocolares, ritos de la hipócrita cortesía, fea y alhajada hermana espúrea de la linda y desnuda cordialidad. Por lo común, el prologuista es un pedante y el prologado un recién caído del catre, que busca donde poderse afirmar para dar los primeros temblorosos pasos.*

También arremetió contra la universidad y los temas universitarios, a los que conocía, por *antipatiquísimos, ya que la Universidad oficial, la costeadada por el Estado, me suena a vacío y falso*.

Alumno egresado del Colegio Nacional Central, *Yunque* se había matriculado en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, donde cursó estudios de Arquitectura y a punto de recibirse, en 1913, los abandonó para entregarse a la labor de escritor. Desde entonces vivió a contrapelo de las actividades universitarias y las costumbres académicas. Esos claustros no eran para él.

En varias oportunidades *Yunque* volvió a hacer prólogos y estudios introductorios para libros de historiadores y escritores, en comunión con el pensamiento de ellos o por el interés del tema tratado. ¿Acaso en esto se desdijo?

Sus prólogos no fueron tan efusivos y exagerados como Jorge Luis Borges descuenta que debían ser, tampoco descorteses y hasta humillantes como Paul Groussac lo fue con el famoso *medallón* encajado al joven Luis Berisso.

## 1937

*Contribución a la lucha de clases en la Argentina*, reza el subtítulo, dado a la escueta monografía *Esteban Echeverría en 1837*. Este es un pequeño folleto de bolsillo, con 44 páginas que apareció impreso por Claridad siendo Antonio Zamora su editor.

Pero el texto referido al tema anunciado en la portada es aún más breve, finaliza en la página 26. En las siguientes se encuentran *acotaciones* sobre los gauchos, la democracia inicial y las clases sociales, más algunas pocas referencias a historia e historiadores.

## 1938

Datada *Abril, 1938* aparece ese año otra introducción de su autoría para el libro de Raúl Larra *Payró. El hombre. La obra*. Lo publicó la editorial Claridad.

Con el autor tiene amistad e identificación política. Hacia el biografiado profesa admiración y gratitud. Cuando *Yunque* publicó su primer libro en 1914, *Versos de la calle*, Payró desde las columnas de *La Nación*, en la edición del 24 de agosto, y tras el seudónimo *Magister Prunum* lo saludó y ponderó.

No desaprovecha la oportunidad ofrecida por Larra para reprochar a quienes no comprendieron la obra de Payró y señala a los que la dejaron de lado o consideraron no más que su aspecto estético.

Cómo habría de dejar perder esta oportunidad, tan luego él que ya de muchacho, y acompañado por su fraterno Ernesto Morales, realizaba aquellas excursiones nocturnas *exclusivamente dedicadas a pasar, casi a detenernos, en la puerta del "Café de los Inmortales", adonde nunca hubiéramos osado entrar, por ver si veíamos a Payró y sus contertulios o a cualquier otro, ídolo literario de entonces, hoy definitivamente olvidado*.

Además le sirvió para denunciar que Payró acababa *de ser eli-*

*minado de los programas de literatura de los Colegios Nacionales por un Ministro obsecuente con la Curia.*

## 1941

Una de sus obras de más difícil localización en las bibliotecas públicas, por lo menos en las de Buenos Aires, es *Literatura social en la Argentina*, donde Yunque se ocupó de historiar *los movimientos literarios desde la emancipación nacional hasta nuestros (aquellos) días*. Esta obra, dedicada *a los jóvenes escritores que historiarán lo que nosotros presentimos*, fue publicada por la editorial de Antonio Zamora en 1941 y es un volumen de 327 páginas.

El propósito de este voluminoso estudio fue exaltar a aquellos artistas que militaron entre *los hombres que cambian el mundo*, descartando a los que solamente se dedicaron a contemplarlo.

## 1942

Desde mediados de 1845 Inglaterra y Francia llevaban a cabo una intervención armada contra el eje Juan Manuel de Rosas - Manuel Oribe. Esto dio origen a complicadísimas negociaciones para solucionar el conflicto.

Presidida por el conde Alejandro Colonna Walewski llegó a Buenos Aires en mayo de 1847 la tercera misión especial francesa, para tratar cuestiones pendientes de interés internacional, debiendo actuar conjuntamente con la misión inglesa encabezada por el diplomático de origen irlandés John Hobart Caradoc Howden, apodado en España como *el coronel Cragock*. Con la misión francesa y en calidad de secretario se encontraba Alfred de Brossard, quien partió de regreso en los primeros días de julio de ese mismo año.

Además de sus funciones específicas, Brossard aprovechando ser testigo presencial de las reuniones con Juan Manuel de Rosas fue escrutando su comportamiento y analizando sus opiniones. A esto sumó mucho de cuanto averiguó en fuentes unitarias. Con todo lo reunido elaboró un estudio que publicó en París en 1850, con el título *Considérations historique et politiques sur les Républiques de la Plata dans leurs rapports avec la France et l'Angleterre*.

Sobre esta obra aparecieron en Montevideo algunas notas en *El Comercio del Plata*, donde se incluyeron también algunos capítulos traducidos. Ya en el siglo XX, José Luis Busaniche tradujo unos pocos párrafos referidos a Rosas para su *Lecturas de Historia Argentina. Relatos de contemporáneos. 1527-1870*, libro cuya primera edición data de 1938. Esto es todo cuanto circulaba en castellano de esta obra de Brossard.

Dividida en cinco tomos, los primeros dos comprenden el período de la *Dominación española en el Río de la Plata (1508-1810)* y la *Independencia y Constitución (1810-1829)*, los tres restantes están dedicados a los temas *Americanismo y Civilización (1829-1840)*, las *Intervenciones franco-inglesa (1840-1848)* y por último a *El General Rosas*.

A principios de la década del 40 la editorial Americana se interesó por traducir esta obra. Con la colaboración del abogado Pablo Palant, ensayista, historiador y dramaturgo, *Yunque* tradujo el texto de Alfred de Brossard que lleva por título *Rosas visto por un diplomático francés*.

¿Por qué no se tradujo literalmente el título y en cambio se lo reemplazó por uno acotado, que solamente comprende al último de los tomos? Este libro se terminó de imprimir el 25 de junio de 1942, en un solo volumen de 372 páginas, con un estudio preliminar de *Yunque* y notas (sin especificación sobre cual de los traductores las confeccionó). Hasta aquí es cuanto proporcionó sobre esta traducción en 1983 Susana Santos Gómez, en la última edición ampliada de su *Bibliografía de viajeros a la Argentina*.

Sin embargo *Yunque*, en el estudio preliminar, aclara que este trabajo se ha limitado a los últimos tres tomos de Brossard: el quinto por ser *el más interesante, por ser fruto de la sagaz penetración y la observación*

*vivaz de su autor en quien se admira la capacidad para abarcar tan extenso y complicado paisaje histórico en el brevísimo tiempo que le tocó vivir en el Río de la Plata (Llegó el 10 de mayo y partió el 2 de julio de 1848). Empero, necesario ha sido traducir también los dos libros que preceden a las impresiones de Brossard sobre Rosas. En ellos se introduce al lector en el ambiente mental que el diplomático francés se había hecho de la historia y las costumbres del Plata, como de su juicio sobre los más importantes actores de aquella y su visión de los intereses de estas repúblicas –Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina– relacionados con los de la Francia industrial y burguesa, colonizadora y comercial de mediados del siglo XIX.*

En cuanto a los dos primeros tomos, fueron excluidos por reproducir tan sólo lo que Brossard había leído, no era su *visión directa y documental*.

De esta obra traducida se hicieron dos tiradas, una comercial y la otra especial de 50 ejemplares en papel couché, también llamado papel estucado, toda una paquetería para un obrero de la cultura.

## 1943

Dedicado al médico y militante comunista Emilio Troise, aparece en la editorial Problemas un *panorama organizado, prologado y anotado* de su autoría sobre *Poetas sociales de la Argentina*, entre 1810 y 1943. La obra se presentó dividida en dos tomos.

Por entonces los antólogos desechaban *la poesía social, de protesta contra la organización burguesa*, –explica Yunque– sencillamente por no considerarla poesía sino *política en verso*; sí se ocupaban de la *poesía lírica y, en el plano de las ideas, la patriótica o civil, la religiosa y, cuando mucho, la filosófica*.

Yunque dejó en claro que el suyo *es un libro militante, un libro de su momento*, motivo por el cual excluyó *deliberadamente* al poema *sin inquietud ideológica*, lo hizo tan *deliberadamente como de las “antologías” habitualmente se excluyó el poema con inquietud ideológica*.

En el primer tomo, además de poetas anónimos gauchescos, al principio se encuentra de Bartolomé Hidalgo *Diálogo*, de Estanislao del Campo *Gobierno gaucho*, y de José Hernández fragmentos del *Martín Fierro*, el resto del volumen esta dedicado a los poetas idealistas, anarquistas, socialistas, de *diversa inquietud*, y con preferencia a los del Grupo Boedo.

El segundo tomo contiene una selección que presenta ordenada en tres grupos, *Poetas del descontento campesino*, *Poetas judíos* y *Poetas comunistas*. ¿Pero por ser poetas judíos eran poetas sociales? Claro que no. Cabe aquí una aclaración. Para *Yunque* sí lo eran todos aquellos identificados con la defensa del aborigen, del negro y los que luchaban contra el anti-judaísmo.

En ese año 1943 es cierto que en la Argentina es noticia de color el nacimiento de los quintillizos Diligente, pero entre los hechos internacionales de mayor trascendencia está el exterminio nazi de judíos y las campañas locales de provocación hacia los miembros e instituciones de esta colectividad. Por eso la actitud individual de *Yunque* de agrupar especialmente a los poetas judíos de nuestro medio vale como una exaltación.

## 1944

Por lo menos en dos oportunidades se constata que *Yunque* firmó con solo la letra *H.*, seudo inicialónimo del supuesto apellido *Herrero* usado junto al supuesto nombre *Enrique*. Esta vez la *H.* se encuentra al pie del prólogo a la traducción y selección del *Diario de Jules Renard (1887-1901)*. En cambio la portada del libro da como responsable intelectual de la tarea a *Enrique Herrero*.

De Renard, agudo ironista de su época, no es mucho lo que se había traducido al castellano, *Herrero* da cuenta de *Pelo de zanahoria*, su obra más difundida, también *La linterna sorda* y *El viñador en su viña*, más algunas de sus *Historias naturales*, estas últimas *imitadas hasta más allá del calco en toda América y España*. El interés por la obra de Renard

puede encontrarse en su llamamiento al ideal socialista. El Teatro del Pueblo de Leónidas Barletta representó su *Pelo de zanahoria*.

Dejando de lado los datos biográficos, siempre presentes en estos trabajos preliminares, el aporte de *Enrique Herrero* es una visión entusiasta sobre el comportamiento social y político del autor. Comparado con otros hombres de su tiempo, su obra aparece escuetamente contrapuesta con la de otros renombrados autores franceses.

Con tapa y viñetas de Sigfrido Pastor la editorial Futuro publicó *Prosas de José Hernández, autor de "Martín Fierro"*. La selección, prólogo y notas estuvo a cargo de *Enrique Herrero*. Este volumen impreso en 1944 integra la colección Eurindia.

En la *Bibliografía hernandiana* Horacio Jorge Becco hace notar que *Herrero* incluyó *Las dos políticas*, cuando la autoría de esta pieza no pertenece a Hernández sino a Olegario V. Andrade.

Tres años después, en 1947, la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires financió una obra de tres tomos sobre la *Personalidad parlamentaria de José Hernández*. La comisión compiladora conducida por Ataúlfo Pérez Aznar también ofrece como de Hernández la pieza objetada por Becco a *Herrero*.

## 1946

Cuando el uruguayo Telmo Manacorda editó en Buenos Aires su *Alem. Un caudillo. Una época*, tarea a cargo de la editorial Sudamericana, la revista *Nosotros* se ocupó de este libro en dos números consecutivos.

En octubre de 1941, cuando aparece la entrega 67 de la segunda época, bajo el epígrafe *Los pasos de la librería argentina*, dice en uno de los párrafos de la escueta noticia:

*Según informes que tenemos, un conocido narrador argentino está trabajando desde hace tiempo en otra vida de Alem. Mientras*

*llega el momento de leer la de nuestro compatriota, es interesante juzgar cómo ha enfocado al romántico caudillo radical un escritor de otra tierra. Es lo que haremos en el próximo número”.*

Para documentarse sobre este personaje el *conocido narrador* ya por entonces concurría asiduamente a la Biblioteca Nacional, entonces en el solar de la calle México al 500, como lo recuerda en el estudio introductorio sobre Eduardo Gutiérrez y su *Croquis y siluetas militares*.

Al mes siguiente, en noviembre de 1941 *Yunque* firma algo más que una crítica bibliográfica. Es un estudio crítico de casi cinco páginas sobre el autor de la obra y el biografiado. En la noticia anterior se había reconocido que *no había una biografía exhaustiva* sobre el cofundador del Partido Radical y *ésta acaba de publicarse*, que *la ha compuesto sobre una abundante documentación*, y que su autor es un *prestigioso escritor uruguayo*.

Ahora en la entrega 68 *Yunque* dice de Alem que *despertaba adhesiones, que hembras, hombres anónimos —que son los más— sentían el influjo de su mirada, la fuerza de su rectitud, el magnetismo de su voz y se le entregaban*; que poseía una *intransigente carencia de sentido político*, que fue *siempre de una pieza y de carácter romántico*, que *sus versos y sus prosas son harto mediocres*. También pregunta *¿Pero por qué este demócrata no se asomó siquiera al movimiento social?*

Al concluir esta crítica bibliográfica, *Yunque* comenta que el autor *nos resulta un biógrafo lírico del lírico Lenadro Alem* y remata lamentando con un: *Lo hubiésemos necesitado crítico*.

Cuatro años después apareció su vida de *Alem* sobre la cual estaba trabajando el *conocido narrador argentino*, esta vez elaborada con criterio crítico y tratando aquellos aspectos de los cuales afirmó que carecía el *Alem* de Manacorda.

La editorial Claridad tenía por entonces una de sus colecciones dedicada a *grandes biografías* subdividida en series, el volumen décimo de la serie A trae el *Alem*, la obra de *Yunque* sobre *el hombre de la multitud*. Se terminó de imprimir el 22 de enero de 1946.

El editor M. Rey Tosar se interesó por esta obra y la reeditó en 1953

en su editorial Americana. *Yunque* había fallecido cuando en setiembre de 1984 el Centro Editor de América Latina reedita una vez más esta obra en las entregas 76 y 77 de su colección Biblioteca Política Argentina.

## 1950

Firmado como *Enrique Herrero*, uno de sus seudónimos menos conocido, se encuentra un prólogo al libro de Ernesto Morales. Se trata de una biografía sobre *Esteban Echeverría*, obra póstuma del autor que Claridad publicó en 1950 al conmemorarse el primer aniversario de su fallecimiento.

De este autor porteño nacido en el barrio de San Telmo *Yunque* era amigo desde mayo de 1910. Por eso que le fue *doloroso y dulce*, como igualmente le hubiera sido a Morales, preparar cuarenta años después el prólogo para el libro póstumo de su amigo.

A Morales y a *Yunque* los unió de muchachos el andar de *amoríos fáciles*, Morales era *tan exitoso con su aspecto frágil de niño pálido, en contraposición a mi vigorosa presencia de deportista*. También los unió la oposición *al desgobierno oligárquico y fraudulento*, al anticlericalismo y a muchas ideas de izquierda sin una definición precisa; los unió la poesía: *los dos escribíamos versos, él elegíacos; yo, cómico-satíricos*.

Pero va en este prólogo algo más que un recuerdo de aquellos tiempos, va un repaso de cuanto Morales dejó como poeta, cuentista, antólogo, biógrafo, ensayista y especialmente como historiador prolífico.

## 1951

Una referencia oral confiable me indicó la existencia de un manuscrito sobre *Echeverría y el extranjerismo* que fue publicado en 1951, aunque sin precisión del seudónimo utilizado al firmarlo, *Álvaro Yunque* o *Enrique Herrero*, tampoco sobre su extensión, si se

trata de una publicación individual, si fue incluido en una de carácter colectivo, o de aparición periódica.

## 1952

Tanto Carlos Casavalle como la Biblioteca del Suboficial, la editorial Sopena Argentina y Peña-Del Giudice editaron de José Hernández la *Instrucción del estanciero. Tratado completo para la planeación y manejo de un establecimiento de campo destinado a la cría de hacienda vacuna, lanar y caballar*.

La edición de Casavalle data de 1882 y hubo reediciones, Horacio Jorge Becco en *Bibliografía bernandiana* trae una tercera con la indicación de haberse impreso en 1884. Ese ejemplar lo poseía Bartolomé J. Ronco, destacado coleccionista del partido de Azul y director del museo histórico de esa localidad.

La de la Biblioteca del Suboficial fue hecha en 1928 por aportar *conocimientos útiles para los oficiales de aprovisionamiento* y lleva prólogo de Atilio E. Cattáneo, militar de filiación radical con actuación destacada en la lucha armada durante la *década infame*.

En 1940 apareció la de Sopena Argentina, ésta y la de 1964 fueron copiadas de la publicada por Casavalle, son ediciones apógrafas.

Peña y Del Giudice lo hicieron en 1953 con el estudio preliminar, entre las páginas 7 y 28, de *Yunque*, titulado *Hernández o la acción*.

En *Poesía gauchesca y nativista rioplatense*, selección anotada y comentada para la editorial Periplo que apareció en junio de 1952, *Yunque* escogió piezas de quince autores, entre uruguayos y argentinos, dedicados al cultivo de estos estilos de poesía y las ofreció ordenadas cronológicamente.

*Ya en idioma culto o en dialecto hispano-indo-gauchesco*, como en su rastreo reunió a más de un centenar de todos aquellos que, aún al margen de su obra principal, intentaron el género los menciona en un apéndice.

En esta nómina aparece Leopoldo Lugones con una llamada. Al

pie de página, *Yunque* se excusa por no haber incluido en la selección como representante del nativismo al autor de *Romances de Río Seco*. Pero esto ocurrió a pesar de su voluntad, sus familiares, signados por la incomprensión y el suicidio, le negaron el permiso.

Al comentar tal actitud da una opinión, coherente con su ideología comunista, a tener en cuenta:

*!...! absurdos de los derechos de la propiedad privada que confunden un poema o una sinfonía con un terreno o un automóvil. Lo perecedero de un artista, lo que él abandona al morir, bien puede pertenecer a sus familiares; lo que él hizo para todos, lo que siempre quedará unido a su nombre, no.*

## 1955

El 26 de mayo de 1955 se concluye la impresión de las *Poesías completas* del poeta Pedro B. Palacios, *Almafuerte*. El estudio preliminar es de su autoría.

La información biográfica aportada es no más que toda la necesaria, no abunda en pormenores. Prefiere ahondar en las claves del mensaje de Almafuerte, este poeta que entonces al cumplirse *ciento y un años del nacimiento !...! y treinta y siete años de su desaparición persiste en la admirativa memoria del pueblo*. Para *Yunque* él *Está presente, mientras otros, sus contemporáneos, o sus inmediatamente anteriores y aún posteriores, se han disfumado en el alma popular*.

Es acertado lo que nota *Yunque* en *Almafuerte*: que *persiste en el corazón del pueblo pero no en el cerebro, sí lo ama y lo admira aunque a veces, aun esforzándose por comprenderlo, no lo comprenda*.

Son ocho los tomos que integran la obra *Leandro N. Alem. Mensaje y destino*, editados por Raigal entre 1955 y 1957, cuya compilación, ordenamiento y notas quedó en manos de Roberto Etchepareborda, historiador y por entonces militante radical.

En estos tomos se incluyeron trabajos de historiadores y escritores sobre este fogoso caudillo de mirada atrapante. En el tercero, aparecido el 14 de noviembre de 1955, dedicado a *Su época* se encuentran los de *Álvaro Yunque*, Julio Aramburu, Antonino Salvadores, José María Mendía y Alejandro Fournier.

El de *Yunque*, ubicado entre las páginas 9 y 101, versa sobre *hombres y lugares de aquel tiempo*: reconstrucción amena del Buenos Aires del siglo XIX, los usos y las costumbres de los porteños coetáneos de Alem.

## 1956

Con el texto utilizado por los hermanos Juan Urbano, Pedro y Juan B. Igón en 1886 y en 1896 por el editor N. Tomáis, el historiador Gregorio Weinberg decidió incluir el libro de Eduardo Gutiérrez *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos* en la colección *El pasado argentino*, que venía editando la Librería Hachette.

Todas las otras obras publicadas en esta colección van precedidas de una presentación efectuada por un especialista, quien se refiere al autor y su obra. Para el estudio preliminar a *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos* fue invitado *Yunque*.

En 33 páginas *Yunque* presenta a este autor para quien *oír y ver* fueron sus fuentes. *Innegablemente, oyó mucho y vio mucho*. Esto le fue útil para toda su obra, también para ésta: *un libro de recordaciones, sentimental, épico y humorístico, un libro exaltador del coraje, de la abnegación, de la amistad, y ameno por su pintoresquismo*.

Cumplió con el compromiso contraído entregando un estudio preliminar para mejor leer este libro donde se puede *ir descubriendo la historia interna de la Argentina, la que no se percibe en textos ni aún en libros cargados de erudición*.

*El pensamiento exaltador de Gorki* es el título que pone a su tra-

bajo con el cual la editorial Quetzal, en 1956, prologa la edición del *Teatro completo de Gorki*.

*Calfucurá. La conquista de las pampas* tiene, toda obra la tiene, su historia de trastienda. Larra aporta a ella algunos detalles en su libro *Etcétera* de 1991 que la vinculan con la actividad política y oculta de Carlos Dujovne, pero Larra omite decir quién era Dujovne.

Nacido en 1903 en las colonias entrerrianas judías del barón Mauricio Hirsch, Dujovne fue hasta 1929 para unos *agente secreto* y para otros *idealista puro* al servicio de la URSS. Anticipado en dos de sus relatos de ficción, *El árbol de la gitana* y *Las perlas rojas*, su hija Alicia Dujovne Ortiz publicó en el libro *El camarada Carlos*, editado por Aguilar en el 2007, todo el *itinerario* de este *enviado secreto* soviético a América del sur.

Ya separado del servicio secreto soviético, como un simple argentino comunista a partir de 1930 este aventurero, en el sentido amplio del vocablo, instaló en los alrededores de Plaza Lorea una librería y editorial, la llamó Problemas, y se dedicó a difundir el pensamiento de izquierda, particularmente de autores comunistas clásicos. Al mismo tiempo comenzó a inducir a los escritores locales para que encaren temas nacionales de carácter histórico y político sociales. Cuenta Larra que:

*Dujovne, además, inauguró una práctica inusual en nuestro medio. Encargó libros a los escritores, asignándoles aunque magra una mensualidad como anticipo de derechos de autor. Si Alvaro Yunque escribió "Breve Historia de los Argentinos" y "Calfucurá, la conquista de las pampas" se lo debe en buena medida a Dujovne, quien le solicitó esos textos adelantándole una cuota mensual. Problemas no alcanzó a publicarlos, pero Yunque los escribió. ¿Lo hubiera hecho sin la sugestión y el apoyo de Dujovne?*

Desde la izquierda *Calfucurá. La conquista de las pampas* recibió críticas tan dispares como para poder decir que abarcan toda la gama

de posibilidades. Después de ocuparse en dos de sus libros anteriores, *Mundo de escritores* en 1973 y *Etcétera* en 1982, Raúl Larra vuelve cuatro años después sobre *Yunque* en *Con pelos y señales*. Allí opina que *Calfucurá* es el mejor de estos tres libros de *Yunque*, dejando en un segundo plano el *Alem* y la *Breve historia de los argentinos*.

Para Liborio Justo, lo tomo de su ya citado ensayo *Literatura argentina y expresión americana*, es otro trabajo más de sus incursiones por la historia argentina donde, en todos sus aspectos, sigue la orientación de los historiadores oligárquicos. Y sobre este libro en particular juzga que lo escribió para enaltecer la liquidación del indio por la oligarquía, que se repartió la tierra de que aquél fue despojado.

El lector juzgará.

## 1957

A la editorial Problemas de Dujovne, que le había efectuado adelantos mensuales a cuenta del derecho, le fue imposible publicar la *Breve historia de los argentinos (1492-1956)*, después el original comenzó a rondar sin éxito por varios editores. Larra tomó entonces el compromiso y en 1957 lo sacó en su ya acreditada editorial Futuro.

Dividido en siete partes, así las llama el autor, y a su vez en sesenta capítulos *Breve historia de los argentinos* comprende: el *Mundo Precolombino*, el *Descubrimiento*, la *Conquista y Colonización*; las *Invasiones Inglesas y sus resultados*; la *Revolución de Mayo*; la *Tiranía*; el proceso de *Organización Nacional*; y la *Época Contemporánea*.

La *Introducción* comienza prometiendo no una *historia de los argentinos* sino una historia social de los argentinos, objetivo al cual no alcanza. Es sí una historia cuyo eje es lo político institucional, en un contexto donde también está presente lo social.

*[...] vamos a estudiar cómo ha vivido el hombre en la Argentina, vamos a historiar su existencia, el curso de la evolución de sus*

*habitantes, indios, españoles, africanos; después franceses, italianos, alemanes, ingleses, rusos, hombres de todos los continentes, ya cristianos o israelíes, ya mahometanos o budistas, trayendo sus costumbres, sus comidas, su arte, su sabiduría, su sangre, con sus luchas y sus sueños, con sus realizaciones y sus fracasos. Y las causas de aquellas luchas, la esperanza en que fundaron aquellos ensueños, y por qué unos se lograron y se quebrantaron otros o aún constituyen un ideal que estimula el valor y enciende las voluntades.*

Libro pensado para conocimiento de los jóvenes, de ahí cierto dejo pedagógico que lo caracteriza. Confiesa inicialmente no poder *ser estrictamente imparcial, objetivo*. Contra lo pregonado por los relatores de hechos, los cronologistas, está convencido que *nadie, nunca, ha escrito una historia absolutamente imparcial, perfectamente objetiva*. Aunque con sentido pedagógico, este libro *es una historia militante*, que él anticipa como tal y enfatizó, *me jacto de que lo sea*.

Los últimos dos capítulos dedicados a las presidencias, que se sucedieron a partir de la ley Sáenz Peña, presentan una particularidad más que define a este autor y su obra, en vez del acostumbrado ordenamiento secuencial cronológico las ofrece agrupadas en *constitucionales e inconstitucionales*. Campea en el primero de estos capítulos su consideración hacia las figuras de Irigoyen, por progresista y defensor de la soberanía, y de Alvear, por demócrata.

Para él la *Historia de la Literatura Argentina* de Ricardo Rojas era una obra *fundamental y minuciosa*, por lo menos así la define al ocuparse de *la literatura moderna y contemporánea*. Lo reconoce como *trabajador infatigable, concienzudo, honrado*.

*Yunque* vio en Rojas al ensayista de *limitada visión sociológica* que *circunscribe los problemas americanos a lo americano*, que *persiste en el idealismo*, que vive en *enclaustramiento un tanto profesoral* alejándose del pueblo, *manantial de originalidad*, y como poeta y dramaturgo lo juzga *un artista poco emocional*. En filosofía, en sociología, y aún en política dice que *Rojas es un místico*.

Como crítico estima ser el género donde Rojas *ha producido su obra más intensa*. La historia en cuatro tomos sobre nuestra literatura, *en un país sin archivos y bibliotecas deficientes*, le llevan a reconocerle que *todo tuvo que hacerlo para levantarla*. A partir de esta obra, *Yunque* la califica como trabajo *de ingeniero*, otros –él se reconoce entre ellos– *se tomaron la más tranquila tarea de seleccionar*, después de lo cual creyó tener que decir algo más y diferente sobre el tema.

Fue el 15 de noviembre de 1957 cuando la editorial Claridad concluyó la impresión de su *Síntesis histórica de la Literatura Argentina*. En cuerpo de letra menor, este volumen de 198 páginas ha sido pensado no como sustituto de textos oficiales sino como manual o síntesis histórica de nuestra literatura nacional, para ser usada como alternativa entre los estudiantes de colegio secundario. Su alternativa revisionista no fue iconoclasta.

Un capítulo de este trabajo, *Literatura gauchesca*, fue escogido por Jorge Isaacson para “*Martín Fierro*” *Centenario*, selección de testimonios editado en 1972 por la editorial ECA, del Ministerio de Cultura y Educación, durante la presidencia del teniente general Alejandro Agustín Lanusse, al cumplirse el centenario del poema gauchi-político de José Hernández.

El *estudio preliminar* que le fue encomendado por Weinberg a *Yunque* sobre el libro *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur* de Álvaro Barros, era para incluirlo en la colección *El pasado argentino*.

Por entonces *Yunque* ya contaba con un acabado conocimiento de lo que fue la conquista de nuestro territorio en sus últimas etapas, de la reducción de los pueblos aborígenes y el reparto de sus familias y del despilfarro de las tierras ocupadas por los hombres del Ejército. Para ejemplificar el negocio que de esto hicieron algunos jefes militares recuerda que Álvaro Barros *al recibir el mando de la frontera, hizo hacer un inventario: figuraban 800 caballos, había 365; figuraban 900 soldados, había 339; pero el coronel Machado, su antecesor, recibía el dinero correspondiente para alimentar y pagar a unos y otros*.

En las 36 páginas de este estudio entre otros muchos temas habla de la ley de enfiteusis, o prohibición de la apropiación individual de la tierra pública, estableciéndose su otorgamiento mediante contrato como instrumento de trabajo, de Bernardino Rivadavia y de Juan Manuel de Rosas. En cuanto a extensión no les brindó a estos tres temas más de lo necesario y reiterando su enfoque conocido.

En el campo revisionista o rosista, como se lo prefiera llamar, la reedición de esta obra no despertó ninguna reprobación pero sí el estudio de *Yunque*, por abordar temas caros a esta corriente historiográfica y se le respondió enérgicamente.

Fue en el número 22 de la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, correspondiente al semestre julio-diciembre de 1960, donde José María Rosa contribuyó a esta respuesta con una crítica bibliográfica de nueve páginas.

Del libro de Barros es muy poco cuanto comenta, justifica esto ya que él *poco se ocupa [...] de Rosas* y recuerda que: *elogia parcamente su conquista del desierto de 1833 y su manera humana de tratar a los indios, sin apearle los epítetos de “tirano”; “tiranía” al hombre y su gobierno. Pero el libro —observa— es de 1872, y ya dice mucho a favor de Rosas con lo poco que dice. Golpea fuerte, en cambio, a Rivadavia y su política con los indios (entre otras cosas recuerda una frase suya: “Los indios son mala gente, hay que acabar con ellos”)...* Rosa remata con un: *Nada de eso tiene importancia, ni en 1872 ni en 1960.*

En cambio le interesó el *Estudio Preliminar de Álvaro Yunque por sus fáciles observaciones a la política agraria de Rosas*. Sin soslayar tratarlo de *literato*, aunque lo califica *de mérito*, le observa *exceso de imaginación* en sus trabajos sobre temas históricos, estimando que con ello los resiente. Como premisa generalizada cuando esto se comprueba cae el autor en descalificación y Rosa lo intentó en esta oportunidad, aportando en apretada síntesis algo de sus investigaciones, subdivididas por los epígrafes: *La oligarquía y la enfiteusis, La “Sociedad Rural Argentina” y la enfiteusis, La oligarquía y Rosas, Los “libres del sur”, La traición de los estancieros, La política agraria de Rosas, Rosas y la pequeña propiedad,*

*La conquista del desierto por Rosas, Ruina de los pequeños propietarios, Vuelven los enfiteutas, Los “nuevos” estancieros, Los “viejos” estancieros, La culpa la tuvo Rosas.*

## 1958

Concluye el 21 de setiembre de 1957 su ensayo sobre *Aníbal Ponce o los deberes de la inteligencia*. La editorial Futuro lo da a la venta el 20 de abril de 1958. Es casi un libro, de 94 páginas, incluido en la serie de escritores modernos. Se lo dedicó a Emilio Troise y a Gregorio Bermann, *ejemplos para intelectuales*.

## 1960

Con motivo de cumplirse el sesquicentenario de la Revolución de Mayo la Editorial Universitaria de Buenos Aires se sumó a los actos conmemorativos con la edición de la Serie del Siglo y Medio, donde incluyó una selección de importantes autores nacionales de los siglos XIX y XX. Entre estos apareció *Croquis y siluetas militares* de Eduardo Gutiérrez, precedido de una información sobre el hombre, la obra, y la época.

Como ocurrió con otros autores de estos textos a guisa de introducción, esta información no aparece firmada, ante la presunción verifiqué las posteriores reimpressiones de este libro de Gutiérrez encontrando al pie de la tercera, datado junio de 1964, el seudónimo *Álvaro Yunque*.

## 1961

La editorial de Arturo Peña Lillo entre otros aciertos cuenta en su haber con haber lanzado al mercado local del libro la colección La Siringa. En una de nuestras tantas épocas de carestía, cuando se procuraba que los recursos alcanzaran al menos para cubrir las

necesidades primarias, Peña Lillo se *propuso cerrar ese abismo entre el libro y el lector con la edición regular de obras a precios excepcionalmente económicos.*

En esa colección de libros de bolsillo apareció el 30 de junio de 1961 *La poesía dialectal porteña de Yunque*, junto con algunos de sus *Versos rantes*. En 50 de las 75 páginas habla *de la poesía arrabalera, y no de la escrita en idioma culto, precisamente, en la que el arrabal sólo es el tema, como la poesía de Evaristo Carriego y otros, sino de la poesía expresada en el caló porteño o, por otros nombres, en lunfardo o lunfa o rasposo o canyengue o rante o rantifuso u orre o vesrre...*

## 1962

Siendo estudiante *Yunque* se encontró con el pasado de los pueblos de este continente en la obra del historiador chileno Diego Barros Arana titulada *Historia de América*. La primera edición data de 1865, luego incluida entre los 16 tomos de sus obras completas, que aparecieron entre 1908 y 1913 costeadas por el Congreso Nacional de Chile. Efraín Szmulewicz ofrece un listado de todos los libros que éste publicó en su obra de referencia sobre literatura chilena.

Publicista y docente, Barros Arana anduvo desterrado por razones políticas en Argentina, Uruguay, Brasil, Francia y España. Volvió a su patria con un caudal de conocimientos obtenidos en los archivos y en las colecciones de bibliófilos y eruditos con los cuales se relacionó.

Su padre, Diego Antonio Arana, estuvo ligado con nuestra primera etapa de vida independiente, con la organización del ejército de José de San Martín y la creación de la flota del almirante Guillermo Brown. En este aspecto Arana se vio favorecido con lo heredado de su padre, como le ocurrió a nuestro Pastor Servando Obligado, hijo del primer gobernador de la provincia de Buenos Aires y autor de sus recordadas tradiciones.

Barros Arana fue un hombre del siglo XIX, de ideología liberal. *Como Vicente López, y menos que Mitre, es* –para Yunque– *un hombre de centro*. Por los temas sobre los cuales escribió es de interés permanente para diversos aspectos del estudio de la historia continental y particularmente de la argentina.

*Yunque* fue el encargado, por la editorial Futuro, de preparar la reedición de la *Historia de América* que apareció en Buenos Aires el último día de agosto de 1962. De *Yunque* es la introducción y las 65 notas complementarias, críticas y de aclaraciones.

Sin advertirle a los lectores, en esta edición argentina se excluyó la nómina comentada de obras que Barros Arana había agregado en 1894, para la segunda reimpresión chilena, dedicadas a la historia del descubrimiento, conquista y colonización de América, como también las abocadas en particular a cada uno de los países del continente.

Aunque con respeto porque lo admira, su introducción no es del todo complaciente con el historiador chileno. *Barros Arana es un hombre* –señala Yunque– *de su clase y de su tiempo... un hombre de centro*. Nota y señala en su obra que no se dedica: a *la lucha de los comuneros de Nueva Granda, de Venezuela y de Paraguay*; a *las guerras llamadas de las Republicuetas* (acotando que *Mitre lo hace, y muy bien, en su Historia de Belgrano*); a *la insurrección del pueblo de Cangallo*; a *las excursiones de los piratas holandeses e ingleses, que tanto influyeron en el despertar ideológico de la clase intelectual criollo-burguesa de las colonias, al enumerado* | de | *la literatura que en toda América iba naciendo, y a leyendas como la de El Dorado o La Ciudad encantada de la Patagonia*.

## 1967

Colabora en el número 85, correspondiente a los meses setiembre-octubre de 1967, de *Cuadernos de cultura* con un artículo que denomina *Recuerdos de Payró*.

## 1968

Presentada en cinco tomos profusamente ilustrados, *Historia de los argentinos* esta conformada con varias obras anteriores de *Yunque* y una actualización del escritor y catedrático Guillermo Ara.

Revisando el colofón de cada tomo se constata que los primeros tres se terminaron de imprimir el 30 de marzo de 1968 y el quinto estuvo listo a más de un año, el 9 de setiembre de 1970, en tanto el cuarto apareció después que este último el 30 de octubre.

Como resultado de esta empresa de la editorial Ánfora, el resultado es una obra no estructurada orgánicamente, los temas de los siglos que abarca según el subtítulo, desde 1492 a 1966, no tienen tratamiento parejo.

Los tomos 1°, de *El mundo precolombino* a la *Revolución de Mayo*, 2°, de *La emancipación* a la *Época contemporánea*, contienen su *Breve historia de los argentinos*. El tomo 3°, va de los *Antecedentes literarios culturales indo-hispánicos* a *La literatura moderna*, es una reedición de la *Síntesis histórica de la literatura argentina* pero con el agregado, entre las páginas 219 y 317, para esta ocasión del capítulo sobre *Los contemporáneos* del cual es autor Ara. El 4° tomo reproduce *Calfucurá. La conquista de las pampas* y el 5° su *Alem, el hombre de la multitud*. A cada tomo lo precede una cronología de los hechos que en él se desarrollan.

Sin un aparato erudito como soporte y aval de sus afirmaciones, por sus características estos primeros tres tomos de la *Historia de los argentinos* de *Yunque* es de una ubicación intermedia entre el tradicional libro de texto para estudiantes y el ensayo. De aquellos años sus similares, entre otros, fueron en 1954 la *Historia de la Argentina 1515-1835* por el nacionalista Ernesto Palacio, la *Historia de la Argentina, según la biografía de sus hombres y mujeres*, editada a partir de 1964, del liberal Bernardo González Arrilli, y la *Historia del País de los Argentinos* del justicialista Fermín Chávez en 1967.

## 1969

La *Bibliografía de la Ciudad de Buenos Aires*, de la que es autor Eduardo Luis Crisculo y dada a conocer por el Instituto Histórico de esta ciudad, entre los tres registros que trae de *Yunque*, uno de ellos incluye el prólogo al libro de Lubrano Zas *Gustavo Riccio, un poeta de Boedo*. Buenos Aires, Leyendo, 1969.

Los *fundamentos histórico-económico-sociales de la nacionalidad y de la conciencia nacional argentina* aparecen estudiados por Liborio Justo también en un volumen publicado en noviembre de 1962. Con el título de *Pampas y lanzas* éste integró la colección Agramante, dirigida por Gregorio Selser, de la editorial Palestra.

Quince años después, en *Literatura argentina y expresión americana*, con su habitual sobrevaloración Justo dice sobre su libro *Pampas y lanzas* que en el *se exaltaba, por primera vez, la gloriosa gesta del indio araucano del Desierto*. Y a lo dicho, embriagado de sí mismo, agrega *viendo la posición falsa en que quedaba, como presunto izquierdista, Álvaro Yunque se vio obligado a publicar otro opúsculo, "El hombre en la guerra de las pampas", en el cual, después de plagiar la disposición del libro antes citado, se desdecía de sus anteriores adjetivos, calificando ahora al indio de "héroe y mártir"*.

Para *Yunque* dos fechas indican la duración de la guerra en las pampas: *1536-1886, desde que el primer conquistador europeo pisó las márgenes del Río Dulce, hasta que se rindió el último cacique, allá, en la desconocida Patagonia. Son trescientos cincuenta años de luchas. La epopeya más larga que haya visto el mundo*.

Al reflexionar sobre este tema y desde la vereda opuesta, Julio Irazusta coincide con *Yunque* en esta apreciación, aunque por cierto difiere con él al momento de valorarla. Se trata de lo dicho en un diálogo organizado por el diario *La Nación* y publicado el 10 de junio de 1979, bajo el lema *Una campaña con trascendencia nacional*, coordinado por Oscar Hermes Villordo. En la oportunidad y sobre este tema expresó:

*!... ! es una de las acciones positivas hechas por la Argentina, siguiendo la línea clásica de cómo se marca un sistema de conducción nacional; es una de las más viejas campañas desde el Virreinato !... ! La Campaña del Desierto es, en el orden interno, una de las más ilustrativas de cómo se hacen las obras positivas...Nunca fue abandonada como idea; fue realizada de acuerdo con una tradición, que le permitió al general Roca no ser él el autor sino el que recogió el fruto de las experiencias de todos los que lo habían precedido.*

Los historiadores de todas las corrientes y los aparentemente independientes, reconocen que en esta lucha prolongada hubo héroes y mártires, tanto criollos como aborígenes, aventureros y apóstoles. De ellos se ocupó *Yunque* en *Hombres en las guerras de las pampas*, volumen en rústica que ediciones Sílabla puso al servicio de los interesados a partir del 26 de febrero de 1969.

La obra comienza con *El escenario*, la pampa, la tierra que tanto el huinca como el mapuche deseaban. Los capítulos siguientes están dedicados a indios y caciques, a gauchi soldados y chinas, a la guerra, al indio irredento, a los aventureros y hombres de paz, a los abusos, a curiosidades, más un breve vocabulario con acotaciones.

## 1971

Como lo recuerda la Academia Porteña del Lunfardo en el *Libro de los cuarenta años*, dedicado al paso de los ya ausentes, *Yunque* fue nombrado el 29 de junio de 1963 miembro de número y titular del sillón "Fray Mocho".

Entonces las sesiones de esta institución y sus actividades públicas las realizaban en el Círculo de la Prensa. Fue en 1964 cuando allí leyó *Yunque* por primera vez un estudio que luego publicará en 1971, a cargo de la editorial Metrópolis, sobre *Fray Mocho, precursor del lun-*

*fardo*. Yunque llamó a este trabajo *breve chamuyo*. El folleto contiene un vocabulario, de apenas cuatro páginas y algunas líneas, más una segunda parte con algunos de sus otros *Versos rantes*.

## 1972

*Las dos faces del gauchi-nativismo* es un artículo que le publicó la revista política *Cuadernos de Cultura*, en el número 116 correspondiente a los meses noviembre-diciembre de 1972.

Cuanto antecede no es otra cosa que una enunciación apenas comentada de su obra como historiador y ensayista, de su labor en las fuentes documentales, principalmente en las éditas, de la historia y de su militancia intelectual. Obra comprometida por su adhesión al Partido Comunista, pero que por manifestar abiertamente su credo político es previsible.

Ser casi arquitecto sin duda ayudó a *Yunque* a comprender mejor que en el campo de la historiografía toda construcción, aún presentada de manera amena, se desmorona sin una sólida base documental. Por eso, discrepancias aparte, se le debe reconocer buen grado de rigor en la investigación.

Dijo Lubrano Zas de *Yunque* que él prefería ser recordado *por sus versos antes que por sus cuentos, sus ensayos, sus artículos periodísticos o sus piezas teatrales*. Esta preferencia será atendible pero no excluyente. Con la debida advertencia estas obras, muchas de ellas inscriptas en la ciencia de Heródoto, son herramientas de utilidad para la comunicación histórica, para poder establecer el diálogo metafórico entre el presente, siempre efímero, y lo pasado.



# **Calfucurá**

*A los argentinos que realicen la Reforma Agraria,  
verdadera conquista del desierto*



## Proemio

*“Las inagotables minas del cerro de Potosí, los riquísimos criaderos de aquellas napas enormes de plata maciza que ha dado Guntajaya, ni los poderosísimos planes de oro del río Tipuani, serán nunca comparables con el inagotable tesoro que pueden producir nuestros dilatados campos...”*

SEMANARIO DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

1er. número. — Año 1802. Director: Hipólito Vieytes.

*“Pago chico es portón; los indios fueron civilizados a balazos y la población quedó compuesta de soldados y de chinas”...*

ROBERTO J. PAYRÓ

*Este libro enfoca, coloreándolo, un rincón de la historia americana. En él está la pampa “incomensurable, abierta, misteriosa”, y viva. No un desierto sin hombres, sin bestias, sin vida vegetal. Sí un océano de tierra pintada de verde fecundo, surcada de ríos y arroyos por los que corre dulce agua, sangre de una posible agricultura, y poblada por una raza de hombres salvajes, nómades, vigorosos, valientes, indómitos, astutos, además de una fauna riquísima y bosques de algarrobos y caldenes. Poseen también las pampas la riqueza de sus salinas. Y después que el hombre blanco pisa las costas de su gran río, el tumulto de sus caballadas baguales y de sus vacunos chúcaros de cuyos cueros, cerdas y carnes el mundo puede abastecerse, tal será su número prodigioso. Desierto es soledad. En las pampas todo nos habla de pujante vida.*

*La segunda parte del libro abarca desde los años 1536 hasta 1810. Desde que los “huincas” de Europa, los extranjeros, intentaron establecerse en la ribera del “mar dulce”, hasta que los hijos de aquellos conquistadores levantan su grito propio y proclaman su libertad. Es un período éste de tranquilidad relativa. Contempla él, es cierto, la primera felonía del conquistador y su castigo: el primer malón de los aborígenes bravos. Pero el conquistador, desilusionado de la pampa que no produce oro, no intenta penetrar mucho en ella. No se establece más allá del río Salado. Y excepto*

*algunos choques sin importancia, inevitables entre hombres de armas llevar, los conquistadores, ya guerreros, ya evangelizantes, cruzan las pampas, desde Buenos Aires, hasta Salinas Grandes, a 100 leguas—expedición de Pedro Andrés García—o desde Chile hasta el territorio de la provincia de Santa Fe—expedición de Luis de la Cruz—, sin ser molestados por los aborígenes.*

*Pero las relaciones entre los “huincas” de América, hijos de europeos, y los aborígenes, pronto entran en el campo de la epopeya. Los hombres de 1810 necesitan pampa, mejor aún, necesitan su riqueza esencial, sus ganados. La carne, el cuero, la cerda, el cebo de estos ganados constituye una necesidad que Europa exige. El puerto está abierto a los barcos de Europa, el comercio se activa, pues esos ganados que los “huincas” de América buscan, también son codiciados por los indios que los venden a Chile, La guerra se enardece. A las armas superiores de los hombres de Buenos Aires, Santa Fe, San Luis, Mendoza y Córdoba, los aborígenes oponen la distancia que ellos, ya insuperables jinetes, dominan. La distancia y la sorpresa que les da el exacto conocimiento de las pampas inconmensurables, pero para ellos no misteriosas.*

*Este período termina en 1835 con la expedición de Juan Manuel de Rosas al Río Negro. Los indios son empujados, pero no vencidos. Rosas pacta con ellos. Los contiene con dádivas, a veces cuantiosas. Donde no alcanza su fuerza, estira su diplomacia. Rosas conoce al gaucho—soldado único para esta guerra de valor, audacia y astucia—y conoce al indio, su enemigo, también astuto, feroz y bravo. Aquéllos le proporcionan baquianos y rastreadores, cifras indispensables para esta clase de guerra. Logra así pisar la orilla del Río Negro en la Patagonia. No es “el conquistador del desierto” pampeano, pues no coloniza, pero impone a la altiva bravura del indio el poder de los “huincas” de América.*

*En 1835 aparece en las llanuras argentinas Callvucurá—Piedra Azul—castellanizado Calfucurá. Llega del otro lado de los Andes, la tierra de Caupolicán y de Lautaro. Y es un digno descendiente de los héroes cantados por Alonso de Ercilla y Pedro de Oña. Pero además de corajudo y fuerte, es hábil. Sabe esto: no es sólo bizarra caballería lo que debe oponer al “huinca”, amo del fuego. Y emplea, como Rosas, la fuerza y la diplomacia. El tirano de Buenos Aires y el cacique de las pampas—capital Salinas*

*Grandes— se entienden. Son aliados. Lanceros de Calfucurá pelean por Rosas en la batalla de Caseros. Huye el tirano de Buenos Aires, pero el cacique de los pampas queda. Pacta con Urquiza, el vencedor. Quedará hasta 1872, año de su muerte. Interviene en la lucha entre la Confederación y Buenos Aires. Caballería pampa está con Urquiza en Cepeda y en Pavón con Mitre. El poderío de Calfucurá se levanta y crece. Llega un momento en que constituye el alma de una Confederación de tribus, y sus malones alcanzan a pocas leguas de la ciudad de Moreno y Rivadavia. Su conocimiento de las pampas vivas, y sus innatas condiciones de estrategia, además de guerrero sin igual, le hacen alcanzar victorias sobre generales de disciplinados ejércitos. Las lanzas y boleadoras de su caballería se llevan por delante a los cañones —“con más rayas que un cotín”— y otras armas de fuego. Calfucurá desaparece en vísperas del exterminio de su soberanía. Ha gobernado treinta y ocho años este fornido y perspicaz señor de las llanuras, bosques, salinas y montañas.*

*Desde 1810 a 1873, o sea en el curso de dos períodos, el indígena pampeano, ya no es el que describen los cronistas coloniales Sánchez Labrador o Falkner, ni los poetas criollos, Echeverría en “La Cautiva” o Ascasubi en “Santos Vega”. Ahora es el que describe Mansilla en su “Excursión a los indios ranqueles”. El contacto con los “huincas” lo ha corrompido. Además de alcoholizado, el indio fuma, toma mate, come azúcar y se refocila con la mujer blanca. Son sus “vicios”. Los desea imperiosamente. Los blancos también le regalan enfermedades para el indio más temibles aún: la viruela y la sífilis hacen estragos en las tolderías.*

*Si bárbaro durante sus “malones”, en tiempo de paz —una paz siempre llena de inquietud, por cierto, de desconfianzas y violaciones mutuas— el indio comercia con el “cristiano”. Halla en la codicia y rapacidad de éste, en ocasiones, un socio para sus rapiñas, en ocasiones, un aliado de sus ataques. El político, el juez, el comandante de fortín, el pulpero particularmente (“pulpero y ladrón, dos parecen y uno son”, reza el aforismo popular), según los pintan Hernández en su “Martín Fierro” o Álvaro Barros en su “Fronteras y Territorios federales de las pampas del Sud”— contribuyen a que el mal de los indios sea crónico.*

*Así se entra en el último período de este drama, el que corre desde 1875 a 1885. El país quiere organizarse y unificarse. Sobre los intereses de los pequeños comerciantes de fronteras, de los políticos, jueces de paz y comandantes antipatriotas que se enriquecen con los malones y con sus hurtos en los negocios de proveeduría; están los grandes intereses del comercio ciudadano y de sus socios, de la industria y la banca London-París, accionistas de ferrocarriles. El país ha entrado, desde la presidencia de Mitre (1862-68) con su guerra al feudalismo del Paraguay, en la órbita de la burguesía liberal-progresista. Su poder central tiende a solidificarse, hacerse dueño de la Aduana de Buenos Aires. Necesita los miles de leguas que las pampas le ofrecen para la ganadería y la agricultura. Quiere, pues, una tierra tranquila, sin indios. ¿Qué hacer con éstos? Lo más fácil: exterminarlos. ¿Alguno pensó hacer otra cosa con estos aborígenes maloneros cuya codicia fustigaba el gobierno de Chile, a quien proporcionaban el ganado de que éste carecía? Sí, alguien intentó civilizar, colonizar a los indómitos indios pampas. Salvemos los nombres de Cherino, de Cardiel, de Strobel, fundadores de reducciones en el sur de Buenos Aires con propósitos —fracasados— de evangelizar a los nómades. Salvemos los nombres de teoricizadores como Falkner o Azara. Recordemos con singular cariño al chileno Luis de la Cruz que, viajando de Concepción a Melincué, en 1806, dejó un interesante relato de su viaje, en el que hizo amistad con los indígenas (“Habéis sabido tomarnos el corazón”, le dice el indio Puelmac, al despedirse). Recordemos a Pedro Andrés García y a Francisco Ramos Mejía, amigos y abogados en 1810 y 1820 de los derechos indígenas, siempre víctimas de la prepotencia gubernamental; no olvidemos a Chiclana y los Oyuela; recordemos, por fin, a Silvino Olivieri, fundador en el año 1856, de la colonia agrícola-militar “Nueva Roma”, terminada trágicamente.*

*De la posibilidad de atraer al indio hacia la civilización nos hablan Mansilla, Barros y otros militares de sensibilidad artística que tuvieron contacto con ellos.*

*En 1875, los “huincas” ya poseen dos fundamentales elementos de superioridad técnica: el rémington y el telégrafo. No hay carga de caballería que, “yéndose sobre el humo”, expresión que significaba atacar contra*

*la infantería, a ciegas, llegue a su destino. A mil metros queda el tendal de jinetes. Ya no hay distancias. El chasque indio —el “bombero”— y la lanza son superados. No hay pingo que corra más que la corriente eléctrica. Ni lanza o boleadora que alcancen lo que un rémington preciso.*

*Adolfo Alsina, hombre de progreso, gobernante que comprende la exigencia de su hora —como Mitre, como Sarmiento, como Avellaneda— se decide a lograr las miles de leguas de pampas seguras, sin indios, que el comercio de las capitales y los banqueros y accionistas de London-París reclaman. Se emprende la guerra de ofensiva que en 1863, ¡lirismos de poeta!, Mármol, con más visión que los militares y hombres de Estado, proclamaba como la única eficaz contra el indio malonero.*

*En 1875 comienza Alsina su labor, tenaz y fuerte, de cara a toda crítica. La muerte deja inconcluso su propósito. Surge otro hombre de voluntad y progreso. Es Julio A. Roca. El año 1879 suena el clarín de muerte para el poderío pampa. Roca llega a Río Negro, sus capitanes a Neuquén. Soldados admirables de valor y estoicismo, vencen a la naturaleza hostil y bárbara, y el indio que huye, sólo es un elemento de ella. Los herederos de Calfucurá, impotentes, ven cómo sus últimos guerreros caen peleando, perseguidos. Las pampas ya no son misteriosas. Ya no hay distancias para el “huinca”. El año 1885, la epopeya comenzada por el conquistador Don Pedro de Mendoza a orillas del Plata, termina al pie de los Andes. Además, durante ella, hubo que pelear con portugueses, contrabandistas y piratas durante la colonia. Después las invasiones inglesas, las guerras de la independencia en medio continente, las guerras contra los caudillos del interior, la guerra contra el Brasil, las guerras civiles y los bloqueos franco-inglés durante la tiranía, la guerra del Paraguay, la revolución del 1874 y la del 80, y Chile, factor de perturbaciones, nidal de indios maloneros. En 1885 la epopeya está finida. Los indios pampas, admirable raza de salvajes, indómitos, inteligentes; no ha sido exterminada. Sólo desaparece su poderío. Los chadiches de Salinas Grandes y los ranculches de Leuvucó —capitales de sus dos “naciones” más poderosas— son ya sombras de guerreros. Namuncurá se ha entregado como un peludo sin uñas, Baigorrita ha muerto peleando como un puma herido de los pajonales. Los indios pri-*

*sioneros son destinados a los cuerpos de línea. Las chinas, sus tiernos hijos: se abrazan al soldado “huinca” ellas, van a cumplir humildes menesteres los infantes. Las poblaciones lejanas, los suburbios de las ciudades, acogen a estos residuos de epopeya. La rubia hija del gringo o del gallego colonos se besa con el tostado hijo de los defensores tenaces de Carhué, de los que hicieron de Choele-Choel el último reducto de su heroísmo. El ímpetu pampa no se extingue. Chinos con ojos verdes o morochas con trenzas color trigo, doctores unos o recogedoras de maíz otras, nos están diciendo que el “mapuche” de la pampa se perpetúa. Aunque ahora va por la misma “rastrillada” y en la misma dirección junto al hijo del “huinca”. De esto, la epopeya del trabajo aguarda héroes no menos valerosos y alertas que los dejados a nuestra memoria por la epopeya de las armas.*

*Un ulcatufé del desierto —trovador anónimo, improvisador o recitador de seculares canciones y leyendas araucanas— predijo que los hombres nacidos de la cruz de aborígenes con “huincas”, serían peores enemigos que el conquistador blanco y “Gunechen”, el hacedor del mundo pampeano, por boca de aquel Isatías aborigen, prohibió a las hijas de la tierra amarse con los extranjeros. No obedecieron al dios las hijas de la tierra. E hicieron bien. Las mapuches se unieron a los “huincas”. Hijos de esta cruz llevaron la última guerra a los amos de las pampas. El amor los hizo sobrevivirse.*

*En rigor, este libro debió llamarse “La conquista de las pampas”. Preferí titularlo “Calfucurá”, nombre del mayor héroe de la defensa indígena. Él, como Oberá, Juan Calchaquí, Yamandú, Caupolicán, Lautaro, Tupac-Katari y Tupac-Amaru, como los rebeldes de Cangallo, como los aborígenes de las “republicuetas” en Bolivia, representó el espíritu, de un pueblo que defiende sus derechos frente al conquistador de su tierra. Él, como aquéllos, estaba condenado por el mandato histórico. Inútil fue su heroísmo. Tuvo que caer. La civilización de los “huincas” necesitaba las llanuras, los bosques y las salinas que él defendía a lanza y boleadoras, con recio coraje y delicada astucia, sin precedente en las pampas. Hoy, Calfucurá es un nombre vago. Sus hazañas, un espejismo sin realidad. Merecía, empero, este arquetipo del indio pampa, ser sacado de esa nébula. Fue, a la vez, un combatiente y un estadista, fue valeroso e inteligente. No*

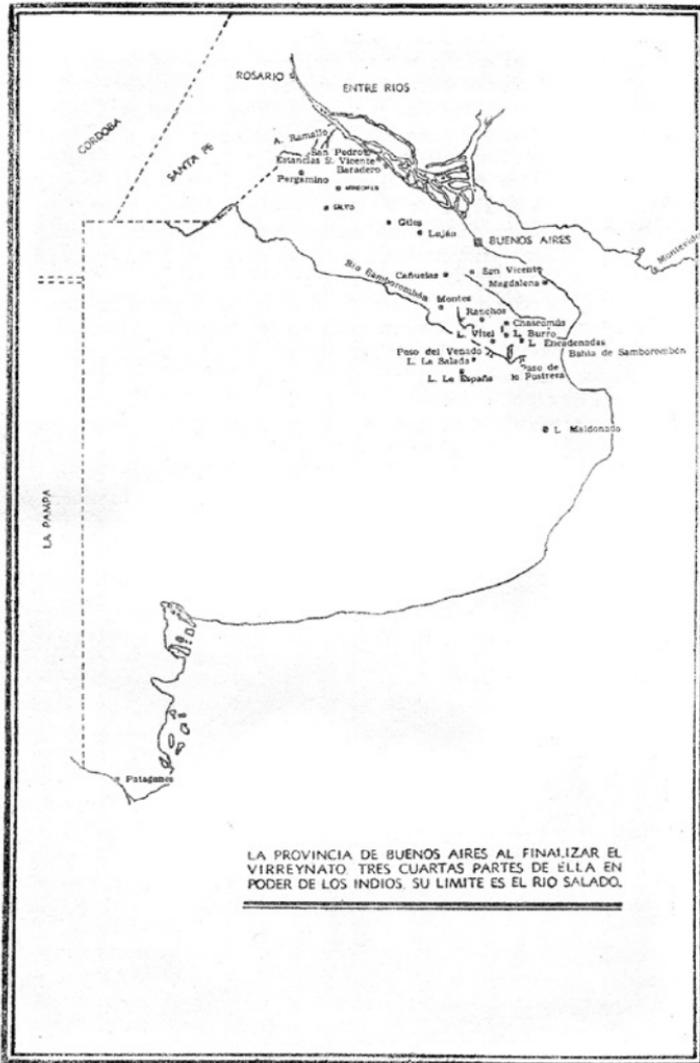
*ganó combates sólo a punta de lanza. Fue también estratega, un baquiano y un guerrillero. Fue todo en uno, el Napoleón y el Tayllerand de las pampas. Y ya se supone que si esto hubiese ocurrido en Europa, otra hubiera sido la suerte del mundo. Calfucurá, eximio diplomático, no confió como el aventurero corso, demasiado en la fuerza. Esto es lo que le hace ser un indio diferente y superior a sus predecesores, rebeldes, encendidos de pasión exasperada. Calfucurá, consciente de sus fuerzas y de las del enemigo superiormente armado, supo contener sus impulsos bélicos, aprovechar las fluctuaciones de su política, ver los puntos débiles del adversario, y atacar o pactar, exigir o ceder con sutilidad de gobernante. Su pueblo bárbaro, intuyendo la superioridad del cacique, lo aureoló de misterio y creyó en él. Había sí en Calfucurá un misterio, que no le venía de los dioses aborígenes, por supuesto (según la superstición que sus salvajes le adjudicaran), sino de su inteligencia que lo levantaba del nebuloso caos pasional en que sus súbditos se debatían. Otros nombres de caciques, Bagual, Cangapol, Lanquetín, Painé, Yanquetruz, Paguitruz —o Mariano Rosas—, Catriel, Cachul, Cotiqueo, Namuncurá, Rauniquero, Pincén, Epumer, Baigorrita, se han salvado del anónimo. Ninguno puede parangonarse con Calfucurá, no inferior a ninguno en coraje y baquía, superior a todos para saber dilatar los años de paz y engrandecer con éstos su poderío.*

*La guerra contra los indios pasa por varias facetas: El ganado abunda y no se le codicia. Los choques de las dos razas aún no constituyen una guerra. Los autóctonos se oponen a la violencia de los conquistadores, cuando no se retiran, espantados por las armas de fuego.*

*Ya los innumerables ganados son una presa codiciada. Sus cueros se ven reclamados por los contrabandistas ingleses y portugueses que comercian con los altos empleados del Virrey, cuando no con éste mismo; pero también en Chile se precisan sus carnes. Los indios conducen ganado en pie a Chile, los gauchos matan a diestra y siniestra. El ganado merma, no resiste al caos. Los indios insisten en llevarlo a Chile y los hombres de Buenos Aires en defenderlo. Los choques, antes sólo casuales, se transforman en guerra por lo continuos. Más tarde interviene la política. Después de Maipú (1818), los realistas vencidos y refugiados en el sur de Chile, empujan a los indios con-*

*tra Buenos Aires, foco de la Revolución. A los indígenas se unen bandoleros: los Pincheira, los Salvo, o todos los desertores, ladrones y criminales que, huyendo de leyes y policías —Juan Moreira, el Tigre del Quequén— hallan en la pampa y sus toldos buen refugio. Hay otra complicación: Los “indios amigos”. Estos, que reciben subvenciones del gobierno de Buenos Aires, se ven damnificados por los malones que llegan del oeste. Y pelean contra los hombres de su raza. Pero a veces, por incumplimiento, debido a la rapacidad de los proveedores, los “indios amigos” se ven burlados y se vengan pac-tando con los maloneros. Se crea, ya en las postrimerías del poderío pampa, o sea después del 70, presidencia de Sarmiento, una política de urdimbre compleja y difusa. Ya es preciso ser, además de guerrero, diplomático; a más de puma, zorro. Calfucurá es el eje de tal política.*

*Este libro de historia con “iluminaciones” de arte, debía ser, como la vida que relata, múltiple y pintoresco, aunque también, para quienes sepan leer entre líneas el pasado, una lección de futuro. El arte rejuvenece a la historia.*



LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES AL FINALIZAR EL VIRREYNATO. TRES CUARTAS PARTES DE ÉLLA EN PODER DE LOS INDIOS. SU LIMITE ES EL RIO SALADO.



Primera parte

## **La pampa misteriosa y viva**



## La pampa misteriosa y viva

*El desierto incommensurable, abierto y misterioso...*

ESTEBAN ECHEVERRÍA

La pampa no es un océano inmóvil. Posee el color, la inmensidad, el misterio del océano, y también, como el océano, se mueve, tiene vida. La distingue de él su silencio, eso sí, su silencio magnífico, sólo turbado a veces por el alarido del viento o por el clangor del chajá o por el clamor de la inundación o por el gemir de los campos secos incendiados o por el ulular del malón de los indios. Y la pampa, en círculo como el océano, va de horizonte a horizonte: el cielo del infinito azul se espeja en el verde infinito.

La pampa es imponente. Anonada. De su contemplación, como de la contemplación de un cielo del sur, “el cielo más estrellado” según canta la copla anónima, el hombre experimenta un sobrecogimiento. Y calla.

¿Cómo no cantarla los poetas?

Echeverría:

*... el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura.*

*(La Cautiva)*

Ascasubi:

*... pues talmente parecía  
la inmensa llanura un mar  
que, haciendo olas, se mecía.*

*(Santos Vega)*

Hernández:

*Todo es cielo y horizonte  
en inmenso campo verde*

*(El gaucho Martín Fierro)*

Hudson:

*Allí el azul cristal del cielo descansa sobre el nivel verde del mundo.  
(Allá lejos y hace tiempo)*

Las citas bien pudieran amontonarse agalopadamente. Poetas de ayer y de hoy, verso y prosa, levantan sus signos de admiración hacia la belleza de la pampa, y se empinan de vocativos. (Sarmiento, siempre en puntas de pie, alucinado a quien la contemplación no le basta, desentendiéndose de su belleza, la define: “la pampa, la tierra aguardando todavía que se le mande producir las plantas y toda clase de simiente”).

Asoma desde el primer momento la comparación con el océano: “En campiñas tan dilatadas y llanas no halla impedimentos la vista, como en un océano terrestre” —escribe el cronista Joseph Sánchez Labrador en el siglo XVII—. “Vasto océano verde y sin ondas”, la llama Cunningham Graham, viajero del siglo XIX, e insiste: “Océano de altas yerbas, verdes en la primavera, amarillentas luego”... Y una copla de un poeta anónimo, pero que pisa fuerte:

*Yo tengo cueva en la pampa  
donde el techo no gotea,  
a mi no me asustan sombras  
ni bultos que se menean.*

Proclama una canción aborígen, orgullosamente:

*Esta es, hermanos, nuestra, tierra pampa,  
No es la tierra estrecha. La tierra es bien ancha.  
Por mucho que quieran a todos alcanza”...*

La libertad de la pampa exige el dilatado versículo de un Walt Whitman. Sus maravillas dejaron atónito, sino mudo, al primer poeta urbano que se asomó a ella:

*¡Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza!  
¡Qué lengua humana alabarlas!*

Plañe Esteban Echeverría. Otros—Andrade, Mitre, Guido, Obligado, Gutiérrez, Almafuerte, Adán Quiroga— sólo atinan a nombrarla, como intimidados por su presencia, huéspedes presurosos de sus leyendas y sus nombres, sus paisajes y su peligro, su misterio y su porvenir:

*Era el grito poderoso  
del progreso dado al viento:  
el solemne llamamiento  
al combate más glorioso.  
Era en medio del reposo  
de la pampa ayer dormida,  
la visión ennoblecida  
del trabajo antes no honrado;  
la promesa del arado  
que abre cauces a la vida.*

Anuncia Juan Sin Ropa al payador Santos Vega, ya moribundo, obnubilado vidente, ante el espejismo que le hacía ver ciudades surgidas de la llanura antes sola.

*Quedan aún pedazos grandes como naciones  
para que aquí sembréis vuestra esperanza...*

Recuerdo que proclamaba yo a la hermana del cielo y el océano dando la bienvenida a los extranjeros, los hombres del trabajo, mirándoles llegar, a ella con sus arados y sus trilladoras.

En el mismo trance, Fernán Silva Valdés, desde la orilla uruguaya del Plata, entona:

*Hombres de ojos azules que vienen a sembrar  
trigo en nuestros llanos,  
y a ser trigo ellos mismos  
con su color dorado...*

Ni aún los poetas anónimos, los de romances y coplas, se han detenido a cantar la pampa. Unos y otros vuelan, pájaros leves, sin planear sobre el inmenso panorama. Vuelan de hombre en hombre, de amor en dolor de hombre, de pena en regocijo de hombre.

En la pampa las impresiones son rápidas, para luego borrarse en la amplitud del ambiente sin dejar huella.

Apunta Ricardo Güiraldes (“Don Segundo Sombra”):

A todos nos empuja el ventarrón del pampero...

Pampa es palabra quechua y significa “campo abierto”. Esto daría la idea de extensión uniforme y monótona. Nada más erróneo. Creer que la enorme tierra comprendida desde el Plata y el Atlántico hasta los Andes y desde el sur de Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe hasta el Río Colorado en la Patagonia es idéntica, una vasta llanura como es de uso creer a los hombres de Europa, es ignorar la pampa. Esa es la visión que de la pampa dieron los primeros conquistadores, los que no se alejaron de las costas, los que llegaron, casi furtivamente, hasta el río Salado. Y es la visión que, perdurando, dio nombre al resto del territorio ya serrano, ya guadaloso, ya salitroso, ya selvático, ya pradera, ya pajonal, o salpicado de lagunas, ya ondulante de médanos, variado siempre, que se prolonga, camino hacia donde el sol se pone, muy largo y muy ancho; (“Derecho ande el sol se esconde tierra adentro hay que tirar”).

Protesta Lucio Víctor Mansilla, que midió la pampa al galope de su caballo y a empujones con la aventura, en años que hoy nos parecen remotísimos, como si no fueran de “antiyer” no más: “Los que hoy han hecho la pintura de la pampa –protesta Mansilla– suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido! Poetas y hombres de ciencia se han equivocado. El paisaje ideal de la pampa, que yo llamaría para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real son dos perspectivas completamente distintas”...

Lo que el gaucho llamó pampa no es toda la pampa. La del gaucho no pasa de la provincia de Buenos Aires, y eso ni muy al sur ni muy al oeste. “Lo que el gaucho llamó “la pampa” –nos advierte Hilario Ascasubi en 1850–, es el territorio desierto que queda más allá de las fronteras guarecidas, donde no hay propiedad y donde las tribus indígenas viven y vagan según su estado salvaje”.

Y D’Orbigny:

Entramos en el desierto; perdimos de vista todo; el horizonte se hizo visible; nos hallamos como en medio de un océano verde donde nada modificaba la monótona uniformidad, y nos hundimos en la pampa...

Pero la pampa del indio, la que iba desde donde compadreaman los audaces fortines hasta donde los Andes comenzaban a erguir las olas de sus pétreas cumbres nevadas, era algo más complejo y profundo. Era discontinuidad y contraste. Allá, la verde tierra del “huinca” blanco, con sus ombúes y sus ceibos, blandos amantes del agua; aquí, la oscura tierra del mapuche de bronce con sus caldenes y sus Algarrobos exasperados. Alguien comparó a la pampa con la estepa rusa o con las sabanas de Colombia y Venezuela, productoras, como aquélla, de guerrilleros ágiles, osados, mañosos e invencibles. Si cosaco, llanero y gaucho –heredero éste del indio pampa– presentan similitud de medios combativos, las tierras que sus caballos pisan presentan muy distintos aspectos. No es la pampa la frígida estepa ni la sabana tropical. Ni es el sur de Santa Fe, Córdoba, San Luis, Mendoza y el oeste de Buenos Aires, y tampoco lo que hoy constituye la gobernación que ha perpetuado su nombre.

La pampa seca, suelo arenoso con vegetación de monte –caldén, Algarrobo–, se extiende desde la precordillera hasta el sudoeste de la provincia de Buenos Aires, con depresiones bajo el nivel del mar y acumulaciones salinas y valles formados por cadenas de médanos, con extensiones secas y áridas, tierras de viajeros sin baquiano. La pampa oriental es, por el contrario, una pradera sin bosques, de clima templado y húmedo, de suelo arcilloso, enriquecido por arroyos y lagunas. Su

horizontalidad, hacia el sur, la interrumpen dos grupos de sierras no muy altas, pero que jugaron gran papel en la guerra contra los indios (Volcán, Tandil, Azul, Tapalqué, Olavarría y Quillalauquen el uno; Ventana, Pillahuincó, Currumalán el otro). Hacia el oeste, la horizontalidad de aquella pradera jugosa, de aquel pajonal sin árboles, que durante siglos esperó la presencia infalible del caballo, se interrumpe por colinas arenosas de médanos.

Cuatro ríos juegan un papel importantísimo en esta región: El Salado del Sur, en Buenos Aires, límite de las pretensiones del indio pampa, el Chadi-Leovú (río Salado) en la gobernación de La Pampa, el río Colorado (Colú-Leovú, límite de ésta y la gobernación del Río Negro, y el Río Negro (Curu-Leovú), límite de las aspiraciones del huinca en su avance hacia el sur y el oeste. Cruzando éste, el Río Negro, ya comenzaba la Patagonia del tehuelche, lo desconocido temible durante siglos, poblada de gigantes, de leyendas con ciudades encantadas, toda la maravilla y el milagro con que el hombre justifica y engalana cuanto ignora.

Una laguna juega asimismo un papel importante en la secular epopeya pampeana: Carhué, lugar estratégico, aureolado de supersticiones, y una isla: Choele-Choel —en Río Negro— “la Gibraltar del Desierto”.

Para defender a ésta, amenazada por la incansable ofensiva del Presidente Sarmiento, el cacique Calfucurá, crispado de lanzas, dejó su capital de Salinas Grandes y se echó —una vez más— sobre las llanuras de Buenos Aires, año 1872, dispuesto a no dejar impune la osadía del Presidente. Para no abandonar Carhué, su hijo Namuncurá, ya en las postrimerías del dominio aborígen (1789), gastó sus últimas boleadoras, quebró sus últimas lanzas y aplastó sus últimos pingos. Carhué poseía leña, pasto y agua, la riqueza del indio, en Carhué convergían las “rastrilladas” —camino aborígenes— que, cruzando leguas, iban desde la costa del Atlántico, saltando los Andes, a asomarse en el Pacífico.

*Es la pampa misteriosa  
todavía para el hombre...*

Dice Luis Domínguez en su popularizada composición sobre el ombú.

Lo era para el “huinca” nacido en las tierras donde el árbol se levanta, no para el indio. Este, baquiano por instinto y por ciencia, conocía bien los secretos de la pampa misteriosa y viva. Sus guadales, sus cangrejales, sus sierras, sus médanos, sus salinas, sus ríos, sus lagunas –cuáles eran salobres y cuáles dulces– sus ricos bañados, sus peligrosos pajonales, sus bosques, sus vientos, sus sequías, sus inundaciones, sus incendios, sus aves, sus fieras, sus bestias útiles, la viscacha y el tatú con sus traidoras cuevas, cepos del caballo, sus víboras, la langosta y su invasión, ejemplo de malones. Conocía hasta la “brillazón” que en tardes de canícula pintaba maravillas en la lontananza y transformaba un médano en una ciudad celeste o un monte de chañares en una nube enviada del cielo para dejar en la tierra, ¡vaya a saber qué dones!; engaños de la imaginación linda y zonza.

Son las pampas vivas, mal llamadas desierto, la pampa “todavía misteriosa para el hombre” blanco cuya virgen llanura incógnita le infunde vago temor y ansia de libertad, lo contiene y lo atrae como una hembra de imperiosa hermosura. En ella los hombres a caballo aparecen y desaparecen a lo lejos, como en el mar los barcos.

—Mire, señor –le dice un gaucho al naturalista Francisco Javier Muñiz, el biógrafo del ñandú– mire, señor, el campo es lindo, el campo da hambre, da sueño y da sé. Está cubierto de flores que encanta, y que son una maraviya. Tiene agua en los médanos y lagunas, que cuanto más se bebe de eyas da más sé. En el campo se puede decir que no incomodan el frío, el calor ni los insectos... Si parece que el Señor echó su bendición sobre aqueyos campos pa ricriación de sus criaturas. Agora bastimentos pa que es platicar, hay que es barbaridá. Hay mulitas, peludos, gamos, quirquinchos, venaos, liones, perdicés, güevos y pichones de todos los pájaros en las lagunas, en los guarios y entre las pajas, en fin too bicho. Bagualáa hay que da miedo; avestrusáa, ¡jué pucha!... Pero, señor; no hay que fiarse de esos halagos porque el campo es también engañoso... Atrai al hombre, lo encanta y lo aquerencia, pero al fin se lo come. El más gaucho viene por último a dejar los güesos blanquiando entre las pajas o a oriyas de una laguna...

También Hernández, imprescindible en toda cita de la pampa, hace decir a su Martín Fierro que acaba de volver de ella:

*Es un peligro muy serio  
cruzar juyendo el desierto...*

.....  
*Sólo el arbitrio del hombre  
puede ayudarlo a salvar,  
no hay auxilio que esperar...*

.....  
*¡Pobre de aquél que se pierde  
o que su rumbo estrabea...*

Caer en un guadal, sea el caso, es un peligro muy serio.

¡Cuántas veces, en una operación militar, yendo en persecución de los indios, una columna entera no ha desaparecido en medio del ímpetu de carrera! –nos dice Mansilla–. ¡Cuántas veces un trecho de pocas varas ha sido causa de que los jefes intrépidos se vieran burlados por el enemigo, en esas pampas sin fin!

Si hasta el propio indio solía caer en esa trampa de tierra fofa, no siempre distinguible a primera vista. Y con decir que el indio podía ser apresado en el guadal ya se dice cuánto era él de engañoso. La palabra guadal nos lleva al recuerdo de agua, de cosa húmeda y barrosa; pero no siempre el guadal es así. Hay guadales barrocos (miu-co, abajo agua), pero los hay secos. El guadal no es una ciénaga, ni un tembladeral, sino cuando en ésto lo han convertido las lluvias persistentes del invierno. El guadal seco era algo muy peculiar de la pampa. Era el resultado de la obra de las raíces del algarrobito, arbusto de pequeña copa y de largas y fuertes raíces. Estas socavan el terreno, lo esponjan y en este terreno así preparado, entra a colaborar el tucu-tucu, especie de topo que lo llena de excavaciones subterráneas. En ese terreno fofo y recalentado por el sol implacable o vuelto pantano por las lluvias persistentes durante días y noches, el pie se hunde, los caballos –excepto el del indio, al que le enseña a correr en los guadales– se esfuerzan

inútilmente, hasta caer vencidos por la fatiga. El caballo se postra y, doblando las rodillas, cae, no se levanta más. El soldado gaucho debe hacer, entonces, algo terrible para él, algo que le hace sangrar el corazón impávido a todos los horrores y temblar el puño habituado a todas las maldades: debe degollar a su caballo a fin de evitarle la lenta agonía de morir de sed y hambre o, aún moribundo, desgarrado por el pico de los chimangos necrófagos.

Y el guadal, esto es lo épico, se extiende en ocasiones leguas y más leguas, hasta el cansancio. Nos cuenta el viajero Estanislao Zeballos que cruzó las pampas en el año 1879: “El guadal oculta miles de leguas cuadradas de territorio y durante toda la jornada de hoy lo hemos recorrido exigiéndonos el tributo de nuestros buenos caballos, como aquellas divinidades paganas a las cuales era necesario inmolar bestias elegidas”.

Pero a veces, ¡algo más peligroso aún!, ese pantano es un cangrejal. Ante éste, el perro ladra, furioso de impotencia, erizado el pelo del lomo. Su instinto le dice que allí se mueve una multitud oscura de bichos voraces y bien armados contra los cuales sus filosos caninos en vano quebrarían cientos o miles de corazas. El caballo para las orejas, resopla, se detiene espantado. Sabe también, transmitido por el experimentado instinto de las pasadas generaciones, qué suplicio le esperaba, implacable hasta la muerte, si él, alocado, se metiese en ese hervidero de pinzas.

El autor de Don Segundo Sombra describe un cangrejal:

De lejos ya, vimos negrear las largas franjas de barro. Arrimándonos las veíamos agrandarse, y era algo así como si el mundo creciera. Pero, ¡qué mundo! Un mundo muerto, tirado en el propio dolor de su cuero herido. Por unas isletas de pajonal, Patrocinio me fue conduciendo de modo que también sentí el cangrejal a mis espaldas.

—¡Aura verá! — me dijo.

Se bajó del caballo, a orillas de un cañadón de bordes barrosos y negros, acribillados como a balazos por agujeros de diversos tamaños. De diversos tamaños también, eran unos cangrejos chatos y patones que se paseaban ladeados en una actitud compadrona y cómica. Esperó que, cerca, un bicho de esos saliera de la cueva y hábilmente le partió la cáscara con un golpe de cuchillo. Pataleando todavía, lo tiró a unos pasos sobre el barro. Cien corridas de perfil, rápidas como sombras, convergieron a

aquel lugar. Se hizo un remolino de redondeles negruzcos, de pinzas alzadas. Todos, ridículamente, zapateaban un malambo con seis patas, sobre los restos del compañero. ¡Qué restos! Al rato se fueron separando y ni marca quedaba del sacrificado. En cambio, ellos, sobreexcitados por su principio de banquete, se atacaban unos a otros, esquivaban las arremetidas que llegaban de atrás, se seguían frente a frente con las manos en alto y las tenazas bien abiertas. Como nosotros estábamos quietos, podíamos ver algunos de muy cerca. Muchos estaban mutilados de una manera terrible. Les faltaban pedazos en la orilla de la cáscara, una pata... A uno le había crecido una pinza nueva, ridículamente chica en comparación con la vieja. Lo estaba mirando cuando lo atropelló otro más grande, sano. Este aferró sus dos manos en el lomo del que pretendía defenderse y, usando de ellas como de una tenaza cuando se arranca un clavo, quebró un trozo de la armadura. Después se llevó el pedazo al medio de la panza, donde al parecer tendría la boca. Dije a mi compañero:

—Parecen cristianos por lo mucho que se quieren...

Levanté la vista, y pensé que por leguas y leguas el mundo estaba cubierto por ese bicherío indigno. Y un chucho me castigó el cuerpo.

El llano que es la provincia de Buenos Aires, al sur, se ve quebrado por una serie de colinas en medio de las cuales se levantan las sierras. No forman encadenamiento. Entre unas y otras, la llanura. Son poco elevadas y sirven así de cómodo refugio a las sorpresas. En el sistema del “Tandil”, ésta es la más elevada (500 mts.), en el de la “Ventana”, ésta, la prominente, alcanza 1.280 metros. Al sudoeste de la gobernación de La Pampa, junto a la cuenca salitrosa del Chadi-Leovú y la laguna Urre-Lauquén, se levantan otras tierras. No pasan de 400 metros (Hucal, Epupel, Maracó, Pichi Mahuida, Choique Mahuida)...

Todas, como los médanos, supo emplearlas el indio en su tenaz defensa del territorio durante siglos.

Obra del viento, los médanos son acumulaciones de arena en forma de conos. A veces simulan un sistema cordillerano minúsculo. Frente a un obstáculo, sea un árbol, una piedra, el viento se arremolina y levanta un médano. Alguno alcanza la altura de diez metros por dos o trescientos metros de extensión. Y su persistencia le adjudica nombre, como si fuera un cerro: Curruló, Choiqueló, Lon-cohué, Lobocó, Locó... Esta terminación en “có”, en araucano “agua”, nos está significando la importancia del médano en esa extensión en que

se busca el agua como un tesoro. Cada médano es una gran esponja absorbente; “cavando un pozo en sus valles, el agua mana con facilidad” –nos dice un viajero—. Y otro: “abiertos como un vaso o como el cráter ceniciento de un volcán apagado, reúnen el agua pluvial en su fondo, filtrada entre sus arenas finísimas; y otras veces una sucesión, una verdadera muralla circular de dunas, forma las más encantadoras ollas o receptáculos de agua límpida, fresca y sabrosa, a cuyos bordes crecen los brachcharis, las gramíneas y variedades de flores silvestres de vívidos matices, entre las cuales se agitan y anidan los palmípedos comunes, los zancudos y el chajá, centinela de los campos”. “La soledad y el silencio del laberinto de médanos son terribles e imponentes. Los médanos son todo un espectáculo” – proclama Zeballos que subió al Thrunaque, el más alto de ellos.

El hombre sediento que corre hacia el médano, seguro de hallar en él la fuente de la vida, puede, en cambio, encontrar la muerte, el cautiverio. Hay médanos en cuyo hueco pueden ocultarse diez indios con sus caballos y en la olla producida por sucesiones de médanos, hasta quinientos de aquellos avizores centauros con lanza y boleadoras. Las rastrilladas del indio siempre llevaban a una laguna o a un médano: A Có –el agua– ansiábasela como a la divinidad restauradora del caballo, amigo imprescindible. Por eso también el indio y aún el baquiano huinca sabíanse de memoria cómo alcanzar las lagunas de agua potable y aún los terrenos bajos, anegadizos, que cuando el desborde de ríos y arroyos se transformaban en extensos bañados, ricos de pesca y caza. En su pajonal había recursos para cualquier hambre, y sorpresas para el comilón de carne de yegua, a quien los apuros de la marcha o la obligación de no encender fuego para no delatarse con su humo, obligaban a comerla cruda.

Ascasubi descubre con bien observada belleza los secretos de un pajonal próximo al río Salado del Sur, en Buenos Aires:

*... un poco más río abajo,  
en la banda que hace al norte,  
no muy lejos de un bañado,  
que rodea a una laguna,*

*Con su pajonal dorado  
de filosa cortadera  
coronada de penachos;  
donde el agua cristalina  
y caudalosa manando  
cubre el junco y la totera,  
y un cardumen le he pescado  
que los zamagullones  
constantemente buceando  
bajan al fondo y se comen  
el más tierno y delicado;  
mientras en varios islotes  
de raíces que andan boyando  
flacones los mirasoles  
y tristes y corcovados,  
se pasan de sol a sol  
mirando al cielo embobados;  
en tanto que altas cigüeñas  
con el pescuezo estirado,  
en la masiega plantadas  
allí se están atorando  
con una vibora entera  
de cinco cuartas de largo,  
viboras que desde chicas  
se tragan vivos los sapos;  
y donde los pato-riales,  
entre otros distintos patos,  
se anidan y se confunden  
con los cisnes y los gansos,  
y las gallinetas negras  
y los flamencos rosados,  
aves todas que matizan  
el centro limpio del lago  
y desde que nace el día  
nadan allí retozando  
sobre las nutrias miedosas,  
que asoman de cuando en cuando,  
y zambullen y se escuenden  
de la luz, porque aguaitando  
esperan la nochecita  
para salir hasta el pasto;*

*donde el altivo chajá,  
 en vez de tomar descanso  
 después que por las regiones  
 del aire se ha remontado,  
 baja allí a pasar la noche  
 de centinela del campo,  
 en la oscuridad aletando;  
 y cerca de esta laguna,  
 o manantial encantado,  
 hay una toma elevada  
 que domina todo el campo,  
 a la cual, trébol de olor  
 sumamente delicado,  
 y tierra y fresca gramilla  
 la cubren de un alfombrado,  
 que verdea reluciente  
 tres cuartas partes del año,  
 entre lindas margaritas  
 de brillante colorado,  
 y florida manzanilla  
 de que está el suelo estrellado...*

Y Mansilla, el otro escritor que tuvo ojo para la pampa salvaje y casi virgen:

Las aves acuáticas en numerosas bandadas, hendían los aires en raudo vuelo y graznando se retiraban a las lagunas donde anidaban sus huevos. Es increíble la cantidad de cisnes blancos como la nieve de cuello flexible y aterciopelado, de gansos manchados, de rojo pico; de patos reales, de plumas azules como de lapislázuli, de negras bandurrias de corvo pico; de pardos chorlos de frágiles patas; de austeras becacas de grises alas que alegran la pampa. En cualquier laguna hay millares.

Por supuesto que no todas son delicias en “el manantial encantado” de un pajonal que él, como Hudson, como Fray Mocho, también pupilas abiertas al paisaje, han himnado con entusiasmo agradecido.

En el pajonal se ocultaban también el jaguar, el puma y la víbora de la cruz –yarára–, irritable y venenosa. En pajonales, a veces tan altos que podían albergar un hombre a caballo, también los ojos sin cansan-

cio y los oídos aguaitadores del indio espía, el “bombero” enviado a ver y oír lo que en tierras del “huinca” se aprestaba, y que no volvía sin haberlo visto y oído todo, o no volvía.

Y en tiempos de verano, además del sol que es una brasa viva, la canalla múltiple de tábanos, zancudos y jejenes, acuciadores, incansables, terribles. Allí están, junto a la ansiada, el agua límpida de las lagunas, ocultos en el pajonal, próximo al tapiz abundante, fresco y nutritivo de las gramíneas. Desde su escondite, los jejenes, zancudos y tábanos, atacan a hombres y bestias, los exasperan y desesperan, al fin los obligan a huir hacia las alturas, los calientes médanos soleados donde el viento dispersa a la muchedumbre asaltante. Aquella sabandija de “alfileres alados” por su número y su unión, sangra al caballo y a las mulas, los vence y los corre.

La langosta, otro de los azotes. Llega también en “mangas”, prieta muchedumbre hambrienta que todo lo devora y convierte en espectro. Vicente Medina, poeta chacarero, ha visto en la aparición de la langosta una “Visión dantesca”:

*Del chaco, del misterio,  
del seno de la ubérrima,  
soberana, prolífica  
naturaleza,  
de las impenetrables  
vírgenes selvas,  
de los lagos de césped, del corazón del bosque,  
llegan, llegan...  
...las nacaradas  
alas al sol abiertas,  
pasan y pasan los acridios, pasan  
en legionarias nubes inmensas...  
...Van hacia la llanura...,  
donde los hombres siembran...  
...Lluvia de fuego  
que arrasará las tierras  
de promisión... los hombres,  
amos del mundo, anonadados, tiemblan!*

Otro enemigo: la arena. La arena está en todo: en el pelo, en los dientes, en los ojos, en la nariz. Se masca y se aspira arena. El viento, gran bromista, la levanta a puñados, y la tira al rostro del hombre que galopa enceguedido. A veces, esa arena, peor aún, es polvo de salitres.

La sal de las salinas o de lagunas saladas constituiría otro de los elementos codiciados por el huinca, más cuando éste, debiendo exportar carnes, fundó saladeros.

Dondequiera, en pequeñas depresiones, algunas veces con agua y otras secas, rodeadas de pasto duro, aparecen florecientes salinas. Otras, son grandes lagunas saladas, engaño de ejércitos sin baquiano. Las más famosas, por haber establecido allí la capital de su reino salvaje Calfucurá, son las tres llamadas Salinas Grandes, en La Pampa, casi en el límite con Buenos Aires, y no lejos del estratégico Carhué. También Salinas Grandes con su monte bárbaro y el más cercano a las regiones del huinca, era un lugar estratégico de avanzada, impune a la exploración de los ejércitos. La salina, con sus murallas rocallosas, cubiertas de verdura, cuyo fondo es un espejo bruñido por el sol, constituía de por sí un espectáculo geológico. Se ha hablado de que la pampa, océano inmóvil por su apariencia, pudo ser antes un mar. Estas salinas se presentaron para el sentido común de los observadores como el ejemplo más irrefutable. Pero la sal de sus lagunas no es sal de mar, es sal de tierra; lo denuncia el análisis químico. Tan es así que algunas son formadas por ríos salados, éstos han extraído su sal del terreno recorrido, para depositarla en ella y formarla.

“Tierra adentro”, o sea más allá, hacia el oeste, lejos de donde crece el ombú, pasada la planicie que sólo conoce los pajonales de la Provincia de Buenos Aires, en el ondulado y abrupto suelo de la gobernación de La Pampa, comienzan los montes, refugio, sombra y descanso, abastecimiento de leña y de frutas para el indio. Son montes de caldén y algarrobo, de jarilla y alpataco. El caldén es un árbol fuerte, de amplia copa, espinudo y florido, de frutación apta para el ganado, de vitalidad firme contra cualquier sequía. ¿Qué mejor aliado para el indio en sus carreras del Atlántico a los Andes? Otro aliado: el monte

de algarrobos, buen amigo del caldén con quien convive. Madera más fuerte aún que arde como carbón de piedra, árbol más alto, hojas más grandes, espinas más vigorosas.

Su fruta es nutritiva, satisface a hombres y bestias más que ningún pienso. Con ella se elabora “chicha” espumante y dulce “patai”. El algarrobo es “el árbol” (quiñememil) para los indios. Decir “el árbol” es decir el hermoso, alto y útil algarrobo. Como a una deidad, se le rendían ofrendas. El indio pampa chupando vainas de algarrobo, resistía insoportables jornadas. El algarrobo es el antídoto para la fatiga como lo es la hoja de coca que masca el quichua del norte: placer y estímulo.

*Cuando cantan chacareras,  
me dan ganas de llorar  
porque se me representan  
la algarroba y el chañar.*

Más árboles del bosque pampeano: el tala, el molle, el espinillo, el chañar, y entre ellos las lianas florecidas tendiendo sus brazos de unos a otros, femenina delicadeza en medio de tanta costra dura y adusto espino.

Félix de San Martín, que escribe en 1899, halla próximo a Toay una selva, su descripción parecería la de una selva del norte subtropical:

Algarrobos y caldenes gigantesos se apiñan formando los más extraños cuadros con sus ramas retorcidas, como si se disputaran el tiempo en una última convulsión de ira. Aquí, un tronco vetusto que presenció mil bárbaras escenas del indio, se levanta victorioso de todos sus vecinos, ostentando en su copa deforme la señal inequívoca de los siglos que sobre él gravitan; allí, un algarrobo entrelaza sus ramas con las de un caldén, que a pesar de tener destruido parte del tallo por las llamas del incendio que produjeron el rayo o el indio en su lucha desesperada por contener el avance de los batallones, florece y da su fruto... Allí, en un abra, crece el alfilerillo, acá, en lo más enmarañado de la selva, se retuerce el chañar amenazando con sus largas espinas, y en la cuesta, donde la caída forzosa de las aguas ofrece riego seguro, el patataco intenta en vano levantar su copa ancha, extendido, revuelta como la melena de un monstruo que tuviera diez mil veces más cabeza que cuerpo. El piquillín y la jarilla, el uno cargado de su sabroso fruto, la otra luciendo sus elegantes flores,

matizan el paisaje dándole animación y vida. Y por los huecos que dejan las ramas y las hojas, penetran rayos de sol que forman los más raros cambiantes al reflejarse ora sobre el limbo verde, ora sobre la arena, o bien sobre la hojarasca que cruje bajo la huida precipitada de la iguana.

Pongámonos ahora en presencia de la iracundia pampa: inundaciones, vientos, sequías, incendios, sabandijas, langosta.

Naturaleza desbordante, sus cóleras son terribles. A veces, una enorme región del sur de la provincia de Buenos Aires se ve devastada por las inundaciones que producen las lluvias invernales. Las lagunas se transforman en océanos, los arroyos y cañadones en ríos, los ríos en torrentes. Se salvan de este nuevo diluvio, algunas lomas en las que montes de talas o espinillos ofrecen refugio a los sorprendidos forasteros de los campos bajos. Retiradas las aguas, el suelo reverdece, se pinta de pastos duros o de duraznillos ávidos. Dice Martín Fierro:

*Busco agua olfateando el viento  
y dende que no soy manco,  
ande hay duraznillo blanco  
cabo, y la saco al momento.*

Vientos: el viento norte —el zonda de las provincias cuyanas— cálido, vincha húmeda que aprieta las sienes y carga los ojos; el sudeste —o sudestada— que encabrita de olas con alma de potro a esa pampa inundada que es el estuario; el pampero, viento fuerte, frío, tónico, seco del sudoeste.

*¡Qué me dicen del Pampero,  
ese viejo roncadador,  
que le suena la garganta,  
cuando fiero canta: ¡Flor!*

El pampero, bagual apocalíptico, hijo de los Andes, alado e incontenible. No para hasta tirarse de cabeza violentamente en el Plata o en el Atlántico. “Tiene una influencia especialísima sobre los hijos del

país –nos dice el mentado Ascasubi– les aviva las potencias, les inspira alegría de ánimo y cierta energía de vida que no se puede describir”. Mister William Henry Hudson, en sus claros recuerdos, escritos allá lejos, en su adoptiva Albión, le llama “odioso” al viento norte para hacer loas de ese “anhelado” viento pampero, “esperanza de todos” –dice– que se “desataba rugiendo contra los encorvados árboles y sacudía las casas”. Y cuando pasa, “cuando pasa, el cielo queda limpio y un tiempo encantador le sigue”. Ya el hombre de a caballo, que es, obligadamente, todo hombre de la pampa, puede entonces montar, galopar en cualquier dirección por la vastedad de aquel mundo, mientras la soledad se extiende por leguas y leguas delante de él. ¿Cómo no sentirse, después de un pampero, ágil y bienhechor, “feliz como el prisionero que recobra la libertad, como el enfermo que experimenta ir recobrando el vigor perdido?”...

Otro viajero de la época, Guillermo Parish Robertson, afirma:

Solíamos esperar la llegada del pampero con inmensa ansiedad.

El pampero suele llegar acompañado de lluvias, ¿cómo no recibirlo entonces con júbilo? La sequía del verano es uno de los espectáculos más desoladores de la pampa. Los arroyos se van secando lentamente, los animales languideciendo. Bandas de chimangos manchan el cielo a la espera del que cae. Las gentes recuerdan las grandes sequías, la de 1770, la de 1830, la de 1845... ¡pavorosas! Se repiten cifras que estremecen: en Luján murieron 350 mil vacas. ¿Cómo salvar las que restan? Emigrar. Y se inicia el éxodo: una marcha lenta hacia el sur, en busca de los ríos mayores ahora convertidos en deleznable arroyos. Y todo en medio de campos secos, amarillos, de árboles no pocas veces desnudos, aniquilados por la langosta voraz, llegando, ¿de dónde?, yendo, ¿hacia dónde?, en nubes que ensombrecen al sol...

En campos así agostados, basta una chispa y se produce el incendio. Leguas y leguas arden –todo en la pampa adquiere magnitud de leguas. El incendio es un monstruo magnífico y espantable, un

dragón de fábula, engendro de mitologías. Avanza con un rumor que crece, sordo gruñido de bestia con hambre coprofágica. Y todo lo devora, todo lo reduce a cenizas. Frente a él, medrosos, vuelan, corren, se arrastran todos los animales de la creación. Los juncales se vacían de aves, los carpinchos se hunden en el lodo, las viscachas se guarecen en sus cuevas, los montes se quedan sin pumas, los avestruces, en bandadas, erizados, desaparecen en el horizonte. El incendio es también un ardid de guerra. Los indios lo inventaron, después los gauchos hicieron de él un arma. Más de un ejército que fue y se aventuró “tierra adentro”, hacia el oeste, con propósitos de aleccionar a los indios, se ve obligado a dar vuelta con el incendio quemándole las espaldas...

El ingenio indogaicho detiene su avance degollando yeguas y arrastrándolas frente al fuego. O quemando otro pedazo de campo y apagándolo, de manera que, al llegar allí el incendio, se detiene.

Entre sus espectáculos, la pampa posee la “brillazón”. Así se llama allí el fenómeno de espejismo, ese engaño de los ojos y júbilo de la fantasía. Los físicos nos han explicado en qué consiste, obra de la refracción de la luz. El naturalista Ambrosetti, en su “Viaje a la pampa central”, nos habla de haber contemplado en la sierra de Lihué Calel una ciudad de oro, maravillosa, bella y radiante, una ciudad encantada, digna de ser el origen de la leyenda que creó la “Ciudad de los Césares”...

La “brillazón”, femeninamente, llega a ser cruel. Simula a veces ser agua siendo sólo un campo bajo la canícula. Oigamos a Hudson:

El cambio que el verano producía en la llanura, empezaba en noviembre. Al secarse el pasto, tomaba un color marrón amarillento y el cardo gigante adoptaba un oscuro marrón enmohecido... Luego empezaban a secarse gradualmente las corrientes de agua y comenzaban los sedientos días para las majadas y las manadas, y para nosotros las engañosas ilusiones del espejismo. Muy temprano, en primavera, en días cálidos, este espejismo percibíase cuando cerca de la tierra se ve danzar en ondas la atmósfera como tenues lenguas de fuego ascendentes. En la pampa lisa y cálida tales aspectos se intensifican. Las llamas cobran apariencia de lagunas o planicies, de agua que, rizadas por el viento, brillan bajo los rayos del sol como plata fundida. El parecido con el agua aumenta cuando hay montes o edificios en el horizonte, pues,

a la distancia se nos antojan oscuras islas azules. El ganado, pastando no lejos del espectador, parece estarlos vadeando, hundido hasta las rodillas o hasta la panza en aquel aparente líquido.

\* \* \*

La pampa se mueve y grita y canta y lucha y enseña y se prodiga en sus criaturas. Todo lo posee: aves y reptiles, seres que se arrastran o saltan o corren o vuelan, insectos maravillas de sutilidad o bestias voraces, animalitos inteligentes o torpes, simpáticos o repulsivos, inútiles o dañosos. Su fauna es variada y ejemplificadora. El sabio naturalista o el fabulista moralizante encontrarán en ella tesoros de observación, raudales de enseñanzas. La pampa deja así de ser misteriosa para transformarse en viva.

Y además del jaguar, el puma, el zorro, la viscacha, el peludo, el ñandú, el chimango, la lechuza, el chajá, el tero, además de los perros traídos por el conquistador y transformados por obra de la naturaleza y del instinto en fieras, “perros cimarrones”, además de vacunos y caballos, también aporte del “huinca” y luego tesoro y símbolo de la llanura que les fue una madrastra con pechos de madre, ya victimarios, ya víctimas; la vida de la pampa posee el hombre, su hombre, el indio, más aún: su indio —el indio a caballo que no es el que domesticaron Pizzaro o Cortés, ni aún el araucano que cantara Ercilla después de vencerlo.

He aquí las más singulares criaturas de aquella fauna:

El jaguar es el tigre, el más grande de los carniceros. Ruge y los juncales tiemblan: se oye un palpar de alas, un azotar de colas, un pateo de pezuñas que huyen. Son los animales hervíboros que no quieren morir y no poseen fuerza, ni agilidad, ni armas, ni coraje para oponer al siempre hambriento. Lleva en sí tres enemigos de su propio hambre: el clarín ronco de su rugido estremecedor, su falta de olfato y el olor que exhala. Este lo denuncia al fino percibir de los herbívoros más que su rugir imprudente. Posee, en cambio, el jaguar, gran oído, gran vista, grandes colmillos y garras, gran agilidad, gran hambre, gran seguridad en sí mismo. La noche es suya. Se interna en los bosques de talas, espinillos, caldenes, algarrobos. Los escruta. Se desliza elástica-

mente por ellos. Aguaita. Lo que se pone al alcance de su salto es suyo, irremediamente. Los puñales de sus garras están manejados por los más poderosos músculo. “Cuadrúpedo del Perú, parecido en la cabeza al tigre, pero flojo y tímido” —define el Diccionario de la Academia al puma. Mal ha hecho quien escribió tal generalización en juzgar al puma de la pampa por las referencias del otro. Un súbdito aborregado del Inca no es un indio nómada del sur. El puma de la pampa también es distinto. Si en tamaño es inferior al jaguar, lo supera como cazador. ¡Ya es mérito! ¡Es más ágil y más inteligente! En la lucha, lo acosa, gira a su alrededor, lo cansa, lo hiere y termina por hacerlo huir, por quitarle la presa. Se le llama, pomposamente: “león americano”. No posee el empaque del león ni mucho menos. No pasa de ser un gran gato salvaje. El fogón no lo adormila. Por el contrario, el fuego es su enemigo. Sabe que donde está el fuego está el hombre. Y el hombre es invencible. El hombre posee garras filosas y penetrantes como ninguna —la lanza, el facón y arroja desde lejos bolas, lazos—, algo que anonda. Por eso escapa al hombre invencible y por eso el puma —capaz de pelear a cualquier otra bestia— mereció fama de “tímido y flojo”. Ni tímido ni flojo. ¿Para qué afrontar al invencible? Le escapa. Y algo más aún: siempre intentó hacerse amigo del hombre, aunque fue inútil su intento. La primer leyenda de los conquistadores platenses habla de una mujer, La Maldonada, a quien una “leona” protegió en su caverna, algo semejante a la leyenda de Androcles. Otra nos dice que un puma, toda una noche, defendió a un hombre herido contra los ataques de un tigre. El hombre no aceptó su amistad. Lo cazó, lo persiguió con sus perros. El perro odia al puma. Otro relato nos dice que un puma se topó con un hombre y sus perros, se apartó de aquél y atacó a éstos, furioso. El hombre así pudo matarlo a tiros. “Matar a un puma con un fusil es una cuestión más bien difícil —nos advierte Musters, en su *Vida entre los Patagones*. Porque, a menos que la bala le atravesara el cráneo o el corazón, ese animal tiene tantas vidas como su pariente el gato”. “Una vez le metí a uno tres balas de revólver y al fin tuve que recurrir a las bolas como arma más eficaz”. El “cristiano” —cosa que no hace el

indio— ha llegado a comer carne de puma. Y le halla gusto a cerdo. El indio no mataba pumas. Le eran útiles. Allí donde veía un revolver de chimangos, sabía que un puma acababa de hacer su presa. Acudía antes que aquéllos y espantaba al cazador. Los recursos del salvaje son infinitos. El puma con no ser sino un gato grande, es capaz de saltar sobre el lomo de un venado, de un guanaco, de un burro, de un ternero, ponerle una garra en el pecho, asegurarse con la cola en la de su asaltado y con la garra quebrarle súbitamente el pescuezo. Su debilidad es la de todos los animales carnívoros: poderosos para el primer ataque y débiles para la fatiga. El puma da uno, dos, o tres saltos inverosímiles. Y se postra. De espaldas a un árbol, espera el ataque de los perros a quienes el hombre adiestra de tal modo que le azuzan sin ponerse al alcance de sus zarpas. Luego en la bola o el lazo llega la muerte. (La hembra con cría sí ataca al hombre). El puma es también el bohemio de las pampas. No tiene cubil. Ambula de noche y en el pajonal, donde lo coge el alba, duerme su digestión diurna. Y come siempre, porque es tan sutil cazador que es capaz — ¡ya es hazaña!— de sorprender al ñandú empollando.

Si el puma suple el tamaño, los músculos, las garras y los colmillos del jaguar con su inteligencia, ¿qué decir del zorro más pequeño, menos fuerte y más desarmado que el puma? Y el zorro encuentra más fácilmente su diario o nocturno yantar que los pumas y los jaguares.

El zorro de la pampa no desmerece en diabluras, agilidad, desconfianza y aptitud de adaptación al zorro de “Calila y Dinna”, de “Le Román de Renard”, de “Reineke Fuchs”, de Lafontaine o de las fábulas calchaquíes. Él también es “el zorro”. Ni el perro ni el hombre mismo escapan a sus burlas. Esas burlas que él hace, no para divertirse como el hombre bromista y ocioso, sino para comer, al estilo de un escritor humorista. El mayor defecto de este pícaro simpático, es su pariente: el zorrino, el de la secreción sin atenuantes. Frente al maloliente, sólo el indio sabía cazar el bicho de la cola y levantársela tan prestamente que, oprimiendo las glándulas urina:rias, le forzaba a arrojar el pestífero líquido al viento.

Así desarmado quedaba hecho un animal sin presteza, ni garras, ni dientes, ni coraje: una piel.

El capitán Alejandro Gillespie, que se vio forzado, como prisionero de la primera invasión inglesa, 1806, a hacer un viaje hacia el interior, nos cuenta algunas proezas del zorrino. No pocas veces cabe citar las frases de estos asombrados extranjeros. Dice el británico: “Una aventura de estos días, no obstante, enfrió el celo de algunos perros, pues, observando un zorrino, cuya vecindad siempre se anunciaba por el olor fétido, nauseabundo, lo siguieron y agarraron. Su perfume, sin ningún otro esfuerzo, pronto repelió a los asaltantes que se retiraron al parecer en agonía, algunos enterrando sus narices en el suelo y otros echando violentamente espuma por la boca. Dos faltaron a la lista de la tarde, y nos imaginamos que hubieran muerto en consecuencia. Aquel animal, el zorrino, que es como un perro chico, está marcado con rayas pardas y amarillas y es solamente hostil por el licor que descarga de una vejiga a raíz de la cola, a todo el que se acerca. El teniente Wade, descuidadamente, pasó a caballo junto a uno que, usando sus medios defensivos, lo cegó varias horas, y estando cerca de un río zambulló la cabeza para librarse de la angustia”...

El zorrino, pues, y no los químicos germanos, fue el inventor de los gases asfixiantes, terrible arma de guerra.

La viscacha, pese a cuanto se la denigre, es simpática entre todos los animales, por esto: sabe vivir en comunidad. Y esta es su gran fuerza. Hasta comparte con la lechuza sus cuevas multiplicadas. Las catacumbas de la viscacha son como las del tucu-tucu o la hormiga tucurú, peligrosas para el caballo. Esto, y su obra implacable de roedor y su afición al hurto, hacen que la viscacha sea conceptuada un enemigo para el hombre. Y un buen bocado. Una viscachera es sinónimo de sitio donde puede buscarse todo y donde todo se halla en desorden. Calumnia del hombre. La viscacha roba todo, pero lo mete en su cueva.

Su entrada está cubierta de bosta, excelente leña en la pampa con leguas sin árboles. Más de un fogón se ha alegrado a expensas de la viscacha, de su leña y su gorda carne. Zorros y pumas hacen estragos en los subterráneos de la viscacha. Se llama “Las Viscacheras”, precisamente, el sitio del combate donde fue boleado el mancarrón del

coronel Federico Rauch para que éste, el primer conquistador de la pampa, perdiera la vida. Fue chapetonada la de aquel gringo, valiente cazador de mapuches, ir a meter su caballo entre viscacheras. Así entró en la Historia la viscacha.

Veamos otro animal de cueva: el tatú, o sea el armadillo para los diccionarios, descendiente del gigantesco gliptodonte de los paleontólogos. También se le llama “peludo” o “mulita” o “piche” o “mataco” o “quirquincho”. Aunque existen diferencias. (“Los naturalistas –dice Azara– conocen a los tatús desde el descubrimiento de América sin que hasta ahora se haya sabido caracterizar a sus diversas especies”). Los hombres prehistóricos, según Ameghino que los ha estudiado, se fabricaron chozas con la cáscara del desdentado gliptodonte, los de hoy se hacen guitarras rústicas: changangos.

*Amigos, ¡suene el changango!  
que el amor como la guerra  
los hace el criollo cantando.*

Los poetas anónimos y los hilvanadores anónimos de cuentos y fábulas se han ocupado del tatú o quirquincho. Para muchos de ellos las “diabluras” del zorro le pertenecen. Algunas coplas:

*La mujer cuando es linda  
corre peligro,  
como quirquincho'e bola  
junto al camino.*

*Cuando hicieron al peludo  
lo hicieron de mala gana,  
y por eso el cascarudo  
tiene tan mala la lana.*

*A la orilla de una acequia  
be visto a un sapo coludo,  
engrasarse las espuelas  
para montar a un peludo.*

Con el fin de salvarse del hombre coprófago que codicia su blanda carne, se hace una bola. Recurso inútil: hecho una bola el hombre lo pone a asar vivo. Otro recurso es cavar. Cavan con rapidez sus uñas poderosas. Cavando se salva. Su hocico agudo y sus ojillos brillantes dicen que quien lleva esa caparazón pesada no lo es de inteligencia. Así lo quieren los fabulistas del pueblo. Tanto que, en más de un relato, el quirquincho burla al zorro:

*Ya muy viejo, ya sin dientes,  
un zorro morir se vido:  
para hacer su testamento  
llegó, ¡qué juez!, el quirquincho.*

Entre los animales con alas, merecen especial atención el tero, el hornero, el chimango, el ñandú y el chajá.

El tero y el chajá son los vigilantes. No hay perro que les gane la delantera. Ya sus nombres son ornatos físicos, les vienen de sus gritos estridentes.

La sabiduría popular nos dice que el teru-teru, en domesticidad, no pone huevos. Más sensible que el hombre, no quiere perpetuar su propia esclavitud.

*El gorrión preso se mata,  
no canta el mirlo enjaulado,  
la hembra del teru-teru  
no pone huevos esclavos.*

Hernández nos habla de su perspicacia, ya que el tero:

*en un lao pega los gritos  
y en otro pone los güevos.*

Clemente Onelli, en sus *Aguas fuertes del Zoológico*, nos narra de una pareja de teros enjaulados que vivían tranquilos con su fácil y abundante comida, “cuando un día de mayo atravesaron el Jardín de

sur a norte, unos teros libres que los descubrieron a la sombra de la madre selva que los amparara, y detuvieron en el aire su vuelo. Desde lo alto empezó la gritería, lenguaje inusitado para mis presos y al que respondían tan sólo con su gracioso y a la vez ridículo balanceamiento del cuerpo. Siguió la bulla en las regiones altas: ahora los libres de las campiñas del sur contaban a los prisioneros las delicias de la pampa abierta, sin horizontes, cuajada de cardales, llena de nidos de tero; y cantaban a su oído tendido el canto de su misión en la tierra: vigilar y poner en guardia a todas las aves contra el zorro asesino, contra el hombre, cruel y tirano. Y los teros cautivos, convencidos al fin, vibrantes sobre sus patitas de acero, contestaron al grito triunfal con su voz alegre que era quizás la primera vez que emitían con tanta pasión... Ahora mis teros pueden leer al Marx de los teros. Ya no son analfabetos, conocen perfectamente los derechos del tero, saben que hay otros mucho más felices que ellos, han adquirido al fin el dominio de su lenguaje. Y lo emiten desesperados entre las mallas del tejido de su jaula...”

*La lechuza es bataraza  
y el tero picaso overo,  
el tero pone en la loma  
y la lechuza en su aujero.*

El chajá es el otro vigía alado. “Canta muy alto, agria y claramente con bastante frecuencia, no sólo de día, sino también de noche, si oye ruido, diciendo el de un sexo “Chajá” y el otro “Chajal”, por lo común alternando” – escribe Azara.

Y Ascasubi:

*Pero eso sí, los primeros  
que anuncian la novedad  
con toda seguridad,  
cuando los indios avanzan,  
son los chajaces que lanzan  
volando: ¡chajá, chajá!...*

Y Hernández:

*Me encontraba, como digo,  
en aquella soledá,  
entre tanta oscuridá  
echando al viento mis quejas,  
cuando el grito del chajá  
me hizo parar las orejas...*

En una tierra sin perros, la naturaleza creó, pues, otros vigilantes. ¡Y qué vigilante el chajá! No hay voz que supere la suya. Por sobre el silbido del viento o el bramar del trueno, dominándolas, llega el grito del chajá. Y a veces llega desde las nubes también su canto, porque esto lo hace singular: el chajá grita cuando debe alertar y sino canta, canta gloriosamente, jubiloso de verse el señor de las alturas, único amo de las nubes, vencedor de las tormentas. Marcos Sastre, en *El Tempe Argentino*, ha hecho su elogio hasta concluir pidiendo el amparo de la ley hacia esta ave capaz de sustituir con ventaja a los perros guardianes. Valiente y bien armado, el chajá, buen amigo del hombre –tal vez porque su carne fofa no le hace comestible por éste– es capaz de defender gallinas y majadas contra las aves de presa. Junto al chajá, ejemplo de vigilancia y fidelidad amorosa, cabe citarse al hornero, el constructor. En barro, y siempre con la puerta hacia el norte, construye su casa redonda y con dos compartimentos. Como el chajá, los indios guaraníes le han consagrado leyendas, y algún poeta anónimo esta copla:

*Yo nací como el hornero  
entre paredes de barro...  
a la orilla de un arroyo...  
¡No hay rancho como mi rancho!*

El chimango y el carancho son los basureros. A modo del hombre civilizado, no matan para comer. Comen lo que otros –pumas, jaguares, el indio en la vejez– han muerto. El chimango come todo menos peces, tal vez para no atragantarse con las espinas. Es prudente. A él,

a su vez, nadie lo come. “No gastar pólvora en chimango”, advierte la sabiduría popular. El indio tampoco gastaba flechas ni piedras en chimangos. Por eso, el necrófago, no teme al hombre. Y sí al niño. En esto demuestra su alacridad. El chimango huye de los chicos, a quienes conoce por su talla. El chico, honda en mano, mata por matar. El chimango sabe que el chico le tira a él porque sí, por la misma razón que tira a los sapos, por adiestrarse. Para el chimango todo es bueno: si atrapa al cuervo, animal mucho mayor, en trance de hartura, aprovecha. Mediante oportunos “masajes” en el buche le hace vomitar lo tragado entero y él se lo traga.

El ñandú –tan pariente del avestruz africano como el puma lo es del león– recibe distintos nombres: Churi, gay, suri –en el norte–, y charro o charo o charabón, según su edad, en el sur. Los indios pampas le decían Choike, y los hombres de ciencia: “Rhea Darwinii”.

Ñandú es nombre guaraní, pero se ha popularizado. El charabón –todavía implume– corresponde al chulengo, el pequeño guanaco aún sin la piel que se hará un rico quillango. El ñandú es el mejor padre de la creación, tanto que a la madre sólo le corresponde poner huevos. El padre se encarga de lo demás. El se enclueca, él los defiende del puma, del zorro, o del gato pajero, él los destruye a patadas si se ve sorprendido por el hombre, a fin de que no caigan en su poder, y él cuida a los charabones, los protege con rabia heroica, les señala los muchos peligros de que están amenazados. Llega hasta simular que se halla herido para que el cazador por perseguirlo a él, abandone a los hijos, y éstos escapan. “El ñandú es el más grande y el menos pájaro de los pájaros del continente americano” – escribe Hudson, y Francisco Javier Muñiz: “Él no oculta jamás la cabeza con la esperanza de salvar la vida, como el de África, ni la introduce dentro de agujeros por defender, como dice Buffon de aquél, un órgano tan importante como débil”. Dos citas imprescindibles, una por definidora, la de Muñiz, porque libra al ñandú de una calumnia que lo presenta bobo. No lo es, a pesar de su aspecto: su cuello largo con una cabecilla en la punta, su andar de zanquilargo, como si no supiese usar de las alas. ¡Y si las sabe

usar! Verlo gambetear, empleándolas como velas de una embarcación y dejando a los mejores perros con la lengua afuera. Para él no hay pingo corredor. A gambetas burla todo, todo excepto las boleadoras, los “laques” del indio, dos bolas pequeñas, rápidas y certeras. Aunque hay que gastar varios pares de bolas antes de postrar a un ñandú:

*Corridas, gambeteos,  
queda aflúis;  
no hay animal más gaucho  
que el avestruz.*

También sabe emplear sus patas no sólo para disparar como la gama o el ciervo. Se defiende a patadas como un eximio profesor de lucha a la francesa, pegando golpes terribles hacia adelante. Por sus patas y su cuello largos, los estetas se burlan del ñandú. Él que con sus patas corre y se defiende admirablemente y que por su cuello escruta el ancho horizonte del que van a surgir todos los peligros: se burla de los estetas, jueces superficiales. Y como también la naturaleza lo dotó de una útil curiosidad de larga vista y como vive en bandadas que practican el apoyo mutuo... Cazar ñandúes – ¿o ñanduces?– no es un deporte despreciable. Indios y luego gauchos así lo entendieron. El indio, además de bolearlos, en invierno, los arreaba hacia los ríos helados y allí, entumecidos, los capturaba. También, en las regiones nevadas de la precordillera, aprovechando que el reflejo de la nieve turbaba su vista, el salvaje, buen observador, arremetía contra ellos a bolazos. El laque se enreda en el largo cuello y el ñandú, vencido por la carga, cae. Muy apreciadas por el indio, aun antes de tener contacto comercial con los huincas, fueron las plumas de ñandú. Ellas adornaban sus vinchas, se colocaban en sus sepulcros y daban decoro a sus largas chuzas. Y no sólo decoro, también utilidad guerrera. El indio imprimía a su lanza un movimiento vibratorio y las plumas de avestruz espantaban al caballo enemigo. Más adelante, las plumas del pájaro proporcionaron al aborígen comercializado todos sus “vicios”, todos excepto uno, la mujer blanca. Esta se lograba peleando, exponiendo la vida. Alcohol,

tabaco, yerba y azúcar daban los pulperos rapaces a cambio de plumas. También se los daban al gaucho. De aquí que éste llamaba “la alegría del desierto” a una bandada de ñanduces.

Augusto Guinnard, francés que estuvo tres años cautivo entre los pampas y patagones, narra cómo los salvajes cazaban avestruces en comunidad. Y junto con avestruces, también gamos, ciervos, venados o perdices. Es algo semejante a lo que se llamó “chacu” —cerco— entre los quechuas del Perú. Escribe Guinnard: “Para cazar avestruces los indios se juntan en gran número, bajo la dirección de un cacique que cumple las funciones de montero. Hacen partir a los cazadores por grupos, en diferentes direcciones, a fin de batir un espacio de dos o tres leguas; cada uno de estos grupos, llegando a un sitio que se le ha designado, quema en forma de señal algunas hierbas secas. Cuando todos están en su puesto, a una nueva señal dada por el cacique, se despliegan en fila y marchan lentamente hacia el centro del círculo que forman hasta que la distancia que separa a unos de otros no sea más que de tres o cuatro cuerpos de caballo. Se detienen entonces, “lacayos” —o “laques”— boleadoras en mano. A sus gritos, los numerosos perros salvajes se lanzan para hostigar a los avestruces o gamas así batidas. Estos animales, seguidos de cerca y a menudo mordidos, tratan de huir pasando entre los breves intervalos que dejan los cazadores. Estos le lanzan entonces una multitud de bolas, y raramente erran el blanco.

De los seres que se arrastran sólo merece mención la víbora de la cruz — la “yará” — de los guaraníes. Ninguna víbora más venenosa, ni más irritable. Ni más bella tampoco. Parece que esto fuese una ley para los seres que se arrastran: cuanto más bello, más venenoso. Es una ley que adquiere talla de símbolo.

En una cifra de contrapunto, recogida por Ventura Linch en 1883, dos payadores, Valentín Ferreyra (de Rauch) y Teodoro Gómez (de Tandil), contienden sobre la base de su sabiduría acerca del mundo animal que en las pampas observaron:

Valentín:

*Ya que usted es tan entendido  
y goza de tanta fama  
quiero, amigo, que me diga  
¿cuántos güevos pone un tero?*

Teodoro:

*—Ya que usted se empeña tanto  
que conteste a su pregunta  
le diré: no pone el tero  
sino dos la teru-tera.  
Y contésteme usted a mí  
ya que viene con historias:  
¿por qué los chajaces vuelan  
y no nadan los flamencos?*

Así continúan, en octosílabos sin rima, sacando a la luz del verso sus observaciones acerca de patos, perdices, peludos, ñanduces, zorritos, zorros, víboras, para subir a la luna, estrellas, sol, nubes y terminar con el mundo invisible de las ánimas. Payadores y poetas a todo se atreven, a hablar de lo que ven y de lo que no saben.

El perro, como el caballo —como los vacunos, cuadrúpedos y porcinos— fue un animal de importación en las pampas. ¿Trajo perros Mendoza al Plata, los trajo Garay? ¿De dónde provienen las jaurías de perros “alzados”, “cimarrones” que infestaban la llanura de Buenos Aires y las cuchillas del Uruguay? Humboldt asegura que los quichuas precolombinos poseían perros y Fletcher, capellán del pirata Drake que, al arribar éste a la Patagonia, 1578, sus aborígenes poseían perros domesticados. ¿Los de los pampas proceden de éstos? No es creíble, como el caballo y los vacunos, que también se tornaron “baguayes” y “cimarrones”, presentaban un caso de regresión, y de amigos del hombre se tornaron sus enemigos. Más que perros eran lobos los de esas jaurías. “Viven en cuevas —dice el viajero Cattáneo— cuya embocadura parece un cementerio por la cantidad de huesos que las rodean”. El perro “cimarrón”, americanismo éste que significa salvaje, chúcaro,

bravo— negro cimarrón, negro huido, mate cimarrón; mate amargo, hacienda cimarrona: hacienda alzada— llegó a constituir un peligro, tanto que en el siglo XVIII salió contra las jaurías una expedición militar, y los “blandengues”, cuerpo destinado a la custodia de fronteras, llevó, por burla, el nombre de “mata perros”. La libertad y el ambiente fácil en los primeros tiempos de la colonia, los alejó del hombre. Un documento de 1805 reza:

Es tanta la cantidad de perros cimarrones y lo mucho que procrean por el poco cuidado que hay en matarlos que es imponderable el daño que hacen a los ganados de manera que sin ponderación alguna se puede asegurar que más de la tercera parte del ganado se lo come la cimarronada.

En los informes del antiguo Cabildo esta queja parece una letanía.

A veces, bandadas de cimarrones de todo pelaje y catadura, seguían a través de los pajonales a un viajero con el caballo cansado, y cuando éste se detenía y ellos disponíanse a atacarle, bastaba un tiro para que huyeran aullando, despavoridos. El que caía era devorado por los otros, como ocurre entre cangrejos... y entre cristianos. Gillespie en 1807 y Zeballos en 1879, vuelven a hablarnos de estas jaurías de perros cimarrones peligrosos para el viajero, como nos hablaron los cronistas del siglo anterior. Zeballos, observando en su correría que los perros cimarrones eran, en su mayor parte del tipo lebrél, deja caer la teoría que esa raza pudo ser importada por los invasores ingleses de 1806-7 para efectuar cacerías. “Dado el clima de la región mediterránea —arguye— otras razas no han podido conservarse a la intemperie en que viven los indios, y solamente ha vencido el lebrél originario de países fríos, sufriendo las consiguientes degeneraciones”.

En su lucha contra estos semi-lobos, el hombre usó todos los medios de extinción. El escritor uruguayo Fernández Saldaña nos da el relato de que sólo en el departamento de Cerro Largo, el año 1852, se sacrificaron trece mil perros cimarrones.

Alfred Bellemaré, escritor francés residente en el Plata alrededor del año 1835, cuenta el método empleado para la matanza de cimarrones:

Se construían cercos de estacas de dos metros de alto atadas por arriba con lonjas de cuero crudo. Este cerco era accesible por una puerta corrediza sostenida en lo alto por una cuerda que un hombre, oculuto, manejaba. Colocábase por dos o tres noches ganado en ese cerco. Los perros rondábanlo. Una noche, en vez de ganado, se ponían reses muertas. Cuando los perros acudían a comer, se cerraba la puerta y aparecían los hombres armados de chuzas que, por entre la empalizada del cerco mataban a los cimarrones. Pero tan inteligentes eran éstos que era preciso cambiar de lugar el cerco. Los cimarrones atisbaban el peligro y no acudían.

El teniente coronel Eduardo Ramayón, expedicionario del desierto, escribe:

En las fronteras del Sud, entre tantísimas razas caninas, sobresalió como algo inalterable, apropiado a esas regiones, el galgo patagón, mísero en carnes y alto, inteligente, de hocico enorme, bastante musculoso y que resultaba para la cacería ser velocísimo, y ágil, de fuerte pechada, de práctica y habilidad insuperable y de una resistencia notoriamente asombrosa...

Pero Ramayón, en realidad, ya entra en otro capítulo del perro. Era el can al servicio del hombre, no el can cimarrón, fiera. El “huinca” llegó a servirse de perros domesticados para perseguir a los otros, los perros libres. Consiguió adaptar el cimarrón, que también adaptó el indio, como ambos, adaptaron los potros baguales.

El hombre no sólo se adapta al medio –y lo vence adaptándose–, también lo transforma –y también lo vence– y aún lo vence otra vez haciendo que lo exterior se le adapte.

\* \* \*

El hombre de las pampas, al aparecer en ellas los conquistadores europeos, era araucano. No lo había sido siempre. Antes de la raza venida de Chile, o según otros, original de Neuquén, emigrada a Arauco y de aquí vuelta a pasar los Andes, las pampas habían sido habitadas por indios aborígenes de ellas, pampeanos auténticos. Lentamente fue-

ron substituidos, eliminación o absorción, por las razas más agresivas e inquietas de Arauco. Los “carendis” de que habla el cronista Ulrico Schmidel, ¿eran los restos de aquellas razas? Los carendis –o querandíes, de “caranda”, palmera–, ¿no eran guaraníes? Sí parece ser que los indios “pampas”, o sea los araucanos dueños de las pampas al llegar los españoles, no consideraban como propia la tierra que se extendía desde el Plata al río Salado del Sur. Al menos como a tal no la defendieron de los “huincas” ¿Era ese trozo de pampa el patrimonio del antiguo aborigen de ella? El enigma de las razas pampeanas aparece aún más confuso.

Dos grandes razas definidas, sobre todo, por los idiomas distintos, pueden señalarse: Son los puelches (gente del este, con respecto a los Andes), y los tehuelches (gentes del sur), habitantes aquéllos de las regiones al norte del río Negro y éstos de la Patagonia. Por sus distintos dialectos se dividió a los puelches en “Chechehet”, habitantes del río Negro inferior y parte de la costa atlántica, “Divihet”, habitantes del río Colorado, y “Talu-het” ocupantes de Buenos Aires, La Pampa y sur de Mendoza, Córdoba, San Luis y Santa Fe.

Estos “het” que en su antiguo idioma, el genna ken, quiere decir “gente” –así como en araucano, en mapuche, se emplea el “che”– son, según el cronista Falkner, “los verdaderos pampas, los autóctonos... de otros tiempos”. Él, viajando por los años 1740 al 65, sólo los conoció en pequeños grupos subsistentes, más debilitados aún en 1876 cuando los trató y clasificó como tales –genna ken– el perito Francisco Moreno.

Falkner, como se ve, no está de acuerdo con quienes –como el cronista Guevara– atribuyen a los querandíes ser los “pampas” autóctonos.

Los grandes choques del primitivo invasor hispano y de sus hijos, los tuvieron con aborígenes provenientes de Arauco, ya que la penetración de éstos en las pampas, comenzando antes de la llegada de los europeos, continuó incesantemente durante los siglos XVI, XVII, XVIII y aún el XIX. Contra éstos se libró la guerra. Estos son los que nos importa conocer, entonces.

Los primitivos araucanos resistieron con vigor a las arremetidas conquistadoras de los Incas; pero muchas de sus tribus, desprendiéndose

dose de los clanes, fueron a establecerse en las montañas. Se llamaron: “Aucas”, palabra quichua que quiere decir: rebelde, libre, alzado. De estos “aucás”, a su vez, se desprendieron nuevos grupos que, descendiendo los Andes, penetraron en las pampas. Y tomaron el nombre de “puelches”. Por su parte, estos puelches se subdividieron y, aun cuando conservaron las mismas costumbres, idioma y religión, adoptaron nombres distintos. Fue más una división geográfica, de ubicación, aunque en no pocas oportunidades se hicieron la guerra. Así se llamaron Huilliches –gente del sur– pehuenches –de los pinares–, picunches –del norte–, mamuelches –de las selvas–, ranculches o ranqueles –de los cañaverales– chachiches –de la sal–, cuando no conservaron, como los voroas o vorogas –de voro, huesos– el nombre original de Arauco. (Luis de la Cruz, en su Memoria, explica la inutilidad de sus inquisiciones tendientes a designar el origen de los indios que iba tratando. El los llama “pegüenches”).

Todos, y esto es muy importante consignarlo, eran hombres de a pie, caminadores inverosímiles, capaces de cruzar espacios en los que cabrían varias naciones europeas, armados de pesadísimas mazas y escudos, de arcos y flechas de sílex y de boleadoras, su arma más original, la más efectiva y la que los hacía contendores de los “caballeros” invasores, y más tarde dueños del caballo, elemento fundamental de su evolución, como también el ganado vacuno que sería casi el objeto de su vida.

Esta capacidad de evolución, adaptando el caballo, útil hasta lo imprescindible para las llanuras, el hierro en vez de piedra para la lanza, y otros elementos, está proclamando que el indio pampeano, además del valor y la astucia inherente a todo salvaje, poseía inteligencia, iniciativa propia. El cronista José Sánchez Labrador que en su libro *Indios pampas, puelches y patagones* ha dejado importantes observaciones y datos sobre ellos, les atribuye –en tono de evangelizador reproche, lo cual es una alabanza: obstinación, contumacia, altivez y rebeldía. Es decir, eran unos “bárbaros” a quienes no fue fácil domesticar, convertir en trabajadores sumisos y gratis, ni arrancar de sus mentes las creencias de sus mayores, no idólatras.

Algunos autores –Ulloa o Pauw, en *Noticias Americanas y Recherches sur les américains*–, “para justificar en lo posible la conducta a menudo bárbara de ese grupo de aventureros intrépidos que conquistó el Nuevo Mundo, o porque no quisieron descender hasta los indígenas americanos para comprenderlos”, como dice D’Orbigny, negaron a los aborígenes de América, así tomados en bloque, las facultades del intelecto. Les adjudicaron esterilidad de espíritu, sin conocer sus leyendas, tradiciones, mitologías, poemas y otras galas de imaginación. Pauw, ignorando que los indios se depilaban, los cree imberbes y extrae conclusiones en su contra. Y no faltaron teólogos que, al servicio de ciertos intereses, echaron a correr teorías en las que se discutía el alma a los hombres de América. “Hemos oído cien veces –agrega D’orbigny– a esos hombres tratados de brutos, arregar a los suyos horas enteras sin vacilar un solo instante. Sus entonaciones son de lo más variadas, y sucesivamente enternecen o exaltan a su auditorio. ¿Pueden hacerlo seres que no piensan?” Y concluye: “El americano no está privado de ninguna de las facultades que poseen los otros pueblos...”

Los patagones y los pueblos que ambulan por las llanuras poseen un sistema muy ingenioso de constelaciones...

En cuanto a sus aptitudes, D’Orbigny adjudica a los pampeanos las mismas que a los araucanos cuya similitud reconoce:

Son soberbios, indomables y guerreros, infatigables, viajan sin cesar y llevan a todas partes su inconstancia. Son tristes, serios, reservados, fríos, a veces feroces; jamás uno solo de ellos se ha hecho cristiano si no ha sido a la fuerza. Todos son libres.

Sánchez Labrador cuenta el caso del cacique Galelián –de las sierras de Buenos Aires–. A él y a otros, apresados, se les enviaba a España. Subleváronse, se apoderaron de las balas de los cañones del buque y usándolas como “bolas perdidas” lucharon hasta ser sometidos. Entonces se arrojaron al mar. Año 1745.

En cuanto a su físico, son de color moreno oliva, musculosos, rostro circular, nariz corta y chata, pómulos salientes, ojos horizonta-

les, cabello crinado, fisonomía seria, estatura regular que parece más baja por lo ancho del torso y lo combado del pecho. Los aucás, o sea los habitantes de la cordillera, más sedentarios, eran buenos tejedores y fabricantes de objetos de arcilla y metal. Todos practicaban la poligamia. Vivían en tribus regidas por un cacique, cargo generalmente hereditario, pero del que se despojaba al cobarde – al “maula”–. Poseían las creencias y supersticiones inherentes al salvajismo: Dos dioses, uno bueno y otro malo (Gunechen y Huecuvú) a los que agradecían sus victorias y sobre los que cargaban sus fracasos y desdichas. Después cuanto los sacerdotes, adivinos, curanderos y brujos quisieron inventar a fin de explicar los fenómenos y espectáculos de la naturaleza o los acontecimientos de una vida siempre al acecho de la aventura y el peligro, proezas de caza y guerra, enfermedades, lucha contra la distancia, inundaciones, sequías, tempestades, incendios... Vida brava y errante, despertadora de las cualidades que da un medio agresivo al que es necesario vencer violentamente para no morir de frío, de sed y de hambre. Casi desnudos, bajo el poncho de colores, la vincha sujetando la cabellera, el rostro listado a lo piel de tigre.

Cuanto dice Alonso de Ercilla sobre sus admirados enemigos, los araucanos, pudiera aplicarse a los puelches de las pampas:

*Son de gestos robustos, desbarbados,  
bien fornidos los cuerpos, y crecidos,  
espaldas grandes, pechos levantados,  
recios miembros, de nervios bien fornidos;  
ágiles, desenvueltos, alentados  
animosos, valientes, atrevidos,  
duros en el trabajo, y sufridores  
de fríos mortales, hambres y calores.*

*No ha habido Rey jamás que sujetase  
esta soberbia gente libertada,  
ni extranjera nación que se jactase  
de haber dado en sus términos pisada:  
ni comarcana tierra que se osase  
mover en contra y levantar espada,*

*siempre fue esenta indómita, temida,  
de leyes libre y de cerviz erguida.*

*(La Araucana).*

Y cuánto hace decir Pedro de Oña a Salvarino, cacique presto a morir, contra los indios sometidos a los conquistadores, pudo también decirlo Calfucurá, por ejemplo, a Cipriano Gabriel, tráfuga, o Baigorrita a quienes, enseñando a los huincas los senderos últimos de la andina cordillera, se los cerraban a su indómita esperanza de ser libre:

*Por no sufrir el peso de la lanza,  
un peso para el hombre, tan pequeño,  
sufrió cargar la leña y aún el leño,  
que suele ser la parte que os alcanza...*

.....  
*Pues, si pasáis la misma pesadumbre  
tan libres como siervos, gente dura,  
¿no fuera más honor y más cordura  
pasalla en libertad que en servidumbre?  
¿No veis que un libre tiene dulcedumbre  
para poder templar la amargura  
del áspero trabajo más acerbo,  
lo cual es imposible siendo siervo?...*

Las diversas tribus pampas, en guerra unas con otras, sabían, llegada la oportunidad, aliarse frente al huinca invasor. Calfucurá logró, mediante oratoria y diplomacia, constituir una federación de tribus que alcanzaba desde los ranqueles del sur de Córdoba a los tehuelches –o indios llamados “manzaneros”– de Río Negro y Neuquén, no siendo ajenos a ella los aucás y aún los mapuches del Pacífico. Y esto más: en guerra contra los “huincas” de Buenos Aires, el jefe era puelche –pampa– y los aucás, auxiliares, pero en guerra contra el “huinca” de Chile, el jefe era auca y los puelches entraban en ella como auxiliares. El hecho está revelando una singular aptitud de adaptación y una flexibilidad frente a los hechos, un inicio de democracia, pocas veces visto en pueblos bárbaros.

Esta capacidad de unirse ante el enemigo, la poseían los araucanos. Los puelches cruzan la cordillera en ayuda de Caupolicán:

*Venía tras el Tomé, que sus pisadas  
seguían los Puelches, gentes banderizas...*

.....  
*Nibequetenes, Puelches y Cantenes...*

*(La Araucana).*

Es decir, que el fiero pampa ascendía hasta alcanzar la solidaridad, la más elevada condición del hombre. En su barbarie, pues, palpataba el germen de su propia superación con sus infinitas posibilidades.

Esto nos lleva al origen del indio americano. ¿Era él una raza degenerada, vuelta al primitivismo, después de haber alcanzado los esplendores de una remota civilización en la hundida Atlántida? ¿Era él una raza a quien la conquista europea no dejó alcanzar la madurez?

El hombre partió de Sud América –afirma Ameghino– para poblar los otros continentes; que los hombres que habitan las otras regiones de la tierra tienen un origen común con los de Sud América, es un hecho indiscutible; pero mientras acá los homínidos aparecen como de una época geológica remotísima, en los otros continentes son de edad muchísimo más reciente”... “ante los restos de los primeros monos fósiles descubiertos en Patagonia el punto de origen de los verdaderos monos, del precursor del hombre, que hasta ahora se creía encontrarse en algunas regiones del viejo mundo, se encuentra así trasladado a Sud América”.

Pero toda teoría halla sus refutadores. Los tiene la de Ameghino y los tiene la de la platoniana Atlántida.

El estudio de las lenguas no aclara tampoco el enigma. Poseen las lenguas de los aborígenes americanos afinidades con el íbero, el sánscrito, el hebreo, el chino, el griego.... El éuskaro, idioma al parecer aislado en Europa, enseña su evidente parentesco con lenguas americanas. El hebreo y el maya poseen palabras con significado idéntico. “Una tercera parte del idioma maya es griego puro”, afirma Le Plongeon, el eximio filólogo. En el mongol se encuentra la

palabra “cura” que quiere decir piedra, lo mismo que en araucano: Calfucurá (piedra azul), Namuncurá (pie de piedra).

Por fuerza, en un libro de esta índole, sólo cabe esbozar el intrincado problema. Abandonémoslo, no sin antes reproducir las observaciones que acerca del araucano hace Juan María Gutiérrez: “Lo primero que ha de llamar la atención es la conclusión que guarda la lengua araucana con el carácter moral y físico de los hombres que la emplean, robustos, reflexivos, pacientes, bravos e indómitos”.

Comprobar las excelencias de la raza aborígen que pobló tan enorme espacio de nuestro territorio, es también afirmar nuestro futuro. Porque el “pampa” no se ha extinguido. Alabarlos no significa rezarle un elogio póstumo. Perdurado por el mestizaje, el indio pampa prolonga hoy en descendientes rubios y a la vez cobrizos, las cualidades de su espíritu no muerto, y sí sólo desviado por el destino histórico hacia nuevas estructuras jamás foráneas.

Tales las pampas, escenario de una epopeya de siglos. Las pampas con sus criaturas y su hombre, con su amor a la libertad que transmite la familiaridad del horizonte y la posesión de la distancia, retenida en el galopar del caballo sin medir el tiempo.

*Todo es cielo y horizonte  
en inmenso campo verde.*

La idea de infinito está presente en el que, sintiéndose centro del mundo, a su alrededor divisa el círculo del horizonte, límite de tierra y cielo. ¡Y cielo del sur! Un cielo al que la cruz del sur engalana, esa austral cruz del sur presentida por Dante:

*All' altro polo, e vidi quattro stelle...*

Y exaltada en una canción popular:

*Cielo, cielito y más cielo,  
cielito siempre cantad,*

*que del cielo es la alegría,  
del cielo es la libertad.*

*Cielito, cielo dichoso,  
cielo del americano,  
que el cielo hermoso del sud  
es cielo el más estrellado...*

## Notas de la Primera parte

Guadal — Tucu-Tucu — Ombú — Pampa — Sal — Inundaciones — Perros cimarrones — Sarmiento y los indios — Arauco — El vocablo Che — Denominaciones — Pampa — Datos y etimologías.

“Guadal” es una palabra que no está en el diccionario español. “La hemos tomado de nuestros antepasados —afirma Mansilla—; viene del árabe y significa agua o río”.

Zeballos, por su parte, dice que “gua” deriva de la voz griega que significa “tierra”. Y que la voz “guadal” significa “hueco”, “globo”, “vaso”, a la vez que su terminación admite la idea de “desagregación”. Zeballos concluye: “entonces debe decirse que aquella voz es de origen ario y significa “tierra fofa”, “blanda”, “desagregada” por oposición al suelo compacto y persistente”.

\* \* \*

En cuanto al pequeño cuadrúpedo que, colaborando con los algarrobillos produce el “aguadal”, el tucu-tucu, ha sido estudiado y clasificado zoológicamente con el nombre de “*ctenomys magellanicus*”. También se le llama “El Oculo”, porque se le oye y no se le ve. Por la noche produce un ruido incesante y sordo: tucu-tucu, tucu-tucu, que le da su nombre popular.

Azara, D’Orbigny, Darwin, lo han estudiado. Dice el primero: “Algunos lo llaman “topo”, figurándose que lo es de la especie europea, pero se engañan mucho”. En algunas regiones del norte argentino, el terreno socavado por el tucu-tucu se llama “tucutugal”.

\* \* \*

El ombú fue cantado por los poetas de nuestra primera hora como el árbol típico de la pampa:

*Sobre la faz severa de la extendida pampa  
su sombra bienhechora derrama el alto ombú...*

(Juan María Gutiérrez).

*Tú señalas las barreras  
que dividen el desierto,  
y ayer el vago concierto  
que alzan las auras ligeras  
de la pampa en el confin.*

(Bartolomé Mitre).

*El ombú, ninguno sabe  
en qué tiempo, ni qué mano  
en el centro de aquel llano  
su semilla derramó.*

(Luis L. Domínguez).

Y no es el árbol de la pampa. “Tierra adentro, o sea pasando la línea del río Salado, ya no había ombúes.” El profesor Carlos Berg demostró que el “frondoso y bizarro árbol” –como él lo llama– procedía de la laguna de Iberá, en Corrientes. Miguel Basabilbaso, en 1775, remitió alguno a Sevilla donde se le conoce por “Bella sombra”.

El ombú es el árbol de “nuestras costas” – dice Marcos Sastre en el *Tempe Argentino*.

Y otro cantor bien informado en asuntos de pampa, el infalible Hernández, haciendo que su protagonista regrese del oeste hacia la costa, dice:

Después de mucho sufrir  
tan peligrosa inquietú,  
alcanzamos con salú  
a divisar una sierra,  
y al fin pisamos la tierra  
en donde crece el ombú.

Es decir, la tierra del blanco.

Como curiosidad citamos a Julio Verne. En *Los hijos del capitán Grant* hace que un ombú, transformado en barco por la inundación, sea capaz de albergar en su copa a una familia. (¡Siempre tan enterados los escritores europeos!) Una calumniosa superstición rioplatense propagó que su sombra, como la del aguaribay, era dañina. El ombú, por el depósito de agua de sus raíces, soporta sequías y aun incendios.

\* \* \*

“Pampa –define la Academia– llanura de mucha extensión cubierta de hierba, de que hay varias en la América meridional”. Y el cronista Lozano en su Historia: “Este dilatado distrito es toda llanura interminable, que corriendo desde el cabo Blanco, en el mar del norte, llega hasta las cordilleras de Chile, formando un célebre desierto que acá llamamos “pampa”, castellanizado ya el vocablo, propio de la lengua quichua, general en el imperio peruano, en que significa “campo raso”...

De aquí: “pampero” o “pampeada” al viento que llega del sudoeste; y “pampas” a los indios araucanos que del oeste aparecían. En su *Diccionario Geográfico y*

*Estadístico del Perú*, dice Paz Soldán: “Esta palabra aymará y quechua se ha adoptado en castellano en el sentido de llanura, sabana; pero trae otras significaciones tales como playa, cosa común o universal”.

\* \* \*

Varias etimologías:

“Huinca”, de “huin” (querencia, criadero, domicilio) y “ca” (otra cosa). “Huinca”, pues, significa: de otra querencia, de otra parte o lugar, extranjero.

“Huinca” puede ser sinónimo de “cristiano” que para indios y para gauchos, no era significado de religión sino de raza. Ejemplos: “Huincalán” (de Huim-ca-lan), nombre indígena del arroyo “Cristiano Muerto” de la provincia de Buenos Aires, Pichi-Huinca, nombre de un cacique: “Cristiano Chico”. “Mapuche”, lo contrario de “huinca”, viene de “mapu” (sitio, país, lugar) y che (gente).

“Mapuche”: gente del lugar, gente autóctona, gente del país, aborígen.

“Tandil”, adaptación de Thav-lil (de Thav: caer y lil: peña) “Peña al caer”.

Según otros: Tandil viene de Thav-lil (de Thav, apócope de Thavthen: latir, palpar, y lil: peña) “Peña que palpita”.

Alusión a la piedra movediza que se derrumbó.

“Mamil” es monte y “quiñe” es uno. De aquí que un árbol —o el árbol— sea “quiñemamil”, y en esto, cabe señalarlo, el araucano muestra una lógica digna del inteligente y preciso esperanto.

“Volcán”, el nombre de otra de las sierras del sur, es deformación de “Vudcaun”, que quiere decir puerta, abertura, abra, cosa partida. En el sistema del sur no existe ningún volcán.

\* \* \*

La sal, cuya producción en la Pampa se calcula hoy en 200 mil toneladas anuales, produciendo un importe de dos millones de pesos, se extrae de distintas salinas. “La génesis de estos depósitos son originados por las cuencas sin salida; verdaderos bolsones hidrográficos. La evaporación de las aguas ha depositado durante siglos los cristales de sal en las hoyas, depresiones u hondonadas hasta producir capas de espesores varios” (Enrique Stieben: *La Pampa*). Antes de llegar los españoles, indios del litoral o de Neuquén venían a buscar la sal en Salinas Grandes, casi en el límite de la Pampa y Buenos Aires, laguna de 3.500 hectáreas. En la *Colección de Documentos*, publicada por Pedro de Angelis, se dan elocuentes datos de lo que fueron las caravanas que, durante la Colonia o después de la Revolución de 1810, iban en busca de sal. Ella constituía una pingüe renta para el Cabildo.

Lo que eran estas expediciones lo dice uno de esos Diarios: “Un sencillo cálculo da la línea que abrazaba aquel conjunto. Cada carreta, con sus bueyes uncidos y el

terreno necesario para moverse, ocupaba 20 metros, poco más o menos. Esto nos da 50 carretas por kilómetro, o sea que las 200 formarían 4 kilómetros. Súmense las 600 cabezas de ganado y demás impedimenta y se excederá, holgadamente, la legua”.

Darwin –que en 1833 estuvo en tierras del Plata, viajero de la *Beagle*– escribió que la sal de América posee sólo el 50 por ciento del valor de la europea o de Cabo Verde. Es una afirmación falsa. El químico Pedro N. Arata analizó una y otra, comparándolas. Y afirma que son de un valor idéntico.

La tradición ha conservado el nombre del indio que hizo conocer las salinas: Veylleychi (“el que afirma lo que otros dicen”). En *Acuerdos del extinguido Cabildo* (1744) se hace mención de ese descubrimiento.

\* \* \*

El drama de la inundación está dado en *Sobre las ruinas*, de Roberto J. Payró, estrenado en 1904. Allí se presenta el conflicto del progreso y la inteligencia contra la rutina torpe. El pasado que se opone al presente renovador, personificado aquél en un gaucho viejo que, desoyendo la voz de la ciencia, se niega a abrir canales de desagüe para sus campos y a quien la inundación arruina y mata. Frente a él, un hombre moderno, abierto a lo gringo –la ciencia de Juan Sin Ropa, el payador forastero, vencedor de Santos Vega– que doma a la naturaleza bárbara y sus inundaciones.

El río Salado de la Provincia de Buenos Aires varía notablemente de caudal, tanto que a veces presenta el aspecto de un enorme estuario y otras es sólo un hilo de agua. Por esto los guaraníes le llamaban “Tubicha-mini”, de Tubicha: grande, extenso, y “mini”, pequeño, reducido; con lo cual explicaban sus desbordes y bajantes.

\* \* \*

De personas mordidas por perros cimarrones hablan numerosamente las crónicas y gacetas de antaño. Se cita al panfletista padre Castañeda, cuya péñola ladró y mordió cuanta “novedad rivadaviana” apareció en Buenos Aires. ¡Vaya un destino el de este godo espiritual! El padre Castañeda, al decir de su biógrafo Adolfo Saldías, no pudo contender contra una jauría de “cimarrones” y murió apuñaleado por sus colmillos.

La cantidad de perros llegó a ser tanta aún en las calles de la ciudad que los presidiarios tenían la tarea de salir por las madrugadas con palos y garrotes a matar canes vagabundos. Después, los presidiarios fueron substituidos por empleados municipales. El repugnante espectáculo se ejecutó hasta 1781. Luego se emplearon albóndigas envenenadas. En 1898 comenzó a circular la perrera, horror y motivo de rebelde algarada para los chicos de los suburbios que veían en el cazaperros un enemigo. Se le obstaba en su faena con singular decisión.

\* \* \*

En *Conflicto y armonías de las razas en América*, publicado por Sarmiento en 1883, se expresa despectivamente sobre los araucanos: “Eran indómitos –escribe–, lo que quiere decir, animales más reacios, menos aptos para la civilización y asimilación europeas. Desgraciadamente, los literatos de entonces, y aun los generales, eran más poéticos que los de ahora, y a trueque de hacer un poema épico, Ercilla hizo del cacique Caupolicán un Agamenón, de Lautaro un Ajax, de Rengo un Aquiles. ¡Qué oradores tan elocuentes los de parlamentos, que dejaban a Cicerón pequeño, y topo a Aníbal, los generales en sus estrategias! El arte del ataque y de la defensa estaba en toda su científica práctica antes de Vauban por los cobrizos héroes de Arauco, contando el poeta hacer subir de quilates la gloria del vencimiento. Desgraciadamente, tan verosímil era el cuento, que a los españoles que leían la “Araucana” en las ciudades les puso miedo el relato, como a los niños los cuentos de brujas, y los reyes de España mandaron cesar el fuego y reconocer a los heroicos araucanos su gloriosa independencia, que conservaron hasta hoy, en un Estado enclavado dentro de los límites de Chile. Una mala poesía, pues, bastaba para detener la conquista hacia aquel lado”...

“Un día –continúa Sarmiento su sátira– se ha de escribir la historia comparativa de todas las conquistas, para hacer la crítica de la literatura de cada una de ellas, y se disparará tanta conseja inventada por los conquistadores mismos, para disimular sus derrotas, engrandeciendo al enemigo para engrandecer sus victorias, elevando a centenares de miles los vencidos, y para ver lo que no comprenden en instituciones lo mismo que habían dejado en Europa, en dinastías, noblezas, jerarquías, pontífices, etc.”.

La sátira de Sarmiento con su arbitrariedad y sus sólidas verdades, va embicada hacia Roca y su gobierno militar de quien aquél, en 1883, era el opositor máximo.

\* \* \*

Arauco viene de la voz Raqcó (o Raullicó). Según Félix Augusta –Diccionario– Raqcó quiere decir greda, tierra húmeda, explicado por el terreno pantanoso del pequeño Arauco.

\* \* \*

“Che” significa gente en araucano y como interjección es usado en el Plata –y en Valencia–. El “che” ha sido llevado seguramente de Arauco a España y de allí traído al Plata. Pero es usual entre los actuales mestizos del litoral –Paraguay, Misiones, Corrientes– decir: “Ch’ amigo, que significa: Mi amigo.

Seguramente como el che y el ombú, árbol de Misiones aclimatado en Andalucía y vuelto a traer con el nombre de Bellasombra, igual suerte cupo a coplas y romances indo-criollos, adaptados después en España y vueltos a importar como

peninsulares. Sugestiva es la página que a este punto dedica Juan Draghi Lucero en su *Cancionero Cuyano*.

\* \* \*

La denominación de “pampas” a los puelches araucanos del sur es, fuera de dudas, española. También les llamaron a los tehuelches, patagones; a los habitantes de las sierras bonaerenses, serranos, y a los tehuelches de Río Negro, región de manzanas, “manzaneros”. A indios llegados de la Pampa o de la cordillera, tal vez de Chile, desconocidos para los “indios amigos” de Carriel, Coliqueo y otros caciques ya establecidos, se les llamó “indios chilenos”. Todas éstas, como las anteriores, son simples denominaciones geográficas, nunca raciales.

\* \* \*

El folklore de los indios pampas pudo ser rico. Algo se recogió, poco: Leyendas, tradiciones, ritos, mitología, supersticiones, relatos, poesías. En su Viaje de 1806, Luis de la Cruz, capítulo referente al “Tratado para el conocimiento de los indios pegüenches” (o gente de los pinares), después de hablar acerca de su oratoria, reproduce un cuarteto de un poema más largo:

*Fui a dejar mi Neculante  
a las tierras del Tilquí,  
oh, homicidas faldas del Cerro  
que en sombras o moscas los conviertes.*

Hernán Deibe publicó un libro: *Canciones de los Indios Pampas* en el que adapta ideas poéticas reveladoras de una singular sensibilidad mediante una expresión bella:

CANCIÓN DE AMOR  
*Ahora soy grande,  
hermana  
tú también ya eres grande,  
y antes no lo era,  
tú también ya eres grande,  
hermana,  
y antes no lo eras.  
Si Gnegunechen quisiera,  
hermana,  
si Gnegunechen quisiera...*

CANCIÓN DE AMOR

*Hermana, hermanita:  
Si es de irse,  
nos iremos  
La nube en el viento,  
se va sin pensar,  
hermana, hermanita.*

Trae también el libro una serie de proverbios, refranes y sentencias:

*La lechuza duerme de día porque roba de noche.*

*El que come sesos encanece.*

*A la constelación de la Vía Láctea le decían "Río Celeste" (Huenu-leuvú).*

Aportes todos reveladores de una aptitud artística, en su mejor parte derramada para siempre en el olvido.

ILUMINACIONES

PAMPA

*Vengo de la pampa líquida  
que es el Río de la Plata,  
y en tu horizonte me hundo,  
¡pampa, pampa, pampa, pampa!*

*Tu sólo nombre recuerda  
un galope de caballo,  
pampa, es correr por el cielo,  
pampa, correr por tus llanos.*

*La libertad adelante,  
detrás el viento que canta,  
la soledad y el silencio,  
¡dos dioses! nos acompañan.*

*¿Por eso dicen al hombre  
que vive como azorado  
que verse vivir, por eso  
le dicen: "hombre apampado"?*

*Con fuerza el aire se aspira  
de la pampa, y como un hálito  
nos alienta de algo grande,  
de no sé qué, ¡pero de algo!...*

#### HORIZONTE

Las pampas y el mar son bellos, no por su horizonte. Son bellos a pesar de su horizonte.

El horizonte no pertenece al paisaje. Es humano. Nace de una imperfección humana.

Pero el horizonte no embellece ningún paisaje.

El horizonte nos consuela de nuestra pequeñez frente a la naturaleza. Es nuestra limitación limitándola.

El mar y las pampas son perfectos hasta llegar al horizonte.

#### PAMPERO

Es un pájaro grande, tan grande que es un viento.  
Va decorando nubes cuando volando va.  
Vuela apagando todo, vuela alarmando a todos.  
De cóndor son sus alas, su grito es de chajá.  
Un cóndor gigantesco y un chajá gigantesco  
que alza el grito en los Andes,  
se estira y llega al mar.

#### ALGARROBO

¡Tanto soñó este árbol!  
¡Tanto soñó este árbol que volaba!...  
¡Y ya veis si ha crecido!:  
¡Alto que casi con las nubes habla!  
¡Es el árbol más alto de la selva!  
¡Y de una selva americana!

#### RÍO

Río que de lejos vienes,  
no tienes sabor a monte,  
ni sabor a pampa tienes.  
¡Tienes sabor a horizonte!

#### VIENTOS

Silbantes, raudos, violentos;  
si la ciudad es Buenos Aires,  
su llanura es malos vientos.

POLVO

Polvo en el aire, polvo por el suelo,  
polvo en el fondo de la palangana,  
—¡qué desesperación!— en el asado,  
en la copa, en las sábanas.  
¡Polvo que se respira, que se toca,  
que se ve, que se masca!  
Polvo que vuela,  
polvo que se arrastra.  
¡Qué desesperación!  
— El polvo en todo,  
polvo en nuestra fatiga,  
en nuestra rabia...

INUNDACIÓN

Aguas de oscuro lodo. Ya olvidamos  
si alguna vez el campo ha sido verde.  
Los ríos son salobres, son de lágrimas.  
Y llueve, llueve, llueve, llueve, llueve...

POTROS

¡Es una nube cargada de truenos  
enloquecida, de frente a los vientos!

OMBU

Este amante del agua, ombú frondoso,  
a veces se aventura "tierra adentro";  
siempre más sus raíces se hacen garras  
al entrar en los pagos del pampero.

SEQUÍA

Bajo el sol amarillo como un ojo  
fijo y observador, ojo de fiera,  
las firmes, desoladas, pavorosas  
llanuras de metal, amarillean.  
Nubes galopan por el horizonte,  
pasan corridas, pasan con vergüenza.  
Barro amarillo el lecho del arroyo.  
Los troncos, ayer talas, son de piedra.  
Sobre las ramas, brazos suplicantes,  
los fúnebres chimangos, manchas feas.

El cielo es una lápida implacable.  
Para que todo en amarillo sea,  
la esperanza del hombre es amarilla  
y amarillas también las osamentas.

BOSQUES PAMPEANOS

Bosques hay de gigantes algarrobos  
y bosques de caldenes torturados:  
Aquí los fuertes no se hallan solos.

ARROYO

Del uno y otro lado, la inmensidad...  
El arroyo se sabe dónde aparece,  
pero nunca se sabe si parará.

BRILLAZÓN

Eso que un agua bella pareciere,  
es sólo una engañosa brillazón;  
eso que una ciudad de oro y diamantes,  
es sólo una falseada brillazón,  
eso que semejare la riqueza,  
es sólo soledad, es brillazón;  
eso que maravillas ofreciere,  
es sólo fantasía, es brillazón.  
Libros sabios te llaman espejismo,  
burla cruel, ansiada brillazón;  
pero el gaucho te hace femenina,  
te llama: brillazón.

DRAMA EN EL CIELO DE LA PAMPA

Viento del Este: Las nubes  
sacan el agua del mar,  
pasean sobre la pampa...  
¡Un viento de Oeste!:  
Ya las nubes, volcando,  
vedlas, volcando  
su agua en el mar.  
Las nubes de agua ricas,  
la pampa sedienta está,  
las nubes agua pasean,  
y el agua vuelven al mar.

A PIE

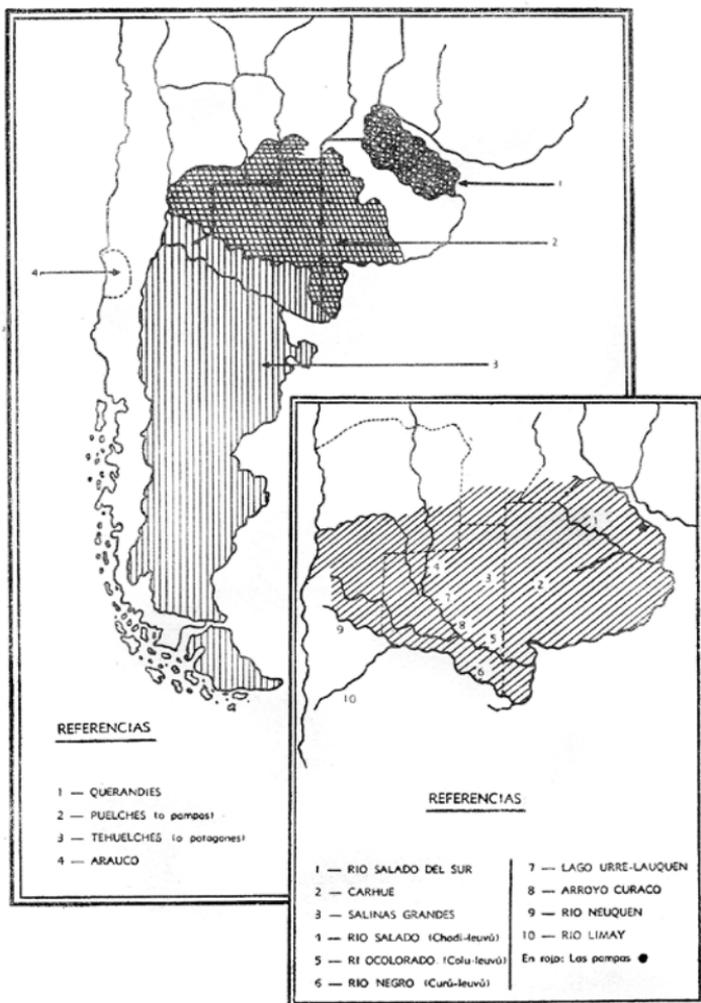
Ni un árbol, ni una piedra, ni un montículo.  
Llanura y cielo y horizonte en todo...  
¡Un hombre a pie en el medio de ese círculo!

GALOPAR

Galopar muy de mañana,  
galopar de cara al viento,  
sentir, rondar de mujeres,  
aromas de pasto y trébol.  
El caballo relinchante  
y el horizonte a lo lejos,  
la libértá ensaya músicas,  
y la dicha busca versos...  
Es la pampa dicen otros,  
yo les digo que es el cielo.

Segunda parte

## **Los huincas de Europa y los pampas**



## Los huincas de Europa y los pampas (1515-1810)

*Es malicioso y procedido de codicia infernal y diabólica el pretexto que se ha querido tomar para molestar y despojar a los indios y hacerlos esclavos diciendo que son como animales brutos e incapaces de reducirse al gremio y fe de la Iglesia Católica...*

PAULO III, BULA DEL 10 DE JUNIO DE 1537

*Y si acaso fuese que alguna o algunas personas, tratasen mal a los indios en cualquier manera que sea, el dicho Almirante como Vice Rey y Gobernador de sus Altezas lo castigue mucho por virtud de los poderes de sus Altezas, que para ello lleva...*

ISABEL Y FERNANDO – 1492

*Los indios estarán en igualdad de derechos que nuestros vasallos libres.*

CARLOS V – 1542

*Ordenamos y mandamos que sean castigados con mayor rigor los españoles que injuriaren u ofendieren, o maltrataren a los indios, que si los mismos delitos se cometiesen contra españoles y los declaramos por delitos públicos.*

FELIPE II – 1593

*Todos deben mirar por la conversión de los indios, pues cesaría si ellos faltasen...*

FELIPE III – 1601

*Mando que se castigue a los que en consorcio exploten la ignorancia de los indios...*

CARLOS II – 1668

Año 1515. Europa entra al Río de la Plata. Su descubridor, el piloto Juan Díaz de Solís, lo llamó “Mar Dulce”. Más que un río es una pampa inundada. Río único: tiene horizonte, como un mar. Es toda su belleza. Pero es una belleza que engrandece el alma del hombre. Lo coloca en presencia de una inmensidad:

*Tú, mar de aguas oscuras,  
ancha pampa de cobre;  
le das la lejanía  
al ensueño del hombre...  
Tú, Río de la Plata,  
tienes el horizonte.*

El jefe de la expedición es el primero que comprueba la bravura de los indígenas del Plata. En su margen oriental, es atacado y muerto con unos cuantos acompañantes. Los demás expedicionarios ven hasta lo que no ven: ven que aquellos indios guaraníes devoran a Solís y a los demás huincas tumbados por sus flechas. Y en seguida ponen proa a España.

Hasta 1520 no aparece Magallanes. Hernando de Magallanes va a dar la primera vuelta al mundo, pero antes penetra en el río de Solís –Mar Dulce–. Y pisa su costa occidental.

En 1527 entra al río Sebastián Caboto. Las leyendas se le vienen encima como hembras prometedoras. Le hablan de plata, sólo de plata. Existe una “sierra de la plata”. ¿Dónde? Caboto emproa hacia el norte sus naves. Va en su busca. ¿Pero cómo no aceptar el nombre de Río de la Plata a este mar dulce de Solís, si la plata se les aparece a todos como una ilusión realizable? Entre tanto, es preciso comer, y mientras la plata aparece, los codiciosos de riqueza fácil siembran trigo. Por primera vez ocurre esto en las regiones del Plata, el año 1527.

Diego García aparece este año también en el río de Solís; y también se escurre hacia el norte, en busca de la “sierra de la plata”, sita en el país del “Rey Blanco”.

Y ya aparece la leyenda de una ciudad encantada, maravillosa y aurífera: la “Ciudad de los Césares”. La leyenda tendrá importancia

para el conocimiento y conquista de las pampas y la Patagonia. Será un señuelo del valor y la audacia hispanos.

Transcurren nueve años. Caboto y García andan pleiteando sus derechos y deberes en España, el fuerte de Sancti-Spíritu fundado por Caboto es una ruina, la leyenda del idilio de Lucía Miranda, bella española amada por el fogoso cacique timbú Siripo, está queriendo adquirir realidad histórica en las imaginaciones, cuando en el Plata aparece Don Pedro de Mendoza. Viene con un título: “Primer Adelantado del Río de la Plata”. Viene con un gran prestigio de guerrero ganado en Italia. Viene con unas incontenibles ansias de hacerse rico, más aún de lo que es, poderoso.

Viene con una enfermedad que le envenena la sangre, le roe los huesos y le agría el carácter y tortura, lo hace impaciente hasta la ceguera. (Asesinato, apuñalamiento por la espalda, del fachendoso y valentón Juan Osorio). Su cólera dará al traste con él mismo. En esta expedición que entra al río-pampa el año 1536, vienen jefes de bien templada tizona y arcabuceros a quienes no les tiembla el pulso, aventureros de intrepidez y coraje mayúsculos. Vienen también hombres de pluma: un flamenco, un tal Ulrico Schmidel que en español macarrónico narrará lo que va a ver y lo que no va a ver. Y esto hace más atrayente su crónica. Y Luis de Miranda, clérigo, rimador (*Romance elegíaco*), y Pero Hernández (*Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata*), y Gonzalo de Mendoza (*Información*), y Gregoria de Acosta (*Relación*), y Bartolomé García (*Carta*), y Francisco de Villalta (*Carta*).

Vienen también mujeres, ¡loadas sean!, aunque no sean damas de pro como quiso algún cronista entusiasta y negó algún historiador sesudo; ¡pero loadas sean! Entre ellas viene Isabel de Guevara que escribirá una Carta patética.

Vienen, asimismo –hecho de más trascendental importancia histórica que la de sus pendolistas– yeguas y caballos, y semillas de trigo. Podemos suponer esto: el primer potrillo que aquí nació. Se estremejó la pampa. Había ésta encontrado a su hijo, su creatura predilecta, la secularmente aguardada.

Frente a la llanura parda del río, los conquistadores sólo alcanzan a ver otra llanura verde, junto al río, anegadiza, orlada de sauces, sarandíes, ceibos, juncos y paja brava. Más allá, conatos de selva, talas, espinillos, algarrobos; refugio de yaguaretés y pumas. Los primeros seis hombres que saltaron de los navios, cuenta el jesuíta Antonio Rodríguez, que venía en la armada— fueron devorados por las fieras: un presagio. La llanura les sería hostil y agresiva.

Pero Mendoza, a pesar de los males que le amilanan, no es hombre de dudas. Hecho está a vencer. Y así se funda la ciudad de Buenos Aires, sobre una loma y a orillas de un riachuelo que desemboca en el gran río. Los indios —quizás guaraníes de las islas— se les llamará querandíes, no se muestran enemigos. Facilitan alimentos a los huincas llegados en aquellas asombrosas casas flotantes. Pero alimentar a tantos hombres no es fácil empresa. Los indios se retraen y los huincas se tornan exigentes. El Adelantado, poseído de cólera contra aquellos salvajes que no sienten como obligación alimentarle a él y a los suyos, decide imponerse. ¿Por qué? No se lo pregunta el violento hombre de armas a quien el “morbo gálico” le envenena la sangre y le roe los huesos. Y allá van su hermano y otros capitanes a caballo, seguidos de arcabuceros, a castigar indios. Se inicia así la guerra entre huincas y aborígenes por prepotencia del huinca. Ocurre esto un 15 de junio de 1536. No terminará esta guerra hasta pasados los tres siglos de iniciarse. En el combate de Corpus Christi, a orillas del río Lujan, como se le llamó para recordar a uno de los caídos, los llaneros aborígenes demostraron a los huincas de Europa que sabrían defender su tierra. Las boleadoras, arma nueva, enredábanse en las patas de los caballos. Bestias y hombres, cayendo, hallaban la muerte. ¡Hecho inaudito!: la caballería salió derrotada, por vez primera. Y los arcabuceros salvaron a los heridos de terminar sus días lanceados, junto a sus bestias, por aquellos guerreros cobrizos a quienes no imponía la rara conjunción de caballo y jinete. Boleados, perecieron Don Diego de Mendoza, Pedro de Benavídez, sobrino del Adelantado, Galaz de Medrano, Pedro Lujan, Juan Manrique y otros caballeros. Mendoza siente desfallecer su grande ánimo. No será la

empresa por él emprendida similar a las de Pizarro y Cortés. ¿Aquellos nómades guerreros podrán más que las huestes de los imperios azteca e incaico? ¿No le dejarán alcanzar la montaña de plata y el lago de oro que por aquel mar dulce, según la leyenda, se llega?... ¿No lo dejarán vivir tan siquiera! Aquellos salvajes desnudos demostrarán más que los súbditos de Atahualpa y Moctezuma decisión y afán para defender su tierra. Ni el caballo fabuloso ni el estampido del arcabuz espantable les meterán miedo. Contra ellos: dardos, lanzas, macanas, bolas arrojadas y la unión, el número de los agredidos. Columnas de humo empezaron a hablar en el desierto. Y a convocar las tribus de las islas y las pampas para el primer malón. El chocerío que es aquella recién fundada Buenos Aires, ve su empalizada y foso rodeados de indios que le arrojan flechas y bolas con haces de paja encendida, y les queman los techos deleznable. Ruge el cañón, los arcabuces detonan; pero los huincas encerrados en Buenos Aires no pueden salir de su empalizada. Están sitiados. Y el hambre los acosa.

*El hambre, enfermedad la más rabiosa.  
(La Argentina)*

Dice el cronicón en verso del arcediano Martín del Barco Centenera.  
Y otro rimador, Luis de Miranda, que padeció aquella hambre:

*Lo que más que aquesto junto  
nos causó ruina tamaña  
fue la hambre más extraña  
que se vió;  
la ración allí se dió  
de farina y de bizcocho fueron seis onzas u ocho  
mal pesadas.  
Las viandas más usadas  
eran cardos y raíces,  
y a hallarlos no eran felices  
todas veces.  
El estiércol y las heces,  
que algunos no dixerían,*

*muchos tristes los comían  
que era espanto;  
allegó la cosa a tanto,  
que, como en Jerusalén,  
la carne de hombre también la comieron.*

*(Romance elegíaco)*

De este canibalismo hablan también las cartas de Guevara y de Villalta, padecedores de aquel hambre. Dice el cronista, donosamente:

El hambre, enemigo mal condicionado, que no se ablanda con halagos, ni ahuyenta con amenazas. – *José Guevara*

Pero el hambre salvó del asedio de los indios a la fundación de Mendoza. Perdices, venados, peludos, eran escasos para alimentar a tanto hombre. Y se fueron. La exhausta población de los sitiados tuvo un respiro. En aquel punto, a pesar de la llegada de Ayolas, enviado al norte en procura de auxilio, el ánimo del jefe se rompe. Ya no sufre más. Las llagas le queman las carnes y la desilusión le huela el alma. El contraste lo derrota. Hace testamento, sube llevado en brazos a una de sus carabelas y huye de aquella llanura de indios bravos, fieras y hambre. De las catorce naves que trajera, vuelve con dos solamente; de los dos mil hombres, apenas ciento cincuenta le acompañan para verle morir, desesperado, en medio del mar y sus recuerdos amargos.

Los que en Buenos Aires quedan seguirán luchando contra el hambre, contra fieras y contra los indios.

*A todos una derribaste  
la soberbia, por tal modo,  
que era nuestra cara y lodo  
todo uno...*

*(Romance elegíaco)*

Y a tanto llegan el hambre y la desesperación de aquellos frustrados conquistadores que deben hacer esto, ¡un castigo!: trabajar. El

13 de junio de 1538, durante el gobierno del capitán Francisco Ruiz Galán, lo consigna una “Información” documentada por los escribanos Melchor Ramírez y Pero Hernández, se levanta la primera cosecha de maíz plantado por manos de huinca en las pampas del indio. El tesoro que Mendoza, Ayolas y otros capitanes perdieron con la propia vida, lo hallaron los desesperados sobrevivientes, y la pampa, feraz, munífica, respondía a la tesonera solicitud del trabajo: lo que las armas no pudieron, lo pudieron las herramientas.

El esfuerzo de los fundadores se prolonga hasta 1541. Un 20 de junio, hombres llegados de la Asunción, despueblan a Buenos Aires y se llevan allá cuanto pueden cargar en los bergantines. No han venido a América para sembrarla sino para arrancarle a viva fuerza su plata y su oro. Se van al norte, allá se está más cerca de lo que la leyenda anuncia: esa montaña de plata y ese lago de oro que los alucina. En esta llanura sólo hay oro de maíz. Ellos han venido a pelear, no a trabajar. Queman el caserío. De la primer Buenos Aires, ¡nada! Sí, quedan unas pocas yeguas y caballos bebiendo pamperos y libertad, amándose sobre las llanuras sin límites, generosamente pródigas de agua y pastos.

\* \* \*

Hasta 1580 no aparecen los huincas en las pampas, esta vez dispuestos a asentarse en ellas definitivamente. Los dirige Juan de Garay, hombre de voluntad y fuerza comprobadas. Inteligente. Sabe que es necesario fundar una ciudad en la margen occidental del Plata. Y viene a fundarla él. La fundará. No hay miedo. (Ya ha fundado Santa Fe de la Veracruz, a orillas del Paraná). En las barrancas frente al río, en un lugar próximo al de Mendoza, algo más al norte, se levanta la nueva ciudad, la definitiva Buenos Aires. Garay, previsor, conociendo la agresividad de sus vecinos, los pampas y guaraníes, construye fortines y trincheras.

También, desde el primer momento, Garay piensa sembrar, conseguir de la tierra y el trabajo lo que Mendoza esperó del sometimiento de los indios. “Porque conviene, por el riesgo que al presente hay de los naturales alterados, que para hacer sus labores más seguras y con

menos riesgos de sus personas y de sus sementeras que cada vecino y poblador de esta ciudad de la Trinidad y puerto de Buenos Aires, tenga un pedazo de tierra donde con facilidad lo puedan labrar y visitar cada día” –escribe en el acta de la fundación de la ciudad–. Garay ha traído vacunos de la Asunción, tal vez 300 ó 500, luego de Córdoba le traen nuevas partidas. El propósito colonizador es evidente.

Ya está Buenos Aires fundada, ahora es preciso conocer esas llanuras inconmensurables y misteriosas. A fines de 1581 parte, va rumbo al sud, costeando el río y luego el océano. Lleva treinta hombres de caballería, ya casi todos criollos. ¿Por qué emprende Garay este viaje? No es sólo por conocer la llanura. Una leyenda hierve en su imaginación. Ya ha sabido que hacia el sur, ¿dónde?, existe una ciudad llamada de los Césares, ciudad de encantamiento y maravillas, resplandeciente de oro y plata. ¿Por qué, si en México, Cortés halló un imperio y en Perú, Pizarro y Almagro hallaron otro imperio, no ha de hallar él, Garay, el fuerte, otro aurífero imperio del cual esa Ciudad de los Césares sería como son México o Cuzco su capital munifica? Allá va él sin miedo rumbo al sur, a pequeñas jornadas, como quien, a tientas, en penumbra, pisa un terreno desconocido. Sigue la costa, a veces se interna buscando aguadas. La ciudad no aparece. Siempre llanos, soledad. De pronto una sierra, y después, siempre soledad y llanuras. “Es muy galana costa y va corriendo una loma llana de campaña sobre la mar, por algunas partes pueden llegar carretas hasta el agua; es tierra muy buena para sementeras”... escribe Juan de Garay al Rey. A veces de tarde en tarde, encuentra grupos de indios a pie. Son mansos. Traban amistad con estos hombres de a caballo que recorren su llanuras. “Hallamos entre estos indios alguna ropa de lana muy buena; dicen que la traen de la Cordillera, de las espaldas de Chile... Dicen que por la costa hay poca gente y que la tierra adentro, hacia la cordillera, hay mucha gente”...

Estas noticias le ponen a Garay la idea de tentar otra ruta hacia el oeste, hasta dar con esa cordillera habitada por hombre industrioso, que “traen unas planchas de metal amarillo en unas rodellas que traen cuando pelean”..., según informes de los pacíficos indígenas desnudos que va encontrando.

También halla tropas de caballos salvajes: “Con la caravela avisé a Vuestra Alteza –escribe Garay al Rey– cómo había sabido que había cierta cantidad de ganado caballuno cerca de Buenos Aires, procedido de unas yeguas que quedaron allí, en el tiempo de Don Pedro. Cuando esto escribí, no las habíamos visto y, en efecto, hay buen golpe de ellas”...

Los expedicionarios andan unas sesenta leguas. Al llegar a lo que hoy se llama Cabo Corrientes, deciden volver. Están cansados de ver llanuras sin alternativas. Garay retorna soñando hacer entrada a “la tierra rica hacia las espaldas de Chile”. Pero la muerte le sale al paso.

Otro intenta realizar su proyecto. Es el gobernador Hernando Arias de Saavedra, un crioyo que se distingue por su capacidad y energía. Ocorre esto en 1604. No va Hernandarias, como se ha dicho, para escarmentar indios ladrones. Por aquel tiempo, (lo corroboran cartas de conquistadores y evangelizadores), los indios atacan. Son indios a pie, sin agresividad, no los mueve el afán de apoderarse de ganado que aún no existe. Tranquilamente, se alimentan de viscachas, martinetas o peludos. Se visten con ponchos de cuero –gama o guanaco–, se adornan con plumas de avestruz. Aún llevan arcos y flechas. Portan pesados escudos para defenderse. Toda su agresividad se halla en las boleadoras con que abaten al ñandú gambeteador y ligero. Aún no han empleado esas bolas para atrapar baguales. Hernandarias y 200 hombres caminan rumbo al sud oeste. Van también en busca de un espejismo, la leyenda de la Ciudad de los Césares. Atravesan pampas. Llegan a la confluencia de los actuales ríos Neuquén y Limay. La Ciudad de los Césares, prodigiosa, no aparece. Se asegura que allí Hernandarias cayó preso de los indios, que escapó, que supo vengarse de sus opresores. ¿Novela? El cronista Ruiz Díaz de Guzmán tiene imaginación de artista, colorea sus relatos históricos, se deleita hablando de los amores trágicos de una supuesta Lucía Miranda, numen de futuros noveladores y tragedistas.

Cuatro meses dura el viaje de Hernandarias. Los expedicionarios regresan después de haber pasado penalidades sin cuento, con esta convicción entre ingenua y heroica por lo optimista: la Ciudad de los Cesares se encuentra mas allá de donde ellos llegaron, “más

arrimada a la Cordillera que va de Chile hacia el estrecho”. No la han hallado, pero no dudan que existe.

En 1602, Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, parte de aquí a encontrar la Ciudad de los Césares. Conduce una expedición de 200 carretas y 100 hombres. Se interna hacia el sudoeste, llega a Villarrica, pero la actitud de los araucanos hostiles lo obliga a regresar.

En 1707, otro buscador de la ciudad legendaria atraviesa las pampas: Silvestre Antonio de Roxas. Va hacia el sur y luego hacia el oeste, desde Tandil al río Agrio. Y regresa asegurando haber visto “la hermosa ciudad”. Deja un *Relato* de su viaje.

Buscando una quimera, los huincas expedicionarios cruzan pampas, van adquiriendo conocimientos, también las cruzan buscando una realidad inmediata, la sal, o intentando difundir la fe cristiana, fundando reducciones evangélicas con propósitos de estudio, o simplemente con fines guerreros, punitivos contra los indígenas.

En 1770, Manuel Pinazo lleva una expedición que no se detiene hasta el Río Colorado —el Colu-leuvú—. Uno de sus componentes, Hernández, deja escrito el *Diario* de la expedición. (Puede leerse en la *Colección de Obras y Documentos* publicada por Pedro De Angelis). Relata en ese “diario” los encuentros habidos con los indígenas, y ya habla de “indios ladrones”, maloneros a caballo. Hernández exagera los riesgos, seguramente.

También en la *Colección* de De Angelis está el *Diario* —y el mapa— de la expedición de estudio realizada por Pedro Pablo Pavón, el año 1772, al sudoeste de Buenos Aires. En su época, el *Diario* de Pavón aportó importantes conocimientos geográficos.

En busca de sal, realiza, en 1778, Manuel Pinazo otra expedición. Va en busca de las “Salinas Grandes”, lagunas saladas conocidas por los españoles desde comienzos del siglo XVI (Guaminí, Epecuén, Monte...). La sal, necesaria no solamente para el consumo alimenticio, sino para la industria del cuero y la carne, era imprescindible en Buenos Aires. Se la traía de España o de las lagunas de la provincia.

Después se llegó hasta las “Salinas Grandes”. Para realizar una expedición de éstas, se solicitaba el concurso de la población mediante pregonero. Y llegaban jinetes, pulperos, dueños de carretas y artesanos. Generalmente partían de la Guardia de Lujan, puesto de avanzada en la frontera. El afán de ganancia y el espíritu de aventura hacía que no faltasen elementos a la siempre peligrosa expedición. Por lo común también, el gobierno, prudente, mediante dádivas y promesas, se atraía la buena voluntad de los caciques comarcanos antes de que el convoy se pusiese en marcha. En los *Documentos para la Historia del Virreynato del Río de la Plata*, están las cuentas pasadas al Cabildo por las expediciones realizadas en 1754 (Domingo Pelliza), 1759 (Bernabé Déniz), y otros en 1766, 1767 y 1774. La del Maestre de Campo Manuel Pinazo, llevada durante el virreynato de Vértiz, en 1778, fue la más numerosa e importante: 600 carretas, 12 mil bueyes, 2.600 caballos, 600 picadores, 400 blandengues, 300 hombres de diversas artesanías, 4 cañones. Ha quedado el *Diario* de esta expedición (*Colección* de De Angelis), como así mismo de la realizada por el propio Pinazo en 1786, escrito la de esta última por el alférez Pablo Zizur (*Colección* de De Angelis). Vale la pena leer estos Diarios. Se pulsa en ellos la proeza que significaba cruzar esas 100 ó 200 leguas, atravesando pampas, sin caminos, expuestos a la hostilidad de una naturaleza brava, cuando no a la combatividad de los indígenas para quienes tales incursiones por “tierra adentro” alarmaban. El *Diario* de Pinazo apunta con respecto a “Salinas Grandes”, después de tanta importancia en la guerra contra los indios: “Es lugar de muchísima agua, y allí vino el cacique Tipa, de los de paz con esta capital, trayendo consigo varios indios e indias a vender cueros y otros efectos; y se reconoció en dicho lugar vestigios de haberse ausentado poco ha, los indios enemigos de él; no hay leña, pero suple en su lugar la mucha osamenta que se encuentra”. Dato éste que nos habla ya del uso hecho por los indios de la carne vacuna. El *Diario* de Pablo Zizur se halla también lleno de datos con respecto a aguadas, calidad de pastos, médanos y otros accidentes útiles para los futuros exploradores. La sal traída, a fin de evitar la especulación,

entraba en pertenencia del Cabildo que la vendía dando un porcentaje de las ganancias a los expedicionarios. En ocasiones se tardaba dos meses en ir y volver a las “Salinas Grandes”. Eran dos meses de penurias, de peligros, que se hacían alegremente, con espíritu de aventura por los gauchos componentes del convoy. Ni Pinazo ni Zizur, ni después Pedro Andrés García, que en 1810 realizó otra expedición en busca de sal y escribió su Diario, eran artistas. Lástima es. Hubieran podido dejar páginas perdurables de esas expediciones, si en vez de proponerse apuntar sólo la utilidad geográfica, hubiesen remansado la péñola y dejarla hablar de lo humano y pintoresco que durante el largo viaje iba ocurriéndoles. No faltarían allí pasiones, reyertas, aventuras de caza, heridos y muertos. No faltarían tampoco música y canciones. ¡Cuánto les estaríamos agradeciendo, sea el caso, a esos amanuenses de la naturaleza y la geografía, si en las prietas páginas de sus Diarios hubiesen dado cabida a las “coplas” o “cielitos” que en las vihuelas, y para alargar las veladas de un fogón entre carretas, levantarán algunos payadores! Pero nada para el arte, todo para lo militar y lo geográfico. Y he aquí porqué aún el investigador debe llevar su curiosidad hasta los poco accesibles tomos de la *Colección* de De Angelis si quiere enterarse —para imaginarse— de lo que ocurría en aquellas lentas y abnegadas expediciones que se aventuraban “tierra adentro”, o sea más allá de los menguados fortines, en busca de la sal preciosa e imprescindible.

En el año 1780 apuntamos la expedición punitiva de Amigorena. Parte de Mendoza esta vez y se dirige contra los indios pehuenches (gente del norte). Amigorena escribe un *Diario*. En él ya puede percibirse que los indios comerciaban con los hombres trascordilleranos y que de ellos recibían cuchillos y otras armas y herramientas de plata o hierro. De aquí que fuera preciso punir a los pehuenches depredadores de estancias a fin de lograrse el ganado que debían mercar en Chile. El problema aparece durante el Virreynato, pero es sólo después de 1810 que se acrecentará, pavoroso.

En 1796, cabe apuntar la expedición de estudio realizada por el célebre y benemérito Félix de Azara, naturalista a quien se deben libros

fuentes de toda consulta. Azara llegó al Plata en 1781 y estuvo en las proximidades de su cuenca, haciendo viajes con desinteresado espíritu científico e inteligente observación durante veinte años. En su “viaje de reconocimiento”, Azara, acompañado de Manuel Pinazo, baquinano eximio, de Pedro Cerviño, ingeniero, de intérpretes (lenguaraces) y de blandengues; se dirigió primero al norte de Buenos Aires (Luján, Areco, Melincué) y luego al sur (río Salado, Chascomús, Lobos...) En su *Diario* puede admirarse la visión del sabio. Habla de la inutilidad de intentar defender las fronteras con “guardias” –pequeños fortines donde eran sacrificados ocho o diez blandengues–, de que era preciso fundar pueblos de agricultores, colonizar. También cabe admirar en el sabio su previsión militar. Él nos habla de que es necesario ocupar la isla de Choel-Choel –en el Río Negro– lo que intentaría Sarmiento y a lo que se opondría furiosamente Calfucurá, un siglo más tarde, a fin de cortarles la retirada a los indios maloneros que regresaban a Chile para vender los ganados. Azara escribe con claridad y precisión científicas.

La idea de trasladar la frontera o límite de la “civilización” al Río Negro, ya había sido expuesta por Sebastián Undiano y Gastelú, un capitán residente en Mendoza. Su “Proyecto de traslación de fronteras a Río Negro” puede leerse en la *Colección* de De Angelis. Asegura Undiano que, “pacíficamente”, puede conquistarse así “diez y siete mil leguas cuadradas de tierra situadas en el mejor suelo del universo”.

Epiloga esta reseña de expedicionarios tan útiles para el conocimiento de los pampas, el viaje realizado por el alcalde chileno Luis de la Cruz, al través de ellas, desde el fuerte Ballenar en Concepción hasta Melincué –7 de abril de 1806 a julio 5 del mismo año–. Dejó Luis de la Cruz un diario de su viaje: *Descripción de la naturaleza de las tierras y Tratado para el conocimiento de los indios pegüenches* que con los libros de José Sánchez Labrador, Tomás Falkner, Augusto Guinnard y Lucio V. Mansilla, es el que más datos aporta sobre la índole y costumbres de los mapuches y de las pampas. Y en cuanto a la veracidad de su aporte geográfico, baste decir que De Angelis le da la razón a él en su polémica con la Comisión del Consulado que, para rebatirlo, se apoyaba en la autoridad de Falkner.

Luis de la Cruz (1768-1828), patriota chileno que padecerá destierro después del desastre de Rancagua, para más tarde militar como hombre de la confianza de San Martín, acompañarlo al Perú y ser gobernador de Santiago, Valparaíso, diputado, demostró ya sus altas condiciones en este viaje. “Tengo para mí, escribe Enrique Stieben, refiriéndose a su Diario, que este trabajo es una obra maestra, no exhumada aún, con la cual el famoso alcalde ilumina una extensísima región desconocida y misteriosa. Sabía él mucho más de lo que sabemos nosotros hoy. Sobre todo es de notar su elegante maestría diplomática, persuasivo, nobilísimo, gran caballero dotado de condiciones morales, de amplia visión del escenario y conciencia plena de la misión que cumplía. Sus indios, Puelmanc sobre todo, le fueron leales como hermanos. No tuvo nunca un encuentro desagradable y logró un éxito completo en su difícil cometido”. La expedición es poco numerosa. Puelmanc le sirve de baquiano y lo introduce en el dominio de los mapuches. Luis de la Cruz se presenta así como un precursor de Mansilla, hace él lo que el militar argentino realizará, en un viaje mucho más corto y menos arriesgado, cincuenta años después. Traba amistosa relación, pacta, da a conocer una faz diferente de los “huincas” y conoce a los ranqueles. Además, observa el territorio, toma apuntes geográficos e importantes sobre ríos, aguadas, pastos, bosques. Las pampas pierden su misterio para Luis de la Cruz, pero su *Diario* quedará sepultado en los archivos. En él aparecen los indios a caballo regresando de un malón con un arreo de 5 mil animales traídos desde Currumalán. El arreo se dirige hacia Neuquén para atravesar la cordillera. Puelmanc (Cóndor del Este), el diplomático de la expedición, se adelanta con el baquiano Justo Molina, lleva regalos al cacique Currupilun (Oreja verde), jefe de los ranculches (o ranqueles). De la Cruz es recibido por él como un aliado entre alabanzas y discursos.

He aquí algunos párrafos del discurso que Currupilun pronuncia, ya que la oratoria es el género literario –lo anota Luis de la Cruz– más cultivado por los indígenas de las pampas. (También nos habla de la Cruz de su medicina, su música, su poesía, sus ritos religiosos).

## Habla Carrupilun:

... Nuestra rusticidad sólo se vence con franqueza, pues como carecemos de cosas buenas, tenemos una vida de perro y sus propiedades: El perro ama a quien le da y le es también grato y fiel...

... Dicen que soy alzado porque el señor Virrey difunto que gobernó antes del actual, me mandó llamar, y yo le contesté a su mensaje que no quería ir: respuesta que me pareció propia al recado, porque él me mandaba llamar como Virrey, yo no quise ir como cabeza principal de estas tierras, independientes de su jurisdicción. No tengo por que ser soberbio, pues no poseo más bienes que mis vasallos, ni tengo otro caudal ni defensa que ellos; razón que me precisa a consultarlos para proceder con firmeza en cualquier asunto... Los indios somos desconfiados de los españoles porque muchas veces nos engañaron, y como un solo engaño es bastante para engendrar la desconfianza, no es mucho se conserve en nuestros ánimos el recelo...

Luis de la Cruz y el cacique establecen un convenio –aprobado por la Junta indígena– mediante el cual los ranculches garantizaban tránsito seguro entre Chile y Buenos Aires. Nunca se cumplió, por supuesto. Los hombres de guerra se encargaron, como siempre, de desbaratar con su violencia lo realizado por hombres como el Alcalde de Concepción, cordial, persuasivo, valiente sin alardes.

Al llegar a Melincué, en julio de 1896, los expedicionarios tienen noticias de que Montevideo y Buenos Aires han caído en poder de los ingleses. Curiosa es la reacción de los indios frente a tal hecho. Despachan emisarios, ofrecen sus servicios guerreros para rechazar a los “colorados”, como designan a los invasores debido a sus trajes. Los indios en pugna con los españoles a quienes consideran “huincas”, extranjeros, como lo dice el discurso de Carrupilun, están dispuestos a pelear contra los “huincas colorados” en defensa del territorio invadido.

En los Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires, Archivo General de la Nación, constan los ofrecimientos indígenas. El cacique Epumer ofrece 2.873 lanzas; los caciques Errepuéen y Turuñanquí, 7.000. Los Cabildantes abrazan a los caciques, agradecidos, pero se cuidan bien de utilizar sus miles de guerreros, quizás un peligro mayor, en caso de ser vencedores, que los mismos ingleses.

Una vez arrojados éstos de la capital, a fin de ese mismo año, Luis de la Cruz se vuelve a Chile. En su despedida, Puelmanc, su baquiano indígena, conmovido, le dice: “Habéis sabido tomarnos el corazón”.

\* \* \*

Desgraciadamente, la historia de la conquista de las pampas no consta en su haber muchos nombres semejantes a los de Luis de la Cruz o Félix de Azara. Todo es torpe violencia, incomprensión, apresuramiento irreflexivo, guerra y muerte.

Tampoco anota muchos nombres como los de Strobel, Cherino, Cardiel o Falkner, evangelizadores.

En su libro *Los Indios Pampas, Puelches y Patagones*, el cronista José Sánchez Labrador habla de las reducciones fundadas por diversas misiones, y de su fracaso para evangelizar a los nómades de las pampas. En 1600, los franciscanos fundaron una reducción en el “Pago de la Magdalena”. “Duró poco esta reducción —escribe Sánchez Labrador— por la natural inconstancia de los pampas”. Años después, los dominicos. Igual fracaso, “forzados por la altivez de sus feligreses pampas”. Ya los jesuitas llegados de Chile (Mascardi, Guglielmo) habían pagado con la vida sus intentos de evangelización. “Nunca correspondió el fruto a los trabajos de su ardiente celo”, afirma el cronista. Y narra el caso de un cacique: Se negaba éste a cristianarse. Él, como indio, arguye el cacique, no puede dejar de robar y matar, lo que para un indio no es nada malo. Pero él observa que los cristianos también matan y roban. El cacique, de inteligencia bien alerta, por cierto, concluye: “Prefiero ser un buen indio a ser un mal cristiano”. ¿Qué argumentos ponerle?...

Con persistencia ejemplar de propagandistas, en el año 1740, los jesuitas Matías Strobel y Manuel Cherino fundan una misión a la orilla derecha del río Salado, es decir, pasan la frontera natural, divisoria de los imperios “huinca” y pampa. Se titula “La Concepción”. Los fundadores afirman que no les costó hallar entre los indígenas “hombres laboriosos, tratables y dóciles, empeñados en instruirse”. En 1746, otros jesuitas, Cardiel y Falkner, fundan “Nuestra Señora del Pilar del

Volcán”, cerca del cabo Corrientes. Ninguna de estas reducciones tuvo larga vida. Si bien es cierto que encontraban indios mansos, estos mismos no tardaban en ser víctimas de las irrupciones devastadoras llegadas de “tierra adentro”.

Tanto José Cardiel como Tomás Falkner son dos hombres eminentes para el conocimiento de las pampas y la Patagonia. Cardiel que, con otro jesuíta, José Quiroga, hizo un viaje hasta la región magallánica, dejó un Diario, una carta geográfica del sur, otros escritos sobre los guaraníes en cuyas misiones y guerras actuó y un opúsculo sobre las *Dificultades que hay en la conversión de los indios*. El jesuíta inglés Tomás Falkner que vivió casi cuarenta años viajando del Paraguay a la Pilláronla, publicó, en 1774, desde Londres, una obra que se hizo famosa: *Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional*, a la que acompañaba un mapa bastante seguro para la época. Habla de las distintas tribus pobladoras, de geografía, de la fauna y producciones del vasto territorio comprendido entre el Atlántico y los Andes, el Río Cuarto y el Estrecho. La obra de Falkner atrajo hacia sí la atención de los gobernantes españoles. Por ser inglés, se acusó a Falkner y su libro como espía. En realidad, de su lectura se desprende el olvido y desamparo en que se hallaban las inmensas y ricas regiones del sur de América; pero Falkner escribe como viajero y hombre de ciencia, la pura verdad, sin intenciones políticas. La necesidad de ocupar el Río Negro a fin de posesionarse de esas regiones constituye el estribillo de su prédica.

España alármase por esto y envía a los pilotos Basilio Villarino, luego Francisco Viedma y Juan de la Piedra para remontar el Río Negro y conocer las regiones adyacentes. Villarino y de la Piedra mueren a manos de los indios, Viedma funda “Carmen de Patagones”, a orillas del Río Negro, y en 1784 presenta al Virrey un plan para la conquista de las pampas. Es el que intentará Rosas en 1835 y realizará Roca en 1880, salvo algunas modificaciones. La posesión de Río Negro, de la isla Choele-Choel, se presenta como imprescindible a los conquistadores. Sin ellas, las pampas serán siempre del indio. Esta es

la conclusión de cuantos estudiaran el problema. Y esto lo comprende también el indio que defiende el libre tránsito por lo que conceptúa su territorio, o sea, desde el río Salado hacia el sur y el oeste.

\* \* \*

Algo que constituyó una importante fuente para el conocimiento de las pampas y sus habitantes, fue la creencia de que en el sur existía una ciudad rutilante de oro, plata y piedras preciosas accesible tal vez a la codicia de los hombres del hierro. La fantasía resultó así un imán de expediciones. Ya lo venía siendo en toda América. A “El Dorado”, “El Reino del Rey Blanco” y su tierra de plata, el “Reino de las Amazonas” el “Paytiti” trasandino, la “Mbaébera-guazú”, “ciudad brillante” de los guaraníes, el Elelín, la Trapalanda, los Gigantes patagónicos, la Gran Quivira, y otras leyendas fabulosas, incentivo de expediciones, se agregó la “Ciudad de los Césares”, aurífera, habitada por seres inmortales, misteriosa, inaccesible casi. ¿Cómo no intentar su conquista? ¿Por qué a las riquezas de México y Perú no correspondería la región austral, más escondida y difícil, con mayores riquezas? Durante siglos irán a buscar los conquistadores esa “ciudad encantada” y por un escenario de más de un millón de kilómetros cuadrados, en una tierra fría, inhóspita, poblada por indios de combatividad terrible, bajo la amenaza de la sed y del hambre. En esa inmensa región, si se quería sólo sobrevivir, era preciso sembrar. ¿No sería preferible hacerse rico, poderoso, encontrando minas de oro y plata o cerros de diamantes? Trabajar o encontrar oro. Ante este dilema, pocos fueron los que se resignaron a trabajar. Y como no se encontraban Potosíes o Cuzcos en ese sur frígido, ventoso, nevado, en donde los indios nómades no habían fundado imperios, la fantasía creó una ciudad maravillosa y el valor se echó a buscarla. Eran tiempos de aventuras y en éstas dejábase la vida.

¿Cómo se creó esta fábula que durante los siglos XVI, XVII y aún XVIII atrajo esfuerzos inauditos y proezas belísonas?

En 1528 parte del fuerte Sancti-Spiritus fundado por Caboto, el capitán Francisco César. Toma rumbo al oeste. Divide su columna en

tres partes – dos de ellas se perdieron para siempre. El capitán al mando de siete hombres regresó al fuerte. Y regresó contando maravillas. De lo hallado por ellos, el cronista e imaginativo, raro en un cronista, Ruy de Guzmán, autor de *La Argentina*, contó más grandes maravillas. ¿Pero qué se hicieron los hombres perdidos de la expedición de César? Se transformaron en “césares”. ¿Qué se hicieron a su vez los incas escapados del Cuzco después de la prisión de Atahualpa? También se transformaron en “césares”. Y “césares” fue sinónimo de seres míticos. Otros “césares”, o sean hombres desaparecidos –¿adónde?– los proporcionaron las expediciones de Alcabaza que dejó naufragos en el Estrecho, la del Obispo de Plasencia y la intentona de colonización del Estrecho por Sarmiento de Gamboa. A los “césares” del capitán César, se unieron los “césares” incaicos y los “césares” de la expedición de Alcabaza.

Plasencia y Sarmiento de Gamboa. De todos ellos la imaginación del siglo XVI, creadora de monstruos y milagros, hizo los felices fundadores de la “Ciudad de los Césares”, la “Ciudad Encantada de la Patagonia”. Pero a ellos se agregaron aún los “césares chilenos”. Eran éstos los colonos de Osorno, ciudad próspera del sur de Chile asaltada por los aborígenes en 1599. Los colonos, huyendo de los araucanos, se dirigieron a la Argentina al través de los Andes, transformándose en “cesares”, los agregó a los pobladores de la “ciudad encantada”. Y ésta, ¿qué era al fin? Algo semejante al mito de Jauja simplemente: una ciudad dentro de cuyas murallas los hombres adquirían salud, riquezas, dicha, inmortalidad. Por cierto que la “ciudad encantada” era algo vago; pero había quienes daban detalles de ella: la constituían tres ciudades: Los Sauces, Muelle y Hoyo, en medio de la laguna Peyegué y cercada por el estero Llanquecú, profundo y correntoso. En ella todo era de oro y plata, ciudad munificente y rutilante. Peligraba la vida de quien se acercase, aunque esto no había impedido que muchos, osados, lo hicieran hasta oír, según aseguraban, el tañido de sus campanarios. Pero la ciudad, como encantada que era, aparecía y desaparecía...

Silvestre Antonio de Roxas, que anduvo en Madrid gestionando medios para ir a conquistarla, publicó, en 1716, un memorial dando

detalles fabulosos de la Ciudad de los Césares, y aún afirma: “Nadie debe creer exageración lo que se refiere, por ser la pura verdad, como que lo anduve y toqué con mis manos”. Puede leerse el curioso escrito en *Derroteros y viajes a la Ciudad Encantada o de los Césares* que se creía existiese en la Cordillera al sud de Valdivia, recopilados en la Colección editada por Pedro de Angelis.

Cronistas de los siglos XVI y XVII, como Diego de Torres o José Cardiel o José Guevara o Pedro Lozano o Diego Rosales, hablan de la ciudad sin dudar de su existencia. Lo hace así mismo Tomás Falkner que en 1760 publicó un *Derrotero de la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares* – aunqu en su libro después no lo incluye.

Los cronistas escriben prodigios de la ciudad, ¿pero qué hablarían de ellos las gentes? Su oro, plata y pedrería es tanta –dicen las gentes– que cuando el sol da sobre sus torres, las transforma en un ascua, ciega la vista.

También es curioso comprobar que hombres sesudos, plumíferos, que componían informaciones oficiales, creían en el mito maravilloso. Recogen, como veraz, las declaraciones de naufragos o viajeros perdidos. Así la de Tomé Hernández, marino de la expedición de Sarmiento de Gamboa, recogido por el pirata inglés Cavendish, así la de los artesanos Pedro Oviedo y Antonio Cobos, naufragos de la expedición de Plasencia que aseguraron haber visto la ciudad. En su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, el padre Pedro Lozano reproduce sus declaraciones como artículo de fe. Algo semejante puede leerse en la *Historia General del Reyno de Chile* del Padre Diego Rosales que ratifica a Oviedo y Cobos con la opinión de indios viejos, descifradores de quipos. “Se empezó a repetir lo que otros decían, y se acabó por hablar como testigos oculares”, apunta Pedro de Angelis en el prólogo a su recopilación.

Leyendo a Roxas o a Cardiel o a Agustín de Jáuregui, presidente de Chile, o al gobernador Valdivia o al capitán Villagrán o los capitanes Pinuer y Orejuela que afirman haber visto la misteriosa ciudad alguno o presentar el testimonio de quienes la han visto y con quienes

ellos han hablado, puede justificarse que haya habido hombres que, desafiando distancias y peligros, se echaron a la ventura en pos de esa ciudad. “Me sujeto a la pena que se me quiera imponer –escribe el capitán Ignacio Pinuer– en el caso de no ser cierta la existencia de estos españoles –los césaes– en el lugar que nomino”.

Hasta hombre tan espectable y calmado como el doctor Pérez de Uriondo, fiscal de Chile, en la *Información* –detallada y extensa– que publica en 1782, exhibe su creencia a pie juntillas en la ciudad encantada. Da testimonios, y afirma: “A presencia de semejantes atestaciones, parece que no debe ya dudarse de la existencia de aquellas poblaciones, bien sean de españoles, o bien sean de extranjeros”...

Las expediciones se lanzan en su búsqueda. ¿Cómo dejar así, tranquilamente abandonada, una ciudad que ofrece tesoros a la osadía y el coraje? Primero: Garay, luego Hernandarias y Jerónimo Luis de Cabrera... Pero la “Ciudad de los Césares” huye ante los osados y corajudos como una “brillazón” de las pampas. Todos hallan solamente sed, hambre, fatiga, desilusiones, enfermedades, muerte...

Luis Valdivia y Diego Rosales, misioneros de Chile, el primero una especie de Bartolomé de las Casas para los araucanos cuyos derechos fue a defender a la corte de Madrid, el segundo, autor de una Historia, creen en el mito. Buscan la ciudad. No la encuentran, pero no dejan de escribir sobre ella como una realidad. “Tal vez estos misioneros fingían creer en el mito para expedicionar y ensanchar así las posibilidades de la evangelización” –escribe Roberto J. Payró, apuntando una duda digna del siglo XX, no del XVI ó XVII.

En 1670, Nicolás Mascardi, jesuíta italiano residente en Chile, “un héroe de la fe y de la imaginación”, como lo llama Ernesto Morales, se lanza a buscar la ciudad encantada. Lo acompañan indios amigos, pegüenches por cuya libertad ha luchado con denuedo, y que lo aman. Hace tres viajes. En el último llega hasta el Atlántico donde halla las huellas de los piratas Drake y Narborough. No encuentra a la ciudad buscada, pero bautiza indios. Más de cuarenta mil, asegura Rosales, exageradamente. En 1675, el infatigable, se lanza otra vez por las ne-

vadas cordilleras. Y encuentra el martirio. Es lanceado por los salvajes patagónicos junto con sus compañeros de empresa. Todavía aparece otro nombre, el del Padre Francisco Menéndez, que desde 1783 a 1794 anduvo viajando por sierras y pampas, ríos y arenales en busca de la “Ciudad de los Césares”. De sus aventuras dejó Diarios. Anduvo por el lago Nahuel-Huapí donde los indígenas le informaron de una ciudad llamada “Chico Buenos Aires, a orillas de un lago más grande que el Nahuel-Huapí” —se referían al Atlántico—. Y “Chico Buenos Aires” era Carmen de Patagones, fundada en la desembocadura del Río Negro. La hostilidad de los indios impidió a Menéndez continuar su expedición; pero retornó a Chile en la seguridad de que una ciudad existía. ¿Era la buscada “Ciudad de los Césares”? Pero si otros la habían visto en los Andes, ¿cómo ahora aparecía en el Atlántico? ¿Era una ciudad viajera? Simplemente: los hombres del Atlántico la suponían en el oeste, y en el este los del Pacífico.

Todavía en el siglo XIX se halla un eco de la leyenda, imán de expediciones. En el libro de Jorge Ch. Musters —Vida entre los Patagones—, cuenta el autor que, mientras cazaban, los asombró escuchar un fuerte estampido. Los aborígenes le aseguraron que él venía de la “Ciudad de los Césares”, y aún le narraron la historia de un hombre perdido en los bosques de Chiloé, apresado por los “césares”, conducido vendado a su ciudad y vuelto a ser puesto en el lugar de su captura.

En *Historia Crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana* y *La ciudad encantada de los Césares*, libros de Enrique de Gandía, se estudia con amplitud este punto.

Este mito, como tantos otros, prestó su utilidad. Sin él, los hombres de aquellos siglos de audacia, fe y codicia, no se hubieran aventurado quizás, sea con la espada o con la cruz, por lugares desconocidos, a dejar en ellos su sangre o su esperanza, y a transformarlos en tierras accesibles.

\* \* \*

Pero el contacto de los “huincas” de Europa con los indios de las pampas, no fue provocado solamente por las expediciones de aquéllos

o sus intentos de evangelización. Comercio y guerra —donde hay comercio hay guerra— los hizo también relacionarse, chocar y conocerse.

Las vaquerías —futuras estancias— de los españoles, no ocupaban una zona mayor de diecinueve leguas de sur a norte y sesenta de este a oeste. El río Salado era el límite natural entre los dos dominios, el del Rey de España y el de los indios nómades. La propiedad de la tierra constituía la única riqueza posible. Los conquistadores desdeñaban toda industria o artesanía, y aún la agricultura, si en España oficios de judíos y moros, en América relegados a negros y mestizos. Para el conquistador las armas y la ganadería, ejercidos a caballo y enfrentando, diariamente, riesgos y combates. Los estancieros de aquellos años, sean anteriores o posteriores al inicial 1810 vivían aislados, fuertes y despreciativos, señores de una turba desarrapada, caída en el servilismo y la superstición, siempre dispuestos a la lucha, pues los límites con el indio audaz no estaban separados más que por leguas de soledad, a merced de la osadía. A veces, un corregidor citaba a Cabildo Abierto, se improvisaba una tropa y salía a castigar los desmanes —no pocas veces presuntos— del indio, ladrón de animales libres. Quedan documentos como el que estimulaba el llamado del corregidor Juan Arias de Saavedra, año 1672 para que

cojan las armas y se salga contra esos indios serranos y los demás que con ellos avitan para el castigo y sujeción suia, por la continua osadía que proceden en hacer semejantes robos y muertes perturbando la común quietud y sosiego de los vecinos y menoscabándoles sus caudales, maiormente sus ganados y caballada...

El ganado y la caballada, único tesoro de esas pampas sin sembrar, se disputaban a trabuco y sable contra lanza y boleadoras. Los poseedores y sus sirvientes y esclavos debían defender asimismo sus ganados y caballadas de bandoleros, contrabandistas, negros y gauchos alzados, o de piratas ingleses, holandeses, portugueses y franceses. Una vida de coraje y peligro. En 1636, el gobernador Dávila llega a establecer la pena de muerte contra los cuatrerros. No cabía en la cabeza de negros, mulatos, indios, mestizos, gauderios y aun españoles desposeídos

que apoderarse de caballos o vacas, tan numerosos como libérrimos, fuera delicto. Ellos debían comer y vestirse; pero el gobernador estableció: “pena la vida” de quien osare tomar animales “sin expresa licencia y voluntad de sus dueños”. El derecho de propiedad contra el instinto de sobrevivir. Esto por tierra. Por mar, los piratas. En 1582, narran las crónicas, un corsario inglés desembarcó en Martín García; en 1587, el célebre Cavendish difundió el pánico en Buenos Aires. Más tarde, en 1628, piratas holandeses; en 1658, franceses; en 1699, dinamarqueses. La ciudad que se levanta entre la pampa del indio y las aguas de los corsarios, vive en perpetua zozobra. Es un campamento. En su plaza Mayor, se presencian desfiles, se revista a los vecinos armados. La carrera de las armas, “noble” según el concepto feudal desdeñoso de otros menesteres “dignos sólo de villanos”, debe ser ejercida por todos, amos y criados, hidalgos y comerciantes, esclavos negros o mestizos de blanco e india. Los portugueses, en la orilla izquierda del Plata, han fundado la Colonia del Sacramento, nido de contrabandistas. Se expulsa contra ellos, se los vence: gobernadores Garro y Cevallos. La hazaña de este último es cantada por Baltasar Maciel, poeta criollo.

El medio es propicio para que se fomente el culto al coraje, en días futuros desbordado hasta la ferocidad. Todo esto explica también porque la villa atacada por el ejército europeo se defenderá con vigor y lo derrotará, para el asombro de los oficiales y jefes de ese ejército no habituado a estas reacciones del valor popular.

¿Qué era Buenos Aires militarmente, en los tiempos de la colonia? Un viajero inglés —Acárate du Buscay: *Relaciones de los Viajes al Río de la Plata y desde aquí por tierra al Perú, con observaciones sobre estos países*— que por el año 1657 la visitó, describe:

Contiene 400 casas y no tiene cerco ni muro, ni foso y nada que lo defienda sino un pequeño fuerte de tierra que domina el río, circundado por un foso, y monta diez cañones de fierro, siendo el de mayor calibre de a doce. Allí reside el gobernador y la guardia se compone de sólo 150 hombres, divididos en tres compañías, mandadas por tres capitanes... Estas compañías no siempre están completas, porque los soldados, inducidos por la baratura con que se vive en aquellos países, frecuen-

temente desertan, a pesar de los esfuerzos que se hacen para retenerlos en el servicio pagándoles altos sueldos que llegan a 4 reales diarios, que equivale a un chelín y seis peniques moneda inglesa y un pan de tres peniques, que es cuanto puede comer un hombre. Pero el gobernador conserva en una llanura inmediata, como 1.200 caballos mansos para su servicio ordinario y, en caso de necesidad, para hacer montar a los habitantes del pueblo, formando así un pequeño cuerpo de caballería...

Es decir, en último extremo, todo quedaba confiado al coraje y belicosidad de los vecinos.

Y a la teología. Esta ya les había dicho, por la pluma todo sabedora de un Fray Tomás Ortiz, por ejemplo, que los indios están en la categoría de las bestias, los leños y las piedras y, apoyándose en Aristóteles, que son “siervos y esclavos por naturaleza”. Otro “sabio”, Celio Calcagnino, también citando a “Don Aristote”, apunta que a los indios se los “puede cazar como fieras, si los que nacieron para obedecer, rehusan”. Más citas traídas por Juan de Solórzano, oidor de la Audiencia de Lima (1609), en su *Política Indiana*: Fray Juan de Zapata asegura: “en ellos –los indios– se verifican y cumplen a la letra todos aquellos epítetos de miserias y desventuras que el evangélico profeta Isaías da a aquella gente que dice habita más allá de los ríos de Etiopía”... Fray Gregorio García, subraya: “son –los indios– de más baja o despreciada condición que los negros y todas las demás naciones del mundo”.

Armados, pues, de la autoridad eclesiástica de estos doctores, como de recios escudos anticristianos, y de valor, de audacia, cuanto de incontenibles deseos de hacer fortuna lo antes posible, los huincas de Europa, pobladores de la “tierra de nadie” –según los propios pampas– o sea la comprendida entre los ríos de la Plata y Salado, largáronse a incursionar por “tierra adentro”, so pretexto de castigar desmanes y hurtos.

Se ha señalado el año 1740 como el inicial de una serie de combates entre los huincas criadores de ganado y los aborígenes cazadores de bestias salvajes. Ese año, los españoles, arbitrariamente al parecer, más posiblemente para apoderarse de sus tierras y animales, expulsaron al cacique Mayu-Piliya, amigo hasta entonces. Como amigo de huincas, el cacique era odiado por los pampas nómades y, al verlo a su merced,

lo mataron. El militar español Juan de San Martín –nada tiene que ver con su homónimo, el futuro Libertador– salió a castigar a los asesinos que se habían entregado al saqueo. No los encontró, pues los nómades ya para esa fecha dueños de caballos excelentes, no conocían distancias. El maestro de campo San Martín, torpe, vengó su fracaso en la tribu del cacique amigo Caleliyán. Mató sin perdonar mujeres ni niños. Un hijo de Caleliyán, vengativo, maloquéo por los pueblos de la frontera: quemó, asesinó y robó a mansalva. El maestro San Martín volvió a salir en persecución de los maloneros, tal vez por falta de buenos caballos o de baqueano conocedor de los secretos de la pampa, volvió a fracasar y a vengar su fracaso en otra tribu de indios amigos. El cronista Tomás Falkner narra las brutalidades de este Juan de San Martín que, por desgracia, tendrá sucesores hasta el final de la epopeya. Sale a vengar sus hermanos de raza, Cangapol, el “cacique bravo”. Vivía éste con su tribu alrededor del Salado, en amistad con los españoles, cazando animales chúcaros y sirviendo a aquéllos para contener a los nómades a quienes atraían las estancias de los blancos, ya que el ganado salvaje comenzaba a escasear tierra adentro. Cangapol, rebelado, maloquéo por la tierra de los huincas llegando hasta diez leguas de Buenos Aires que, atemorizado, hubo de aprestarse a una desesperada defensa. La intervención de frailes misioneros y los buenos oficios pacificadores del gobernador Domingo Ortíz de Rosas, contuvieron a los indios. Se hizo la paz de potencia a potencia y el gobernador, obsequiándola, recibió una delegación del temido cacique en el Fuerte. En 1776 una nueva infidencia de los huincas, que asesinaron dentro de la ciudad a unos indios portadores de mercancías, provocó nuevos malones. El gobernador Cevallos mandó una fuerza contra los “bandidos”, como se les llama, con orden de “degollar hasta a los rendidos”. Los persecutores no pudieron encontrar a los indios nómades a pesar de que Flamenco, cacique amigo, les servía de baqueano. Al volver, este cacique encontró que su tribu había sido desterrada a la Banda Oriental. Flamenco y sus guerreros, desesperados ante esta traición, huyeron a las pampas, y tornaron al frente de nuevos y terribles malones. Las vaquerías fueron desoladas,

sus hombres, muertos, sus mujeres y niños llevados en cautiverio y sus animales arreados hacia el oeste, en las pampas misteriosas, refugio de los vengativos nómades. Volvieron a hacerse las paces. Pero un nuevo asesinato de indios, año 1783, tornó a provocar la erupción de malones. En uno de ellos pereció Clemente López de Osornio –abuelo materno de Rosas– arquetipo del estanciero señor feudal. La caballería aborígen volvió a malonear hasta las cercanías de Buenos Aires. Salieron tropas a perseguirla y, como siempre, se fatigaron inútilmente: les faltaban caballos buenos y baqueanos, el secreto de los triunfos del indio. En 1790 se firma una nueva paz entre el Virrey Loreto, “en representación de España en cuyos dominios no se ponía el sol, y unos cuantos caciques bárbaros, nómades”, según comenta irónicamente un historiador de estos nada peregrinos hechos. Otra paz aparente. Robos, asaltos y depredaciones en pequeño, más que como guerreros, como cuatreros, no dejarían de cometer los indios, a sabiendas o no de sus caciques. Empero, esta paz aparente duraría treinta años. Será rota por la prepotencia del estanciero y gobernador Martín Rodríguez, sucesor argentino en ceguera y brutalidad del maestre de campo español Juan de San Martín. Desde 1820 hasta el final de la epopeya –1885– ya entonces no habrá paz entre huincas y pampas. Durante estas luchas se construyeron fortines –después transformados en pueblos– a fin de contener los malones. Sobre una frontera de más de 150 leguas de extensión, se levantaron esas defensas, frágiles, atendidas por escasos blandengues, más dispuestos a huir que a pelear, patrullas exploradoras cuya vida, dice Azara, que, por lo ruda y expuesta a peligros –indígenas, gauchos malos, fieras, enfermedades– era “inhumana”. En la Memoria del Virrey Vértiz –1784– se habla ya de este precario sistema defensivo y del otro, del ofensivo, del que preconizaba organizar expediciones e ir a pelear a los indios en sus reductos pampeanos. El desconocimiento de las pampas, la falta de guías (baqueanos), la inercia, el poco estímulo para apropiarse definitivamente de una tierra áspera, sin minas; hizo que la mayoría de los militares españoles se pronunciara, contra sus hábitos de audacia y coraje, en favor del sistema defensivo:

“...El modo de resguardar la frontera –escribe Vértiz– es poniendo un cuerpo, o dos si fuese posible, de observación, acampados en Luján, Salto u otros parajes más adecuados para ocurrir prontamente donde sea necesario”. Se optó por este sistema, se dieron bandos para obligar a los hombres, bajo pena de la vida, a que acudieran a los fuertes cuando el cañón de éstos los llamaba. Pero no pocos vagabundos, gauderios, mestizos o esclavos huidos preferían aliarse a los indios cuatreros y a su libre existencia antes que a la miserable y peligrosa vida de los fortines. ¿Qué podrían ser éstos en el siglo XVIII cuando Hernández los pinta un siglo más tarde con trazos tan patéticos? Buenos Aires, la capital, era una aldea de poco más de 10 mil habitantes y sus campos con poco más de 6 mil allá por los años de los primeros malones. Los indios, pues, no hallarían mucha diferencia entre sus pampas, las de más allá del Salado, en “tierra adentro”, y las pampas del huinca. Igual llanura verde y solitaria, ¡hermoso campo para sus cargas de caballería!

Y lo que pasaba al sur y oeste de Buenos Aires, pasaba al sur de Santa Fe, de Córdoba, de San Luis y de Mendoza. Los indios maloqueaban en sus llanuras, presentaban combate a sus tropas y huían dueños de ganados y de cautivas a sus refugios de salinas y montes de caldenes hasta los Andes. Períodos de paz y de guerra, continua alarma que impedía la posesión de tierras admirables por lo fecundas y lo aptas para la ganadería.

Desde el fuerte Chascomús, en el sur de Buenos Aires, hasta el San Rafael, en el sur de Mendoza, se fueron escalonando, cinturón de fortines, poblaciones futuras, primero habitados por los blandengues y sus familias, después por colonos: Ranchos, Lujan, Salto, Melincué, Tunas, Sauce, San Carlos, Santa Catalina, San José del Bebedero... Y otros más: al principio, un rancho y un corral para la caballada rodeados de una empalizada y de un foso, vigilado por la torre del “mangrullo”, defendidos por un cañón y el heroísmo, el valor, la capacidad de sacrificio de seis u ocho hombres. Es decir, una insignificancia en medio de la inmensidad, centro de un círculo que tenía por límite el horizonte y lo ancho del cielo. A muchas leguas de un fortín, otro, a la espera del malón, un huracán de alaridos y cascos de bestias, crines

y lanzas en lo alto, hedor y ferocidad que se escurría entre los fortines, empujado por la necesidad de procurarse caballos y vacas o por el lujo de lograrse mujeres de piel blanca y fina... Y alcohol, tabaco, prendas vistosas, cuchillos, o armas de fuego para sus aliados, gauchos rebeldes o desertores vueltos a la vida bárbara, sólo obedientes al instinto de libertad jamás desaparecido en el hombre.

¿Qué provocó a mediados del siglo XVIII, las guerras y malones? No sólo el hecho fortuito de una injusticia del conquistador sino una necesidad imperiosa del indio: la de procurarse alimento. Los hizo posible la posesión del caballo. El indio se hizo jinete tal vez a principios del siglo XVIII, poco antes que las grandes tropillas de ganado vacuno y caballar cimarrones comenzaran a escasear por el abuso que pampas y españoles cometieran en su caza.

Ya el indio lo necesitaba, imperiosamente. Su vida estaba hecha sobre su necesidad de carne y cuero. El caballo le era también imprescindible. ¿Cómo ir desde el Salado hasta Chile en días sino era a caballo? Los huincas, más previsores que el indio, habían criado vacas y caballos en sus estancias. Preciso era apropiárselos. Del otro lado de la cordillera, a cambio de esos animales, se le daba alcohol, tabaco, azúcar, armas, prendas de vestir. El indio se ve empujado a robar para vender. La pampa que, por su prodigalidad en vacunos y caballares, fuera llamada “la octava maravilla del mundo”, ya no se los brinda. El indio debe sobrevivir a esta catástrofe. ¿Peleando? ¿Cómo dudar frente al dilema? Se arroja hacia el este, hacia “abajo”, como él dice, donde el huinca previsor engorda vacas y esconde caballos que el aborigen transformará en pingos admirables.

Los españoles de la conquista, desdeñosos de la agricultura, se vieron ante las pampas sin oro ni plata, como frente a una maldición, pero se encontraron, de súbito, en el siglo XVII, con la sorpresa de que la inútil tierra, les proporcionaba un tesoro de cueros, cerdas y cebo, sin contar la carne. Los caballos y yeguas, abandonados por Mendoza en 1541, las vacas y ovejas traídas por Garay en 1580, los animales fugados de Córdoba o Mendoza habían multiplicado prodigiosamente.

Los cronistas se llenan de signos de admiración hablando de su número: Samuel Purchase, en 1610, desde Inglaterra, habla del espectáculo de esas tropillas por él contempladas años antes. Cuando aparecían piratas en el río a fin de evitar su desembarco —cuenta el viajero Acárete du Biscay— se arreaba enjambres de vacas y caballos chúcaros a la orilla, pues dada la cantidad fabulosa imposibilitaba el paso.

El jesuita irlandés Falkner: “...en un viaje que hice al interior, el año 1744, hallándome en estas llanuras durante unas tres semanas, era un número tan excesivo —de potros— que durante quince días me rodearon por completo. Algunas veces pasaron por donde yo estaba en grandes tropillas a todo escape durante dos horas sin cortarse; y en todo este tiempo, a duras penas, pudimos yo y los cuatro indios que entonces me acompañaban, librarnos de que nos atrepellaran e hicieran mil pedazos...”. “A la gran abundancia de caballos y ganado vacuno se atribuye el que los españoles e indios no cultivan sus tierras con ese cuidado y diligencia que se requiere y que la ociosidad haya cundido tanto entre todos ellos”... Robertson, más adelante, escribe sobre esas llanuras “que recorren vacadas de treinta y cuarenta mil cabezas, y el infeliz pasajero a quien acace dar en medio de ellas, se detiene a veces muchos días para poder desembarazarse de esta innumerable muchedumbre que llena la superficie de la tierra”...

Y leer a Ruy Díaz de Guzmán o a Azara...

Los documentos no escasean. En los libros de la Aduana de Buenos Aires se prueba que, desde 1779 a 1795, han salido cerca de 13 millones de cueros, sin contar los inutilizados. De las bestias sólo se guarda el cuero, se puede decir, la carne se abandona, y tal es la matanza, sin orden ni previsión que, ya en el siglo XVIII, Ángel Izquierdo, administrador de la Aduana, advierte el peligro de destruir un tesoro “que podría dar más riqueza —escribe— que han dado todas las minas del Perú”...

Hernandarias prohíbe el uso de los “desjarretadores” —cuchillos en forma de media luna— con el cual se facilita la caza de animales a la carreta. El cronista Cattáneo narra cómo unos pocos peones, en horas, mediante “desjarretadores”, tumbaron cientos de vacas.

Los huincas matando y los indios arreando hacia Chile, los animales cimarrones son exterminados. A promedios del siglo XVIII escasean. Los feraces campos de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza ya no tienen sino animales de estancia, aunque todavía en número de cientos de miles. Los indios no comprenden, no pueden comprender, porqué esos animales son del huinca, propiedad del extranjero, y no del mapuche, el hombre de la tierra. Antes eran de todos, deben seguir siéndolo. Y al derecho del huinca propietario, el nómada opone su derecho natural. Fuerza contra fuerza es el único modo de dirimir tales derechos.

Tampoco fue todo guerra con indios feroces. Hubo indios mansos, amigos, que se avenían a tener tratos con el huinca, comerciante inescrupuloso por cierto. Alejandro Gillespie, militar inglés prisionero cuando las invasiones de 1806 y 1807, dejó un libro en el cual se halla esta descripción de indios comerciantes: “... Antes de entrar en cualquier pueblo se avisa al comandante militar, y después aparecen en procesión –uno detrás de otro, en ‘fila india’– con el cacique a la cabeza, que se distingue por una especie de turbante. Todos van bien montados y con sus mejores atavíos. Siempre colocan sus mercaderías al lado de la calle e inmediatamente después de su arribo; lo mismo aquí que en Buenos Aires se nombraban soldados para acompañar a los diferentes vendedores donde quiera que iban, no para protegerlos, sino para espiar su conducta. (En verdad, estos indios mansos son también rateros). Los artículos que traen son principalmente yerba del Paraguay, o mate, ponchos de estambre fuerte, teñidos de negro y rojo, concluidos como para desafiar la lluvia, de los que compró uno por seis duros; lana, sal, bolsas para bolear caballos, bueyes y avestruces, riendas, cueros de tigre, zorrino y zorro y otras baratijas menores”...

Gillespie se expresa –como lo haría Darwin más adelante– con desprecio y asco de estos indios mercaderes. En realidad, su sometimiento al conquistador, el avenirse a transar con él en tanto sus congéneres nómades todo lo esperan de la lucha, nos está diciendo que no reside en ellos la expresión más alta del espíritu aborígen. Pedro de

Oña en su *Arauco Domado*, hace hablar a Galvarino, cacique rebelde, sobre los indios sometidos:

Por no sufrir el peso de la lanza —un peso para el hombre tan pequeño— sufrís cargar la leña y aún el leño... ¡Queréis la libertad, indignos de ella!— por ser contra nosotros en batalla...

Los indios mansos, generalmente burlados por los pulperos, volvían a sus toldos más pobres que antes. A cambio de sus ponchos o mantas habían recibido mal alcohol y terminado la transacción comercial en una borrachera. Gillespie narra:

El alcohol lo beben puro y pronto produce sus efectos. Quienes pueden, continúan contando cuentos, o cantan baladas conmemorativas de las hazañas de sus antepasados, hasta sumergirse todos en el sueño, o rodar en una confusión promiscua de sexos. El último esfuerzo viviente que muestran antes de caer en completa estupidez, es como el de varios hombres luchando contra la sofocación, con las caras en el suelo...

En rigor, buena parte de culpa en este ignominioso espectáculo, la tenía el hombre de raza más adelantada que, valiéndose de su superioridad mental, engañaba y se aprovechaba del inferior para abismarlo en el vicio. El pulpero, individuo contra el cual truenan algunos evangelizadores y cronistas —Sánchez Labrador, por ejemplo— fue una entidad nefasta, antes y mucho después de 1810, en las relaciones del indio y del blanco; lo fue también en las del gaucho y el hombre de la ciudad.

España, en resumen, salvo casos particulares, y como excepción, jamás miró a la pampa, esa enorme tierra de soledad, cultivable, pero sin minas, atravesada por indios peleadores, sino como una tierra inútil. Y a su indio como a una fiera más —un yagareté, un puma— o como a una bestia explotable —un ñandú, un zorro—. No estaban los conquistadores, forzados alguna vez — ¡castigo terrible!— a tener que sembrar para no morir de hambre; dispuestos a arar aquellos matorrales ni a plantar en ellos. Tampoco venían dispuestos a hacer del indio bárbaro

un hombre asimilado a su civilización. Que era asimilable, pruébanlo las reducciones de “Vulcán” y “Concepción” o la amistad de Luis de la Cruz con ellos. El conquistador, desde el primer instante, trató al indio de la pampa como a un animal que podía domesticarse, a manera de una llama o de un aborigen de regiones más dulces, menos duras. Y se equivocó desde el primer instante. El indio pampeano le opuso tenaz y digna resistencia. Tronaron los arcabuces y silbaron las bolas de piedra que tumbaban jinetes. Después, aparecida la riqueza del cuero, la crin y la carne, el conquistador, siempre ansioso de enriquecerse presto – ¡si para ello había venido a América, rediez!– disputó las vacas y caballos cimarrones al mapuche nómade.

Pero ya éste se había transformado en un jinete admirable, en un guerrero temible, incansable y sobrio, caballero de una pieza con su pingo y hecho a él como nunca se vio otro hombre tan hermanado con la noble bestia.

La lucha entre el huinca de Europa y el indio pampa fue casi de igual a igual. Y si aquél era el amo del fuego y de armas muy superiores, el otro poseía la distancia como suya, y el conocimiento cabal de la tierra que los cascos de sus potros trotaban desde el río Salado hasta los Andes y desde el río Cuarto al Colorado: cientos y cientos de leguas cuadradas, frente a las cuales el probado valor y la genial audacia del huinca de Europa, no habituado a tanta soledad, se detenían, escrutando el misterioso horizonte, indecisos...

Aún al huinca de América, su descendiente blanco, por mucho tiempo le seguiría ocurriendo lo mismo.

Y entre tanto, el indio a caballo, seguiría dueño de las pampas, saliendo de ellas como de una cueva misteriosa, para penetrar en las tierras del hombre civilizado, fundador de pueblos y criador de animales, a incendiar, robar, matar, cautivar y volverse de nuevo hacia “arriba” –así llamaba al oeste–, a hundirse en el horizonte inaccesible de sus pampas, como quien se mete en su casa y cierra la puerta.

El indio de las pampas fue el indio que más resistió a la conquista. Y la causa no reside sólo en su alma indómita, en su coraje, en su energía, en su connaturalización con la libertad de las llanuras. La causa es material, y ésta: el indio de las pampas era un indio a caballo.

El indio araucano de Chile, su ascendiente, también resistió a la conquista con tal bravura que fue motivo de dos poemas épicos. Pero a él lo escudaba la topografía del suelo montañoso. El indio de las pampas sólo podía protegerse en la distancia y a ésta dominaba sólo a caballo.

En las pampas no hubo mitas ni encomiendas, torturas del indio. Y esto se debe al caballo. El caballo hizo posible que el indígena del frío sur, menos inteligente y peor armado que el huinca invasor, pudiera oponérsele, luchar con él, y hasta vengar a sus compañeros de raza oprimidos en el norte templado.

Escribe el cronista González de Nájera, *Guerra del Reyno de Chile*, año 1601: “Indio que tenga caballo se pone sumamente soberbio... pues estiman un caballo sobre toda otra riqueza”.

Y el comandante Eduardo Ramayón, que hizo la guerra contra el pampa: “El caballo del indio estaba preparado exclusivamente para la guerra. Resultaba el elemento poderoso que lo colocaba en posición de invadirnos. Su valor, su audacia y ferocidad, lo constituía la calidad del animal que montaba... Indio a pie se amansaba, se reducía a ser colono”...

Y el general Racedo, que también combatió contra el pampa, opina: “Hay que atacar al indio en el caballo”...

Mansilla, que combatió al indio o convivió con él: “El indio vive sobre el caballo, como el pescador en su balsa; su elemento es la pampa, como el elemento de aquél es el mar”.

“¡Feliz el día en que desembarcó el primer caballo en América!” —pudo decir el indio de las pampas, aunque esta exclamación pertenece a su enemigo Sarmiento.

En realidad, mentira parece que el aborigen haya podido vivir tanto tiempo en las pampas sin caballo. Y cruzarlas. Y en caminatas inverosímiles, llegar desde los Andes a la ribera del océano y desde el sur de Córdoba o Mendoza o San Luis hasta la Patagonia.

Las pampas parecían hechas para el galope del caballo. “Nunca viérase en parte alguna –escribe el inglés Cunnimghane Graham– campo tal para galopar a rienda suelta y sin medida; era aquella una pista homérica, sin duda la más amplia que haya salido de manos del Creador y, tal vez, aunque él lo quisiera, no podría hacer otra mejor a ella”.

“Los jinetes se cruzaban –describe– y se hundían en la llanura como barcos en el mar; pero desaparecía el caballo, luego el hombre, el poncho, y por último, el sombrero: parecía que las ondas de paja se los tragasen”.

Hoy no se concebiría una pampa sin caballo.

“¡Es tan agradable el varonil ejercicio de correr por la pampa –himna un galopador– que yo no he cruzado nunca sus vastas llanuras, sin sentir palpar mi corazón de gozo!”

Si para el gaucho del litoral el caballo es imprescindible, ¿qué no sería para el indio cuyo radio de acción era diez veces el del gaucho? En la pelea de Fierro contra un indio, señala Hernández, justo siempre:

*Y como el tiempo pasaba  
y aquel asunto me urgía,  
viendo que no se movía  
me fui medio de soslayo  
como a agarrarle el caballo  
a ver si se me venía.  
Así fué, no aguardó más  
y me atropelló el salvaje,  
es preciso que se ataje  
quien con el indio pelee,  
el miedo de verse a pie  
aumentaba su coraje.*

En su “endecha del gaucho”, Juan María Gutiérrez le hace gemir a uno que se ve despojado por el indio:

*Mi caballo era mi vida,  
mi bien, mi único tesoro,  
indio, volvéme mi moro...  
Yo te daré mi querida...*

Más que la mujer amada, el gaucho prefiere su pingo. Lo dice una copla:

*Mi mujer y mi caballo  
se han ido a Salta.  
Mi mujer puede quedarse,  
¡mi caballo me hace falta!*

Al brincar y afirmarse sobre el caballo, el indio da, racialmente, un salto de siglos. Es otro hombre. Todo cambia en él. Se siente más seguro, más valeroso. Las pampas se achican. Multiplica su agilidad y su fiereza. Los araucanos de Ercilla y de Oña, llevan escudo, mazas, flechas. Los que van a enfrentar a los huincas llegados al Plata, tiran el escudo por inútil, la maza porque les quita agilidad y alargan la flecha. La convierten en lanza, cuyo extremo adornado con plumas de avestruz, multicolores, “perfumadas” con orín de zorrino, espanta a los caballos del huinca. Además, las boleadoras, arma terrible, ya sea de tres bolas, esa que para el galope de los caballos y la carrera del ñandú, del guanaco o del toro, los “laques”, o la bola arrojadiza, su arma de precisión, la que golpea en la frente al guerrero acorazado, y lo tumba. La lanza y boleadoras, sin escudo; el indio pampa no va al combate, pues, para defenderse, sino para agredir. De invadido se torna invasor. Esta actitud se la dio el caballo. ¡Ironía! Y el caballo el indio lo obtenía precisamente del hombre blanco que venía a invadir sus tierras. Al llegar Garay con propósitos de refundar el destruido villorio de Mendoza, año 1580, a cuatro décadas de la desaparición de éste, ya encontró en las pampas tropillas de caballos salvajes, aunque el indio aún no había aprendido a servirse de él. ¿Cuándo el indio se hizo jinete? Juan Antonio Hernández, año 1770, cronista de la expedición de Manuel Pinazo contra los indios tehuelches de la Patagonia, nos habla ya de indios a caballo. Pero antes, en los malones que el indio da como represalia a los desmanes del huinca, año 1740, seguramente los realiza con tanta osadía por ser dueño del caballo, aunque no consta en los documentos. El indio dueño de boleadoras, recibió el caballo del

invasor, e hizo de él su alimento para, en seguida, imitando al blanco, después de cazado, montar sobre él y convertirlo en la herramienta de su libertad magnífica. Gauchos –o gauderios o camiluchos como antes se los llamaba– o esclavos negros, no faltaban que, díscolos, rebeldes, se resbalaban a las tolderías. Tampoco faltaban indios mansos, trabajadores que, aleccionados por una injusticia del cristiano prepotente, se volvían a su existencia nómada. De unos y otros había aprendido el salvaje a domar baguales y a montarlos, para convertirse, al correr de los años, en el jinete perfecto. Manuel Bilbao imagina así cómo el indio entró en posesión del caballo:

Al retirarse los españoles dejaron abandonados cuarenta y cuatro equinos, según Rivudeneira, y doce, según Ruy Díaz de Guzmán, que se esparcieron por la llanura sin fin en que quedaron. Los indios no podían agarrarlos de a pie, contemplándoles y estudiando la manera de poder hacerlo, hasta que una yegua parió un potrillo del que se apoderaron. La madre huyó, pero cediendo a sus instintos y a los relinchos del hijo, se acercó a darle de mamar, cayendo en manos de aquéllos. A su vez, el padrillo de la manada, al ver presa a una de sus yeguas, rondaba con su tropilla, hasta que, poco a poco, los indios con la yegua y el potrillo lo agarraron.

Aquí comienza la evolución de la vida del indio al hacerse de un medio de locomoción de primer orden y el desierto con sus buenos pastos para el sustento de aquéllos.

El caballo dio al indio su carne, su cuero y todo lo aprovechable, proporcionándole comodidades y elementos de mejor vivir. Cuando pudo disponer de animales que le permitían carnear se hizo ojotas para proteger sus pies, y más adelante, desollando una pata, calzándosela y al ver que le quedaba bien la usó sin preocuparse de darle forma: De ahí nació la bota de potro.

Cómo era este potro –llamado bagual o cimarrón– que el indio a fuerza de años y paciencia llegó a transformar en un caballo de guerra admirable, lo dicen muchos cronistas, Félix de Azara entre ellos. Edmundo Wernicke, hombre de campo con gran experiencia, lo describe: “Los primeros comentaristas de la población de América describen el caballo criollo tal como nosotros lo conocimos y como aún se le encuentra en ciertas regiones del interior: de alzada mediana, cabeza algo cargada, orejas más bien largas, lomo corto, anca algo estrecha,

remos secos, color piloso variado. Casi todos los autores mencionan el detalle de las orejas largas que a nosotros nos recuerda, junto con el lomo corto, la silueta del caballo berberisco. Todos están contestes sobre su sobriedad y resistencia. Esta cualidad la admitió en la obligada selección natural o —empleando el término darwiniano tan preciso para la biología del caballo criollo— en su lucha por la vida en las riñas entre sementales en celo, donde se elimina al más débil” ...

Eduardo Lasson, sabio francés que llegó al país como profesor para la Escuela de Agronomía, estudió concienzudamente el caballo criollo, o sea el del indio. En su *Testamento*, (publicado en El Nacional, año 1889), dice que este caballo salvaje, proviene de una rara y singular selección, siendo lograda en decenas de años su fuerza y resistencia. El caballo árabe, el persa y el tártaro —escribe— tienen seis vértebras lumbares; el caballo argentino —el de las pampas— tiene sólo cinco. Sin remontarse a un posible caballo americano —el hiparión o *pliophilus*— desaparecido después del plioceno, víctima de las fieras carnívoras, Losson halla el ascendiente del caballo pampa en el berberisco, también con cinco vértebras lumbares, particularidad que comparte con la mula, resistente y sobria, como el pingo pampeano y los potros múnidas, sus ascendientes, asombro de la antigüedad clásica.

Y la selección que comenzó la naturaleza, madre sin mimos, la continuó el indígena: caballo que no le anda sin fatigarse treinta leguas —150 kilómetros— de sol a sol, lo mata y se lo come. “He visto a menudo a estos animales —dice Augusto Guinnard—, que en nada ceden a los más hermosos caballos andaluces, galopar durante un día, y toda una noche sin tomar otra cosa que agua”. El gaucho, juez digno de oírse en tal materia, asombrado por la potencia del caballo indio, llegó a asegurar que éste lo embrujaba, y así conseguía de él tan extraordinario rendimiento.

Es preciso oír el testimonio de hombres que conocieron y valoraron el caballo del indio. Estanislao Zeballos, por ejemplo, hizo un viaje al país de los araucanos en 1879, antes de la conquista total de las pampas y la Patagonia. He aquí cómo habla de los caballos indios:

Tengo en mi caravana dos baguales mansos. Dos bayos del coronel Levalle, tomados a los indios, y que me cedió como sus mejores caballos. No hay más resistentes ni más diestros en parte alguna de la tierra. Los bayos de Levalle, traían a mi memoria las esplendorosas leyendas de los caballos del árabe. Corren, como el guanaco que huye, entre los peñascos de los cerros, o en los médanos blandos, a través del guadal pegajoso, en medio de las espinas y hasta sobre el flanco mismo de las sierras, y jamás cede en su brío a la fatiga, ni rueda su cuerpo apretando al jinete, ni dispara del lado de su amo cuando éste se apea y lo deja rienda arriba. El bagual domesticado es un cordero al lado de su dueño, un león que asalta la presa, cuando siente el peso de su noble carga y la espuela que lo lanza a la carrera, un esqueleto flexible y de goma cuando se encoge, encabrita, estira, tambalea, agacha y levanta al cruzar el guadal, y es, como la mula, sabio y previsor en el escalamiento de la montaña.

### Un gran experto nos dice:

La importancia de un indio se mide por el número y calidad de sus caballos. Así, cuando quieren dar la medida de lo que un indio vale, de lo que representa y significa, no empiezan por decir: tiene tantos o cuantos rodeos de vacas, tantas o cuantas manadas de yeguas, tantas o cuantas manadas de ovejas y cabras, sino, tiene tantas tropillas de oscuros, de bayos, de tordillos, de gateados, de alazanes, de cebrunos y resumiendo, puede cabalgar tantos o cuantos indios; lo que quiere decir que en caso de malón, podría poner en armas muchos, y que si el malón es coronado por la victoria, tendrá participación en el botín con arreglo al número de caballos que haya suministrado ... Tener muchos y buenos caballos para un indio es, como para un cristiano, tener muchas y buenas fincas. (Una excursión a los indios ranqueles, por Lucio V. Mancilla).

Otro experto en indios y en caballos, como que hizo vida de estancia y de fortín en las fronteras, es José Hernández. El protagonista de su poema Martín Fierro, narra a sus contertulios de pulpería las excelencias del caballo indio:

*A la astigida cautiva  
mi caballo le ofrecí,  
era un pingo que adquirí,  
y donde quiera que estaba  
en cuanto yo le silbaba  
venía a refregarse en mí.*

*Yo me le senté al del pampa;  
era un oscuro tapao,  
cuando me hallo bien montao  
de mis casillas me salgo,  
y era un pingo como galgo  
que sabía correr boliao.*

*Pa correr en el camino  
no hallaba ningún tropiezo,  
los ejercitan en eso,  
y los ponen como luz,  
de adentrarle a un avestruz  
y boliar bajo el pescuezo.  
Lo batea en la madrugada,  
jamás falta a ese deber,  
luego lo enseña a correr  
entre fangos y guadales,  
¡ansina esos animales  
es cuanto se puede ver!*

*En el caballo de un pampa  
no hay peligro de rodar,  
¡jué pucha!, y pa disparar  
es pingo que no se cansa,  
con proligidá lo amansa  
sin dejarlo corcobiar.*

*Pa quitarle las cosquillas  
con cuidao lo manosean  
horas enteras emplean  
y por fin, sólo lo dejan  
cuando agachan las orejas  
y el potro ya no coccea*

*Jamás le sacude un golpe  
porque lo trata al bagual  
con paciencia sin igual,  
al domarlo no le pega,  
hasta que al fin se le entrega  
ya dócil el animal.*

Y lo que Fierro aprende en las tolдерías, eso de que el animal yeguarizo:

*es animal consentido,  
lo cautiva la paciencia...*

Lo sabe el indígena desde tiempo atrás, buen observador, y cauto, como corresponde al salvaje. A él consagra toda su paciencia y su tiempo, que son muchos, y el educado esta vez, como siempre, responde al buen maestro.

*El indio que tiene un pingo  
que se llega a distinguir,  
lo cuida hasta pa dormir;  
de ese cuidao es esclavo,  
se lo alquila a otro indio bravo  
cuando vienen a invadir.*

*Por vigilarlo no come  
y ni aún el sueño concilia,  
sólo en eso no hay desidia,  
de noche les aseguro,  
para tenerlo seguro  
le hace cerco la familia.*

*Por eso habrán visto ustedes  
si en el caso se han hallao,  
y si no lo han oservao  
ténganlo dende hoy presente,  
que todo pampa valiente  
anda siempre bien montado.*

Cuanto el indio conseguía del caballo era producto de su experiencia y de su tesón. Amansar un potro constituía pura el indio una faena larga y paciente. Jamás lo golpeaba y antes de montarlo, el animal, a fuerza de caricias y manoseos, se había habituado a la presencia de su amo. En otras ocasiones, llevaban el potro a un pantano, deján-

dole semihundido e inmóvil; en esta situación, a fuerza de caricias y hablándole, lo amansaban. La educación del potro era, puede decirse, el único trabajo del indio. Todas las mañanas lo vareaba en el largo de una legua, por caminos abruptos, luego lo hacía andar maneado a fin de que pudiese correr aún cuando le boleasen las patas, por fin, con un peso en el lomo, lo echaba a correr por los guadales y entre viscacheras y tucuruces, peligros del jinete pampeano.

Nosotros –dice un salvaje– no maltratamos al animal; lo atamos a un palo; tratamos de que pierda el miedo; no le damos de comer si no deja que se le acerquen; lo palmeamos de a pie; lo ensillamos y no lo montamos, hasta que se acostumbra al recado, hasta que no siente ya cosquillas; después lo enfrentamos; por eso nuestros caballos son tan mansos y tan briosos. Los cristianos les enseñan más cosas, a trotar más lindo; nosotros los amansamos mejor...

El indio y el caballo llegaban así a compenetrarse y conocerse, como hoy pudiera hacerlo un mecánico con el motor de su automóvil. El caballo se transformaba en máquina dócil para el indio: lo esperaba horas sin necesidad de atarlo; ebrio, se comportaba de modo que le guardaba el equilibrio para que no cayese. El indio dormía sobre su lomo tranquilamente, como si estuviera en tierra. Además, este caballo del indio era sólo del indio: se resistía a que el huinca lo montase. El salvaje hablaba con su caballo como con un semejante mudo. Comprendía el lenguaje de sus orejas y de su cola: hacía adelante las orejas, algo que le llamaba la atención; moviéndolas, algo que lo inquietaba; hacía atrás, miedo...

Y al regresar de una correría, con ese trote largo –”paso que rinde y que dura”– propio del pingo pampa, si el caballo venía extenuado a fuerza de andar y de no comer, el indio consagró a restituirlo. “Estos desgraciados animales, abrumados por la fatiga y las privaciones –dice el cautivo Guinnard– quedan siempre, con gran desesperación de sus amos, muy flacos al regresar de esas expediciones”... Y “con gran desesperación”, el indio ponía a cuidar su pingo de guerra: lo derribaba en tierra, le practicaba incisiones en el paladar y le hacía tragar

sal pulverizada. Esto le abría el apetito y el extenuado tornaba a comer y a reponerse. Con sal también le curaba las heridas. “He observado —comprueba el cautivo— que los caballos tratados como se explica engordan muy rápidamente”.

Un buen caballo de guerra es el “crédito” del indio, según el decir gaucho. Por esto el indio lo cuida amorosamente. A él confiará su vida y, lo que ama sobre todo, su libertad. Por eso, su caballo de guerra es sólo para la guerra. El de andar es otro. A éste se le confían las largas leguas que es preciso recorrer desde los lugares donde hay ganado, próximos al océano Atlántico, hasta los lugares donde el ganado se vende, más allá de los Andes, próximos al océano Pacífico. Y el caballo de andar recibía, pues, su enseñanza. “Andando con indios no es posible marchar juntos” — escribe Mansilla. Así es: el indio le afloja la rienda al caballo para que dé todo lo que puede, sin apurarlo. El jinete cuyo caballo tiene trote corto queda atrás. No importa. El indio, instintivamente, hacía lo que hoy la pedagogía moderna: respetar la naturaleza del educando. Por este modo de andar, de acuerdo al caballo, no al deseo del jinete, el animal se cansa menos, como el alumno libre se fatiga menos que el sometido a una disciplina severa. Al indio no se le “aplastaba” el pingo, como les ocurría a los “caballos reyunos” —o del Rey— después llamados “patrios”, de los blandengues y milicos...

*Los perseguimos de lejos  
sin poder ni galopiar;  
¡Y qué íbamos a alcanzar  
en unos bichocos viejos!*

.....  
*Nos volvíamos al cantón  
a las dos o tres jornadas  
sembrando las caballadas...*

Se lamenta Martín Fierro que si por algo sufre, verdaderamente, en su vida de milico, es por encontrarse mal montado.

Pero el indio como cuidador de caballos realizó una proeza mayor que la de apresar un potro, amansarlo y transformarlo en una admirable máquina de trotar leguas, subir médanos, salvar viscacheras, correr por guadales, nadar en ríos correntosos y hacer equilibrios en los desfiladeros de las montañas. El indio metamorfosea los caballos que roba al huinca. “Los mismos caballos que nos roban a nosotros –afirma el militar de los ranqueles– pues ellos no tienen crías ni razas especiales, sometidos a un régimen peculiar y severo, cuadruplican sus fuerzas”...

Y confirma el comandante Ramayón:

Esos cuadrúpedos que vulgarmente nosotros llamamos jamelgos por su aspecto miserable y triste, el indio sobre ellos, así viejos y estropeados, los hacía ágiles para efectuar promesas invasoras, como para correr por rápidas pendientes, saltar sobre rocas a media rienda, con resistencia inagotable y rapidez vertiginosa...

Y esto hace exclamar a un soldado huinca: “¿Alcanzar a un caballo indio? ¡Es como correr tras el viento!”

Estos son los milagros de una enseñanza de amor y comprensión. El indio los hacía porque amaba a su caballo y se esforzaba en comprenderlo. Era su gratitud a la naturaleza que, de pronto, en medio de su penosa vida de infante, moviéndose en llanos sin límites, le ofrece el caballo que le acorta las distancias y le ensancha la libertad.

El indio no domaba al caballo, lo educaba. De su procedimiento para transformar la bestia cimarrona en un animal útil, al procedimiento del hombre blanco, había la distancia que del antañón procedimiento de “la letra con sangre entra” para “desasnar” niños, según aquellos inquisitoriales dóminos decían, a los actuales, libres, lógicos, científicos métodos de enseñanza.

En las “Memorias de los hechos de armas contra los indios en la frontera sur”, del sargento mayor Juan Cornell, manuscrito citado por Ángel J. Carranza en su libro *La Revolución del 39 en el sud de Buenos Aires*, se da calor y vida a la hazaña de un caballo indio. Merece leérsela:

El cacique Calfiao –escribe Cornell– escapó en un generoso zaino pangaré llevando a las ancas a su hijo, que era un fornido huccho (mocetón). Lo persiguieron con preferencia Pancho el Ñato, Selarrayán y otros que montaban parejeros. El cacique, a favor de la tenue luz de la madrugada y antes de ser reconocido, ganó los campos que eran una proyección de lomas onduladas. Su caballo, a pesar de las bolas potreadoras que lo enredaban, no parecía incomodado, pues corría como liebre o venado con una facilidad pasmosa... A saltos y por pasos escabrosos y pocos conocidos, logró Calfiao despistar a los cristianos que continuaron en su empeño por tres leguas, desde las faldas del Colonquelú hacia la Tinta, teniendo que hacer alto por haberse aplastado sus cabalgaduras. Al día siguiente, el arrogante Calfiao se presentó en el mismo orejano –animal sin marca– de pelea y, acercándose a la columna que había cautivado a su familia, la siguió por uno de sus flancos, pero ya nadie lo molestó porque habría sido inútil.

Tres días después, Calfiao se presentó a parlamentar. “Entonces –dice Cornell– contemplamos de cerca y con admiración –con admiración de estudiosos– la figura de ese famoso caballo pampa”.

Y describe:

Era de buena alzada; oreja redonda y parada; ojo grande y vivo; nariz dilatada; fino hocico y pescuezo; poca cerda; correjón o garrón muy abultado; canilla delgada; musculatura poderosa; vaso recto y comprimido. Estaba pelechando, y en la piel se le dibujaban como sobre un mapa las diferentes ramificaciones de arterias y venas exteriores inyectadas de sangre.

Sorprendidos Calfiao y los suyos en la toltería por el ataque huinca, saltó sobre su zaino pangaré, pero fue boleado, y este hecho que cambió el curso de la historia argentina al ser boleado el caballo del general Paz por los montoneros o la suerte de la guerra contra los indios al boleársele el caballo al coronel Rauch, no influyó en el destino del cacique. ¡Así hubiesen poseído aquéllos un caballo indio, capaz de correr boleado! El flete de Calfiao pronto se puso fuera de tiro de las boleadoras –narra Cornell–, no obstante el peso de dos hombres corpulentos, montura y huaiquis (lanzas), salvando a su dueño rodeado de enemigos que seguramente no le hubieran dado cuartel”.

Otra hazaña de caballo describe el sargento mayor Cornell. Esta vez la realiza un cristiano, el capitán Lara. Atacado y herido por los hombres

del cacique Negro, “se salva a uña de buen caballo “pangaré” (pampa) corriendo en un llano con dos pares de bolas enredadas en las patas”.

El indio era, en verdad, un guerrero temible; pero la mitad de su poderío como tal lo debía a la excelencia de su caballo.

En las memorias de los militares que le llevaron la guerra desde los tiempos de Alsina hasta su derrota final en Neuquén, sobre las estribaciones de los Andes, puede comprobarse la importancia que tuvo el caballo del indio. “Podía invadir sólo por el estado floreciente de sus caballos” – asegura uno. Porque sus caballos estaban cuidados con el solo y exclusivo fin de invadir, sino los mantenían en holganza, adiestrándolos y mimándolos. Indio sin caballo, se reducía a colono, se resignaba a cooperar. “Si concluimos con el caballo del indio, lo rendiremos sin condiciones” –afirma el general Racedo.

¡El caballo del indio! Como ocurre con los hombres muy inteligentes, más si son artistas, hay que ir hacia el caballo del indio, hay que descubrirle. Su exterior no dice mucho al inexperto que juzga por las apariencias. Escribe Alfredo Raymundo, cronista de *La Tribuna*, certeramente:

Cuando en una tropilla vean un animal membrudo, agachado, tristán, cabezón, con la cruz alta, el pescuezo estirado, el encuentro ancho, el pecho desarrollado y el aire particularmente zonzo y adormecido, digan con confianza: “Este es un caballo indio”. Y si son un poco baquianos en asuntos de fronteras y tienen amistad con el dueño de la tropilla, agreguen en el acto para que no se adelante nadie: “Este es mi caballo de marcha”. Si consiguen montarlo, encontrarán un animal medio lardo, de buen andar, torpe al freno del lado del lazo, bien enseñado de la boca del lado de montar, nada a propósito por cierto para jinetear y que poco honor les haría en un paseo por las calles, pero que en un paseíto de 200 leguas no mermará un instante y que al principio como al fin no se presentará ni más ni menos zonzo, ni más ni menos pesado, ni más ni menos agachado, resignado y valiente que en el momento que se le montara.

En ciertas oportunidades, la epizootia hacía estragos en las cabaladas. Entonces el indio podía ser vencido fácilmente, acorralado por la superioridad de las armas y de la disciplina. En cuanto a la resistencia

del caballo del indio, el comandante Ramayón la atribuye a lo liviano de la montura. “Su caballo duplica en resistencia al nuestro” –afirma.

Tanta es la compenetración del indio con la bestia cara a su libertad que los indígenas prisioneros, al oír un relincho, se reanimaban. Y más adelante, cuando se los convirtió en duros y sobrios soldados, fueron excelentes y sufridos artilleros, infantes, hasta marineros. No así de caballería, pues, al verse a caballo, olvidaba el indio la disciplina y enseñanza de años. Se volvía a sus pampas, a su libertad.

Toda su vida, desde muy joven, el indio se había venido preparando para ser el más admirable de los jinetes, asombro de los mismos gauchos que es cuanto se puede decir para hacer su elogio. Por entretenimiento, niño aún, el pampa iba en busca del peligro “sobre redomones ariscos que bramaban, espumaban, se abalanzaban, cocebaban, culebrecaban, saltaban y corrían dando tumbos violentos”. Para dominarlos y no verse arrojado de ellos era preciso hacer esfuerzos inauditos. Logrado eso, tal vez una sonrisa de gozo humanizaba la faz del feroz mapuche. El joven indio sabía ya que, amo de su bestia, era también amo de la libertad y de la distancia: aquélla, toda su fortuna; ésta, el único escudo que podía interponer entre su vida y las balas del odiado huinca.

¡Y a trotar sobre el millón de kilómetros cuadrados que constituían su patrimonio! ¡Vaya si era rico el indio desnudo!

Como todo rico, defendió desesperadamente su riqueza y, como buen guerrero, la defendió atacando.

A más de la continua alarma, los pequeños ataques que, por iniciativa de grupos y capitanejos, llevaban los indígenas a las estancias, hecho casi habitual en la vida de fronteras; tribus aliadas, y en número de varios miles y llevando un plan, realizaban malones, o sea ataques a sangre y fuego con el propósito de robar hacienda, objetos y llevar cautivos –niños y mujeres, pues todo hombre era lanceado– a sus tolдерías. Eran ataques devastadores y aterrorizadores.

Esteban Echeverría fue el primero que fijó la grandeza trágica de un malón para la literatura:

*Entonces, como el ruido  
que suele hacer el tronido  
cuando retumba lejano,  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso rumor:  
se perdió, y luego, violento  
como baladro espantoso,  
de turba inmensa, en el viento  
se dilató sonoro  
dando a los brutos pavor.*

*Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba  
Y envuelto en polvo cruzaba  
como animado tropel,  
velozmente cabalgando.  
Veíanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando;  
y como formas desnudas  
de aspecto extraño y cruel.*

*¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios de las tempestades  
sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve a hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos a buscar?  
¡Oíd! Ya se acerca el bando  
de salvajes, atronando  
todo el campo convecino.  
¡Mirad! Como torbellino  
hiende el espacio veloz;  
el fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma;  
vaga al viento su melena,  
y con ligereza suma*

*pasa en ademán atroz.  
 ¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
 ¿De qué su gozo proviene?  
 ¿Por qué grita, corre, vuela,  
 clavando al bruto la espuela,  
 sin mirar alrededor?  
 ¡Ved que las puntas ufanas  
 de sus lanzas, por despojos  
 llevan cabezas humanas  
 cuyos inflamados ojos respiran aún furor.  
 ("La Cautiva")*

A gran trote –"paso que no cansa y que rinde"– se van acercando los hombres de diferentes tribus al punto de reunión. Montan sus caballos de andar. Al tiro cada uno trae su pingo de guerra. De ese punto, situado a 30 ó 40 ó 50 leguas de las poblaciones, parten los bomberos, excelentemente montados, hombres diestros en atalayar, vivaces, conocedores de todos los secretos de las pampas. Escondidos en un médano o en un pajonal, espían, tenaces, sin cansancio. No faltan asimismo indígenas que, simulándose amigos del blanco, entran a sus poblaciones y fortines, so pretexto de comerciar ponchos o mantas, a cambio de yerba, aguardiente, azúcar y tabaco. Estos astutos indios mansos, tienen mil ojos y mil oídos. Todo lo ven. Lo oyen todo. Y vuelven con las preciosas noticias: la hacienda que tienen las estancias, los blandengues o milicos que guardan los fortines próximos, el estado de sus caballadas, generalmente pésimo. Ya bien informado, el cacique, jefe supremo de la empresa, da una proclama con derroche de oratoria, a lo araucano, y alza el alarido guerrero: '¡Ya, ya, ya, ya, yaá! que era como decir: ¡ánimo! Su caballería le responde, blandiendo las largas chuzas crinadas: ¡Lape, lape, lape!... ¡Matar, matar, matar!

Y el huracán de caballos se tira, ciego como una fuerza de la naturaleza desbordada, a matar, a robar, a incendiar, a cautivar...

Hilario Ascasubi, el de las trovas tiranicidas, lo vió, o conoció gentes que lo vieron. Y nos describe el malón:

*... Pero al invadir, la indiada  
se siente, porque a la fija  
del campo la sabandija  
juye adelante asustada,  
y envueltos en la manguiada  
vienen perros cimarrones,  
zorros, avestruces, liones,  
fiamas, liebres y venaos  
y cruzan atribulaos  
por entre las poblaciones.  
Entonces los ovejeros,  
coliendo, bravos torear,  
y también revolotean  
gritando los teruteros,  
pero eso sí, los primeros  
que anuncian la novedá  
con toda seguridá  
cuando los indios avanzan,  
son los chajaes que lanzan  
volando ¡Chajá, chajá!  
Y atrás de esas madrigueras  
que los salvajes espantan,  
campo ajuera se levantan,  
como nubes, polvaderas  
preñadas todas enteras  
de pampas desmelenaos  
que, al trote largo, apuraos,  
sobre sus potros tendidos,  
cazan pegando alaridos  
y en media luna formaos.  
Desnudos de cuerpo entero  
traen sólo encima del lomo  
prendidos, o no sé cómo,  
sus glillapices de cuero  
y uno a modo de plumero  
por las canillas y brazos;  
de abí grandes cascabelazos  
del caballo en la testera;  
y se pintan de manera  
que horrorizan de fierazos..  
Pero cuando vencedores*

*salen ellos de la empresa,  
 los pueblos hecho pavesa  
 dejan, entre otros borrores;  
 y no entienden de clamores,  
 porque ciegos atropellan,  
 y así forzan y degüellan niños,  
 ancianos y mozos;  
 pues como tigres rabiosos  
 en ferocidad descuellan.  
 De ahí, borrachos, en contiendas  
 entran los más mocetones,  
 para las reparticiones  
 de las cautivas y prendas;  
 y, por fin, con las haciendas  
 de todo el pago se arreean;  
 y, cuando rasas humean  
 las casas de los cristianos,  
 los indios pampas ufanos  
 para el desierto trotean...*

(“Santos Vega”)

A veces, las armas de fuego, la disciplina, la habilidad de algún jefe, ya ducho en tal clase de guerra, y el valor de los soldados, se imponía al número y a la sorpresa nocturna de la avalancha india.

Entonces se desparramaban en fuga, y se hundían en el horizonte con lo que pudieran salvar de lo robado. Y detrás de ellos, la chusma, como se le llamaba, constituida por viejos, mujeres y chicos, destinados, en caso de triunfo, a revisar las poblaciones y estancias con el fin de levantar lo más posible, cuando no para despenar a los heridos, rematándolos.

Lo que sería una horda de indios maloneros, sembrando una doble leyenda de terror y misterio, nos lo dice la descripción que de “indios auxiliares” –aliados del huinca en sus guerras civiles– nos hace el suizo Charles Beck-Bernard, espectador estupefacto:

... presentaban un aspecto impresionante. Hubiéranse dicho las hordas de los confines de Asia que invadieron Europa en los primeros siglos de nuestra era. Allí no se veían sino cascos hechos con cabezas de tigre y de perros cimarrones, largas cabelleras flotantes, lanzas muy largas, capotes fabricados con pieles de animales salvajes,

boleadoras, lazos. Los caballos flacos pequeños, de crines enmarañadas, eran prontos y dóciles. La apariencia siniestra de los indios, sus ojos de un negro azabache, sus rostros lampiños y semiocultos entre mechones de cabellos negros y cerdosos, la extrema soltura de sus actitudes, el sello intenso de barbarie que ostentaban esos hijos del desierto, formaban un cuadro de imborrable impresión.

Si éstos eran los “indios auxiliares”, ya en contacto con el huinca, capaces así de un comienzo de adaptación, cabe suponer qué serían los otros, los pampas salvajes, enemigos a toda intromisión extraña, agresivos hasta la exasperación en una lucha que comprendían era a muerte con los blancos, invasores lentos e incansables de sus tierras.

Consciente de la inferioridad de sus armas frente a los cañones y fusiles, raramente el indio presentaba combate. Su intento era sorprender de noche, robar y huir. A medida que las armas de fuego se perfeccionaron, el pampa fue eludiendo más los combates, pero en no pocas ocasiones, tratando de llevar hacienda robada, dividía sus fuerzas. Una se encargaba de apresurar la marcha de lo capturado —miles y miles de cabezas de hacienda vacuna o caballar—, la otra, mediante maniobras, amagos de ataques, retiradas, incendio de campos, detenía el avance de la tropa huinca. Y si ésta apuraba, disponíase a pelearla franca y denodadamente.

Entonces —nos narran militares que han enfrentado al indio, Manuel Prado, por ejemplo— el pampa se desmontaba y, dispuesto a la lucha cuerpo a cuerpo, blandía su lanza, sus bolas y su alarido. A caballo, el salvaje con su lanza larguísima, era menos temible que a pie. A caballo, si erraba el primer bote debía recurrir a las boleadoras. “¡A pie era de ver cómo la esgrimía!” —exclama el Capitán Prado. Ágil, daba saltos de jaguar y poseía argucias de puma o de zorro. Imprimíale a la lanza un movimiento vibratorio y rápido que hacía saltar los sables de las manos del enemigo. Además de la lanza, una caña tacuara de 3 ó 4 metros, adornada en su extremo con plumas de avestruz, el indio poseía su alarido —¡Ya, ya, ya, ya, ya!— que producía golpeándose la boca, sus boleadoras seguras, ya fuesen ellas “laques”, dos bolas atadas, o una arrojadiza, lanzadas siempre con fuerza y precisión. Sus rostros

pintados y el hedor de sus caballos que espantaba a los del huinca, eran también armas. Sobre todo en los comienzos de la lucha, cuando los cuerpos de blandengues se hallaban constituidos por hombres de los suburbios de Buenos Aires, que sólo conocían de mentas a los indios.

Vencedor en el combate, el indio no daba cuartel. Inútil querer huir. La superioridad de sus caballos entraba en juego e imposibilitaba toda fuga. Él, en cambio, sí podía huir. Lo hacía entonces arrastrando la lanza, a fin de que las boleadoras no enredasen las patas de su caballo.

Guinnard cuenta un combate por él presenciado. Y del que vio salir vencedores a los pampas:

Aproximadamente dos mil quinientos soldados argentinos, conducidos por indios mansos, que les servían de guías, sorprendieron inopinadamente a algunas tribus vecinas a aquella en que yo me encontraba entonces, y debí acompañar a los pampas. Estos, después de reunirse de prisa, resolvieron tomar la ofensiva y rechazar a sus agresores, haciendo pagar muy cara su traición a los indios que sirvieron de guías. Estos se habían atrincherado detrás de los argentinos y parecían poco dispuestos a participar en la acción. Enfurecidos al verlos, y queriendo alcanzarles cuanto antes, los bárbaros del desierto se lanzaron con la cabeza baja en una carga formidable. Quebrados por este golpe terrible los soldados argentinos se abrieron en dos alas, por la brecha los indios siguieron hasta rodear a los traidores y trabar con ellos una singular y terrible lucha. Otros salvajes, entretanto, se lanzaban a la caza de los soldados que huían y remataban su derrota. El combate cesó solamente al ponerse el sol; había comenzado a la mañana.

Leyendo autores antiguos que relatan malones, ya sea cronistas españoles o Manuel Pueyrredón, Deán Funes, Hudson, Cunningham Graham, Mansilla, Velazco o Ramayón, militares que pelearon largamente contra ellos, sus juicios aparecen contradictorios. Para los unos, el indio es un azote, un guerrero temible; para otros es sólo un cuatrero, un ladrón cobarde que sólo atina a escapar con lo robado. Estos juicios contradictorios se deben, seguramente, a las distintas épocas, lugares y circunstancias en que fueron emitidos. Así, mientras Pueyrredón o Mansilla escriben asegurando que la superioridad del indio en la guerra de fronteras reside en la asombrosa resistencia de sus caballos, “en estar siempre mejor montados”, el capitán Prado dice: “Muchos que no

conocen la guerra de indios, creen que éstos tenían toda su fuerza en el caballo; y nada más equivocado”. Y mientras Mansilla –de quien no se puede decir, por cierto, que no conocía la guerra de indios– asegura: “Toda su estrategia –la de los pampas– estaba en huir, esquivando el combate. Son ladrones, no guerreros. Pelear es para ellos el extremo recurso. Su gloria consiste en que el malón sea pingüe y en volver con el menor número de indios sacrificados”. El coronel Jorge Velazco, que actuó en la expedición de 1883, afirma, admirado de sus enemigos:

Difícil que en toda América haya hombres más prontos, de más inteligencia y de vista más perspicaz para estas correrías de rapiña, que estos indios, y al mismo tiempo de más serenidad, intrepidez y cordura para presentarse ante el enemigo con sus armas indefensas –en comparación con las del ejército blanco– cargarle, confundirle con su algazara y estrépito, vencerle con la mayor prontitud, llevando la muerte y terror a su vanguardia; o retirarse en orden como la mejor milicia del mundo, protegiéndose mutuamente...

El coronel Manuel Pueyrredón, que es quien más despectivamente opina del indio, escribe: “Los indios es la plaga de estos países; es un flagelo destructor, es la vorágine que se traga y devora a un mismo tiempo, las fortunas públicas y privadas”, y él mismo cita a dos valientes, “dos héroes”, Brownes y Torres, que “temblaban al sólo anuncio de los indios”. El capitán Torres Ibáñez escribe: “Decir cuál raza o tribu de indios fue más denodada, no es fácil; todos lucharon con idénticos bríos, entusiasmo, porfía y valor”.

La indisciplina, además de la falta de armas de fuego, agregada a la enemistad entre las diversas tribus, constituían la debilidad del indio en su lucha contra el invasor huinca. Por esto la aparición de un cacique como Calfucurá, prestigioso ante los suyos, con algo de brujo y todo de guerrero, diplomático eximio, capaz de amalgamar tribus distantes y enemigas para el común interés de la confederación pampeana; constituyó un hecho trascendente en esta lucha de siglos. Durante el cacicazgo de Calfucurá, el pampa llegó a presentar batallas campales, como si se tratara de una guerra entre naciones.

Aún los aborígenes de Arauco, cuyo cotejo sirve de continuo a Manuel Pueyrredón para despreciar a sus descendientes de las pampas, en aquella célebre insurrección de 1583, vencedora no pocas veces, reconociendo la superioridad de las armas españolas, esquivaban los combates, se dispersaban en grupos y hacían una guerra de salteamientos y sorpresas, como después la hicieron los pampas en las fronteras desde Mendoza hasta Buenos Aires.

El miedo a las armas de fuego, misteriosas para el indio, hacía que éste, en sus cargas de caballería, desatando la vincha, a veces, dejase a sus melenas caer a la cara, e ir a la muerte o a matar, ciego. También se cubría la cara con las manos, creyendo así atenuar el poder de la bala. Se cita el caso de que, atacada una estancia, su dueño y las hijas, únicas sobrevivientes, disfrazadas de hombre y sin más armas que un mortero de pisar maíz, contuvieron a la indiada. Cuando un grupo de atacantes se acercaba al foso que protegía la estancia, hacían como que arrimaban a la boca del mortero. Los indios huían, temerosos del cañonazo.

En este concurso de citas, no debe faltar, por supuesto, la voz más inspirada de los que escribieron sobre la guerra contra los indios, la de José Hernández. Canta su Martín Fierro, y lo hace con veracidad, pese a su odio:

*Antes de aclarar el día  
empieza el indio a aturdir  
la pampa con su rugir,  
y en alguna madrugada,  
sin que supiéramos nada  
se largaban a invadir.*

*Primero entierran las prendas  
en cuevas como peludos;  
y aquellos indios cerdunos  
siempre llenos de recelos,  
en los caballos en pelos  
se vienen medio desnudos.*

*Para pegar el malón  
el mejor flete procuran,  
y como es arma segura  
vienen con la lanza sola,  
y varios pares de bolas  
atadas a la cintura.*

*De este modo anda liviano,  
no fatiga al mancarrón;  
es su espuela en el malón,  
después de bien afilao,  
un cuerito de venao  
que se amarra en el garrón.*

.....

*Marcha el indio a trote largo,  
paso que rinde y que dura,  
viene en dirección segura  
y jamás a su capricho,  
no se les escapa bicho  
en la noche más oscura.*

*Caminan entre tinieblas  
con un cerco bien formao:  
lo estrechan con gran cuidao  
y agarran al aclarar,  
ñanduces, gamas, venaos,  
cuanto ha podido entrar.*

*Su señal es un humito  
que se eleva muy arriba,  
y no hay quien no lo aperciba  
con esa vista que tienen  
de todas partes se vienen  
a engrosar la comitiva.*

*Ansina se van juntando  
hasta hacer esas riuniones  
que cain a las invasiones  
en número tan crecido,  
que pa formar han salido*

*de los últimos rincones.  
Es guerra cruel la del indio  
porque viene como fiera;  
atropella donde quiera  
y de asolar no se cansa,  
de su pingo y de su lanza  
toda salvación espera.*

*Debe atarse bien la faja  
quien a aguardarlo se atreva;  
siempre mala intención lleva,  
y como tiene alma grande  
no hay plegaria que lo ablande  
ni dolor que lo conmueva.*

*Odia de muerte al cristiano,  
hace guerra sin cuartel,  
para matar es sin yel,  
es fiero de condición:  
no golpia la compasión  
en el pecho del infiel.*

*Tiene la vista del águila,  
del león la temeridá,  
en el desierto no habrá animal  
que él no lo entienda,  
ni fiera de quien no aprenda  
un instinto de crueldá*

.....

No parece que sea despreciable como guerrero el indio pintado por Hernández, sino temible. No es un vulgar cuatrero, un simple ladrón de hacienda, furtivo y cobarde, ése que las sextinas del gaucho Martín Fierro evocan.

Y leamos el regreso del malón:

*Aquel desierto se agita  
cuando la invasión regresa,  
llevan miles de cabezas*

*de ganado yeguarizo,  
pa no afligirse es preciso  
tener bastante firmeza.*

*Aquello es un hervidero  
de pampas, un celemín,  
cuando riunen el botín  
juntando toda la hacienda  
en canuda tan tremenda  
que no alcanza a verse el fin.*

*Vuelven las chinas cargadas  
con las prendas en montón;  
aflige esa destrucción,  
acomodaos en cargueros  
llevan negocios enteros  
que han saquiado en la invasión.*

*Su pretensión es robar,  
no quedar en el pantano,  
viene a tierra de cristianos  
como furia del infierno;  
no se llevan el gobierno  
porque no lo hayan a mano.*

*Vuelven locos de contentos  
cuando han venido a fija,  
antes que ninguno elija  
empiezan con todo empeño,  
como dijo un santiguieño,  
a hacerse la repartija.*

*Se reparten el botín  
con igualdá, sin malicia,  
no muestra el indio codicia  
ninguna falta comete  
sólo en eso se somete  
a una regla de justicia*

A pesar de su odio enemigo, Martín Fierro reconoce esta cualidad que bien quisieran para sí los cristianos y que si la hubiesen tenido tal vez otra fuera la historia de sus guerreros contra el salvaje de las pampas.

De esta larga excursión evocativa surge la síntesis de lo que fue ese salvaje a caballo, y de lo que para él constituye la posesión del animal admirable.

No se puede hablar de ellos para juzgarles como lo hizo Sarmiento, con espíritu de civilizador, no de historiador: “Los araucanos –escribieron más indómitos... lo que quiere decir, animales más reacios, menos aptos para la civilización y asimilación europeas”. Más justo fueron los Ercilla o los Oña, o los militares argentinos que contra ellos pelearon. Para juzgarles como “civilizador”, a lo Sarmiento, habría que juzgar la contraparte, ver qué hicieron los cristianos frente a su ímpetu de bárbaros y si intentaron siquiera encauzar ese ímpetu hacia formas superiores.

El pampa a caballo se emancipó de la mita y la encomienda, se libró de verse reducido a una eterna minoría de edad laboriosa, o sea condenada a no disfrutar nunca del tesoro por su trabajo producido como el guaraní a pie de las misiones jesuíticas. Y el historiador se ve así ante una epopeya magnífica y bárbara: la de una raza aborigen, aún en la edad de la piedra que, saltando sobre el caballo, es como si saltara sobre un siglo, lo hace su hermano, su amigo, su camarada, su arma y su herramienta a la vez y erguido sobre su lomo, pelea con bravura contra los civilizados que sólo le ofrecen servidumbre.

Desde los comienzos del siglo XVII, ya el mapuche a caballo, la empresa de apoderarse de las pampas se le convierte al huinca en la más difícil y larga de todas las que afronta en América.

## Notas de la segunda parte

Querandíes – Las primeras mujeres – Bagual – Abundancia – Blandengues – Río Salado-Félix de Azara – Abundancia – Pulpería – Maloca y malón – Nombres – Los indios y las invasiones inglesas.

Hay autores –como el cronista Pedro Lozano– que confunden pampas y querandíes: “La nación de los querandíes fue célebre al tiempo de la conquista por su valor, por su número y por su laboriosidad. Hoy con nombre de pampas, se conserva igualmente bárbara, pero menos numerosa”... (Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán). Aunque Ruy Díaz de Guzmán, el cronista crioyo, en 1612, ya establece: “De esta ciudad (Buenos Aires), arriba (oeste) hay algunas naciones de indios, aunque tienen diferentes lenguas, son de la misma manera y costumbres que los querandíes”... (*Historia Argentina*).

Igual error que Lozano cometieron Félix de Azara y Alcides D’Orbigny. Primero Manuel Ricardo Trelles, después Paul Groussac y Enrique de Gandía, demostraron documentalmente que los “querandíes” de Ulrico Schmidel no son pampas. Eran, seguramente, guaraníes de las islas del Paraná asentados en la llanura. También Luis María Torres, Benigno T. Martínez, Roberto Lehmann Nitsche y Samuel Kirland Lothrop han estudiado este punto. En el libro de Enrique de Gandía: *Problemas indígenas americanos* (Cap. “Etno-geografía del Río de la Plata en el siglo XVI”), quedan sistematizadas las fuentes documentales.

\* \* \*

Las primeras mujeres llegadas al Río de la Plata fueron: María Dávila, mujer del Adelantado, Isabel de Guevara, autora de una carta a la reina en que relata los padecimientos sufridos; Mari Sánchez, Elvira Pineda, Catalina de Vadillo, Catalina Póux, otra Mari Sánchez, Ana de Arrieta, todas mujeres de conquistadores, y la Maldonada, alrededor de la cual se levantó la leyenda de que había sido protegida por un león –o puma– en su cueva, reminiscencia de Androcles, leyenda de los primeros cristianos en el Coliseo de Roma, a la cual Bernard Shaw puso un risueño corolario.

\* \* \*

En el “Repartimiento de los Indios de esta ciudad hecho por el general Juan de Garay”, documento labrado en 1852, se constatan, adulterados, muchos nombres araucanos de caciques (lo cual prueba el origen de los pampas: (Quemunpen, Pacoapen, Allapen, Coloque, Incul, Tumu-Tumu)... Entre ellos se halla “Bagual”. Este se sublevó en 1604. Vencido, volvió a sublevarse hasta morir: “Bagual” es sinónimo de rebelde, chúcaro. Y así se llama a los potros libres y salvajes.

\* \* \*

La abundancia de vacas y caballos era tal y su precio tan ínfimo, que se derrochaban. Cuenta Fray Pedro Parras (Diario y derrotero, año 1750), que él vio una yeguada de 17.000 animales con sus crías y, para que pariesen mulas, vio matar 200 hermosos caballos, como asimismo 2.000 toros y novillos para quitarles el cuero y la grasa “quedando la carne por los campos”. Cuenta también cómo vio a un solo hombre desjarretar 127 toros en una sola carrera, sin detener el caballo, los que fueron desollados después. “Aprovechan, como se ha dicho, el cuero, la grasa y las lenguas, y queda lo demás la campaña”...

En su *Lazarillo de ciegos caminantes*, año 1773, cuenta Concolorcovo (Calixto Bustamante o Carlos Inca): “La carne está en tanta abundancia que se llevan en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como se ha visto ya, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerlo, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste el trabajo de cargarle. A la oración se da muchas veces carne de balde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses más de lo que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero. Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos, que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos”...

En la Aduana amontonábanse los “frutos del país” (cuero, cerda, cebo) en montañas que constituían el asombro de los extraños. Por millones se contaban los cueros amontonados a la espera de buque.

En cuanto a los caballos, narra José Antonio Wilde en *Buenos Aires setenta años atrás* (1870) que en los primeros años de la Revolución los carreteros —dueños de tropas de carretas— no se tomaban el trabajo de cuidar a sus bestias. Los hacían trabajar hasta morir y enviaban por otros. Así les salían más baratos. “Debido sin duda a la inmensa cantidad de caballos que poseíamos, provenía el poco aprecio que se tenía en general de este noble animal —escribe—. Podía comprarse entonces un buen caballo para trabajo por 203 pesos y aún menos, y el estanciero jamás negaba al viajero necesitado, uno o más caballos, sin preocuparse siquiera de su devolución”. Si un caballo se empantanaba, el peón lo abandonaba a su suerte, sin preocuparse más de él. Y si a un gaucho se le cansaba el caballo antes de lo debido, se apeaba y lo degollaba por flojo. “Acto bárbaro —comenta Wilde— debido en parte a su modo de ser semisalvaje, y en parte a la facilidad que tenía de reponer su pérdida”.

¿Si hasta los mendigos poseían caballos! Así ejercían la siempre lucrativa profesión. Parish, Robertson, Hutchinson y otros viajeros ingleses hablan con asombro de estos “mendigos a caballo”.

Para contener incursiones de los indios sobre estancias y pueblos de la frontera, el gobernador Andonaegui creó, en 1752, el cuerpo de “blandengues”. Tres compañías de hombres a caballo, con lanzas y armas de fuego, llamadas: “La Valerosa”, “La Conquistadora” y “La Invencible”. Vértiz, en su Memoria, se expresa despreciativamente de esta caballería, según él: “gentes sin disciplina, hombres nativos, jinetes, lanceros de lazo y bola más que de armas de fuego”. Se distribuyeron en los fortines Zanjón, Lujan, Salto y más adelante en Guardia del Monte, que adquiriría importancia después de 1820, al arrear los malones aborígenes y crear Rosas, para defensa de sus estancias (ya socio de Terrero-Anchorena y director del consorcio saladero) el cuerpo llamado “Colorados del Monte” –600 hombres de escogida procedencia gaucha, en tanto el cuerpo de Blandengues no alcanzaba a cien. Un gaucho de la Guardia del Monte, Contreras, es el que figura con Chano, capataz de las islas del Tordillo, en los *Diálogos* de Bartolomé Hidalgo.

El nombre de “blandengues” le vino a los soldados de ese cuerpo, “porque al pasarles revista el gobernador blandieron las lanzas de que estaban armados” –explica el historiador Luis Domínguez.

\* \* \*

El río Salado constituyó durante años la frontera natural en el sur de Buenos Aires. Por convenio con los indios, antes y después de 1810, los huincas levantaron sus fortines al norte y este de ese río. Su característica era la inestabilidad. A veces, caudaloso; otras, seco. “Hemos pasado el Río Salado –escribe un viajero– reducido a su menor caudal y en partes enjuto. La seca reinante en estos territorios es por momentos espantosa y sus estragos inmensos. Las vacas mueren por falta de pasto y los ovejeros se verán obligados a sacrificar los corderitos para salvar a las débiles madres, lo cual representará para la producción anual, la disminución de algunos millones de cabezas de ganado. ¡Cuánta diferencia entre el Salado de noviembre de 1876 y el Salado de agosto de 1877! Esto que ahora de seco es polvoriento, era entonces un ancho estuario, que se pasaba en botes. El puente parecía un buque naufragado, tumbado en las cercanías de la playa. Tales fenómenos de inundación y sequía no son una novedad en la comarca.

\* \* \*

Felix de Azara fue el español de más valer científico que anduvo por estos pagos tan horros de estudiosos como abundantes de matachines. Llegó en 1781 para estudiar los límites del Brasil e hizo investigaciones sobre la fauna y flora, en los que descubrió especies nuevas. El gobernador de Buenos Aires, Gabriel Avilés del Fierro, se apoderó de manuscritos de Azara y los envió a España como propios, pero se descubrió su arteria. Regresó Azara en 1802, publicando libros que aún se consultan con provecho. Corresponde citar su *Memoria Rural del Río de la Plata*,

por concernir a este tema, y *Diario de un reconocimiento de los guardias y fortines que guarecen la línea de frontera de Buenos Aires para ensancharla* (año 1796). En su oficio al Virrey Melo le dice: “El servicio impuesto a los blandengues por su fundador toca en inhumano”... Le corresponde, pues, haber sido el primer memorialista que escribió contra ese servicio militar, impuesto a las clases pobres en beneficio de los ricos hacendados, y contra el cual José Hernández tronaría en prosa y verso.

\* \* \*

Azara, mal conocido por su propio gobierno, tanto que algunos libros hubo de publicarlos en francés, lo fue por muchos años también en América. En 1867, Félix Frías, clerical, lo atacó en el *Correo del Domingo* y fue defendido por Juan María Gutiérrez, liberal, en *El Inválido Argentino*. Demostró éste la vida de sacrificio y trabajo que pasó Azara por bosques y pampas de América durante más de 20 años. “Siempre halló la verdad, porque la persiguió incansablemente con la observación y el compás” –escribe Gutiérrez y le da un espolazo a su teológico contrincante.

\* \* \*

Las pulperías –“esquinas” se las llama en los poblados– constituyen el sitio de reunión forzoso. Ellas eran emporios de artículos diversos: almacén, talabartería, tienda, casa de empeño, armería, farmacia, todo en uno. Y club. Al comienzo, los pulperos eran españoles; más tarde –por reglamento de 1813 fueron crioyos y después italianos. Su rapacidad era tanta que un obispo –cuenta el cronista Sánchez Labrador– excomulgó a algunos. El pulpero, en no pocas ocasiones, era un espía de los indios maloneros a quienes compraba el producto de sus asaltos y correrías menores: cueros, plumas de avestruz, armas y otros objetos... en sociedad con jueces de paz y comandantes de frontera. “La perfidia de los indios es el resultado de nuestra enseñanza” –concluye el coronel Álvaro Barros. “Si los blancos no nos comprasen los cueros, nosotros no robaríamos”, le dice un prisionero pampa al ministro Alsina.

A orillas del Río Colorado, encontró Zeballos al pulpero Gorosito, que estaba allí establecido desde 1856. Su comercio con los indios y cristianos a la vez lo había enriquecido “Grande servidor de los primeros ha de haber sido el amigo Gorosito, cuando no le quemaron la casa, ni le robaron las vacas, a pesar de encontrarse desamparado, en plena vida de toltería y rodeado de araucanos enfurecidos, señores absolutos de la comarca hasta 1879”.

La voz “pulpería” viene de la palabra mexicana “pulquería”, lugar donde se expende “pulque”, bebida que se logra con la fermentación del maguey.

\* \* \*

“Las pulperías son unas chozas de lo más miserables y sucias, donde puede comprarse un poco de caña, o sea un derivado de la caña de azúcar, cigarros, sal,

cebollas tal vez, y pan de la ciudad; pero, más al interior este artículo no puede conseguirse, de manera que el viajero, si no lleva pan con él, debe alimentarse como la gente del campo, con carne solamente. Estas chozas tienen dos compartimentos, uno que sirve para negocio y otro para vivienda. Generalmente están construidas sobre un terreno alto y tienen un trozo de género de color colgado de una caña a modo de aviso. También hacen las veces de casa de posta y tienen una docena de caballos pastando al fondo, cerca de la casa. Cuando llega un viajero, deja allí su caballo; el pulpero, con un lazo, sale en su caballo, que siempre está dispuesto tras la vivienda, hasta el pantano donde pasta la tropilla, y enlazando uno, lo atrae, coloca la montura y, sea manso o bravo, allá va el viajero al galope, hasta la próxima posta, cuatro o cinco leguas más lejos...

“En cada pulpería hay una guitarra, y cualquiera que la toque es invitado a costa de todos los presentes.”

Emeric Essex Vidal: *Ilustraciones pintorescas de Buenos Aires y Montevideo*, 1820.

\* \* \*

“La puerta de calle –de la pulpería– daba a un cuarto de techo bajo, con un mostrador en medio, de muro a muro, sobre el cual se alzaba una reja con una portezuela o abertura, a través de la cual el patrón o propietario pasaba las bebidas, las cajas de sardinas y las libras de papas o de higo que constituían los principales artículos de comercio. Por el lado de afuera del mostrador, haraganeaban los parroquianos. En aquellos días, la pulpería era una especie de club a la cual acudían todos los vagos de las cercanías a pasar el rato. Llegaban transeúntes que saludaban al entrar, bebían en silencio y volvían a irse tocándose el ala del sombrero al salir; otros se engolfaban al punto en conversación sobre alguna revolución que parecía inevitable u otros temas del campo. En ocasiones sobrevenían riñas a consecuencia de alguna disputa o bien sucedía que dos reconocidos valientes, se retaban a primera sangre, tocando pagar el vino o cosa parecida al que perdiera. Pero, a veces, surgía alguna tempestad furiosa: por el mucho beber o por cualquier otra causa, algún hombre empezaba a vociferar como un loco y sacaba a relucir el facón”.

Roberto Cunninghame Graham:

*El Río de la Plata*, 1868.

\* \* \*

Acerca de las voces “maloca” y “malón”, dice Daniel Granada en su *Vocabulario Rioplatense*: “Maloca, f.- Invasión ejecutada con pillaje y exterminio. Antiguamente, siglos XVI y XVII–, incursión en tierra de indios, arrebatando a éstos y reduciéndolos a cautiverio, como lo ejecutaban los crueles “mamelucos” o moradores de Sao Pablo del Brasil.

Del araucano: “malocán”.

“El gobierno portugués siguió las máximas contrarias a las de Alfaro, pues sobre incitar por todos los medios a los particulares, les daba auxilio, armas y municiones y les permitían vender por esclavos perpetuos a los indios que pillaban en sus “malocas” o “incursiones” (Azara).

“Malón, m: Acometida ejecutada por indios salvajes, acometida alevé, sorpresa...”

También se usa en Chile: “Este paso tiene el nombre de “Aucasés”, porque fue hecho por los infieles, por el que pasaban a sus malocas, “malones”, como ellos llaman. (Esteban Hernández: *Expedición del Diamante al Río Quinto*)... “Hasta este lugar han llegado los güiches a “maloquear” a los “pegüenches” (Luis de la Cruz).

Maloquero –o malonero–: el indio que salía a maloquear o matonear.

\* \* \*

Nombres: el indio llamaba al hombre extranjero –al no mapuche, al no aborígen de la tierra– huinca o blanco o cristiano, significando con esto, no su religión, precisamente, sino su raza. Tampoco distinguió españoles de criyos, como no distinguió más adelante los de otras naciones, ni aún al negro, también “cristiano” y “huinca”. (Sí distinguió al inglés por su carácter de invasor).

El blanco llamó a los mapuches: indios, pampas, aborígenes, naturales, indígenas, tapes, salvajes o infieles, ya esto como para justificarse por tratarlos de manera poco ajustada a las enseñanzas de Cristo.

De “huinca” alguien hace que deriva “gringo”, aunque en Chile, Perú y Bolivia también se le llama “gringo” al extranjero. Según otra versión, “gringo” viene del estribillo de una canción que entonaban los soldados prisioneros de las invasiones inglesas. Además, gringo se usaba en España como deformación burlesca de griego.

\* \* \*

Alcides D’Orbigny que viajó por las pampas en 1834, calcula el número de indios en 20.000. Los ofrecimientos de los caciques cuando las invasiones sobrepasaron con mucho esta cifra. Hay quien habla de 60 mil guerreros. El número es seguramente excesivo, a pesar de que en 1806, las pampas contuvieran doble o tripe número de habitantes que cuarenta años después. Cuando los visitó D’Orbigny, ya las guerras, las pestes y el alcohol habían hecho su obra destructiva entre los salvajes. ¿Por qué los indios, adversarios del huinca español, se ofrecieron a pelear a su lado contra los ingleses? El Deán Funes y Chiclana escriben que los indios ya han saboreado “algunos deleites de la civilización” y “que era más fácil someterlos por el intercambio comercial que por la fuerza”. Este intercambio hizo que muchos caciques se decidieran a apoyar a sus parroquianos españoles; contra los “colorados” desconocidos que, “tras de vosotros siguieran nuestra busca”, dice el documento donde consta la presencia

de una embajada indígena en el Cabildo (Acta del 22 de diciembre de 1806). Como si los indios del sur adivinaran lo que esos “colorados” habían hecho con sus congéneres, los pieles rojas del norte.

Wellington Zerda ha escrito un folleto donde comenta la actitud de los indios ante las invasiones inglesas:

El cuerpo de Castas (formado en gran parte por soldados indios) llamó la atención de los veteranos ingleses por su valor y destreza. El Cabildo no aceptó, por cierto, que miles de indios a caballo penetraran en Buenos Aires, ni aún que pasasen la línea divisoria del Río Salado; pero en el supuesto de una tercera invasión —se proyectó en Gran Bretaña— más poderosa y que abarcaría desde la ensenada de San Borombón a la desembocadura del Río Negro, en combinación con un desembarco en Chile para penetrar por los Andes, el Cabildo prometió aceptar sus servicios para vigilar las costas. Wellington Zerda le atribuye valor moral al ofrecimiento, pues, “las autoridades se sintieron fuertes contando con la reserva india”.

Los cabildantes podían haber dicho lo que después dijo el sagaz Rosas: Antes de Caseros, Antonino Royes le habló de llamar a sus aliados puelches y ranculches y sus poderosas caballerías. Rosas contestó: “Si triunfamos, ¿quién contiene a los indios? Si somos derrotados, ¿quién contiene a los indios?”

Cabildantes y Caciques se abrazaron, después de responder aquéllos a la abundante oratoria araucana de éstos con frases halagadoras, promesas y regalos; pero nada más, y muy cuerdamente. ¡Ya los menguados pelucones del Cabildo tenían bastante con habérselas frente a criyos del suburbio, negros esclavos e indios servidores, ahora de uniforme y erguidos los ánimos por el triunfo callejero!

Asegura un escrito anónimo del que Groussac se sirve en su historia de Liniers que éste pudo salvarse refugiándose entre los indios, sus aliados desde las invasiones. Se le propuso un plan de fuga con baqueanos seguros y llevarse los 200 caballos de la escolta para impedir a ésta la persecución. Liniers no aceptó la propuesta, porque: “interesaba más a la buena causa que siguieran viaje a Buenos Aires”, dice el Anónimo, “pues su presencia allí —escribe Groussac— podría conmover al pueblo de la Reconquista y detenerle en la pendiente revolucionaria”. No fue posible dado que el alerta Moreno avizoraba todos los caminos por donde pudiera atacar la reacción, hasta los sentimentales, y le salió al paso.

## ILUMINACIONES

SALITRAL

*Adelante,*

*paso a paso, sal y arena.*

*Adelante, paso a paso,*

*paso a paso, sal y arena.  
Siempre igual. Lo mismo siempre  
Sal y arena.  
No se encuentra un árbol, nada.  
Sal y arena.  
¿Qué otra cosa hay en el mundo?  
Sal y arena.  
Ni una fiera, ni enemigos  
sal y arena.  
¿Pero no son enemigos  
Sal y arena?..*

*Adelante, paso a paso,  
Paso a paso ,sal y arena,  
Las miradas voladoras  
Sólo hallan sal y arena  
Ni una nube  
Sal y arena  
¿Qué otra cosa hallar?  
¡Y siempre sal y arena!  
Sal y arena en todas partes,  
sal y arena.  
Sal y arena ante la vista  
y a la espalda, sal y arena.  
¿Pero acaso el mundo es todo  
sal y arena?...*

*Adelante, paso a paso,  
paso a paso, sal y arena.  
¿Sombra de árboles ha habido,  
tierra verde?, sal y arena.  
¿Toda el agua se ha secado?,  
sal y arena.  
Sal y arena en el recuerdo  
y en el odio, sal y arena  
sal y arena, derrotados,  
moribundos, sal y arena.  
Adelante,  
paso a paso, sal y arena.*

¡LOS INDIOS!

*Es un tambor de cascos que va sobre la pampa. Chuzas que todo hienden, bolas que todo abaten, y un huracán de crines rebeldes a las vinchas y un alarido largo que hace erizar las carnes.*

*Salió del horizonte —¡los indios!— este viento que deja, humeante, el rastro de sus devastaciones: llantos, incendios, robos, el pavor y la muerte. Salió del horizonte... Se volvió al horizonte...*

CAMINO

*Nació del pie de un ombú,  
y empezó a andar el camino,  
empezó a andar hacia el sur.*

*No se detuvo hasta entrar  
en los portones fantásticos  
de una nube  
¡muy allá!*

CABALLO INDIO

*Este caballejo indio  
que nunca supo del látigo,  
posee oído de puma,  
de zorro posee olfato;  
la soledad procelosa  
vista le dio de araucano  
y la libertad maestra,  
de su instinto antes mellado,  
sacándole filo y punta,  
hizo cuchillo de guapo.  
Este caballejo indio  
que nunca supo del látigo,  
puede trotar en guadales  
y disparar boleado,  
saltar entre viscacheras,  
donde otros quedan mancados,  
hollar difíciles médanos,  
cruzar torrentes a nado  
y de horizonte a horizonte  
no conocer el cansancio.  
Su sed no sabe de urgencias,  
para su hambre todo es pasto.*

*No tiene estampa de pingo  
cerdudo, pequeño, basto  
¿pero quién es de la pampa  
más hijo que este caballo,  
que este caballejo indio  
que nunca supo del látigo?...*

INDIO MANSO

*En vez de llamarte Lloica,  
Loncuy, Llapay o Guenchén,  
en vez de un sonoro nombre,  
te llamas Juan o Manuel;  
como un pulpero te llamas,  
en vez de llamarte Uquén.  
Se te ha quebrado la chuza,  
el poncho es todo tu haber;  
borrachín y pedigüenio,  
¿si es cuanto se puede ver!;  
¿un indio —pobre indio manso—  
verse en las pampas de a pie!*

CAUTIVA

*El indio, en el caballo atravesada,  
lleva la dicha, es una forma blanca,  
fruto de incendio que al pavor robara...*

*El deseo del indio es una espuela:  
Corre el caballo y pasos son las leguas.  
¿Si hasta el caballo sabe lo que lleva!*

RUMBO

*Sale del río Salado,  
y rumbea hasta el Pacífico.  
Llanos corre, salta médanos,  
y en los Andes pega brincos;  
gambetea caldenares,  
salinas y anegadizos;  
sale del agua allá abajo,  
llega arriba al cielo mismo;  
largas leguas, leguas largas,  
—polvo, viento, sol o frío—*

*rumbea, baquiana y firme,  
la rastrillada del indio.*

CREDO INDIO

*Creo en Gunechén benigno  
y en mi larga chuza creo;  
creo en Huecuví temible  
y en mi caballo ligero.*

CANCIÓN QUE PUDIERON CANTAR

LOS INDIOS PAMPAS

*Ya sabemos el camino,  
ya tienen punta las lanzas,  
y tientos las boleadoras...  
¡En marcha!*

*¡Morir! Ya muchos han muerto,  
muchos morirán mañana,  
morir podemos nosotros...  
¡En marcha!*

*Es no ver llegar la muerte,  
morir arrojando el arma,  
morir a caballo es de indio...  
¡En marcha!*

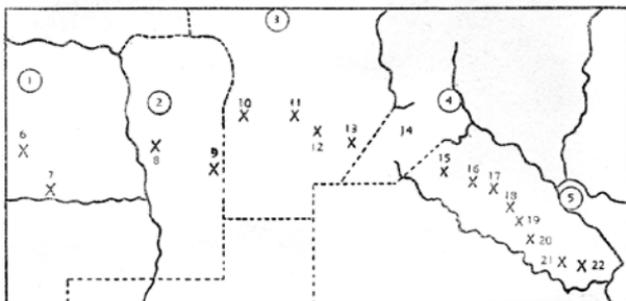
FUNDACIÓN

*Maderas, barro, pajas: la empalizada, un rancho  
y alrededor el foso. ¡Bien! ¡Ya está!  
Ya está el fortín fundado. Mañana será un pueblo.  
(Y pasado mañana una ciudad).*

Tercera parte

**Los huincas de América  
y los pampas**

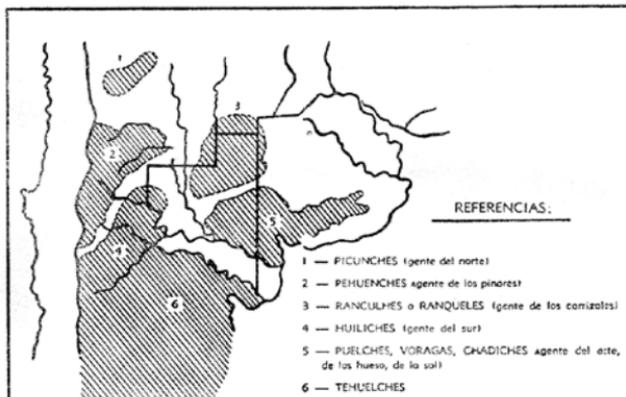
LÍNEA DE FORTINES A FINES DEL SIGLO XVIII



REFERENCIAS.

1, 2, 3, 4 y 5: MENDOZA, SAN LUIS, CORDOBA, ROSARIO y BUENOS AIRES.

6 — SAN CARLOS	11 — SAN CARLOS	16 — SALTO	21 — RANCHOS
7 — SAN RAFAEL	12 — LA CARLOTA	17 — ARECO	22 — CHASCOMIUS
8 — SAN JOSE DEL BEBEDERO	13 — TUNAS	18 — LUJAN	
9 — SAN LORENZO DEL CHAÑAR	14 — ABLINQUE	19 — NAVARRO	
10 — SAN FERNANDO	15 — MERCEDES	20 — LOBOS	



REFERENCIAS.

- 1 — PICUNCHES (gente del norte)
- 2 — PEHLENCHES agente de los pinaretes
- 3 — RANCULCHES o RANQUELES (gente de los corrales)
- 4 — HUILICHES (gente del sur)
- 5 — PUELCHES, VORAGAS, GHADICHES agente del este, de los huesos, de la sal
- 6 — TEHUELCHES

## Los huincas de América y los pampas (1810-1835)

Decreto de la Junta Grande del 1 de setiembre de 1811:

*Nada se ha mirado con más horror desde los primeros momentos de la instalación del actual gobierno como el estado miserable y abatido de la desgraciada raza de indios. Estos nuestros hermanos, que son ciertamente los hijos primogénitos de la América, eran los que más excitados se hallaban de todos los bienes y ventajas que tan libremente había franqueado a su suelo patrio la misma naturaleza; y hechos víctimas desgraciadas de la ambición, no sólo han estado sepultados por esclavitud ignominiosa, sino que desde ella misma debían saciar con su sudor la codicia y el lujo de los opresores.*

*...Penetrados de esos principios los individuos todos del gobierno y deseosos de adoptar todas las medidas capaces de reintegrarlos en sus primitivos derechos, les declararon desde luego la igualdad que les correspondía con las demás clases del Estado.*

*Ratificado por la Asamblea Constituyente de 1813 que abolió la mita, las encomiendas, el yanaconazgo y el servicio personal de los indios.*

*Bajo todo respecto y sin exceptuar aún el que prestan a las iglesias y sus párrocos o ministros.*

*Ordena también que se les haya y tenga a los mencionados indios de todas las Provincias Unidas por hombres perfectamente libres, y en igualdad de derechos a todos los demás ciudadanos que las pueblan.*

\* \* \*

La Revolución de Mayo, realizada por hijos de conquistadores, e imbuida de nobles ideales de libertad, justicia y fraternidad, consideró a los indígenas iguales y hermanos menores. Por ley abolió la esclavitud de la raza cobriza. Los decretos que expidiera la Junta de 1810 y ratificara la Asamblea de 1813, fueron traducidos al guaraní, al quichua y al aymará. No, al araucano. Quiere esto decir que los hombres de Mayo

no vieron esclavos a quienes emancipar de la férula conquistadora en los indios de las pampas. Entre éstos, además de los nómades bravos, existían indios mansos o amigos, pero no esclavos, no servidores... Guaraníes, diaguitas y calchaquíes, habiendo estos dos últimos sufrido antes del yugo español el yugo incaico, podían recibir los rayos del sol recién amanecido en las ondas del Plata.

Los araucanos que en Chile supieron resistir al poderío del Inca y luego al del conquistador hispánico, que a su vez invadieron y se posesionaron de las pampas, no necesitaron la protección legal de los libertadores de Mayo. A punta de lanza y a tiro de boleadoras supieron defender su albedrío los amos de la distancia y la soledad. Mayo los encontró así, fuertes, altivos, temibles, y a caballo poseedores como por derecho natural de las vacadas y caballadas chúcaras que pudieran encontrarse desde el río Salado al sudoeste. Y en ocasiones también hacia el noreste. Dueños de las dos terceras parte de la propia provincia de Buenos Aires, ya que Mayo no recibió del Virreynato más de 30 mil kilómetros cuadrados de provincia.

Los salvajes de “tierra adentro” constituían una potencia y, como tal, fue respetada su soberanía. Los dirigentes de Mayo, magüer su origen, se sintieron solidarios con el habitante primitivo de América. Lo dice su himno:

*Se conmueven del Inca las tumbas  
y en sus huesos revive el ardor  
lo que ven renovando a sus hijos  
de la Patria el antiguo esplendor.*

Hijos de españoles, al enfrentar a éstos, comenzaron por recordar como un crimen la opresión por aquéllos ejercida sobre los “hijos primogénitos de América”. Y, sin serlo en nada, se sintieron algo indios, hermanos a ellos por razón de nacimiento. “Yo también soy indio”, exclama San Martín, hijo de españoles y criado en España. A su vez, un cacique ranquel dice a Chiclana, enviado de Buenos Aires, que el gobierno de éste “es indio como nosotros”.

Pero esta actitud explicable en el primer entusiasmo guerrero habría de ser corregida. Mas adelante, la raza volvería por sus fueros, y los americanos hijos de españoles, ya amos de su tierra, la disputarían al “hijo primogénito” con tanta saña como los conquistadores, sus padres.

Más aún, en la lucha por la independencia, no pocas veces se vio al indio, aliado con el español, combatir al americano. En la epopeya de las pampas el hecho es evidente. La comunicación entre el Atlántico y el Pacífico que el español no pudo establecer, la lograron los españoles de Chile al través del indio, es decir, supieron encender su codicia, soliviantarlo y empujarlo contra la capital del Plata, foco de rebeldías. Después de la reconquista de Chile por San Martín sobre todo, los españoles, restos del ejército realista refugiados en el sur, supieron atraerse a los araucanos y encabezar su ímpetu contra la ciudad revolucionaria, dueña a la vez de ingentes riquezas caballares y vacunas.

Los fortines del sur, casi desmantelados, con sus blandengues convertidos en soldados para los ejércitos que llevaban la idea emancipadora hacia las provincias del norte y del litoral; fueron con las estancias que ellos protegían, fácil presa de los malones. Además: las guerras civiles. Muchos caudillos –Artigas, Carrera, Ramírez, López... hicieron de la horda india su aliada contra la ciudad. Y lo que antes fuera una lucha de intereses de razas, por así decirlo, huincas contra mapuches, se complicó. Fue una lucha de intereses locales. Los intereses de unas tribus contra otras tribus se confundieron con los intereses de unas provincias contra otras provincias.

El año 1810 halló al indio en relativa paz. Los grandes malones habían cesado; el indio respetaba los pactos con el español aunque esto no significara que, grupos maloneros aislados, es decir, más ladrones que guerreros, no asaltasen estancias o arriasen ganado después de asesinar a sus habitantes. El cacique con quien se había pactado, no podía asegurar nunca que todos sus indios respetasen su propia palabra. Su poder como cacique no alcanzaba a tanto... o simulaba que no alcanzaba. Tampoco el huinca respetaba en absoluto lo pactado. Era, pues, una paz en armas, y a merced de la mutua infidencia.

En octubre de 1810, el gobierno de Mayo, por iniciativa de Mariano Moreno, envía a las pampas la expedición del coronel Pedro Andrés García. Es una expedición pacífica, comercial y diplomática, que por sus peripecias, lo exótico del ambiente y los personajes, así como por su desarrollo al borde del dramatismo, está aguardando siempre la pluma evocadora del novelista que la anime de aventuras, a lo Fenimore Cooper o a lo Jack London...

García va en busca de sal a las Salinas Grandes y a ponerse en contacto con los indios para comunicarles que hombres de América han sustituido en el gobierno de Buenos Aires a los huincas de Europa.

Nadie mejor que el coronel Pedro Andrés García para esta misión. Como antes Luis de la Cruz, o el coronel Álvaro Barros, el coronel García prefiere confiar más en las razones y en la cordialidad que en la fuerza de las armas. Nacido en Santander, llega muy joven al Plata y a los 18 años se incorpora a la expedición del virrey Ceballos contra los portugueses, luego pelea contra las invasiones inglesas de 1806-7 y en 1809 apoya a los criyos cuando la asonada de los cuerpos peninsulares contra Liniers. La Revolución de Mayo lo halló en sus filas. Conoce las pampas, ha hecho vida de fronteras, ha tenido tratos con los indios. Hasta su muerte –ocurrida en 1833– García prestará útiles servicios y dejará informes que consultarán con provecho los que después intenten resolver el problema del indio. Pedro de Angelis le atribuye: “talento de observación, fructificado por la experiencia, y una perseverancia sostenida por el deseo de ser útil al país que había adoptado” (Prólogo al *Diario de la expedición a la Sierra de la Ventana*, en 1822).

Las tres lagunas llamadas Salinas Grandes, como Carhué y Choele-Choel, constituían un excelente punto estratégico para el indio, una avanzada de observación, un alto en su largo camino desde las llanuras de Buenos Aires a los bosques y serranías del oeste. Para los “cristianos” eran el depósito de sal más accesible a sus caravanas terrestres.

El coronel García concentró sus elementos en el fortín Lujan. Constaban ellos de 172 carretas, 62 carros, 2.927 bueyes, 520 caballos y un personal de 10 artilleros, 26 infantes, 35 soldados de caballería,

40 carreteros, 278 peones y “lenguaraces” —o intérpretes— y 8 indios amigos, o sea “baquianos”, los guías de la expedición. La columna tomó la “rastrillada” (camino abierto por los indios, mejor aún, por las pezuñas de sus caballos y haciendas) que conducía desde la margen derecha del Salado hasta las Salinas Grandes. En el *Informe* que envió el coronel García a la Junta —año 1811— puede apreciarse la aventura peligrosa que constituyó este viaje. Los indios, tal vez ya empujados por los españoles de Chile, o porque temieran ser despojados; presentáronse agresivos. García, prudente y fuerte a la vez, pactó con ellos. “Las necesidades —informa el jefe— me obligan a complacerlos con dignidad y decoro para no aventurar la expedición”. El cacique Lincon recordaba afrentas del pasado. Y quería vengarlas. Otros se dejaron convencer por el alcohol, el tabaco y la yerba de las dádivas. “No me he quitado las botas desde que estoy entre estos amigos”, escribe García. Lo cual demuestra el recelo en que era preciso vivir para evitar un ataque por sorpresa. Se pudo así burlar la astucia de Lincon, convencer a los otros caciques y cargar las carretas de sal. La vuelta se hizo como la ida, entre una nube de lanceros más o menos hostiles a quienes se debía mantener a distancia mediante amenazas o regalos, que se embriagaban y peleaban entre sí. El *Informe* de García encuentra que, a pesar de su barbarie, el indio podía ser reducido y asimilado a la civilización. Es, sobre todo, humanitario y liberal. No se le oyó o no se pudo oírlo. A pesar de sus buenos propósitos, los hombres del primer gobierno de Mayo, atraídos por asuntos más apremiantes, no pudieron entregarse al arduo y lento trabajo de civilizar al indio. El plan de García no pudo ser desarrollado. Empero, en él se proponía lo que sólo más de medio siglo después iba a intentarse: fortificar una frontera desde el Río Colorado al sur de Mendoza, establecerse en Salinas Grandes, Guaminí y Sierra de la Ventana.

En un *Informe* posterior —año 1820—, García escribe:

Fue errado y muy dañoso el sistema de conquistar a los indios salvajes a la bayoneta y de hacerlos entrar en las privaciones de la sociedad sin haberles formado necesidades e inspirándoles el gusto de nuestras comodidades...

Muestra asimismo que la arbitrariedad de los cristianos sólo ha servido para hacerles olvidar sus necesidades y unirse contra él en guerras feroces. Su espíritu de observación lleva a García a escribir páginas que si no hubiesen sido olvidadas en los archivos e ignoradas por los militares que le sucedieron, habrían ahorrado muchas vidas. Esta observación, sea el caso:

... un obstáculo de difícil reparación que la experiencia me lo ha demostrado es que, antes de los ocho días de marcha, se inutilizaban nuestras cabalgaduras y ganados, aniquilándose al extremo de no poder servir aquéllas, no poder comerse la carne de éstas. Tal novedad la causan los pastos y las aguas, y es necesario en buena estación el reposo de un mes para que se repongan y aclimaten, cosa que no puede hacer una armada, que en el campo enemigo busca a su contrario para atacar. Esta doble necesidad nos debe hacer entrar en convenios para sacar los recursos de sus mismos campos.

Estas voces prudentes, resultado de la experiencia, fueron poco escuchadas. Los García o los Chiclana se veían arrollados por la premura y ceguera de la impaciencia y el coraje. El momento era de guerra. Muchos caciques, sin embargo, estaban dispuestos a la paz y la colaboración. Así se lo expresaron a García. Y al cacique Quintelén que en 1811, bajó a Buenos Aires y se presentó al Cabildo, lo recibió Chiclana –que antes, en tiempo del Rey, había dado ya pasos de concordia visitando tribus–. Chiclana dijo a Quintelén y a los suyos:

Amigos, compatriotas, hermanos, unámonos para constituir una sola familia...

Ese año de 1811 y los siguientes, se presentaron nuevos caciques a hacer ofrecimientos. Los gobernantes de Buenos Aires los recibían, agasajaban; pero nada hacía para el acercamiento indio-criollo. Los indios de las pampas, establecidos en el oeste y sur de Buenos Aires, querían hacer una alianza a fin de combatir contra los nómades chilenos, empujados éstos por los realistas trasandinos sobre las riquezas ganaderas del Atlántico. Quizás por las preocupaciones del Gobierno

en su guerra del Alto Perú, hasta 1815, Directorio de Alvear, no se pensó seriamente en apoyar a los indios pampas contra los malones de los araucanos chilenos. Ya iba a salir una expedición al mando de García con tal objeto, cuando la sublevación de Alvarez Thomas contra Alvear frustró la empresa. El propio García fue preso. En 1816, García y Javier de Viana presentaron proyectos nuevamente, sin ser atendidos. Sólo volvió a crearse el disuelto cuerpo de Blandengues, y a estimular la obra realizada por algunos particulares –como Ramos Mejía–, obra de amistad y comprensión. “Ellos han sabido cultivar tales relaciones con los infieles vecinos que han recogido el fruto de no ser incomodados por éstos” –escribe en 1817 el Director Pueyrredón.

En 1819, Feliciano Chiclana visita a los ranqueles, tribus entonces pacíficas establecidas en el Oeste, Leuvucó, a 200 leguas de Buenos Aires. Lo reciben amigablemente. Y pacta con ellos una alianza contra los “maturrangos” (nombre que se da en el convenio a los realistas españoles) y contra los indios chilenos, sus aliados. Uno de los caciques –Payllerín– dice el informe de Chiclana, expresó que:

ya les tenía significado a sus compañeros que si los “maturrangos” volvían a mandar el país, habían de poner a los indios en términos de comer pasto y así debían estar siempre con el gobierno de Buenos Aires, que era de americanos como ellos...

El cronista Sánchez Labrador atribuye a los pampas, como condición de su carácter, obstinación, contumacia, altivez, rebeldía. No son, precisamente, las condiciones que exalta entre sus fieles la iglesia de Cristo, a la cual perteneciera aquel cronista; pero son excelentes condiciones humanas. En ellas residen latentes posibilidades de superación y triunfo. Frente a los violentos, los pampas demostraron poseerlas, aunque aptos para adaptarse a las razones que les llevaran los hombres pacíficos, lo cual fuerza a reconocer que no carecieron de inteligencia aquellos contumaces y rebeldes hijos de los aucás andinos.

La obra del hacendado Francisco Ramos Mejía en el sur así lo prueba.

He aquí el cuadro que del campo argentino hace Schoo Lastra:

En 1810 –fecha que puede prolongarse al 20 y aún al 30–, desde lo que eran orillas de la ciudad de Buenos Aires, sitios hoy edificados en pleno centro urbano, empezaban entremezcladas las chacras y estancias en campo abierto. En las últimas, la pobreza de la tierra, no fecundada aún por el trabajo, y la escasez de las aguadas, exigían varias hectáreas por cada vacuno, cabezón, puro aspas y de enjuto cuerpo. Entre los propietarios y porque no conseguían entenderse en los deslindes de sus campos, no mesurados aún. Los agricultores, caídos al acaso en un terreno realengo, que les resultaba gratis, o instalados en alguno particular cuyo arrendamiento exiguo corría parejo con el valor de las cosechas obtenidas mediante cultivos a flor de tierra, con instrumentos rudimentarios y semillas no siempre propias, roturaban su campo de mayo a agosto, y efectuada la siembra y en brote el cultivo, su preocupación principal era defenderlo de los animales de las estancias vecinas, empeñados en comérselo. Día y noche vigilaban con su familia, espantando a los intrusos; de tanto en tanto, agotada su paciencia, montaban a caballo y arremetían a lanzas o a palos contra ellos, corriéndolos en dirección opuesta al campo de su dueño hasta entreverarlos con los de otro vecino. Contadas eran las chacras cercadas en parte de su perímetro con palos irregulares y cueros de vacuno endurecidos a la intemperie en tal uso, hoy inconcebible. (El alambrado no se introdujo hasta 1848). En general, la población de la campaña era de gente improvisora: no había llegado aún el inmigrante resuelto a prosperar a fuerza de trabajo; constituíanla los descendientes de los primeros pobladores, quienes, a falta de posibilidades estimulantes, habían forjado metas de ensueño, como la “Ciudad de los Césares”, indispensables a su naturaleza humana para la realización de la epopeya de la conquista. A muy pocos se les ocurría pensar en el mañana, ahorrar, instruir a sus hijos. Generalizado tal estado de ánimo, cundía la holgazanería en desmedro de las buenas costumbres; una tercera parte de la población rural dejaba bastante que desear en ese sentido, y si la autoridad quería hacerla cambiar de hábitos, a ella no le placía, levantaba el campo y se iba con su modo de vivir a otra parte. En enero, en plena cosecha, diseminábanse por la campaña las pulperías ambulantes, proporcionando elementos, ropa y vicios, cobrados en grano. Eran sus dueños los acopladores de la época, y sirviendo sus propósitos y el gusto de su clientela, habilitaban garitos y expendían bebidas espirituosas. Una de las diversiones ya predilectas eran las carreras de campo. El artista inglés Vidal, que nos visitara, impresionando sus telas en una serie de escenas reproducidas luego en grabados en Londres, caracterizó la de las carreras con su aspecto movido de corredores y expectadores, entre los que hay algún cura jinete, puesto allí por contraste, como los negros de Venecia en los cuadros de Ziem.

Los indios se habían aproximado a las poblaciones, percibían de cerca aquella incipiente civilización, adquirían nuevos gustos, pero su contacto era perjudicial para los blancos, que aislados sufrían el roce de su existencia brutal y porque, delinquentes y vagos, eludían la acción de las autoridades, refugiándose en los toldos y desde allí eran doblemente dañinos.

Las guardias del interior hallábanse en estado ineficaz, carecían de armas y

hombres, y las haciendas y poblaciones avanzadas, y aún las situadas a la altura de las mismas, estaban sin reparo. En situación análoga a la de Lujan —es decir, con sus baluartes inhabilitados ya para la defensa— se hallaban las demás guardias y fortines cuya línea era: Chascomús, Monte, Lobos, Navarro, Luján, Carmen de Areco, Salto, Rojas, Fortín Mercedes y Melincué. La población no cabía dentro de los campos limitados por el Salado, su expansión se desenvolvía hacia el sur, avanzando sobre la margen opuesta del río; en cambio, en el oeste, no llegaba a él contenida poco más afuera de Lujan: eran indispensables las aguadas naturales, y lo mismo que habían hecho los indios lo imitaban los cristianos al poblar. En la primera década de nuestra vida independiente perduraron los efectos de la política conciliadora mantenida con los naturales en las postrimerías del Virreynato; había que dedicar todo el esfuerzo de que era capaz la colectividad a la lucha por la independencia, en la que se jugaba su destino. Se consideraba a los habitantes del desierto como masas de población susceptibles de ser incorporadas algún día al país en su vida civilizada.

Pero los indios de estos años posteriores al 1810, ante el problema de la hacienda cimarrona que les escaseaba en “tierra adentro”, por el abuso que de su matanza hicieron; eran otros ya que los indios de la época del Virreynato, época de abundancia. Además, desde Chile, los realistas estimulaban el abigeato de los puelches maloneros. Había otros motivos para que crioyos e indios no se arreglaran amistosamente, según parece haber sido el deseo de unos y otros. Las tolderías eran un refugio de gauchos o negros alzados, generalmente con toda razón, hartos de la prepotencia patronal y de la arbitrariedad de la “Justicia”. A ellos agregábanse cuatrerros, ladrones, cuando no asesinos. Elementos que impartían sus enseñanzas de descontento entre los indígenas. Añádase a ello las preocupaciones de la lucha por la independencia primero y las guerras civiles en seguida.

Las estancias y poblaciones avanzaban hacia el sur y el oeste, hacia “tierra adentro”, empujadas por la natural expansión del país rico. Esa “tierra adentro” pertenecía a los aborígenes, así constaba en los pactos que se celebraron desde los tiempos del Virreynato. Su violación enardecía a los caciques, y respondían a ese avance matoneando.

Desde el año 1580 en que los huincas poseen 1.220 kilómetros cuadrados de pampa, hasta 1820 en que poseen 39.258; el avance es continuo. La civilización no puede contenerse para no ser infiel a lo pactado con la barbarie. De los indios es la razón legal y de los civilizados, la

razón histórica. Esta paradoja aparente la resolvió siempre el civilizado mediante la violencia. Sus pactos con los naturales, los dueños de un país, sólo eran aplazamientos. Así ocurrió en las pampas, huincas de Europa o huincas de América, nunca, en verdad, pensaron seriamente en detener su avance progresista para no violar el derecho de los bárbaros poseedores. Pero necesitando pausas, no dejó el huinca de pactar con el indio.

A los convenios ya enumerados (García en Salinas Grandes, Chiclana en Leuvucó), agreguemos ahora el de 1820, entre el gobierno del general Martín Rodríguez y los caciques Ancafilú, Tacumán y Trirín, en representación de otros, en Miraflores, al sur de la provincia de Buenos Aires. El documento dice:

Convención estipulada entre la Provincia de Buenos Aires y sus límites los caciques de la frontera del Sud de la misma provincia con el objeto de cortar de raíz las presentes desavenencias ocurridas entre ambos territorios, y de establecer para lo sucesivo bases firmes y estables de fraternidad y seguridad recíprocas.

Los artículos estipulaban: protestas de paz y buena armonía, fijación de hacienda por los indios, franqueo por parte de los hacendados para que los indios pasaran a nutrir, compromiso del Gobierno a “la mejor composición en sus tránsitos comerciales, respeto mutuo de las propiedades, obligación por parte de los caciques a prender y entregar a los desertores y criminales que se refugiaran en sus tolderías, obligación mutua a guardar fidelidad a lo pactado. Son 10 artículos. Y en nombre de los pampas firmaron Francisco Ramos Mejía y José Ramos Ezeiza, hacendados del sur. Es de hacer notar que Ramos Mejía “protesta que al establecerse el compromiso del artículo 9° —el de la devolución de los criminales y desertores refugiados— él no se hallaba presente”. Razón tenía. El prudente hombre de paz, que era el abogado de los indios, desconfiaba del Gobierno. Iban a demostrar los desmanes de éste que no desconfiaba en vano. A pesar del convenio de Miraflores, la guerra iba a desatarse en seguida, más cruel que nunca. La torpeza impaciente del general Martín Rodríguez la desataría. Por otra parte, ahora como cuando el Virreynato, las leyes no eran nada ante el favoritismo, la coi-

ma y la autoridad de mandones ignorantes o codiciosos. Letra muerta el convenio y la ley, frente a la práctica violadora de una y otro. Esto y la guerra civil o la intolerante inercia del campesino, impidió, por ejemplo, que el Director Pueyrredón realizase su proyectada “expedición pobladora” en 1817. Algo se hizo: en Raquel Huincul se estableció una guardia; pero los intentos de colonización estatal se frustraron. Todo quedó a merced de la iniciativa particular. Los estancieros, empujados por las necesidades de sus empresas –Francisco Ramos Mejía o Juan Manuel de Rosas– avanzaban con sus establecimientos, a pesar de todos los peligros. Uno y otro envían notas y memorias al Gobierno de Buenos Aires en 1817, 19 y 20. En ellas estudian el problema y proponen métodos de pacificación. Ambos se inclinan a no invadir al indio, a pactar con él y atraerlo. Ramos Mejía por su índole de hombre culto, “misionero de paz y riqueza”, como lo llama el historiador Vicente Fidel López; Rosas, por su innata sagacidad política, por su conocimiento del campo y de los indios, cuanto de la debilidad del Gobierno de Buenos Aires, acosado por la guerra civil, la lucha por la Independencia y la amenaza de la fuerte expedición de Morillo en momentos que San Martín guerreaba en el Perú.

Pero no estaban los tiempos ni eran los hombres para resolver el arduo problema pacíficamente.

El año 1820 que se señala en la historia como el álgido de las guerras civiles, es el que indica también el comienzo de la guerra contra los indios en grande escala, ya que asesinatos y robos, pequeños malones cometidos por grupos, a veces en represalia contra hechos de los cristianos, los hubo siempre. (Las “pilonas”, llama el gaucho a las sentencias injustas).

A principios de marzo, el cacique Quintelen, descontento porque su tribu no entraba en los pactos hechos con pampas y ranqueles, se arrojó sobre Navarro, maloneó, se llevó haciendas y cautivas. En Salto y Areco se rechazó su ataque, pero el cacique no aceptó las proposiciones que se le enviaron. Declaró que esas propuestas de paz, hechas para engañarlo, no tenían otro objeto que avanzar las fronteras sin ningún beneficio para los aborígenes.

Se volvió a hablar entonces, abundante e indignadamente, de “la perfidia de los bárbaros de la pampa”.

Con acierto, Rómulo Muñiz escribe:

Los indios ponían en uso su arma favorita: el ataque por sorpresa, el golpe astuto e inesperado; medios, como se ve, que definen uno de los aspectos del temperamento del indígena americano, que a falta de instrumentos materiales para triunfar, buscaba en su propio genio, el procedimiento adecuado, que les diera la victoria. A propósito de esto, es tiempo de archivar entre las antiguallas tontas, la gastada repetición de la traición y perfidia, como argumento para denostar al autóctono americano, y que tanto ha servido para ocultar la ineptia o brutalidad del conquistador colonial o sus descendientes. Es hora ya de comprender una de las peculiaridades del carácter del indio y ver que en esto, no hacía sino usar una de sus cualidades propias, que lo ponía en condiciones magníficas, dado sus medios, de tentar el triunfo en las acciones y luchas, impuestas o buscadas.

Al desborde del cacique Quintelen y sus pampas, se unieron complicaciones de la guerra civil, ese año 1820 en su auge: por el pacto de Benegas (23 de noviembre), Córdoba, o sea el caudillo Bustos –Santa Fe–, o sea el caudillo López, y Buenos Aires –gobernador Martín Rodríguez–, convinieron aliarse contra Entre Ríos, o sea el caudillo Ramírez. A su vez, Buenos Aires exigió la entrega de José Miguel Carrera, el caudillo chileno asilado junto a López, en Santa Fe. Carrera se salvó huyendo a la pampa al frente de su tropa, un grupo heterogéneo de hombres “al margen de la ley”, matreros o cuatreros o antiguos esclavos huidos. Buscó unirse a los indios ranqueles, ubicados en el noroeste de Buenos Aires. Su propósito era el de siempre: pasar por el Planchón a Chile. Pero el 3 de diciembre, su banda unida a los indios, atacó al pueblo del Salto. Se saqueó, mató, incendió, un verdadero malón indígena. El acontecimiento estremeció de horror y de cólera a Buenos Aires. El gobernador Rodríguez juró vengarlo y salió en busca de Carrera, rumbo al sur, según se suponía su ruta. En su proclama, Rodríguez dijo:

José Miguel Carrera, ese hombre depravado, ese genio del mal, esa fiera hos-

tigada por el Infierno mismo... Yo juro al Dios que adoro, perseguir a ese tigre y vengar a la religión, que ha profanado; a la Patria, que ha ofendido; a la naturaleza, que ha ultrajado con sus crímenes...

Carrera, en tanto, se internó en las serranías de Córdoba, San Luis y Mendoza, buscando el paso a Chile. Pero fue derrotado y fusilado. El personaje chileno, cuyo juicio no cabe en este libro, es complejo, en verdad –tal vez más complejo que Alvear y aún que Monteagudo, también de facetas tan disímiles–. Historiadores como Mitre y López, lo condenan sin atenuantes. Otros, como Vicuña Mackenna, lo absuelven. En carta a su esposa, Carrera escribía:

En mi situación no puedo prescindir de acompañar –a los indios– al Salto, que será atacado mañana al amanecer. El paso de mañana me consterna.

Merece oírse también la opinión de quienes lo conocieron: William Yates, aventurero irlandés que escribió una *Relación* de sus hechos, el coronel argentino Manuel Pueyrredón (*Escritos históricos*), o el sacerdote uruguayo José Benito Lamas que, acompañándolo en el momento de su muerte, dejó una emocionada narración de ella.

No se halla fuera de lugar, prolongando esta disgresión, presentar a las “montoneras”, tropas irregulares de campesinos que, al mando de jefes improvisados –Artigas, Ramírez, López, Carrera, Bustos, Quiroga, Ibarra, Aldao..., todos verdaderos señores feudales–, alimentaron la guerra civil, generalmente contra Buenos Aires, metrópoli comercial y a las vez foco de innovaciones ideológicas. Estos montoneros, combatientes a lo indio, por sorpresa, ocuparon buena parte de la epopeya pampeana. No todos los ejércitos que enviaron Buenos Aires, Córdoba o Mendoza contra los bárbaros eran ejércitos disciplinados. La mayoría de ellos no pasaba de ser una montonera gaucha, armada a sable, lanza, boleadora y a veces de carabina y fusiles.

Narra el general Paz en sus *Memorias*:

Los montoneros presentaron su línea, que siguió avanzando, pero que hizo alto para dejar obrar a lo que ellos llamaban su infantería; consistía ésta en unos

hombres armados de fusil y bayoneta que venían montados habitualmente, que sólo echaban pie a tierra en ciertas circunstancias del combate. Cuando estaban desmontados nunca formaban en orden unido, y siempre iban dispersos como cazadores, formaban parejas, y para ello hacían servir sus amistades y relaciones personales; de modo que este vínculo lo tenían más para protegerse mutuamente y no abandonarse en el conflicto. A presencia del enemigo, y sin desmontarse, se desplegaban en guerrillas, y cuando habían llegado a la distancia conveniente, echaban pie a tierra quedando, uno, con los dos caballos; y avanzándose el compañero, dio algunos pasos, para hacer fuego, el que continuaba mientras se creía conveniente. Algunas veces se conservaba a caballo el uno teniendo de la unidad el caballo del que se había desmontado. Si eran cargados y se veían obligados a perder terreno, saltaban en sus caballos con rara destreza, y antes de un minuto habían desaparecido. Si, por el contrario, huía el enemigo, montaban con igual velocidad para seguirle; y entonces obraban como caballería por más que sus armas fueran las menos adecuadas.

Mitre, a su vez, pinta a los montoneros de Estanislao López, el caudillo de Santa Fe donde Carrera había encontrado refugio después de sus correrías y aventuras:

La columna de López presentaba un aspecto original y salvaje. Su escolta, compuesta de dragones armados de fusil y sable, llevaba por casco (como los soldados de Atila una cabeza de oso), la parte superior de la cabeza de un burro con las orejas enhiestas por crestón. Los escuadrones de gauchos que le acompañaban, vestidos de chiripá colorado y botas de potro, iban armados de lanza, carabina, fusil o sable indistintamente, con boleadoras a la cintura, y enarbolaban en el sombrero, llamado panza de burro, que usaban, una pluma de avestruz, distintivo que, desde entonces, empezó a ser propio de los montoneros. Los indios con cuernos y bocinas por trompetas, iban armados de chuzas emplumadas, cubiertos en gran parte con pieles de tigre del Chaco, seguidos por la chusma de su tribu, cuya función militar era el merodeo.

La descripción que más tarde hará Darwin del ejército de Rosas, que halla en el Río Colorado, no varía mucho. Su pintoresquismo salvaje se le asemeja.

\* \* \*

Antes de narrar los hechos de guerra ocurridos desde 1820 a 1835 —campana de Martín Rodríguez, Rauch, Rosas—, preciso es detenerse a explicar qué son las rastrilladas, qué los fortines y especificar la impor-

tancia de personajes tan indispensables en esta lucha como el baqueano, el rastreador y el lenguaraz, no pocas veces aliados los tres oficios en un solo importantísimo personaje, con el aditamento de soldado.

Rastrillada, en la “jerga de la tierra”, es un camino trillado, de aquí su nombre, por el paso de las bestias. Se les llamó también “caminos chilenos”, pues por las rastrilladas iban y venían los malones araucanos que desde la cordillera bajaban a asolar las llanuras porteñas. Todavía en 1880, algún viajero habla de una rastrillada que tiene 300 metros de ancho. Tierra dura apisonada o cruzada de huellas en todas direcciones. Esas rastrilladas, caminos excelentes, eran la obra de los años y de la experiencia. “En la pampa —dice un práctico— no hay otros caminos. Apartarse de ellos un palmo, salirse de la senda, es muchas veces un real peligro, porque no es difícil que allí mismo, al lado de la rastrillada, haya un guadal en el que se entierran caballo y jinete enteros”

Cientos de miles de animales, conducidos lentamente por los indios maloneros, desde Buenos Aires a Neuquén y Chile, habían ido trazando las rastrilladas. Ellas serpenteaban por los mejores campos, evitando pantanos y cangrejales, buscando aguadas y buenos pastos. No eran la obra de la ventura sino de la sabiduría. A muchos les fue preciso errar, perderse en arenales, padecer fatigas y sed, quizás dejar la vida o el caballo —y dejar el caballo era dejar la vida— antes de encontrar el rumbo preciso por donde debía pasar la rastrillada. Ya Luis de la Cruz, aquel memorado viajero que, desde Concepción (Chile), llegó a Melincué (sud de Santa Fe), habla con admiración de las rastrilladas indias. Sin ellas, su viaje hubiese sido imposible.

Salían rastrilladas, una, por ejemplo, de Carmen de Patagones hacia el oeste, costeano el Río Negro, el Limay, el Agrio, el Neuquén, pasaba la cordillera, penetraba en Chile. Otra de Bahía Blanca hasta Arauco, por la margen del Río Colorado. Otra de Carhué, pasando por Salinas Grandes, o de Melincué hacia el sur. Unas desembocaban en otras, como ríos menores, hasta saltar los Andes. La principal, por su longitud y anchura, era la rastrillada que conducía a las Salinas Grandes, punto estratégico de los ejércitos indios, avanzada de los malones.

Tan bien trazados estuvieron estos caminos, con tanta precisión topográfica, que las líneas de mensajerías y galeras que corrieron después de la conquista de las pampas (1880), así como las de ferrocarriles, hubieron de trazarse sobre las rastrilladas de los indios. Aún la ruta que, partiendo de Buenos Aires, llega a Santa Rosa, capital de la gobernación de la Pampa, sigue la huella de una rastrillada india.

Si esto es ahora, con la “misteriosa pampa” ya conocida, con árboles que endurecieron las tierras y las hicieron transitables, ¡qué sería entonces, bajo la acechanza de todos los peligros!

Dice una copla:

No por mucho madrugar  
amanece más temprano;  
es necesario perder  
para luego ser baquiano.

Las rastrilladas son la obra del baquiano. Internarse en las pampas sin baquiano, era como salir mar afuera sin brújula y sin timón, que el baquiano lo era todo en este mar inmóvil. Acerca del baquiano y el rastreador, ha escrito Sarmiento en su *Facundo* páginas que son ya clásicas. No se ha agregado aún nada superior a ellas en precisa sobriedad. Sólo algunos detalles y anécdotas:

Personaje eminente —le llama Sarmiento al baquiano— y que tiene en sus manos la suerte de los particulares de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmo 20 mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo; es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña.

No siempre, en la epopeya de las pampas, el baquiano es un gaucho. A veces, tan importante papel lo juega un indio, generalmente de las tribus ya asentadas en suelo argentino y enemigas de los nómades maloneros. Es preciso al jefe cristiano confiarse a aquel indio. El lo llevará adonde haya agua, pasto, leña y carne. Sin él su ejército morirá de sed, su caballada comerá pastos venenosos, sus soldados padecerán frío

y hambre. El también lo llevará a la victoria. Le enseñará cómo ir, por dónde ir para sorprender en su retirada, lenta por ir arriando animales, a los indios maloneros y su chusma. Un baquiano —continúa Sarmiento— encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adonde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en las ciénagas extensas un sendero por donde pueden atravesar sin inconveniente, y esto en cien ciénagas distintas. En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo, observa sus árboles, si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: “Estamos en dereseras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur”. Y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros. Si aún esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, los masca, y después de repetir este procedimiento varias veces se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse finalmente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sur de Buenos Aires.

En el baquiano hay no sólo ciencia, sino también eso aún desconocido que se llama intuición. Pareciera que, como el rastreador posee otro instinto que lo hace un perro, el baquiano, también en poder de otro instinto, tuviese el de las palomas mensajeras. No pierde el rumbo. Posee algunos órganos con un desarrollo que los demás hombres no tienen. Se dijera que adivina. Y es rabadomante. El agua, eso tan fundamental en una llanura sin límites, pareciera que la olfatea, que la presiente a leguas de distancia. Bajo el totoral, halla buena agua apenas se excave. Más aún: cavando al poniente del totoral, agua buena; al naciente, agua salobre.

Su oído es tan agudo como su vista. Oye y ve donde los hombres comunes son sordos y ciegos:

El baquiano anuncia también la proximidad del enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los ganados que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima, observa los polvos; y por su espesor cuenta la fuerza: “Son dos mil hombres”, dice, “quinientos” o “doscientos”. Y el jefe obra bajo este dato casi siempre infalible.

Pero el baqueano de “tierra adentro” debe saber todo lo que sabe el baqueano de las fronteras hacia el poblado, es decir, debe poseer “la ciencia de la orientación por medio de los árboles y las pajas, de los montes y los médanos, especies de soles y estrellas para el piloto de las llanuras argentinas. Conoce también –además– los secretos de la vida social de la Barbarie, la precisa ubicación de las tolderías de cada cacique o dignatario de importancia, y puede guiar hasta ellos las primeras cuchilladas del sable invasor. Retiene claramente en su memoria prodigiosa los innumerables senderos que cruzan los campos, formando maderas unas veces y otras redes, entre las cuales, y a variables distancias, se alzan como aprisionados los toldos del salvaje”...

Baquiano deriva de baquía, que quiere decir conocimiento, habilidad. Un baquiano es un experto en campo a quien la naturaleza dotó de dones singulares para poder adquirirlos. No llega a sabio todo el que estudia, ni es poeta cualquier erudito.

Desde el primer momento que los hombres de Europa se encontraron con este tipo, se llenaron de admiración por él. La recogemos de continuo en sus páginas. Apunta Félix de Azara:

No es menos admirable el tino con que los prácticos baquianos conducen al paraje que se les pide por terrenos horizontales, sin caminos, sin árboles, sin señales ni aguja magnética aunque disten a 40 ó más leguas.

Los ingleses Robertson o Darwin se expresan con igual asombro respecto al baquiano. Y el capitán Bond Head cuenta:

El gaucho indicó el cielo diciendo: “Mire, allí está el puma”. Me restregué los ojos, pero sin resultado, hasta que al fin me mostró muy alto en el aire, numerosos grandes buitres, que volaban sin mover las alas. Me dijo que estaban allí porque había un león devorando a una osamenta y los había espantado.

El baquiano posee ciento y una habilidades prácticas. Por ejemplo: en lontananza aparece algo. ¿Qué es? ¿Un médano o un bosquecillo? ¿No será un pelotón de indios a caballo? Eso que apareció, ¿se mueve o no se mueve? El baquiano saca su cuchillo, lo extiende en dirección a eso que está en lontananza, lo toma como eje de mira. Y el lomo de su cuchillo le dice si aquello se mueve o está quieto. También de teléfono le sirve su cuchillo: algo se oye. El baquiano clava el facón en tierra y aplica el oído en el mango. Sus vibraciones le dirán si eso que se oye es una tropa o un jinete solo, si es caballada o animales vacunos los que trotan.

En Martín Fierro encontramos algunas expresiones de la ciencia del baquiano:

*Si hemos de salvar o no,  
de esto naides nos responde,  
derecho ande el sol se esconde,  
tierra adentro hay que tirar,  
algún día hemos de llegar  
después sabremos adónde.*

*No hemos de perder el rumbo,  
los dos somos güena junta,  
el que es gaucho va ande apunta  
aunque inore ande se encuentra;  
pa el lao en que el sol se adentra  
dueblan los pastos la punta...*

.....  
*Tampoco a la sé le temo  
yo la aguanto muy contento.  
Busco agua olfatiando al viento  
y dende que no soy manco,  
ande hay duraznillo blanco  
cavo, y la saco al momento...*  
.....

*¡Todo es cielo y horizonte  
en inmenso campo verde!  
¡Pobre de aquel que se pierde  
o que su rumbo estrabea!  
Si alguien cruzarlo desea  
este consejo recuerde:*

*Marque su rumbo de día  
con toda fidelidad.  
Marche con puntualidad  
siguiéndolo con fijeza,  
y si duerme, la cabeza  
ponga para el lao que va.*

*Oserve con todo esmero  
adonde el sol aparece,  
si hay neblina y entorpece  
y no lo puede observar,  
guárdese de caminar,  
pues quien se pierde perece.*

*Dios le dio instintos sutiles  
a toditos los mortales,  
el hombre es uno de tales  
y en las llanuras aquellas,  
lo guían el sol, las estrellas,  
el viento y los animales...*

San Martín, que no perdonaba detalle, aprovecha la condición de baquiano que posee su ayudante José Antonio Álvarez Condarco. En 1816 lo envía a Chile, a participar al Virrey que las Provincias Unidas del Río de la Plata han declarado su independencia. Y le indica: “Irá usted por el paso de los Patos, que es el más largo”. “Y volveré por el de Uspaliata”, dice el ayudante. “Lo despacharán por el de Uspaliata que es el más corto” –sigue San Martín–, “si no lo fusilan. Su misión consiste en que observe bien el terreno de los dos pasos, así a la vuelta, me dibuja de memoria un plano de cada uno sin olvidar ni una piedra.”

Sabe San Martín que Álvarez Condarco es observador y posee retentiva, que es un baquiano. El Virrey despacha al emisario por el paso más escabroso. Éste, a su vuelta, da los detalles de ambos caminos. ¡Y qué caminos!: un encadenamiento de montañas, precipicios, riscos envueltos en nieve y brumas, despeñaderos.

El baquiano de San Martín lo ha visto todo. Nada escapó a su observación atenta, nada olvidó su retentiva privilegiada. El Virrey, después de quemar por manos del verdugo de la Inquisición el acta de la independencia en la plaza de Santiago, despacha al emisario de San Martín —como éste lo supuso— por el camino más corto, para que salga lo antes posible.

Álvarez Condarco —y con el baquiano, el general en jefe— ya conoce exactamente los dos caminos.

El baquiano también es rastreador, no pocas veces. Sus dones se confunden. El rastreador es, según Sarmiento, el más conspicuo de todos los tipos, el más extraordinario. (Y habla del baquiano, del gaucho malo y del cantor). Lo describe:

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee, le da cierta dignidad reservada y misteriosa... Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y encontrada se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: ¡Éste es!... El rastreador sigue las huellas de un hombre como de un animal en medio de las llanuras sin caminos, sobre el pasto y las piedras. Y las distingue entre otras miles. Y sabe si va despacio o ligero, si va cargado o vacío. ¿Sorprendente, asombrosa vista de microscopio?

#### Cuenta Mansilla:

En Realicó hallamos un rastro casi fresco. ¿Quién podía haber andado por allí a esas horas, con seis caballos, arreando cuatro, montando dos? Solamente el cabo Guzmán y el indio Angelito, los chasques que yo adelanté acto continuo de llegar a Coli-Mula. Los soldados no tardaron en tener la seguridad de ello. Fijando en las pisadas un instante su ojo experto, cuya penetración raya a veces en lo maravilloso,

empezaron a decir con la mayor naturalidad, como nosotros cuando yendo con otros reconocemos a la distancia a ciertos amigos: “Che, ahí va el gateado, ahí va el zarco, ahí va el oscuro chapino”. Los rastreadores más eximios son los sanjuaninos y los riojanos. (Como dato, apuntaremos que, entre los indios, quienes mayor fama de rastreadores tenían, eran los “huarpes” de San Juan). En el batallón 12 de línea hay uno de estos últimos, que fue rastreador del general Arredondo durante la guerra del Chaco, tan hábil, que no sólo reconoce por la pisada si el animal que la ha dejado es gordo o flaco, sino si es tuerto o no.

El capitán Bond Head, hablando del baquiano que le servía, a la vez de rastreador, narra:

Poco después llegamos a un sitio donde había sangre en el camino, y por un momento sujetamos los caballos para mirarla. Observé que alguna persona había sido quizás asesinada. El gaucho dijo: No. Y señalando rastros de sangre: Algún hombre ha rodado y roto el freno. Mientras estaba de pie componiéndolo, la sangre ha salido de la boca del caballo. Repuse que acaso fuese el hombre el herido. El gaucho contestó: No. Y señalando unas huellas a pocos metros adelante, en el camino, dijo: “Pues vea, aquí ha sido el golpe”. (Cose ve, el héroe de la deducción, el detective literario Sherlock Holmes, bien pudo venir a aprender de este precursor gaucho). “A menudo me divertía —continúa el capitán inglés Bond Head— aprendiendo a descifrar los rastros de la pisada del caballo y el estudio era interesantísimo. Es del todo posible determinar por los rastros, si los caballos van sueltos, montados o cargados con equipajes, si son manejados por viejos o jóvenes, por chicos o por extranjeros que no conocen las viscacheras.

Para el lego en tales asuntos, el rastreador aparece como un mago. Tiene ante sí un hombre que le afirma la clase de animales cuya es la huella, la dirección seguida, la cantidad, si los jinetes son indios o cristianos, y hasta el tiempo transcurrido desde su paso. ¡Milagro puro para el chapetón extranjero!

En su *Santos Vega o los Mellizos de la Flor* pone Hilario Ascasubi la hazaña del rastreador Anselmo. Le preguntan si hallará al asesino buscado. Y responde, seguro de su ciencia:

*Si ayer desde la Chis-chis  
¡Cómo no!  
Ya salí pisándolo*

*Y ya se más que el alcalde  
Tocante a este saltiador  
Berdún: ¿Cómo así? ¿Quién le ha informao?  
Anselmo: Mis ojos, no más, señor.*

Y como el otro aún duda, Anselmo, picado en su amor propio, responde a la pregunta de si el asesino no se irá:

*¿Aonde se miá dir que yo no se lo encuentre!*

No es difícil que el caso sea cierto, y conocido el rastreador por el propio Ascasubi. Del malevo sólo ha visto sus pisadas en el rancho donde cometió el crimen. También ha visto la huella de un caballo. Y recuerda que éste es un parejero que robaron en el Monte estando él enfermo. Atrapará así de un manotón a dos pájaros. Y los atrapa.

Darwin escribe:

Supongamos que examinan las huellas dejadas por un millar de caballos. Al punto os dirán cuántos había montados y cuántos de ellos iban al galope corto; reconocerán por la profundidad de las señales el grado de fatiga; por la manera cómo se cocieron los alimentos, si la tropa, a la cual perseguían, viajaba con rapidez o no; por el aspecto general, cuánto tiempo hacía que pasó por allí esa tropa. Un rastro de diez o quince días de fecha es bastante reciente para que lo sigan con facilidad.

El jesuita Alonso Ortíz de Ovalle, observando la condición de rastreadores de los indios —los huarpes cordilleranos— la llama “singularísima gracia que Dios dió a este indio”.

Pero la condición de “rastreador” —como la de poeta— si es una gracia divina, como quiere el cronista colonial, también requiere aprendizaje. Martiniano Leguizamón, en *Alma nativa*, cuenta de unos niños puntanos, cuidadores de burros, que se entretienen en aprender a conocer las pisadas de sus animales y a encontrarlos.

Cierta vez, el ingeniero francés Ebelot cuenta al coronel Villegas la hazaña de un rastreador. El coronel le narra que en San Luis, en calles abiertas en piedra viva, donde la gente va por lo común descalza,

él ha visto niños saliendo de la escuela, caminar despacio con la vista en el suelo y hablar:

—Allí va la mula del cura —dijo uno.

—Pasó hace una hora —agregó otro.

—El receptor de rentas ha ido a pasear a caballo.

—Y el almacenero de la esquina a pie.

—Con botas.

—Che, vete pronto a tu casa; tu mamá acaba de volver.

—Calzaba alpargatas”...

Los chicos —comenta Ebelot— leían todo eso en la roca lisa tan fácilmente como nosotros podríamos leer en libros.

Además del de Galibar, el rastreador descendiente de huarpes, que inmortalizara Sarmiento, otros nombres: Tata Díaz —de La Rioja— conocía las pisadas de todos los habitantes de Pipanaco, su pueblo. Adolfo P. Carranza ha contado las hazañas de su “misterioso talento”, como él dice. Carranza le pregunta: “¿Cómo puede adivinar usted que las pisadas eran de forastero?” Adivinar, no. Tata Díaz no adivina nada. El conoce. ¿Cómo? El mismo no sabe explicarlo: “Yo no sé, pero las conozco”. Su instinto de rastreador es como el del artista, pero como el de éste, necesita educación, desarrollo. Hay que observar y aprender para perfeccionarse.

Benito Lucero es el nombre de otro rastreador célebre, y puntano, como Rufino Natal. La hazaña más notoria de éste fue cuando descubrió al heridor del coronel Ambrosio Sandes, porque se tuvo que ver contra el chileno Castillo, también rastreador. El chileno huía borrando las huellas, como rastreador experto. Rufino Natel lo persiguió descubriéndolas, a pesar de todo. Rastreador contra rastreador, desde San Luis a La Rioja, y desde La Rioja a Chile...

El lenguaraz es un personaje, ya indio, ya cristiano, que sabe el lenguaje de los pampas y el de los humeas. O que chapurrea uno y otro como para servir de intérprete. Si es indio, es un indio manso que vive próximo a la frontera. Si es cristiano, un antiguo cautivo de ellos.

Hay lenguaraz, como Rufino Solano del Azul, que ha muerto con el nombramiento de capitán, logrado como intérprete. En sus últimos

días, fue caudillo de las indiadadas los días de elección. Durante sus años mozos, campaña de Alsina, el diplomático de la pampa, el lenguaraz imprescindible: “Usted en su oficio, le ha dicho Alsina, es tan útil al país como el mejor guerrero”.

Hay lenguaraz que pasó a la historia. Está, sea el caso, Eugenio del Busto. Nacido en Montevideo, 1811, un malón se lo llevó cautivo. En 1825 Rauch lo rescata, y del Busto se le ofrece como baquiano y lenguaraz. Sus servicios fueron tantos que Rauch lo incorporó a su regimiento de húsares y peleó junto a éste hasta Las Viscacheras donde Rauch fue boleado y muerto. Siguió en el servicio militar y, mediante su baquía, derrotó repetidamente a los indios durante y después del gobierno de Rosas. En 1825, Rauch lo premió con 2.000 pesos por sus servicios (el gobierno no se los dio), en 1836 se le premió con una legua y media de campo (no la recibió tampoco); en 1839, dos meses de sueldo y dos leguas y medio de campo. (Por tercera vez, no recibió nada). Esta indiferencia de los Gobiernos –el de Rosas, antes y después de Rosas– hacia muchos heroicos hombres de las fronteras, explica, en buena parte, la perduración de la guerra contra el indio, las desertiones y las alianzas de los desengañados con el invasor. Del Busto, después de una larga y terrible vida de luchas, en 1877, fue nombrado coronel y jefe del cuerpo de inválidos. Murió en 1899. Fue baquiano y lenguaraz, guerrero y poblador. Fundó el fortín “Federación”, hoy Junín, y el pueblo de Bragado. Más feliz que otros baquianos, rastreadores y lenguaraces hundidos en el anónimo –José Morales, por ejemplo, a quien debió Rauch muchos de sus éxitos–, Del Busto recibió en documentos oficiales el elogio de los más notorios jefes de fronteras: Escalada, Corvalán, Granada, Vicente González, Ramos, Narciso del Valle... En esos fugaces documentos se salvó su memoria, como él su vida, en bastante ocasiones, “salvó a uña de caballo”.

José Luis Molina es otro lenguaraz y baquiano histórico. Perteneció al escuadrón de Granaderos a caballo, y en 1820, siendo capataz de Ramos Mejía, al ser allanada por el gobernador Martín Rodríguez la estancia de Miraflores, huyó a las tolderías de los caciques Ancafilú y

Pichimán, amigos de su patrón. Tuvo fama Molina de ser el mejor baquiano del sur. ¡Ya es título! Y tanto, que aparece guiando a los propios indios en el famoso malón llevado contra Dolores en 1821. Allí los salvajes arreararon 150 mil cabezas de vacunos. Mal avenido con los pampas, Molina se acercó nuevamente a los cristianos para servirles y hacer olvidar sus fechorías. Un decreto de Rivadavia, año 1826, le concedió el indulto “por su conducta y excesos pasados”, dice el decreto. Al siguiente año, demostró el antiguo malonero que merecía ese indulto. Con 21 gauchos, rindió, después de haber incendiado el pajonal por donde avanzaban, a 500 soldados brasileños de los que atacaron Carmen de Patagones. Sus aptitudes de baquiano y de guerrero indio a la vez le permitieron realizar esta hazaña. Rivadavia recibió y recompensó a los guerreros de Molina en Buenos Aires. Pasó éste a las órdenes de Rauch, pero no se avino con su disciplina. Y se refugió en una estancia de Rosas. A su servicio, durante su primer gobierno, fue nombrado coronel. Luego, en vista de que iba adquiriendo un incómodo prestigio para el tirano, éste lo hizo envenenar. Ángel Justiniano Carranza (*La Revolución del 39 en el sud de Buenos Aires*) y José Juan Biedma (*Vida del general Gregario Espinosa y Crónica Histórica del Río Negro*), han relatado algunos hechos de la novelesca vida de este baquiano lenguaraz.

Otro lenguaraz, antiguo cautivo, que dejó páginas acerca de su vida entre ellos y un emocionante relato de su fuga —año 1849— es Santiago Avendano. Un juez de paz del Azul, José Botana, escribe sobre él:

Un ser modesto como son siempre los seres humanos distinguidos y de un carácter digno, a cuyas cualidades debe vivir en la pobreza. Es hijo de este país. Fue cautivo cuando niño. Hace años que es muy útil a la Patria y se está haciendo un benemérito ciudadano que puede ser el gran transformador de nuestra indiada pampa, conquistando para la civilización y su riqueza un precioso elemento que sólo ha servido de tropiezo y estorbo.

Su viaje al país de los araucanos, lo hace Estanislao Zeballos con un indio por guía. Es un picunche bautizado: Pancho Francisco. Cuando Zeballos despliega su mapa, le indica parajes y le pide distan-

cias, el baquiano sólo dice que el mapa miente y con el dedo, sobre el piso, traza el suyo, señala rutas y lugares. El mapa era inútil. Y más adelante, cuando Zeballos y un oficial confeccionaron nuevos mapas, según lo que van observando, el picunche interviene:

Agregue tal laguna, de aquí tantas leguas en esta dirección. Aquí, tal monte, tal médano... De esta suerte –comenta Zeballos– mi guía ha revelado sagacidad y ha contribuido a ilustrar el plano de la línea de marcha, relacionando los lugares que en ella he determinado, con los que se encuentran en las inmediaciones, a algunas leguas a la redonda. Empiezo a creerlo leal y a fiarle hasta mi vida.

Mansilla, al pasar, en su Excursión, deja caer el nombre de Camilo Arias, un rastreador:

Allí debe haber animales alzados –le dice éste–, y han de ser baguales, por el modo que corre ese venado. Y en efecto, no tardan muchos minutos en descubrir los ariscos animales, flotando al viento sus larcas crines y corriendo impetuosos.

También nos deja Mansilla la estampa de Chañilao:

Chañilao es el célebre gaucho cordobés Manuel Alonso, antiguo morador de la frontera de Río Cuarto. Vive hace años entre los indios. Ha cruzado la pampa en todas direcciones millares de veces, desde la sierra de Córdoba hasta Patagones, desde la cordillera de los Andes hasta las orillas del Plata. En ese inmenso territorio, no hay un río, un arroyo, una laguna, una cañada, un pasto que no conozca bien. El ha abierto nuevas rastrilladas y frecuentado las viejas, abandonadas ya. En la peligrosa travesía, donde pocos se aventuran, él conoce escondidos, “guaicos”, para abreviar la sed del caminante y de sus caballos. Ha acompañado a los indios en sus más atrevidas excursiones, y muchas veces se salvaron por su pericia y arrojo. Sus constantes correrías, de noche, de día, con buen o mal tiempo, llueva o truene, brille el sol o esté nublado, haya luna o esté sombrío el cielo, le han hecho adquirir tal práctica, que puede anticipar los fenómenos meteorológicos con la exactitud del barómetro, del termómetro y del higrómetro. Es una aguja de marear humana; su mirada marca los rumbos y los medios rumbos, con la fijeza del cuadrante. Habla la lengua de los indios como ellos, tiene mujer propia, y vive con ellos. Es domador, enlazador, boleador y pialador. Conoce todos los trabajos de campo como un estanciero; ha tenido tratos con Rosas y con Urquiza, ha caído prisionero varias veces y siempre se ha escapado, gracias a su astucia y a su temeridad. Poco antes de la batalla de Cepeda, le tomaron, junto con

veinte indios, en la frontera oeste de Buenos Aires. Sólo él burló la vigilancia de los guardias y se salvó. Es un oráculo para los indios cuando invaden y cuando se retiran; vive por desconfianza en Inché, treinta leguas más al sur de Baigorrita, a cuya indiada pertenece. Tiene séquito y es capitanejo, con lo cual está dicho todo sobre este tipo, planta verdaderamente oriunda del suelo argentino.

Otro personaje lleno de color, vida, originalidad es Mora, el lenguaraz que lo es todo, también rastreador y baquiano:

No hay ejemplo que se haya perdido por los campos. En las noches más tenebrosas él marcha rectamente adonde quiere. Cuando vacila, se apea, arranca un puñado de pasto, lo prueba y sabe dónde está. Conoce los vientos por el olor. Tiene una retentiva admirable, y el órgano frenológico en que reside la memoria de las localidades muy desarrollado. Cara y lugar que vio una vez no los olvida jamás... El araucano lo conoce bien y es de los lenguaraces más inteligentes que he visto. Ser lenguaraz es una tarea difícil; porque los indios carecen de los equivalentes de ciertas expresiones nuestras. El lenguaraz no puede traducir literalmente, tiene que hacerlo libremente, y para hacerlo como es debido, ha de ser muy penetrante. Por ejemplo, esta frase: “Si usted tiene conciencia, debe tener honor”, no puede ser vertida sino libremente; porque las ideas morales que implican “conciencia” y “honor” no las tienen los indios. Un buen lenguaraz, según me ha explicado Mora, diría: “Si usted tiene corazón, ha de tener palabra, o si usted es bueno no me ha de engañar”.

Las hazañas de baquianos y rastreadores que contó Sarmiento –por primera vez en nuestra literatura– pudieron ser tomadas por exageraciones de aquel fantasista estupendo. Los que después llegaron, conocieron baquianos y rastreadores, y los describieron, sólo corroboraron lo que Sarmiento narrara por haberlo visto:

“Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. Aquí va –dijo–, una mulita mora, muy buena... Esta es la tropa de don N. Zapata... Es de muy buena silla... Va ensillada... Ha pasado ayer... Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que había visto por última vez la mulita mora cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos pies de ancho. Pues esto que parece increíble, es con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de arría, y no un rastreador de profesión...”

El rastreador de profesión de que habla Sarmiento es Calibar, personaje fabuloso y célebre: cuarenta años rastreador, capaz de encontrarse frente a las huellas de un ladrón, después de dos meses de efectuado un robo. Mirar. Callar. Y a los dos años hallar la huella del ladrón y dar con lo robado, una montura. En 1830 sigue la pista de un reo. Éste ha tomado todas las precauciones. Sabe que Calibar lo rastreará. Cuadras marchando en punta de pie, treparse a muros, cruzar un sitio y volver hacia atrás, caminar por el agua de una acequia... “¿Dónde te mi as dir!”, murmura el sabueso humano. Se detiene junto a la acequia: por aquí ha salido. Entra en una viña. La recorre. “Adentro está”, dice. Los soldados buscan inútilmente. “No ha salido”, asegura Calibar sin volver a otear. Se le busca mejor. Se le encuentra. Presos políticos que quieren huir deben solicitar antes que Calibar se enferme. Si no, no se evaden. ¿Que poder circunda a Calibar? ¿Quién le enseñó su arte con tan minuciosa genialidad?

Los baquianos han decidido la historia no pocas veces. ¿Cómo pudo Belgrano cortar la retirada del ejército realista en Salta sino conducido por baquianos? ¿Qué eran los gauchos de Güemes sorprendiendo dormidos, inquietando hasta la angustia, vencéndolo al ejército realista invasor, en donde militaban los soldados más aguerridos del mundo, sino baquianos? Los caudillos Artigas y Rivera, del Uruguay; López, Ramírez, Facundo o Rosas, de la Argentina, ¿no eran antes que militares, sino baquianos? ¿Por qué pierde Dorrego la batalla de Guamonal?: Porque Rosas, el baquiano, lo abandona, y su caballada va a pastar en un campo de yuyos venenosos. Sin caballería, ¿como pelear en la pampa?

Una anécdota nos dice los puntos que calzaba Rosas como baquiano: “Yendo en dirección a Fuerte Argentino, una columna, deseosa de llegar pronto, corta camino y se mete en un salitral pantanoso. Se avisa a Rosas. Éste examina el campo, y con vista de baquiano seguro, descubre a media legua el sendero que permitiría el paso. Ni los indios que iban en la expedición lo habían visto o adivinado tal vez”.

Otra anécdota de Rosas nos cuenta cuánta era la importancia del baquiano. Es en 1820, cuando la campaña de Martín Rodríguez. Rosas, comandante de milicias, va en la columna que manda el coronel

Hortiguera. En vano él ha querido disuadir al jefe para que no ataque a los indios pampas. Aquél se obstina, ciego de cólera por la vandálica acción de Salto. Rosas decide impedir ese ataque, lo conceptúa un error diplomático. Muy sencillo: prepara una emboscada al baquiano de la columna llamado Niño-diablo. Muerto éste, esparce la noticia de que se perderán, morirán de hambre y frío, o serán cazados por la indiada. Los soldados, huérfanos de guía, pierden el valor. Se desbandan.

Ya en tiempos actuales y en las nevadas cordilleras de Neuquén, habla Félix de San Martín del rastreador cuyas hazañas presencia:

Raro será el montañés que no sepa rastrear. Por cierto que, como en todo, hay unos más hábiles que otros; pero es general aquella condición. Conoce todos los caracteres que le permiten individualizar la pisada de cuanta especie tiene la fauna local, desde el hurón al huemul. Puede seguir el vagar indolente de tal o cual bestia por sierras y valles, el zigzaguo caprichoso de una alimaña en fuga, ir leyendo en el suelo todos los pormenores de la marcha de cualquier ser vivo, ya sea que ambule en busca de su alimentación, huya ante un peligro real, o imaginario, o vaya arreado por el hombre. Fija la vista en tierra con una persistencia que parecería histórica al que no estuviese en el secreto de su propósito, avanza el serrano por sobre el rastro del animal que quiere alcanzar, no importa el motivo –simple curiosidad–, lo campe porque lo necesita, o se lo lleven robado.

Y cuenta la hazaña visual de dos peones. Uno, al pasar galopando, ha visto un cuchillo en tierra, se baja y lo recoge. El otro dice:

¡Bah! Hoy hallé un auja en la huella y aquí l'ando traiendo en el sombrero...

¿Y los baquianos, rastreadores o lenguaraces que, ya sea por espíritu de traición o por permanecer fieles a su tendencia, mienten? ¿Qué no han influido en el curso de los acontecimientos? Así como un guía belga, antinapoleónico, hace que la caballería francesa se precipite en un abismo y Waterloo sea la postrera batalla del hombre de la guerra, ¿cuántos pequeños Waterloo en las pampas, anónimos, sangrientos, con un rastreador o un baquiano heroicos o falaces por protagonistas?...

Desde Azara hasta Fotheringhan, o sea desde los tiempos pre-patrios hasta los de la conquista de las pampas, cuantos escribieron sobre los fortines, se han erizado de signos de admiración compasiva hacia los hombres que en ellos vivieron, acechados por la muerte y entregados a sí mismos, cara a la soledad.

*No hay plaga como un fortín  
para que el hombre padezca.*

Martín Fierro insiste:

*Así en mi moro escardando  
enderecé a la frontera;  
aparcerero, si usted viera  
lo que se llama cantón...  
¡Ni envidia tengo al ratón  
en aquella ratonera!*

En esencia, un fortín es un rancho al que rodea una empalizada y a ésta un foso. A un costado, el corral para la caballada y el mangrullo. Este es una talaya hecha de palos, a veces un árbol nada más, desde donde un centinela, noche y día, escruta el horizonte. Hay otro servicio: el de patrulla. Salen dos soldados de un fortín y van hacia el otro donde han salido otros dos. En el camino se encuentran. A veces son cazados por los indios, cuando no por una partida de matreros.

Por toda defensa, en el fortín hay un cañón —¡qué cañón, a veces!—, fusiles de chispa y coraje. Este sí, es auténtico. Tal vez lo único auténtico que existe dentro de un fortín. Un coraje templado a fuerza de lanzas, bolas y alaridos, capaz de poner cinco o seis soldados frente a quinientos o seiscientos atacantes.

Cuando palpé lo que era un fortín me estremecí, recordando que allí habían vivido cinco hombres, ¡qué digo!, cinco héroes, rodeados de una llanura solitaria, pavorosa, dominada por indios vengativos e implacables —dice Zeballos—. Mi espíritu fluqueaba ante la sola idea de que yo pudiera estar allí, a la vez, que sentía admi-

ración compasiva hacia los que vivieron y viven todavía en ese puesto de honor. El coronel Levalle leyó en mi fisonomía las impresiones que la agitaban, y acercándose cuando pasamos el puente levadizo del fortín, exclamó: “¿No es verdad, doctor, que es preferible pegarse un tiro?”

¡Si así opinaba Levalle, el valor en persona!

Ese fortín, llamado “Las Víboras”, porque además de la punzadora lanza de los indios, amenaza a los cinco soldados y al oficial que viven allí, la picadura de víboras de la cruz..., la víbora más venenosa, es esto: un foso circular de 20 metros de diámetro, 2 metros de boca y 2 metros de profundidad, no cercado en toda la circunferencia, pues siempre queda una garganta de tierra de 0,50 mts. que sirve de puente o pasillo, y se sabrá cuál es la base del fortín. Agregúese sobre el borde interior de la zanja un baluarte o muralla de adobe de 2 metros de altura, inclinada en forma de talud para evitar el desmoronamiento, y quedará completa la fortificación peculiar de las fronteras. Como el foso, el baluarte presenta una solución de continuidad que da paso a un hombre. El área comprendida dentro de la muralla está terraplendada, de suerte que aquélla sobresale interiormente 1 metro y coronando el terraplén se levantan la choza o la carpa y el fogón del veterano, sin más ajuar que “su recado” –montura especial que también sirve de cama. Hay un cañón sobre la explanada.

La guarnición se alimenta a lo indio: carne. A veces, a charque, en no pocas oportunidades charque de yegua. Allí no hay pan, no hay frutas, no hay legumbres. Todo esto es civilización. Y la civilización –la agricultura, la fábrica, el laboratorio– se halla lejos, lejísimo. ¿Remedios? El que se enferma, se cura solo o se muere. De todas maneras, ¿para qué están allí esos cinco o seis estoicos veteranos, sino para morir? Las heridas se curan con salmuera y sol. Y si no se curan, se pasman. ¿Placeres? Tomar mate, fumar, recuerdos junto al fogón. Tal vez a algún milico se le ocurrió traer una vihuela. Y si es cantor, ¡qué delicia! Las coplas van saltando, tiernas, enamoradas o pícaras de los labios bigotudos del milico:

*Te quiero más que a la dicha,  
que a la libertad, que al aire,  
te quiero más, ¡te lo juro!...  
¡Iba a decir que a mi madre!*

Pero las mujeres se hallan lejos, lejísimos; las mujeres blancas —éas que son golosina, azúcar, para el pampa bronceado. Las otras están en las tolderías. Es preciso ir allí y traerlas. ¡Se irá, pues! Entretanto, consolarse con canciones:

*Soy soltero, soy libre  
soy caprichoso;  
igual que en el malambo  
me muevo solo.*

Ser gaucho y milico de añadidura, es ser dos veces estoico:

*Espinoso es cadera  
y cola es pecho;  
si no tengo cuchillo,  
yo como a dedo.*

Los 25 de Mayo ó 9 de Julio, no falta, por supuesto, además del himno frangollado por el corneta, la copla azul y blanca:

*Argentinos no llevan calzones,  
pero llevan su buen chiripá,  
y bordado un letrero que dice:  
Libertá, Libertá, Libertá.*

No es difícil que la “cifra” o el “cielito” se vean interrumpidos por la voz del mangrullo —que así se llama el soldado que está de centinela en la atalaya: “¡Los indios!”. Porque los indios eligen la noche para asaltar. ¡Los indios! Y ya están los cinco o seis hombres junto a las tapias aguitando el bosque de chuzas que viene anunciando el tambor de los cascos sobre la tierra de la rastrillada y los alaridos como de pampero loco que llenan los aires.

Nos han quedado planos de fortines que levantara el año 1873 el sargento mayor Federico Melchet: el de San Carlos –donde hoy está la ciudad de Bolívar– que describe Álvaro Martínez:

Con excepción de los fortines San Carlos y San Luis, los restantes afectaban forma circular, siendo su diámetro de 20 metros, con un muro en talud de un metro de alto por 0,50 ms. de ancho. Los fosos tenían 4 metros de ancho por 3 de profundidad, y la tierra extraída de ellos se utilizaba para levantar terraplenes, ranchos y el mangrullo de obsevación. El fortín San Carlos asumía forma cuadrada y era de mayores dimensiones que los anteriores. Lo rodeaba, además, un gran contrafoso rectangular, en cuyo interior se encontraba el patio del fortín y el potrero de la caballada. Tenía dos ranchos en forma de cabaña, construidos con tacuaras y techos de junco; por todo armamento disponía de un pequeño cañón emplazado en un terraplén.

Pero el San Carlos era un fortín de lujo. La mayoría de ellos, ¡qué miseria!

El comandante Manuel Prado que hizo vida de fortín –o cantón, como también se les llamaba– confirma:

La impresión del fortín, grosero montículo de tierra rodeado por un enorme foso, me dio frío. Al aproximarnos vi salir de unos ranchos que más parecían cuevas de zorro que vivienda humana, a cuatro o cinco milicos desgñados, vestidos de chiripá todos ellos; con alpargatas unos; con botas de potro los demás; con el pelo largo, las barbas crecidas, la miseria en todo el cuerpo y la bravura en los ojos.

Por supuesto, que a la luz del recordar, pasados los años, el comandante Prado, no sólo estremecido de compasión, sino también de indignación, escribe:

“Desobedientes”: éste era el nombre de un fortín construido en la línea que unía a Trenque Lauquen con Ancaló. Era, como todos los demás, un reducto levantado en medio de la pampa, del montón, dos ranchos de carrizo o cortadera, dos nidos de gato pajero para un oficial y seis soldados. ¿Y a qué más? Los defensores de la patria, los apóstoles de la civilización –como eran llamados en documentos oficiales los guardadores de la frontera–, ¿no tenían bastante con aquello?...

El fortín fue evolucionando. Desde el primitivo, asiento de blan-

dengues, avanzada fugaz, reto a los peligros que hace erguir el grito de Azara por lo inhumano de exponer semejantes a aquella muerte cierta bajo la lanza del indio embravecido y numeroso, aún guerrero, hasta el fortín levantado con propósitos de colonización, asiento de las familias de los soldados, y ya con el indio transformado en simple cuatrero, men- guado en sus arrestos y en su número por la superioridad de las armas y la degeneración que a ellos llevara –alcohol, tabaco, sífilis, pestes– los males de una civilización que no les ofreció sus bienes, y pasando por el fortín que describe Hernández, fortín para los gauchos de las levas, el de los tiempos que comprenden los años posteriores de Rosas, a los posteriores a Alsina, cuando ya los huincas de América, organizados en ejército regular, se decidieron a hacer la última atropellada al “bárbaro”. Godofredo Daireaux ubica un fortín en tres fechas: 1877, 1882 y 1897.

En la cima del médano, dominando la laguna de agua dulce, donde, durante siglos y hasta ayer todavía se daban cita los indios, para repartir el botín de sus malones, un destacamento de soldados de línea, armados de palas y picos, se apuran en cavar zanjas y en elevar una fortificación de aspecto primitivo. Es una especie de plataforma cuadrada, rodeada de paredes de adobe y de zanjas anchas y hondas, atravesadas por un puentecito de tablas que comunica con el interior por una sola puertita angosta; en una de las esquinas, se eleva una torre, de donde el centinela recorre sin cesar el horizonte, con la mirada penetrante del gaucho, capaz de distinguir el color de un caballo, a una distancia en que el recién venido no alcanza a conocer un caballo de una vaca. En uno de los costados del fortín, estira el pescuezo un cañón de bronce, con las armas británicas grabadas, la divisa: “Ultima ratio regum”, y la fecha: 1805, glorioso trofeo de la Reconquista, hoy terror de los indios. Cerca de las zanjas, bajo la protección de las troneras de adobe, a un paso del puentecito, una docena de toldos de junco y cuatro carretas de bueyes, todo ocupado por mujeres y niños, familias de los milicos, atareados en cebar mate y en preparar la cena, listas para correr al primer grito del “mangrullo”, a encerrarse en el fortín. Más allá, el corral de la caballada y, todo alrededor, la pampa inmensa, silenciosa, cubierta de los penachos plateados de la cortadera, de entre los cuales, a cada rato, puede asomar el salvaje, lanza en ristre, echando sus alaridos.

Este ya es de los últimos fortines, cuando aún el ejército no había salido de ellos, a campear indios por las pampas, y a limpiarlas de tol- derías. Aún se esperaba su ataque para pelearlos.

En 1882, el fortín no es más que un montón de arena. El cañón, sin cureña, medio enterrado. Por el camino chileno –la rastrillada– ya no pasa nadie. Los bárbaros han desaparecido de él; pero aún la civilización no ha llegado tampoco.

En 1897 ya está la civilización asentada en lo que fue fortín. El camino chileno es ahora camino real, lo circundan campos alambrados. Ovejas y vacas por millares lo pisotean. Ya no las arrean los alaridos del indio cuatrero. Son peones de bombacha, hijos de gaucho. El fortín: un montón de arena informe, un recuerdo. Aún se ve su zanja contenedora de ímpetus. Y con el fortín:

va desapareciendo hasta el recuerdo de los oscuros y pobres milicos que han pasado allí tantos días de penuria, tantas noches de sobresaltos, que han rechazado tantos ataques y librado tantos combates feroces. Bajo el montón de arena, en las zanjaz borradaz, también algunos de ellos quedan, durmiendo el eterno sueño.

Los fortines fueron como frágiles peldaños de una escalera y se trozaron a medida que el pie, apoyado en ellos para subir, ascendía. Desde los alrededores de Buenos Aires primero, hoy ciudades, hasta la margen izquierda del Salado, saltándole en seguida, fueron arrojándose como semillas sobre las pampas. En ellos quedó el sufrimiento y la obstinación de muchas generaciones. Fortín es sinónimo de heroísmo. Allí se ha sufrido, es cierto, y con gozo. Se sufría por la Patria. ¿Qué era esto de Patria? Un ideal, una fe. Por ella se peleaba con la bravura que se pelea por el amor. La Patria y la mujer son hembras. Y el gaucho que hace de milico en el fortín es varón:

Amigos ¡suena el charango!  
El amor como la guerra  
Los hace el crioyo cantando

Y el viejo Tayón –de Talión, a su vez apócope de Pantaleón, tal vez Don Pantaleón Benegas en sus buenos tiempos– habla, reminisciente– (¿verdad, José Alvarez? ¿Vos lo oístes?):

“Ahí mismo, donde está ahora la majada, estaba el campamento, y las largas lanzas clavadas en el suelo llameaban al quebrarse la luz en las moharras. ¡Qué entrevero! Los caballos rodaban tropezando en los cadáveres y los sables cada vez que caían volteaban un jinete, y ayes y alaridos se alzaban del revuelto campo, coreados por los teros en alarma.

Allá va la indiada en dispersión, perdiéndose”...

La reminiscencia aviva la mente del viejo: Ve el antiguo fortín que ya no existe, la estancia que fundó su capitán en aquel campo que supo conquistar y los suyos se apresuraron a vender apenas muerto él, y luego, más acá, su odisea en busca de trabajo y su eterno rodar sobre la pampa que él conoció desierta y pobre, contribuyendo con su esfuerzo a enriquecerla.

Y el viejo Tayón –ayer Pantaleón, tal vez Don Pantaleón Benegas– habla:

“Amigo, ¡qu’he rodado!... ¿Y pa qué?... P’andar cuidando ovejas a mis años. ¡Suerte chancha!... A’uque bien visto, caray, es mejor que la d’estos charabones de hoy, que no tendrán ni siquiera de qué acordarse!...”

\* \* \*

Ahora, he aquí los hechos históricos ocurridos desde 1820: El gobernador de Buenos Aires, coronel Martín Rodríguez, también rico hacendado, incidente importante para explicar su actuación, salió a la campaña en busca de Carrera y su banda de indios desertores y malevos. Al ejército se incorporaron fuerzas de Juan Manuel de Rosas y otros. El gobernador proclamó que no admitía neutralidad alguna. Tribu que no se pusiera de parte de la expedición punitiva se la consideraba hostil, y como tal sería exterminada. Su intransigencia aumentó el número de tribus enemigas. Rosas, más hábil y conocedor del enemigo, le aconsejó no atacar a los pampas, y sí sólo a los ranqueles. Rodríguez no lo escuchó. Llegó a Kaquel Huincul y siguió rumbo al Tandil. En Chapaleofú sorprendió a una toldería. Caciques como Ancafilú o Catriel, comprendidos en los pactos anteriores, se vieron atacados. A medida que la expedición avanzaba, eran mayores las di-

facultades. Los indios recelosos, se retiraban, negándose a entrar en negociaciones. ¿Para qué, si los cristianos violaban los convenios?

Después de algunos choques, Rodríguez se vio precisado a regresar. El fracaso de esta primera expedición era evidente. Pero tanto él como los demás hacendados que gobernaban Buenos Aires, se veían en la necesidad de resolver el asunto de las fronteras. La libertad de comercio traída por la Revolución de Mayo, empujaba a la industria ganadera a expansionarse. Pactar con los indios, reconocer sus derechos a la tierra de sus mayores, era largo. El gobernador-hacendado, impaciente, volvió al sur. Sus intereses y los de sus congéneres los estancieros se veían amenazados. Los indios, guiados por el baquiano Molina, antiguo capataz de Ramos Mejía fugado para salvarse de los abusos cometidos por el Gobernador, atacaron Dolores, saquearon, mataron e incendiaron. Su arreo de hacienda hacia el oeste alcanzó a 150 mil cabezas de ganado. Así vengaba el indio los atropellos realizados por el hombre de ciudad contra las tribus de indios mansos, trabajadores muchos de ellos en la estancia de Ramos Mejía.

Dos hombres aconsejan de nuevo. Ambos conocen el terreno, el enemigo y su guerra. Son Rosas y García. Los dos, naturalmente, son partidarios de procedimientos pacíficos. Saben que el pampa está fuerte, que la ciudad, acosada por guerras civiles y la invasión de los portugueses en la Banda Oriental, no dispone de suficientes fuerzas. Rosas, que ya había dado una *Memoria* en 1819, da otra en 1820. García expediciona al sud, a la sierra de la Ventana, parlamenta con los indios. En la *Colección* de De Angelis está su *Memoria*, año 1822. Es un documento de serenidad y justicia. Y de conocimiento. García es un veterano de las pampas, sabe la tierra que pisa y el aborígen con quien discute. Sabe también cuáles y cuántas son las dificultades de la ciudad conquistadora. García propone y proyecta, pero el Gobernador Rodríguez posee las armas y, olvidando los consejos de la prudencia, sólo atina a atacar. Lo hace a principios de 1823. Su segunda expedición es un nuevo fracaso. Leyendo la *Memoria* del coronel García (“Diario de la expedición de 1822 a los campos del Sud de Buenos Aires desde Morón hasta la sierra de la Ventana”), se

aparece a nuestra vista el espectáculo del momento. Desolador: ruinas de poblaciones, rastrojos incendiados, sementeras destruidas, cadáveres de pobladores semicomidos por las fieras y los chimangos. Más allá del Salado se entrevista García con los ghúlmenes (jefes por nacimiento) de los pampas. Se le presentan nueve caudillos al frente de más de 2.500 hombres de caballería, tropa que arranca frases de admiración al viejo veterano. La chusma, viejos y mujeres, desertores o huidos, injuria y amenaza a los delegados. Los viejos recuerdan todo lo ocurrido. Son historias vivientes, dolorosas, amargas. “Ellos habían conocido –dice uno– que jamás podrían vivir tranquilos, porque eran poseedores de un país que la ambición habría de suscitar pretextos para arrancárselo”. Está en lo cierto el indígena. La ciudad comerciante, puesta en comunicación con las exigencias de Europa, y hacendados deseosos de tierra para la multiplicación de sus animales, necesitan llanuras de pastoreo. Los indios molestan. Los pactos no pueden ser respetados por aquéllos. Es preciso empujar a los dueños de la pampa hacia el oeste. Los caciques hablan con amargura de la perfidia cristiana. Juran que si ellos atacan es sólo para vengar agravios. García argumenta, promete. El concurso, no pocas veces enardecido por algunos de los oradores, se torna amenazante. Exige que los blancos se retiren al norte del río Salado, a su tierra de nadie, como cuando el Virreynato, que la tropa desguarnezca Carmen de Patagones en la desembocadura del Río Negro. Y gritan con altivez de dueños natos de todo, como mapuches –gente de la tierra– frente a huincas –extranjeros–. Llampilco –llamado Cacique Negro–, jefe de un gallardo escuadrón de caballería que el parlamentario huinca no deja de admirar, exige que a los indios transeúntes no se les robe sus caballos, que a los comerciantes no se les engañe y robe obligándolos a aceptar precios no convenidos. Y no sólo de intereses habla el Cacique Negro. También expone su dignidad ofendida: Que cuando se envíen chasques al Gobierno se les reciba inmediatamente. García debe hacer proezas de dialéctica para contener el alud de reproches, la ira de los que sólo hablan de vengar agravios. Para colmo, enferma un cacique –Pichiloncoy– y el agorero acusa a los blancos que le han hecho “gualicho”, el “daño”, que aún persiste en los campesinos

rioplatenses. La indignación de los creyentes habló de matar a los autores del “gualicho”. Por suerte, el cacique es curado por uno de los acompañantes de García. Y comienza el regreso de la expedición. Es un regreso amenazante. Los descontentos no se han apaciguado. Los humos, telégrafo de los aborígenes, se levantan al paso de los huincas: los jinetes de las pampas se concentran. Tal vez dispuestos a atacar. Este viaje de García al sur, en 1822, como aquél de 1810 a las Salinas, está aguardando también la pluma del novelista capaz de evocarlo con su ansiedad de aventura y su color de exotismo. Ya los pampas de este tiempo son otros de los que conocieran Luis de la Cruz, Zizur, Pavón o Azara. Ahora constituyen una caballería arrogante y osada. Ofendidos en sus derechos de poseedores, se hallan dispuestos a defenderlos. Y se defienden, guerreros cabales, atacando. Se lo probarán al Gobernador Martín Rodríguez que expediciona por segunda vez con más de dos mil hombres, 6.000 caballos y artillería. Se lo recibe con incendio de campos que dificultan su avance. Frente al fusil de chispa, la boleadora; frente a la bayoneta, la lanza. El blanco tiene su táctica. También tiene la suya el indígena. Ataca por sorpresa, en grupos. Aparece y desaparece con prontitud pasmosa. Insomne, no deja dormir. Sobrio, no deja comer ni beber. Es una vida de zozobra y angustia la que pasa el ejército frente a este enemigo mal armado, si se quiere, en comparación con el invasor, pero ágil, resuelto, valiente, y conocedor de las pampas. Sólo él sabe bien dónde hay agua, pasto, leña y carne. La deserción de la tropa debe ser castigada con penas de muerte. No pocos soldados se insubordinan. Para peor llega la noticia de que el nefasto Gregorio Tagle, ex ministro, ha provocado una revolución clerical en Buenos Aires. (Son los futuros “apostólicos”, los “antirrivadavianos” sostenedores de la tiranía que ya se mueven en la penumbra). El Gobernador parte para la ciudad, pero en el camino, enterado de que Dorrego sofocó la revuelta, se vuelve. La expedición, a pesar de tanto contraste, sigue su marcha. Funda el Fuerte Independencia, futura ciudad de Tandil. Pero no es una colonia, una fundación estable, como lo quería Azara, por ejemplo, y como lo ha realizado Ramos Mejía. Es una avanzada militar, una amenaza de guerra para los indios.

A su regreso, Rodríguez saca estas conclusiones:

La experiencia de todo lo hecho nos enseña el medio de manejarse con estos hombres: ella nos guía al convencimiento que la guerra con ellos debe llevarse hasta el exterminio.

No cree el hombre de armas en lo que aseguraron otros “genios más filantrópicos”, en la posibilidad de hacer amistades con el pampa a caballo, arisco defensor de sus derechos. Él, Rodríguez, ha arrasado la obra de Ramos Mejía y hecho oídos sordos a las advertencias del astuto Rosas, excelente diplomático, y a los consejos del coronel García que tan eximios resultados sacara de su buena fe en cuanto parlamento interviniera. Impaciente, deseoso de acrecentar el patrimonio de tierras que la ganadería exige, el gobernador sólo cree en la violencia:

Es bien sabido el influjo y el poder que las reducciones de los jesuitas adquirieron sobre las tribus de la América meridional –escribe–; pero recorramos la historia de sus poblaciones entre estas hordas y veremos en ruinas los antiguos establecimientos...

En 1824, el gobernador Rodríguez parte para una nueva expedición. Quiere hacerse dueño de la costa atlántica. La posible guerra con el Imperio del Brasil ya está en el horizonte político, y es necesario que el aborigen no pueda ser sustentado de armas por la costa. Su odio al cristiano que viene de Buenos Aires puede ser explotado por un enemigo externo. Otra es la situación que cuando la invasión inglesa de 1806. Rodríguez quiere adueñarse de la costa y levantar un fuerte en Bahía Blanca. Lentamente, acosado siempre por los guerrilleros de la indiada, alerta a sus ataques nocturnos, a los incendios de campos, a su guerra de recursos, robándole la caballada o la hacienda; llegó el ejército –frío, hambre, enfermedad, desilusión– hasta cerca de Bahía Blanca. El indio escapaba ante su artillería, es cierto, se lo derrotaba parcialmente; pero no se lo vencía. Fracasado su proyecto de llevarle una guerra de exterminio, regresó Rodríguez. Advierte Roberto H. Marfany:

Estos mismos indios que asolaban los campos de Buenos Aires con su porfiada guerra de rapiña, mantenían relaciones amistosas con el pueblo de Carmen de Patagones... Los aucás, los tehuelches y algunas tribus ranqueles querían sinceramente la paz, pero perseguidos y saqueados por los blancos, seguían a su vez el ejemplo de los hombres que creían más civilizados.

El nuevo gobernador, Las Heras, cambiando de plan, se decidió a pactar con los aborígenes. Y nombró a los hermanos Oyuela para parlamentar. Se llegaba a un acuerdo, cuando Rosas invadió con un ejército para tender una nueva línea de fortines desde Volcán a Tapalqué.

Esta infidencia, producto de la desorganización gubernamental, irritó a los indios. Las negociaciones se interrumpieron con peligro de vida para los Oyuela. Estos publicaron un informe en el que proclamaban su creencia de que los indios podían ser atraídos a la civilización, mediante el “comercio libre y franco”. También los creen “capaces de cooperar con sus brazos al fomento de nuestra agricultura, pues ya se dedican hoy a los sembrados”.

Después de los Oyuela, fue Rosas comisionado a parlamentar con los caciques del sud. Lo recibieron furiosos. Con habilidad y basado en su prestigio anterior, pudo el estanciero de “Los Cerrillos”, imponer su política... “Me sirvieron muchísimo mis antiguas relaciones —escribe en su *Memoria*— y el crédito que tenía entre ellos, hasta llegué a persuadir a los indios que trabajaba y trabajaría siempre, conciliando el beneficio de ellos”.

Los indios fueron apaciguados por su oratoria insinuante y sus incontables promesas. Volvió Rosas a salir hacia el sud, formando parte de la “Comisión Pacificadora del Indio del sud”, diciembre de 1825. Integran esa comisión él, Lavalle y el ingeniero Senillosa. Se planearon nuevos fortines y se llegó a un entendimiento con los indios: promesas de comercio libre y que ellos, a su vez, se opondrían a las invasiones maloneras llegadas de los Andes. Grandes fiestas en “Los Cerrillos” conmemorando esta paz. Otra vez efímera.

Corre el año 1826. Guerra con el Brasil. Rivadavia en la presidencia, se fundan nuevos fortines adelantando la línea estipulada con los pampas. Estos responden maloneando. Se confederan con ranqueles y

aucás chilenos, caen sobre la línea sur, desolan el Salto. Ya en Chile, con la toma de Ancud, no hay realistas; pero de allí no cesan de salir expediciones maloneras con el fin de surtir de vacas, ovejas y caballos en las estancias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. El sur de Santa Fe era asolado por los malones al tiempo que lo era el oeste de Buenos Aires. El gobernador Estanislao López, en las pausas que dejaban las guerras intestinas, luchó contra los ranqueles del sur y contra las invasiones de los tobas y vuelas del Chaco. En 1819 lo vemos planeando un foso desde Laguna Grande al Salado con fortines de trecho en trecho, plan defensivo que lo presenta como un precursor de Alsina. El sur de Santa Fe, de San Luis, de Córdoba y de Mendoza no dejó de ser asolado por los malones y perturbado el tránsito de sus carretas por asaltos, ya de indios, ya de ladrones blancos acoplados a sus empresas.

La campaña de 1833 aliviará en algo de esta preocupación a los desdichados pueblos de esas provincias, azotados por el paso de las montoneras, además de las bandas de desertores, de criminales y de malones indios.

Mendoza, por su proximidad con Chile, refugio de bandoleros, entre políticos —realistas— y asaltantes comunes, fue la más castigada. El fortín San Rafael, en la confluencia del Atuel con el Diamante, contenía a los invasores. San Martín se había sabido atraer la amistad de los pehuenches. Les habló como americano contra el enemigo común, los conquistadores de América. La preparación del ejército de los Andes hizo que las fronteras, descuidadas, estuviesen a merced de las invasiones. Después de Maipú, los realistas refugiados en el sud de Chile, se juntan a los indios, forman bandas de malhechores, asaltan los pueblos del este. Es cuando aparecen los hermanos Pincheira, en 1819. Doce años duran sus depredaciones. Se complican primero en la guerra de los patriotas y realistas, luego en la lucha de federales y unitarios. A veces, el general chileno Bulnes atraviesa los Andes y los persigue en territorio argentino, o son perseguidos por tropas mendocinas en territorio chileno. La cordillera se pasa y repasa sin respeto a las fronteras. El caudillo Aldao lucha contra los Pincheira; en una oportunidad éstos llegan a 14 leguas de la capital de Mendoza, pues Aldao ha debido

salir con su ejército a incorporarse al de Facundo Quiroga, rebelado contra Buenos Aires y su gobierno unitario. Después Aldao vence a los indios y pincheirinos en “Los Aucas”, pero debe salir a pelear junto a Quiroga nuevamente. Son vencidos por Paz en La Tablada y Oncativo y el gobierno de Mendoza pacta con Juan Antonio Pincheira, jefe de una nueva invasión. Se le reconoce el grado de coronel y en sus manos queda la frontera —año 1829. El gobierno de Mendoza es unitario, luego es federal. Cada revuelta de la guerra civil es aprovechada por los “pincheirinos” que malonean. Bulnes, a su vez, ataca a los Pincheiras. Uno de ellos, Pablo, muere fusilado; Juan Antonio, el principal, es enviado preso a Chile. Se rescatan más de 2.000 cautivos y 40 mil cabezas de ganado. Luego Ruiz Huidobro, general de Quiroga, ya éste dueño del interior después de haber vencido en “Rodeo de Chacón” y “La Ciudadela”, ataca y destroza a las tribus de pehuenches que aún maloneaban en el sur de Mendoza —año 1832.

Un romance popular nos habla de estas invasiones:

*Cuando bajaron los indios,  
bajaron por “San Rafael”...*

*Lindito les decía:*

*—¡El que gane es para él!*

*Ay, comadre, compadre,*

*¡los indios!...*

*Cuando bajaron los indios,  
bajaron por el Planchón*

*Lindito les decía:*

*¡Ya ganamos la acción!*

*Ay, comadre, compadre,*

*¡los indios!...*

*Cuando bajaron los indios,  
bajaron por el Portillo...*

*Lindito les decía:*

*¡Ya los llevamos vencidos!,*

*Ay, comadre, compadre,*

*¡los indios!...*

*Cuando vas a tierra adentro,  
yo te encargo un indiecito,  
que no sea un indio grande,  
¡quiero un indio chiquitito!  
Ay, comadre, compadre,  
¡los indios!...*

*Cuando bajas pa Chinguangua,  
yo te encargo un chinguangüito;  
no quiero un chinguango grande,  
¡quiero un chinguango chiquito!  
Ay, comadre, compadre,  
¡los indios!...*

Llega entonces la expedición de 1833, jefe supremo Quiroga y en que las fuerzas de Buenos Aires –al mando de Rosas–, las de Córdoba –Ruiz Huidobro– y las de Mendoza –Aldao–, aliadas a las de Chile –Bulnes– que no pueden concurrir por una revolución, van a expedicionar en un plan conjunto contra los amos de las pampas.

Entretanto, en Buenos Aires, después de la tercera expedición de Martín Rodríguez y de las misiones conciliadoras de Oyuela, Rosas, Senillosa y Lavalle, se ha vuelto a la guerra. Los cristianos no se avienen a respetar el derecho de posesión del indio. No pueden respetarlo. Sería ahogarse. La ciudad necesita multiplicar su patrimonio de cueros, cerdas, cebo y carne para satisfacer las demandas de Europa. El comercio libre la impele a conquistar las tierras del indio, que sus ganados necesitan. Viola pactos. Los indios responden insurreccionándose.

No es sólo la codicia de los indios chilenos lo que provoca la guerra. Quizás éstos podrían ser detenidos por los indios argentinos si la paz de éstos y los blancos fuera segura. En guerra con la ciudad conquistadora, los indios argentinos se unen a los aucás y araucanos chilenos.

Aparece, entonces, un jefe excepcional. Es Federico Rauch. Alemán, como Crámer, Brandsen, Baunes y Ranlet, guerreros de la independencia; Rauch llegó a Buenos Aires después de la caída del imperio napoleónico a quien sirviera, en el año 1819. Actuó en las guerras civiles y en la

lucha contra los indios. En esta sobresalió. Sus triunfos llevaron el pánico a las tolderías. Creó y disciplinó un regimiento de húsares, plantel de batallones en la guerra contra el indio. Y adoptó la celeridad y osadía de éste en el ataque. Pareciera que el alemán no había hecho otra cosa que guerrear con indios en su carrera de militar europeo. Tal vez los cosacos lo iniciaron en esta clase de guerra sorpresiva. A la carga impresionante del indio aullando, golpeándose la boca y largándose a fondo, lanza en ristre, tendido sobre el costillar del caballo, Rauch opuso sus húsares formados en cuadro. Y su táctica fundamentada sobre la organización y el poder de las armas de fuego, desbarataba a los desordenados jinetes. Luego venía la persecución sobre caballos que Rauch, a la inversa de otros jefes, hacía cuidar a lo gaucha —o a lo indio—, cotidianamente. Así exterminó muchas tribus del sud y del oeste. Y llevó la confianza a los hacendados sobre quienes se erguía la riqueza de Buenos Aires. (Tan es así que el propio Rosas, siempre tan avaro de sus pesos, y a pesar de su amistad con Rauch, propicia una suscripción entre los estancieros en beneficio de los húsares: gratitud de propietario para con el can bravo que lo defiende).

Por recelos de Rosas, ante el prestigio de Rauch, éste fue apartado de la frontera por el gobernador Dorrego, y 1828 lo encontró en el motín unitario de Lavalle que derrocó al gobierno. A principios de 1829, enfrentó Rauch, en “Las Viscacheras”, a una fuerza federal integrada por gauchos e indios. Le bolearon el pingo y lo degollaron. Su muerte consternó a los habitantes del sur y regocijó a las tolderías. Rauch, muy estimado por Rivadavia, que lo nombró coronel durante su presidencia, fue cantado por Juan Cruz Varela:

*Joven terrible, rayo de la guerra,  
espanto del desierto,  
cuando vuelves triunfante a nuestra tierra,  
del negro polvo de la lid cubierto,  
te saluda la Patria agradecida;  
y la campaña rica,  
que debe a tu valor su nueva vida,  
tus claros hechos, y tu honor pública...*

En 1826 comenzaron las correrías de Rauch, ya como jefe. En Kaquel y Sierra de la Ventana, derrota y persigue a los malones indios. A su lado se están haciendo jefes que, como Mariano Acha, Pedro Ramos, Hilario Lagos o Nicolás Granada, adquirirán su táctica y destreza para pelear con éxito a los invasores trasandinos. Rescata miles de cabezas de ganado, cientos de cautivas, hace prisioneros, sorprende toldos, persigue hasta el exterminio en los vericuetos de la Sierra de la Ventana a los derrotados, se atrae la admiración y, con ésta, la alianza de caciques como Cachul y Catriel, luego importantes paragolpes de los “indios chilenos”, o sea ese conglomerado de indios y bandidos cristianos en que se van convirtiendo las tolderías. A pesar de la guerra contra el Brasil, de la hostilidad de los caudillos y del motín unitario del 1° de diciembre de 1828, Rauch lleva a buen fin sus correrías, rápidas, audaces, corajudas. Al morir Rauch, los 30 mil kilómetros cuadrados de pampas que poseía Buenos Aires, se han transformado en más de 100 mil.

Ya está fundado Tandil (Fuerte Independencia). Durante la gobernación de Dorrego que consagró particular interés a la guerra del indio, se fundó Bahía Blanca (Fortaleza Protectora Argentina), 9 de abril de 1828, por el coronel Ramón Estomba. El ingeniero Narciso Parchape levanta una minuciosa *Memoria* de este importante hecho que asegura el dominio de las costas atlánticas. En su mensaje de 1828, Dorrego dice:

La nueva línea de frontera queda establecida. Esta obra tan deseada como importante, se ha emprendido con los mejores auspicios. Los bárbaros con quienes el gobierno continúa las medidas de paz y conciliación con los más felices resultados no cometerán impunemente más depredaciones y la inmensa propiedad territorial que se ha adquirido, ha doblado la garantía de la deuda pública, de modo que esta carga puede hacerse desaparecer en poco tiempo, si se halla por conveniente. Pero lo más importante es que al establecerla hemos ocupado la interesante posición de Bahía Blanca, la cual está circundada de puestos cómodos, tierras feraces y grandes bosques. Su costa marítima proveída de abundante pesca y su puerto nos ponen en aptitud de tener para lo futuro una marina vigorosa que sea el broquel de la República. La comunicación con Chile desde aquel punto es la más cómoda y breve y la navegación del río Colorado acaso permitiría exportación más fácil a los frutos de algunas provincias del interior. El gobierno ha ordenado reconocer el terreno y trazar en el paraje más a propósito el plano de una ciudad que se denominará

“Nueva Buenos Aires”.

Este nombre propuesto para la que será la ciudad y puerto de Bahía Blanca (“Badía” para el gaucho, y “badiyeros” sus habitantes) nos dice cuánto esperaba el inteligente y progresista Dorrego de su fundación. También debemos dejar constancia que Dorrego suprimió las “levas”, esos arreos de hombres para surtir de carne de cañón a los fortines, cuya más entonada protesta la documentó Hernández en briosos artículos e inolvidables versos.

Las levass, Dorrego ya caído, se instituyeron nuevamente. El motín de Lavalle había encendido la guerra civil y los húsares, coraceros, aún los “colorados del sud”, se hallan ocupados en ello, lejos de las fronteras. Mal defendidos, desguarnecidos los fortines, los malones arreciaron. Desde 1829 a 1833, son años de vacilación. A veces, se pelea al indio, a veces se pacta con él. Cuando no se puede contener sus arremetidas con la fuerza, se le conforma con dádivas. Gobiernos de Lavalle, Viamonte, Rosas, Balcarce. En 1833 Rosas, en combinación con Córdoba, Mendoza y Chile, emprende lo que se llamó la “Conquista del Desierto”. Es la primera vez que se piensa llevar la guerra al indio, como pedía el coronel Pueyrredón en 1810, teniendo “unidad de comando”. Pero no se hará todavía lo que el vidente militar propuso entonces: “ocupación permanente”: colonizar. La campaña de Rosas en 1833 no conquistará el desierto, será otra campaña punitiva llevada más a fondo, con mayores recursos y mejores conocimientos de las pampas y sus indomables pobladores.

\* \* \*

La campaña que Juan Manuel de Rosas llevó desde Buenos Aires al Río Negro, ha sido juzgada en todos los tonos, desde el apologético de Saldías al despreciativo de López. Más que en sí, esta campaña de Rosas se juzgó por el juicio que el hombre público merecía a sus partidarios o a sus enemigos. En realidad, su tiranía nefasta para el adelanto del país, hizo que su única hazaña militar se la fuese dejando en un olvido que no

merecía. No fue una acción a quien cupiera “la gloria” como proclama Saldías, ni una efímera correría policial, según afirma López. Hizo Rosas en 1833, lo que ni Martín Rodríguez ni Rauch hicieron, por sólo citar a los dos militares que más seriamente emprendieron la guerra contra el indio. Pero ni Rodríguez ni Rauch, aunque más capaces militarmente que Rosas, poseían su conocimiento como baquiano de las pampas y de sus hombres. Largos años de experiencia, galopando en las campiñas pampas, realizando todas las viriles faenas de sus trabajadores, tratando con gauchos y con indios, habían plasmado su personalidad definitiva. Era un cabal hombre de campo, un voluntarioso capataz de peones, un organizador disciplinado y laborioso de empresas. Dentro del consorcio saladero que hizo de él su jefe, con segundos tan avezados en negocios como Terrero, Anchorena, Luis Dorrego o Simón Pereyra, sus amigos o parientes, está la “campana al desierto”, que aumentaría sus tierras, sus ganados, le daría prestigio y alejaría al que amenazaba sus riquezas con malones tan sorprendidos y locos como podían ser una inundación, una peste o una sequía. Correr a los indios, alejarlos de las fronteras donde los animales del consorcio saladeril engordaban, era como enfrentarse a la misma naturaleza. El hombre de negocios que Rosas fue siempre —un hombre de negocios tenaz, ahorrativo, pero rutinario, sin visión del progreso, sin aptitud para evolucionar, causas de su ruina como cabañero en Inglaterra—, redondeó su mejor negocio con esta campana que le sirvió de pedestal financiero y político. Lo levantó a la jerarquía de figura nacional. Otros caudillos, Quiroga o López, tenían hazañas de guerra. Rosas, tan eximio diplomático y sagaz policía como mediocre militar, se equiparó a aquellos instintivos, casi geniales guerreros, mediante esta campana en que lo más arduo y meritorio de ella la realizaron sus capitanes: Pacheco, Ramos, Delgado, Ibáñez, Lagos, Miranda... Sin negar que él fuera su planificador, el capataz, por emplear un término justo, de los trabajos que otros, más audaces y heroicos que él militarmente, llevaron a buen éxito.

Lo que Quiroga —al través de Ruiz Huidobro— desde Córdoba, y Aldao desde Mendoza, no supieron hacer, lo hizo Rosas. Preparar lenta, cuidadosamente su campana. No lanzarse como Huidobro o

Aldao a la loca, tierra adentro, a ser devorados por el cansancio, asfixiados por la sed y paralizados por los ladrones de caballadas. Rosas, buen baquiano, no solo estudió concienzudamente su ruta, tuvo también la baquía de buscar aliados indios en los pampas. El diplomático, siempre en él superior al guerrero, hizo más que éste en esa campaña de la que volvería con el título de “Héroe” –y 60 mil leguas de las más ricas tierras de Buenos Aires como gratificación a su “heroísmo”. Buscó alianza con caciques: Catriel, Cachul, Huanhuelén, Cayhupán se la dieron. Enemistados unos con otros, él los hizo reconciliarse al unírsele. En los vorogas halló elementos y baquianos para perseguir a los ranqueles. Se valió de la enemistad de los indios argentinos, ya sedimentados, contra los chilenos nómades que irrumpían en sus campos como invasores. Hasta una mujer, su prisionera en “Los Cerrillos”, amada del cacique Cañiuquiz, voroga, situado en Salinas Grandes, le sirvió para su empresa. Mediante ella hizo que el jefe voroga se opusiese a la invasión de los terribles Pincheiras y los rechazase hasta caer éstos bajo el fuego del general chileno Bulnes que los perseguía. Un nutrido epistolario con caciques, sus “hermanos”, según así lo expresa, y largos parlamentos y cuantiosas promesas y dádivas, aseguraron la retaguardia de su ejército. Con los Pincheiras maloqueando en el oeste, con Cayhupán y Juan de Dios Montero, oficial de Chile, ambos invasores de las pampas, como enemigos, con los vorogas de Cañiuquiz aliados a los ranqueles de Yanquetruz, la campaña se hacía doblemente difícil. Todo esto allanó su paciente, promisoro y cortés diplomacia. Es un mérito innegable.

Supo atraerse a guerreros como Pedro Ramos o Hilario Lagos, hechos a la lucha con el indio junto a Rauch, a languaraces y diplomáticos pampeanos como Eugenio del Busto, antes su enemigo en Las Viscacheras, y que le prestó servicios impagables en su relación con los caciques, a un aventurero temerario como Juan de Dios Montero, oficial chileno de la guerra de la Independencia de tanto prestigio entre los araucanos, y al que, al fin, Rosas, celoso de él, hizo asesinar como antes al baquiano José Luis Molina, también prestigioso.

Rosas conoce la guerra con el indio, esa que Quiroga, con ser un guerrero nato, confiesa desconocer. Ha excursionado a Chascomús con los blandengues, luego dos veces más con milicias de Buenos Aires, acompañando a Martín Rodríguez, ha parlamentado en repetidas ocasiones con sus caciques. Sabe, pues, lo que un ejército expedicionario contra los indios debe ser. Es una guerra de rapidez, sorpresas, sin prisioneros, a muerte. Una guerra de exterminio. Esto se propone Rosas. Ya Rauch ha enseñado a hacerla. El lleva en su ejército a los mejores jefes de aquel impetuoso coronel de húsares. Ellos le harán esta clase de guerra hasta el centro de las pampas, hasta la Patagonia, hasta el pie de los Andes. No se conquistarán las pampas, pero se las conocerá. Este es el mayor mérito de la campaña de Rosas. Lleva también para ello al ingeniero Feliciano Chiclana, y los planos y observaciones de éste sacarán de dudas, medio siglo más tarde, a los que por Río Negro y Neuquén andarán persiguiendo indios todavía. Saber elegir colaboradores capaces constituye un mérito para el jefe.

Al finalizar su primer gobierno –1829-32– presentó Rosas el proyecto de la campaña. La Legislatura lo aceptó. Dejando a Juan Ramón Balcarce en la gobernación, hombre de prestigio con “la gente decente”, pero alejado de “la plebe”, sostén ésta de su fuerza demagógica, dejando también el mejor de sus lugartenientes, su propia mujer, la frenética marimacho Encarnación Ezcurra, Rosas se aleja de Buenos Aires y, al parecer, de su política, desdeñoso de mando y honores, sólo atento a resolver el problema del indio, pavoroso para el gremio de los hacendados –su gremio.

El 22 de marzo de 1833, parte el ejército de Guardia del Monte hacia el sur. El plan es grande: tres ejércitos invadirán las pampas. El de la derecha, chileno, al mando de Bulnes, barrerá la precordillera y sus aledaños; el del centro, dos columnas al mando de Aldao y de Ruiz Huidobro. La primera partirá de Mendoza; la segunda, de Córdoba, sobre los impertérritos ranqueles de Yanquetruz. Por fin, el ejército de la izquierda, de Buenos Aires, al mando de Rosas, marchando hacia el sur hasta Río Negro y después al oeste hasta

Neuquén, se unirá aquí, en el lugar llamado de las Manzanas, adonde concurrirán los otros ejércitos. Las pampas así serán batidas de norte a sur y de este a oeste. “Tierra adentro” dejará de ser una denominación misteriosa, una amenaza. El mando general de esta campaña se la adjudicó a Facundo Quiroga que, a pesar de “La Tablada” y “Oncativo”, sus desastres frente a la táctica de Paz, continuaba siendo un llameante nombre de guerra.

Pero el plan fracasó. El contingente chileno, detenido por un motín que pretendía derrocar al gobierno, en vez de pasar los Andes, se dirigió a Santiago, a sofocar la revuelta. No concurrió.

El fraile Aldao, ya sumido en el alcoholismo más degradante, no supo dar dirección a su columna. Erró por los desiertos en busca de enemigos que, hábiles, se le escurrían del frente para caer en sus flancos o retaguardia y robarle los caballos. Sedientos, vencidos por la fatiga, cuidando las menguadas cabalgaduras que pudieron salvar a la astucia del indio, regresaron los soldados a Mendoza, andrajosos y apestados.

Igual suerte cupo a la columna del fastuoso José Ruiz Huidobro, general de opereta, que antes de caer bajo la protección de Quiroga y hacerse general, había sido cómico y director de un teatro en Mendoza. Algo le quedaba de esto. Fue a las pampas a su guerra implacable, en carroza, rodeado de una pequeña corte de actrices, músicos y bufones. ¡Ser general de gauchos y no montar a caballo! No cabe mayor ridículo. Cuando Facundo se enteró del fracaso de esta expedición que volvía sin caballos, gritó furioso: “¡Pero qué caballos van a bastar para un general que viaja en litera! ¡Generales de papel, a la moda, a la extranjera...ajo!”

Ruiz Huidobro, “mariscal del imperio de Napoleón”, como se le llamaba risueñamente, avanza hacia el sur, después de haber equivocado el camino dos veces. En “Acollaradas”, sitio que toma este nombre por dos lagunas unidas, le sale al paso el caudillo ranquel Yanquetruz, una de las más bravías figuras que han dado las pampas. Yanquetruz comanda 800 lanceros. El contingente de Córdoba está bien armado, militan en él oficiales de probada capacidad, veteranos de las guerras

civiles y aún de la Independencia, como el moreno Lorenzo Barcala. Se pelea seis horas. Al fin, Yanquetruz, no pudiendo romper los cuadros de la fusilería, se escabulle al desierto nuevamente.

Ruiz Huidobro pretende seguir avanzando. La naturaleza se le opone. Una sequía pertinaz amarillea los campos. Vacunos y yeguarizos, caen, extenuados. La tropa come carne azul de potro. Y los indios, como apariciones, alrededor de aquel contingente bien armado, pero sin enemigo con quien pelear. Lo acosan robando la hacienda y los caballos, incendiándole los pajonales y atrayéndolo a los guadales y pantanos.

La situación es angustiosa —dicta el general, desde su galera forrada de rojo, a su secretario—. Si avanzamos en el rumbo que llevamos encontraremos obstáculos invencibles. Si retrocedemos quedará perdida la victoria alcanzada, estériles los sacrificios de las provincias, y fracasada la gran “expedición” al desierto por la incurrancia de la División del Centro.

Facundo, terrible, fulmina a puteadas a los chasques que le llevan los partes de su general.

Y los indios, aliados de la naturaleza porque saben hacerla su aliada, van royendo a la expedición, dejándola sin carne y a pie, empujándola hacia sitios inhóspitos donde la sequía ha pasado su mano de fuego. Los soldados comienzan a desertar. Inútiles las amenazas y los castigos. Los soldados desertan. Estos valientes quieren pelear, pero pelear a caballo, no errar a pie, por campos sin verdura y sin agua, hambrientos. El gobernador de Córdoba publica un bando: “Cien pesos de multa o doscientos azotes recibirá hombre o mujer de la ciudad que oculte a un desertor”. Y manda hacer látigos de cuero crudo con varios remaches y un nudo en la punta del que sale una pestaña con este letrero, en colorado: “¡Viva la Federación!”

Pero los soldados continúan desertando, las gentes amparándolos y Ruiz Huidobro enviando partes en donde tiembla el miedo de encolerizar al temido Facundo, su amo. Inútilmente el “poeta” sanjuanino Carmen José Domínguez y el “músico” porteño José Arizaga, intentan alegrar sus banquetes. La derrota silba ya en sus oídos. Es la misma

derrota que conocieron los mariscales de Napoleón en Rusia. Y los hombres del llano, sean cosacos o sean indios, como fieras furiosas en torno de la columna que se retira. Matando a los rezagados y los heridos, azuzando su angustia, alarmando su insomnio y, siempre tenaces, castigándola en lo más vulnerable: su caballada.

A pie, con la fatiga, la sed y el hambre en los rostros, entran a Río IV los vencidos. La copla los burla:

*Setecientos cordobeses  
salimos a una campaña,  
¡todos con armas de fuego,  
fusilaron a una araña!*

Quiroga comunica a Rosas el contraste.

Ya éste se halla en su campamento del Río Colorado (Colú-Leuvú). Algo hará. No puede volver como Aldao y Ruiz Huidobro corrido por la indiada. Los estancieros, su clase, le quitarían la confianza puesta en él para que apacigüe el país.

Sería su suicidio político. Y él abriga ambiciones desmesuradas. Buenos Aires, hervidero de unitarios y “lomos negros”, se lo dicen las epístolas de su guardaespaldas, Encarnación Ezcurra, no le es adicta. Por lo pronto, el gobierno, el ministro de la guerra, general Enrique Martínez, guerrero de San Martín y Bolívar, desconfía de este patrón de gauchos, inculto y silencioso. Le escatima recursos. Los estancieros se los envían: crédito, caballos, haciendas, carretas, hombres, pesos. Faltan médicos y se procuran. Faltan técnicos y aparecen. Un marino, Descalzi, comandará unas escuadrillas que, llegando a Bahía Blanca y Carmen de Patagones, remontarán el Río Negro y el Colorado: un bergantín, una goleta y un lanchón. Falta algo que para el jefe federal es tan imprescindible como todo aquello. Falta bayeta colorada, su color, símbolo de su pasión política. En Buenos Aires no hay —¡todavía!— suficiente bayeta colorada. Se le ofrece verde. ¡Horror! ¡El que odia al verde y al azul!, a éste sobre todo, el color de los “hablantines, anarquistas” de la Revolución, de los Moreno y Rivadavia...

*En la puerta de mi rancho  
Tengo una silla parada  
Pa que se sienten los niños  
De la cinta colorada.*

Al fin, le envían bayeta de color federal. Y Rosas parte. A la cabeza, el general Ángel Pacheco, hombre de vanguardia. A su lado, Catriel y Cachul, caciques amigos, con sus lanceros. Va dejando postas, fortines con 100 hombres. Y se instala en la margen izquierda del Río Colorado. “Rosas se atrincheró a orillas del Colorado y no se movió de allí” —escribe López—. Se le ha querido justificar diciendo que, como general en jefe, le correspondía establecerse allí. Su prudente conducta no es la de un conquistador, de un héroe. Alejandro fue a la India, César fue a las Galias, Aníbal fue a Italia, Napoleón fue a Rusia. No enviaron a sus subalternos los grandes hombres de la guerra. Verdad que Rosas jamás fue guerrero, y esto en un país de guerreros: San Martín, Paz, Alvear, inteligentes, tácticos; Lavalle, Lamadrid, alud de caballería; Ramírez, Güemes, López, Quiroga, con la intuición del combate en la punta de las moharras, guerreros “facultativos”, como a los intuitivos les llama el gaucho.

El diplomático Rosas, cauteloso “rey papelero” a lo Felipe II, se instaló a orillas del Colorado, y comenzó a cartearse con sus partidarios de la ciudad, con su terrible mujer particularmente. El futuro “Héroe del Desierto”, pasa sus días y sus noches —se acostaba al amanecer— escribiendo, “politiqueando”. Sus capitanes salen “tierra adentro”, a asolar pampas, a degollar indios...

De lo que era el campamento de Rosas a orillas del Río Colorado, nos dejó una visión Carlos Darwin. Por lo que llegó a significar el gran naturalista inglés en las ciencias, merece reproducirse su visión. Nos la da el libro *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, publicado en 1845. Darwin, pasajero de la “Beagle”, se entrevistó con Rosas el 13 de agosto de 1833. Y escribe:

El campamento de Rosas estaba cerca del río Colorado. Consistía en un cuadrado hecho por carros, artillería y chozas de paja. Casi todas las tropas eran de caballería

y me inclino a creer que jamás se reclutó en lo pasado un ejército semejante de villanos semibandidos. La mayor parte de los soldados, eran mestizos de negro, indio y español. No sé porqué tipos de esta mezcolanza, rara vez tienen buena catadura...

Estuvimos dos días en el Colorado; apenas pude continuar aquí mis trabajos de naturalista porque el territorio de los alrededores era un pantano que, en verano (diciembre), se forma al salir de madre el río con la fusión de las nieves de la cordillera. Mi principal entretenimiento consistía en observar a las familias indias, según venían a comprar ciertas menudencias al rancho donde nos hospedábamos. Supuse que el general Rosas tenía cerca de seiscientos aliados indios. Los hombres eran de elevada talla y bien formados; pero posteriormente descubrí sin esfuerzo, en el salvaje de la Tierra del Fuego, el mismo repugnante aspecto, procedente de la mala alimentación y frío, y la ausencia de cultura.

Hizo también Darwin precisas observaciones acerca de Rosas: Lo vio vehemente, sensato y grave. También merecen recordación estas dos observaciones: sobre indios mansos:

Se les considera como civilizados, pero lo que han podido perder en ferocidad lo han ganado, y aún más en inmoralidad.

Sobre la colonia de Carmen de Patagones:

Estas colonias españolas no llevan en sí los elementos para su desarrollo rápido como nuestras colonias inglesas.

La presencia de bufones junto a Rosas, le trae a la pluma compararlo con un señor medieval. La similitud es evidente, en forma y fondo. El estanciero es un pequeño monarca absoluto, señor de vidas y haciendas. Posee su corte rústica y servil. Como no le faltan bufones, tampoco faltábanle vihuelistas.

Canta uno:

*A la puerta de mi rancho  
tengo una piedra muy roja,  
con un lebrero que dice:  
¡Viva Juan Manuel de Rosas!*

Otro:

*A la puerta de mi rancho  
tengo una piedra punzó,  
con un lebrero que dice:  
¡Viva la Federación!*

Y otro:

*Argentino soy, señores,  
yo no niego mi nación;  
¡pero en la cinta'el sombrero  
traigo la Federación!*

(Ya les contestaría algún cantor de Montevideo, o de los vivaques de Lavalle y Lamadrid):

*Argentino soy, señores,  
¡muera la cinta punzó!  
¡Viva la celeste y blanca!  
¡Viva la Constitución!*

Del campamento parten incursiones punitivas contra los indios. En su obra *El indio del Desierto*, Schoo Lastro ha puntualizado, después de una prolija compulsu en el Archivo General de la Nación, las acciones, fechas y resultados de esas diversas incursiones punitivas. El general Ángel Pacheco atraviesa el Colorado y el Negro, se dirige hacia el oeste, ataca la isla de Choele-Choel, arrasa las tolderías de Pyllerín y Chocory. Desprende a los comandantes Sosa y Hernández que remontan el Colorado y arrasan a su vez las tolderías de Ungunán. Otro jefe, Pedro Ramos, se interna en lo que es hoy gobernación de La Pampa, rumbo al norte, por la margen derecha del río Chadi-Leuvú, hasta 30 leguas de San Rafael, en el sur de Mendoza. Desprende a Miranda que recorre la margen izquierda del Chadi-Leuvú.

El coronel Delgado se dirige a Salinas Grandes, asiento de los aliados vorogas, y junto a éstos emprende la persecución de Yanquetruz y sus ranques que han peleado y luego hecho imposible el avance de Ruiz Huidobro. IncurSIONa Delgado por las pampas sin dar con el hábil e indómito Yanquetruz. El mayor Ibáñez se dirige hacia el sur y obliga al cacique Cayupán a ponerse en fuga. Las indiadas sufren un castigo terrible, como jamás lo han sufrido. Es la más sangrienta de las campañas contra ellos. Vagabundos y hambrientos, los hijos y mujeres —la chusma— de los guerreros perseguidos, caen prisioneros, cuando no se los extermina. Pocos prisioneros quiere Rosas. En esto sus órdenes son: Que se le lleven los caciques; a los demás, ladearlos del camino y fusilarlos. O degollarlos —“para no gastar pólvora en chimangos”. No se distingue mucho entre indiadas de guerra o mansas. Validos de sus armas de fuego, los soldados, al divisar una toldería, caen sobre ella a mansalva. Es, verdaderamente, una guerra de exterminio la que llevan Rosas y sus hombres. El modo más rápido y fácil de solucionar “el problema del indio”. Se trata de no dejar más indios en las pampas, como si porque un río produjera inundaciones, se evitasen éstas secando el río. En medio de su sangrienta obra de destrucción, le van llegando a Rosas noticias de Buenos Aires. El gobierno no lo apoya como él quisiera. Balcarce y su ministro Martínez, particularmente, desconfían del cauteloso estanciero que sólo pudo ser gobernador con facultades extraordinarias. Sus partidarios, los “apostólicos” o “federales netos”, reclutados entre la gente del suburbio y el gremio rico de los hacendados, se muestran cada vez más agresivos. Ya andan los mazorqueros haciendo de las suyas por las calles. Los “cismáticos” o “federales lomos negros”, o sea, los hombres cultos del federalismo, liberales, los que siguieron a Dorrego, sienten ya que, para los otros, ellos no se diferencian mucho de los unitarios de Rivadavia. Se dice que unitarios y “lomos negros” hacen trabajos de zapa en el ejército de Rosas, a fin de hacer fracasar su expedición. Rosas reúne a los jefes. Les propone: quienes no estén de acuerdo con su campaña que se retiren. Sólo doce oficiales lo abandonan. El ejército le es adicto. (“Más que

consolidar la línea de fronteras había fortalecido un ejército, núcleo de su poder”). El 11 de octubre de 1833 estalla la “Revolución de los Restauradores”, o sea de los partidarios de Rosas (estancieros directores y gente de los mataderos y pulperías de suburbio como brazos), contra Balcarce, Martínez y otros “cismáticos”, hombres liberales y cultos. Los “restauradores” ponen sitio a Buenos Aires. El gobernador renuncia en noviembre. La Legislatura nombra a Viamonte. Ya la “Sociedad Popular Restauradora” –la “Mazorca”, por su nombre popular– es tan fuerte entre las femeninas manos de Doña Encarnación Ezcurra que Rivadavia, vuelto al país, debe embarcarse de nuevo. Está en peligro de ser asesinado, como lo fue Esteban Badlam, sobrino de Moreno...

Rosas decide volver a Buenos Aires. Gran parte de su “grande obra”, como él mismo la llama, está cumplida. Los indios han debido huir, aterrorizados por su empuje exterminador. El balance da: 1.415 muertos, 2.024 prisioneros, contando la “chusma”. Se han rescatado 409 cautivos. Son los números oficiales. Seguramente los muertos han sido más. En cartas de Reyes y Meneses, que acompañaron a la expedición, el número alcanza a 7.000. Y Saldías eleva la cifra de muertos a 10.000. En Napostá, Rosas licencia el ejército y se dirige a Buenos Aires. Es un 25 de Mayo de 1834. Antes de un año, su política oculta, su diplomacia sutil, su fina cautela, su amenazador recelo, darán el fruto apetecido: el 13 de abril de 1835, toma el gobierno como él solamente puede gobernar, con “facultades extraordinarias”, a lo patrón de estancia.

Los honores y agasajos lo acosan desde el instante de su regreso. Es el “Héroe del Desierto”, es su conquistador. La Legislatura, “para perpetuar los servicios rendidos al país por el ejército expedicionario”, acuerda condecoraciones a Rosas y sus oficiales. Lo colma de homenajes. Le dona la isla Choele-Choel, y ordena que esta isla se llame General Rosas. Otro título: “Ilustre defensor que engrandeció la provincia y aseguró sus propiedades”. (Gratitud de estancieros). Rosas, siempre político y comerciante, responde: “El infrascrito, anonadado y lleno de todo el rubor que inspira un gran presente no merecido, acepta desde luego que la isla se llame en adelante General Rosas”... Pero

pide también: “Que la donación se conmute con la de otros terrenos que hoy son propiedad del Estado, dándole en igual forma una extensión equivalente a 50 ó 60 leguas cuadradas en cualquier otro punto de la campaña de la provincia, que designe a su elección el infrascrito”.

Es decir, no acepta la lejana isla Choele Choel, propiedad ilusoria no bien alejado el ejército, que le ofrece la Legislatura, rechaza “la hoja de laurel” que proponía el diputado Medrano, pero la cambia por 50 ó 60 leguas de magnífica tierra de pastoreo en su feudo mismo, la provincia de Buenos Aires, junto a las setenta y cuatro leguas que ya posee y donde sus trescientas mil cabezas de ganado podrán expansionarse y multiplicarse. (Un “héroe” nada sanmartiniano, por lo visto).

La expedición de 1833, en resumen, no conquistó las pampas, ni solucionó el problema del indio. Continuó lo emprendido por Rodríguez, Rauch y otros; pero la frontera de la civilización no quedó establecida en la margen izquierda del Río Negro, sino en la provincia de Buenos Aires, con Bahía Blanca como punto avanzado, como antes de la expedición. Se castigó duramente al indio, se le acobardó por años, se le obligó a pactar, se conoció las pampas, se vio que una guerra de ofensiva, dada la enorme diferencia de armamentos, no podía ser detenida por los jinetes de la chuza y la boleadora. El futuro aprovecharía las enseñanzas de esta expedición, como Rosas había aprovechado la de sus antecesores.

Y comenzó la llamada “paz de Rosas”. El coronel Álvaro Barros la define:

Durante el gobierno del general Rosas, el sistema de defensa de las fronteras se redujo a tratados de paz con todas las tribus, pagándoles un enorme tributo en ganado y otros artículos, fomentando en los indios todo género de corrupción y de vicios, y permitiendo que se hiciese con ellos el comercio ruinoso para el país de comprárseles el fruto de sus rapiñas incesantes aunque no en grandes inversiones. Bajo este *sistema de seguridad aparente*, las fronteras, o mejor dicho, los pobladores fronterizos, avanzaron en una extensión considerable hasta unirse con los pobladores de Bahía Blanca por el sud, extendiéndose hasta las sierras de la Ventana. He dicho que esta seguridad era aparente y transitoria, y lo era, en efecto.

Al caer Rosas, los indios, viéndose sin los tributos con que él pagaba su paz, se sublevan, abandonan la táctica de rapiñas en pequeño, y vuelven a malonear descarada y bravíamente, como lo hicieron antes de la “conquista del desierto”.

\* \* \*

Desde la campaña de Rosas, se afirma en el país el goce del latifundio, o sea su mayor mal, su rémora más nefasta. La ley de enfiteusis que Rivadavia, ministro de Rodríguez, inició, ya venía siendo violada por los acaparadores, salidos éstos de las clases ricas. Rosas es quien legaliza al fin la acción subterránea de los acaparadores contra quienes Rivadavia, por escasez de fuerza material, no pudo obrar ejecutivamente. Rosas, pues, en este asunto de las tierras públicas, viene a borrar lo iniciado por Rivadavia, en complicidad con los terratenientes y demás hombres ricos o tenedores de cargos públicos importantes. Rosas latifundista es el antirrivadaviano, el anti-enfiteuta. “Latifundia Roma perdederunt”, anunció Plinio. Y el latifundio que perdió a Roma paralizó a la Argentina.

El sistema de Rivadavia, no era el romano ni el feudal –aclara Alfredo L. Palacios, al defender, en el Senado, año 1940, su proyecto de colonización–. Los que tal juzgaron –prosigue–, engañados con el nombre, y sin penetrar en el fondo de las cosas, han incurrido en un error lamentable. El sistema de Rivadavia no puede ser el feudal ni el romano, porque estos dos se basan en la propiedad privada de la tierra, y la enfiteusis rivadaviana, el sistema argentino, se basaba en la propiedad del Estado.

En 1816 –directorio de Álvarez Thomas– ya se hablaba de “extender la verdadera riqueza del país” hacia el sur, quitando terreno a los indios y dándoselo a los ganaderos. La propiedad del suelo, desde los años coloniales, se confundía con el derecho de “vaquear”, o sea de cazar ganado chúcaro. Pueyrredón, siguiendo los planes de Álvarez Thomas, ambos gobernantes que representaban el interés de la “gente decente”, inicia el reparto de tierras –año 1817–, dentro de las fronteras conquistadas, a los cuatro meses de tomar posesión. Estas donaciones, desde el

primer momento, y en un país tan convulsionado por las guerras, dieron lugar a abusos de toda índole. (En 1817, los blancos no poseían mucho más de 30.000 kilómetros cuadrados de provincia, la décima parte de su área). El año 1820, cuando el gobernador Rodríguez se afirma en el poder, una vez sofocado el motín militar del coronel Pagola –federal dorreguista–, se produce lo que López llama la “reconciliación social”. (No durará mucho, por cierto). Y que él pinta como una Arcadia:

Con la paz y con la tranquilidad públicas los intereses agrícolas habían tomado un vuelo rápido. El comercio inglés buscaba con avidez los cueros de nuestros ganados y los demás productos de nuestros campos. Con este favor se levantaron, ricos y bien inspirados, al norte y al sur, nuestros viejos hacendados: los Miguens, Castex, Obligado, Lastra, Suárez, Acevedo, Anchorena –¿por qué López excluye a Rosas, Terrero, Simón Pereyra y otros grandes hacendados, futuros sostenedores de la tiranía?–. Sigue López: “y cien otros que pusieron en conocimiento de los hombres de gobierno las condiciones y localidades de nuestros campos; contribuyendo así a la formación del Registro Gráfico y a la creación del Departamento Topográfico que dio gran incremento a la ingeniería rural, a la estadística y a la propaganda de los estudios matemáticos...”

Pero desde 1828 –motín militar de Lavalle– desaparece todo plan en el reparto de la tierra. El paraíso de los latifundistas. Las tierras “realengas”, como se llamaba durante el virreynato a la tierra fiscal, adquieren dueño. Hay un período –1822-28– en que bajo la ley de enfiteusis, la enajenación comenzada en 1817 se había interrumpido. El primer decreto de Rivadavia, ministro, es del 7 de abril de 1822. Por él se prohíbe la venta de tierras públicas. El 1° de julio del mismo año da otro autorizando a dar en enfiteusis –o sea alquiladas por diez años– las tierras que están a la orden del ministro de Hacienda.

Rivadavia, ¿era un colectivista, un enemigo de la propiedad privada? No, seguramente. Aunque sí un buen conocedor del Contrato Social de Rousseau, Rivadavia era también autor del proyecto de “inviolabilidad de la propiedad” enviado a la Junta. Pero gobernante perspicuo, vidente, servidor patriótico del país, Rivadavia no quería privar a éste, en beneficio de particulares, de su única riqueza. El país se hallaba agotado por el esfuer-

zo de guerras llevadas a medio continente, por las perturbaciones de la guerra contra los montoneros o contra los indios, y era preciso conseguir empréstitos. ¿Con qué garantizarlos sino con la tierra pública? En 1822 se logra el primer empréstito en Londres. La tierra pública lo respalda. Pero la ley de enfiteusis, previsor y llena de buena intención, falla desde su origen. Porque se la viola. No establecía la cantidad de tierra que podía obtener cada solicitante. Y aparecieron los especuladores, que no eran colonos precisamente, sino individuos de las clases ricas, con influencias –“cuñas” al decir crioyo–, “la gente decente” del historiador López, la menos patriota, la menos dispuesta a la heroicidad y el sacrificio. Estos individuos acapararon tierras públicas, pero no las trabajaron, por supuesto, las subarrendaron a los verdaderos trabajadores. ¡Gran negocio! Y lo que debió ser, según el claro propósito de Rivadavia, un bien común, resultó provechoso para unos pocos privilegiados. Más aún: la ley de enfiteusis establecía un canon que debía pagarse al Estado. Aquellos pretendidos enfiteutas, valiéndose de las perturbaciones por las guerras producidas, y de sus “cuñas”, no pagaron el canon legal. Robaron al Estado impunemente. El país –su gobierno– se encontró de este modo sin tierras y sin las rentas que debieron producirle. Entretanto, algunos terratenientes se enriquecían. En 1827 –mayo 10– ya en plena guerra contra el Imperio del Brasil, el Presidente denuncia esa maniobra de los acaparadores y restringe la entrega de tierras para evitarla. Los acaparadores, validos siempre de la pobreza en que está el país, y de sus “cuñas”, vuelven a burlar el último decreto de Rivadavia. No pudiendo solicitar para ellos más que una limitada extensión de tierras públicas, las solicitan a nombre de parientes, de amigos, de testaferos.

Escribe Jacinto Oddone:

Tanto se había extendido el abuso y tan pingües debieron ser las ganancias que producía el subarriendo, que se da el caso de coroneles y de generales de la nación, de ministros del culto católico, que seguramente no abandonarían el cuartel ni el altar para dedicarse a las tareas campesinas, de altos empleados de la administración pública, jueces, comerciantes que solicitaban y obtenían, también ellos, tierras en enfiteusis, que subarrendaban de las que más tarde... fueron propietarios.

En el *Gran Libro de Propiedad Pública*, instituido por Rivadavia y Agüero, año 1826, puede leerse los nombres de esos enfiteutas. Son, en su mayoría, los futuros grandes ricos, terratenientes, latifundistas, propietarios. A esos nombres se agregarán después los que obtuvieron tierras por donaciones, ya sea por sus “hazañas militares” contra los infieles, o por “fidelidad” a la causa rosista. “Los gobiernos hicieron con frecuencia mal uso de las facultades otorgadas por el Congreso para el reparto de tierras –escribe el jurisconsulto Gabriel Ocampo– habiendo concedido campos inmensos, sin consideración a la posibilidad del denunciante para poblarlos, ni a la clase de establecimientos que se proponía plantear”.

Lucio Vicente López (*Derecho Administrativo Argentino*) hablando de Rivadavia, afirma:

Si su propósito político y social hubiera triunfado, si en vez de malbaratarse la tierra pública como se malbarató después, en tiempo de Rosas y otros gobiernos, de una manera arbitraria e irregular, probablemente esta gran cuestión de la crisis financiera, y especialmente la que afecta al crédito de la provincia más rica de la República, estaría resuelto.

En la primera nómina de enfiteutas aparecen 538 y obtienen 3.206 leguas cuadradas de tierra. He aquí algunos nombres: Tomás y Nicolás Anchorena, Félix de Alzaga, General Carlos María de Alvear, Felipe Arana, José Mariano y Roque Baudrix, general Marcos Balcarce, Bonifacio Basualdo, coronel Ambrosio Crámer, general Eustaquio Díaz Vélez, coronel Manuel Dorrego, Felipe Ezcurra, Cecilio Falcón –caudillo prepotente que haría atacar y deshacer con sus malevos la primera colonia de agricultores alemanes instalada por Rivadavia–, coronel Juan Garay, José Guerrico, Matías Irigoyen, José Lastra, Patricio Linch, José Martiniano y Felipe Miguens, Manuel Obarrio, José Ortiz Basualdo, general Ángel Pacheco, Antonio Pirán, Ponce de León, general Facundo Quiroga, coronel Federico Rauch, general Martín Rodríguez, Prudencio, Francisco, José y Felipe Rosas, Francisco, Bartolomé y Sixto Sáenz Valiente, Juan M. Terrero, Vicente Ugarte, Francisco, Juan y Jacobo Varela, Carlos Wright, coronel Andrés Zelarayán...

En ocasiones, un mismo apellido, bajo diferentes nombres y sexos, se repite cinco, seis, hasta once veces, lo cual está demostrando a la vista la triquiñuela por la cual los aprovechados (“vivos”, en crioyo) acaparadores, malos patriotas, ladrones del país en momentos de peligro para éste, burlaban el decreto del bien intencionado Rivadavia.

Caído el gobierno de Dorrego, el gobierno militar que lo sustituye –Lavalle– deja hacer. Y deja hacer Viamonte. Luego llega Rosas. Su primer gobierno –1829-32– abre la era del derroche. La previsora enfiteusis cae a sus zarpazos. Por ley, Rosas convierte en propietarios a los enfiteutas, es decir, a los acaparadores que, mediante artimañas y cuñas, han burlado la ley de Rivadavia y robado al país. El 9 de junio de 1832 pone Rosas en vigencia un decreto dado por Viamonte el 19 de septiembre de 1829. Por él se da, “en propiedad”, suertes de estancias de media legua de frente y una y media de fondo sobre “la nueva línea de frontera, en el arroyo Azul y campos fronterizos de la pertenencia del Estado”.

He podido constatar –escribe Bartolomé Ronco–, mediante las diligencias de mensura que se conservan en el Departamento Topográfico de la Provincia, cuáles fueron las concesiones enfiteúticas afectadas por el decreto mencionado –9 de junio de 1832– y cuyos terrenos debían ser destinados al reparto de las suertes de estancias que autorizó Viamonte, y he comprobado que una de ellas era por doce leguas a favor de Miguel Rodríguez Machado, quien la transfirió, ya fundado el Azul, al general Prudencio Rosas, hermano de Juan Manuel; otra por siete leguas a favor del mismo Prudencio Rosas, y otra por treinta y dos leguas a favor de Eugenio Villanueva y pasó a beneficiar, por la sola voluntad de Rosas, a su hijo Juan, de modo que hermano e hijo, se quedaron con cincuenta y dos leguas sumadas a las fracciones de cada concesión, sin que ninguna de las tres caducara conforme al mandato del gobernador, sino que, en cambio, se transformaron en dominio definitivo.

Peor aún: cuando cambió por las sesenta leguas de Buenos Aires la remota isla de Choel-Choel, premio a sus “hazañas”, dado por una Legislatura de serviles, dijo que lo hacía “para favorecer a los pobladores de la frontera del arroyo”; pero se quedó con todas. La “gauchada” del gaucho pícaro fue maestra.

Para algo, pues, los Martín Rodríguez, los Rauch, Rosas mismo, han llevado la guerra a los bárbaros del sur. Los blancos poseen ya en 1832 más de 100.000 kms. cuadrados de la provincia. A la vez que se avanza, a punta de valor, sufrimiento y vidas —que para eso hay gauchos, mestizos y morenos— las tierras conquistadas se reparten. De cumplirse la ley de Rivadavia, el Estado tendría ahora pingües rentas, el país se iría colonizando y las herramientas haciendo su labor civilizadora; en cambio, no sólo no se reciben rentas, el país permanece yermo y el latifundismo, cáncer social, se extiende hacia el sur y el oeste sobre llanuras fértiles y vírgenes.

La idea de premiar a los militares con tierras —ya que el tesoro se hallaba exhausto— parece que partió de Pedro de Angelis, inspirado en la historia de la antigüedad romana. Escribe el futuro plumífero de la tiranía:

Estos mismos brazos —se refiere a los “conquistadores del desierto”—, cargados inútilmente de instrumentos de muerte, devueltos al trabajo, enriquecerán el suelo que hoy se esteriliza bajo sus plantas. Los últimos triunfos conseguidos por las armas de la Provincia la han puesto al abrigo de los salvajes que asolaban en sus incursiones periódicas. Aprovechese esta oportunidad por sí sola bastante para eternizar el nombre del general Rosas. Llenen los representantes del pueblo uno de sus más importantes deberes. Conviene que ellos se muestren generosos con los que han prestado útiles servicios a la Patria. (*Memoria sobre la Hacienda Pública*).

Y llovió la generosidad de los representantes del pueblo, según pedía De Angelis.

Al comenzar de este decreto de Rosas —9 de junio de 1832— escribe Oddone, la tierra pública fue entregada a la marchanta en tres formas distintas por venta o remate, como premio a los militares que habían participado en la campaña contra los indios, o a favor de Rosas, o con el propósito de colonizar y llevar población a las nuevas líneas de fronteras. Y en la provincia de Buenos Aires, lo mismo que en los territorios, la tierra distribuida fue a parar poco a poco a manos de acaparadores que nunca colonizaron ni cumplieron en lo más mínimo con las obligaciones impuestas por la ley. La provincia de Buenos Aires así se fue convirtiendo en un país de grandes señores feudales.

He aquí estos datos:

Dice Nicolás Avellaneda: En el año 1840, sólo 293 propietarios eran dueños de 3.436 leguas cuadradas de tierra.

Dice Sarmiento: 825 propietarios, son dueños de 52.000 millas cuadradas, o sea tres veces la superficie de Inglaterra dividida entre 45.000 propietarios.

Y en el año 1856, el gobierno de la Provincia constata que 7.000 leguas cuadradas se encuentran en poder de menos de mil propietarios. En los Estados Unidos dos terceras partes de las familias agricultoras son propietarias. “Entre nosotros –escribe el ministro a la Legislatura– hay propietarios hasta de 100 leguas cuadradas de campo, cosa que no se ve en ninguna parte del mundo”.

El 10 de marzo de 1836 –ya Rosas en su segundo gobierno– se efectúa la primera gran venta de tierras públicas. Se venden 1.500 leguas cuadradas. Las compran los mismos “enfiteutas” ya establecidos, o sea los acaparadores que burlarán la ley de enfiteusis. Otra vez aparecen los Anchorena, Alzaga, Irigoyen (Matías –que nada tiene que ver con el vasco Irigoyen, carretero, padre de Hipólito) Lynch, Lastra, Miguens, Pereyra, Pacheco, Rojas, Saénz Valiente, Terrero... nombres que figuran a su vez en la “Sociedad Popular Restauradora”).

El suelo no tendrá en adelante otro empleo sino servir a la tiranía que se levanta para ensangrentarlo –escribe Nicolás Avellaneda.

Toda la política agraria de Rosas, omnipotente y vengativo, desquiciador de los derechos de la propiedad privada, pese a su celoso conservadurismo, se reduciría a esto: Quitar a los enemigos unitarios para dar a sus partidarios, los “nuevos federales”. Usó la tierra de la nación para recompensar la fidelidad política –debería escribir el servilismo político.

Es el escándalo de la tierra pública amparado por Rosas. Se reparten las tierras en provecho de su política, damnificando los intereses de la nación. Todo a la inversa del probo y recto Rivadavia. Los “apostólicos”, “los incondicionales”, se enriquecen a costa del país que entrega a particulares el patrimonio común, en tanto sus hombres del pueblo, en los fortines, luchan, sufren y mueren por defender e ir arrebatando legua por legua, esas tierras al indio indomable.

A vil precio, los “buenos federales” compran las tierras confiscadas a los rebeldes unitarios.

Despojar al enemigo de todos sus bienes para pasarlos en posesión a sus allegados, ha sido la gran arma de atracción de Rosas —escribe Gastón Lestard—, y sobre esa táctica de favores y de beneficencia corruptora edificó y sostuvo su tiranía. El espionaje, la delación y el cintillo punzó se premiaron con suertes de tierras, y el pulpero, el especulador rapaz, el miliciano de todos los grados, el comerciante, el barraquero enrolados en las filas del tirano, vieron crecer su patrimonio, a expensas del Estado y sin otro esfuerzo que la adhesión llevada al último grado de servilismo. Sobre tales prodigalidades, sobre bienes de vencidos y perseguidos y sobre el desconocimiento del más elemental derecho de propiedad, sostuvo Rosas tanto tiempo la trágica fuerza de su poder.

Importante, como documento, sería hacer una nómina de los “fanáticos” de la tiranía, no de los hombres del pueblo, sus soldados, sino de quienes ocuparon en ella cargos importantes, los poltrones, y se verá que en ella aquéllos “fanáticos” se enriquecieron con el despojo y la usurpación “legales” llevados por el desgobierno de la tiranía.

Escribe el poeta cuyano Juan Gualberto Godoy, opositor de Rosas:

*Que ha sido antes en sustancia  
La República Argentina?  
Lo diré sin repugnancia:  
Cada provincia una estancia  
y cada estancia una mina.*

Sarmiento, hombre de síntesis a fuer de profundo, se pregunta y responde: “¿Quién era Rosas?” Un propietario de tierras. ¿Qué acumuló? Tierras. ¿Quién dio a sus sostenedores?: Tierras. ¿Qué quitó o confiscó a sus adversarios? Tierras.

Los números hablan, elocuentemente:

El gobierno de Rosas comprometió en esas usurpaciones 226 leguas quitadas a los indios durante la “conquista del desierto” o en combates posteriores, y 14.000 leguas quitadas a sus adversarios políticos durante la guerra civil.

El caso más evidente está en lo ocurrido cuando la revolución de 1839 en el sur de Buenos Aires. Las tierras de los Castelli, Crámer, Ramos Mejía y otros huidos o degollados, fueron a parar íntegramente a los militares y hacendados que con su acción, sus contingentes de hombres o sus caballadas contribuyeron a sofocar la revolución.

“Ochenta y cinco estancieros enfiteutas –apunta Coni– detentaban 919 leguas de tierra en cuya posesión habían entrado sin desembolsar un centavo ni pagar el canon” (60 pesos anuales por legua cuadrada). Con este sistema, Rosas retrasó en un siglo el adelanto de la Argentina.

Si la tierra había adquirido este poder adquisitivo de conciencias –fidelidad y adhesión entusiastas– ¿cómo no seguir el avance hacia las tierras del indio que éste continuaba dispuesto a no ceder sino a costa de su sangre y de su vida?



## Notas de la tercera parte

Indios Quilmes — Pactos — Los Blandengues en los fortines — Carretas — San Martín y los pehuenches — Un profeta entre los indios — Los morenos de la infantería — Rasgo de plumífero — Relación — Chile y los Indios — Baquiano, chapetón y maturrango — Ladino — Rosas y los indios — Guardia del Monte — Los indios del Chaco — Datos y etimologías.

Los indios quilmes, que dieron su nombre al pueblo situado al sur de Buenos Aires, eran una parcialidad de indios diaguítas, muy belicosa, habitante de Santiago del Estero. A principios del siglo XVII se logró someterles y en número de mil se trasladó del norte al sur —destierro en masa— (mitimaes) acostumbrado por los Incas para con los pueblos rebeldes. Estos indios quilmes no dejaron de ser revoltosos. En septiembre de 1810, el alcalde de Magdalena daba parte al Gobierno que mientras no se allanaran sus privilegios amparados por su alcalde indio, no se podrían impedir los desórdenes y crímenes de la región. Esto prueba la inseguridad de la vida aún a las puertas de Buenos Aires.

El Senado, en su sesión del 1° de septiembre de 1947, votó 50.000 pesos para elevar un monumento a los indios quilmes, en Catamarca.

\* \* \*

Sería curioso hacer una recopilación de los pactos que entre huincas y pampas se han celebrado, ya sea con Buenos Aires, con otras provincias y aún pactos particulares. En el Archivo General de la Nación y los Archivos provinciales se hallan los documentos, a la espera de comentaristas que sepan leer entre líneas. Por ejemplo, en 1825, el gobernador Bustos, de Córdoba, celebró un pacto con los ranqueles. El parlamento se realizó a orillas de la laguna del Guanaco. Asistieron 50 caciques y capitanejos. Y mil jinetes de guerra. Se estableció la paz sobre el canje de cautivos y la promesa por parte de los ranqueles de oponerse a los malones araucanos que vinieran de Chile. Enterado de esto, el Gobierno de Buenos Aires pidió pactar con los ranqueles. El parlamento se celebró a orillas del arroyo Pecuén, a 150 leguas de la capital. Acudieron 72 caciques y capitanejos. Se estableció lo mismo, pero los pampas agregaron este artículo, harto sugestivo y desdorado para los cristianos porteños: “La causa principal de haber los indios declarado la guerra a la capital de Buenos Aires, ha sido por el menosprecio que constantemente reciben los caciques, pues siempre que van a hablar con el gobierno se les hace esperar tanto tiempo, que se aburren y regresan sin haber podido obtener audiencia. El Gobernador Bustos siempre los ha tratado con atención, sin dar motivo de queja”.

Ascasubi relata un pacto –”pato” en gauchesco– que se celebrara en 1804, después de una serie de malones llevados por los ranqueles durante dos años sobre el sur de Córdoba. Prueba esto que la paz de los españoles fue, como la paz de Rosas, cimentada sobre pactos y tributos. Escribe Ascasubi, párrafo colorido y documental:

*Pues bien, así consiguió  
tras de una vez contentados,  
que luego, en punta, los indios,  
apenas se formó el pato  
de la paz, confiadamente  
con sus chinas principiaron  
a venirse de sus toldos,  
con macarrones cargados  
de jergas y ponchos pampas,  
quillapices de guanacos,  
plumas de avestruces, chuspas,  
cueros de gama y venado,  
argas de sal en zurrones,  
vendiendo o cambalachando  
todo eso, hasta en Buenos Aires,  
donde muy sosegados  
venían a sus trajines,  
que hacían con los cristianos  
en esa paz que duró  
felizmente un tiempo largo;  
y por eso las estancias  
en el sur se repoblaron,  
y algunas se establecieron  
al otro lao del Salado...*

\* \* \*

La vida de los blandengues –”la blandengada”, le hace decir Ascasubi a uno de sus protagonistas– la podemos imaginar bien dura y peligrosa. Mucho más peligrosa y dura que la de los milicos de las levas, ya en los tiempos de la patria. “A la llegada del Virrey –Vértiz–, escribe Roberto H. Marfany que ha evocado a la “blandengada” a través de documentos y memorias, las milicias eran una fuerza totalmente desgraciada. Los pocos hombres que servían en ellas, carecían de armamentos, fornituras y municiones. Peor aún: carecían de buenos caballos. El caballo reyuno (del Rey), es el padre y abuelo de los mancarrones patrios. En su *Memoria* habla Vértiz de los desertores: “por la facilidad que encuentran de subsistir en los campos con la abundancia

de caballos, ganado y casa; y los que no pueden hacerlo —desertar— por tener bienes raíces y familia, necesitan impelerlos y obligarlos a que sirvan por fuerza”.

Desde la implantación de los primeros fortines —año 1745— salían de éstos patrullas de exploradores, ocho blandengues que debían alejarse leguas, durante una semana, del fortín, viviendo a la intemperie, y de las viscachas o peludos que cazar pudieren. El sistema se perpetuó años. En vísperas de emprenderse la campaña final contra los indios —1875— aún se sacrificaba al milico, ahora gaucho, sucesor del blandengue gauderio, obligándolo a prestar este servicio cruel, inhumano y, lo peor de todo, infructuoso por absurdo, en aras de una minoría: los privilegiados estancieros y comerciantes, asociados a los intereses europeos.

\* \* \*

La carreta era el vehículo de las pampas. Desde Garay hasta ayer, podría decirse, las pampas vieron cruzar al pesado armatoste, tirado por 4 ó 6 yuntas de bueyes, lento, firme, rústico. Todo cabía en la carreta: pasajeros y equipajes, bolas de vino y sacos de sal, montones de cueros de nutria y plumas de ñandú. En no pocas ocasiones, la carreta, pulpería rodante, era almacén, mercería, despacho de bebidas, talabartería y armería. Mil quinientos kilos podía aguantar una carreta. En la construcción de la antigua carreta no entró el hierro. Hasta los ejes eran de madera dura y las ruedas, en vez de llantas, estaban forradas de cueros. Las dos ruedas enormes, altas de dos metros, como para cruzar baches, arroyos y pantanos. En plaza Once o en plaza Monserrat, o en plaza Lorea o en plaza Concepción paraban las tropas de carretas, según viniesen del norte —Tucumán— o del oeste —Mendoza— o del sur —Bahía Blanca. Los largos viajes se hacían en tropa, a fin de llevar hombres y caballos suficientes para oponer a los indios, piratas de tierra. Entonces las carretas se convertían en una muralla, un improvisado fortín circular que vomitaba tiros. Muchas veces hasta un cañón —más ruidoso que mortal— un pequeño cañón portátil, aparecía empotrado en la cola de una carreta. A este vehículo primitivo, sustituyeron las galeras, arrastradas por caballos, de cuatro ruedas altas, pues también había que pensar en baches, arroyos y pantanos. Ya las galeras no constituían arcas de Noé terrestres y no iban a conquistar desiertos, iban con rutas trazadas, con postas. (Los primeros carros con elásticos se introdujeron de Estados Unidos en 1858, por don Timoteo Gordillo).

El jesuita Carlos Gervasoni, en una de sus cartas ha dejado la descripción de lo que eran las carretas en el 1700 y la relación de un viaje desde Buenos Aires hasta Córdoba —en cuya Universidad fue profesor. Por su parte, Bon Head y Beck-Bernard nos han descrito las carretas del 1800. La diferencia no es mucha. Prueba ello que la evolución de la carreta iba siendo tan lenta como el paso de los bueyes. Tenía que desaparecer empujada por el tiempo.

\* \* \*

Cuando San Martín preparaba en Mendoza el Ejército Libertador que iba a cruzar los Andes, tuvo “parlamentos” con los indios pampas (los “pehuenches” –o pegüenches– “gente de los pinares”). Fue en 1814. Se relacionó con ellos a título de aliados, “yo también soy indio”, proclamó, encargándoles la custodia de algunos pasos de la cordillera. Su entrevista con el cacique Neyancán revela la sagacidad del hombre que supo crear el ejército más organizado de América: San Martín solicitó del cacique pehuenche permiso para pasar a Chile por el Planchón y el Portillo, pasos por los cuales los araucanos trasmontaban la cordillera. Y lo engañó. Ya él pensaba pasar más al norte, pero los indios, ya sea por falacia o porque no estaba en ellos guardar un secreto militar, transmitieron la noticia a Marcó del Pont, el virrey de Chile. Y esto era lo que San Martín deseaba.

\* \* \*

La figura de Francisco Ramos Mejía se nos aparece excepcional dentro de la epopeya pampeana. Con Luis de la Cruz, Pedro Andrés García y Feliciano Chiclana, forma un cuadrilátero de hombres de paz, todos capaces de comprender y hacerse comprender por los “bárbaros infieles”. Francisco Ramos Mejía es el hombre del Verbo. Nacido en Buenos Aires, año 1773, ocupó algunos cargos de importancia: Regidor en 1811, miembro de la Junta de Observación en 1815. Como hacendado, tuvo la audacia, quizás el primero, en establecerse más allá del Salado, en medio de los indios, en Marí-Huincut –Diez Lomas–, hoy partido de Maipú. Su estancia se llamó “Miraflores”, conocida porque allí se firmó el pacto cuya violación por el gobierno de Martín Rodríguez encendió la guerra.

En verdad, Ramos Mejía es un personaje exótico en aquel ambiente y en aquel tiempo de violencias. Algo había en él de profeta bíblico, capaz de hacerse admirar y amar por la intuición de las gentes del pueblo. Enseñó a los indios una religión de la cual sólo nos han llegado fragmentos y en la que predicaba paz y unión. Algo tendría de judaica porque el rito celebrábase el sábado. Bondadoso y perseverante, Ramos Mejía era querido y respetado por los indios, muchos de los cuales trabajaban como peones en su estancia. De esto habla él mismo en la Nota que envió al gobernador Marcos Balcarce, protestando por la conducta de los clérigos católicos y los gobernantes. (Con aquella Nota envió también su “Abecedario de la Religión”).

En el Archivo de Adolfo Saldías está la Nota al Gobernador Balcarce en que Ramos Mejía habla de los problemas del indio y sus luchas encarándolos desde un ángulo filosófico-religioso.

El Padre Castañeda “sectario agresivo”, famoso por sus panfletos e injurias contra los gobiernos de la Revolución de Mayo, siendo desterrado de Buenos Aires, se encontró en el sur allí donde Ramos Mejía predicaba. Y la obra de éste alarmó al fraile católico. Escribió acusándolo de “heresiarca dogmatizante poderoso”. Intervino el Gobierno. Informó el presbítero Valentín Gómez acerca de si Ramos Mejía, constituido en sacerdote de una “nueva religión”, celebraba casamientos o santificaba

el sábado. De lo primero no encontró pruebas; de lo segundo, dice: “se guarda esta observancia judaica, por lo que pido medidas conducentes a extirpar este mal”.

En el libro de José P. Otero sobre el Padre Castañeda se reproduce la acusación de éste, Es pintoresca como todo lo que escribió el grafómano de la “santa furia”. En ella reconoce la influencia del “heresiarca” y narra que José de la Peña Zurueta, comandante de Kequel, después de 5 días de estar en la estancia “Miraflores”, se convirtió a la nueva religión. También narra que en las pulperías, indios y gauchos gritan: ¡Viva la Ley de Ramos!

En suma, el año 1821, el gobernador Rodríguez allanó la estancia, produjo el desbande de indios –y aún de gauchos– que en ella trabajaban y llevó preso a Ramos Mejía a Buenos Aires. “El ha dado pruebas –informa el ejecutivo Gobernador– de una amistad estrecha con los salvajes, que la prefiere a la de sus propios conciudadanos”... El mismo Rosas, en esta oportunidad, se mostró en desacuerdo con la arbitraria y poco hábil medida del hombre de armas contra los indios.

Prontamente los hechos darían la razón al buen político. Los malones se desencadenaron sangrientos.

La figura de este profeta entre los indios, ha quedado en la penumbra histórica. Empero, algunos la han bosquejado, y todos con simpatía.

Dice Álvaro Barros: “Era uno de los pobladores que en aquel tiempo –antes de 1820– se hallaban establecidos al sud del río Salado. Había comprado al gobierno uno extensa área de campo, a razón de 14 pesos fuertes la legua, habiendo luego comprado a los indios que allí residían, el derecho de establecerse en aquellos campos. Obedeciendo Ramos a un sentimiento de justicia que honra su memoria, lejos de pretender desalojar a los indios en uso del derecho adquirido, los trató siempre benigna y paternalmente, granjeándose así la confianza y el respeto de ellos. Los indios fueron sus mejores peones y la más segura custodia de sus intereses, y tal confianza adquirió de su lealtad, que vivió allí tranquilamente con su familia, ejerciendo una autoridad verdaderamente patriarcal, en ninguna circunstancia desconocida por los indios”.

Narra después la violación del pacto de “Miraflores”, la insurrección de los indios, cómo éstos asesinaron, en el lugar que después se llamó “La Perfidia”, a los parlamentarios de Buenos Aires (Buleski, Miller, Ferrer, Montes, Bosch y otros), “hecho bárbaro, consecuencia natural del proceder del gobierno con los indios desde los primeros tiempos de la conquista”... Establecen éstos un sitio móvil, o sea, lejos del alcance del cañón, privan de recursos a los cristianos, y cuando invaden, “las propiedades de Ramos fueron respetadas, por gratitud de los indios”...

Ángel Justiniano Carranza, al hablar del baquiano José Luis Molina, célebre más tarde por su triunfo como tal, venciendo a 500 brasileños, mediante el incendio de pajonales, con sólo 21 gauchos, hace ver cómo este baquiano, considerado después un bandido, trabajaba con Ramos Mejía, capataz de su estancia. Y de ella huyó a las tolдерías indignado por la felonía del gobernador.

Hombre que podía inspirar tan acendrados sentimientos en indios y gauchos como este Ramos Mejía, forzosamente era un alma superior. También escribe Carranza: “Los indios tenían tanta fe en su lealtad que jamás le hicieron el menor daño, llegando el caso de dejar expofeso objetos de plata de su pertenencia, los mismos que le eran entregados religiosamente diciéndole: “Toma, Pancho, hallando esto en corral”.

En *Vida y Escritos del Padre Castañeda*, escribe Adolfo Saldías: “Elaboró –Ramos Mejía– un vademécum político-religioso que contenía una serie de reglas y principios extraídos de los profetas y de los apóstoles”, y dice de su religión que “era una mezcla de panteísmo oriental y de dogmatismo inflexible”.

Clemente Ricci lo llama: “Un puritano argentino cortado sobre el tipo del pioner norteamericano”... y lo evoca: “Rígido, inflexible, mezcla de místico, de visionario y de guerrero; devorado por la preocupación de realizar la palabra de Dios en toda su pureza; en choque constante con la Iglesia oficial por su antipatía hacia toda jerarquía eclesiástica”...

Un hombre así por fuerza debió atraerse a su vez la antipatía de Rosas, enemigo de toda fuerza espiritual, y que veía en este profeta un adversario de su predominio. Desde 1815, a la caída de Alvear, cuando subían al gobierno hombres moderados o conservadores, Rosas intriga contra el dueño de Mari-Huincul. En 1817, los malones respetan la propiedad de éste. Rosas lo denuncia entonces como instigador y aún socio de esos malones. Y quizás lo denuncia sinceramente. No podía caber en el alma torva del señor feudal de “Los Cerrillos” que a Ramos Mejía los bárbaros lo respetasen por su leal conducta para con ellos, por el amor que había sabido inspirarles. Siendo Director Pueyrredón, los hacendados del consorcio que Rosas dirigía, presionaron para que aquél no llevase la línea de fronteras hasta Tandil y quedara en la laguna de Kuquel-Huincul, esto para evitar que se extendieran títulos de propiedad a favor de Ramos Mejía, que estaba poblando fuera de esta línea precisamente. Rosas, aún legalista, se valía así de un subterfugio legal para combatir a un enemigo de sus socios.

Reclamó Ramos Mejía. Pueyrredón y su sucesor Rondeau eludieron resolver el asunto, ya que de una y otra parte se interponían influencias poderosas. El Congreso Nacional resolvió al fin el pleito en 1819, a favor de Ramos Mejía. Fallo justo, pues, no había ninguna razón para que éste osado ocupante de tierras en el sur no adquiriese, como tantos otros hacendados, la propiedad de ellas. (En la *Gaceta de Buenos Aires* N° 112, está la resolución, entre elogios para quienes “a costa de mil sacrificios y peligros y haciendo expensas cuantiosas para tener gratos a los indios, han sostenido sus establecimientos, cuyas ventajas para el país exceden en todo cálculo”)...

Un año más tarde, Rosas, por la espada del gobernador Martín Rodríguez, tomaría venganza de su vencedor ante la ley: haría allanar su estancia, enviar a Ramos Mejía preso a Buenos Aires y desparramar sus trabajadores indios que volverían a la existencia nómada y malonera.

De Ramos Mejía se conoce: *Evangelio de que responde ante la Nación el Ciudadano Francisco Ramos Mejía*, fechado en Miraflores a 28 de América de 1820. Es un escrito filosófico, de tono bíblico, mechado con citas evangélicas y latines. Un escrito confuso, de difícil lectura. Seguramente Ramos Mejía era más convincente hablando que escribiendo. Y también más lógico. (Un párrafo de aquel: “¡Americanos! Quien todo lo tiene, algo siquiera puede perder. Pero quien nada tiene entre vosotros, ¿qué pierde?”). Es la obra típica del meditador solitario.

Murió Ramos Mejía a poco de haber sufrido el atropello gubernamental, en su estancia “Los Tapiales”, partido de Morón, año 1825. En un expediente que se halla en el Archivo de la Nación, consta que antes de ser hacendado fue comerciante y tuvo panadería. Un hombre de acción, de empresa, un pionero y un idealista que padeció por querer realizar su ensueño.

\* \* \*

Los blancos, los blancos ricos —estancieros, comerciantes— opusieron a los indios sus caballerías gauchas y su infantería negra. En las expediciones de Martín Rodríguez (1820-24) van batallones de negros. Cuando el Gobernador sale de campaña contra Carrera o cuando sale a querer apropiarse de las tierras que por pactos recientes reconocía como propiedad de los indios, con él va el “Batallón de Cazadores negros”, quinientas plazas. Un conglomerado de morenos rotos, tiritando de frío, semi hambrientos, y peleadores hasta la muerte. El coronel Manuel Pueyrredón escribe: “Los que más tuvieron que sufrir fueron los negros del batallón de Cazadores, que volvían hechos pedazos y casi todos sin calzado. La mayor mortalidad fue de estos infelices, no había día que no hicieran recoger del campo negros helados, a veces hasta nueve. Desde que amanecía mandaba a los soldados de la escolta a que trajesen los negros que encontrasen duros de frío; les hacía meter en una tienda, calentarlos al fuego y darles “ponches” de aguardiente hasta que, vueltos a la vida, se los mandaban a sus jefes, que ningún caso hacían de aquellos desgraciados”.

Para colmo de males, la superstición. Los indios creían que con los morenos (a quienes llamaban “curuches”) los blancos hacían la pólvora, y al que aprehendían prisionero lo quemaban vivo. En el combate de “Carampanguy”, cuenta Pueyrredón, los indios quemaron doce negros.

Resultado de estas tristes campañas de Rodríguez al sur fue que las calles de la capital se llenaran de morenos mendigos, inválidos a quienes el frío les había pasmado las heridas: “Testimonios vivientes de una campaña contra los indios, de la despreocupación de las autoridades y de la implacable helada de la Sierra de la Ventana” —apunta José Luis Lanuza. El “precioso batallón de Cazadores negros” —como lo adjetiva López que, como representante de la clase patronal, paga con adjetivos laudatorios el sacrificio de morenos, gauchos e indios mansos— figura en las guerras civiles, ya junto al gobernador, ya junto a Alvear y Carrera cuando las correrías de estos dos exasperados del poder. Desde los tiempos virreynales los morenos se

usaron para llenar claros en la infantería. En las invasiones inglesas figuran aunque al Alcalde Álzaga, antiguo traficante de negros, no le plazca verlos con las armas en la mano. El romancista Pantaleón Rivarola, canta el heroísmo de un negro:

*En su media lengua entonces  
el negrito va diciendo:  
Tira inglés, y no me hierres,  
si me hierras eres muerto...*

Allí demostraron los morenos que a valor no los aventajaban andaluces o misioneros, ni patricios. Después del 1810 comenzaron a pasar de la esclavitud... a la libertad del soldado. Van al Alto Perú, van al Paraguay, van a Montevideo. (El poeta uruguayo Acuña de Figueroa escribe poemas heroicos en dialecto negro “bozal”). Van a Chile, intervienen en todos los fandangos de la guerra civil. Un negro, Lorenzo Barcala se hace coronel junto al eximio Paz y merece el elogio de Sarmiento. El Tercer Tercio Cívico, los “Cazadores de los Andes”, los “Defensores de Buenos Aires”, los “Libertos de Buenos Aires”, están constituidos por morenos. Los propietarios de bestias y de esclavos se ven compelidos a entregarlos para las distintas facciones que se disputan el poder. Caballos y morenos van a los combates, son heridos, mueren. En Ituzaingó se entreveran con los bávaros mercenarios del Emperador del Brasil (Hoy ciertos racistas constatan, complacidos: “En Buenos Aires no se ven negros...”) Después llega Rosas, el “Padle Rosas”, el “Libeltadol de los Neglos”.

*Que viva la Patlia  
lible de cadenas,  
y viva el glan Rosas  
pala defendela...*

Los amos ceden ya generosamente o vendiendo a vil precio, los morenos que defendían al Restaurador de las Leyes, y las propiedades de sus amos. “Los negros –escribe José Ramos Mejía– iban en depósito a los “Patricios”, para cuando se necesitara remontar los batallones de línea. Eran, como se ha visto, “la carne de cañón y la pepinera de personeros y bravos”. En Caseros, por el “Padle Rosas”, los negros pelearon como pumas. En sus pechos se había adentrado, en verdad, “la divisa punzó”, tanto como en el de los contemporáneos de Falucho “la azul y blanca”. Después, Urquiza se apropió de los sobrevivientes, se los llevó a Entre Ríos, formó con ellos batallones de infantería para reforzar a sus lanceros gauchos. “Pocos de ellos volvieron a sus hogares” –narra Sarmiento. Allí quedaron los huesos blancos de los morenos de infantería. (Cepeda, Pavón). Hubo después de la separación del 11 de septiembre de 1852 –en Buenos Aires– dos gruesos batallones, con 1.800 plazas, que mandaron jefes de color como el coronel Sosa y más tarde el coronel Morales... (Este coronel

Morales se halla junto a Alem en el Parque, cuando la revolución popular del 90). Después llegan las terribles batallas en los esteros del Paraguay: morenos versus guaraníes, que les llaman “cambá”. En las últimas campañas contra el mapuche pampeano, van morenos de infantería a dejar sus blancos huesos en Neuquén...

“En Buenos Aires no se ven negros” –apuntan; algunos racistas, complacidos. Dice una copla :

*Negros no hubo en la Pasión  
indios no se conocía  
mulatos no los había  
¡De los blancos de la función!*

\* \* \*

Pedro de Angelis, el erudito napolitano que tantos servicios prestó a la cultura argentina buceando entre archivos y sacando de su penumbra documentos importantes, era también un plumífero cobarde, un servidor cortesano de Rosas. Un rasgo pinta al plumífero comprable y vendible. En 1837 publica y prologa el Diario de la “Comisión Pacificadora” que, compuesta por los coroneles Lavalle, Rosas y el ingeniero Felipe Senillosa, fue hacia el sud. De Angelis suprime el nombre de Lavalle. Sólo le llama: “El coronel de coraceros”.

También suprime su firma del Diario. De Angelis ejecuta así la degollación histórica del ahora –en 1837– “salvaje, asqueroso unitario Juan Lavalle”.

Por contraste, citemos la actitud de Senillosa. Este hombre de ciencia español, traído por Rivadavia, en 1832-35 se opone a dar al futuro tirano las facultades extraordinarias, y en una carta, al subir Rosas al poder, le aconseja: “Abomine de la fuerza y ajústese a la ley estrictamente. ¡Quiera el cielo que usted sea amado y no temido!” Más adelante, opina: “Rosas tiene inteligencia natural, pero sin instrucción y con corazón malo, hemos visto en su época repetidas las humillaciones y barbarie del imperio romano”. Después de su caída, exclama jubiloso: “¡Gracias sean dadas al Ser Supremo! Hoy vivimos como hombres”.

\* \* \*

No todo el gauchaje fue rosista, por supuesto, sino, ¿de dónde hubieran sacado sus soldados Lavalle, Paz, Rivera, Castelli?... Estos versos de una “relación”, seguramente de un “gato”, están proclamando el antirrosismo de los bailarines gauchos de Buenos Aires:

ÉL:  
*Te digo de corazón  
soy gaucho fiel y porteño,*

*y hasta verlo muerto a Rosas,  
no he de salir de mi empeño.*

ELLA:  
*No he de salir de mi empeño  
esperando el dulce día,  
de premiar tu patriotismo  
si Dios me presta la vida.*

\* \* \*

Chile tuvo –no tanto como la Argentina– su problema del indio. O supo afrontarlo con más habilidad. Empujó al araucano hacia las llanuras ricas. Primero los realistas vencidos por San Martín, después de 1826, ya desalojados aquéllos del sur, los comerciantes chilenos, por codicia. Verdad es también que ni el sentimiento de patria ni los límites se hallaban muy delimitados. En su paz con los indios, el general Bulnes concede también amnistía a los bandidos que, como Juan Antonio Pincheira, se hallan al este de los Andes. Para los hombres del Plata, ¿qué era la Patagonia, sino el fin del mundo? Vemos que Rosas, a quien se pinta hoy como a un nacionalista celoso, no tiene empacho en pactar con el general Bulnes para que éste, atravesando los Andes, invada y coopere en su conquista del desierto, al igual que los gobernadores de Córdoba y Mendoza. Sin la revolución de Centeno que paralizó a Bulnes, no es difícil suponer que hoy Neuquén pertenecería a Chile. En el Archivo General de la Nación existe el documento por el cual Vicente Maza, ministro de Relaciones Exteriores, y hechura de Rosas, pide a Chile que “anticipase su cooperación lo más posible que el tiempo diese”... (6 de abril de 1833).

No sólo indios y bandoleros pasaban de Chile a la Argentina con libertad absoluta. También sus tropas regulares. Y es así como Bulnes lucha con los Pincheira en Mendoza o el teniente Juan de Dios Montero, al frente de un batallón de Cazadores de Chile, aparece en la provincia de Buenos Aires.

Todo esto traería con el tiempo perturbaciones que acabarían por colocar a ambos países en trance de guerra.

Cabe apuntar que los federales fieles a la memoria de Rosas –Antonino Reyes en carta a Federico Terrero, en el año 1870– acusan a los unitarios de haber hecho desistir a Bulnes para que cooperara en la conquista del Desierto. No estaba en los móviles de Bulnes haber desistido por consejos e intrigas.

\* \* \*

Baquiano –hay quien escribe baqueano y aún vaqueano– es lo opuesto de chapetón. “Conocimiento práctico de la campaña o de una región cualquiera, señaladamente de sus atajos, picadas de montes, pozos de ríos y arroyos, pastos, aguadas y demás condiciones de territorio de que es necesario estar bien enterado para hacer

con la brevedad posible y sin peligro ni penurias excusables una larga travesía” —define Granada. Baquía es habilidad también para la práctica de algo:

—*El diablo a gatas tocó  
las clavijas, y al momento,  
como un arpa el instrumento  
de tan bien templao sonó.*  
—*Tal vez lo traiba templao  
por echaría de baquiano...*  
(Estanislao del Campo: *Fausto*).

Baquiano y baquía se usa en otras regiones de América. Lo trae el clásico español Mateo Alemán: “... que como tan baquiano en la tierra, todo lo conocía”... (“Guzmán de Alfarache”). Y se usa en Brasil.

Lo traen asimismo: Ascasubi (Santos Vega, Aniceto el Gallo, Paulino Lacero), Paz (*Memorias*), Lamadrid (*Memorias*), Lussich (*Tres gauchos orientales*), Acevedo Díaz (*Nativa, Ismael*), Magariños Cervantes (*Celiar, Caramurú*), Linch (*Romance de un gaucho*).

También “chapelón”: inexperto, bisono, y en especial de la persona poco experimentada en las costas del país... “Y entrísteció mucho a la gente, por ser nuevos, que en Indias llaman “chapelones”... (Sarmiento de Gamboa). Un “chapelón” es un torpe, un “chambón”. También un “maturrango”. “Chapeltonada”: lo contrario de “baquía”. En las luchas de la Independencia, “chapelón”, “maturrango”, “godo”, “realista”, se hicieron sinónimos. “Pagar la chapeltonada, era pagar el aprendizaje”

“Maturrango” llegó a ser mal jinete. Término que se hace despectivo en boca de los gauchos de Hidalgo o de Ascasubi: Aquél también usa “matucho”. Por fin, “maturrango” fue el mal caballo, el “matungo”, el “jamelgo”, el “penco”.

Baquiano se llamó también al caballo que se llevaba para cazar aves menudas. Se le tenía con hambre, el caballo avanzaba pastando. El gaucho oculto tras él podía acercarse a los pájaros.

\* \* \*

“Ladino” es el indio que habla español; pero como este indio es más inteligente o más avisado que los otros, ladino llegó a ser lo mismo que astuto, sagaz, pícaro o taimado. El “ladino” es el lenguaraz, a la inversa, un intérprete de español a idioma aborigen... “Hicieron los jesuítas que los indios ladinos aprendiesen algunas pláticas” (Azara)... “Ordenamos que se encargue a uno de los alcaldes ordinarios que haga lista de todos los indios que sean ladinos”... (Ordenanzas, año 1695).

La Academia define: “Ladino: aplicábase al romance o castellano antiguo que habla con facilidad alguna o algunas lenguas además de la propia. — Figurado: astuto, sagaz, taimado”.

Dice el moreno en su payada con Martín Fierro:

*Yo no soy cantor ladino  
y mi habilidad es muy poca...*

\* \* \*

Rosas, según la pluma de sus panegiristas, aparece como un “padre de los pobres”. Gauchos, hombres del suburbio y negros –soldados valientes y electores fáciles– le dieron lo que siempre el humilde da al poderoso: todo su poder y más: la razón de su poderío. También se le ha presentado como protector de los indios trabajadores de sus estancias o vendedores y parroquianos de ellas. En sus pactos, el gobierno se servía de Rosas para cumplirlos. El entregaba los animales, el tabaco, la yerba, el azúcar y el alcohol estipulados. Los indios creían que era él, no el gobierno, quien se los daba. De este tránsito de mercaderías por sus ávidas manos, Rosas extraía buenas ganancias: prestigio entre los aborígenes y pesos. No se olvide que él es, por sobre todo, un cumplido negociante. Así lo comprueban sus listas de gastos pasadas al Cabildo. Por ejemplo, por vestir a cuatro mil indios, cobra 200 mil pesos; por regalos, 40 mil; por regalos a las “chinitas”, 40 mil; por 420 rollos de tabaco, 378 mil; por manutención diario de 3.000 indios en sus estancias –donde trabajan de peones– cobra 108 mil pesos. Y por gastos varios –sin especificar– 50 mil. En suma: las cuentas del Gran Capitán... ¡Un negocio los indios para el estanciero del sur!

Y cuando se trató de exterminarlos, ¡no fue blando el puño de Rosas! Escribe a Estanislao López de Santa Fe: “Los indios, compañero, que están situados entre la frontera de Chile, Buenos Aires, Mendoza, Córdoba y San Luis son infinitos. Y como no es posible mantener a todos, nos han de seguir robando, y se han de entrar por parte que consideren más débil. Sobre este punto, he escrito ya a usted extensamente. El único remedio es juntarnos después de la guerra, y acordar una expedición para acabar con todos los indios”...

Y eso intentó en su campaña de 1833, sin ascos. En el Archivo General de la Nación están las instrucciones escritas de Rosas a su lugarteniente Pedro Ramos que expedicionó hacia el oeste y norte. Le manda que solo conserve las mujeres y niños, que no tome prisioneros y si hubiere éstos que los dejase con una guardia y cuando quedaran solos los ladeara al monte y los fusilase. Después, si eran echados de menos, dijera que habían querido escapar y se le hizo fuego sobre ellos. (La “ley de fugas”, no fue invento, entonces, de la policía española). Darwin narra que vio salir una tropa de soldados con “facha de bandoleros” y les escuchó los cuentos de la última expedición. Contaron al sabio naturalista cómo degollaron indios y el plan de Rosas, aliado de los tehuelches a fin de terminar con los pampas. Después terminaría con aquéllos. Darwin dice que en las expediciones Rosas mandaba poner al frente los “indios amigos”, a fin de que mueran, recelando siempre de que estos amigos puedan transformarse en enemigos. Antonio Félix de Meneses, que fue jefe

del detalle en la vanguardia, escribe, ya en 1870, cartas a Federico Terrero, su amigo. Las reproduce Saldías. Le dice: "...A los indios amigos, Rosas los hacía combatir contra los indios enemigos, y de este modo se deshacía de los amigos y de los enemigos"... "la política del general Rosas era hacer pelear las tribus unas contra otras: así los indios iban siendo cada vez menos, como sucedió en el Fuerte Federación, hoy Junín, donde el cacique Chancalín que tenía 800 o más indios fue acometido por los otros indios que concluyeron con él y todos los suyos".

En una oportunidad, y a fin de impresionar –terrorizar– a Buenos Aires, hizo Rosas fusilar sesenta indios en las calles de ésta.

Al hablar de la pacificación del indio, y de su posible adaptación a modos más civilizados de vida, recordando los ensayos evangelistas de Stroebel, Cherino y Falkner, los parlamentos de Cruz, García y Chiclana; se ha puesto a Rosas como un semejante de Ramos Mejía. ¿Hermanar al jefe de la más sangrienta y cruel expedición sobre el indio con el profeta de "Miraflores"? Ramos Mejía fue un auténtico defensor del indio, un idealista crédulo. Rosas jamás creyó en la posibilidad de atraer al indio, como jamás creyó en el gaucho ni en el moreno o el orillero de las afueras. Diplomático y político, cazurro a lo jugador tramposo, se sirvió de ellos, sorbió el entusiasmo y la fidelidad, para sí y los de su clase, los estancieros propietarios. Después arrojó sus cáscaras, sus cadáveres. ¿Se ha calculado el número de gauchos, morenos, hombres del suburbio e indios que murieron, místicos soldados de la Santa Federación, desde 1820 a 1852, desde que los "Colorados del Monte" repusieron a Martín Rodríguez cuando la insurrección del coronel Pagóla, hasta Caseros? ¿Se ha calculado el número de hombres inútiles que esas luchas dejaron en la indigencia?

Por tradición, Rosas se hallaba familiarizado con los indios. Es un Ortiz de Rosas el gobernante que recibe una comitiva de caciques en tiempos de la Colonia y firma pactos de amistad con ellos. Clemente López de Osornio, señor feudal, su abuelo materno, manda por orden del gobernador Bucarelli una expedición contra los indios, y luego perece a sus manos, sorprendido por un malón a sus estancias. Cuando en 1784, el superintendente Juan de la Piedra y el piloto Villarino mueren durante su expedición, el padre de Rosas, don León cae prisionero de los indios. Tratos comerciales con éstos tuvo Rosas desde su instalación como mayordomo de sus primos los Anchorena. Rosas, pues, conocía al indio, sabía cómo hablarle, cuándo pactar con él o cuándo mostrárselo uurusivo. De esta práctica supo valerse, por cierto, el excelente diplomático y eximio policía durante su campaña de 1833.

\* \* \*

Aún los historiadores más antirosistas venían repitiendo que Rosas, durante las invasiones de 1806 y 1807, había peleado heroicamente. En cuanto a la Reconquista de 1806 siempre se dijo –lo dijo el propio Rosas– que existía una carta de Liniers felicitándolo. La carta de Liniers nunca apareció. Y Saldías, que publicó los papeles de Rosas, no la incluye entre ellos.

En la Defensa de 1807 su actitud cobarde aparece ahora nada confusa, después del descubrimiento que hizo Ernesto H. Celesia –leer su artículo en La Prensa del 14 de julio de 1948.

Según lo ha comprobado en el Archivo General de la Nación, libro Comprobantes de Caja –febrero 1807–, Rosas, después de la primera Invasión y del triunfo popular y su euforia, se incorporó al “Escuadrón de Migueletes del M. I. Cabildo”, 2ª compañía, mandada por su tío Silverio López Osornio, comandante Alejo Castex. El 2 de junio de 1807 llegan los ingleses, próximos invasores de Buenos Aires, a Montevideo. En la capital del Virreynato se revista a las tropas de la defensa: Rosas figura como “ausente: enfermo en casa”...

El 1º de julio se marcha contra el enemigo invasor. Nadie quedará sin pelear. Mujeres, viejos y niños demostrarán el ejemplo de lo que es un pueblo decidido a defender su libertad. Rosas, sin embargo, no figura en la lista de los combatientes. Y en los “comprobantes de caja” del Archivo General de la Nación, hay esta nota: “Juan Manuel de Rosas se apartó del servicio el 1º de julio... (En la vergüenza lo acompañan otros tres nombres para siempre insignificantes: Lorenzo Frutos Gómez, Francisco Casavalle y José Abel Vargas).

¡Rosas deja el servicio de las armas el mismo día que se marcha para enfrentar al enemigo!...

Los historiadores liberales que aceptaban el hecho de un Rosas peleando contra el invasor inglés, porque repetían lo que dijo Saldías, porque éste lo copió del panegírico de De Angelis y éste se lo oyó al propio Rosas, se explicaban que hubiera peleado durante las invasiones, aunque rehusó hacerlo –y escapó a sus estancias, a enriquecerse– cuando estalló la Revolución de Mayo, a la que se negó también a ayudar con dinero. Y aquellos historiadores se lo explicaban así: Rosas era un hombre colonial, un oligarca descendiente de pelucones; peleó en 1806 y 7 porque allí se peleaba por el Virreynato, el orden secular, lo establecido; rehuyó a la Revolución de Mayo, porque ésta, guiada en sus principios por Moreno, Paso, Castelli, Monteagudo, Rivadavia, era lo anticolonial, lo liberal, la inversión de los valores virreynales, ya caducos, y la sustitución por lo nuevo, lo revolucionario. A la textura mental de Rosas, fundamentalmente conservador, le repugnaba, pues, la Revolución de 1810.

Ahora, con el descubrimiento de Ernesto H. Celesia, queda al desnudo, una vez más, la acusación de cobarde que se viene haciendo al tirano, y una vez más queda al descubierto su psiquis tragicómica.

\* \* \*

Desde 1815 en adelante, el fortín Guardia del Monte, levantado en 1760, adquiere importancia. En 1820, próximo a él estableció Rosas su estancia “Los Cerrillos”, junto al Salado, y formó su cuerpo de caballería llamado “Los Colorados del Monte”. En 1822 el Gobierno establece allí el cuartel general de los blanden-

gues. Los personajes de Hidalgo y Ascasubi, habitantes de Guardia del Monte que figuran en el primer *Diálogo* de aquél y en el *Santos Vega* de éste, son de esta época de florecimiento. “Guardia del Monte” entra en la historia por sus “colorados”. Eduardo Gutiérrez, a quien se desdénia excesivamente, sin haberse nadie puesto a hacer una antología entre sus páginas de folletín, habla de ellos: “Rosas se dedicó con pasión al perfeccionamiento de sus colorados, pues los acontecimientos se precipitaban momento por momento. Empezó por montarlos con caballos colorados, elegidos de las mejoras manadas y tropillas de “Los Cerrillos”, completando su uniforme de esta manera: gorro colorado con grandes cintas azules y blancas, camiseta y chiripá punzó. En cuanto a las armas se puede decir que eran un arsenal, pues cada soldado llevaba un sable, tercerola, bolas a la cintura y lazo a la paleta del caballo, reforma que él había introducido. Al dotar a sus paisanos de las armas que usaba en la caballería, no había querido privarles del facón y las bolas, en los que el gaucho tiene más práctica y mejor manejo”... (Juan Manuel de Rosas).

El señor feudal ya poseía su mesnada, seiscientos hombres diestros, grandes jinetes, vigorosos, bien disciplinados. Repárese en que el hábil señor feudal, no sintiéndose del todo fuerte, aún hace que del gorro colorado de sus hombres caigan cintas azules y blancas, los odiados colores de la Revolución de Mayo.

Las circunstancias hicieron de “los colorados del Monte”, los restauradores del gobierno legal. Y Buenos Aires festejó, jubilosamente, la aparición del instrumento que habría de hundirla en el desorden del despotismo y la ilegalidad. Fue así: el 1° de octubre de 1820 el turbulento coronel Manuel Vicente Pagola, federal dorreguista, se insurreccionó y derrocó al gobernador Rodríguez. Buscó éste apoyo en las milicias del sur. Entró con ellas en Buenos Aires y derrotó a los insurrectos después de varios días de lucha sangrienta en calles y plazas. Rosas y sus “colorados” formaban parte del ejército “restaurador”, y aquél obtuvo el grado de coronel de caballería y sus hombres la gratitud de la “gente decente” de la ciudad. “La victoria fue tal que quedaron reprimidos y escarmentados los restos anárquicos que habían mantenido la agitación”, escribe López.

\* \* \*

A la vez que en las pampas del sur tenían lugar en el norte –Salta, Chaco, Santa Fe, Santiago del Estero, Misiones y Corrientes– guerras, aunque no tan feroces, contra las tribus guaraníes refugiadas en las selvas. En los Archivos y en los libros de los historiadores locales de aquellas provincias están narradas. A modo de ilustración y complemento, hagamos su relato sucinto: España no pudo ocupar los territorios que habitaban los aborígenes, chiriguano, matacos, mocobíes, lenguas, chunupíes, tobas, vilelas y otras tribus. Entre éstas y los conquistadores blancos se levantaban bosques impenetrables y esteros inaccesibles. Algo, empero, intentaron los españoles. Entre los documentos publicados por De Angelis se encuentran un *Diario de la Expedición al Gran Chaco* en 1774 por el Gobernador

Gerónimo Matorras, un *Diario de la Expedición al Gran Chaco*, en 1780, por el coronel Francisco Gabina de Arias, un *Diario de la Expedición* del coronel Adrián Fernández Carriego y los *Proyectos de colonización del Gran Chaco*, por Félix de Azara y García de Solalinde...

Antes aún en 1764, Filiberto Mena expedicionó por el Chaco. Dejó una enumeración de sus tribus cuya población calcula en 106.584 indios. Aquéllos, siempre en lucha unos con otros, se aliaban y combatían de consuno cuando debían oponerse a la invasión de los blancos.

En 1668 los jesuitas iniciaron la evangelización de algunas tribus en Mojos y Chiquitos, intentando abrir un camino al través del Chaco y comunicarse con las misiones ya establecidas entre los ríos Paraguay y Uruguay. En 1745 se establece la reducción de San Fernando, destruidas por los mocobíes y lenguas en 1773, como antes, en 1631, fuera destruida Concepción del Bermejo, después de un largo sitio. A pesar de todo, los jesuitas fueron penetrando en aquellas regiones, fundando pueblos y sirviéndose de unos indios contra otros. Sus propias rivalidades y supersticiones eran utilizadas hábilmente por los evangelizadores cristianos.

Los gobiernos militares de Asunción, Corrientes, Santa Fe, Santiago del Estero, Salta y Tucumán, sostenían una permanente guerra defensiva a fin de mantener alejadas a las tribus que, de vez en vez, empujadas por el hambre, como río que se sale de curso, hacían irrupciones por poblados, reducciones y fortines de las fronteras. Otras veces, aquellos indios se avenían a trabajar en las plantaciones de caña de azúcar y después tornaban a su vida de nómades por los bosques. En realidad, no se supo atraerlos definitivamente y assimilarlos a la civilización. O quizás no se intentó siquiera.

La revolución de 1810, exigiendo sacrificios de soldados, debilitó las guarniciones de las fronteras, lo cual fue aprovechado por los indios para atacar pueblos y fortines.

En Santa Fe, Santiago del Estero y Salta, los blancos retrocedieron de sus antiguas líneas. Se proyectaron incursiones contra los mocobíes a fin de contenerlos. Alguna se hizo sin resultados. Hubo que distraer milicias para impedir que, en sus avances, llegaran a las poblaciones. En 1825 interrumpieron el camino de Santiago del Estero a Córdoba. A las guerras de la independencia sucedió la guerra civil. Y las fronteras necesariamente descuidadas siempre. Más aún: los indios, como ocurrió en el sur, tomaron parte por unas u otras fracciones en lucha, ya como tribu aliada, ya individualmente, como soldados de sus montoneras. La provincia de Corrientes hubo de abandonar la margen derecha del río Paraná; más tarde, el gobernador Pedro Ferré distribuyó tierras a los indios.

En Santa Fe el peligro de las indiadas fue mayor. Esta provincia debió pelear con chaquenses en el norte y pampas en el sur. En 1813, sin soldados, la provincia sufrió el ataque de los indios que llegaron a doce leguas de la capital. El gobierno de Estanislao López fue el que más seriamente se opuso a las invasiones.

Los indios del norte, como los del sur, entraban a los poblados a sangre y fuego, llevándose las mujeres cautivas. Su poder era menor por la falta de caballos y porque

nunca llegaron a constituir ejércitos como los pampas, capaces de afrontar batallas campales. Era una guerra de rapiña, de asaltos y sorpresa la suya, guerra de zozobras que impedía el avance de la civilización y mermaba las riquezas. Sobre todo en las comunicaciones de unas y otras provincias, aquellos piratas de tierra inquietaban verdaderamente. Durante las guerras civiles intervinieron junto a Artigas. En una oportunidad, “Andresito”, su lugarteniente, se apoderó de la capital de Corrientes e hizo recoger a los niños de la “gente decente” a fin de llevárselos como servidores. Fue un acto de justa represalia por lo que esa “gente decente” hacía con los hijos de los indios; pero no pasó de amenaza el hecho. Hasta años después de la caída de Rosas, los indios no dejaron de inquietar las fronteras del norte. Las provincias en guerra unas contra otras, no atinaban a unificarse en un plan ofensivo contra ellos, y mucho menos en un plan de colonización que los hubiere transformado en trabajadores, plan mucho más factible entre estos indios laboriosos que entre los guerreros pampas.

\* \* \*

Datos y etimologías: “Chasque”, del quichua: “Chasqui”: mensajero, jinete portador de una orden militar. Chasqui quiere decir “¡toma!”, según Solórzano, y según Montesinos: “el que recibe”. En el Imperio incaico había un excelente servicio de chasques a pie, grandes corredores. En el *Diario* de Luis de la Cruz se lee: “El comandante determinó mandar un chasque, o correo, al día siguiente”. En Perú y Bolivia se dice “chasqui” considerándose que “chasque” es anticuada, a la inversa en la Argentina, donde la voz anticuada es “chasqui”.

China, chino: apelativos españoles a los autóctonos por su parecido con los habitantes de la China. Fonéticamente coincide con la voz quichua. En el Río de la Plata se llamó así a la india o mestiza. (Y de china se hizo chino para el hombre). El gaucho llamó “china” a su amada, cariñosamente. Chinerío, sinónimo de mujerío, pero del mujerío de las tolerías o de la soldadesca.

“Chusma”: La familia del indio de pelea: mujeres, niños, ancianos muy senectos. De chusma: “chusmaje”, en sentido despectivo. En el Río de la Plata, se ha hecho sinónimo de pueblo. Como a tal el poeta Almafuerte cantó a la “chusma sacra”, enalteciéndola. Es voz de origen italiano: “Ciumma”, los esclavos de las galeras. Del italiano la tomaron los españoles.

## ILUMINACIONES

### CARRETA

*Muy atrás, ¡muy atrás!, ya va quedando  
la huella de los bueyes, el pasado.  
Chirriante, en su eje,  
se levanta el presente.*

*La picana adelante –tumbo y tumbo–,  
azuzando, ¡al futuro!*

*Si lenta, fuerte; va rumiando leguas,  
venciendo soledades, la carreta.*

*De la pampa el silencio  
despierta la canción del carretero.*

FORTÍN

*Sólo es un rancho, en torno  
un cerco y una zanja.  
Luego círculos, círculos  
de soledad se alargan...*

*A un costado el pescuezo  
del mangrullo que aguaita.*

*Un cañón aburrido,  
ah, "los tiempos de Ñaupá";  
y todo en el cañón amenazando,  
aunque tal vez en el fortín no hay balas.*

*Pero si hay dos fusiles, hay facones,  
lanzas y boleadoras. Mucho y nada:  
Donde hay coraje  
siempre sobran armas.*

CACIQUE

*Por no temblar no tiembla ni de frío.*

LA VOZ HUMANA

Anochece...

El chasque deja su caballo en la orilla del arroyo, y lo cruza. Quiere indagar si en aquella isla encontrará un refugio al abrigo de sorpresas. Al pisar la isla, ve entre matorrales dos puntos luminosos. Rápido, saca el cuchillo y envuelve su poncho en el brazo izquierdo. ¡Sabe bien qué son esos dos puntos luminosos! ¡Un tigre! Este ruge, ruge y avanza, lentamente, distendida la musculatura, ya a punto de saltar. El hombre se tira al agua. El tigre se arroja detrás de él. El hombre manotea, desesperado. El tigre avanza. Ya se oye su acezar violento. Lo alcanzará antes de saltar sobre el caballo que lo espera a la orilla del arroyo. Un instante más y sentirá el mortal

zarpazo de la fiera rugiente... Se da vuelta y enfrenta al tigre. Lo grita. Lo injuria. Lo amenaza. El tigre se detiene. El hombre avanza, resuelto. Decidido a vencer o a morir, con esa decisión de que sólo es capaz el hombre entre todos los seres. Avanza más el hombre. Y grita más. El tigre duda. La voz humana continúa avanzando. Y se le impone. El tigre da vuelta.

Socavando sus fibras ancestrales, la voz humana ha recordado a la fiera cuánto es el poder de la criatura que ahora tiene allí, al alcance de su garra poderosa, pero que lo enfrenta. Y éste: ¡lo grita! Todos los sacrificados de su especie, los que han huido frente al hombre, lo hablan, lo amedrentan. Y huye el tigre.

ARREO

*Es una enorme mancha sobre el campo,  
y mugidos, mugidos.  
Es una enorme mancha que se mueve,  
y mugidos, mugidos...  
Donde la vista alcance va la mancha,  
y mugidos, mugidos...*

MAULA

*El maula es una vaina sin cuchillo.  
¿Se ha visto que alguien lleve sólo vaina?...  
Así en la vida de estos hombres duros,  
mojones de frontera con las pampas,  
frontera de la vida y de la muerte;  
¿alguien ha visto por si acaso un maula?...*

PONCHO

*No es una prenda de vestir el poncho,  
el poncho compañero. Siempre tan  
compañero del hombre,  
que el poncho tiene vida singular:  
Es menos que un caballo  
y es más que otro animal.*

LOS FLECOS DEL PONCHO

No son los flecos del poncho los que atajan las puñaladas. Y a pesar de saberlo, preferiría un poncho puro flecos a un poncho sin flecos.

LANZA

*Es femenina: Busca un puño de hombre  
para entregarse, femenina y brava;*

*con su ramo de plumas a los vientos  
o con su banderola azul y blanca.*

LAZO

*Su vuelo es el de un pájaro de presa.*

BOLEADORAS

*Hoy boleas avestruces,  
¡bola ciega, bola loca!,  
pero otro día boleastes  
el destino de la Historia.*

FACÓN

*Fuego y piedra le dieron temple y brillo:  
Fuego de corazón le ha dado temple,  
piedra de puño le ha sacado filo.*

CLARÍN

*Cien rojas bocas que vibrar lo hicieran,  
jóvenes bocas, ya han enmudecido.  
Un pájaro inmortal brillando siempre,  
es el clarín con su plumaje aurífero.  
Vibrante pájaro que siempre canta,  
el clarín ni siquiera ha enronquecido.  
Siempre encontrando bocas que lo besan  
y antes de enmudecer, le dan su brío.*

CABALLO APLASTADO

El chasque lleva el caballo aplastado. Va por la rastrillada. Adelante, horizonte. Detrás, horizonte. Y el pajonal se mueve. ¡Amalaya estuviera solo, solo en el desierto! –piensa el hombre. Pero el pajonal se mueve. Hay vida en él. ¡Qué vida! Es una vida que amenaza. Son los perros cimarrones. A la luz huyente de la tarde, el hombre ve sus pupilas fosforeciendo entre los altos carrizos. Lo espían, ansiosos. Los perros saben que su caballo va cansado, por eso lo siguen. Saben que atrás se halla el horizonte, por eso lo siguen. Saben que adelante se halla el horizonte, por eso lo siguen. Los ojos hambrientos fosforecen, implacables. El hombre, lentamente, continúa su marcha, continúa al trote de su caballo aplastado. No puede detenerse. Detenerse sería morir. No puede tampoco encender fuego. El fuego, guardián insomne, espanta a las fieras noctivagas. Y aquéllos canes cimarrones que lo siguen desde hace horas, desde leguas atrás, impertérritos, pacientes, feroces, ¿qué son sino fieras? El hombre del caballo aplastado continúa su marcha. Las

estrellas van encendiéndose. El hombre no ve su luz hermosa. El sólo ve la luz fatal de las pupilas codiciosas que lo espían entre los pajonales, que siguen el lento trote de su caballo aplastado...

## FOGÓN

*Entre el peligro que llega  
y el peligro que pasó,  
tu alegría querendona,  
llama linda del fogón.*

## VETERANO

—¿Enemigos? Sí, había indios, es cierto; había alimañas y había víboras con veneno, y había pumas y tigres por allá, y había calor, y había viento y frío. Pero también había hambre y sed. Estos eran los peores enemigos, el hambre y la sed, la sed era el peor enemigo. Mire usted si es curioso esto. Tanto enemigo de afuera contra el hombre, y el peor de los enemigos lo lleva el hombre en su propio cuerpo. Sin sed, les aseguro, la guerra contra el indio no hubiese sido tan mala como dicen. ¡Pero la sed!... Pasen las leguas a caballo, los días y noches de centinela sin oír una voz de mujer. Hasta el hambre se entretenía. Para eso el hombre tiene sus mañas, es zorro. Les diré cómo se hacía un puchero, no diré que eran como los de mi cumpa, pero allá, en aquellas soledades, sin carne ni de yegua ni de piche... ¡Qué pucheros!... Oigan: se sacaba agua salada de una laguna y se la hervía. En el fondo de la olla, después de colársela, quedaba un puñado de sal. Después se metía la encimera de la cincha en agua y también se la hervía. Esto, no sería carne, pero como era de cuero, algún gusto le daba al caldo. En seguida: verduras. Había un yuyo llamado “lengua de vaca”, el nombre por lo menos decía algo sustancioso. Y había macachines, que eran como unas papas chicas. En fin, el hombre se olvidaba con aquel puchero. Y cuando venía el puchero de yegua, ¿cómo no iba a parecernos de gallina?...

## MATURRANGO

*Cabezón, huesudo, feo,  
con una oreja cortada,  
embrojado y embarrado,  
¡el triste caballo patria!*

*Es el caballo de todos,  
si hoy es patria, ayer reyuno,  
como antes, todos lo montan:  
chicote, espuelas, insultos...  
Siempre adelante, adelante,*

*día y noche, sol y frío  
adelante tierra adentro,  
a que se lo coma el indio.*

*Hambre, sed, fatiga, tábanos,  
y siempre adelante, ¡siempre!  
Su suerte es suerte de hombre,  
de algunos hombres, su suerte.*

MILICO

*Aquí me tienen, ¡barajo!,  
cara a cara con la muerte:  
La taba dice a uno: ¡suerte!  
y a otro muestra lo de abajo.*

IGUALES

Los demás, han muerto. Quedan el alférez y un soldado. Y el caballo de éste. Los otros caballos, también muertos o huidos. Y el torrente de lanzas se les va viniendo encima, ansioso de matar.

—Tome su caballo, y sálvese – ordena el alférez.

—¿Por qué, mi alférez? – interroga el moreno Luna.

—El caballo es de usted.

—¿Me ha tomado por un cobarde, alférez? O nos salvamos los dos, o ninguno.

—Si montamos los dos, nos alcanzan. Mi caballo ha muerto. ¡Escape!

—¿Yo?... Yo no he escapado nunca.

—¡Se lo ordeno!

—Vamos a pelear juntos, alférez.

—¡Yo soy su oficial!... ¡Negro de porra! –Y comienza a tutearlo, furioso–: ¿Me vas a obedecer? ¡Escapa, te ordeno, inmediatamente! O no te van a dar tiempo a vos tampoco. ¡Escapa! ¿Soy o no soy el alférez?

Sonrió el moreno:

—Vamos a pelear juntos, señor alférez. Y vamos a morir juntos. Cuando dos hombres van a morir, no hay alférez ni hay soldado. Hay dos hombres.

Y pelearon juntos.

BANDADAS DE AVESTRUCCES

Sois “la alegría del desierto”, bandadas de avestruces. Así os llama el gaucho: La alegría del desierto.

—¡Allá va la alegría del desierto!

Y desata las boleadoras.

Porque no sois “la alegría del desierto” por lo que sois. No lo sois porque,

viéndoos así, en bandadas, el penacho de las plumas a los vientos, pasando, ligeras nubes terrestres, ágiles, a ras del horizonte lejano, ponéis una nota de movimiento y de color a la inerte, monótona soledad... ¡No, ñanduces inocentes! Sois “la alegría del desierto” por vuestras plumas, sí, pero porque vuestras plumas mercadas al pulpero, dan al gaucho pobre para sus “vicios”: su yerba, su tabaco, su copa de alcohol, su peso para jugarlo a la baraja o a la taba o a los pingos...

—¿Por eso nos llama “la alegría del desierto” el gaucho? El, tan desinteresado, tan generoso...

—¡Qué queréis, ñanduces! Así es el hombre. ¡Así es el hombre, sea gaucho o sea gringo!

#### BOMBEROS PAMPAS

*Tres vigías prisioneros  
frente a Rosas: —¡A decir  
dónde está el Cacique!... Callan.  
Dos indios, negro y carmín,  
ya por tierra, fusilados.  
El tercero es un gurí,  
doce años, inmutable...  
—¿Dónde se halla Chocorí?  
Esto contesta el muchacho:  
—¡Soy hombre! ¡Puedo morir!*

#### VETERANO

—Para pelear con poco riesgo, no afanarse en golpear, charabones. ¡Tan fácil como es aprovecharse de los descuidos de un adversario que se tiene excesiva confianza!...

Esto lo aprendí del indio.

#### EL CABALLO

Dos años de cautiverio. ¡Ya no soporta más el hombre! Aprovecha una noche tempestuosa y huye. Regiones inhóspitas. Sal y arena. Calor y sed. Hambre y fatiga. Y leguas, leguas al trote. A veces, pasa dos días a sólo agua. Una noche, el hambre le hace mirar con ojos grandes a su propio caballo. ¿Y si lo comiera?... No lo come, y continúa hambriento, buscando raíces, masticando yuyos, bebiendo mucha agua...

Al fin, de pronto, al doblar una rastrillada, ve un ombú, después un fortín. Apresura el trote de su caballo.

Llega flaco y macilento, greñudo y espantoso. Después que come y duerme, ya descansado y limpio, alguien le dice:

- Está contento, ¿eh?  
 —¡Oh!  
 —¡Es libre! ¿Qué mayor alegría?  
 —Algo me produce una alegría mayor que haber disparado del cautiverio ...  
 —¿Mayor alegría que volver a la libertad?  
 —Sí. Lo que más alegría me produce ahora, es haber resistido a la tentación del hambre: no haber comido mi caballo.

## LISTA DE LOS SIETE MILICOS DEL PAGO

*Uno mataron los indios,  
 luego otro se suicidó,  
 otro murió de viruela,  
 borracho, el otro se ahogó,  
 al quinto lo fusilaron  
 por alzado y desertor;  
 tal fin, de los siete amigos  
 del pago de Chahuincó,  
 provincia de Buenos Aires,  
 sólo quedábamos dos.  
 Ayer a las tolderías  
 de los dos uno escapó.  
 Y aquí me ven preguntándome  
 si yo soy otro o soy yo.*

## INDIA

El capitanejo Pakillán posee tres mujeres. Pivoké es la más joven y la más nueva. No ha probado aún más que las caricias de su amo. Pero esa noche, Pallikán entra borracho a la ruca. Sus ojos fosforecen en la oscuridad. La más antigua de sus mujeres sabe lo que esto significa para ellas. En silencio, deslizándose por debajo del cuero del toldo, escapa. Pakillán la ve. Revienta una injuria, pero no la corre. Se vuelve hacia Moyú, la otra de sus mujeres, y la tiende de una cachetada. Va a seguir pegándole, pero entre él y la caída se yergue la figura de Guñín, el hijo de ambos. Es un muchacho todavía, ¡pero toro el muchacho, sí! Empuña un cuchillo.

—¡Si le pegas, te mato! —amenaza al padre.

El ebrio duda. Conoce a su muchacho, lo ha visto pelear ya en más de un malón. Sabe cómo revolea las bolas y hunde el cuchillo. No da un paso. Padre e hijo se miran. Cede el prepotente, pero cede para hacer algo. Furioso, humillado, feroz, se vuelve hacia Pivoké, la más joven, y comienza a golpearla. Es la primera vez que la golpea. Pivoké aúlla. Inútilmente. El bárbaro ebrio descarga en ella su estúpida ferocidad, su vergüenza rabiosa de haber tenido miedo ante el hijo aún muchacho.

Pega ciego. Pega hasta que Pivoké, dejando entre sus garras el poncho de cuero, huye, escapa aullando como un animal herido.

Entra en la ruca de sus padres viejos. Pide protección. No la halla en sus padres. Si aceptan de nuevo a la hija, tendrán que devolver al capitanejo lo que éste por ella les pagara: ponchos, aguardiente, tabaco, estribos de plata, dos caballos, una yegua... La juventud y belleza de Pivoké costaron caras al capitanejo ya maduro. Sus padres rechazan a la hija. ¿Qué hacer? Pivoké no duda: no volverá al toldo del marido ebrio, castigador de sus mujeres. Salta a un caballo. Rumbea a las tierras del huinca. Sabe el camino. Ha acompañado a los del último malón para cuidarles los caballos. En la noche oscura, sus pupilas de puma encuentran la rastrillada. Y trota. Los indios, borrachos después del malón, la ven pasar, si, la ven pasar, como a un fantasma más de los tantos que entrevé su inconciencia.

Pivoké trota. A la madrugada llega al primer fortín. Y se ofrece: les servirá de baquiána. Los indios están ebrios. Dice cuántos son, dónde están, cuál es la rastrillada a seguir para sorprenderlos.

El comandante huinca escucha sus ofrecimientos a través del lenguaraz que los traduce. Duda. ¿Y si fuese traidora?...

—¿Qué decís, vos? —pregunta a Goyo Flores, el más veterano entre sus veteranos.

Goyo Flores mira a la joven india un momento. Y responde, seguro:

—Esta muchacha no miente.

Ella explica por qué hace lo que está haciendo: quiere vengarse de su marido, de sus padres...

—¡A caballo! —ordena el jefe sin dejarla terminar sus quejumbres.

Y ya está el batallón sobre los toldos sorprendidos.

Aquello no fue combate. Una matanza. Nadie atinó a ponerse de pie siquiera entre los guerreros. Del sueño de la borrachera pasaron al de la muerte. Los soldados se hartaron de matar hombres casi muertos. A las mujeres y los niños se los amontonó para arrearlos, como los malones arrear animales.

Ya van, a la luz del sol muriente, rumbo a las tierras del huinca, prisioneros.

Pivoké mira.

—¡Buena baquiána habías sido! —la felicita el comandante.

Pivoké mira. Entra a la ruca de sus padres: muertos, a la de su marido: muerto. Allí también están muertos Moyú y su hijo Guñín. Este con el cuchillo en la mano. Tiene diez heridas. Ha muerto defendiendo a la madre, seguramente.

—¡Toro! —piensa Pivoké—. Yo nunca tendré un hijo así toro. Ahora yo me iré con los huincas...

Oye los alaridos de triunfo de éstos. Y ve el incendio de los toldos.

De súbito, coge una lanza. Da un alarido, el alarido de guerra de los suyos. Pivoké se siente india: “¡Ya, ya, ya, ya, yaá!...”.

Corre enarbolando la lanza. Llega ante el comandante. Le tira el chuzazo, a fondo, como para partirle el corazón. Un soldado con su sable lo desvía. Pivoké se

vuelve a él y le clava la lanza en el pecho. La saca con el plumero ensangrentado, la blande para seguir hiriendo... Grita: “¡Ya, ya, ya, ya, yaá!”

Hay que matarla.

#### ARENGA

El jefe, siendo casi niño, entró de soldado. Peleó contra los del Rey en el Alto Perú y en Chile. Ahora pelea en el sur de Mendoza contra los indios. Y ahora es teniente coronel. Al frente de su tropa, acaba de pasar un río en balsa. Los alinea, se dispone atacar a los indios. Presiente que la lucha será bravísima. Tal vez algunos de sus milicianos mendocinos aflojen, por ser la primera vez que se verán frente al alarido y la chuza del salvaje. Decide azuzarlos. Afilarles el valor. Y los arenga:

—Amigos: Si alguno se dispersase o fugase, que no lo creo, ¡qué lo voy a creer!, pero por si acaso... Si alguno desertase, no se tire al río. El río es hondo y ya ven: corre como cien tropillas de baguales, ¡furioso! El que se tire al río, se ahogará, seguro. No se tiren al río. Más bien vayan adonde está la balsa. Allí queda un oficial con gente armada y él los fusilará conforme vayan llegando. Además, la balsa la dejaremos del otro lado del río. Conque, ya saben, ¿para qué van a dispararle al indio, muchachos? Mejor es pelear. ¿No?... Por fin, amigos, los indios no son muchos ni son tan malos, y aunque fueran tantos y tan malos como algunos andan diciendo, igual vamos a vencer. Tenemos nuestro valor y la protección de Tata Dios, muchachos. Tata Dios, créanmelo a mí que vengo peleando desde hace bastante tiempo, Tata Dios siempre está con los valientes, por eso los más valientes triunfan, porque Tata Dios los protege. Y ahora ¡a pelear, amigos!

#### LIKAN

Entre los prisioneros hay una mujer blanca. Dijo llamarse Likán. Y ella misma explicó el significado de su nombre indígena: Luz de piedra. Es joven aún, y agraciada. Un oficial la reconoció. Se llama Dorotea Bazán, raptada por los indios siete años hace, cerca de Blanca Grande.

La cautiva se muestra reservada y triste. El indio, su marido, ha muerto; pero entre los que huyeron de las asaltadas tolderías va su hijo de seis años, hijo también del indio muerto.

El oficial la habla:

—No parece contenta usted. Y sin embargo debiera estar muy contenta. Volverá a su pueblo, con los suyos. Su madre vive todavía, aunque está muy achacosa, sobre todo desde que los indios la cautivaron a usted. Un golpe terrible para ella. Volverá a la libertad, Dorotea. Ha sufrido mucho, supongo, usted, en las tolderías, ¿eh?

—Mucho.

—Y el indio, ¿la trataba mal?

—Como a todas sus mujeres. Cuando se emborrachaba...

—¿Sólo tuvo un hijo?

—Tuve otros dos. Murieron. A uno lo mataron los soldados al atacar una toldería. El otro se ahogó en un río. Me queda éste. Se llama Likán-Curá.

—Es preciso olvidarlo, ahora. El se hará un indio. Usted volverá a ser una mujer civilizada, ¿eh?

La mujer lo mira, silenciosa Su faz es de piedra. Como si la impasibilidad de los indios se le hubiera entrado en el alma.

Y ese mismo día, al anochecer, Dorotea Bazán desaparece. Un rastreador halla las huellas de un caballo. Salió hace ocho horas —dice—. Está lejos ya la fugitiva. Con perspicacia de indio, escogió para huir el mejor caballo del batallón, el alazán del comandante.

Dorotea vuelve a ser Likán. Abandona su libertad de mujer blanca, el cariño de los suyos que la esperan en su pueblo, el amor de la madre achacosa...

Likán va en busca de su hijo indio.

#### VETERANO

*Tenía diez cicatrices.*

*Lo llevó la enfermedad.*

*Peleó a la vida de frente.*

*La muerte lo hirió de atrás.*

#### LA GALERA VA RODANDO

*La galera va rodando, va rodando,*

*va rodando, pampa y cielo;*

*va rodando hacia el oeste,*

*pampa y cielo.*

*Quema el sol el aire inmóvil,*

*pampa y cielo.*

*Mal camino. Baches. Polvo,*

*pampa y cielo.*

*Los caballos sudorosos, acezantes,*

*pampa y cielo.*

*Sobre el campo, bajo el cielo, mayoral y postillones*

*con sus gritos horadando pampa y cielo.*

*Hombres, niños y mujeres silenciosos,*

*aplastados por la angustia y la fatiga, pampa y cielo.*

*Las mujeres van rezando,*

*pampa y cielo.*

*Van los hombres con el puño sobre el arma,*

*pampa y cielo.*

*Las miradas vuelan lejos, intranquilas,*

*indagantes, pampa y cielo.*

*Chuzas, pingos, alaridos y melenas,  
pampa y cielo.  
El trabuco en una mano, con las riendas en la otra,  
pampa y cielo,  
corajudo, el veterano mayoral, va pensativo.  
Y la posta aún lejana, muy lejana, pampa y cielo.  
La galera va rodando, va rodando,  
va rodando, pampa y cielo.*

## LEYENDA

El sargento habla. Cuenta: Iban en persecución de unos maloneros, de pronto repararon en que habían perdido su rastrillada. Estaba anocheciendo, y no tenían baquiano que los guiase. Sin saber cómo, pareciera que hubiese salido de un pajonal, apareció un indio. Buen baquiano dijo que era, y ladino: Chapurreaba el cristiano. Se ofreció a guiarles. ¡Adelante, pues! –gritó el capitán. Y los treinta soldados se fueron, al trote, detrás del baquiano indio. Ya estaba la luna arriba de sus cabezas, una noche de marzo en que se veía como si fuese un amanecer. Una hora hacía que trotaban.

De adentro de un médano grande, de atrás del médano, de entre el pajonal de pasto puna, comenzaron a salir indios alariando, las chuzas enarboladas. Fue un matadero de blancos. Inútil pelear. Salían indios de todas partes, brotaban de la tierra como hace Mandinga en el teatro. Los treinta soldados y el capitán cayeron matando indios, a pesar de la sorpresa.

—¿Y usted?

—Yo también caí –responde el sargento narrador—. Un indio me acertó un bolazo en la cabeza y me dejó por muerto.

Pasaron horas. Cuando volvió en sí, el sargento sólo vio cadáveres a su alrededor, de soldados y de indios. La luna sobre ellos, como un sudario de seda, suave y lustroso.

De súbito, ¿qué vio a su lado?: Vio la figura del baquiano indio contemplando el montón de muertos. El bronce arrugado de su cara, más arrugado aún: reía el indio, gozoso de su hazaña. El sargento se palpó la cintura. Conservaba el facón. Al pasar el indio junto a él, de un salto se puso de pie y le tiró una puñalada al pecho, a partirle el corazón malo.

—¡Y tiré al aire! –dice el sargento—. El baquiano indio no era un hombre: era una sombra.

Helado silencio.

A más de un veterano oyente se le eriza el cabello cerdudo, siente que unos dedos fríos le hacen cosquillas por adentro de la columna vertebral.

El teniente habla:

—¿Y no tendría demasiada fiebre usted, sargento? ¿No le erró la puñalada y apuñaleó el aire creyendo que apuñaleaba al indio?

Sin premura; el sargento deja pasar los segundos antes de responder.

Luego dice:

—Mi teniente: yo nunca he errado una puñalada. ¡Ni borracho! ¡Ni dormido! Aquel que nos llevó a la muerte no era un hombre de carne y hueso. Era una sombra. ¿No cree usted, mi teniente, que por las pampas andarán errando muchas sombras de caciques muertos, con unas ganas terribles de vengarse? ¿Por qué ése no iba a ser capaz de volver del otro mundo, hacerse sombra?... ¡Si conozco yo a los pampas! Hace veinte años que los peleo...

#### RÉQUIEM

—¿Si recuerdo al capitán Rudecindo Contreras? —dice el veterano Chingoló o Chincol, como también lo llamaban, ya que él es mestizo de araucano—. ¡Si lo recuerdo! ¿Quién que haya peleado junto a él no lo recuerda?

Le acaban de anunciar que el capitán ha muerto.

El veterano Chincol, el mate en la izquierda, el pucho entre los labios, semi-cierra los ojos. Mira hacia lo lejos, atrás, al pasado. E insiste:

—¡Si lo recuerdo! Fue en Algarrobal, nos vimos cercados por cien salvajes. ¡Cómo chillaban los bárbaros seguros ya de achurarnos a todos! Nosotros éramos diez. El capitán dio la orden de ataque.

—¿Nos lleva a la muerte, capitán? —se atrevió a decirle un alférez, recién ingresado. No dará su nombre, pues, allí mismo murió como un bravote. Fue el único que murió allí porque era el único que atropelló sin la seguridad de llevarse por delante al enemigo. Atropelló pensando que podía morir... Y murió. ¿Nos lleva a la muerte, capitán? —preguntó el alfercito.

—Adelante puede estar la muerte —contestó el capitán—, pero atrás está la deshonra. ¡Elija!

Espoleó el caballo. Espoleó el alférez. Y nos llevamos por delante a la salvajada medio sorprendida. El capitán Rudecindo Contreras nos tenía dicho:

—Ustedes pueden desobedecerme si alguna vez, frente al enemigo, en lugar de ordenarles: ¡Adelante!, les llevo a decir ¡Retirada!... ¡Si recuerdo al capitán Rudecindo Contreras! Otra vez, el coronel ordenó retirada, el capitán me dijo:

—¿Oye, corneta?

—¿Qué toco? —pregunté yo. El me leyó la vergüenza en el alma. Respondió:

—¡A degüello!

Atacamos. Vencimos. Eso le costó varios días de arresto al capitán. Y un abrazo del coronel cuando salió del arresto... ¡No voy a recordar al capitán Rudecindo Contreras!

Calla un instante.

—¿Y ahora ha muerto, dicen? Mentira me parece que el capitán pudiera morir. ¿Y cómo ha muerto? Seguramente carneando pampas, con cien chuzazos en el corazón.

—Lo mató una mujer, por la espalda. Cosas del amor, celos.

—¿Una mujer, y por la espalda? ¿Morir así el capitán Rudecindo Contreras? ¿Matarlo una hembra? ¿Y por la espalda, che?... ¡Si casi dan ganas de no creer en Dios!

CRUZ DEL SUR

*Fuerza, valor, audacia, juventud.*

*Sí, centinela, ya posees algo:*

*las cuatro estrellas de tu cruz del sur.*





Cuarta parte

**Calfucurá**



## **Calfucurá** (1835-1873)

*Constitución Argentina:*

*“Corresponde al Congreso: Proveer la seguridad de las fronteras, conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversión de ellos al catolicismo”. – Artículo 67, 15.*

El año 1835 sube Rosas a su segundo gobierno y comienza la tiranía de los hacendados y comerciantes “apostólicos”. Ese mismo año muere Yanquetruz, el indómito caudillo ranquel, y Calfucurá aparece en las pampas. La tiranía de Rosas durará hasta 1852. El poder de Calfucurá va a sobrevivirla hasta la muerte del cacique, año 1873.

Entre esas dos fechas (1835-1873), el salvaje de las pampas fue transformándose, lentamente, adaptándose a nuestras costumbres y gustos. Fue asimismo, degenerando. El abuso de alcohol de ínfima calidad, el tabaco, el azúcar, las pestes que los blancos le transmitieron y contra los cuales no estaba inmunizado, hicieron su obra de destrucción. El capitán inglés Bond Head habla de los indígenas que él vio a principios del siglo XIX. Y admirando su fuerte belleza:

Son los más hermosos hombres que han existido en el ambiente que los rodea... Es imposible pasar por las regiones de América sin respetar y admirar a los prójimos que allí fueron colocados por el Omnipotente... Los indios son de admirar mucho como nación militar y su sistema de pelear es más noble y perfecto en su índole que el de cualquier nación del mundo.

Llega hasta decir que un oficial francés le contó haber hallado cautivas blancas que se negaron a dejar a sus indios y a sus hijos indios porque estaban muy contentas. ¿Exageraciones? Otros viajeros, en cambio, hablan del indio con horror y repudio. El coronel Manuel Pueyrredón que trató y guerreó con ellos poco más tarde que el oficial inglés Head, describe sus “rucas” o toldos:

El toldo es un cuadrado bajo, apenas de la altura de un hombre de poca estatura; el indio pampa es muy bajo; el techo y paredes, compuesto de cueros cosidos, son de una pieza, sostenido por horcones delgados en las esquinas, en los costados y centro, donde hay uno mayor para colgar la carne. En esta parte, el toldo es abierto para que salga el humo; en un rincón está la cama del indio; seguido a ésta las de las mujeres de la misma línea, en la opuesta el resto de la familia; allí mismo cocinan, para lo cual usan ollas y asadores de hierro o de palo. Hay en estas habitaciones un olor nauseabundo insoportable; el que no esté habituado, es imposible que pueda soportarlo mucho tiempo sin enfermarse. Cuando el campo se echa a perder y no tiene pasto cerca, descampan y vienen a buscar otro mejor que les proporcione buen pasto, y cerca de sus habitaciones, porque no dejan alejarse mucho a sus animales, para evitarse el trabajo de buscarlos.

(Da el dato curioso de haber encontrado en un toldo las *Memorias de Ultratumba*, de Chateaubriand).

Los indios cuidan perros, ovejas y gallinas; pero esto los ya reducidos del sur de Buenos Aires, dispuestos a permanecer en un lugar y a defender su estada contra los nómades asaltantes. Los nómades no tenían tiempo de criar animales. En sus arremetidas al poblado, en un trote de leguas, iban lo más livianos posible. Su caballo de guerra y el de tiro, nada de ganado lento. Para comer, yeguas rápidas que se devoraban crudas para que el humo no denunciara la presencia del malonero. Dio esto al indio –además de los excelentes caballos– una movilidad muy superior a la de los ejércitos, hasta que éstos sustituyen el ganado en pie con provisión de charque (carne salada, cecina) y las pesadas carretas con caballos auxiliares. La agilidad era uno de los secretos del triunfo en la guerra de las llanuras.

Por otra parte, ni gauchos ni indios eran lerdos en la empresa de buscar comida:

*El alimento no abunda  
por más empeño que se haga;  
lo pasa uno como plaga  
ejercitando la industria,  
y siempre como la nutria  
viviendo a orillas del agua.  
En semejante ejercicio*

*se hace diestro el cazador,  
caí el piche engordador,  
caí el pájaro que trina:  
todo bicho que camina  
va a parar al asador.*

En cuanto al indio, ya en las postrimerías, el que conoció Martín Fierro en los toldos, lo pinta Hernández de muy distinta manera que el oficial inglés:

*El indio pasa la vida  
robando o echao de panza,  
la única ley es la lanza  
a que se ha de someter  
lo que le falta en saber  
lo suple con desconfianza...  
Y son, por Cristo bendito,  
los más desasíaos del mundo,  
esos indios vagabundos  
con repugnancia me acuerdo  
viven lo mismo que el cerdo  
en esos toldos inmundos ...*

No se puede sacar una opinión definitiva acerca del hombre de las pampas a través de las contradictorias opiniones de quienes lo conocieron. Desde Luis de la Cruz a Federico Barbará, por ejemplo, aquel conciliatorio y éste despectivo, desde Sarmiento inclinado a terminar con él hasta Álvaro Barros, amigo de su reducción: toda una polémica.

Que era valiente, audaz, hombre de guerra, no de trabajo, como todo primitivo, infiel a los pactos —como el cristiano, por otra parte— receloso y astuto; es evidente.

Pero el pampa tenía sus creencias religiosas no exentas de poesía, educaba a sus niños de manera libre, para no privarlos del don de la iniciativa, tan indispensable a la vida que se lo destinaba, pues la autoridad de los caciques era siempre discutida y la disciplina de las hordas hartamente deficiente.

Algunos trabajaban la plata con habilidad de buenos artesanos. En un comienzo se pintaban el rostro con rayas negras, rojas, azules y blancas, a fin de inspirar miedo al enemigo. Después abandonaron esas pinturas. Los instrumentos musicales rústicos fueron sustituidos por guitarras y acordeones. El mate con azúcar se adoptó en las tolderías apasionadamente, así como el tabaco. Poco evolucionaron las armas y los trajes. El indio fue quien dio al gaucho el poncho y las boleadoras. Más adelante, caciques como Calfucurá, Paguitruz o Epumer, poseyeron armas de fuego, ya sea quitadas al blanco, traídas por los desertores o facilitadas por los comerciantes chilenos que los empujaban al malón. Esas armas no eran muchas y el día de la pelea las entregaban a los desertores y matreros que iban a pelear a favor de la indiada, los “huinca-cona”.

En cuanto a la táctica, tampoco varió mucho: presentaban una línea en forma de media luna amenazando los flancos del enemigo; la instrucción militar hacía a los soldados muy superiores contra aquella caballería que atacaba sin orden alguno. Ya en trance de franca lucha, el indio desmontábase para utilizar a la vez lanza y boleadoras.

En 1835, aparte los araucanos que llegaban, nómades, en tren de maloquear, varias “naciones” –tribus, más bien conjuntos de tribus– ocupaban el enorme territorio que se extiende desde el sur de las provincias andinas y centrales al norte de la Patagonia, incluyendo la Pampa y todo el oeste de Buenos Aires, más de 20 mil leguas cuadradas.

Al sur, a orillas del arroyo Tapalqué, las tribus de los caciques Catriel y Cachul, aliadas de Buenos Aires. Se las mantenía así mediante dádivas copiosas de alimentos y “vicios”. Estas tribus jugaron su papel en los combates de la guerra civil y de la guerra con los otros indios, a veces a favor o en contra de éstos. En el centro, Salinas Grandes. Antes de la llegada de Calfucurá, se hallaban los “vorogas”, aliados de Rosas cuando la campaña de éste. Al norte de la Pampa y sur de Córdoba, los ranqueles –o ranculches– que con su cacique Yanquetruz opusieron tanta resistencia a las columnas de Córdoba y Mendoza. Muerto Yanquetruz, lo sucedió Painé –su nombre completo: Painégnér, “zorro celeste”–, que resultó por su astucia y capacidad guerrera digno sucesor del indomable. Los ranqueles

—tan conocidos a través del libro de Mansilla— habitaban Leuvucó, una región de bosques y lagunas circundada por desiertos, arenales que fueron la muerte de muchas expediciones, comenzando por las de Huidobro y Aldao para seguir por las de Emilio Mitre, Vedia y Arredondo.

En Neuquén se hallaban los llamados indios manzaneros, con Reuque Curá, sucesor de Chocory, por cacique. Los manzaneros, tribus guerreras, amparadas por la lejanía, resistieron bravamente a las invasiones. Más al sur, en la enorme y frígida Patagonia, los tehuelches, pacíficos, viviendo de la caza y de la pesca, ambulantes.

Los araucanos —"Aucas", rebeldes— continuamente pasaban los Andes y se agregaban, belicosos, a las tribus pampas que vivían del abigeato y el maloqueo.

Las tribus reducidas de Cachul y Catriel, necesariamente atraían el odio de los nómades. Los indios de aquéllos servían como de "bomberos" al odiado huinca. "Tierra Adentro" tenía en ellos una avanzada de los conquistadores blancos. De ellos sacaban sus baquianos y ladinos más útiles. Para el pampa dispuesto a resistir el avance blanco y apoderarse de los ganados y riquezas de éste hasta dar la vida, aquellos indios pertenecían a la raza de los traidores. Les tenían declarada guerra a muerte. "Bombero" —o sea vigía— aliado al huinca, que cayera en sus manos, perecía en medio de atroces suplicios. La lengua falaz y los ojos viles eran arrancados, y en seguida su corazón de traidor a la raza.

En 1835 ocurre un hecho importante: Aparece en las pampas un joven cacique araucano. Llega en tren de guerra. Ha cruzado los Andes como conquistador. Se llama Calfucurá —"Piedra Azul"—. Sorprende y deshace a los vorogas de Salinas Grandes, envía emisarios a las demás naciones y a Rosas; demuestra desde el primer día que es tan osado guerrero como astuto diplomático. Se instala definitivamente en el centro de las pampas. Se fortalece. Es temido y admirado por los suyos y por sus enemigos. Su lanza y los poderes sobrenaturales que lo protegen, según las leyendas, se imponen a infieles y a cristianos. Calfucurá será en la epopeya de las pampas el nombre indio de más sonoro eco. Será el símbolo del valor, la audacia, la fuerza y la astucia de su raza.

Hasta 1852, hasta Caseros, Rosas, el señor de Buenos Aires, y Calfucurá, el señor de las pampas, se respetan mutuamente. Entre ellos, la paz. Una paz que el señor de Buenos Aires compra al señor de las pampas. Los soldados de Rosas guerrean con ranqueles o con otras tribus nómades. Los “huiliches” –hombres del sur – de Calfucurá se mantienen a la expectativa, creciendo en poderío. Después de 1852, por veinte años, Calfucurá mantendrá en jaque a los ejércitos de la Provincia primero y después a los de la Nación. Urquiza, Bartolomé Mitre y Sarmiento, en su condición de Presidentes, deberán oír la palabra imperativa del jefe indio. Calfucurá adquiere talla, no es ya un cacique.

\* \* \*

Rápidamente, historiemos lo que ocurre entre pampas y huincas durante los años que van desde la terminación de la campaña del desierto por Rosas hasta su caída –1835-52. Es una guerra de escaramuzas, de pequeños combates, de malones indígenas, sobre todo al sur de Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe, de incursiones huincas contra los ranqueles, en el afán de concluir con Yanquetruz, su cacique principal, cabeza de su obstinada resistencia. El teniente coronel Camilo Amschutz ha historiado esta lucha del ejército de Rosas, mandado por Ramón Maza o Eugenio del Busto o Francisco Sosa o Daniel Granada, contra los ranqueles, cuyas tolderías eran refugio de unitarios, también contra vorogas o los vencedores de éstos, los huiliches de Calfucurá instalados en Salinas Grandes.

Los maloneros aprovechaban que Rosas sólo podía disponer de una pequeña parte del ejército ya que casi desde el principio de su gobierno estuvo en guerra –con Bolivia, con Montevideo, con los hacendados del sur, con Lavalle invadiendo Buenos Aires, con la Liga del Norte, con los bloqueadores franceses e ingleses, con los correntinos insurreccionados... Invadían los indios, o eran invadidos para alejarlos de la frontera, a veces se aliaban con Buenos Aires, otras, violando lo establecido, se aliaban con las invasiones llegadas de Chile. En 1837, entra por Neuquén una invasión numerosa. Asedia Fortaleza Protectora

Argentina (Bahía Blanca). Es rechazada, pero atacando otros puntos, logra su objeto: arrear enormes cantidades de hacienda, tal vez 100.000 vacunos, que van camino a los Andes. Calfucurá, entonces, pretextando que ahora es aliado del Gobierno de Buenos Aires, ataca a los maloneeros, los desbarata, les quita la hacienda, pero no la devuelve...

Más tarde, otra invasión venida de Chile ataca a los indios instalados en Tapalqué. El coronel Nicolás Granada le sale al paso, la derrota y la persigue. En esta ocasión, Catriel y los suyos pelearon contra los hombres de su raza, por invasores de sus territorios.

La conducta de Calfucurá en estos primeros años de su instalación en las pampas, es muy confusa. (Lo será siempre, porque Calfucurá, en el fondo, a pesar de sus alianzas con el huinca, no dejará de ver nunca que éste va hacia la extinción de su raza). No es Calfucurá, como el viejo Catriel –Juan Manuel Catriel– un aliado seguro. A raíz del bloqueo francés, de la invasión de Lavalle, de la Revolución del Sud, que distraen fuerzas al Gobierno, Calfucurá deja que sus indios matoneen por Santa Fe o Córdoba. Adiestra también a los hombres que constituirán los escuadrones de su poderío bélico, pues, al aparecer Calfucurá, los pampas –vorogas y ranqueles– hallábanse debilitados por las pérdidas sufridas.

Rosas hizo dirigir los esfuerzos de sus jefes contra los ranqueles de Yanquetruz principalmente. Yanquetruz –lo vimos– se ha opuesto al avance de Huidobro y Aldao cuando la campaña de 1833. Ha presentado una sangrienta batalla a aquél, luego, hostigándoles, robándoles las caballadas, los ha hecho retirar sedientos, hambrientos y descorazonados, casi huir, en estado de verdadera derrota. Su hazaña le ha dado prestigio. Su nombre cruza en son de guerra las pampas. Se oye tras de los Andes. Cuando a Rosas se le festejaba como conquistador, “héroe del desierto” en Buenos Aires, el ya más fatigado Yanquetruz aparece en Río Cuarto, Córdoba. Quema y mata impunemente, después de derrotar a su guarnición.

A principios de 1835, con la ayuda de Cañiuquiz, cacique amigo, se intenta sorprender a Yanquetruz. Se asalta su toldería; pero no se le sorprende. El “feroz Yanquetruz” como le hace decir Rosas a sus perio-

distas de la Gaceta Mercantil, es astuto, desconfiado y conoce las pampas como el mejor de los baquianos. Desde 1818 anda en ellas, guerreando incansablemente. Ahora es ya un anciano y está enfermo, paralítico, según parece. En las *Memorias* que escribió el coronel unitario Manuel Baigorria, refugiado entre los ranqueles, quedó pintado este altivo guerrero pampa, a quien Rosas no pudo vencer, ni engañar, ni domesticar con halagos. Perseguido, pero custodiado por sus fieles, Yanquetruz huye, se refugia en los bosques, pasa Chadi-Leuvú, el río pampeano, se esconde en las cavernas precordilleranas. El coronel José Zelarrayán, uno de los jefes de Rosas más conocedores del medio, sale en su persecución. Lleva 900 hombres y escuadrones de indios amigos, baquianos. Yanquetruz se le escapa nuevamente. Zelarrayán aprisiona sólo mujeres y niños. Muere Yanquetruz, ya muy anciano. Lo sustituye Painé, otro guerrero indómito. Los ranqueles continúan en pie de guerra.

En dos libros ha quedado documentada la presencia de este bravo pueblo. Las *Memorias* del oficial unitario Manuel Baigorria, que vivió entre ellos desde la boleada del general Paz, hasta después de la caída de Rosas. El otro libro es el justamente célebre por su animado colorido y sus observaciones del general Lucio V. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*. A su vez, Estanislao Zeballos, entre historia y novela, escribió: *Painé o la dinastía de los Zorros y Reilmú, la reina de los pinares*. Otro documento sería el que publicó el ex cautivo Santiago Avendaño: *Los funerales de Painé* (Revista de Buenos Aires, tomo 15). Este, más tarde lenguaraz de Cipriano Catriel, en Azul, murió con él lanceado por sus propios indios, en 1874. Dejó otros escritos sobre su estada y su fuga de las tolderías ranqueles.

Los ranqueles, o ranculches, en Leuvucó, con los huiliches, o pampas de Calfucurá, en Salinas Grandes, constituyeron los dos conglomerados más numerosos, agresivos y temibles de indígenas, desde 1835 hasta su exterminación cuando las campañas de Alsina y Roca.

Los ranqueles —apunta Mansilla— son esas tribus de indios araucanos que, habiendo emigrado en distintas épocas de la falda de la cordillera de los Andes —los

aucás, o indios rebelados de los araucanos— a la oriental han pasado los ríos Negro y Colorado, han venido a establecerse entre el río Quinto y el río Colorado, al naciente del Chalileo.

El coronel Jorge Velazco, que les hizo la guerra, escribe:

Es una desgracia que por ninguna vía puedan atraerse y adherirse a nosotros estos indómitos indios... (*Expedición contra los indígenas del sud*).

Fallecido el viejo Yanquetruz, dejó en su testamento —según Baigorria— que le sucediese su hijo Pichuín; pero éste, no guerrero como Painé, lanza tan capaz como la del propio Yanquetruz, cede o se ve obligado a ceder el cacicazgo a Painé. El momento es de peligro para los ranqueles, y exige su mejor guerrero al frente de las hordas. Painé se conduce como tal, brava y astutamente. Gobernará hasta 1847 en que lo sustituye primero su hijo Calvin y luego su hijo Paguitruz —también llamado Mariano Rosas—. Painé se mantiene en relativa paz con Buenos Aires. Sus malones se dirigen a las provincias, y por esto, su amado hijo Paguitruz, muy joven, en una expedición contra un cacique ranquel sublevado, Huanhuelén, cae prisionero y es llevado a Rosas. Este lo tiene como tal en Palermo. Después lo lleva a su estancia “El Pino”. El rehén contiene al cacique de los ranqueles. No ataca a Buenos Aires, ni aún cuando su hijo —ya bautizado como Mariano Rosas y por padrino a éste— huye de nuevo a las tolderías. Por su parte, a Rosas, ocupado continuamente en guerras contra los unitarios, le es imposible distraer fuerzas contra los ranqueles, más enemigos de las provincias que de su feudo Buenos Aires. Quién es Painé, jefe indio que estuvo al frente de 1.000 lanceros, nos lo dice Baigorria al narrar que, cuando se iba a embriagar, le encargaba que ocultase a los cautivos blancos. Temía su propia locura alcohólica.

Calvin es cacique hasta 1857 en que muere a causa de la explosión de un cañón de municiones abandonado por Emilio Mitre en su desastrosa campaña. Lo sustituye Mariano Rosas hasta 1873, y a éste Epumer que cae prisionero cuando la campaña final, en 1878. En él se extingue la “casa” cacical de los “zorros” que tuvo en Yanquetruz su más levantado guerrero.

De Mariano Rosas, Baigorrita –que después tiene una obstinada actitud heroica frente al ejército, peleando hasta morir– y otros ranqueles importantes, dejó Mansilla en su libro retratos bien trazados. El cacique se presenta como un hombre diplomático, astuto y orador, hasta sutil. Este dato: el indio ya en el año –1870– que lo conoció Mansilla, aceptaba la superioridad del cristiano, aunque le gustara seguir viviendo como indio. Mariano Rosas se valía ante los suyos de su condición de “cristiano” para hacerles creer que la fortuna de sus empresas se la debía a ese privilegio. Una especie de derecho divino adaptado a las circunstancias, demostración de su inteligencia como conductor de hombres. Otra más: El nombre de Rosas, después de la sangrienta campaña de 1833, dejó un largo eco en las indiidadas. Mariano Rosas, su ahijado, supo aprovecharlo en su beneficio. Además: poseía él una carta del Gobernador de Buenos Aires. Al huir de la estancia “El Pino”, Rosas le escribió, acompañando la epístola con un regalo de vacas, toros, caballos, un apero, “vicios”, un uniforme de coronel y cintas coloradas. La carta es típica de las muchas que escribió Rosas, tan melifluo cuando no podía usar la prepotencia. Dice:

Mi querido ahijado: No crea usted que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber qué se había hecho. Nada más natural que usted quisiera ver a sus padres, sin embargo nunca me lo manifestó. Yo le habría ayudado en el viaje haciéndole acompañar. Dígale a Painé que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo el bien, lo mismo que a sus capitanejos e indiidadas. Reciba ese pequeño obsequio que es cuanto por ahora le puedo mandar. Ocurra a mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos, porque son los de un padrino cariñoso, y que Dios le dé mucha salud y larga vida. Su afectísimo, Juan Manuel de Rosas.

*Postdata:* Cuando se desocupe, véngase a visitarme con algunos amigos.

El ahijado de Rosas utilizó esa carta para cobrar importancia entre los suyos, pero se abstuvo muy bien de ir a visitar a su “cariñoso padrino”. Tal vez recordaba los grillos que llevó en Palermo y los trabajos de peón a que le tuvo entregado en su estancia “El Pino”.

Hasta 1852, cuando la caída de Rosas, la frontera con los ranqueles permaneció la misma. Así la encontró 1810: El fuerte San Rafael

—Mendoza—, San Carlos, San Luis, El Morro, Río IV, para terminar en Melincué, provincia de Santa Fe, allí donde en 1806 llegó el chileno Luis de la Cruz, precursor de Mansilla en su incursión a los ranqueles. Mansilla fue quien, estando de jefe en Río IV, presidencia de Sarmiento, adelantó la frontera hasta el Río V.

Los militares que volvían derrotados de las expediciones a los ranqueles —y fueron derrotados Aldao y Huidobro, luego otros jefes de Rosas, después Lucero y Saa, en seguida Emilio Mitre, Paunero, Arredondo— no volvían así por flaqueza; los derrotaba “lo desconocido —escribe Zeballos—, los misterios del desierto, la naturaleza brutal, burlándose de las armas, de la estrategia, de los caracteres más enérgicos. El día que la táctica prusiana fue sustituida por la táctica ranqueliana, cuando el batallón cedió su puesto al piquete audaz y bien montado, fue despedazada la barbarie. Estaba mortalmente herida en el seno de sus selvas y con sus propias armas”.

Los ranqueles vencían sólo con retirarse, con dejar a sus persecutores, ejércitos de infantería o mal montados, que se las hubiesen con las enormes distancias, con la escasez de agua dulce, de carne o de leña. Ellos, entretanto los enemigos peleaban con la naturaleza, se escurrían ágiles, eximios baquianos de las pampas, o se dedicaban a inquietar a los batallones fatigados y sedientos, a espantarles las caballadas. Cosacos rusos, llaneros de Páez o gauchos de Güemes ya habían empleado esta táctica. A semejantes condiciones, semejantes procedimientos.

La lucha en las pampas aparece muy compleja. No se sabe dilucidar claramente quiénes son los enemigos y quiénes los aliados. En Guaminí, por ejemplo, las fuerzas de Rosas hacen una hecatombe de voroganos que durante su campaña de 1833, eran sus amigos y amenazaron la retaguardia de Yanquetruz. Más tarde, el cacique Cañuquiz, a quien hemos visto en una expedición contra los ranqueles, acusado de sublevarse, es atacado, muerto y su cabeza exhibida en la plaza de Puán, “para escarmiento”. Magnín, un cacique manso del sur, ataca los establecimientos cercanos a Bahía Blanca llevándose enorme cantidad de hacienda... La menor oportunidad transformaba al indio manso en

indio malonero. Nunca se pudo decir que el pampa estuviera “reducido”. Pero no poca culpa de esto tuvo el blanco, siempre dispuesto también a engañar al indio, a violar los pactos, a comerciar con él mal comprándole el producto de los pequeños malones.

El indio, haragán por naturaleza –escribe el teniente coronel Anschutz– tenía el instinto muy pronunciado por el robo y el asesinato. (Instinto que la codicia del cristiano fomentaba). Fuera de su preparación para la lucha, no poseía otras cualidades de trabajo ¿y qué mejor que nuestras provincias podían ofrecerle lo indispensable para su halagada existencia?

Continuos combates, alarmas, sorpresas, desgracias continuas constituyó la vida en fronteras. Guerra cruel y a muerte, una epopeya de acontecimientos minúsculos que sembraron de horror, empavoreciendo durante años y años la existencia de quienes osaren aventurarse en las pampas. “Las tropas de fronteras –continúa Anschutz– tuvieron que mantener muchos combates con indios para proteger los pueblos y establecimientos ganaderos, muchos de ellos en luchas desiguales, pues al soldado siempre le faltaba algo, sobre todo caballos buenos para el combate o la persecución, cosa que no pasaba con el indio, que estaba mejor montado y tenía abundancia de caballos, como producto de sus robos. Otra ventaja que llevaba el indio en sus incursiones, era que sabía en qué lugar y día iba a dar el golpe, para lo cual se pasaban horas enteras sentados en cuclillas oteando los campos y ganados que iban a robar (indios “bomberos”), fuera de que enviaban con frecuencia a indios aislados a visitar otras tribus con cualquier pretexto y se informaban detalladamente de la situación de las tropas, sus efectivos, armamento, caballadas y, de paso, la existencia de ganado en las estancias. En cambio las tropas, muchas veces, conocían la invasión cuando ésta se había ya realizado, lo que les obligaba a iniciar una persecución larga y poco fructífera, pues los indios ya habían dividido la hacienda robada, no alcanzando a otros grupos que, por cambios de dirección de rutas, ya se encontraban fuera del alcance de las mismas, por tener generalmente, en este estado de cosas, sus caballadas agotadas y prácticamente inútiles para continuar la recuperación total de lo robado. De igual modo procedían en el combate: Si las tropas eran suficientes para presentar lucha igual o con ventaja, los indios rehuían el combate y se alejaban en diferentes grupos y direcciones a aires vivos. Si las tropas se dividían para perseguirlos tenazmente, sabían volver caras atacando al pequeño grupo de soldados, que por inexperiencia en la lucha con el indio, pagaba con su vida esta temeridad. De estos heroicos combates, de puro valor personal, pues fueron por lo común una lucha individual a arma blanca o de un soldado contra varios indios fuertes y corpulentos, han quedado los relatos dados al olvido más cruel, por indiferencia de las generaciones posteriores...

El pueblo argentino, en verdad, se desangró en esta larga, dura brega contra el indio y sus pampas de naturaleza hostil e inclemente. Todo contribuyó a que esta lucha se prolongase hasta el cansancio. Las distancias, la naturaleza desconocida del medio, la belicosidad del indígena a caballo, las guerras civiles que hurtaban al ejército sus veteranos mejores, la administración mala, abusiva con el soldado.

La aparición de Calfucurá, precisamente el año en que Rosas, inaugurando su dictadura, partía en dos bandos irreconciliables a la nación, es otro factor para que la epopeya ya de tres siglos se prolongue muchos años, los más terribles y enconados de esta lucha.

\* \* \*

Las leyendas y la tradición han ido dejando nombres de caciques indios. Los más sobresalientes: Yamandú y Oberá, Calchaquí, Tupac-Amaru y Tupac-Katari, Lautaro y Caupolicán, araucanos, y también araucanos, pampas: Yanquetruz, Painé, Calfucurá. Tiene éste todas las condiciones de los jefes de su raza: valor, rebeldía, audacia, fuerza, iniciativa, persistencia, astucia, don de mando, oratoria. Es, además, un diplomático eximio. Sabe emplear la táctica del hecho, manejando grupos de jinetes, y la táctica del pensamiento, manejando promesas, fingiendo creer en promesas, aceptando treguas de paz, sofocando ímpetus con silencios y sonrisas y desviando intenciones con palabras. Esto explica su sobrevivencia y superioridad sobre los indómitos que todo lo esperaban de su caballo y de su chuzo. Gambeteaba a las circunstancias exteriores, no las enfrentaba ciegamente. Era un político.

Tal vez con versos de Ercilla pintando a los héroes de Arauco, podría también pintarse al protagonista de la epopeya pampeana: Caupolicán:

*Varón en cuerpo y fuerzas extremado,  
de gran industria y ánimo dotado.*

## Lautaro:

*Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,  
de gran consejo, término y cordura,  
manso de condición y hermoso gesto,  
ni grande ni pequeño de estatura.  
El ánimo en las cosas grandes puesto,  
de fuerte trabazón y compostura,  
duros los miembros, recios y nerviosos,  
anchas espaldas, pechos espaciosos.*

Augusto Guinnard, que le hizo de secretario antes de la batalla de Cepeda –año 1859–, nos da el retrato del cacique:

... Después de haber galopado el día entero llegué, cuando caía la noche, al campo de Calfucurá –"Piedra Azul"– gran cacique de la confederación indiana, de la que formaba parte la tribu de mis perseguidores y donde, sin embargo, no me reconocían aún. Nada, al llegar, me hizo adivinar cuál entre los indios que tenía por delante podría ser el gran cacique, porque ninguna seña lo distinguía de sus súbditos. Sólo cuando dirigió la palabra a los otros para darles órdenes reconocí al jefe por el sonido de su aire imperioso. Era un hombre más que centenario ya, pero que a lo sumo parecía tener sesenta años; su cabellera negra todavía daba marco a una vasta frente sin arrugas, que los ojos vivos y escrutadores hacía muy inteligente. El conjunto de la fisonomía de este jefe, aunque con cierta dignidad, recordaba perfectamente, sin embargo, al tipo de los patagones occidentales, a quienes remontaba su origen. Como ellos, era de alta estatura; tenía los hombros muy anchos, arqueado el pecho; la espalda, un poco agobiada; el paso pesado, casi dificultoso (debido a que, por andar continuamente a caballo y desde pequeños, los indios tenían las piernas arqueadas), pero gozaba todavía de todas sus facultades; con la excepción de los dientes perdidos en un combate en que le habían partido el labio superior, este viejo lo poseía todos, todavía intactos.

Los indios creen en los talismanes. Consideran y conservan como tales objetos insignificantes, como las bolas de pelo endurecido que encuentran en los cuerpos de las vacas, y las piedras que a menudo se forman en los riñones de los caballos, que la mayor parte del tiempo, no tienen más que aguas calcáreas para abreviar. El gran cacique Calfucurá trae consigo una especie de reliquia muy curiosa, que encontró siendo niño. Es una piedra azul, cuyo nombre lleva, a la que quiso dar la naturaleza una forma casi humana. La superstición de los indios les hace mirarla como un talismán. Según ellos Huécuvú la hizo caer en sus manos para preservarle de todo peligro y hacerle invencible. A ella atribuyen los triunfos de Calfucurá. Les confirma en esta creencia la organización verdaderamente excepcional de este jefe y su inteli-

gencia muy superior a la de todos los otros caciques, tanto que están de acuerdo en decir que jamás podrán reemplazarle. No hay, hasta entre los hispanoamericanos, a los que ha hecho tanto mal, quienes no se complazcan en reconocer y admirar su valentía y sus capacidades extraordinarias. Este hombre, tengo la convicción de ello, no ha sido enemigo de la civilización, pues estaba dotado de instintos generosos. Tenía el sentimiento de la justicia, pero, desgraciadamente para los argentinos, a quienes su sumisión habría sido fuente de grandes riquezas, la falta de habilidad de que dieron pruebas para tratarle y la inconstancia de su política, desviaron las buenas disposiciones del cacique.

Manuel Baigorria, que también lo conoció personalmente y tuvo con él tratos, lo pinta en sus *Memorias* como un jefe patriarcal –aunque borracho–, repartiendo las dádivas que recibía de los blancos entre sus chinas y sus numerosos hijos.

Cuantos escritores de antaño, militares que si no lo conocieron, muy cerca de quienes lo conocieran estuvieron, como Barros, Mansilla o Barbará, escriben sobre el cacique reconociendo sus cualidades de guerrero y gobernante. (Calfucurá, el gran político y guerrero de la pampa, tan temido por su poder como por su sabiduría – Mansilla).

Eduardo Ramayón, que hizo la guerra a Namuncurá y otros caciques a mediados del siglo pasado, escribe:

Calfucurá, entre todos los conocidos caciques a mediados del siglo y algo más adelante, fue el de mayor figuración, resonancia y poder. ¡Rey de las pampas, se le decía! General argentino también. Siempre dispuso de miles de lanceros y decenas de miles de caballos para sólo guerrear... Sabía organizar invasiones enormes, bien disciplinadas, y de sorpresa caía sobre fuertes y fortines, libraba combates volviendo a su aduar llevándose fortunas y, a manera de insolente desafío, según referencias, dejaba carteles escritos con sangre cristiana a la luz del incendio que coronaba su obra. Soberbio, buscaba el botín, pero también la sensación y la gloria del combate. Sus dominios se extendían desde Olavarría a los Andes y aún hasta la costa del océano. ¡Terrible Calfucurá!, así se le decía, tanto por sus depredaciones y crueldades como por sus robos. Se le describió como traicionero, vencedor estratega, hábil diplomático y con notables condiciones de gobierno y de mando. Supo enviar embajadas con mensajes de amistad a todos los jefes y caciques, anunciándose como enviado de Dios y ejecutor de sus superiores destinos.

Otro que lo conoció fue el lenguaraz Rufino Solano. Ya viejo éste, en el Azul, recuerda:

En una ocasión, me internaba en la Blanca Grande, hacia donde estaba la tribu de Calfucurá; los indios, en el camino, me desconocieron, y me iban a lancear. El cacique Cañumil llevóme a su toldo y, derecho viejo no más, me dijo: “Hermano, vas a morir, prepárate”. Yo que conocía el lado flaco de los indios, hice como que no me asustaba, y le hablé alegremente: “Sí, hermano, hacéme matar; pero primero voy a convidarte con caña. Ustedes son buena gente. El Gobierno los quiere mucho y les va a mandar una tropa de vacas y ponchos patrios, y todo lo que pidan”... Los ojos del yerno de Calfucurá relampagueaban de codicia. No ponía en duda mi afirmación, pues sabía los grandes y continuos regalos que hacía Mitre a los Catriel, que no se cansaban de pedir. “Creo hermano, creo”, dijo, “vamos a tomar tu caña y a comer lindo costillar de vaquillona. Después iremos al Tata Viejo que se está muriendo. Al hermano Gobierno le dirás que no haremos malones en Calfú (el Azul), dando ponchos, dando hacienda, dando caña”... “Sí, hermano Cañumil”, contesté con la alegría de haber librado el cuero de la lanceada. Esa noche la borrachera dejó tendidos a los indios.

A la mañana rumbamos al sur. Al llegar a la tolдерía de Calfucurá, el cacique se hallaba moribundo, pero habló conmigo. Su voz era serena y firme: “Hermano capitán, huya con los cautivos antes de que yo muera –dijo–, para que no los maten”... Dio en seguida órdenes en ese sentido. Cuando salimos de las tolдерías al galope, oímos detrás de nosotros una gritería espantosa. Ya sabía yo lo que era. ¡El cacique había expirado! Y la indiada nos acosaba en una persecución que duró toda la noche.

La anécdota nos está diciendo con exactitud quién era Calfucurá: un jefe de bárbaros. Gobernaba sobre ellos, no imponiendo su voluntad, cosa que, por otra parte, no estaba en las costumbres que legislaban la sociedad de las tolдерías, gobernaba sobre ellos dejando correr el cauce de su instinto, conteniéndolo a veces, orientándolo otras. Así debieron gobernar Atila a sus hunos y Gengiskan a sus tártaros.

La anécdota corrobora la afirmación del cautivo Guinnard:

este hombre no habría sido enemigo de la civilización, pues estaba dotado de instintos generosos. Tenía el sentimiento de la justicia...

La leyenda lo aureoló de sangre y muerte. Y el cristiano lo trató como a fiera o como a niño. Calfucurá respondió a la violencia violenta-

mente y al engaño engañando. No era ni una fiera ni un niño este jefe de bárbaros, aunque, por su imperiosa necesidad de vivir mediante la guerra, y su inferioridad de medios para tratar con hombres de una civilización muy superior, lo presentaron ante éstos como fiera a veces, y como un niño otras. Guerrero y político, Calfucurá enfrentó, altivo, o burló, astuto, durante casi cuarenta años, a esos hombres de una civilización superior que invadían la tierra de sus mayores, empujados por una fatalidad histórica y le negaban el derecho que sus mayores tuvieron de seguir alimentándose o apoderándose de las vacas y caballos esparcidos por las vastas llanuras de nadie, según la convicción secular del aborigen.

¿Hasta dónde el inteligente Calfucurá podía comprender a los blancos negándoles su derecho a la tierra y al alimento? ¿Hasta dónde podía comprenderle que las vacas y caballos, ayer libres, eran propiedad ahora del hombre blanco que los encerraba, negando su derecho al indígena?

Después, con la guerra vino lo demás: robos, incendios, muertes, cautiverio de mujeres y niños, depredaciones. Pero todo esto escapaba a la dirección de aquel inteligente jefe de bárbaros. Ya eran sus bárbaros en guerra, no menos bárbaros que los otros, los cristianos, cuando entraban a las tolderías degollando, robando y cautivando, tal como ellos en estancias y poblaciones.

Calfucurá, calificado de ladrón y asaltante por los blancos, no lo era menos, seguramente, en el concepto de los indios, que el coronel Tal o el general Cual, cuyos soldados no hacían prisioneros ni dejaban toldo que no incendiaran, ni china que no violasen y llevasen para la esclavitud.

Guinnard atribuye a Calfucurá, poco antes de 1859, más de cien años. Exagera, seguramente. Tendría entonces ochenta años. Nació Calfucurá en Liona, provincia de Valdivia, Chile, quizás a fines del siglo XVIII (¿1780?), de raza araucana. Fue para los tradicionales caciques, un “auca”, o sea un “alzado”, un rebelde de esos que, transmontando la cordillera, alargaban la vista escrutadora hacia el este, a la Argentina, deseosos de aventura. En ésta se jugaban la vida: “Muertos podemos ser, mas no vencidos” –diría el caudillo a sus araucanos, para seguir glosando a Ercilla.

Corre el año 1835. Ejércitos de Rosas acaban de ensangrentar las tolderías. En Salinas Grandes viven los vorogas, sus aliados. (De Verohué: voro, huesos, hué, lugar: lugar de huesos). Los vorogas, tranquilos, están caciqueados por Rondeau –ahijado del general de este nombre que le dio el suyo, según costumbre– en Masallé, lugar de feraces médanos, cuando aparece ante ellos una tropa de araucanos venidos de más allá de los Andes. Se anuncian como mercaderes. Traen tejidos y ponchos, armas hechas con primor, objetos de plata labrada. Los cambiarían por ciertos cueros de vacunos o de zorros, por plumas de avestruz, por caballos, por alcohol de ése que los cristianos, ahora aliados de los vorogas, les facilitan. Rondeau, el cacique voroga, confiado, sale a recibir aquellos chasques de la paz, portadores de riqueza, venidos de Mulú Mapú (“país de la humedad”), o sea Chile. También traerán nuevas de los viejos araucanos que allá quedaban adictos a las tradiciones...

Aparecieron los recién llegados en la corona de un médano, pero no en tren de paz y comercio, sino dispuestos a la guerra. Y se precipitaron (¡ya, ya, ya, ya!) alaridos y chuzas prontos, sobre los confiados pampas vorogas. Rondeau, Melín, Alim y otros caciques y capitanejos son sacrificados. Sus sorprendidas huestes muertas, prisioneras o huidas. En Masallé, ensangrentado por una felonía, resuena por vez primera el nombre de Calfucurá. Es un hombre terrible, pero no feroz. Da de esto pruebas inmediatamente. El nuevo amo de Salinas Grandes sacrifica a los jefes tomados prisioneros, no a sus gentes. Destruído el poder guerrero de los vorogas, Calfucurá proclama su clemencia y su deseo de aliarse en matrimonio con la propia viuda de Rondeau. A la violencia y la sangre sustituye la diplomacia y el amor. ¡Raro jefe de bárbaros este Calfucurá! No estaban acostumbrados a tal procedimiento los rústicos, arremetedores, tozudos guerreros de las pampas. Pero los “lalmuche” –gente de la viuda– no se confían a él. Lo resisten. Escapan algunos a pedir ayuda a los aliados blancos o a los otros indígenas amigos de aquéllos. El coronel Francisco Sosa y José Zelarrayán después, apoyando a los vorogas, marchan sobre Calfucurá. Este los esquiva, los cansa con su movilidad, y se vuelven a Guaminí y Bahía Blanca casi derrotados, persecutores de fantasmas.

Calfucurá, por su parte, también manda sus chasques a las diversas tolderías. A los ranqueles de Yanquetruz y Painé, a los puelches del viejo Catriel, asentados en las regiones del sur de Buenos Aires, a los picunches y manzaneros de la Patagonia:

Ha cambiado –les decía la voz de sus chasques– el gobierno de Salinas Grandes porque así lo dispuso la voluntad de Gunechen (Dios). El me ha elegido para reemplazar a Rondeau y otros caciques perjuros. Su derrota prueba que Dios está conmigo. Ahora sólo quiero la paz con mis demás hermanos, pues traje la misión de sacrificar a los culpables y unir a la familia araucana contra los enemigos cristianos. Quien necesitare mi ayuda, la encontrará en seguida.

Parecido mensaje envía a Chile: El será la vanguardia de quienes ansiaban los ganados, las mujeres blancas y el alcohol de las tierras de “abajo” –el Oriente.

Pero también envía Calfucurá una embajada a Buenos Aires, a pactar con el gobierno de los cristianos. Rosas recibe a Namuncurá (Pie de Piedra), hermano y embajador del Cacique, en su estancia “El Pino”. Y acepta lo consumado, así como las explicaciones del vencedor. El cacique Rondeau, según aquél, no era un aliado fiel de Rosas, imaginaba sublevarse, por eso Dios, ofendido por tal felonía, lo envió a él, a Calfucurá, para castigarlo. Calfucurá, “elegido de Dios”, será fiel a los pactos. Ofrece su amistad por mandato divino. Rosas la acepta, a cambio de un tributo de yeguas, vacas, ropas y “vicios” (alcohol, tabaco, yerba).

Rosas y los caciques de las pampas, aceptando la paz que Calfucurá les ofrece, consolidan su poder. Los caciques trascordilleros no pueden resistirse a las dádivas que él les ofrece. Y lo apoyan. Pronto nuevos contingentes de aucas, pasando la cordillera, van a engrosar sus grupos de lanceros.

Aún celado por los antiguos habitantes de las pampas, los Catriel y Cachul de Buenos Aires, los Painé del norte de la Pampa, muy posiblemente también por los jefes militares de Rosas, el poder de Calfucurá fue creciendo.

Zeballos nos habla de un manuscrito encontrado por él en un médano próximo al actual pueblo de General Acha, donde se pinta a Calfucurá en aquellos años de su consolidación en el poder de Salinas Grandes:

Es muy popular, trata a todos con amabilidad, dándoles a unos el nombre de hermano, pariente o cuñado; a otros el de tío, primo o suegro. Pero la sola idea que tienen los indios de que adivina, es suficiente para que se apodere de todos un respeto profundo o un terror espantoso. Hay indios culpables que esquivan ser vistos por Calfucurá. Su carácter altivo, supersticioso y zalamero lo hace más temible aún, tanto que se le cree siempre afortunado en todo, porque sus obras son inspiradas por Dios. Esto él mismo lo dice. Se tiene a sí en el concepto de adivino, por cuya razón no permite hablar mal de su persona.

Guerrero y político, brujo además, es decir, para sus indios, dueño de las pampas que dan la lanza, las boleadoras y el caballo, la palabra y la astucia, el poder oculto del misterio todopoderoso, jefe del bien y señor del mal, este es el fundador de la dinastía de los Piedra, establecido en el centro de las pampas por obra de su violencia, consolidada por el lento y hábil trabajo de su política: barbarie y sutilidad aunadas.

Pronto debe emplear una y otra. El año 1837, una expedición de 4.000 lanzas, cacique Railef, desciende de los Andes. Son los vorogos de Chile, tribu guerrera y temible. El malón desvasta a Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. Perseguido por el ejército, se retira lentamente, llevando un arreo de 100 mil vacunos, cautivas y el cuantioso producto de sus asaltos. Pero Calfucurá los espera. Demostrando así que es fiel a lo pactado en “El Pino”, atraviesa guadales y sorprende a los volólas en Quintucó, al margen del río Agrío. Obtiene un triunfo tan definitivo como en Masallé, sólo cuenta con 1.000 lanzas. Los derrotados restos de la invasión huyen a Chile. Calfucurá queda dueño de sus riquezas, de sus rebaños –que no devuelve– y prueba a Rosas que es un aliado fiel y eficaz. Su renombre halla eco en las tolderías, desde los ranqueles a los puelches y tehuelches. El “enviado de Dios” es acatado. Los pampas argentinos –Catriel, Cachul– ven en él a la fuerza más poderosa para servir de contención a las invasiones llegadas de Chile que perjudican

sus intereses; los militares blancos ven en él un aliado al que deben halagar mientras carecen de tropas suficientes, ya que las guerras contra los unitarios y las intervenciones de Francia e Inglaterra se las exigen. Calfucurá recibe tributos. Se fortalece. Y su fidelidad a lo pactado con Rosas no es tanta, por otra parte, que le impida realizar malones en pequeño, confiados a sus caciques de menor importancia. Calfucurá, pues, que atacó a los vorogas de Rondeau por presunto infiel a los cristianos –para éstos– y por infiel a los aborígenes –para éstos–, sigue durante años este doble juego fructuoso para él. Entretanto los blancos expedicionan contra los ranqueles, sus enemigos, Calfucurá, a la expectativa, no apoya francamente a unos ni a otros.

Si la condición sobresaliente del señor de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, es la astucia, la capacidad de simulación, no le va mucho a la zaga la del señor de “Salinas Grandes”.

Los indios pampas eran astutos –y astucia es un escalón de la inteligencia que va desde el zorro, el peludo o el salvaje a los héroes y mártires del pensamiento humano. Entre los muchos documentos que se pueden citar, caben las páginas que Mansilla consagra a las discusiones y tratados con Mariano Rosas y sus capitanejos. Los llama discípulos de Machiavelo, y un poco admirado a fe.

Desde un indio ladrón de caballos, hasta Calfucurá, diplomático, que va y viene por los vericuetos de la política, aparentando servir a la Confederación o a la Provincia de Buenos Aires en guerra y sólo sirviendo a sus intereses, hay una larga senda de astucia.

Calfucurá, jefe de bárbaros, debía emplear su astucia no sólo contra el enemigo, también para con los suyos. Un cacique pampa no era un rey tirano. El poder de los demás caciques y capitanejos limitaba el del principal. Así lo comprobó Mansilla visitando a Mariano Rosas, y así lo muestra Guinnard presentándonos a Calfucurá:

Muchas veces, durante mi permanencia junto a él, cuando nos encontrábamos solos, me habló en términos muy diferentes de los que empleaba ante testigos, y me prodigó muestras de la mejor simpatía. Supo hacerme comprender muy bien que no debía tomar a mal sus brusquedades, porque no eran a menudo más que el resultado

de la violencia que él mismo se hacía para resistir al deseo de serme útil, lo cual era incompatible con su posición y con la vigilancia que ejercían sobre él los demás indios.

El jefe de los bárbaros debía, pues, poseer la astucia suficiente para demostrar a sus guerreros que era digno de su barbarie. Y demostrar a los cristianos que no era un romo, que comprendía sus intenciones de avance y se oponía a ellas. Pero Calfucurá no atacaba sin advertir. A la guerra, prefirió la “paz de Rosas”, una paz que lo llenaba de tributos, logradamente.

Escribe en 1868 - Presidencia de Sarmiento, cuando éste amenaza ocupar la isla Choele-Choel, la “Gibraltar del Desierto”:

Señor Coronel don Álvaro Barrios.

Mi querido señor y compadre:

Los dos somos amigos y no me he de olvidar nunca que usted fue el padrino de mis hijos cuando estaban presos y les dio la libertad; pero tengo un sentimiento en usted porque no me ha avisado por este parte, de la población que han hecho de Choele-Choel, pues me dicen que ya han llegado las fuerzas y que vienen a hacerme la guerra, pero yo también he mandado mi comisión para donde mi hermano Reuquecurá, para que me mande gente y fuerzas, pero si se retiran de Choele-Choel no habrá nada y estaremos bien, pero espero en usted me conteste y me diga de asuntos de los señores míos y jefes y del señor Gobierno. – *Juan Calfucurá.*

También hace que su secretario, Bernardo Namuncurá, indio ladino, escriba al jefe de fronteras haciéndole saber la llegada de Reuquecurá con 3.500 lanzas, “sin contar las que vienen todavía”, y las derrotas que acaban de tener los cristianos chilenos en su lucha con los araucanos de allá. Le anuncia también que el cacique vencedor, Quilapán, fue solicitado para tratar con el gobierno de Chile, “pero él quiere primero venir a pelear a esta parte de la Argentina”...

Es una exhibición de fuerzas. Astucia y prudencia. Paz armada. La antigua táctica de Calfucurá es ésta: él no malonea, pero no impide que bandas desprendidas de sus toldos lo hagan. Si se le reprocha esta actitud, sabe responder: El Gobierno tampoco ataca, pero no impide que éste o aquél jefe de fronteras, viole lo pactado, e invada territo-

rios del indio. Calfucurá sabe argüir. Su epistolario lo prueba. El “terrible Calfucurá” –como se le llama– está muy lejos de ser el “feroz Yanquetruz”. Este es todo violencia; aquello es todo astucia, pero va a la violencia sólo cuando ésta es imprescindible.

Su inteligencia le dice que, en cierto momento –siempre hubo ejemplares a lo Juan de San Martín, aquel brigadier que inició los atropellos durante la Colonia, cuando un jefe arbitrario comete desmanes con indios mansos, Calfucurá se erige en su defensa. No son sólo los intereses de una indiada casi indefensa lo que se ha violado. Es su prestigio. Entonces Calfucurá no da razones. Ataca. Y lo hace como él sabe hacerlo, a la cabeza de lanceros probados en coraje y capacidad guerrera. Se ha constituido en apóstol de la unión indígena. Y en defensa de ésta sale a campaar por los mismos indios mansos de quienes se proclama enemigo mientras son mansos, porque indio que escape de las poblaciones o de las tolderías de Catriel o Raninqueo, sometidos, halla en Calfucurá medio propicio para volver a su vida libre. Aún los desertores del ejército hallan en sus toldos refugio. Y también malhechores. Como Rosas en sus estancias, allá en sus tiempos de Comandante, Calfucurá los acoge en sus tolderías sin averiguar delitos. Todo fugado es útil, trae noticias. Un “gaucho malo” es casi un indio.

Hay más, hablando de la astucia de este “bárbaro del sur”: En ocasiones, después de un malón frustrado, el jefe blanco no tarda en recibir un chasque de Calfucurá felicitándolo por el hecho de armas en que ha vencido. En otro avisa a un jefe de frontera cuando una invasión se prepara. Si los maloqueros son rechazados, Calfucurá felicita al jefe, al par que se lamenta de su impotencia para contener a sus indios. Si la invasión logra su objeto, Calfucurá, en su condición de Cacique, reclama la parte que de botín le corresponde. Pero aún puede agregarse otro jalón a su astucia: En no pocas oportunidades, el aviso del próximo malón enviado por Calfucurá, llega al fortín cuando el malón se ha realizado...

Esta política de fronteras, levantada sobre menudas intrigas y hechos nimios, es la que Calfucurá ejerce cuando se trata de actuar en

el escenario de la política nacional. Presiente la caída de Rosas, no se compromete mucho en la defensa de su aliado, pero tampoco se la niega completamente. Deja, pues, una alternativa para entrar o salir, según que Caseros sea un triunfo o una derrota para su aliado. Semejante conducta empleará cuando la política, complicándose por causas económicas que escapan a él, por supuesto, ya que escaparon a muchos políticos de su época –y a muchos historiadores de las siguientes– se haga un inextricable ovillo de motines, combates y polémicas.

Como astuto que era, también sabía darle a la palabra la importancia que ésta adquiere cuando se eleva a la categoría de oratoria. Ser orador, entre los indios pampas, era como ser guerrero, una cualidad para aspirar a cacique. La oratoria fue el más cultivado de sus artes. Luis de la Cruz o José Andrés García o Feliciano Chiclana, los que primero tuvieron contacto con los indios, así lo comprobaron. Y lo dicen Ercilla, el antiguo, y Mansilla, el moderno. Aquél hace que oigamos la elocuencia del anciano Colocólo; éste –Mansilla– da pormenores de lo que es un “parlamento”, o sea un concurso de oratoria, entre indios. Las “razones” –palabra que también usa Ercilla– van desarrollándose, lenta, machacadamente:

La conversación en parlamento está sujeta a ciertas reglas; es metódica, los interlocutores no pueden ni deben interrumpirse; es en forma de preguntas y respuestas. Tienen un tono, un compás determinado; su estribillo y actitudes académicas, por así decirlo. El tono y el compás sólo pueden compararse a lo que en las festividades religiosas se canta con el nombre de villancico. Es algo cadencioso, uniforme, monótono, como el murmullo de la corriente de agua.

En cuanto a la Junta, acto importante en la vida del indio, pues en ella se reúnen para deliberar y decidir los principales de sus hombres, los que han demostrado mayor capacidad y experiencia, valor y astucia; Mansilla la describe:

Es un acto muy grave y muy solemne. Una cosa muy parecida al parlamento de un pueblo libre, a nuestro congreso, por ejemplo... Reúnese la Junta, nombrándose un orador, una especie de miembro informante, que expone y defiende contra uno,

contra dos, o contra más, ciertas y determinadas proposiciones. El que quiere, le ayuda. El miembro informante suele ser el cacique. El discurso se lleva estudiado, y el tono y las formas de la conversación en parlamento, con la diferencia de que en la Junta se admiten las interrupciones, los silbidos, los gritos, las burlas de todo género.

Colocado en orador, el indio pampa prueba que el araucano Colocólo de Ercilla, orador de poema épico—tales los héroes de Hornero, Virgilio o Tasso— no es único. Sabe sacar “razones” de una “razón”, alargar la última sílaba de la palabra final, como si su garganta fuese un instrumento y, sobre todo, abrumar al adversario bajo un torrente de palabras, incontenible, no sólo por lo abundante, sino por lo violento. No es fácil convencer a un orador pampa. Lo prueba la Junta que describe Mansilla en el capítulo LIV de su *Excursión*. Las “razones” del “gringo” Mansilla chocan contra las razones que le enfrentan Mariano Rosas y otros caciques. Y las razones de éstos continúan en pie ante las leyes de la moral. Pero la historia posee distintas leyes y Mansilla, orador de la civilización, impuso sus “razones históricas” contra las “razones morales” de los bárbaros. Al “huinca, huinca mintiendo” no podría responder el civilizado, sino pasándoles por los ojos de la imaginación sus ofrecimientos: azúcar, yerba, tabaco, aguardiente, vacas, caballos, semillas, objetos de plata... Y después de nueve horas de Junta, cuando ya los ofrecimientos, cegando la sutilidad de los oradores habían hecho que éstos aceptaran la paz, y con ella el avance de los cristianos desde Río Cuarto a Río Quinto, un viejo dice al embajador de los civilizados:

He oído con atención todas las razones de usted, y ninguna me gusta.

Calfucurá parece haber sido un consumado orador en ese pueblo de oradores. Un hecho histórico lo prueba: En 1859, llega al pueblo de 25 de Mayo al frente de un malón. Le sale al paso un solo hombre: el cura Bibolini. Y se trenzan. Palabra va y palabra viene, horas están el uno frente al otro, hablando, lenguaraz mediante. Las “razones” del que venía a robar, a matar, a incendiar y a cautivar, contra las “razones” del que se oponía a que se hiciese aquello en una población inermes. Si

el indio tiene la palabra fácil y pródiga, el cura Bibolini, con su español que después Cocoliche popularizará, derrocha frases como el otoño hojas secas. El orador Calfucurá se impone al guerrero que hay en él. Su admiración por la oratoria del cura, le hace comprender sus “razones”. Cede. No robará, ni matará, ni incendiará, ni cautivará. Acepta un tributo y se retira.

Otra expresión de la oratoria imprescindible al guerrero: la proclama de Nelson, ceñida al carácter inglés, no podía ser una proclama de Napoleón a sus turbulentos franceses. Calfucurá poseyó la virtud de saber proclamar a sus indios, enardecerlos, empujarlos a la boca de los cañones y los fusiles mortíferos, aullando de rabia y de odio.

Como gobernante, Calfucurá era reconocido justiciero. Es cuanto puede aspirar un gobernante. Pero he aquí lo que era la justicia de Calfucurá. El hecho es histórico, narrado por indios calfulcuraches:

En 1858, cuando se preparaban los hechos de la guerra civil que desembocó en la batalla de Cepeda, envió Calfucurá a uno de sus hijos a Entre Ríos para cumplimentar al general Urquiza, y ofrecerle su ayuda. El chasque de Calfucurá fue muy bien recibido y colmado de obsequios. Pasaron unos meses, la comitiva que acompañó al lujo de Calfucurá regresó a Salinas, pero sin el hijo. El jefe de ella refirió al padre que una fuerza de Buenos Aires los había perseguido, que se dispersaron y al reunirse, su hijo ya no estaba. Suponían que éste había sido tomado prisionero y llevado a Buenos Aires. Calfucurá calló, pero llamando a su hijo predilecto, Namuncurá, el que habría de sustituirle, le dio instrucciones secretas. Namuncurá salió en busca del hermano. Rastrearon el camino que llevara la comitiva y cuando Namuncurá regresó traía la lengua de su hermano. Había hallado el cadáver de éste. Calfucurá envió a consultar una adivina – “machi” – de Arauco. A los seis meses recibió a su enviado en presencia de los principales caciques de la tribu: La “machi” respondía esto: Había hecho hablar a la lengua del asesinado, y ésta le había dicho que, para robarle los regalos de Urquiza, los hombres de su acompañamiento lo mataron, Calfucurá hizo llamar al jefe de la comitiva, y lo acusó de asesinato y traición. Este culpó a los cristianos. Calfucurá le hizo saber entonces cómo la lengua había delatado a la adivina lo ocurrido. El matador no podía negarlo. Siglos de creencias y supersticiones pesaban sobre él, le impedían desmentir lo que la “machi” afirmaba. Bajó los ojos el culpado. Calfucurá, él mismo, le atravesó el corazón de una puñalada. Luego, Namuncurá, al frente de doscientos lanceros, por orden del Cacique, llegó a los toldos del jefe traidor y ultimó a su familia y allegados, excepto los niños muy pequeños.

La justicia de Calfucurá era bárbara, pero se ejercía para bárbaros, y éstos la aprobaban.

Con ser el cacique autónomo que más tratos tuvo con la civilización, a no haber ocurrido el hecho de que el francés Guinnard cayese cautivo y escribiera las memorias de su cautiverio con agudo espíritu de observación, poco se sabría de Calfucurá y las costumbres de sus indios. Lo que Musters hizo para los tehuelches de la Patagonia, Francisco Moreno, para los manzaneros de Neuquén, y el obligado Mansilla; para los ranqueles, lo hizo Guinnard para los pampas “calfucuraches”.

Por él conocemos el aduar del Cacique. Nos habla de las mujeres, laboriosas, excelentes madres, artesanas eximias en el trabajo de la plata y los tejidos:

Durante mi permanencia en esta tribu vi muchos tejidos en verdad notables por su finura, pero principalmente uno en que estaba representado con rara perfección el retrato del general Urquiza, a quien fue ofrecido. Este personaje, sin saber de qué manera atestiguar su admiración por esa obra de paciencia, la cubrió de piezas de oro.

Antes que el autor de *Tres años de esclavitud*, el coronel Francisco Barbará (*Usos y costumbres de los indios pampas*), había presentado al pueblo de Calfucurá como a un pueblo salvaje. Del libro de Guinnard surge otra opinión. Es un pueblo bárbaro, nómada, guerrero sobre todo, pero ni su religión —menos cruel que la de pueblos aborígenes ya constituidos en imperio—, ni sus costumbres, ni su medicina, ni sus leyes orales por todos respetadas, ni la autoridad restringida —no despotica— de los caciques, pueden decir que los pampas fueran un pueblo tan primitivo como se intentó presentirlos. Además, su capacidad de adaptación, dadas las pocas oportunidades que el cristiano —por política o por indiferencia— le presentó, demuestra su inteligente vivacidad.

Guinnard nos habla de su música, de los instrumentos que usaban: violines hechos con costillas de caballo, guitarras con el omóplato, caramillos con el caño hueco de una caña (*generium argentinus*), flautas con un junco afilado, tambores con una caja de madera sobre la que

extienden un cuero de gato montés. Nos habla de sus juegos, la chueca, algo semejante a la pelota, el “loncoteo”, algo semejante a la lucha, aunque brutal, cogidos de los cabellos... (¿Más brutal y repugnante que el “cachascachán” en el barro?).

Clemente Onelli dice sobre la música de los araucanos:

Yo la he oído, y bien se acordaba con el silbido casi isócrono del viento furioso que domina en las pampas del sur. Silbaba éste como un quejido de la vegetación chata, pasada al ras por el viento, y cuando una ráfaga más fuerte hacía percibir los estridores del médano cercano y los crujidos del enano tronco del molle de incienso, la trompa de tímida sonoridad parecía acentuar con lamentos más flexibles y resignados la ira del viento y los sufrimientos de las cosas agitadas por él. Pero para mí estas percepciones eran cosa de pocos segundos, mientras que el indio con los ojos semicerrados se extasiaba horas ejecutando un tímido concierto con el vendaval.

El renglón más ingrato para juzgar a los pampas se halla cuando Guinnard habla de los cautivos, del trato que se les da, verdaderos esclavos, del suplicio a que se les somete si pretenden huir. Cuenta él, sin embargo, la novela de su cautiverio y de su huida, pero no a las tierras del blanco, sino a ponerse bajo la protección de Calfucurá. Este lo acoge. Satisfecho de tener un cautivo que sabe leer y escribir, lo hace su secretario.

El carácter de los “calfucuraches” –apunta Guinnard– es más sociable que el de los otros nómades. He encontrado entre ellos alguna tendencia a la compasión; me trataron más humanamente... Gracias a la consideración muy particular que tenía por mí Calfucurá, que no me daba otro nombre que el de “foteum” –hijo– así como al vuelco completo que se había hecho en todos los espíritus, pues ya no había de temer a ningún enemigo, pedí y obtuve permiso para montar de nuevo a caballo. Su bondad llegó a permitirme hacer excursiones muy lejanas en compañía de algunos indios que me servían de escolta y de introductores en las diferentes tribus que visitaba.

No se cansa Guinnard, por otra parte, en presentarnos a los pampas, aun a los “calfucuraches”, una aristocracia entre ellos, tal como los conocemos a través del poema de Hernández, documento de veracidad comprobada: Sus “rucas” –toldos– desaseados, pestilentes, invadidos de

parásitos, la esclavitud de la mujer, la lujuria de su poligamia pintoresca, su pereza para todo trabajo que no sea domar y cazar, su glotonería, su pasión alcohólica, su tabaquismo, sus supersticiones, su inclinación al robo, sus orgías bestiales, sobre todo como festejo de un malón afortunado.

En medio de ese conjunto contradictorio en lo que tiene de atisbos hacia algo superior –artesanía, música, oratoria, creencias, medicina– y sus derrumbes en lo puramente bestial; aparece en el relato del cautivo francés la figura de Calfucurá, no exenta de vicios –embriaguez, sobre todo– amo de treinta y dos esposas, dispuesto siempre a la guerra con todas sus fatalidades, ya que es el único medio de subsistir para un pueblo que no trabaja, y además vigoroso y valiente. Así, por ejemplo, es una página bíblica la que nos da el cautivo cuando narra cómo, bajo el tutelar interés del Cacique, siembra maíz en las pampas. El hecho merecería la recordación poemática:

Calfucurá iba hasta dos o tres veces por día a seguir con la mirada mi trabajo y a alentarme –cuenta Guinnard–. Me hacía fumar su pipa y me llamaba su hijo. Cuando termine el foso, que tenía por lo menos un metro cincuenta centímetros de ancho y dos de profundidad, me hizo ir a su “ruca” y después de compartir conmigo su comida, me regaló su manta.

Al ver que, en esa tierra jamás arada ni sembrada, aparecían los primeros tallos de maíz –¡esa pampa un día granero del mundo!– transformados en poco tiempo en una “cosecha magnífica”, Calfucurá entregó al sembrador europeo “completamente toda su amistad y buena voluntad, y también la de sus treinta y dos mujeres”, que parecieron redoblar aún más sus atenciones y consideraciones con el que las había enseñado a sembrar.

Narra también Guinnard las atenciones que recibió del Cacique y sus esposas cierta vez que un buey lo corneó casi hasta matarlo.

Pero separaba a él y los indios, esto: la idea de que el cautivo no se resignaba a no huir, de que no les era suyo más que en cuerpo. Ni aún Calfucurá podía hurtarse a la idea de que esto en él constituía una ingratitud.

He aquí, por último, otros datos que acerca del Cacique aporta el cautivo:

Aunque no entra en la costumbre de Calfucurá hacerse acompañar más que por sus hijos o por mí cuando viaja, acogió, sin embargo, con muestras de la mayor satisfacción, a todos los que se presentaban para servirle de escolta. Debido a su avanzada edad, este jefe ya no conducía personalmente a los indios al saqueo, se contentaba con dar órdenes y consejos para invadir tal punto con preferencia a tal otro. Pero cuando a veces se deja llevar por sus ideas belicosas y dirige a sus soldados, lleva consigo sus principales riquezas, consistentes en espuelas y estribos de plata, y se hace acompañar por la mayor parte de sus mujeres. A eso se limita toda su distinción con el común de los indios, que son los que participan del combate. Sus derechos no llegan a atribuirse una parte cualquiera del botín; pero como es generalmente amado y venerado por todos los indios, cada uno se deja llevar por la vanidad y el amor propio de ofrecerle numerosos regalos compuestos por los mejores animales robados, o también regalarle algunas cautivas, que él vende, generalmente, a vil precio, a los indios de las tribus alejadas. Calfucurá habita una vasta tienda, abundantemente provista de todas las cosas que hacen la comodidad de los indios. Y bajo su techo frágil un europeo habría podido encontrar de seguro muchas riquezas reunidas, aunque sin gusto ni gracia.

Se ha designado a “Salinas Grandes” y a “Leuvucó” con el nombre de capitales para las “naciones” pampas cuyos jefes eran Calfucurá y Mariano Rosas. Quizás el nombre de capital sea excesivo. Los pampas extendían sus toldos en anchas extensiones, ya buscando el abrigo de bosques, ya de médanos. Salinas Grandes y Leuvucó eran, en realidad, puntos estratégicos, avanzadas hacia el norte y el este, al sur de las posiciones mediterráneas “Leuvucó” y al oeste de Buenos Aires “Salinas Grandes”. Sitios con aguadas y ricos pastos, oasis en medio de campos dificultosos, una y otra “capitales pampas”, constituían lugares apropiados como punto de partida o como refugio, en caso de derrota para los malones.

“Salinas Grandes” venía a ser como el cuartel general de las tribus del sur y del oeste, una estación importante en la rastrillada que iba de los Ángeles a las ricas praderas bonaerenses, lo que fueran Carhué,

Guaminí, Olavarría y otros lugares. Aún cuando las entradas del ejército obligaron a los pampas a retirarse de “Salinas”, nunca abandonaron del todo su vigilancia.

Calfucurá, buen táctico y gran conocedor de las pampas, dio siempre fundamental importancia a “Salinas Grandes”, como se la dio a Carhué y a Choele-Choel. Y defendió estos puntos con obstinado heroísmo, hasta casi el día de su muerte. Ocurrió ésta el 3 de junio de 1873. La tradición quiere que el anciano Cacique, señor de las pampas durante 38 años, haya muerto de pena, al ver quebrado su poderío después de la batalla de San Carlos, 3 de febrero de 1872, el mismo día, a veinte años de diferencia que Caseros.

Su muerte llenó de dolor a las tolderías. Los pampas se sintieron verdaderamente huérfanos. Calfucurá era su jefe por derecho de superioridad indudable. Había sabido deslizarse con elástica fragilidad por entre los vericuetos de la política y las guerras civiles, sacado a su nación de momentos difíciles, prolongando su existencia, enriqueciendo sus aduanas como jamás lo estuvieron y hecho respetar, aún en batallas campales, su caballería, llevada por él a un grado de belicosidad temible, hasta para ejércitos regulares, bien disciplinados y munidos con armas de fuego.

En carta al obispo de Buenos Aires, doctor Federico Aneiros, le dice Namuncurá, narrando aquella muerte:

A los pocos días entró a ir disminuyendo de su salud, resultando el más triste acontecimiento en la que murió nuestro señor padre el día 3 del presente como a las 10 de la noche, lamentable circunstancia nada menos de quedar huérfanos...

\* \* \*

Historiemos ahora lo más importante de lo ocurrido en el largo gobierno de Calfucurá: la guerra. Durante la tiranía de Rosas —ya lo hemos visto— la guerra con el aborigen, después de 1835, perdió mucho de su violencia. Ocupado el gobernante de Buenos Aires en continuas guerras contra los unitarios, prefirió pactar con el indio, pagarle su paz mediante dádivas cuantiosas, ya que sus intentos de sojuzgar a

los ranqueles fueron vanos. Sólo en 1846, una campaña del general Pacheco al sudoeste, nada punitiva. Cae Rosas. Su paz se quiebra. Los gobiernos que le suceden no conforman a los indios. Estos se ven nuevamente forzados a robar para no perecer de hambre o para procurar lo necesario a sus “vicios”, que a ellos los acostumbró el halago de Rosas. Los malones invaden pueblos y estancias. La lucha se enciende como antes de 1835, feroz. El problema del indio, sobre todo para Buenos Aires, porque Urquiza –la Confederación– siguiendo a Rosas, pacta con ellos, reaparece en forma violenta.

En la guerra contra el indio, desde sus comienzos, surgen dos tácticas: la defensiva, la más empleada por los españoles, y la ofensiva. Aquélla, sobre la base de fortines, era ruinoso y lamentable. (“Pretender que los indios no penetren a través de la línea de fronteras, es como pretender que no entre el aire” –dice un informe del “Archivo del Ministerio de Guerra” de la Provincia).

Se hacía por el desconocimiento de las pampas. A veces, un Manuel de Pinazo, año 1770, se lanzaba a ellas y corría a los indios, que luego recuperaban lo conquistado. Llegar a Río Negro era el ansia de todos. Viedma (1784), Azara (1796), Undiano y Castelú (1804), en sus informes, hablan de ello como de algo imprescindible. Más tarde, Rodríguez, Rauch, Rosas; vuelven a la guerra ofensiva. Se sale de los fortines, se busca al indio, se lo pelea, se lo acosa, se lo acorrala. Hay superioridad de armas tan evidente, que, ¿por qué no se hace esta guerra ofensiva? Factores ajenos a ella lo impiden. No sólo porque las continuas guerras civiles distraen fuerzas en otros puntos, no sólo porque los indios son utilizados por las facciones en lucha; también porque constituyen un pingüe negocio. Muchos son los que se enriquecen con su amenaza y aún con sus malones. El país tendrá que consolidarse unificándose, sentir la imposición del capital extranjero, aliado de su burguesía, para que se termine con el indio y sus “socios” cristianos de las fronteras.

En 1850, poco antes de Caseros, escribe Sarmiento en *Argirópolis*:

Tenemos un ejército y las disposiciones guerreras de los argentinos los hacen aptos para la vida militar. ¿Qué hemos hecho en diez años con nuestro ejército? Acamparlo en el Cerrito de Montevideo para que destruya ganados y mate hombres extraviados, porque, o no hemos podido o no hemos querido tomar la plaza; pero en uno y otro caso no hay gloria ni provecho. Y el ejército tiene una grande y larga tarea que desempeñar entre nosotros. Cada diez años se hacen entradas a los indios: los indios se retiran al sud a la aproximación de nuestras fuerzas, y en cambio de los cien mil pesos que ha costado la expedición, nuestros soldados vuelven con algunos centenares de ovejas tomadas a los indios y algunos individuos de chusma por trofeos; concluido lo cual, los indios reaparecen en nuestras campañas y siguen sus depredaciones. Un gobierno previsor debe obrar de otra manera...

Y aconseja una línea de fuertes apoyándose en el Río Colorado, desde Bahía Blanca a los Andes, dos vapores con telégrafo de brazos en este río, colonias militares que fuesen núcleos de pueblos, y echar el ejército hacia adelante. La guerra ofensiva, en una palabra. Es lo que comenzará Alsina y terminará Roca. En 1850, Sarmiento aconseja el Río Colorado y no el Río Negro como límite sur, guiándose según lo asegurado por D'Orbigny: que el espacio entre ambos ríos era un desierto inhabitable y apenas transitable por falta de agua. En 1867 ya se sabe a qué atenerse, y el Congreso vota una ley estableciendo el Río Negro como límite sur de la civilización. Pero aún habrá que conquistar las tierras de acceso a ese límite.

Caído Rosas, tanto los ranqueles de Painé como los pampas de Calfucurá se relacionan con Urquiza. Logra éste así por intermedio de Manuel Baigorria, oficial unitario refugiado en Leuvucó, lo que Rosas no lograra: la amistad de las dos naciones más fuertes. Provocada la separación entre Urquiza y los hombres de Buenos Aires, tanto ranqueles como pampas, se alistan con aquél; pero no se le entregan por completo. Calfucurá, particularmente, se halla siempre a la expectativa. Ofrece más de lo que hace. Desconfía de unos y de otros. En 1852 (11 de septiembre), Buenos Aires se subleva contra Urquiza. Este queda en Paraná. Hasta 1862 durará la pugna entre la ciudad del Plata y la Confederación de provincias. Hay combates. Los indios aprovechan de éstos. Forman en las filas de unos o de otros, gran aporte de caballerías,

pero a los primeros tiros abandonan el campo y se entregan al robo, la matanza y el cautiverio en las estancias y poblaciones próximas. Razón tenía, pues, Rosas, cuando, antes de Caseros, no confiaba demasiado en las promesas de sus amigos Calfucurá, Cachul y Catriel. Los conocía demasiado. Aun cuando los grandes caciques permanecieran fieles, no podían impedir —ni aún gobernar, por entero— a los otros. Y así, los ranqueles, adictos a Urquiza mediante la intervención de Baigorria, presencian la defección de Coliqueo pasado en plena lucha a las fuerzas de Buenos Aires. También verán al propio Baigorria, si en Cepeda (1859) amigo de Urquiza, contribuyendo con los ranqueles a su triunfo, pasarse en Pavón (1860) a las fuerzas de Mitre por resentimiento personal contra su amigo de ayer, y estar junto al nuevo vencedor.

Calfucurá que, aprovechando las circunstancias, ha sabido organizar una confederación de tribus, se apoya en la separación de las provincias y en su guerra contra Buenos Aires, para realizar frecuentes malones contra ésta. El jefe de Salinas Grandes —confesará años después su hijo Namuncurá, ya preso— creía con sus invasiones servir a Urquiza. Sus pampas eran soldados de la Confederación. En *El Nacional Argentino* de Paraná —año 1858— puede leerse los testimonios que se brindan Calfucurá y Urquiza, aquél devolviéndole cautivos, éste enviándole regalos. Y esta confesión:

Opten ustedes entre este gobierno que mantiene en sumisión a los bárbaros, que garantiza la vida y el honor de las familias y salva la prosperidad de los grandes intereses rurales y el gobierno del doctor Alsina, cuyas tropas vencidas en todas partes por la lanza del salvaje dejan el campo libre a sus espantosas depredaciones.

El gobierno de Alsina (Valentín), a su vez acusa al de la Confederación como cómplice de esas depredaciones, como que se haya dejado pasar, a través del fuerte Melincué, a un malón de los ranqueles sobre la localidad porteña de Pergamino.

De esta confusa situación y acusaciones mutuas, saca Mansilla en síntesis que:

nuestra civilización no tiene el derecho de ser tan rígida y severa con los salvajes, puesto que, no una vez, sino varias, hoy los unos, mañana los otros, todos alternativamente hemos armado su brazo para que nos ayudaran a exterminarnos en reyertas fratricidas...

No podía el astuto Calfucurá, político, diplomático y guerrero, dejar que la ocasión calentada por esas “reyertas fratricidas”, se le enfriase.

*La ocasión es como el fierro  
se ha de machacar caliente.*

Con olfato de animal salvaje, ya había presentido el derrumbe de Rosas. Obra de sus espías entre los cristianos –que nunca dejó de tenerlos, aún cristianos mismos, pulperos generalmente, cuando no comandantes y jueces de paz asociados a sus malones. Chasques de Calfucurá partieron a todas las tribus. Era preciso unirse para lo que vendría. Cachul y Catriel en el sur, los ranqueles al norte de la pampa, araucanos en Chile, manzaneros de Neuquén y tehuelches de la Patagonia, escucharon la consigna: unirse contra el enemigo común, el cristiano. Y se unieron. Los médanos, los bosques de chañares, caldenes y Algarrobos, los pajonales de pasto puna, las rastrilladas ya seculares, vieron pisar las hordas. Catriel, y sus “indios mansos”, a la vez que los “aucas” recién descendidos de los Andes, se entregaron a la misma tarea. El sur de las provincias centrales –de Mendoza a Córdoba– el oeste y sud bonaerense, sintieron el terrible azote del malón. Desguarnecidos los fortines, ocupado el ejército en la guerra civil, los indios arrasaron las poblaciones. Eran, por lo común, ataques aislados, de grupos cuatrerros, ladrones de hacienda que, ya en tren de asalto, quemaban, cautivaban y llevábanse cuanto pudiera serles útil.

*Aquello es un hervidero  
de pampas un celemin  
cuando reunen el botín  
juntando toda la hacienda  
en cantidad tan tremenda*

*que no alcanza a verse el fin.  
 Vuelven las chinas cargadas,  
 con las prendas en montón;  
 aflige esa destrucción,  
 acomodaos en cargueros  
 llevan negocios enteros  
 que han saquiado en la invasión.*

Pero en 1855, ya realizada la Confederación de tribus, Calfucurá lleva a Buenos Aires una guerra declarada. Y es preciso que Bartolomé Mitre, entonces coronel y ministro, salga a enfrentarlo. Calfucurá ha devastado el pueblo del Azul. Trescientos vecinos han sido degollados en sus calles y se ha retirado con un arreo de miles de cabezas de ganado. Mitre lleva con él lo mejor del ejército bouaerense, sus militares más nombrados —Rivas, Martínez, Vedia, Ocampo, Conesa, Paunero—, pero no lleva buenos baquianos ni conoce el terreno. Va a emprender una guerra nueva para él y sus oficiales. Hace su plan: mientras él sorprenderá las tolderías de Cachul y Catriel en el sur, ayer “indios mansos”, hoy componentes de la Confederación de Culfucurá, el coronel Laureano Díaz, con una división de ejército, flanqueará esas tolderías, y se reunirá con Mitre para exterminarlos. Pero Mitre no sorprende a Cachul y Catriel. Por el contrario, éstos lo reciben dispuestos a la batalla. Se la dan, huyen, según su táctica de pelea, y cuando los soldados se entregan al saqueo de los toldos, son sorprendidos por un nuevo ataque y derrotados. Es preciso retirarse a Sierra Chica, parapetarse en ella. Un verdadero sitio. Entre tanto, los indios arrean ganado en cantidades fabulosas. Calfucurá, por su parte, maniobrando hábilmente, ha cortado el paso a la división del coronel Díaz, le ha impedido avanzar y en vez de éste, los sitiados ven llegar a Calfucurá al frente de una magnífica caballería envalentonada. En su parte oficial, Mitre cuenta:

El número de indios que nos circundaba, sus alaridos salvajes y su ardor redobló en aquel momento, haciendo concebir la idea de un contraste. La prudencia aconsejaba la retirada, pero el deber aconsejaba la permanencia en el campo y fue

ésta la resolución que adopté, permaneciendo en la incertidumbre y sobre las armas durante toda la noche lluviosa, en que no cesaron un instante los alaridos de los bárbaros que nos circundaban.

Pero la situación se fué haciendo terrible. Los indios estrechaban el sitio, ya se sufría hambre. Además, Mitre tenía puesta su aflicción en Buenos Aires, en los opositores que, desde el periódico y la tribuna, inquietaban a la ciudad “más turbulenta de América”. Mediante un ardid, dejando caballadas y los fogones encendidos, escapó una noche. Tales fueron las acciones de “Tapalquén” y “Sierra Chica”.

Y hubo más aún: la división desprendida hacia Tandil al mando de Nicanor Otamendi, fue sorprendida por un jefe de Calfucurá llamado Yanquetruz, el joven. Y degollados –menos uno– todos sus hombres, incluso el comandante, después de una lucha feroz a cuchillo, lanza y boleadoras.

La línea de fronteras por el sur volvía a ser lo que fue el año 1825 cuando las arremetidas de Rodríguez y Rauch. Basta ver el cuadro de kilómetros que los huincas poseían en la provincia de Buenos Aires. En 1833: 182.655 kilómetros cuadrados, en 1855 ha descendido a 86.668 kilómetros cuadrados. Y no seguros. Sus pobladores, desolados, comenzaban a huir. Era preciso detener el éxodo ya que con él, la ganadería, la riqueza toda de Buenos Aires, se derrumbaba. Se envió entonces al temerario general Manuel Hornos, un “general que apenas sabía escribir su nombre”, “más lanza que general” –según el decir del propio Mitre. Tres mil hombres constituían el “Ejército de Operaciones del Sud”, como se llamó el que Hornos llevó contra Calfucurá y sus confederados, cifra inusitada para la época. Y una vez más, la táctica de poner contra el salvaje ejércitos numerosos y pesados, hubo de fracasar. Enemigo ágil, astuto, conocedor del medio, el pampa debía ser combatido por fuerzas también rápidas, capaces de hacer guerra de recursos como él, y conducidas por buenos baquianos. Esta vez Calfucurá demostró ser excelente táctico. Aguardó a Hornos al pie de la Sierra San Jacinto, en Olavarría. Avanzó éste con sus tres mil hombres doce piezas de artillería y dos mil caballos. Frente a la

sierra había un pajonal, una pampa al parecer. Hornos pensó que era un buen campo para la artillería, y como Calfucurá maniobraba de modo que demostrara temor para salir de los vericuetos de la sierra, se lanzó a provocarlo, impaciente. Lo que el hábil cacique esperaba. El pajonal no era una pampa firme, era un guadal traidor. El ejército, metido en él, fue cargado por la pujante caballería cuyos caballos sabían correr sobre el tembladeral. La caballería del blanco, por esto inutilizada, huyó; su infantería, empantanada hasta la cintura, fue lanceada. ¡Un desastre! El monto de las pérdidas por saqueos e incendios fue de un millón quinientos mil pesos.

Esta vez los límites casi volvieron al río Salado, como en 1810. Hornos, siempre temerario, reunió los restos de su tropa, y peleó en Chapaleofú, Azul, y Los Huesos, para contener a las ensoberbecidas hordas.

La oposición en Buenos Aires truena. Mitre, ministro de la guerra, responde a una interpelación:

El mal no se halla en el Gobierno, sino en la pésima situación de la línea fronteriza y en la corrupción del ejército...

Hay contingentes que se sublevan, desertiones. El Senado nombra un “Comité de Salvación Pública”, pero éste ve entorpecida su acción por el Ministerio de Guerra. Los diputados votan aumentos de sueldos para el ejército, en realidad, mal pagado. O no pagado.

*Pa sacarme el entripao  
vi al Mayor y lo fui a hablar.  
Yo me le empecé a atracar  
y como con poca gana  
le dije: “Tal vez mañana  
acabarán de pagar”...  
¡“Qué mañana ni otro día,  
al punto me contestó,  
la paga ya se acabó,  
siempre has de ser animal”!  
Me rai, y le dije: “Yo,  
no he recibido ni un rial”...*

Si esto le ocurre o Martín Fierro en 1872, ¡qué sería en 1856!

Para colmo, en septiembre de 1856, la colonia agrícola-militar “Nueva Roma”, fundada por el coronel italiano Silvino Olivieri, en Sierra Nevada, punto estratégico, tiene un fin trágico. Divididos en facciones, los legionarios se sublevan, asesinan al jefe, y se retiran a Bahía Blanca.

En estas circunstancias, con el recuerdo de sus grandes triunfos inmediatos, la desmoralización del ejército, la tragedia de “Nueva Roma”, el espanto de los pobladores de fronteras, el clamor de la oposición política en Buenos Aires, los indios ofrecen la paz. Se acepta. Unos y otros saben que sólo es una tregua a la lucha de siglos; pero los huincas necesitan esa paz, aunque costosa, y también la necesitan los pampas, a fin de gozar las riquezas obtenidas y negociar con Chile los enormes arreos: la boa repleta no siente hambre hasta no digerir lo devorado. Catriel y Cachul se apartan de la Confederación india y firman la paz. El diplomático Calfucurá hace que aquéllos, su vanguardia, pacten. Mientras él anda en tratos con la Confederación de Paraná, dilata las negociaciones con Buenos Aires. No se compromete. No se niega a firmar “las paces” —como él lo expresa—, pero no puede resolver por sí mismo —declara—; debe consultar a los otros caciques. Solicita tiempo para responder, pero que Catriel y Cachul hagan “las paces” por separado. ¡Y qué paces las firmadas en los toldos de estos caciques! El Gobierno de Buenos Aires debe entregar yerba, azúcar, tabaco, papel para cigarrillos, harina, aguardiente, ginebra, carretas de maíz, 200 yeguas y vino Burdeos (72 botellas). La lista detallada consta en el “Archivo del Ministerio de Guerra”. Además, los caciques recibirán grados militares, uniformes y sueldos. Es decir, que quienes combatían al Estado cosechaban idénticos frutos que quienes lo defendían, aunque en el articulado consta que Catriel recibe charreteras de coronel “por un acto de benevolencia del Superior Gobierno”:

*“Todo está perdido, menos el honor”.*

Sobre las negociaciones de esta paz en 1857 vale la pena detenerse, ya que son reveladoras de la sagacidad y prudencia del cacique indio. El general Escalada, sucesor de Hornos en el ejército, y valiéndose de los oficios del coronel Nicolás Granada, veterano de Rosas, y del “amigo” Catriel, fue encargado de arreglar definitivamente con Calfucurá. Empezó así una comedia en la cual no podía dilucidarse si Calfucurá engañaba a Catriel, o si éste, de acuerdo con su “paisano”, engañaba a Granada. Ante éste, Catriel, en un largo, penoso parlamento, a lo araucano, dijo a los chasques de Calfucurá que su “cuñado” era un pícaro, un ladrón y un peleador, que lo engañaba, que inicia malones diciendo que eran por orden de Urquiza o de Baigorria, o por vengar un indio muerto por los cristianos; pero que nunca el tenía la culpa, “aunque siempre se llevaba la parte del Tigre”. También acusó a los emisarios de espías. En resumen, las cosas quedan como antes. Calfucurá no firma la paz. Expone a los huincas que a él la guerra no le importa, ni le teme a la muerte, pues, “no teniendo ya padres, éstos no lo pueden llorar”. Lamenta sí, los que sufren y mueren a causa de la guerra.

Olvidaré todo —escribe mediante secretario por supuesto— y trataremos de arreglarnos, pues lo que murieron, murieron. Y ahora vamos a hacer unas buenas paces para siempre. Las haciendas que hemos traído, las echarán en olvido. Lo pasado, pasado...

Su carta es, a veces, confusa en la expresión, pero muestra seguridad en sí mismo, seguridad sin jactancia, seguridad de fuerte. Sólo es clara en dos puntos: en sus pedidos, que son cuantiosos, y en la demarcación de límites: “si se quiere paz debe prohibirse estancias en Sauce Grande y Pillahuincó, porque los indios ladrones van a robar ganado y después me echarán las culpas”.

Indudablemente que la segunda parte del párrafo es deliciosa. Calfucurá habla como un muchacho que exige, pero sin dejar de ser un menor de edad. Exige alto y se justifica, inocente.

Por esta misma fecha, además, las relaciones de Urquiza y Calfucurá se hacen más amistosas. Urquiza también mantiene buenas

relaciones con los ranqueles, mediante el refugiado Manuel Baigorria. Se aproxima Cepeda.

Se están tramitando “las paces” y ya el coronel Granada, sorprende en “Sol de Mayo” a una invasión de araucanos y los corre. Avanza, pero sabe que Calfucurá se aproxima, obtiene otro triunfo en Pihué, intenta penetrar hasta Salinas Grandes, el incendio de campos lo obliga a retroceder. Otros jefes –Machado, Conesa–, incursionan. Todos deben retroceder, sin embargo: Calfucurá ha penetrado por el sur de Bahía Blanca, con arcos y botín, haciendo siempre el vacío a sus perseguidores, fatigando sus caballadas, robándoselas, incendiando los campos, provocándole en un sitio para atacarle en otro.

Granada no vence a Calfucurá, pero demuestra que el ejército de Buenos Aires puede llegar a Carhué y Salinas Grandes, sus dos puntos vulnerables, llaves de su dominio de las pampas.

Hay otra tregua. Millacurá (piedra de oro), hijo del Cacique, como para justificar su nombre, establece un mercado de cautivos. A dos mil pesos, moneda corriente (consta en el Archivo del Ministerio de Guerra y Marina, años 1857-58), vendía Millacurá sus cautivos a los atribulados familiares.

Ya llegamos al año 1857 que señala el auge del poderío de Calfucurá. Pero es preciso enumerar, aunque sea rápidamente, lo que ha ocurrido en la frontera norte, allí donde los ranqueles lindan con Mendoza, San Luis, Córdoba y Santa Fe, dominios de la Confederación que preside Urquiza. Va esta frontera interior desde Melincué a San Rafael, pero no ha permanecido estable. En ella los huincas han ido avanzando lenta y seguramente.

En 1857 tiene lugar la expedición del coronel Emilio Mitre –hermano de Bartolomé– sobre los ranqueles que han efectuado algunos robos en el norte de la provincia de Buenos Aires. Emilio Mitre, recién nombrado jefe de la frontera norte, que ha hecho la guerra contra los indios en el sur, es partidario de la táctica ofensiva, la ha defendido en una *Memoria*. Y se lanza a ella. El cacique Coliqueo, ranquel, anda mauloneando. Emilio Mitre le sale al encuentro, derrota en “Cañada de los

Leones” a los maloneros, les quita miles de animales robados y cautivos. Después parte para Trenel, a las tolderías de los ranqueles que Calvin –por muerte de Painé– y el refugiado Baigorria comandan. Pero penetra en “tierra adentro” sin baquianos. Le ocurre lo que a Bartolomé Mitre en Sierra Chica. Aquí, los baquianos inexpertos tomaron montículos de tierra por tolderías, los baquianos inseguros de Emilio Mitre lo internan en un arenal sin agua, bajo un terrible sol de enero. No se sabe adonde va. Se camina y se padece. Se padece de sed. Los caballos se aplastan. El indio hace el vacío delante de la columna que avanza inútilmente, avanza desgastándose en lucha con el arenal y la falta de agua. Y desesperanzándose. ¿Qué ha ocurrido? Mansilla lo dirá después; cuando visite como amigo esas regiones: al llegar a Witaloo hay una encrucijada de caminos. Uno de ellos lleva a Trenel, a las tolderías de los ranqueles; Emilio Mitre, sin baquiano que sepa adonde están ubicadas esas tolderías, toma otro camino, a la ventura, y se interna en el desierto. Ni un árbol, ni un indio, ni una charca. Sol, arena, sabandija, sed, cansancio y la soledad por delante. La vanguardia encuentra una laguna barrosa. Los hombres, desesperados, meten el barro húmedo en las bocas, se untan de barro el cuerpo. El jefe llama a esa laguna “Providencia”. ¿Cómo seguir adelante? La ofensiva ha fracasado. Sin pelear, la columna emprende la retirada. La sed la ha rendido. En Buenos Aires, la oposición se vale de este fracaso para elevarlo a la categoría de desastre. Porque han muerto algunos soldados o huido otros, la oposición lleva la cifra de las pérdidas a 1.600 hombres. Por aquel tiempo también la expedición de Granada a “Salinas Grandes” debe retirarse, corrida por los incendios de campos y demás argucias de los indios. Deserciones de la guardia nacional, desmoralización en el ejército de línea, poblaciones huyendo despavoridas ante el indio, jefes y oficiales de probado valor desconcertados, la guerra civil amenazante, el Gobierno, declarando a los caballos y las vacas artículos de guerra, no oye la protesta de los propietarios, los indios de Calfucurá, victoriosos, incursionando impunemente, con un botín de más de mil cautivos y más de medio millón de cabezas de ganado; tal el balance que presenta el año 1857 a la provincia de Buenos Aires.

En octubre de 1859 tiene lugar la batalla de Cepeda. La Confederación vence a Buenos Aires y de ese triunfo buena parte le corresponde a los indios. Las caballerías ranqueles al mando de Epumer y Baigorria han desbaratado a la porteña. El ejército de la provincia, además, tuvo que dividirse: una parte fue a Cepeda, la otra debió distraerse para impedir que Calfucurá, aliado de Urquiza, entrase en las calles de Buenos Aires, como entró en las de “25 de Mayo” y “Azul”. Pero Calfucurá no venía solo; militares de la Confederación –Pedro Rosas, Federico Olivencio– lo acompañaban. Frente a “25 de Mayo” salió a pactar con el Cacique el cura Francisco Bibolini, orador y poeta de abundante y disparatado verbo. Calfucurá lo escuchó complaciente, y el valeroso cura obtuvo que el jefe pampa no robase ni incendiase el pueblo. Calfucurá se limitó a arrear ganado y recibir tributos y agasajos, pues, entró al pueblo y pernoctó en él. Ya lo conocía. En 1856, tomando el pretexto de defender al indio Cristo, lo había amenazado y, como siempre, obtenido tributos. Lo volvería a hacer el siguiente año, obteniendo su pingüe provecho en víveres, ropas, dinero y “vicios”. Calfucurá demostró siempre que es hombre práctico: a la sangre humana prefiere lo comestible y bebible, sobre todo ganado en pie, su gran riqueza. En el Azul, Catriel por sus “paces”, debió haberle combatido, pero hizo lo que el perro-lobo que se vuelve a sentir lobo: compartió la ganancia con su pariente y paisano Calfucurá. “Me dicen vecinos de Azul –escribe Zeballos– que desde las azoteas del pueblo no se divisaba en los campos sino cielo y ganados”. Es el arreo.

Calfucurá había sabido sacar provecho a las guerras civiles. Sin un herido, aterrorizando al huinca con la sola presencia de sus bizarros lanceros, se volvía a las pampas cargado de riquezas. Poderoso y temido, ¿qué podía desear un jefe de bárbaros? Jamás otro cacique había paladeado semejante gloria.

Y he aquí cuando el talento de Calfucurá se evidencia. El “bárbaro” no se evanece con su triunfo. No aspira a más. Sabe tal vez, prudente, y prudencia no está lejos de ser sinónimo de sabiduría, sabe este Néstor y Aquiles pampeano hasta dónde alcanza el poder de sus caba-

llerías. En vez de intentar nuevas aventuras, prefiere la paz. Pero la paz para el indio significa racionamiento, transformarse en rentista: cada tanto tiempo, un tributo de animales, ropas, “vicios”. El, en cambio, ¿qué da al huinca? Promesas. Promete no invadir. Y oficialmente, como Cacique general, no invade, aunque invaden sus indios, grupos –según él afirma– rebelados a su poder o que no puede controlar. Empieza entonces esa larga, tortuosa, pintoresca política de Calfucurá de la que hay documentos curiosos en su correspondencia con los comandantes de fortines. Esta política, documentada, le permitió al astuto Cacique sobrevivir a Urquiza como antes había sobrevivido a Rosas.

Después de Cepeda y la efímera presidencia de Derqui, llega Pavón, septiembre de 1861, la presidencia de Mitre, la guerra del Paraguay (1865-70), las sublevaciones del Chacho, otras sublevaciones en Cuyo, las revoluciones de López Jordán, la presidencia de Sarmiento... Sabe el político Calfucurá sacarle provecho a una época tan turbulenta permaneciendo fuerte y a la expectativa, dejándose pagar tributos y a la vez, con el pretexto de bolear avestruces, abandonando a sus ariscos súbditos la iniciativa de dar pequeños, rápidos y fructuosos malones.

Hasta que en 1872, obligado por las arremetidas de Sarmiento y su amenaza a Choele Choel, llave del Imperio, no sale Calfucurá como guerrero a la arena de las pampas. Lo hace ese año. Demuestra que la tacuara de su chuza sigue entera, como cuando sus grandes triunfos de 1855 a 1859, y cae al fin vencido en “San Carlos”. Es su Waterloo, es lo que Maipú o Ayacucho para los Virreyes. Pero Calfucurá no se entrega como el corso o como éstos. La muerte, lenta, muerte de anciano, lo halla en su cubil de las pampas. Siempre alerta, amenazador, temible, respetado por los huincas.

Después de Pavón, éstos se hallan por demás ocupados en guerrear unos contra otros. Pagan a los indios su paz: al inteligente ranquel Mariano Rosas –sucesor de Calvaín que ha muerto por la explosión de un barril de pólvora–, a los siempre recelosos Catriel y Cachul, a Calfucurá de conducta ambigua, pero de la que es mejor no darse por enterado. Esta paz del indio cuesta millones de pesos. Y es una

amenaza perpetua. Sólo se espera la oportunidad, la tregua que dejen otros asuntos, para enfrentar decididamente la solución del problema. Los indios –Calfucurá, Mariano Rosas– lo saben. Se ve, pues, que los pactos y los mutuos ofrecimientos de amistad por uno y otro bando, son falaces. Es el antiguo pleito: la República necesita tierras para su ganadería, para engrandecer su riqueza natural, para llevar pueblos y vida civilizada a los ríos, bosques y llanuras del sudoeste. Esas tierras son propiedad del indio, El derecho histórico, otra vez, choca con el derecho natural. Aquél se impondrá, como siempre, a la larga, se ha impuesto. La evolución humana así lo exige. Es el progreso.

En 1867, en plena contienda del Paraguay, el Congreso sancionará una ley disponiendo el traslado de la frontera a los ríos Negro y Neuquén. Pronto alguien dirá que el Río Negro no es el límite de la República.

Ya ha fracasado otra expedición a los ranqueles. La del general Julio de Vedia. Fue, como la de Emilio Mitre, casi un desastre. Se cometió los mismos errores. El general Vedia no conocía el terreno, ni la guerra de recursos del indio, ni llevaba buenos baquianos. Caminó, se fatigó y padeció la columna hallando sólo el vacío. Esta vez, el general expedicionario sabe el camino para llegar a Leuvucó, “la capital ranqueliana”; pero no llega. Cansado de no encontrar enemigos, emprende el regreso. Se encuentra entonces con Baigorria. Este, que ha dejado de ser indio para volver a la civilización y que, como dijimos, desde la batalla de Pavón en la que prestó buenos servicios, está con Mitre, ahora Presidente, ha rechazado en varios encuentros a los ranqueles, sus antiguos hospedadores. Baigorria conoce exactamente las tierras que pisa, es el mejor de los baquianos, e insta al general Vedia para volver a Leuvucó. No obtiene éxito. Y la expedición regresa. Ocurre esto en 1863, Continúa el año sin que grandes malones se hagan presentes. Pequeños, no deja de haber, ya sea en el sur o en la frontera interior. Son cientos de leguas a guarnecer desde Mendoza a Bahía Blanca, y pocos los soldados con que se cuenta. (“Pretender que los indios no penetren a través de la línea de fronteras, es como pretender que no entre el aire”).

El general Wenceslao Paunero, inspector de fortines, presenta en 1864 un proyecto de ofensiva general, a fin de llegar al Río Colorado mediante varias columnas de ataque. Se discutió en el Congreso, se aprobó, y ese mismo año, el diputado Nicasio Oroño publicó su libro *Consideraciones sobre fronteras y colonias*, sesudo y revelador de que conoce el problema. Cosa rara ésta entonces, aunque parezca absurdo. Pero llega la guerra con el Paraguay que durará cinco años (1865-70), guerra terrible, agotadora. Poco se puede hacer entonces. Las fronteras, a pesar de todo, avanzan en algunos lugares. Se crean fortines. Calfucurá sigue recibiendo su tributo trimestral, y se mantiene a la expectativa. El Chacho (Vicente Ángel Peñaloza), el caudillo riojano, sucesor de Facundo, sobre el cual José Hernández escribirá un folleto vindicatorio y Sarmiento otro muy a “su manera”, belicosamente, levanta las montoneras contra el gobierno nacional. Es preciso emplear hombres y gastar recursos para combatirlo. En 1866 otra sublevación en Mendoza. Los ranqueles, nada lerdos, la aprovechan llevando un sangriento malón a Río IV, siempre tan castigada. Montoneros e indios, como si fueran aliados, se lanzan sobre poblaciones. Necesario es sacar tropas del Paraguay y enviarlas contra ellos. Una vez más los caudillos, demostrando, como cuando las guerras de la independencia, que carecen de una visión nacional, que posponen los problemas generales al suyo particular. La patria chica de Ramírez y López, de Facundo y Rosas, lo provincial primero que los intereses de la Nación. Una guerra en que ésta se halle comprometida, es aprovechada por los caudillos y sus montoneras, como los indios utilizan la insurrección de éstas para, a su vez, atacar. Las insurrecciones de las montoneras explotan en diferentes provincias, los indios del interior o del extremo sur malonean en pequeño. Todo se vence. El Chacho es asesinado y sus montoneras huyen (1867).

En 1868 sube Sarmiento a la Presidencia. El problema del indio tanto como el de la montonera, lo obsesionan. Ese mismo año enviará una comisión a Choele-Choel. Quiere conocer, estudiar la “Gibraltar de la Barbarie”. El hecho alarma a Calfucurá. Ocupada la isla del Río

Negro, el cacique verá cortada su retaguardia con Chile, su mercado. Protesta: “Me dicen que ya han llegado fuerzas a Choele-Choel y que vienen a hacerme la guerra; pero yo también he mandado mi comisión adonde mi hermano Reuquecurá para que mande gente y fuerzas; pero si se retiran de Choele-Choel no habrá nada y estaremos bien”. Protesta y amenaza. Protesta, amenaza, y se inclina por seguir en paz.

A Sarmiento le preocupan otros problemas inmediatos. No insiste. Envía a los ranqueles al general Lucio V. Mansilla (año 1870), pero como diplomático, a pactar con Mariano Rosas y de este viaje resulta el importante, pintoresco, original libro, el mejor del general literato, clubman y “causer”. *Una excursión a los indios ranqueles*. Pero Urquiza es asesinado (11 de abril, 1870), y López Jordán, el responsable de ese crimen, levanta las montoneras de Entre Ríos, a la vez que la peste, el cólera, azota al propio Buenos Aires. Todo se vence, como antes. López Jordán es derrotado en “Ñaembé” (enero, 1871), se levantará nuevamente hasta ser vencido en “Don Gonzalo” (diciembre, 1873). La peste es sofocada con abnegación y sacrificio. El Presidente redobla sus energías. Y las fronteras, tanto la del interior como la del sur, continúan avanzando. Ya en Argirópolis –1850– Sarmiento –¿cuándo no?– se ha proclamado adicto a la táctica ofensiva. Según los medios y las exigencias de su época difícil, casi angustiada, se lo permiten, realiza su táctica. “El Gobierno de Sarmiento –crítica Zeballos– no acometió la solución radical de la cuestión fronteras, revelando carecer de preparación para ello, cuando los elementos abundaban para alcanzarla, y se limitó a mejorar las rutinas del pasado, sin la clara luz del porvenir como guía”... La crítica es injusta por demasiado exigente. Durante la Presidencia de Sarmiento, el general Rivas incursionó a Salinas Grandes y el general Arredondo y el coronel Roca a “Leuvucó”.

Los indios se retiraron ante esas expediciones útiles porque demostraron al pampa la capacidad bélica de su secular enemigo, a la vez que el blanco adquiriría conocimientos más seguros de la misteriosa “tierra adentro”, guarida de malocas y ventarrones. Además, “a la española”, mediante nuevas líneas de fortines, se llegó en la frontera interior hasta

los ríos Diamante y Quinto. La del sur y oeste va desde Bahía Blanca a Costa Sud, Azul, Lavalle, Blanca Grande, Junín. De la provincia de Buenos Aires se posee ahora más de 200 mil kilómetros cuadrados.

En 1872, que será el año fatal para los pampas, Sarmiento presenta una *Memoria*. En ella estudia el problema, las invasiones y prueba que el indio, virtualmente, está vencido, que ahora sólo le toca debatirse contra lo ineluctable. La historia ha dado ya su sentencia. Por supuesto, si toda la vida de esta raza ha sido de lucha, no desaparecerá como una nube blanda. Caerá peleando.

Antes citamos un juicio injusto de Zeballos para con Sarmiento; modernos historiadores opinaron de muy distinto modo respecto a la obra realizada por el incansable civilizador con respecto al problema del indio. No le falta a éste “la clara luz del porvenir como guía” –según dice Zeballos. Por ejemplo, he aquí lo que escribe Enrique Stieben:

En este aspecto de su formidable programa de trabajo, no se le ha hecho justicia, ni se ha querido apreciar el aporte considerable de Sarmiento a la solución del gran problema. Para los que, ignorantes de la realidad argentina, exigían lisa y llanamente la ocupación de Río Negro de una vez por todas, la obra de Sarmiento fue exígua. Pero para los que se hacen cargo de las dificultades ya anotadas, de la ruinoso situación del país a consecuencia de la guerra del Paraguay, la sublevación de López Jordán, la fiebre amarilla, etc.; Sarmiento se convierte en uno de los leaders de la guerra al indio.

Durante la Presidencia de Sarmiento además, se siembra dentro de la línea de fronteras. Y una tierra no se la posee hasta que se la siembra. La ganadería hace nómada al hombre, la agricultura lo identifica con el terruño. Esto lo sabe el gran Sarmiento.

\* \* \*

El año 1872 señala el principio del fin para los aborígenes de las pampas.

En 1872 tiene lugar la batalla de “San Carlos” –lugar próximo al actual pueblo de Bolívar– donde Calfucurá ve quebrado su poder bélico.

En 1872 también se publican dos libros importantes: *Fronteras y Territorios Federales en las pampas del sud*, por el coronel Álvaro Barros; en él expone, valientemente, los abusos que se cometen en fronteras, y *El gaucho Martín Fierro*, documento sangrante de la vida indo-gaucha, además de inspirado poema, el más grande poema épico de nuestro idioma.

En 1872, Sarmiento, característica de su genio —o del genio— siempre tozudo, insiste en ocupar Choele-Choel. Envía a los coroneles Guerrico y Bejarano para que, por río y tierra, reconozcan la región. Calfucurá se alarma, comprende que es inútil todo pacto y toda promesa. Los huincas se hallan dispuestos a ocupar Choele-Choel, y él a defenderlo. La isla es un punto estratégico, llave de las comunicaciones entre Chile y las pampas del sur. En 1833, la vanguardia de la expedición de Rosas —el general Pacheco— había llegado a la isla, antes sólo visitada por el explorador del Río Negro, Villarino, año 1782. Choele-Choel (o Choele-Chel, como otros escriben) es una isla, mejor, varias islas, inundables. La principal de estas islas, según los datos de Descalzi (1833) posee 14 leguas de largo por 6 de ancho. Al primer respiro que le dejara la liquidación de la guerra del Paraguay, después de sus discusiones con Brasil y Bolivia y sus empresas para exterminar a los caudillos y sus montoneros; el Presidente pensó en apoderarse de aquel punto y cortar a los indios la retirada. Calfucurá, por su parte, rompe el estado de semibeligerancia existente y se lanza. Se lanza a la lucha. Es su respuesta a las intenciones ofensivas de Sarmiento. Se presenta Calfucurá como protector de los hombres de su raza: Había ocurrido uno de los tantos abusos de fronteras. Los caciques mansos Chiquitruz y Manuel Grande fueron atacados por Catriel que contaba con el apoyo de Francisco de Elía, comandante de la frontera sud. Los dos caciques fueron despojados de sus haciendas y sus familias llevadas a los toldos de Catriel. Calfucurá les ofreció su protección, pero ellos confiaron en el juez de paz del Azul y, al frente de algunos partidarios, presentáronse a ponerse bajo su protección. El coronel de Elía arguyó que se habían intentado sublevar y el Gobierno de la provincia dispuso que los indios de Chiquitruz y Grande fueran internados en la isla

Martín García y en los cuerpos de línea, como soldados, a los jóvenes. Una injusticia evidente. Una de las tantas que se cometieron en fronteras y que hace decir a Zeballos:

Si por amor a mi patria no suprimiera algunas páginas enteras de la administración pública en las fronteras y de la conducta de muchos comerciantes, se vería que algunos de los feroces alzamientos de los indios fueron la justa represalia de grandes felonías de los cristianos, que los trataban como a bestias y los robaban como si fueran idiotas cargados de joyas y abandonados en media calle a altas horas de la noche.

Álvaro Barros y José Hernández, en cambio, “por amor a la patria”, sacan a la luz de la verdad esas negras páginas de felonías y robos hechos con la complicidad de jueces y comandantes, como en este caso.

Calfucurá responde a la injusticia presentándose en 25 de Mayo, como lo hiciera en 1859, al frente de sus lanceros. Junto a La Verde, vivía con su tribu el cacique manso Raninqueo, hace Calfucurá que levante sus toldos, lo interna en las pampas. Y escribe al representante del Gobierno:

La Verde, 5 de marzo de 1872.

Señor Coronel:

Hoy le participo que el día 5 me vine a sorprender al cacique mayor Andrés Raninqueo, con toda su indiada, así es que me vine con seis mil indios, a vengarme de la gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chiquitruz y demás capitanes, en fin, muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande.

Juan Callvucurá

La invasión de 1872 recuerda las de 1855 y 1859. El viejo Calfucurá es el mismo. Vigoroso, ligero, implacable. Se calcula en 150 mil el número de animales que se lleva; son muchos los negocios saqueados, los vecinos y las mujeres y niños que hacía el cautiverio arrastran los “Vengadores”. La frontera está arrasada, los que salvaron del indio, huyen, espantados. Por todas partes, incendios, cadáveres que los chimangos descarnan, los ranchos son taperas... Escribe el juez de paz de “25 de Mayo”:

El cuadro de desolación y miseria de tantas familias errantes contrasta el ánimo...

Y el juez de paz de “9 de Julio”:

El terror ha llegado a su mayor extremo; este partido ya está completamente despoblado por la emigración de familias...

El general Ignacio Rivas parte del Azul al frente de su guarnición y de los indios de Catriel. Proyecta tomar la rastrillada que va a Salinas Grandes, y esperar a Calfucurá que se retira con su inmenso botín. Va a combatirlo. Por la aguada “Cabeza del Buey” han de pasar los maloneros en su vuelta. Pero recibe un chasque del coronel Juan Boer. Le dice:

Estoy en San Carlos, encerrado en el fuerte con un puñado de hombres, y el enemigo marcha a sitiarme con fuerzas notablemente superiores.

Al tercer chasque de Boer, decide Rivas ir a buscar al indio en San Carlos. Y allá se dirige. Como en Sierra Chica, en 1855, Calfucurá se interpone entre ambas fuerzas de los blancos. Intenta distraer a Rivas y atacar a Boer, como en 1859 distrajo a Díaz con una parte de sus fuerzas y con otra fue a sitiar a Mitre.

Pero Rivas logra escapársele y se presenta en San Carlos. Con los blancos se hallan los indios de Catriel y Coliqueo, 1.000 lanzas y 600 soldados, incluyendo guardias nacionales. Calfucurá trae 3.500 lanceiros, pues buena parte de su caballería ya la envió a las pampas, custodiando el enorme arreo, fruto de los malones. Calfucurá es guerrero sin olvidar también que es ladrón. Su belicosidad no le hace olvidar que debe poner a salvo la ganancia. A lo lejos Rivas ve la polvareda de los animales arriados. En San Carlos se hallan presentes los mejores guerreros indios: Reuquecurá, Pincén, Namuncurá, Epugner, Catricurá... Porque los ranqueles, respondiendo a su llamado, como en 1859, le han enviado contingentes. Otra confederación. Calfucurá sabe unir.

Ya están los enemigos a la vista. Los bárbaros en semicírculo, Calfucurá a caballo, recorre su frente y lo arenga: Imaginemos al indio viejo, fuerte aún, prestigioso, admirado, amado y temido por sus bárbaros. Les habla de los triunfos habidos, de los grandes guerreros de

su raza, del cristiano pícaro, de las riquezas que aún posee el cristiano y que serán de ellos, los vencedores. Les habla también de los indios de Catriel, que se pasarán a sus filas. Por último, les recomienda cargar y en seguida echar pie a tierra, pelear como los cristianos, para probarles que valen tanto como ellos. Los indios responden dando alaridos feroces y, golpeándose la boca, desmelenados, el plumero de la chuza a los aires, se lanzan, torrente de pingos briosos, a la carga: ¡Ya, ya, ya, ya, yaá!...

Los huincas disparan sus cañones.

Un primer choque. Los indios desmontan y a lanza, bola, cuchillo se ovillan en lucha terrible con el adversario. Dice el parte oficial:

Trabóse el más reñido y sangriento combate de que pueda decirse, sin ejemplo en otras guerras.

Coraje abunda en ambas líneas. Los indios de Catriel “sienten la raza”, algunos se niegan a pelear contra los otros. Catriel pide a Rivas 50 tiradores y los coloca a su retaguardia: el que huya será fusilado. Algunos lo son, los demás avanzan. Y como los indios de Calfucurá, rabiosos, los lancean, ellos, ya ciegos, lancean también, se “loncotean”, se matan a bolazos. Los indios de Coliqueo se niegan a pelear. Nadie logra sacarlos de su apatía. Pero las armas de fuego ya han adelantado mucho, no son las de 1855 y pronto los lanceadores y boleadores de Calfucurá experimentan extragos en sus filas. Intenta el Cacique cargar al centro de la línea cristiana, y el fuego lo rechaza, lo diezma, le rompe el ataque. En vano pretende rehacerse; sus indios se sienten impresionados por aquel fuego mortal, dan vuelta, huyen... Es la derrota, aunque no decisiva. Los blancos se ven incapaces de perseguir a los que se desbandan dejando 300 muertos, 200 heridos, 10 mil vacas, 15 mil caballos y yeguas...

Y el espíritu de Calfucurá, el jefe.

Calfucurá va desalentado. Comprende que el huinca ya no puede ser vencido y que el huinca, implacable, seguirá avanzando. Comprende que su raza, su Imperio, están sentenciados. Esta derrota se lo dice. La carabina a fulminante es un arma poderosa, ya no es el

antiguo arcabuz de chispa, los cañones rayados no son ya los viejos cañones casi de juguete. ¿Qué otras armas inventará el huinca brujo? Entretanto, su caballería es la de hace siglos, la que peleaba contra los españoles: lanzas, boleadoras y buenos caballos. Calfucurá presente...

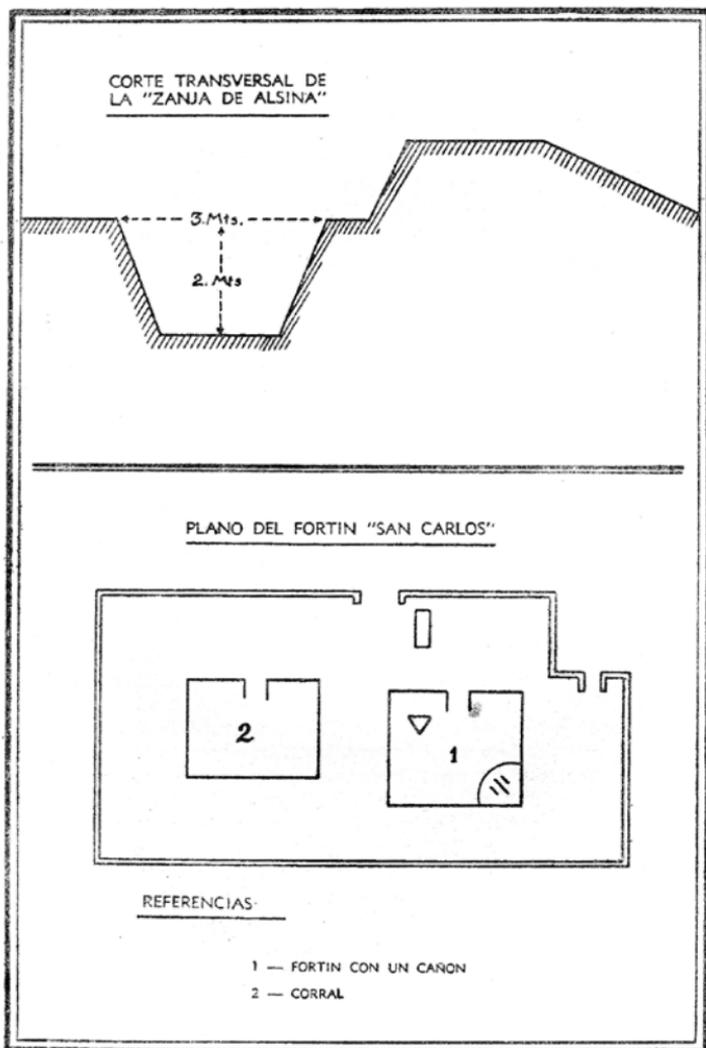
El 3 de junio de 1873 muere Calfucurá, en los toldos de Salinas, rodeado de sus hijos y mujeres, de sus guerreros, desolados todos. Saben que su muerte, después de la derrota, es una doble amenaza. Con él se va no sólo un gran guerrero, quedan otros, quedan sus hijos Catricurá o Namuncurá o Reumaycurá, más jóvenes y tan osados como el Cacique. Pero todos saben que ninguno posee el talento diplomático y político del que muere, su poder de sugestión para hacerse amar y temer, como un protegido de los dioses. Muere un gobernante nato, un indiscutido conductor de hombres. Calfucurá muere pensando en el destino de su raza. Reúne a sus hijos guerreros y les recomienda luchar por la posesión de “Carhué”. Aquellas lagunas, no sólo son tierras feraces: constituyen, como “Salinas Grandes” y Choele-Choel, un punto estratégico. Perdido Carhué, el blanco poseerá una avanzada sobre “tierra adentro” que ya ha dejado de ser misteriosa para ese adversario jamás conforme.

Lo prueba Sarmiento, pues no quedó del todo satisfecho con el triunfo de “San Carlos”. Hubiese querido el fin de Calfucurá como obtuvo el del Chacho. ¡Ni indios ni montoneros! Escribe en *Conflicto y Armonías de las razas en América*:

Rivas habría exterminado a Calfucurá si, cumpliendo órdenes que tenía recibidas, hubiese destacado una división sobre Salinas Grandes, adonde llegaban dispersos montados de a cinco como los hermanos Amyon de las Cruzadas ...

Ignacio Garmendia –general y escritor como Mansilla con quien guarda un singular parecido en el tono y en las digresiones– levanta este responso a Calfucurá:

De Contuco a San Carlos pasaron años de victorias y reveses y nunca el espíritu del feroz huño argentino desmayó; 60 años vivió con la lanza en la mano, combatiendo por la independencia de la tierra sagrada de sus padres, matando, siempre



matando, haciendo el desierto a su alrededor, ese vacío horrible, único descanso que tenían las tierras des pobladas, pues, apenas el retoño de la civilización volvía, aparecía de nuevo la destrucción y el incendio. La memoria de este indio extraordinario que en otro teatro más vasto y culminante, y con otra educación profesional en sus instintos guerreros, pudo irradiar los fulgores del genio, no ha de morir. Inmortal será como Viriato, Hernán o Lautaro.

Durante casi medio siglo, Calfucurá logró gobernar una nación dentro de la nación. Fatal para el huinca, ya que la presencia de su talento aglutinó en su torno las dispersas energías del pampa díscolo, para los de su raza fue un héroe.

\* \* \*

En sus luchas contra hombres más adelantados, quizás el mayor enemigo de los inferiores se halla en su incapacidad de unirse. Esto ocurrió a los indios pampas. Sólo Calfucurá logró, en dos decisivas oportunidades, confederar a las tribus separadas y aun enemigas, dispersadas en aquella enorme extensión de miles y miles de leguas. El hambre, a veces sólo la codicia, echaba a la tribu más fuerte sobre otra. Ya hemos visto que un hecho así hace que Calfucurá aparezca en las pampas, exterminando a los voroas —o vorogas o voraches— de Rondeau, en Masallé. Los españoles, hábilmente, supieron utilizar estas rivalidades, sino no se explica los triunfos de un Hernán Cortés en México, al frente de un puñado de hombres, contra un pueblo bravo como el azteca. Aun entre tribus componentes de una misma “nación”, existían esas rivalidades y suspicacias, según puede comprobarse en los “parlamentos” que relata Mansilla cuando su viaje a los ranqueles. Los Catriel constituyen un arquetipo. La batalla de “San Carlos” se ganó por la resistencia que su caballería opuso a la de Calfucurá, y esto no obsta para que más adelante, en 1876, un Catriel hermano del que luchó en San Carlos, se una a Namuncurá, hijo de Calfucurá, y ataque al huinca, como en 1855 o en 1859 ya habían peleado contra él juntos.

Otros hechos: En 1840, los caciques araucanos Huircán y Collipal, pidieron y obtuvieron permiso de Calfucurá para establecerse en el

Oriente de los Andes. La miseria los empujaba. Obtuvieron tal permiso y bajo el mando superior de Calfucurá sus tribus se enriquecieron. Habían pasado años. Decidieron volver a su Arauco nativo. Y comenzaron a emigrar, pero un cacique pampa, Guzmaneo, codicioso de sus ganados, los esperó en la confluencia de los ríos Agrío y Quintuco, en el mismo lugar donde Calfucurá había exterminado, también por sorpresa, a la tribu voroa de Railef. Allí Guzmaneo exterminó a las tribus en éxodo. Desde los caciques hasta los niños, fueron lanceados, porque los combates entre aborígenes tomaban este carácter exterminador.

En otra oportunidad, el cacique araucano –muluche– Ñum, codicioso de las riquezas de los puelches de Reuquecurá –hermano de Calfucurá y Sayhueque– cacique de los manzaneros, decidió pasar los Andes y atacarlos. Los caciques enviaban espías, no sólo a los pueblos cristianos, sino a las otras tribus. Los espías de los puelches dieron parte de la expedición que salía. Y Ñum fue el sorprendido y derrotado al pisar tierra argentina. En esta oportunidad, también llegaron en auxilio de los puelches cuatrocientos hombres enviados por Calfucurá. Este hecho hace que Félix de San Martín afirme:

La unidad geográfica de la patria argentina, por mano de los bárbaros, bien quedó sellada en la lejana frontera del oeste.

El cacicazgo que dejara Calfucurá al morir parece que promovió guerras entre los “manzaneros” de Sayhueque –el cual aspiraba a ese puesto– y los “pampas” de Namuncurá. La enemistad entre unos y otros –como ocurre siempre en las guerras civiles, todas feroces– hizo que al llegar las tropas del ejército a Neuquén persiguiendo a los pampas, se prestaran los manzaneros a servirles de baquianos. Y dice un militar que hizo aquella campaña: Guiaron como peritísimos baquianos e implacables perseguidores en la gran batida. Innegablemente, el éxito de la campaña dependió de esos indios.

Ya capturados, convertidos en soldados del ejército, el odio de unos indios contra los de diferente tribu, persistía. Cuenta el coman-

dante Ramayón: “Cuando el alférez, teniente o capitán indígena daba conocimiento de las novedades diarias, nunca terminaba sin agregar conforme al bando que pertenecía:

¡Tapalqueneros ladrones! ¡Asesinos! ¡Manzaneros buenos! ¡Bravos!

O viceversa.

Como la falta de una conciencia de clase entre los trabajadores hace que quienes explotan su vida los empujen a unos contra otros, en bien de los expoliadores, la falta de una conciencia de raza que incluía una conciencia de intereses, aunque así no apareciera de inmediato, hizo que los conquistadores –hispanos primero, crioyos después– pudieran valerse de unos indios para enfrentarlos a los más rebeldes, insintivos sostenedores de esa conciencia de raza. Esta conciencia aparece en Calfucurá como el móvil de su existencia. Es ello una comprobación de su superioridad sobre los demás caciques y de que él puede ser presentado como la síntesis de las virtudes guerreras y de la astucia salvaje de su raza.

\* \* \*

Coraje, audacia, astucia y sobriedad constituyen la esencia de un pueblo guerrero. Los indios pampas lo eran. Corajudos hasta la temeridad, audaces hasta lo inverosímil, poseían la astucia del zorro multiplicada y la sobriedad de sus propios caballos sostenida por la voluntad del hombre. En las travesías donde los caballos morían de sed, el indio mantenía sin queja. Pelear contra tal enemigo, pese a la superioridad de las armas, y contra la naturaleza en que aquél se movía, ágil señor de sus muchos secretos, constituye la hazaña del soldado argentino. La conquista de las pampas se hizo, no por los generales, los tácticos, se hizo por la capacidad de lucha y de abnegación, por la heroicidad del soldado valiente, audaz, astuto y sobrio, tanto como el indio. El gauchi-soldado –como el “roto” chileno– tenía, por otra parte, una buena suma de sangre araucana en sus venas de español. De tal alian-

za –arauco-española– ¿cómo asombrarse de lo que el soldado gaucho pudo realizar en proezas de coraje cuanto en sacrificios para domar sus propias necesidades y las potencias de la naturaleza virgen que lo acechaba? “¡Qué grandes son los hijos del pueblo!” –escribe el general Ignacio Garmendia–. “De este pueblo argentino que sólo conocemos en el campo de batalla... Pero ¡qué grande es también, combatiendo, el indio! No hay nada que se compare con el bombero que los caciques elegían para tan delicada misión, el bombero de la pampa” –dice el mismo militar. Así es. El vigía, no sólo es el más fuerte de los lanceros y el más hábil de los jinetes y el que posee la más privilegiada de las vistas para atalayar y el baquiano más conocedor de bosques, aguadas, pajonales, guadales o salinas; es asimismo el más dispuesto a morir. No habrá amenaza ni tortura que le arranque otra frase: “No sé nada”. ¡Y si pensamos que, a veces, ese bombero es un niño de catorce años, el cual puesto ante Rosas, y después de haber visto fusilar a otros dos bomberos, responde, imperturbable: “Soy hombre. ¡Puedo morir!...”

Tal su coraje. Su astucia no le va en zaga. Sin esta condición elemental para la lucha por la vida en la naturaleza, ¿cómo hubiese podido sobrevivir, a pesar de su coraje, siglos contra el enemigo de una raza de civilización más adelantada, poseedora de armas que ni el Huevucú de los araucanos imaginar pudiera? Su astucia no era sólo astucia animal, como la de un zorro disimulado o la de un peludo oblicuo, o la de un ñandú gambeteador; era una astucia empujada por una audacia de hombre, de ser que ha superado su propio instinto. Para robar caballos y dejar a veces todo un batallón de a pie, su hazaña predilecta, nadie lo igualaba siquiera, pues, hay que recordar esto: ese batallón, por lo común, estaba constituido de gauchos en su gran mayoría, de hombres que habían nacido casi sobre el caballo y que lo amaban y conocían más que a sus semejantes. Álvaro Barros o Manuel Prado o Eduardo Ramayón, militares, nos cuentan ciento y una hazañas del indio astuto y audaz ladrón de caballos. “Si tienen bastante destreza para ejecutar esto en nuestros pueblos, ¿qué no harán en sus campos desconocidos para nosotros? –se pregunta Álvaro Barros después de contar cómo, en

1855, los indios, de noche, han sacado uno a uno del corral los caballos de la guarnición de un pueblo. Narra otro caso. Es en 1867: la tropa está anunciada que el malón anda adentro de la frontera; la vigilancia, pues, se ha hecho más activa. Una mañana de niebla, se dejó salir los caballos del potrero para que pastaran junto a los otros que por allí había. De pronto, de cada uno de estos caballos errantes, se irguió un indio oculto en su costado, lanza en ristre. Dispararon los pocos guardianes, y el indio arreó la caballada de la división a sus cubiles de tierra adentro.

El comandante Prado, patéticamente, nos narra cómo los indios, en 1874, al temido coronel Conrado Villegas, el “toro Villegas”, como ellos le llamaban por la audacia de este guerrero, le robaron sus caballos blancos, varios centenares escogidos entre lo mejor de entre 6.000 caballos porteños, a su vez escogidos. Con ellos, el coronel Villegas había montado el 3 de línea, un regimiento también de hombres seleccionados por su gran valor y su audacia. Los “blancos” eran —a la usanza india— caballos de reserva. Se los montaba sólo para el combate.

Los blancos —escribe el comandante, su admirador— pasaban mejor vida que el milico. Si hacía mucho frío y no había mantas, el soldado tenía la obligación de quedarse muy en cuerpo para tapar con el poncho a su caballo. Podía faltar, como faltaba seguido, galleta para la tropa; pero los “mancarrones” no carecían de forraje aunque hubiese que ir a buscarlo en la luna. Así estaban siempre de gordos, lustrosos, cuidados y atendidos como no lo estaban los mismos oficiales.

Y a estos caballos, el indio, a fuerza de astucia y audacia, mediante la introducción, una noche, de una yegua madrina, se los robó a la custodia de veteranos.

Después se recuperaron, es cierto, a fuerza de vidas y combates.

La astucia del indio, el ejemplo es Calfucurá, llegaba hasta hacerlo diplomático. Ya más adelante cuando Namuncurá o Sayhueque, comprendiendo su poderío vacilaba, hicieron transacciones, veremos que, para demostrar confianza, dejaron a sus hijos ir a educarse en Buenos Aires. “Táctica india”: astucia política, diplomática. Los hijos, bien tratados, inteligentes por otra parte, no corrían peligro, y ellos,

Namuncurá y Sayhueque, salvaban así trances apurados, ganando tiempo, hilaban sus confederaciones y proyectos de guerra.

El indio no robaba carneros, por su lentitud, pero el soldado de fortín, cuando veía acercarse una indiada con carneros por delante, alarmábase verdaderamente: esos indios venían dispuestos a pelear de firme, a tomar el fortín. Los carneros eran para arrojarlos al foso y pasar sobre ellos.

Ebelot, el ingeniero francés que colaboró con Alsina en la defensa contra el indio, y que ha dejado justos y aún bellos relatos de sus experiencias de aquella dura vida, nos narra el espectáculo de un incendio visto durante la invasión de Catriel en 1876. El incendio de campos constituyó un ardid de guerra muy empleado. La descripción de Ebelot merece reproducirse:

A medida que se cerraba la noche, se veía claramente diseñarse un inmenso círculo de llamas que de todos lados limitaba el horizonte. Los indios, antes de su partida, habían incendiado todos aquellos campos para cubrir su retirada y en la travesía del desierto tener detrás, a la inversa de los hebreos de Moisés, una columna de humo, de día, y de fuego, de noche, que les sirviese para dirigir su marcha. Confieso que hasta allí había encontrado mezquinos esos famosos incendios de praderas, predilectos de Cooper, de los que, a mi parecer, hace demasiado alarde en sus novelas, pero yo jamás me había visto en un círculo de fuego de más de diez leguas de contorno, dispersando en el aire, en humo, al mismo tiempo que los pajonales de la pampa, las esperanzas de las cosechas de centenares de agricultores...

Al llegar a la altura de esta historia tan digna de ser novela por sus contornos epopéyicos, preciso es recordar al soldado que la forjó con su esfuerzo, la modeló con su brío y la animó con su sangre. Y al hablar de este héroe anónimo –tanto como el caballo o el buey, sus compañeros y colaboradores de marcha y de carreta– de este héroe sobrio, astuto, audaz, valiente; preciso era también diseñar tales condiciones de guerrero nato en su adversario el indio, que también las tuvo, y en potencia insuperable.

Hablemos ahora del soldado. Y también de la mujer del soldado, que si a un poeta de Neuquén, Miguel Camino, se le ocurrió pedir una estatua para el buey de las carretas:

*Sangrando por las picanas,  
sin descanso y sin comer,  
¿quién sino él trajo los rumbos  
que luego siguiera el riel?;*

¿Alguien más que la mujer del soldado conquistador de las pampas infinitas, merece esa estatua?.. La merece más que el soldado, si bien se mira. Al fin él, se distraía peleando, llevaba una misión, realizaba un ideal, ;pero ella?: A ella sólo le tocaba sufrir. De los goces sólo compartía el peligro: Oigamos a Cruz hacer loas de la “gaucha”:

*¡Quién es de alma tan dura  
que no quiera a una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
Si no sale calavera,  
es la mejor compañera  
que el gaucho pueda tener.*

*Si es güena no lo abandona  
cuando lo ve disgraciao,  
lo asiste con su cuidao  
y con afan cariñoso  
y usté tal vez ni un reboso  
ni una pollera le ha dao.*

El gaucho, a la inversa del indio, no practica la poligamia. En su ayuntamiento para nada intervenía el cura —ni el Estado, por supuesto—, en aquella época. El amor y el deseo eran los padrinos. Después llegaban los hijos... Los dramas pasionales no existían entre gauchos. Eran los comandantes, jueces de paz o comisarios quienes hacían de caburés, engolosinando hembras. Desde Martín Fierro a Juan Moreira, allí está el nudo del drama:

*No me gusta que otro gallo  
le cacaree a mi gallina...*

Asegura Cruz.

En los campamentos y fortines ya es otro el problema. La mujer no queda sola en el rancho, a veces días. Comparte diariamente las fatigas y los peligros de su hombre. En los comienzos, cuando la lucha era brava, no había mujeres junto al soldado. Éste las tomaba a los indios, como el indio se las tomaba al blanco. Reciprocidad de cautiverios. Más adelante, ya cuando la lucha se transformó en persecución, los fortines y campamentos se llenaron de mujeres y de chicos. Sobre el caballo, todas las ropas y enseres del ambulante hogar, ollas, chifles para el agua, y encima de una montaña de trebejos, la mujer. ¡Y adelante, detrás de la tropa! A veces, la mujer vestía de soldado. “¿Por qué ha venido?” –le pregunta un jefe, al sorprender a una, pues era entonces la sola mujer en aquella expedición. Responde:

Tenía deseos de cuidar a mi marido y a los alféreces del colegio...

Demos el nombre, siquiera: Catalina Godoy se llamaba. Las anécdotas se multiplican. Todos ejemplos de abnegación y de arrojo. Un destacamento es atacado por una invasión. El jefe cuenta que puede resistir, pero teme que los indios, según su táctica, dividiéndose, mientras unos pelean los otros le roben los caballos. Las mujeres se visten de milico. Algunas piden armas. El indio cree que otra fuerza está encargada de defender a los animales, y no intenta robar. ¿Y si lo intentara? Ellas hubiesen peleado. “Como condiciones militares, puede decirse que son veteranos, verdaderos veteranos. Muchas veces se las ha visto hacer fuego, y en las sorpresas, tienen la sangre fría de un viejo soldado” –escribe quien ha compartido con ellas su vida siempre al filo de la muerte. Algunas como la mujer del “Chacho” salvan la vida al marido. Otras son hechas subtenientes en el campo de batalla. Sin sus mujeres, los veteranos languidecen, no se lavan, desertan. No falta mujer que dé a luz al raso y al día siguiente siga a la caravana con su “pichigón” –recién nacido, en araucano. No es difícil que si su soldado muere en algún entrevero, la viuda acepte los ofrecimientos de otro, aunque siempre del mismo cuerpo. Cambiaban de hombre, no de ba-

tallón. “Yo no pampa –contesta con orgullo una india al ingeniero Ebelot– yo 11 de caballería”.

Otro nombre: “María Culepina”, una curandera araucana, enfermera y doctora de soldados con sus hierbas y menjunjes. Cuando ellos cobraban, corrían a comprarle obsequios, tal era su cariño por la india. Otro nombre: “Rosamala”, esbelta, fornida, bella, venusina. Y brava como una yará. No abandonaba el puñal oculto en la liga o en el seno. En cierta ocasión se enamoró de un cabo del 3 de caballería, un jastial, domador con talero. Celosa, en un baile, Rosamala desafió a pelear a su amante dudoso y le dio una puñalada y un hachazo. Hubo que desterrarla al otro lado de los Andes.

Eduardo Gutiérrez, que hizo vida de fronteras, nos habla de una negra: Sargento Carmen. Por ausencia de jefes, cuando la revolución de 1874, el coronel Lagos la nombró jefe de fronteras. En el fortín había un cañón y carabinas. Sargento Carmen vistió a mujeres de milico y rechazó un ataque. Su valor llegó hasta pelear con un indio a puñaladas y degollarlo. Todo sin dejar de ser una madre excelente, aunque autoritaria. Su nene, que la obedecía, era un soldado que murió matando diez indios.

Primero en las carretas, después, cuando se alivió a los ejércitos para darles la movilidad de la caballería aborigen, sobre los caballos, la mujer del soldado desafió todas las inclemencias naturales de un clima bravo, todos los imprevistos de una guerra de guerrillas. Sin su ayuda, las tropas más resistentes hubiesen sucumbido en esa guerra de fronteras –asegura quien conoció a las heroínas e hizo esta guerra agotadora.

Y el comandante Prado:

En aquella época, las mujeres de la tropa eran consideradas como “fuerza efectiva” de los cuerpos. Se les daba racionamiento y, en cambio, se les imponían obligaciones: lavaban la ropa de los enfermos, y cuando la división tenía que marchar de un punto a otro, arreaban las caballadas. Había algunas mujeres –como la del Sargento Gallo– que rivalizaban con los milicos más diestros en el arte de amansar un potro y de bolear un avestruz. Eran todas la alegría del campamento y el señuelo que contenía en gran parte las desertiones. Sin esas mujeres, la existencia hubiera sido imposible. Acaso las pobres impedían el desbande de los cuerpos.

Desde el negro al indio, del ébano al bronce, todos los pigmentos en aquellas abnegadas curadoras de heridas, cocineras, inspiradoras de cielitos o vidalas y sembradoras de hijos, muestrario vigoroso de todas las cruza raciales.

Junto a tales compañeras, ¿cómo no ser el soldado dos veces valiente, por lo menos? En las memorias y diarios de militares, no se apunta un caso de cobardía. Ni una anécdota. Ser valiente era lo común. Ser temerario no era la excepción.

“Los gauchos sólo temían a los indios, antes de conocerlos; a la justicia civilizada, después de conocerla y a las ánimas en pena, en toda ocasión. No disparaban ante ninguna criatura viviente” —escribe Tarnopolsky.

Salvo las cosas del misterioso más allá, de lo no visible y no tocable, cosas de Dios (Gunechen) o del diablo (Huecuvú), ni indios ni gauchi-soldados temían a nada. Contra hombres y fieras, se hallaban acorazados de valor.

Canta el payador Felipe Funes, puntano:

*El primer deber del hombre  
es, desde luego, tener  
un buen cuchillo afilao  
que el día menos pensao  
su falta le puede hacer.  
Le sirve para comer  
y pa descartar un tiento,  
y si tiene un sentimiento  
con algún mozo del pago  
se lo perderá hasta el cabo,  
que es el primer mandamiento.*

Y proclama el general Nicolás Levalle, desde el fondo de las pampas:

Compañeros de la División del Sur: No tenemos yerba, no tenemos tabaco, no tenemos pan, ni ropa, ni recursos, en fin, estamos en la última miseria, pero tenemos deberes que cumplir.

Sea instinto de lucha o convencimiento del deber a cumplir, todo

es lo mismo. A ambos se sirve a punta de heroísmo que va desde el temerario coraje, al valor consciente.

El gauchi-soldado, guerrero cuyas hazañas, históricas con Güemes, por ejemplo, y anónimas con tanto capitanejo refugiado en crónicas de provincia o en leyendas policiales, es un guerrero que tiene pares, no superiores. Para serlo todo, cuando se le exigió, hasta llegó a ser disciplinado. Se ajustó a reglas tácticas. O sin palidecer, plantóse de cara al pelotón que iba a fusilarlo por olvidar algún momento que era un soldado y no gaicho, y había dejado irse a su instinto bagual, rumbo a la libertad hermosa a que la llanura incita, sirena terrestre...

Darwin que conoció a los gauchi-soldados de Rosas, admirado de ellos, escribe:

... También supimos que Miranda –un baquiano–, al dejar el extremo occidental de la Sierra de la Ventana, fue en línea recta a la isla de Choele-Choel, situada a sesenta leguas de distancia, siguiendo el curso del Río Negro. Por lo tanto, recorrió doscientas o trescientas leguas a través de un país desconocido en absoluto. ¿Hay en el mundo otros ejércitos tan independientes? Con el sol por guía, carne de yegua por alimento, la silla de montar por cama, irán estos hombres al fin del mundo, con tal de contar, de tarde en tarde, con un poco de agua...

Pero además de guerrero, el soldado es un trabajador. Se levanta antes que el día, se ocupa de limpiar y dar de comer a los caballos. Los caballos cuentan más que los hombres. Ya el Gobierno ha aprendido que sin buenos caballos, no se apresan indios. Del “reyuno” de los españoles y el “patria” de los primeros gobiernos crioyos a éste de ahora, el de las últimas campañas, hay toda una experiencia con cientos de miles de mancarrones muertos. El soldado tiene una chaquetilla rota y un poncho agujereado, pero su pingo duerme cubierto por una excelente manta. Después de atender el caballo, carnea y a trabajar: fabrica adobes o prepara la tierra en las chacras del Estado o hace fosos para fortines o construye ranchos... A mediodía, el almuerzo, y vuelta a trabajar hasta la puesta del sol. Antes de comer, cuidado de la caba-

llada nuevamente. Y centinelas, rondines, patrullas. Mal comidos, sin ropa, sin calzado, sin medicamentos y, a la menor protesta, al menor cansancio: estacas, palizas, consejos de guerra. Cumplido el plazo del enganche, el Gobierno, en vez de la baja, asigna un doble sueldo, y a continuar. ¿Doble sueldo? Y éste, ¿cuándo llega? En una ocasión, cuenta el comandante Prado, recibimos tres años juntos de sueldos... Los cobró el pulpero, se supone. Si los sueldos no volvían al tesoro, porque Fulano: Muerto, Mengano: Desertó, Equis: Se ignora su destino, Zeta: Perdido en la expedición de tal año...

El ejército fue así guerrero, naturalmente, y además “poblador y civilizador” —como Ramayón le llama en uno de sus libros—. El gauchisoldado, un descubridor y un fundador de pueblos. En Costa Sud, Oeste y Norte de Buenos Aires, sud de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe, norte de Santiago del Estero y Corrientes, va el gauchi-soldado, a la vez que corriendo indios, siempre en acecho, levantando construcciones, siendo albañil, carpintero, herrero, plantador. En Mendoza levanta una caballeriza para ochocientos equinos; en San Rafael cava acequias, puentes y caminos en todas partes. Eucaliptus, acacias, sauces, paraísos y árboles frutales son plantados por cientos de miles, y postes de telégrafo desde Buenos Aires a la Patagonia... Todo esto queda documentado en libros, cartas, memorias, archivos de militares que convivieron con aquel gauchi-soldado, si el mejor de los guerreros, también el mejor de los trabajadores, “poblador y civilizador”. Una vez más, queda comprobada la veracidad de Martín Fierro:

*Yo primero sembré trigo  
y después hice un corral  
corté adobe pa un tapial,  
hice un quiche, corté paja...  
¡La pucha que se trabaja  
sin que larguen un rial!*

En la copla de un cantor anónimo queda también el quejido:

*Ser gaucho dicen que es fiero,  
ser gaucho y enamorado,  
ser gaucho, ¡pucha qué cuesta!,  
¡pucha qué cuesta trabajo!*

Y la leyenda de “crioyo haragán” sigue corriendo, a pesar de todo: ser resero o pialador, carnear o domar, de sol a sol en las estancias, ¿no es trabajo?

El soldado argentino —escribe Ramayón— ha sido gran sembrador y poblador, sin que nunca le alcanzara ese incentivo que halaga para ser dueño de su parte en aquellas colonias que se iban formando, al no ignorar que la patria necesitaba esas tareas, sí como al propio tiempo empuñar las armas.

Una anécdota de tantas: El 2 de caballería persigue a un malón, lleva “aplastados” los animales, al pasar por la toldería de Coliqueo le pide caballos. El indio astuto, entrega potros. El batallón, domando, sin que ni un soldado caiga, prosigue la persecución. Este es el gauchi-soldado de las pampas.

Ese gauchi-soldado tiene una mística. Es la Patria. Por la Patria que él ve en la bandera —como un creyente ve a Dios en la figura de un altar—, el gauchi-soldado pelea y trabaja, abnegado y estoico. ¿Qué exige? Quizás nada más que ésto, fácil de tenerlo a mano: que su oficial, su jefe, sean valientes, tan valientes como él mismo, o más valientes. ¡Ese general! Sin esta exclamación previa, sin el convencimiento individual arraigado en el espíritu del soldado de que su jefe u oficial vale más que él, como guapo, como gaucho y audaz en el peligro, no hubiera habido guerra posible con el indio, hecha al menos como se hizo tantas veces: uno contra diez y oponiendo en ocasiones el facón a la tacuara y a la bola. El jefe, el oficial son, como la bandera, símbolos de Patria, pero símbolos vivientes, encarnación de Patria. Un oficial o un jefe cobardes, harían que toda la mística del gauchi-soldado vacilara. Pero entonces se llegaba a cabo, a sargento o a oficial demostrando que a la muerte se la pitaba como a un pucho de cigarrillo, entre mate y mate,

conversando y sonriendo. Y es así cómo entonces se dan documentos al estilo de este que el Ministro de la Guerra —Adolfo Alsina, nada menos!— debe contener —caso único— el valor de los hombres que están representando a la Patria frente al soldado. Aquellos sacerdotes de la fe patria, no necesitaban predicar: daban el ejemplo.

He aquí la “Orden General”, fechada en junio 26 de 1877:

He tenido aviso oficial de que el teniente coronel Undabarrena, comandante de fortines de la izquierda, de la línea de italo, ha perecido víctima de su arrojo temerario con dos oficiales y cuatro soldados, en un encuentro con los salvajes.

Me consta también, aunque no oficialmente, que uno de los jefes superiores de la línea avanzada, se separó de su fuerza con un ayudante y tres soldados para descubrir el enemigo, que fue rodeado por más de cien indios y que salvó providencialmente con una docena de lanzazos en la ropa.

Estos hechos han debido llamar seriamente la atención del gobierno. Los jefes del ejército argentino tienen adquirida ya, como bravos, una reputación incommovible y, para conservarla, no deben jugar imprudentemente la vida, a no ser que, como sucede en las guerras regulares, ello sea necesario para conseguir un triunfo decisivo o para salvar de un desastre inminente.

Las ordenanzas militares fijan de un modo claro lo que son acciones distinguidas y determinan la recompensa a que se hacen acreedores los que las han ejecutado, pero esas mismas ordenanzas califican como delito punible ante los Consejos de Guerra el abandono que un oficial hace de su puesto en cualquiera acción de guerra o marchando a ella, siendo extremadamente severas en cuanto a la pena, cuando de ese abandono resulta pérdida del combate o perjuicio para el progreso de las armas.

Por actos de arrojo iguales o parecidos a los que motivaron esta nota, perecieron Heredia, Ortega y Jáuregui, jefes que eran una esperanza para el Ejército argentino, y en prevención de estos recuerdos dolorosos, es un deber a la vez que un derecho propender a que no se repitan sucesos de carácter tan lamentable.

La conducta de un jefe, librando deliberadamente combates sin posibilidad de poder alcanzar resultados que satisfagan o cortándose de las fuerzas a largas distancias para descubrir al enemigo —cuando esto en campos accidentados puede dar lugar a consecuencias más fatales que el sacrificio de sus vidas— ocasionan el desaliento y la demoralización en la columna de que se haya desprendido y cuando aquella se produce, de la sorpresa del primer momento se va fácilmente al desorden y a la derrota.

Fuerzas regulares y de primera clase que asisten al fuego o marchan a él con las armas a discreción sin que las detenga o desmoralice una lluvia de plomo, se sienten conmovidas y desalentadas cuando ven caer al jefe que las conduce al combate y en el cual cifran toda su fe para alcanzar la victoria.

Las consideraciones que dejo expuestas jamás podrán ser miradas como una reprobación para los bravos o como un aliento para los cobardes.

Esta nota sólo importa un llamamiento al deber militar y una condenación a los sacrificios estériles; y digo estériles porque, cuando son necesarios para evitar la derrota o para asegurar el triunfo, la Patria los recompensa y la posteridad los bendice.

Adolfo Alsina.

“¡Ah tiempos! —exclama un antiguo soldado—. No se peleaba por interés pecuniario, se peleaba por la Patria...”. “Nuestro lema era, como decía el valiente coronel Sánchez: No preguntemos cuántos son ni dónde están”. Y así se formaban y morían nuestros soldados en las campañas, donde se caminaba de aquí para allá, siempre andrajosos, muertos de hambre y a un paso de la muerte”. Hay una mística patria y una mística de cuerpo. “Si no fuera del 2 de caballería, desertaba”, dice un soldado. Comprendía la decersión siendo de otro cuerpo, no del 2 de caballería.

Esta mística que cumplieron con heroísmo anónimo miles de gauchi-soldados, está sintetizada en una página de Sarmiento. Siendo Presidente, proclama a los que salen a expedicionar contra los ranqueles:

Este trapo, ya lo veis, contiene vuestra propia historia. Las lluvias que lo han destruido cayeron también sobre vuestras espaldas, los rayos de sol que lo han descolorido han bronceado y quemado vuestro rostro, fuera de las hambres y la sed que sufristeis en el desierto y la sofocación del polvo en las marchas o el empuje del viento que desequilibra el peso y agrava la fatiga.

Haced que el abanderado agite ese trapo viejo, roto, descolorido, a fin de que al verlo lean en el escrito los sufrimientos, las fatigas, las hambres, la sed, la desnudez de estos soldados y recuerde que los que han sucumbido a las enfermedades de campaña, son mas en la guerra que los que matan las balas.

Este trapo dirá con su desnudez, y pobreza, a los lujos de los ricos, de los felices, de los ociosos, que esos millones que poseen en casas y alhajas, esos millones de ovejas, de caballos y de vacas, se los deben a esos pobres soldados del 11 como de los otros cuerpos, que les dieron la seguridad de las fronteras, la extensión del territorio y la extinción de las tribus salvajes que harían precaria la existencia y la propiedad del desierto.

Tal guerrero es el gauchi-soldado que un jefe como Conrado Villegas, el temerario a quien hace alusión la Orden de Alsina, escribe:

La división cumplió dignamente con su deber y es un honor para el que firma estar a su frente.

Algunos de esos héroes, por casualidad, por exceso de memoria en quienes han escrito sus recuerdos, que no son muchos, dejaron sus nombres. He aquí algunos:

El sargento Acevedo, achinado, 57 años y 40 de servicio. Fue destinado a un cuerpo de línea porque respondió al rebencazo de un policía con una puñalada: Tres años. Los cumplió, pero el capitán le dijo:

—Vos has cumplido, ¿no? Pero cumplir no es tener la baja. Te conviene tomar enganche, quedarte cuatro años en el cuerpo, y salir de cabo. Si no te gusta, peor para vos. El Gobierno necesita gente guapa y haces falta aquí. Ahora elegí vos: Si te enganchas te asciendo y te entrego la cuota; de lo contrario ni te vas, ni te asciendo, ni tenes cuota, pero puede que ligan una marimba de palos como para vos solo...

Acevedo se enganchó. Estuvo en Caseros, en Cepeda, en Pavón, en otros barullos. De ellos sacó esta máxima: “Si se quiere ascender y ser notable, lo mejor es hacer punta en las derrotas, pero a condición de correr revoleando el sable y gritando de manera que todos lo oigan: ¡No disparen, maulas! ¡Hagan frente!”

El cabo Barraza fue montonero en Cuyo, después encontró asilo en las tolderías ranqueles, en seguida —o sea a los diez años— sentó plaza en un batallón: peleó en La Rioja contra el Chacho, en la guerra del Paraguay, se hizo marinero en Chile, peleó en la guerra del Pacífico. En 1878 había dado en el sur, soldado del coronel Benito Herrero. Allí, peleando con indios, logró, mediante su rémington y su astucia, apresar a nueve indios, ¡si era hazaña! Ese día en que veinte hombres fueron atacados por doscientos aborígenes, Barraza, dado por muerto en la lista, apareció con sus nueve prisioneros. Así llegó a cabo.

Otro cabo: Soto. Una de sus andanzas: había salido a cazar peludos, lo sorprendieron los indios, lo apresaron. Namuncurá lo interrogó: Soto, minuciosamente, lo informó de muchas cosas. Al terminar, Namuncurá que “no creía que los pájaros mamasen”, dictaminó: Todo

es mentira. Y ordenó que lo lancearan. Pero antes lo envió a cortar leña al monte, custodiado. Soto mató a los dos indios con el hacha de cortar leña, y fugó. Internándose en los bosques, pasó meses, perseguido, ocultándose de los hombres y de las fieras. En una oportunidad, los indios lo vieron e incendiaron el pajonal que lo asilaba. El se salvó metiéndose en una laguna. Caminó días y noches, de pronto divisó un fortín y la emoción lo hizo desmayarse. Una descubierta le halló: inerte, haraposo, con los pies hinchados, macilento. Así salvó la vida y conquistó la jineta.

Mansilla habla de un sargento —no da su nombre— que, yendo para ser fusilado, junto al sacerdote que lo insta a confesarse, y a lo que él se niega.

—¿Qué, no teme a la muerte? —pregunta el sacerdote, admirado de su incredulidad.

Responde:

—La muerte es un salto que uno da a oscuras sin saber dónde va a caer.

Filósofo y poeta. Y ser filósofo y poeta en trance de morir es alcanzar la cima del valor.

He aquí la muerte del comandante Estanislao Heredia, del trompa López y la salvación del teniente Montes, tres arquetipos: Treinta soldados se ven sorprendidos por doscientos lanceros de Pincen. Sables, lanzas, facones, bolas se entreveran. Media hora de lucha y los blancos ya no son más que tres: Heredia, Montes y López. Deciden abrirse paso y atacan el cerco de lanzas, lo hienden, huyen. Poseen tres caballos admirables. Montes se corta llevando detrás unas docenas de indios, a Heredia y López los persigue el grueso. Bolean el caballo del comandante, el trompa salta, corta las sogas de las boleadoras, pero ya tienen a los indios encima. Heredia desmonta y se dispone a morir peleando. Insta a López a que huya. Este se niega. Los dos son lanceados, pero dejan un tendal de indios. (Estos detalles se supieron después por indios que cayeran prisioneros). Montes, entretanto, corría... Su valor sereno, quizás señala un punto más alto aún

del valor de quienes murieran peleando: Montes dispara. Su caballo es tan magnífico que aventaja al de sus perseguidores. Al llegar a un médano, desmonta, le saca el freno, hace que su pingo descanse, y cuando los indios están cerca, a la vista, vuelve a montar y vuelve a aventajarlos. Repite esto tres veces. Su caballo, pudiendo descansar unos instantes, responde admirablemente cuando la espuela solicita su carrero, y Montes gana así fortín próximo.

Esto no es sólo valor y astucia, es conocimiento de la singular guerra de recursos que el indio hace y exige a su adversario.

Además del instinto que para la lucha poseía el gauchi-soldado y de la mística que levanta su natural arrojo, era tan eximio como unidad de guerra que llegó a disciplinarse. Tal vez la etapa más costosa para su idiosincracia de montonero.

El general Fotheringan, humorísticamente, define la disciplina:

Disciplina es hacer con gusto lo que más contraría.

¿Algo puede contrariar más al gauchi-soldado que pelear según reglas? Debajo de un kepi y una chaquetilla, se esconde no pocas veces un “gaucho malo”. ¿Y ahora tiene que pelear o vivir ordenadamente? Lo hace, empero. “Todo militar se manifestará siempre conforme del sueldo que goza y del empleo que ejerce”... —dice el artículo I de las “Ordenes Generales”. ¿El sueldo?:

*... Cuando se anunció un salario,  
que iban a dar, o un socorro,  
¡pero sabe Dios qué zorro  
se lo comió al comisario!  
Pues, nunca lo vi llegar  
y al cabo de muchos días,  
en la misma pulpería  
dieron una “buena cuenta”,  
que la gente muy contenta  
de tan pobre recibía...*

¿Y el empleo? Ya se ha visto: es ser todo, es hacer todos los oficios, además del único que el soldado debía realizar: exponerse a que la chuzza bien curada del indio le agujerease el pecho o que su bola veloz le acertara en la frente o que su cuchillo sin clemencia le tocara el violín en la garganta.

Pero la disciplina insiste:

El que desertase, pena de muerte; el que se durmiese estando de centinela, pena de muerte; el que robase, pena de muerte...

La disciplina sólo halla castigos. Las anécdotas podrían amontonarse: Llega un destacamento de caballería frente a un río caudaloso, uno de esos ríos que el deshielo de los Andes transforma en torrentes. Hay que vadearlo. El oficial dice: Los que no sepan nadar, un paso al frente. Dos milicos se adelantan. El oficial los devuelve al campamento con esta consigna verbal: “Nos devuelven por inútiles frente al enemigo”. ¿Un gaucho-soldado inútil frente al enemigo? Es la disciplina. ¿No se sabe nadar? Hay que atravesar un río correntoso igual que si se supiera. Es la disciplina.

Hoy se pretende que antes la disciplina militar debió ser rígida hasta la crueldad para dominar aquella tropa —dice un veterano—, y no se tiene en cuenta que, si bien esta afirmación podía ser razonable en el campamento, fuera de él, en los fortines, en el campo, a cincuenta leguas de las estacas, lejos del Consejo de Guerra, y del banquillo, la obediencia era la misma, la abnegación era la misma y el sacrificio el mismo.

Al soldado lo sostiene su mística patriótica:

Tal vez sin el indio a una jornada y sin la patria en peligro, el soldado se rebelara contra la brutal disciplina de los azotes, pero cuando hay que salvar el honor de la bandera, cuando se juega la suerte de la nación, el gaucho, el crioyo, no siente injusticias ni repara en abusos. Por encima de todo está su tierra, y mientras haya que defenderla no deserta ni murmura.

Se da el caso de un soldado que, después de sufrir un castigo injusto, se propone desertar. Y no lo hace porque al otro día hay que pelearlo al indio. Asiste al combate, pelea como un bravo y cuando el oficial lo busca para felicitarlo por su coraje, no lo encuentra ya: ha desertado.

Pero a pesar de la disciplina rigurosa, brutal, impuesta a palos, cepos y condenas de muerte, el gauchi-soldado no puede con su genio de hombre libre, nacido frente al horizonte. Y si obedece, si obedece como un reloj, después no deja de comentar la orden recibida o murmurar sobre el superior. Sólo obedece al superior sin comentarios ni murmuraciones, cuando éste es de un valor rayano con el suicidio.

El cronista del diario *La Pampa*, que acompañó al ejército en 1879, escribe en una de sus correspondencias, desde Carhué:

Entregados a una libertad casi absoluta, y dominados por el entusiasmo, los soldados no siempre conservan el respeto que el decoro y la disciplina imponen. A uno le oí dar un “viva” estrepitoso a la oficialidad allí presente, y añadir luego, como hablando consigo mismo, pero bastante fuerte para ser oído por todos: Siempre que no nos peguen como le pegaron ayer al negro. Si a mí me lo hicieran, mataría al oficial que me pegase.

El mismo cronista dice: Como han pagado, no hay música. Hace tres días que todos los soldados de la banda están ebrios.

No hay disciplina que pueda impedirlo. De vez en vez, el gauchi-soldado, volvía a ser gaucho solamente. Y no sólo para “empinar la limeta” violaba la disciplina odiosa, también, para pelear la violaba:

tiraron sus tercerolas las milicias veteranas  
y, evocando viejos tiempos, desnudaron el facón...

(*Entrevero*, Anibal Marc Gímenez)

Todo esto hasta que la vejez o las heridas obligan a darlo de baja, para que vague por las calles de mendigo. Y el gobierno le está adeudando años de sueldo!...

Entremos, por fin, en un capítulo ingrato: el de los abusos y la arbitrariedad. Son abusos personales y públicos, para clasificarlos. De los primeros, ¿quién con más elocuencia y veracidad habló que Hernández en su poema? Es el ejemplo obligado y continuo. Nadie como él –ni Álvaro Barros como militar, ni Leandro Alem en el Parlamento– protestó con palabra más cierta, más tocante. Su sinceridad hierve de indignación. Y es invencible indignación de poeta la suya. ¿Para qué repetir en prosa lo que el poema ha dicho tan precisamente con versos insustituibles? He aquí algunos de la primera parte del poema, publicado el año 1872. Habla Fierro:

*¡Y qué indios ni qué servicio!  
No teníamos ni cuartel.  
Nos mandaba el coronel  
a trabajar en sus chacras,  
y dejábamos las vacas  
que las llevara el infiel...*

.....  
*Daban entonces las armas  
pa defender los cantones,  
que eran tanzas y latones  
con ataduras de tiento...  
Las de juego ni las cuento  
porque no había municiones.  
Y un sargento chamuscao  
me contó que las tenían,  
pero que ellos las vendían  
para cazar avestruces;  
y así andaban noche y día  
déle bala a los ñanduces.,*

.....  
*Ah, ¡hijos de una!... La codicia  
ojalá les ruempa el saco;  
ni un pedazo de tabaco  
le dan al pobre soldao,  
y lo tienen de delgao  
más ligero que guanaco...*

.....  
*Aquello no era servicio  
ni defender la frontera*

*aquello era ratonera  
 en que sólo gana el fuerte,  
 era jugar a la suerte  
 con una taba culera.  
 Allí tuito va al revés:  
 Los milicos son los piones,  
 y andan en las poblaciones  
 emprestaos pa trabajar,  
 los rejuntan pa peliar  
 cuando entran indios ladrones.  
 Yo he visto en esa milonga  
 muchos jefes con estancia,  
 y piones en abundancia,  
 y majadas y rodeos;  
 he visto negocios feos  
 a pesar de mi inorancia...*

Otro capítulo de los abusos es el pulpero, socio todas las veces del comandante o del juez de paz, o “protegido” por algún político de influencia. El pulpero trafica con la necesidad del soldado y le ofrece sus pobres vicios: alcohol, tabaco, yerba. Desde los tiempos coloniales –lo hemos visto en las crónicas del jesuita Sánchez Labrador– el pulpero constituye una lacra social, instrumento de todas las venalidades y de todas las codicias:

*... y cáibamos al cantón  
 con los fletes aplastaos,  
 pero a veces medio aviaos  
 con plumas y algunos cueros,  
 que pronto con el pulpero  
 los teníamos negociaos.  
 Era un amigo del jefe  
 que con un boliche estaba,  
 yerba y tabaco nos daba  
 por la pluma de avestruz,  
 y hasta le hacía ver la luz  
 al que un cuero le llevaba.  
 Sólo tenía cuatro frascos  
 y unas barricas vacías*

*y a la gente le vendía  
 todo cuanto precisaba...  
 Algunos creían que estaba  
 allí la proveeduría.  
 ¡Ah, pulpero habilidoso!  
 Nadie le solía faltar,  
 ¡ay juna!, y para tragar  
 tenía un buche de ñandú.  
 La gente le dio en llamar  
 "El boliche de virtú".  
 Aunque es justo que quien vende  
 algún poquito se muerda,  
 tiraba tanto la cuerda  
 que con sus cuatro limetas  
 él cargaba las carretas  
 de plumas, cueros y cerda...*

Si esto es la primera parte, en la segunda, *La vuelta de Martín Fierro*, publicada en 1879, hace que "Picardía", el hijo de Cruz, un joven, proteste de la vida de fortín, y más ariscamente –como a un joven cuadra– que Martín Fierro:

*... No repetiré las quejas  
 de lo que se sufre allá,  
 son cosas muy dichas ya  
 y hasta olvidadas de viejas.  
 Siempre el mismo trabajar,  
 siempre el mismo sacrificio,  
 es siempre el mismo servicio,  
 y el mismo nunca pagar...*

.....

*Sin sueldo y sin uniforme  
 lo pasa uno aunque sucumba,  
 confórmese con la tumba  
 y si no... no se conforme...*

.....

*Andan como pordioseros  
 sin que un peso los alumbré,  
 porque han tomado la costumbre  
 de deber años enteros...*

Y sigue relatando males: El comisario que llega –cuando llega– con el pago del contingente anterior; largan al soldado, después de años en el servicio, lo largan que el más rico de ellos parece “un perejil sin hojas”. Ni caballo le dan para volverse al pago. Ni un papel que acredite su servicio, queda a la merced de las autoridades que le pueden aplicar la “ley de vagancia” por el más pequeño delito. Esta ley que databa desde 1815 dividía al país en propietarios y sirvientes. Si éstos dejaban tres veces de trabajar, eran conceptuados “vagos”, y se les podía condenar a 5 años de servicio o a 2 años de conchavo obligatorio, que llegaba a 10 años para los reincidentes. En los “Legajos criminales” del “Archivo General de la Nación” puede leerse muchos procesos seguidos contra “vagos”, en realidad, más víctimas que delincuentes. Las persecuciones policiales, la prepotencia del juez, hacían un “gaucho malo”, un asesino, peleador y nómada de tantos como el Juan Moreira de Eduardo Gutiérrez, héroe de la fantasía popular, siempre justiciera, como lo son “El Gato Moro” de que nos habla Alfredo Ebelot y “Calandria” de Martiniano Leguizamón, igual que los reales y existentes Juancho Barranco, Patricio Videla, Nicolás Zarate, hoy sombras de archivo y ayer terror de policías.

Continúa “Picardía”:

*Y saco aquí en conclusión,  
en medio de mi inorancia,  
que aquí el nacer en estancia  
es como una maldición...*

.....  
*Tiene uno que soportar  
el tratamiento más vil:  
a palos en lo civil  
y a sable en lo militar...*

.....  
*Y es necesario aguantar  
el rigor de su destino;  
el gaucho no es argentino  
sino pa hacerlo matar...*

Todo esto que Hernández hace decir a sus gauchos, convirtiendo así la literatura gauchesca, hasta entonces superficial—excepto un diálogo de Bartolomé Hidalgo—, “literatura para divertir”, en una literatura honrada, de arraigo en los problemas sociales del momento, entroncada con el dolor y la injusticia que padecen las clases pobres; lo había dicho antes él mismo en su periódico *El Río de la Plata*, años 1869-70. Hallamos en la colección de este periódico, artículos como el titulado “La Ciudad y la Campaña” —3 de octubre, 1869— y en él párrafos como éstos:

El servicio de las fronteras parece haberse ideado como un terrible castigo para el hijo de la campaña. Los intereses de la campaña, ¿son intereses distintos de los de la ciudad? No, por cierto. La campaña y la ciudad, es una misma población, con iguales derechos constitucionales, con idénticos intereses, con aspiraciones confundidas. Y si esto es así, ¿cómo se pretende establecer una separación odiosa, inconstitucional? ¿Cómo se pretende que la campaña únicamente, atienda el servicio de las fronteras? ¿Por qué no se hace extensivo ese servicio a los hijos de la ciudad? La respuesta es fácil: Porque ese servicio es inicuo y atentatorio. Porque no puede exigirse en la ciudad, donde habría consumado la violación de un derecho, una protesta enérgica y una acusación legal.

El hombre de la campaña se ve así entre dos enemigos: la indiana ladrona y el gobierno explotador. Contra aquélla tiene su coraje, ¿qué tiene contra la tela de araña en que el Gobierno lo apresara al llevarlo a un fortín? Infatigable y perseverante—como él lo proclama— en quijotear por la causa de los oprimidos, Hernández convierte *El Río de la Plata* en un “defensor de los derechos desconocidos y violentados en el habitante de la campaña”.

Y años después aún, en 1882, al escribir *Instrucción del Estanciero*, dice: “Un buen patrón no debe omitir nada de cuanto contribuya a la comodidad de los que lo sirven y cooperan con su trabajo al adelanto de sus intereses.” (¿Qué diferencia con las Instrucciones de Rosas, fruto de un patrón avaro!) También en este libro, Hernández escribe:

En toda América latina domina la costumbre secular de mantener en el más completo abandono las clases proletarias, que son sin embargo, la base nacional de

su población, su fuerza en la guerra y su garantía en la paz. El “lépero” de México, el “llanero” de Venezuela, el “montuvio” del Ecuador, el “cholo” del Perú, el “coya” de Bolivia, y el “gaucho” argentino, no han saboreado todavía los beneficios de la independencia, no han participado de las ventajas del progreso, ni cosechado ninguno de los favores de la libertad y de la civilización...

(Pudo agregar el “roto” semiaraucano de Chile, y el negro de Brasil y Estados Unidos).

En la Cámara, otro poeta, y para esto sirven los poetas en las sociedades opresoras –recuérdese el caso de Byron oponiéndose a la ley que condenaba a muerte a los destructores de máquinas–, otro poeta, José Mármol, discutiendo con el ministro que pide una ley para llenar las bajas de los batallones con “Vagos y entretenidos”, dice:

No conozco vagos con ocupación útil. El ser vago sin hacer mal, no es un delito, hacer nada para el hombre rico que no quiere trabajar no es un crimen y yo, si tuviera mucha plata, sería el primero que andaría paseando. Vago, mal entretenido, es otra cosa, porque puede ser vago y bien entretenido... Esta ley debe ser lo más clara posible –puntuá el poeta Mármol– porque es una ley para los pobres.

Tal se discutía en 1870. Presidencia de Sarmiento. A las fronteras –como dice Mármol– sólo iban los pobres, sólo ellos eran vagos y mal entretenidos a la vez. Un rico vago, jamás era mal entretenido. Y al infierno del cantón, a exponer la vida –para defender tierras de vagos ricos, o para descubrir y conquistar tierras ya compradas por éstos aunque todavía en posesión del aborigen– iban los gauchos solamente. Y no sólo a pelear, sino a ser peones gratis, a sufrir las expoliaciones del pulpero.

Álvaro Barros, el amigo de Hernández, de Alem y de Oroño, tantas veces citado, como que es justicia, escribe:

Siendo yo jefe de la frontera sud de Buenos Aires hace tres años, la guarnición constaba de unos pocos gauchos desnudos, mal armados, cumplidos en triple tiempo de su obligación y absolutamente impagos. Los pocos oficiales que quedaban eran acreedores a los haberes de 24 meses... En esta situación llega el comisario pagador, pero sólo trayendo dos meses de paga; lo anterior se dejaba para mejores días. Todos estaban viviendo del crédito. Los oficiales protestaban más vivamente

—eran oficiales hechos a fuerza de años, en combates, salidos de las filas del soldado por su gran coraje—. Con dos meses no sólo les era imposible pagar lo adeudado; el pulpero se negaría ya a fiarles. Elevaron los oficiales una protesta reclamando. Se les mandó procesar como autores de un motín...

En la Convención Provincial, el año 1872, tal vez por influencia del poema *Martín Fierro* recién aparecido, se discuten dos proyectos tendientes a abolir el servicio obligatorio, la leva. (Lo había hecho Dorrego en su breve gobernación). Presentaron esos proyectos Adolfo Alsina y Pedro Goyena. Y ese año también el Congreso Nacional sanciona la ley por la que el ejército de fronteras lo constituirán “voluntarios”, “enganchados” y “destinados”, y a veces, en circunstancias apremiantes, “guardias nacionales”, o sea vecinos armados, casi sin instrucción militar, generalmente propietarios afligidos a quienes sus peones secundaban. De las primeras categorías, sólo contaban “los destinados”, es decir, los gauchos ‘Vagos y mal entretenidos’ a quienes se forzaba a ir por culpa de delitos... imaginarios o porque el comandante le deseaba la mujer o porque el juez de paz no contaba con él plenamente el día del comicio. ¡O por lo que fuere! ¿Voluntarios? ¿Quién iría voluntario a la frontera? Enganchados, sí. Atraídos por el sueldo y empujados por la miseria, se enganchaban extranjeros, a veces antiguos veteranos de Europa. Pocos serían. Sin conocer el terreno, ni la guerra singular de las pampas, ni las argucias del indio; eran gallos en corral ajeno:

*Yo no sé porqué el gobierno  
nos manda aquí a la frontera  
gringada que ni siquiera  
se sabe atracar a un pingo;  
¡si creerá al mandar un gringo  
que nos manda alguna fiera!...*

La parte difícil de la función quedaba a cargo del “destinado”... y de los guardias nacionales, bisoños, pero interesados en defender sus propiedades o las de sus patronos.

En el reportaje que un periodista de Saladillo –región castigada antaño por la guerra– Orlando Sanguinetti, hizo a Don Gabino Salguero, anciano sobreviviente de la leva de 1872, año de la derrota de Calfucurá y de la aparición de los libros de Hernández y Barros, se hallan comprobaciones bien sugestivas: A raíz de la invasión de Calfucurá, se hizo un reclutamiento apresurado; Gabino Salguero, de 18 años de edad, fue enviado a Blanca Grande, luego a otros fortines; allí se le enseñó rudimentos de instrucción militar y a recibir duros castigos –palizas y cepos. El periodista se complace en hacer un paralelo entre lo que cuenta el gaucho Fierro, protagonista literario, y lo que dice Gabino Salguero, protagonista viviente. El arreo en montón, interrumpiendo un baile, es el mismo, después le dan caballo y él pone su apero, le dan uniforme y armas –un gran sable corvo y una “carabina de cargar por la boca, después del primer disparo se tardaba tanto tiempo, que los indios podían lancearnos a gusto”. Sueldo recibió Salguero al año, cuando lo licenciaron: 150 pesos moneda antigua. El cantón, una ratonera. Comida, además de las reses, lo que cazaban, y esto daba también para vicios y ropa.

El pulpero, “habilidoso”, como el del poema: cobraba 50 pesos por medio frasco de ginebra, es decir, el sueldo de cuatro meses. Al salir, de peón nuevamente, Gabino Salguero ganaba 300 pesos mensuales. En 1874, cuando la revolución mitrista, volvió a ser reclutado, a combatir en “La Verde”, y triunfar con las fuerzas del gobierno, armadas de rémington, mientras los revolucionarios, más numerosos, poseían armas de fuego antiguas o sólo lanzas y sables...

Otro poeta, Pedro de Oña, ya clamó:

*¡Oh, qué desafortado desafuero  
usado con los pobres naturales!  
¡Oh qué de imposiciones desiguales  
en gente que era al fin de carne y cuero!*

*(Arauco Domado).*

Sea por los protestadores versos o por las polémicas parlamentarias o por los enconados artículos periodísticos o por la deserción

de gauchi-soldados que aumentaban el número de “matreros” y “cuatrerros”, las gentes de la ciudad comenzaron a hacer leyes moderadoras de los “desaforados desafueros” o a revivir las existentes, ya olvidadas. Según las investigaciones de Orlando Sanguinetti, en 1869, ya el gobernador Emilio Castro firma un decreto por el cual declara: “Siendo el servicio de fronteras una pesada, pero necesaria carga que gravita sobre los habitantes de la campaña con el fin de proporcionar a la autoridad nacional la fuerza que necesita para atender a su seguridad, debe tratarse de que se haya consultado la equidad y la justicia para lo cual revoca a los comandantes militares la autorización de que disponían para nombrar a los ciudadanos que integraban los contingentes”. Y nombra en su lugar una comisión. Acto importante porque así se resta a aquéllos funcionarios la autoridad omnímoda que los llevaba a cometer tantas arbitrariedades. En la Convención Provincial de 1871 presenta Adolfo Alsina un proyecto por el cual se obliga a las ciudades a prestar contingentes de hombres como la campaña, y en 1872, durante la misma Convención, Pedro Goyena presenta otro. En ambos se ve la influencia de los versos y los artículos de Hernández. Más aún: en su *Mensaje* de 1872, dice el gobernador Emilio Castro:

La defensa de las fronteras es una carga general que debe pesar igualmente sobre todos los ciudadanos de la República, como pesa la defensa del territorio contra una agresión extraña y como se exige también para sofocar la rebelión. Es inicuo que él pese sólo sobre un número de ciudadanos que no tiene otra causa para tal designación que su pobreza y encontrarse en la campaña.

Tres años antes, en *El Río de la Plata*, Hernández había escrito:

¿Cómo se pretende que la campaña únicamente atienda el servicio de las fronteras? ¿Por qué no se hace extensivo ese servicio a los hijos de la ciudad?

En octubre de ese mismo año mojón –1872– se consagra la ley que dice:

El servicio militar ordinario de frontera, sea pedido por el gobierno nacional o provincial, será desempeñado por soldados alistados a expensas del tesoro de ésta y también por los destinados al servicio por las leyes.

*Y ya es tiempo pienso yo  
de no dar más contingente  
si el gobierno quiere gente  
que la pague y se acabó...*

Tres años antes también, Hernández había escrito: “Los gobiernos necesitan soldados para atender el servicio de frontera. Pues que los busquen en sus recursos propios”.

Estos proyectos de ley y decretos de gobernantes flotaban en el ambiente desde tiempo atrás, y rastros encontramos en el mismo poema:

*De los males que sufrimos  
hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:  
En un lado pegan los gritos  
y en otros ponen los huevos  
Y se hacen los que no aciertan  
a dar con la coyuntura,  
mientras al gaucho lo apura  
con rigor la autoridad,  
ellos a la enfermedad  
le están errando la cura...*

Entre esos “puebleros”, además de Hernández, Alberdi y Nicasio Oroño, otros hablaban y escribían señalando irregularidades y abusos: “La lucha contra el indio fue un pretexto de los gobiernos para armarse e imponerse a los descontentos. Los ejércitos no se empleaban mayormente contra el indio. Los indígenas apenas ocupan hoy la atención de una décima parte del ejército”, dice Alberdi en *El crimen de la Guerra*. Y Nicasio Oroño, hombre liberal,, gobernante progresista, ex gobernador de Santa Fe derrocado por un motín clerical preparado en Córdoba, luego legislador; en 1864 había publicado un folleto (*Consideraciones*

*sobre fronteras y colonias*) en el cual presenta acertadamente muchas de las fallas que prolongaban el ruinoso problema. Allí Oroño dice esto:

La mejor de las leyes sería una burla para la sociedad, cuando los encargados de cumplirla, carezcan de ese respeto por el cumplimiento del deber que distingue al buen ciudadano del que no lo es. El peor sistema y la más imprevisora de las leyes será bonificada por el empeño de sus ejecutores en llenar los vacíos que ella ha dejado subsistentes, con el esfuerzo desinteresado en hacer el bien, que es el objeto primordial de toda ley.

Ocurría durante la República lo mismo que antes, cuando la Colonia: Las leyes de Indias excelentes, los encargados de hacerlas cumplir, aventureros sin escrúpulos, ambiciosos apresurados. Siempre la voz del gaucha, víctima, testigo y juez ante la historia:

*¡Pucha, si usted los oyera  
como yo en una ocasión,  
taita la conversación  
que con otro tuvo un juez!  
Le aseguro que esa vez  
Se me achicó el corazón.  
Hablaban de hacerse ricos  
con campos en las fronteras,  
de sacarlos más afuera  
donde había campos baldíos;  
y llevar a los partidos  
gente que la defendiera.  
Todos se güelven proyectos  
de colonias y carriles,  
y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos,  
mientras al pobre soldao  
le pelan la chaucha, ¡ah, viles!..*

Sólo así se explica que un ejército con tales soldados esté roído por la desertión.

En 1871 se publicó un folleto anónimo: *Abusos y ruina de la campaña*. En él se amontonan una serie de cargos a las autoridades del

Azul que bien podían generalizarse para las de todos los pueblos de frontera, desde Mendoza a Carmen de Patagones, una línea de cientos y cientos de kilómetros.

Ese folleto escrito con pasión, por alguien que demuestra conocer el asunto, lamenta el empleo que se ha dado a los indios en las guerras civiles ya que de ellas el salvaje sólo sacó provechos, y el blanco, ruinas. Lamenta también la presencia de indios “mansos” cerca de las poblaciones –los Catriel, los Cachul, los Coliqueo– por el mal uso que se hizo de las contribuciones destinadas a comprarles la “mansedumbre” –paz a lo Rosas. “Los capitales destinados a la mantención de indios sirvieron para enriquecer a los especuladores” –afirma. Los indios sólo tenían un medio de vida esencial: el robo. Y comerciantes de campaña hubo que se lo alentaban con sus compras. El indio “manso” robaba en el sur, y vendía, ya no en Chile, como el indio “bravo”, sino algunas leguas al norte, en la propia Argentina. Caso de lo que ocurrió en el Azul: El lenguaraz se había convertido en un personaje y “trabajaba” para su provecho; el juez de Paz y el Comandante, también, y todos en combinación con el Cacique (Cipriano Catriel). Hay un momento, en que “el robo llega a ser una especulación permitida”. Con el tributo ofrecido a los indios mediante tratados, se especula. Se los roba. Si se habla de repartirles tierras, y hay indios dispuestos a ser colonos, a trabajar, el reparto no se hace nunca: los intereses particulares de los funcionarios se interponen, y el Gobierno central –Mitre o Sarmiento, Alsina o Castro– ocupados con guerras exteriores o civiles, sin recursos, no puede obrar con mano fuerte. Por ejemplo: el Gobierno dispuso enviar bueyes a los indios establecidos cerca del Azul para enseñarles a arar. Los encargados de darles bueyes les dieron novillos cerriles que no se podían uncir a los arados. Los indios se los comieron, y después lanzáronse a sus habituales correrías. Fueron bandoleros los que pudieron ser labradores. Más cargos. Es interesante no dejarlos en el tintero, ya que éstos explican la prolongación de una guerra que, a esta altura, dada la superioridad de las armas, podía haber ya terminado. La derrota de Calfucurá en San Carlos así lo prueba. Pero terminar con el indio

ladrón, ya sea matándolo o convirtiéndolo en colono útil, era terminar con el “negocio” de muchos jueces de paz, comisarios, comandantes de frontera, y aún de latifundistas y políticos de la ciudad.

El Banco de la Provincia estableció una sucursal en el Azul para prestar dinero a los labradores gringos allí llegados, y a módico interés. Esto perjudicaba a los usureros. Las autoridades influyeron entonces para que el Banco prestase sólo a los “acuñados”. De este modo había quien sacaba dinero para volver a prestarlo a los labradores necesitados de él. Estos, apremiados por la deuda, vendían con un 40 por ciento de pérdida su cosecha, y a veces la vendían a su propio prestamista. Es así cómo tantos labradores, base de la riqueza pública, tiraban sus herramientas y se dedicaban a robar animales y vender sus cueros. ¿Hasta cuándo duraron semejantes abusos y arbitrariedades? *Cuentos de Pago Chico*, de Roberto Payró, crítica de todos los abusos, políticos, comerciales y judiciales, describe lo ocurrido en Bahía Blanca a fines del siglo XIX.

Se ve así que el capital del Banco concedido en nombre de ideas liberales y de una economía progresista, es acaparado por un círculo de canallas y puesto al servicio de sus negociados particulares. La tierra negada al labrador, es monopolizada por el estafador que la deja estéril, esperando la oportunidad de revenderla. Los indios, explotados por el lenguaraz y sus compinches. El mando de la frontera, confiado a un vicioso. Ya vimos que la insurrección de Calfucurá en 1872 se debió a la prepotencia del coronel Francisco De Elía contra los caciques Grande y Chiquitruz, complicado con Cipriano Catriel

Tal es el panorama de abusos que se presenta en el Azul. El autor del folleto termina: “Lo que ocurre en el Azul es casi general en toda la frontera”.

En algunos lugares, la toponimia nos está señalando la historia de un abuso. Ahí está Quemú-Quemú, un pueblo de la actual gobernación de La Pampa. Según Eliseo A. Tello, la palabra “quemú” no es araucana, sino española, corrupción de “quemó”. Quemú-Quemú significaría quemazón. La información de aborígenes residuo de las tribus de Namuncurá, explica:

Fue en la época de Calfucurá, cuando éste se encontraba en el apogeo de su gloria, quien, disgustado por los aviesos proceder de los proveedores inescrupulosos que se encargaban de entregarle las raciones por cuenta del Gobierno y de acuerdo a tratados vigentes, ordenó a uno de los caciquillos que comisionara para recibirlos en ese paraje (hoy Quemú-Quemú), que si dichas raciones venían de menos o eran malas, como había estado ocurriendo hasta entonces, que le prendiera fuego a todo y que a los “cristianos” no les dejara más que lo montado para que se volvieran a su tierra a contar el cuento. Si pretendían hacer barullo que los degollara. Como el proveedor obrase fraudulentamente, el comisionado de Calfucurá, cumpliendo la orden de su jefe, incendió el convoy en el lugar, el que ardió en medio de la algazara de los indios. Desde entonces el paraje se llamó Quemú-Quemú.

En una carta de Namuncurá a Alsina –7 de diciembre de 1877–, le denuncia la irregularidad en la distribución de raciones:

El Proveedor y el Procurador hacían lo que querían, una yegua con cría recién parida nos entregaban por dos animales de cuenta que en realidad no debía ser más que uno de cuenta. Cuando en esa época demoramos en el pueblo del Azul, nos daban por ración una vaca, pero nos quitaban el cuero; es decir, nos daban únicamente la carne del animal y el Proveedor y el Procurador aprovechaban el cuero, de aquí resulta, Excelentísimo Señor, que se dijese que el indio sale a robar y agregan injustamente que él no cumple con los trabajos que firma y a que se obliga legalmente. Otro hecho más: el tabaco que se nos daba era un artículo amojosado que era imposible fumarlo; lo mismo sucedía con la calidad de la yerba y azúcar que se nos distribuía...

Namuncurá pide vigilancia a fin de evitar esos actos y otros; éste, por ejemplo:

Sucede a menudo que se produce un escándalo cualquiera entre los indios. Casi siempre sin razón llevan a uno de ellos preso, por orden del Comandante, con el consabido plan de apoderarse del caballo que tiene el que va a poder del Comandante sin que nadie le haya observado hasta hoy este proceder inicuo y de verdadera explotación. ¿Por qué hace el Jefe de Frontera esta injusticia? ¿Será porque no somos civilizados como los demás? La justicia debe amparar por lo mismo que deseamos consolidar las bases de los tratados...

\* \* \*

La despoblación y el latifundio, los dos males que aún la Argentina

no ha sabido vencer, contribuyeron poderosamente, tanto como el capítulo de los abusos e irregularidades, a prolongar el problema del indio.

En su *Mensaje* de 1871, dice Sarmiento:

De dos años a esta parte, ha sido conquistada al dominio de los salvajes, una extensión de miles de leguas. Por lo mismo que hemos alcanzado resultados tan felices, debemos aprovecharlos. No basta haber puesto entre el desierto y nosotros un nuevo desierto. Es necesario poblarlo. La despoblación es mayor enemigo que el mismo salvaje, puesto que lo engendra. El problema permanece de pie y debe resolverse cuanto antes...

La despoblación se pudo combatir, como en Estados Unidos, con el establecimiento de colonias; el latifundio se pudo impedir también con ellas y no repartiendo la tierra con el solo fin –al parecer– de hacer pocos ricos y muchos pobres, según la fórmula de Rosas, que es la de toda tiranía. El rico siempre es un obsecuente apoyo de ellas. Hemos visto cómo se burló a Rivadavia, el implantador de la enfiteusis; cómo Rosas, el antirrivadaviano, transformó a los enemigos de aquél, encubiertos de enfiteutas, en propietarios y aún en grandes propietarios; cómo los caudillos y sus montoneras belicosas se opusieron al establecimiento de colonias agrícolas; cómo los ganaderos, impacientes de riqueza, miopes ante los intereses generales y el porvenir de la Nación, dificultaron la agricultura. Caído Rosas, sus sucesores, Urquiza, Mitre, Sarmiento, intentaron fundar colonias. El primero, particularmente. Algo se hizo. Alejo Peyret, su colaborador en la útil obra, escribe:

... la esterilidad de estos generosos esfuerzos, y el mal resultado del primer ensayo de colonización que se hizo en aquella época –año 1822–, tuvieron por causa el mal sistema de la enagenación y distribución de la tierra baldía.

El apoyo al latifundo y el fracaso de las colonias tiene, pues, una misma causa. La falta de previsión se pone en evidencia, sobre todo, en la provincia de Buenos Aires, el feudo de Rosas, porque aquí es donde las más grandes extensiones de tierras fueron acaparadas por unos pocos propietarios sostenedores de Rosas primero y después de todo

gobierno fuerte, antidemocrático, que les permitiera el gozo y explotación de sus privilegios. Los “vacunos” de Buenos Aires constituyeron la remora de la República. (La constituyen todavía). También sobre este tópico ha escrito con fundadas razones el citado Nicasio Oroño en *La verdadera organización del país*:

*Todos se vuelven proyectos  
de colonias y carriles...*

Protesta el gaucho, y con razón. Los proyectos terminaban en fracasos generalmente, porque la clase latifundista primero y los disturbios de la mala política, siempre dispuesta al motín, aventaban a los crédulos trabajadores. Lo que ocurrió con los colonos irlandeses y alemanes traídos por Rivadavia, se repitió muchos veces, aún con los indios. La capacidad de trabajo de los indios quedó demostrada en muchas ocasiones. ¿Se la supo aprovechar inteligentemente? ¿Se la orientó alguna vez de modo oportuno? Con los obreros del Chaco, Salta y Tucumán, con los mensúes trabajadores de la yerba en Misiones, mestizos o indios que viven en tribu los meses de labor, ¿se hace otra cosa, ¡todavía!, que explotarlos inicualemente?...

Los poetas aún cantan:

*M'hi hecho viejo, trabajando  
en este suelo qu'es mío,  
destroncao por estas manos  
y chivatiao por mis hijos.  
M'hi hecho viejo en el rastrojo  
que me acaban de quitar..  
Diz que no tenía derechos., .  
Y el trabajo, ¿qué será?...*

(José Ramón Luna: *Guarcha Locro*).

*Por un par de botas  
y un pañuelo blanco,  
con el poncho al hombro  
salí de mi pago.*

*Con el poncho al hombro  
y un guayno en los labios,  
me jui p'al ingenio  
buscando trabajo.  
Del ingenio vengo  
machucado de tanto  
peliar con las cañas  
haciéndome el guapo.  
Del ingenio vengo  
pobre como cuando  
por un bar de botas  
salí de mi pago...*

(Domingo Zerpa: *Puya-Puyas*).

En 1889, cuando Alejo Peyret visita las colonias de dinamarqueses en Tandil, comprueba que Rivadavia tuvo razón, que de realizarse la idea colonizadora y enfitéutica del “visionario” –corno le llaman aún sus enemigos encubiertos– la Argentina sin latifundios, hubiera igualado la riqueza económica de Estados Unidos y no hubiese sido entonces gobernada por su clase oligárquico-latifundista-ganadera, instrumento y apoyo del imperialismo británico, ventosa de riquezas y de libertades.

No se necesita absolutamente ser propietario de la tierra para enriquecerse –escribe Peyret–. Esto significa el sistema de Rivadavia que no quería vender tierras fiscales, que deseaba solamente entregarlas en enfiteusis al cultivador, preparando así una pingüe renta al Estado, una renta tal que con el tiempo podrían suprimirse todas las demás contribuciones, como lo querían los economistas de la escuela fisiocrática.

Se hizo, en cambio, al revés. Los grandes propietarios de tierras subieron al poder con Rosas, se afirmaron en él duramente, engendraron otros propietarios y las colonias agrícolas se vieron sustituidas por latifundios ganaderos. “La Argentina es un desierto poblado por excepción” –apunta Alberdi, dejando otra de sus definiciones seguras.

Jules Duval, perito en la materia que estudió cuando la colonización de Argelia, escribía en 1857 (*Memoria sobre la concesión y renta de tierras*), haciendo ver los inconvenientes del sistema:

Las donaciones ejercen una influencia perniciosa sobre las costumbres públicas. Su otorgamiento se convierte en un ramo de comercio que desmoraliza. Las personas influyentes solicitan y obtienen tierras nada más que para revenderlas; y con este tráfico vergonzoso todo queda comprometido, la dignidad del hombre, la delicadeza de los funcionarios y los intereses del país... Los gobiernos concluyen considerando la tierra, bajo el sistema de las donaciones, no ya como un elemento de población, sino como un recurso inagotable para derramar favores, que crean prosélitos. Pónese así en las manos de los Gobiernos un instrumento fácil de corrupción...

Es lo que ocurrió en la Argentina desde Rosas en adelante.

En la *Memoria* que, en 1876, eleva el Comisario de Inmigración, constata:

De un momento a otro deben llegar emisarios del norte de Europa en busca de terrenos para establecerse en número considerable. La Nación no tiene otros terrenos para ofrecer que los del Chaco.

Una monstruosidad: la Nación está pobre en un país de ricos.

Volvamos a Hernández, nuevamente. En su artículo “La división de la tierra”, 1° de septiembre de 1869, escribe:

Los gobiernos pueden hallar en las tierras públicas una mina de riqueza, ciertamente. La única dificultad consiste en saberla explotar, o mejor dicho, en hacer de ella el uso legítimo que imponen las leyes de la naturaleza y de la justicia, en armonía con las bien entendidas conveniencias del Estado. Nosotros negamos a los gobiernos el derecho de vender las tierras públicas, o de afectarlas a ninguna deuda, o de hacer de ellas un medio de crear recursos para las necesidades extraordinarias...

Gobernar no es comerciar, es simplemente administrar, dentro de las leyes... Para nosotros el sistema consiste en la distribución de la tierra por pequeños lotes, como ya lo hemos manifestado. En subdividir la propiedad, lo más posible, reside el secreto del mayor beneficio. Las grandes fortunas tienden sin embargo a irse agrandando cada vez más, y manteniendo la tierra por lo general en la esterilidad y en el abandono del trabajo inteligente y activo. No hay países más pobres y más atrasados, que aquellos donde la propiedad está repartida en unas cuantas clases privilegiadas. De esa desigualdad se originan los privilegios odiosos que imponen al pobre un pesado tributo. En sociedades organizadas sobre esa base, existe una verdadera esclavitud bajo el nombre de pauperismo.

Desde 1848, cuando Echeverría desterrado en Montevideo, escribía exaltando la revolución parisiense de ese año, no se oía en el Río de la Plata un lenguaje tan avanzado ni tan veraz en defensa de la clase trabajadora, la que produce la mayor riqueza de un país.

Más tarde, en su *Instrucción del Estanciero*, Hernández insistirá:

Ningún pueblo es rico si no se preocupa por la suerte de sus pobres.

Por esto, por no preocuparle la suerte de sus pobres, la Argentina, país predestinado a la riqueza por sus múltiples dones naturales, conoció el hambre, la desocupación y la ignorancia, los tres flagelos de las clases productoras.

Se hace todo lo contrario: los gobiernos sólo se preocupan de la suerte de sus ricos.

Recapitemos: ya vimos que, en 1817, con Pueyrredón, comienza el reparto de la tierra. Se interrumpe en el lapso de 1822 al 28 en que rige la enfiteusis. Violada ésta, y con el motín militar que impone a Lavalle —espada heroica, temerario jefe de caballería, pero gobernante inepto— la repartija de tierras se restablece. Sin plan alguno, a la merced de los “vivos”, queda el patrimonio del Estado. Viamonte y Rosas en su primer gobierno, siguen la repartija. El segundo gobierno de Rosas es ya la Jauja de los especuladores. ¿Qué se hace desde 1852, año de su caída? Desgraciadamente, seguir su línea. Los Mitre, Sarmiento, Avellaneda, admiradores de Rivadavia, no vuelven a él. Se ven impotentes, constreñidos por los intereses ganaderos ya solidificados. Sobre la ley de Rosas, suprimiendo la enfiteusis, siguen operando ellos. El patrimonio nacional continuó entregándose a particulares. Si éstos hubiesen sido agricultores, el mal no sería tan grave, pero eran simples propietarios, gente dispuesta a negociar con la tierra que recibía, no a sembrarla. En 1857 se da una ley de arrendamiento.

Por esta ley, las tierras aún en poder del Estado, se entregan, sin más restricción que establecer:

Artículo 13: Ninguna persona o sociedad podrán obtener en arrendamiento más de 3 leguas cuadradas al interior del Río Salado, y de seis al extremo de este río.

Los “vivos” volvieron a burlar la ley, a violar la restricción, como cuando la enfiteusis. Incapacitado el gobierno para controlar las concesiones, bastaba presentarse solicitando querer colonizar y se obtenían tierras en arrendamiento. Y como antes entre los enfiteutas, figuraron nombres que jamás pensaron ser cosecheros; entre estos arrendadores con propósitos de sembrar y fundar colonias agrícolas, lo mismo. Basta citar algunos: Alvear, Amadeo, Anasagasti, Arana, Arce, Atucha, Balcarce, Basualdo, Bullrich, Bunge, Calvo, Casares, Cambaceres, Elizalde, Frers, Gainza, Gowland, Haedo, Irigoyen (Bernardo), Iraola, Lastra, Luro, Lezica, Linch, Montes de Oca, Madero, Ortiz de Rosas, Ortiz Basualdo, Pacheco, Pereyra, Pinero, Portela, Quirno, Quintana, Rocha, Saguier, Santamarina, Saavedra, Subiaurre, Senillosa, Terry, Unzué, Villanueva...

Los ganaderos seguían, pues, apoderándose de la tierra pública, si ayer como enfiteutas, ahora como arrendadores, pero siempre violando los fines de la ley que deseaba propagar la agricultura. Y como ocurrió con los supuestos enfiteutas, estos arrendatarios, una vez cumplido su arriendo, no lo renuevan, compran la tierra que poseen, se hacen sus propietarios. Antes Rosas, ahora sus sucesores, operan lo mismo. El latifundio se propaga, los terratenientes cada vez más poderosos. Ya hay inmigrantes agricultores que solicitan tierra para trabajar. El Estado no la posee. Los arrendadores, subarriendan, cobran precios asfixiantes, el alquiler de tierras que aún no les pertenece, les da para comprarlas. Los acaparadores arrendatarios, hacen el mismo negocio que antes los acaparadores falsos enfiteutas. Unos pocos se siguen enriqueciendo con el trabajo de muchos. Y los gobiernos continúan respaldando a aquellos pocos. Viene después el regalo de tierras para pagar “servicios militares”. Pero el militar, ¿no gana un sueldo? ¿Por qué este afán de pagarle sueldos extras? ¡Y qué sueldos!; era preciso que el hombre dueño de las armas, estuviese agradecido al gobierno y esperase más de él. Rosas lo hizo y sus sucesores lo hacen. Rosas pagó con tierras conquistadas a los salvajes in-

dios o confiscadas a los salvajes unitarios la fidelidad de militares y aún de civiles. Los sucesores del tirano, a medida que se avanza en tierras del indio, en vez de establecer colonias —como en Norte América—, lo cual hubiese transformado el desierto en huerta y jardín, y a la República en fuente de vida y riqueza, venden, arriendan o regalan la tierra. Y no a labradores. La ceden a particulares que especulan con ella. En 1839, cuando se sofocó la “Revolución de los libres del Sud”, Rosas regaló a los militares que pelearon por su causa, 787 leguas cuadradas de tierra. (Dos millones ciento veinticinco mil hectáreas). Muchas de ellas confiscadas a los unitarios que tomaron parte en la asonada. De esos militares, gran número malvendió a su vez las tierras a otros propietarios, que así vieron extender su latifundio pavorosamente para el porvenir de la Nación. Ya en 1833, premios por la campaña contra el indio, los militares rosistas recibieron tierras, y el más beneficiado de esta donación fue el propio Rosas, ya lo vimos. En 1835, 1837 y 1839, nuevos regalos de tierras a los militares que hacían expediciones sueltas, “entradas”, contra los indios sublevados. Algo semejante continuaron haciendo después de Rosas los gobiernos sucesores. Desde 1865 a 1881 —ésta a favor del general Roca, 20 leguas— se donó tierras por servicios militares. Más aún: a veces, el Gobierno, pobre hasta la miseria, paga los sueldos de la oficialidad con tierras. Vendidas éstas por los imprevisores o necesitados oficiales, iban a aumentar la extensión de los latifundios. En 1875, la Nación había obsequiado a sus militares, la cantidad fabulosa de siete millones cuatrocientos cincuenta mil setecientos cuarenta y un hectáreas de tierras. (Cifras para las *Mil y una noches*).

Más datos: Se fundan pueblos en tierras antes regaladas, el Gobierno compra a sus propietarios las tierras que antes él les regaló. Por otra parte, se supone los “negocios” que en torno a estas fundaciones de pueblos podían hacerse. El país iba desarrollándose, la tierra adquiriendo un valor imprevisto y los grandes propietarios encontráronse así, de súbito, poseedores de fortunas imponentes y de extensiones de tierra capaces de cometer una nación europea poblada por millones de seres humanos y aquí sólo por caballos y vacas. “Un peso invertido en

tierra en el año 1836 – calcula Jacinto Oddone– se convirtió en 4.380 pesos en el año 1927”... ¡Si enriquece el trabajo, el trabajo ajeno!

En torno a este asunto de las tierras y de la “campana del desierto” y la guerra contra el indio, cabría la aparición de un novelista como Balzac para que hiciese la historia amena, y económica a la vez, de dos o tres generaciones de potentados. Lo que él hizo en Francia con los “vivos” aprovechadores de la Revolución del 89, empalidecería, dadas las sumas de pesos y las extensiones de tierra en la Argentina logradas. Por ejemplo: en 1889, Lucio Vicente López, el autor de *La Gran Aldea*, es nombrado interventor en la provincia de Buenos Aires. Lucio Vicente López es un hombre íntegro. Empieza a remover la ciénaga. Y aparece allí un coronel Carlos Sarmiento comprador de tierras que debieron ser subdivididas para venderse a agricultores. Este coronel las había comprado en un lote por la suma de 1.200.000 pesos en cédulas, 50 mil pesos en cédulas oro y 1.200 pesos en efectivo. De todo ello, el coronel comprador sólo había pagado la última insignificante suma. Todo lo demás lo abonó con un “Vale”, y peor aún: se habían hecho asientos falsos en los libros del Banco Hipotecario que era el vendedor. El coronel Sarmiento ya había vendido “sus tierras” cuando López descubrió su “negocio” y pasó los antecedentes al Juez de Crimen. El mismo López halló así “negocios” dignos de ser novelados en que aparecen Wenceslao Castellanos o Alberto Gorchs o Carlos Guerrero o Víctor Tyden o Felipe Harilaos, no inferiores en cualidades especulativas a los más sobresalientes personajes creados por la novelística europeo-yanqui contemporánea. Para crear personajes, la Vida es un novelador de insuperado imaginismo.

¡Con decir que se especuló hasta con tierras aún en poder de los indios! En 1878, necesitando el Gobierno proseguir la guerra, vendió las tierras a conquistarse. El soldado así peleaba por tierras que irían a aumentar las riquezas de un latifundista.

Y en 1885, ya conquistadas las pampas –incluso Río Negro y Neuquén, baluarte postrero del aborigen– se regaló a los militares la tierra que se salvó de aquellas ventas anticipadas. Los soldados y oficiales malvendieron sus boletas de propiedad, y los poderosos, los

que podían aguardar, pacientemente, a que aquellas tierras lejanas se avalorasen, vieron acrecer sus latifundios. En 1885, el Estado se desprendió en favor de particulares, de tierras que constituían un total de 4.750.471 hectáreas cuadradas. (¡Cuatro millones setecientas cincuenta mil setecientas cuarenta y una hectárea cuadradas!).

¡Pobres y buenos milicos! –exclama, a manera de responso, el comandante Manuel Prado– “Habían conquistado 20 mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa riqueza enorme pasara a manos del especulador que la adquirió sin esfuerzos ni trabajo, muchos de ellos no hallaron –siquiera en el estercolero del hospital– un rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo. Al verse después despilfarrada, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de 30 o más leguas; al ver las garras de favoritos audaces clavadas hasta las entrañas del país, y ver cómo la codicia les dilatava las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la conquista, lamentando que todo aquel desierto, no se hallase en manos de Reuquen o de Sayhueque...

No hay que llegar a tanto, por supuesto. No son los impacientes quienes hacen la historia ni hallan las leyes de la evolución humana. La organización social que permite la especulación y el goce del latifundio está lejos de ser definitiva. Todo nos está anunciando que no lo será en estos hermosos tiempos de inquietud rebelde. Con su derrumbe, los especuladores verán cortadas las uñas y el latifundio, charco de donde mana dinero para todos los vicios, incluso la compra de conciencias comprables, se verá parcelado y fecundado por el trabajo redentor del hombre. El latifundio no es el pasado argentino. Sólo la raíz de esta floración parásita se halla en el pasado, en 1580, apenas fundada Buenos Aires. El latifundio es un mal presente, el peor de los males que afectan a la Argentina, tanto que nada verdadero puede intentarse en ella, con fines de mejora social, sin la extirpación del latifundio.

En estas condiciones, entra en su última faz la epopeya de huincas contra pampas. Aquéllos, en 1873, año de la muerte de Calfucurá, poseen poco más de 200.000 kilómetros cuadrados de la provincia de Buenos Aires, o sea casi las dos terceras partes de su extensión. Pero

ya conocen las pampas, ya no le son “misteriosas”, ya presienten las riquezas que ocultan. Y están dispuestos a conquistarlas. Poseen ya armas e invenciones que facilitan la empresa, y gauchi-soldados de valor, resistencia y sobriedad nunca desmentidos. Más que el aborigen, roído en su prístina fiereza por las enfermedades y halagos de la civilización, que no le ha dado nada de sus mejores logros, había que vencer a la naturaleza. No sólo conquistar el desierto: Descubrirlo.

## Notas de la cuarta parte

*Cautivos — Blancos aindiados: Baigorria — Indios cristianos: Catriel — Culto a la piedra, culto al agua, culto al árbol — Viruela — El doctor Benjamín Dupont — El cura Bibolini — Nueva Rozna — Los dos caminos — Décima — Ley de vagancia — Datos y etimologías — El rey de la Araucanía.*

En su poema *La Cautiva*, tan popularizado, Esteban Echeverría inició el tema para la literatura: Los sufrimientos y horrores que el cautivo —y más la cautiva— debe padecer cuando cae en manos de los indios, crueles y sensuales. Los peligros y padecimientos a que se expone cuando intenta huir, atravesando pampas desconocidas, agobiado por la sed, la fatiga, el hambre, el temor a las fieras, las víboras y el de ser apresado. Esto implica la muerte, por supuesto, y en medio de espantosas torturas.

Hilario Ascasubi en *Santos Vega* y José Hernández en *Martín Fierro*, hablan de cautivos. Aquel narra el caso de una mujer raptada de noche por un indio que la creía joven y bella. A la mañana, viendo que es una vieja feísima la que ha raptado, la tira de cabeza en una viscachera donde la pobre queda rezando hasta que un viscachón la muerde, la saca de su pavoroso letargo, y dispara.

Martín Fierro narra lo que hubo de padecer entre los salvajes como cautivo, y eso que no era el fruto de un malón, sino un “gaucho malo”, huido a las tolderías, hecho éste que el indio miraba con agrado, pues sabía utilizar los conocimientos del hombre blanco que renunciaba a la civilización y a los toldos se acogía. También describe el calvario de la cautiva a quien salva y con quien huye, después de retar en pelea al indio que la martirizaba. La más tierna estrofa del poema está dedicada a un cautivo:

*Había un gringuito cautivo  
que siempre hablaba del barco  
y lo augaron en un charco  
por causante de la peste,  
tenía los ojos celestes  
como potrillo zarco...*

Existen relatos de dos cautivos, Santiago Avendaño que lo fue de los ranqueles, y Augusto Guinnard de los pampas de Calfucurá. Aquél relata su huida hasta llegar a un pueblo del sud de San Luis. Es una página patética la suya. Guinnard, un mecánico francés que, luego de 9 años de cautivo, huyó a Mendoza y de aquí a Chile, donde estuvo empleado en el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, cuenta el suplicio y muerte lenta, a lanzazos, revolviendo el arma en las heridas, que sufrieron unos jóvenes de Buenos Aires, cautivos, que pretendieron huir. El fue forzado

a ser expectador de la terrible escena. También cuenta de una cautiva, mujer joven y hermosa, que quiso huir y fue apresada. La ataron de pies y manos, la golpearon con cueros y, por último, arrojada a la brutal concupiscencia de veinte indios. La mujer enloqueció. La envenenaron para librarse de ella. “Las menos desgraciadas entre las jóvenes capturadas por los indios –escribe Guinnard– son aquéllas a quienes hacen sus mujeres. La mayor parte de las otras son vendidas a las tribus lejanas y terminan en un infierno terrestre una vida comenzada a menudo bajo felices auspicios. En cuanto a los pobres niños, se acostumbran a la innoble existencia de los nómades y frecuentemente hasta olvidan la lengua materna. A decir verdad son bastante bien tratados por los indios, que por consideración a su extrema juventud les perdonan haber nacido cristianos”.

(Ascasubi habla de niños, ya hombres, transformados en salvajes, volver a la población del blanco con los malones y asesinar a los suyos, tal vez a la misma madre). “Cosa terrible y casi imposible de creer –dice Guinnard– he visto algunas mujeres, que llegaron a ser madres en el seno de la esclavitud, que eran más de temer que las mismas indias, y se mostraban de lo más crueles hacia otras cautivas como ellas, cuyos proyectos de fuga denunciaban”.

Mansilla lo corrobora: “Las cautivas nuevas, viejas o jóvenes, feas o bonitas, tienen que sufrir, no sólo las acechanzas de los indios, sino, lo que es peor aún, el odio y las intrigas de las cautivas que las han precedido, el odio y las intrigas de las mujeres del dueño de casa, el odio de las chinas sirvientas. Los celos y la envidia, todo cuanto hiela y endurece el corazón a la vez, se conjura contra las desgraciadas. Mientras dura el temor de que la recién llegada conquiste el amor o el favor del indio, la persecución no cesa”.

Una cautiva llegó a apoderarse del corazón de Painé, el cacique, y a gobernarlo a su antojo. Alrededor de este caso, quizás único, Zeballos compuso su fantasía “*Reilmú, reina de los pinares*”.

“Los cautivos son considerados entre los indios como cosas” –asegura Mansilla–. Y narra que un niño fue enterrado vivo con el cadáver de su amo, como era ritual hacer con el caballo preferido. Lo enterraron para que le siguiese sirviendo de péon en la otra vida.

“En aquella misteriosa “tierra adentro” penaban mujeres cristianas de toda clase social –dice Cunningham Graham– desde la china infeliz arrastrada como la yegua de una estancia, hasta mujeres educadas en las ciudades y, en una ocasión, una “primadonna” capturada al viajar de Córdoba a Mendoza”...

Salvarse del cautiverio era difícil. A veces, durante una “entrada” de las tropas, éstas rescataban cautivos, pero la mayoría terminaba miserablemente. Mansilla llega a conmovérsele con los padecimientos y humillaciones pasadas por el doctor Macías, hombre culto, cautivo de los ranqueles, que ha sabido inspirar desconfianza por sus tentativas de liberarse. Este era el mayor delito para el salvaje, y era el único, si bien se mira, que el cautivo podía acometer.

En cierta ocasión, Millacurá (Piedra de oro), hijo de Calfucurá, se estableció en Guaminí, año 1857-58 con un mercado de cautivos. Cobraba dos mil pesos por cada uno. En el Archivo del Ministerio de Guerra están los legajos con la lista de los así redimidos. Por lo general son hombres, “las chifloras bonitas”, como el indio llamaba a las blancas, no se vendían. Se reservaban para el serallo de caciques o capitanejos, y habían ido a parar a Neuquén y Chile.

El extranjero rubio y el negro eran los cautivos más odiados. Al negro, por lo general, se le quemaba, así “el blanco no hacía pólvora con él”. El extranjero rubio servía, no pocas veces, para que los niños indios aprendieran a matar. Se le ataba las manos atrás y las piernas de modo que pudiese caminar a pasos cortos, luego en un círculo formado por indias, se arrojaba al cautivo desnudo a la merced de los niños armados de facones que lo herían hasta matarlo. Las indias comentaban los incidentes de esta feroz escena, algo que recuerda a la gata entregando a sus cachorros un ratoncillo para que jueguen y aprendan a matar.

El reverso de la medalla está en el blanco cautivando indios. Los soldados entraban a las tolderías matando varones y apresando hembras para sus noches. Los niños se enviaban a la ciudad donde las Damas de la Sociedad de Beneficencia los repartían entre las familias de su relación, como animalejos, sirvientes gratis. Madres e hijos no se volvían a ver nunca: plena esclavitud. El indio varón terminaba de peón en las estancias o chacras de los jefes. Trabajador gratis. O era destinado a los cuerpos de línea y a los barcos de guerra, a sufrir una disciplina cimentada sobre cepos, palos y penas de muerte. Los más empecinados en continuar siendo indios, en no “civilizarse”, eran enviados a la isla Martín García, un presidio. La mala alimentación, la nostalgia de la libertad a caballo y el clima húmedo los tornaba cacoquímicos. La tuberculosis los remataba.

\* \* \*

Si hubo indios cristianos, hubo también cristianos aindiados. Eran desertores o gauchos malos que se pasaban a las tolderías para eludir la ley. También los empujan a ello las guerras civiles. El más notable de los pasados es Manuel Baigorria, un puntano, alférez del ejército de Paz que luchó en La Tablada y Oncativo. Después de la boleada de Paz y derrota y disolución de su ejército, Baigorria huyó a las tolderías ranqueles. Allí afincó y se casó con una hija del cacique. Su historia es una novela. Sarmiento habla de él varias veces. “Es un tipo singular —escribe— congénere de Larga Carabina de Fenimore Cooper”. Otros historiadores, como Gez, el historiador de San Luis, o Zeballos, éste fantaseando más de lo que la realidad le brinda, y ya es bastante, han escrito sobre el curioso personaje puntano. Mansilla dice de él que ha sido “un mal cristiano y un mal indio, pues a todos ha traicionado”, juicio excesivamente severo. Baigorria vivió entre los indios obligado por el odio de los federales. O morir o proscribirse o refugiarse en las tolderías, eran los tres caminos a elegir por los unitarios durante la tiranía. Baigorria eligió el último. Se rodeó de

otros cristianos aindiados, todos huidos, y llegó a mandar de 200 a 600 hombres dispuestos a todo. Enseñó a los indios a construir ranchos, a tocar el clarín, a disciplinarse para entrar en batalla unidos. Se le amó y respetó entre ellos. Lo cual prueba el temple del hombre. Después de “Las Quijadas”, combate funesto para los unitarios, los hermanos Saá y otros oficiales se agregaron a su tribu de blancos. En pelea con las tropas del ejército, Baigorria recibió, en Cuchi-Corral, un sablazo y un tiro, la cicatriz de aquél desfiguró su rostro. No es difícil afirmar que, al mando de su caballería, fue un factor importante para asegurar el triunfo de Urquiza en Cepeda. Más tarde, enemistado con él, envuelto por una política que Baigorria no comprendía, separóse de la Confederación. Antes escribe a Urquiza una curiosa carta, documento de la sinceridad resentida, pues Baigorria es gaucho derecho: “Como amigo mucho le debo –dice–; desearía serle útil en cualquier distancia o espacio. Pero como jefe nada le debo. Señor, no me ha correspondido”.

Hasta el año 1875 en que murió, ya anciano, después de volver con los civilizados, Baigorria prestó servicios a las expediciones llevadas a cabo contra los pampas. Era un baquiano insuperable, se supone, después de treinta años de vida a lo indio, y fue el maestro de Roca, cuando éste actuó de comandante en la frontera de Río V.

Dejó unas Memorias que se publicaron en la *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Tomo X. Son una fuente preciosa de información acerca de las costumbres de los indios, la relación de acontecimientos y la pintura de personajes como Yanquetruz, Painé, Calvaín o Pichuín, como asimismo de Leuvucó, la capital ranculche.

Narra, por ejemplo, en esas *Memorias*, cómo Rosas intentó hacerlo asesinar por sus huéspedes de Leuvucó. La anécdota muestra al hombre de Palermo en una de sus habituales “agachadas”: envía a Bahía Blanca un chasque con una carta donde dice: “No teman por Baigorria, está con nosotros y sólo espera lograr la cabeza de Pichuín y Painé para reunirse”. El chasque se deja coger por los indios del Azul que en seguida avisan a los de Leuvucó. La situación es dramática. La red está hábilmente tendida; Pichuín comunica a Baigorria que lo va a matar por traidor. Baigorria se dispone a morir peleando. Pasa una noche de angustiosa espera. Aparece al otro día Pichuín, y le dice: “Cumpa, ayer nos enojamos, ¿no? Yo te he dicho para que veas que para vos no tengo reservas. Vos sabes como saben ser mis operaciones y si hubiera tenido intención de matarte, no te hubiera dicho, lo creo cierto, y si vos sos injusto y querés hacerlo, aunque sea dormido, puedes hacerlo”.

Este es el lenguaje rústico, de pésima sintaxis, que emplea Baigorria, hombre de tan pocas letras como muchas agallas.

Hay otros cristianos aindiados cuyo nombre se recuerda, no pocos murieron en malones, junto a los indios. Manuel Baigorria es el más importante. Su existencia bien merecería que se la sacara de la penumbra histórica en que yace ahora para iluminarla de arte. Es una vida donde hay poco que novelar para hacerla novela.

De los indios cristianados, los más importantes: Cachul, Coliqueo, Manuel Grande, Catriel. Este es el más conocido. Hubo cuatro Catriel: Juan Manuel, el padre, amigo de Rauch y de Rosas; Cipriano, Juan José y Marcelino.

Juan Manuel, llamado “Catriel el Viejo”, mantenía relaciones con Rosas, a quien enviaba emisarios vestidos de “federal” —chiripá rojo—. Lo ayudó contra la Revolución de los Libres del Sur, y recibió de él cuantiosas dádivas. Cipriano Catriel (Marí-Nancul) se estableció en las cercanías del Azul con su tribu de indios “mansos”, es decir, no maloneros, sólo ladrones. Una vecindad desastrosa. Con el pretexto de bolear avestruces, salían los indios a robar y aún a matar por las estancias. Los cueros hallaban siempre compradores en las pulperías. Cipriano Catriel, que vivía en el Azul, en una casa que en 1930 todavía se hallaba en pie, que vestía de militar y dormía en cama, a lo civilizado, recibía a los vecinos en queja. Respondía, imperturbable:

—Hermano, ¿por qué no matando indio ladrón como a perro?

Pero jamás se hallaba al culpable. Y si el vecino lo identificaba, pronto aquél desaparecía: Como cualquier cuatrero gaucho, se refugiaba en las tribus de Calfucurá. Mal podía el cristiano y amigo Catriel castigar a los indios ladrones. Él mismo era un ladrón. Se había arreglado con el proveedor de manera que, recibiendo una cuarta parte de las raciones, daba recibo por el total. Después se repartían él y el proveedor la “ganancia”. Lo recibido no alcanzaba para la tribu, y los indios debían salir a procurarse qué comer por esos campos. Al morir Cipriano, y ser sustituido el Comandante de la frontera por el probo coronel Nicolás Levalle, éste intervino a fin de que Juan José Catriel, el nuevo cacique, no repitiera la hazaña de su hermano. De aquí su descontento, y la sublevación de su tribu en 1875, cuando se pretendió sacarla del Azul.

Cipriano Catriel, ladrón en connivencia con el coronel Francisco de Elía y de sus “cumpas”, también cristianos, Chipitruz y Grande; arrastró a sus guerreros contra Calfucurá sublevado. Y contribuyó al triunfo del general Rivas. Fue el nervio de la resistencia de su ejército. Para lograr esta fidelidad hubo de enemistarse con sus propios lanceros que le guardaron un rencor indio. Dos años más tarde, en 1874, se vio arrastrado por el mismo general Rivas a la revolución que terminó en la batalla de La Verde. En realidad, los indios no pelearon. Los estancieros y otra gente afincada, se espantaron de semejantes aliados que pasaban asolándolo todo. Y Mitre los apartó. Después de la derrota de los revolucionarios, el Cacique fue juzgado y condenado a muerte por sus propios indios. Su hermano y sucesor Juan José le dio el primer lanzazo. Cipriano Catriel que era un hércules, furioso, de un tirón rompió los cueros que le ligaban las manos, y le gritó: “¡Cochino!” Fue su última palabra. Él y Santiago Avendaño, su lenguaraz, fueron cosidos a lanzazos y puñaladas. Para los suyos, Cipriano Catriel, por lo de San Carlos, era un traidor. El sentimiento de hermandad racial persistía entre los indios, fueran o no cristianos.

(Hay un dicho en el campo: “Métele, Catriel, que es polca”, aconsejando que se insista. Polcu, en araucano, es aguardiente. El dicho era: “Métele, Catriel, que es polcu”, y de “polcu” se hizo “polca”).

La suerte de los traidores caídos en manos de ellas eran siempre terrible: estacados entre cuatro lanzas se los despellejaba vivos, luego una puñalada en el corazón. La piel se la repartían para hacer distintos objetos trenzados que se enviaban a los indios que seguían al cristiano fieles. Hubo lenguaraz y baquiano indio al cual, caído en poder de los nómades, le sacaban los ojos y la lengua que habían guiado al enemigo, después el corazón traidor a los “paisanos” –nombre que se daban entre sí los indios. Todo para que en la otra vida no pudiera ver ni hablar. Su venganza, pues, ansiaba ir más allá de la muerte.

El indio cristiano seguía indio, generalmente. Se les bautizaba en montón, sin enseñárselos: Un ritual. Otro Cacique cristiano fatal fue Yanquetruz el joven –no confundirlo con el ranquel enemigo de Rosas–. Este Yanquetruz se estableció cerca de Carmen de Patagones. Recibió el nombramiento de Comandante y 1.500 pesos mensuales, con 1.000 para sus caciques y 50 para cada indio de su tribu. Además, yeguas, prendas de vestir y “vicios”, (Archivo del Ministerio de Guerra, año 1857). Una hipoteca para el Estado este Yanquetruz que, borracho y jugador peligroso, cometía excesos. Fue asesinado durante una borrachera.

Sin embargo, el indio, no en tribu, llegó a ser un soldado insuperable. Un nombre: Baldebenítez, famoso por su valor y su fidelidad al ejército. Otro: Santos Plaza, igualmente fiel y valeroso. El aporte indígena al ejército fue importante. El indígena fue un soldado –y hasta un oficial– insuperable. No sólo por su valor temerario, sino por su sobriedad y su disciplina. Hay decretos en los que se dice: “A los indios amigos que se hallaron en la acción se les entregará una medalla de premio con la inscripción: “La Provincia de Buenos Aires al patriotismo y al valor”.

“Los lanceros aborígenes –cuenta un expedicionario al Desierto– estaban entre la mejor tropa con que contaban las divisiones, tanto por su disciplina cuanto por las condiciones esenciales de ser baquianos, rastreadores, nadadores y avezados a la vida de campaña. También con el nombre de “Blandengues de Belgrano”, a indios antes sernidesnudos o con harapos a la usanza habitual, se les vistió con chaquetilla, camiseta, bombacha, pantalón, kepí, polainas, chiripá y calzón, lo que les placía muchísimo, haciéndoles sentir inmenso regocijo y satisfacción”.

El dato no es trivial. Nos da la psicología infantil del indio. En suma: cristiano no era civilizar al indio. Era irlo entreteniendo o conformando con dádivas y títulos, como en el caso de los Catriel, o hacerlo soldado.

\* \* \*

El culto a la piedra, practicado en los pueblos antiguos, lo tenían los aborígenes de las pampas, como los quichuas del Imperio incaico. La empleaban como amuleto. La dinastía de los “Curá” (piedra), comenzada con Calfucurá (Piedra Azul) se debe a una piedra de este color hallada por el Cacique cuando era niño y a la que atribuía poderes sobrenaturales. También se los atribuyeron al cuarzo transparente: Licán, o sea “Luz de piedra”,

Otro culto: el del agua. Es un culto menos desinteresado que el de la piedra, más material, menos misterioso. La piedra es el símbolo de la eternidad. El agua de lo necesario, imprescindible. El agua –có– es la vida. Saber dónde hay agua constituía la ciencia de cruzar las pampas enormes. Todo podía faltar: leña, el frío se afronta, pasto y carne, el hambre se sufre. No podía faltar agua, la vida del caballo. Muerto el caballo, muere el hombre, a pie, perdido en medio de una llanura sin fin. De aquí la abundancia de nombres terminados en có: Leuvucó, Ranquicó, Atrencó...

Por fin, el culto al árbol, otro culto de lo material, una demostración de gratitud. El árbol –algarrobos y caldenes– da alimento para bestias y hombres, da con qué hacer “pulco” –chicha–, da sombra para el cansancio, da leña para combatir el frío de las noches al raso.

Lo que es la “apacheta” para el indio del norte argentino, especie de altar rústico de piedras donde al pasar debe dejar algo, cualquier cosa, un fleco de su poncho o el “acyuyo” de coca; es el “árbol gualicho” de los pampas. Al pasar frente a un árbol gualicho, generalmente un solitario algarrobo, el indio cuelga algo de sus ramas. Es la adoración, el animismo de los pueblos idólatras. En el “árbol gualicho”, reside un espíritu malo al que hay que contentar para no ser agredido. El espíritu malo se conforma con poco: papeles, trapos. A este obsequiado con la intención le basta.

El culto al árbol gualicho se ha perpetuado en tal forma que Peyret, en 1889, encuentra uno en el camino de Bahía Blanca a Patagones, y el mayoral de la diligencia la detiene para preguntar a los pasajeros si quieren colgar alguna prenda en las ramas del árbol gualicho: un algarrobo.

\* \* \*

La viruela hizo estragos entre los indios. En tiempos de la colonia, y aún mucho después, hasta 1890, los blancos sufrieron también de esa peste. Se recuerda como terribles las epidemias de 1608 y 1609 que también atacó al ganado de epizootia. En 1641-43, en 1652, en 1672 se registraron epidemias fatales, sobre todo en las tolдерías y suburbios de la ciudad. En 1694 y 1718 la viruela mató unos 17 mil indios. Otras terribles epidemias hubo en 1727, 28 y 29 llegando alguna al 90,3 por mil de defunciones en los enfermos. En 1734, 39 y 78 nuevas pestes. Casi podría decirse que el estado de peste, ya viruela, ya cólera, constituía el normal, dada la falta de higiene, las aguas malas y la impotencia para combatirla. Hasta 1805 no se introdujo en Montevideo la vacuna Jenner. De allí pasó a Buenos Aires traída por una fragata portuguesa. El remedio no llegó a las tolдерías donde la peste se presentaba pavorosa. Saturnino Seguro se constituyó en el apóstol abnegado de la vacuna antivariólica, y Rivadavia, en 1821, la hizo obligatoria por ley. Había que luchar contra los mismos enfermos y sus familiares que se resistían a la novedad.

Mansilla presenció el flagelo en las tolдерías ranqueles. Narra: “Ellos –los indios– tienen un verdadero terror pánico a la viruela que, sea por circunstancias –antihigiene– o por la clase de su sangre –no inmunizada– los ataca con furia mor-

tífera. Cuando en tierra adentro aparece la viruela, los toldos se mudan de un lado a otro, huyendo en familias, despavoridos, a largas distancias de los lugares afectados. El padre, el hijo, la madre, las personas más queridas son abandonadas a su triste suerte, sin hacer más en favor de ellas que ponerles alrededor del lecho agua y alimentos para acabar sus días. Los pobres salvajes ven en la viruela un azote del cielo que Dios les manda por sus pecados. He visto numerosos casos y son rarísimos los que se han salvado, a pesar de los esfuerzos de un excelente facultativo, el doctor Michant, cirujano de mi división”...

Una antigua y bella leyenda pampa, hace que un hombre de plata y cabellera de oro, hable a unos indios y les enseñe cómo combatir el mal: entierra los muertos, quema sus despojos, traslada la tribu a otro sitio... El consejo que el hombre de metal les trasmite a quienes se atrevieron a ir a la “tierra de los muertos”, es, como se ve, para precaver a los sanos de contagio. De los remedios empleados, brujerías no diferentes a las medievales europeas, y en esto comprobamos que todas las ignorancias coinciden, nos habla Fierro:

*Les hacen mil herejías  
que el presenciarlas da horror,  
brama el indio de dolor  
por los tormentos que pasa  
untándolo todo en grasa  
lo ponen a hervir al sol.  
Y puesto allí boca arriba  
Al rededor le hacen fuego,  
una china viene luego  
y al oído le pega gritos...  
Hay algunos tan malditos  
que sanan con este juego.*

(No sería difícil que la sudación producida por la helioterapia y la piroterapia los depurara y sanase).

*A otros les cuecen la boca  
aunque de dolores cruja,  
lo agarran allí y lo estrujan,  
labios le queman y dientes  
con un güeso bien caliente  
de alguna gallina braja.  
Conoce el indio el peligro  
y pierde toda esperanza,  
si a escapárseles alcanza*

*dispara como una liebre,  
le da delirios la fiebre  
y ya le cain con la lanza...*

Todavía en 1879, y entre soldados, un expedicionario al desierto, habla aún de la viruela: “En pleno desierto, sin recursos ni carpas, sin provisiones, con un solo médico, el doctor Dupont, que se multiplica y se desvela hasta el punto de pasar un mes entero sin tiempo para cambiar de camisa; en un campamento numeroso, estalla, furiosa e implacable, la viruela. En quince días se pierde la cuarta parte de las fuerzas, y sólo se domina el flagelo, cuando llegan, providenciales, las escarchas de junio”.

La viruela era considerada entre los indios como el mal de los males. Fue ella, como la sífilis, un regalo de la civilización a la barbarie. Ambas minaron el ingénuo vigor de la raza, la empujaron a su decadencia, le quitaron ímpetu bélico.

\* \* \*

Entre tanto hombre de guerra, cabe detenemos un instante en un hombre de ciencia, un benefactor de su prójimo. Nos referimos al citado doctor Dupont, múltiple y desvelado médico, según el expedicionario que lo cita. Benjamín Dupont era francés de origen —como parece serlo el doctor Michant citado por Mansilla, y de quien no encontramos dato alguno. Dupont nació en 1851 y residió en Buenos Aires desde 1874. Actuó abnegadamente durante la Comuna de París. En la Argentina prestó servicios en las campañas contra los indios de 1879, después en el combate sangriento de Corrales, revolución de 1880, organizando un hospital militar. Escribió folletos y publicó trabajos científicos. Durante la Intendencia de Torcuato de Alvear, como concejal, presentó numerosas iniciativas para la higienización de la urbe, bastante descuidada hasta entonces. En las pestes de cólera habidas en 1866-67 le cupo un denodado desempeño combatiéndola en San Luis. Luego parece haber regresado a Francia.

\* \* \*

El cura de Fortín Mulitas o Cantón Mulitas —fundado en 1839 ó 1841—, el valeroso, abnegado y pintoresco personaje Francisco Bibolini, había nacido en Spezia, Italia, el año 1827. En 1854 viaja a América, se establece en el Paraguay primero y después en la Argentina. Llega al Fortín Mulitas —hoy ciudad “25 de Mayo”— el 12 de julio de 1855, después de un penoso viaje en galera, al través de campos inundados. Trae el título de primer cura vicario de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario de 25 de Mayo. Es un hombre culto, de conocimientos varios, audaz, conversador, fuerte, generoso, entregado a su ministerio. Y comienza inmediatamente, sacando recursos de todo, la construcción de una capilla. Su debilidad son los versos. Escribe versos detestables. Los firma “El Pampeano”. Han quedado

algunos dispersos en periódicos que los publican a título de curiosidad. Viejos vecinos de 25 de Mayo aseguran que los sermones del cura Bibolini se hallaban a la altura de sus versos. Su vena poética abarcaba los “cuatro vientos del espíritu”, iba de lo elegíaco a lo épico, de lo social a lo cotidiano, de lo místico al chismorreo, siempre con absoluta carencia de ritmo. Algunos ejemplos:

A LA HOGUERA

*A la hoguera, a la hoguera, gritó el Senado  
platense, pensiones y jubilaciones  
a la hoguera, concluyóse el reinado  
de las hermosuras y demás bondades.  
Muchísimas gracias, convencionales.  
Incorporados vais a los inmortales.*

Otros:

AL CARNICERO, SEÑOR NUESTRO

*En kilo de carne faltaron tres onzas  
a Mariquita con madre y cuatro chicos.  
Para colmar el hambre de seis bocas  
se comieron doce gruesas de benditas.  
Lástima que la Municipalidad ha muerto  
para ver al carnicero, señor nuestro.*

PÉSAME

*A Julio A. Roca en el pésame  
acompañó por la muerte de su esposa,  
al Señor pido, resignación clame  
al contemplar la funeraria fosa.*

El epigramático Marcial de Fortín Multas poseía, por lo menos, la virtud de la brevedad. En 1857, 59 y 61, Calfucurá sitió a 25 de Mayo. En las tres oportunidades, Bibolini, corajudo, aprestó armas y levantó los ánimos para la defensa. En 1859 su abundante oratoria conquistó la parte débil del araucano Calfucurá y evitó que el Cacique entrara a saquear y matar en el pueblo, siempre a cambio de un cuantioso tributo, pues sólo promesas no iban a conformar al indio. Durante una epidemia de cólera habida en 1869, el cura Bibolini, filántropo, multiplicó sus esfuerzos en bien de su amado pobrerrío. Fundó para socorrer la miseria de éste un caserón en donde alojaba a numerosas familias. En un pueblo sin médico ni botica, el cura, oficiando de yuero, aplacó muchos malos físicos y aún salvó vidas, sin reparar en viajes penosos ni en sacrificios. Quizás por su excesivo amor a la “chusma”, su desenfado o el frenesí de

sus sermones; el cura Bibolini, un gringo émulo del padre Brochero, el cordobés cura gaucho, fue al fin suspendido de sus funciones, el 12 de febrero de 1863.

El cura Bibolini continuó viviendo en el lugar de sus hazañas. Valdría la pena que alguien se tomase el trabajo de novelar su interesante vida, averiguara de qué continuó viviendo. En 1890, tal vez porque la pensión que solicitaba no se resolvía favorablemente en la Cámara, Bibolini empuña la péñola de Juvenal, y escribe:

AMONESTACIÓN

*Si Lámela no moja bien la pluma  
a mi favor en la Legislatura,  
le he de caer como quien derrumba  
desde muy elevada altura.*

Murió el 24 de mayo de 1907. En el atrio de la iglesia parroquial de 25 de Mayo se le elevó un monumento, y la laguna, antes “Médano Partido”, se llamó “Laguna del Cura”, en honor al pintoresco y buen alumno de Jesucristo.

He aquí ahora, la narración de los hechos que vinculan al amado Padre Bibolini con el temido Calfucurá. En 1856, por culpa de los robos que se cometían en la distribución de víveres a los indios mansos de la región, éstos se sublevaron. Los caciques un indio apellidado Cristo, de gran ascendiente. Cristo se refugia junto a Calfucurá. Este lo acoge y, tomando, como otras veces, la misión de vengar agravios ajenos, se viene sobre 25 de Mayo en tren de guerra. El mayor Baldebenítez, antiguo bandolero de los Pincheira, célebre por su coraje, quiere pelearlo, pero carece de elementos. La superioridad numérica del indio es mucha. Bibolini se multiplica, yergue a los caídos, ampara a las mujeres y los menores, arma a los capaces de pelear. Calfucurá no se apresura. Sitia al pueblo, a fin de que los soldados de la guarnición no salgan y, entretanto, sus hordas saquean las estancias de los alrededores. Se retira al fin el prudente Calfucurá, sin un herido y dueño de un excelente botín: miles de cabezas de ganado, víveres, ropas, objetos y 200 cautivos. En 1859, aprovechando que la Provincia de Buenos Aires, para enfrentar, a la Confederación en Cepeda, desguarnece los fortines, Calfucurá se apresura de nuevo con su temible caballería. ¡Terror de los pobladores! Entonces, Bibolini, montando su caballo tordillo, casi tan célebre como su amo, Rocinante —aunque esta vez buen pingo—, este Quijote sin más escudo ni lanza que su oratoria y su amor al prójimo, sale a parlamentar con el indio. Por medio de un lenguaraz, un asturiano al servicio del Cacique, éste en araucano y en cocoliche el cura, hablan. Hablan horas. La parla del cura seduce al indio orador. Su porte solemne, su valor, sus promesas, son oídos. Calfucurá promete respetar vidas y haciendas. Sólo quiere matar a un vecino, a Antonio Islas, pulpero, porque en casa de éste, un tal Pedro Basabe mató a Juan de Dios Veloz, gran amigo del cacique. Logra al fin el cura convencer a Calfucurá que Besabe mató a Veloz en defensa propia, pues el muerto, borracho, lo atacó a puñaladas. Esa tarde, Calfucurá y el cura entran a caballo, pacíficamente, por las calles del pueblo

asombrado. Y el indio pernocta en la casa del cura. (En el Museo de Lujan se exhibe un cuadro donde se ve el parlamento de cura y Cacique, ambos jinetes, rodeados de indios amenazantes. El cura habla y acciona. El Cacique escucha, atento).

En 1861, después de Pavón, y aprovechando otra vez que los fortines se hallan desguarnecidos, el astuto Calfucurá invade. Se concentran las tropas, Calfucurá simula retirarse, pero sólo se esconde en el sitio llamado “Las Tres Lagunas” –hoy 9 de Julio–, y cuando las tropas, burladas, se alejan, avanza, sitia a 25 de Mayo, exige un tributo. Bibolini, nuevamente, levanta los ánimos y hace que las bolsas de los comerciantes asustados se abran a las exigencias del Cacique. El pueblo otra vez se salva del incendio, del saqueo y la muerte.

La vida de Francisco Bibolini, por lo dramática, pintoresca y ejemplar, es un film con todas las características del género, atrayente y espectante.

Naturalmente, recordando la presencia de Calfucurá en “25 de Mayo” el “poeta” Bibolini rasca su violín de Ingres y le extrae esta cuarteta conmemorativa :

*Dos mil lanzas clavadas miró  
en la plaza del pueblo famoso  
aquí comió, durmió, bebió  
de la pampa el gran coloso.*

No son los héroes quienes deben cantar sus hazañas. La Naturaleza no es tan pródiga con los menguados hombres, y la mano que maneja la espada o los labios de oratoria elocuente no es la mano del novelista ni es la lira del cantor. Aquiles y Ulises tuvieron su Hornero, Eneas su Virgilio, Bolívar su Olmedo, San Martín su Andrado. Bibolini aguarda, no digo un poeta épico, si su biógrafo, un biógrafo con imaginación de poeta para captar lo que había de heroico en este sublime sentidor de los dolores del pobrerío y con humorismo para saber arrojar sobre lo que hay en él de ridículo o de grotesco un velo de ironía piadosa.

\* \* \*

En el año 1856, después de las derrotas de Mitre y Hornos en el sur de la provincia de Buenos Aires, un coronel italiano, Silvino Olivieri, propuso la fundación de una colonia agrícola-militar cerca de Bahía Blanca. Se le aceptó, y la colonia fundada llamóse “Nueva Roma”. En su Mensaje a la Cámara, el Poder Ejecutivo decía: “La legión agrícola consta de seiscientos individuos y se halla provista de todos los elementos que son necesarios para la pelea, para el trabajo y para el bienestar material del soldado, pudiendo en consecuencia ponerse hoy en Bahía Blanca en campaña cerca de novecientos hombres de combate”. Se formaron comisiones con el fin de lograr elementos y dinero para fundar “Nueva Roma”.

La idea de avanzar sobre las tierras del indio, colonizando, existió siempre. Muchos fueron los hombres que hablaron y escribieron propugnando esa idea.

Chocaron contra los intereses de la clase ganadera, poderosa cada vez más desde que Rosas solidificó el latifundio.

“Nueva Roma” se fundó con fines de colonizar a lo yanqui, con base militar. Se eligió el valle que riega el arroyo Sauce Chico, al pie de la Sierra de la Ventana, en un lugar donde se elevan siete colinas, número simbólico e histórico. Allí había agua, leña, pampas excelentes para el cultivo. Y lugar estratégico: a una jornada de Salinas Chicas y a tres de Salinas Grandes y de Carhué, avanzadas de Calfucurá.

Pero “Nueva Roma”, formada en su mayoría por italianos, fracasó sangrientamente. Según declaraciones de los mismos, el coronel Olivieri, conde italiano, era un déspota, se hizo odiar por sus subordinados. Un círculo de oficiales que fueran del Rey de Nápoles lo apoyaba –“oficiales del Rey Bomba”, los apodaron–. Los demás, la mayoría, entre éstos los crioyos de la expedición, contra Olivieri. En una ocasión el jefe hizo apresar un grupo de enemigos, entre los que estaba Santiago Calzadilla –futuro autor de *Las Beldades de mi tiempo*, ¡quién lo creyera!– y los desterró a Buenos Aires. Un conato de rebelión lo sofocó Olivieri encadenando en el fondo de una caverna a diez y seis sargentos, sus promotores. Por fin una noche, para evitar que los sargentos fuesen fusilados, según Olivieri amenazaba, se sublevó la soldadesca. Simularon un ataque de indios y cuando Olivieri se presentó, lo ultimaron con otros de sus oficiales. El resto de la legión se fue a Bahía Blanca. “Nueva Roma” fue quemada por los indios.

El coronel Manuel Olascoaga y el cronista Remigio Lupo llegaron en 1879 con la expedición de Roca al sitio en que “Nueva Roma” se levantara. Ambos escriben sobre sus ruinas y cuentan que uno de los científicos de la expedición, el doctor Doering, se hizo bajar a una de las cavernas que, se decía, fueron los calabozos usados por el tiránico Olivieri. Casi pierde la vida el doctor Doering. La caverna encerraba en su fondo un gas deletéreo asfixiante. No pudo, pues, haber servido de calabozo. Empero, tanto Olascoaga como Lupo, en sus *Memorias*, recogen las leyendas que sobre crueldad y excesos de disciplina cometió el coronel Olivieri con sus legionarios.

Los restos del coronel, traídos a Buenos Aires, fueron enterrados en la Recoleta. Bartolomé Mitre pronunció el elogio fúnebre, 5 de abril de 1857. Es breve y bella su despedida. He aquí un párrafo:

“Era Olivieri uno de los robustos eslabones de la triple cadena que liga al Nuevo Mundo con el antiguo mundo, que se manifiesta por la inmigración que hoy llega a nuestras playas, y que algún día fecundará nuestros desiertos. La inmigración del trabajo viene a pedir el bienestar a estas regiones hospitalarias; la inmigración de las ideas viene a nutrir nuestro espíritu y educar nuestras poblaciones; la inmigración del sacrificio y de la gloria, la más noble, la más generosa de las tres, viene a traernos el contingente de sus simpatías y de su sangre, que consagra con abnegación a la defensa de los grandes principios que constituyen nuestro dogma político. A esa noble inmigración de los hijos del heroísmo y de la

gloria, a esa generosa escuela, de que Garibaldi es la más alta expresión en el Río de la Plata, pertenecía el coronel Silvino Olivieri...

\* \* \*

Cuchillo, lazo y boleadoras eran las principales armas del gaucho, las cotidianas. Para la guerra, la chuza. Un soldado de la expedición del Virrey Ceballos contra los portugueses de la Colonia del Sacramento escribió esta décima:

*Las Bolas, Cuchillo y Lazo  
en dicho País infiero  
que mucho más que el Dinero  
para comer son del caso  
pues cualquiera que de paso  
se le antoja alguna res,  
la volea por los pies,  
el lazo le arroja al cuello,  
entra el cuchillo al degüello  
y se la come después...*

La décima fue exhumada de viejos archivos españoles, por Ángel J. Battistessa –*La Prensa*, 10 de octubre de 1941.

\* \* \*

El ejército de línea se hallaba compuesto de enganchados y de destinados. Aquéllos eran los que se conchababan como guerreros por no conchabarse de peones. Los destinados eran delincuentes... o acusados de delincuentes sin serlo. “El 10 de agosto de 1815 –escribí en *Literatura Social en la Argentina*– ya se dio un decreto a fin de paralizar al centauro de las pampas”: quien no tuviese propiedad –¿y qué gaucho podría tenerla si desde Garay se venía repartiendo cada legua de tierra conquistada a los indios?– quien no tuviese propiedad era considerado “sirviente”. Y el sirviente debía munirse de una papeleta, renovable cada tres meses, y sin la cual se le consideraba “vago”. El “vago” no podía transitar sin que se le apresase para destinarlo, por 5 años, al servicio de las armas. A quien no sirviese para soldado, se le forzaba a reconocer un patrón a cuyo servicio debía trabajar por 2 años la primera vez y por 10 años en caso de reincidencia. Naturalmente, el decreto no dejaba de aclarar que el “condenado” trabajaría por su “justo salario”, sin establecer cuál sería su salario mínimo. Al arbitrio del patrón quedaba la justicia. La lucha de clases se hallaba asentada, pues, desde el primer momento, sobre leyes de una crueldad pavorosa. Y años más tarde, en 1865, la Legislatura de Buenos Aires ratifica la ley de 1815. Sanciona el “Código rural” que contiene cuatro artículos contra la vagancia. En este código se

declara “vago” al que, “sin domicilio ni medios de vida perjudica la moral pública”. El juez de paz podía aprehender a los vagos, constituir tribunal con dos alcaldes y condenar sumariamente: Si son útiles, tres años a un batallón de línea; sino, presos, a hacer trabajos públicos... (Título IV, artículos 289 a 292).

\* \* \*

Datos y etimologías: “Carhué” quiere decir: “Lugar verde o de verdor”, debido a las características que presenta el lago Epecuén y sus fértiles alrededores.

Zeballos: “Carhué” quiere decir “lugar estratégico” o “lugar de población”, y Olascoaga: “lugar donde hubo un fuerte”...

“Carué” es el nombre de una piedra caliza que los indios utilizaban para teñir sus ponchos. Y de “Garué” algunos filólogos deducen “Carhué”.

“Toro” era un adjetivo para el pampa. Decir “toro” a un hombre era calificarlo de fuerte y valeroso. Las peleas entre toros bravos, a veces con días de duración, una pelea a lo indio, atropellando y bramando, entusiasmaban al bárbaro.

La filología aporta sorpresas y abre sugerencias. Entre el eúskaro y algunos idiomas aborígenes se encuentran palabras de significación semejante. Así: “Ura ugaya” quiere decir: “agua permanente”. (Uruguay, Paraguay, nombres de ríos). El Orinoco recorre una llanura poblada de ciervos, y “oven”, en vasco, quiere decir ciervo.

Andes: en vasco “Andiáe”, es alto.

Picacho: montaña en vasco y nombre de una montaña de Colombia.

El profesor francés Baudrimont, que se ha dedicado al estudio de estas similitudes, recuerda la teoría que sostuvo entre nosotros el vascólogo Francisco de Basaldúa, por la cual los vascos, en tiempos precolombinos, estuvieron en América.

“Cancanear” en araucano es “cortejar” – “afilarse” en criollo –, rondar el toldo de una china para seducirla o poseerla. Mansilla, burlón, solicita la ayuda de los filólogos franceses para dilucidar por qué indios y galos de “cancanear” y “cancán” extraen ideas que se relacionan con el amor y sus tentaciones.

“Coliqueo”, el nombre del Cacique, significa “Pedernal Rojizo”. Cabe recordar que a este cacique, después de prestar servicios a los cristianos, se le despojó de sus tierras en General Viamonte, lo cual promovió un largo proceso. Defendió al cacique el doctor Máximo Castro.

“Curumalan” –debía ser curu-malal– quiere decir: “cerco de piedra”. Lugar donde los indios juntaban las haciendas de sus arreos para repartírselas.

“Gualichú”: voz conjunta de aymará y araucano. Quiere decir: “Diablo dañino”. Gualichú es el adversario de Gnechen o Genechen, Dios del bien. Ni uno ni otro poseían lugar de residencia, Infierno o Cielo. Vagaban por la tierra ejecutando males o bienes, amos de la desgracia y de la dicha. Un malón que traía a los toldos animales y cautivos, era obra de Genechen, otro fracasado lo era de Gualichú. Esto querría decir que el Dios de los huincas era el Demonio de los pampas, y viceversa. Las mitologías y teologías también aportan sorpresas y sugerencias.

“Gualichú” es corrupción del araucano “Huevucu”.

“Catriel” es apócope de “Catri-co”, que quiere decir: “cortar agua”.

\* \* \*

El “Rey de la Araucanía y de la Patagonia”, por su verdadero nombre, Aurelio Antonio Tounens (Orelie Antoine de Tounens), francés de origen, natural de Perigord, se nos presenta como un tipo de aventurero desorbitado, pintoresco y audaz de lo más curioso. Era procurador en los tribunales de La Chaise, su villorio natal, cuando se le ocurrió que debía ser el “Príncipe de Tounens” y coronarse rey de cualquier parte. Eligió la Araucanía y la Patagonia, sur de Chile y la Argentina, tierras vastas, salvajes y misteriosas para los años de su aventura: 1858. Llegado al puerto chileno de Coquimbo, aprende el araucano, se relaciona con caciques, como Mañul, de gran prestigio entre ellos. Tarda dos años en cumplir tales preparativos. En 1860 se interna en Araucanía, al sur del Bío-Bío. Lo acompañan dos franceses –Lachaise y Desfontaines– por él nombrados ministros. Su aspecto marcial, su verba incontentible, sugestionan a los araucanos y va siendo aceptado su título de Rey. “Orllié Antoine I” expele decretos y leyes. Da a luz una Constitución, crea títulos nobiliarios, nombra sucesores entre los miembros de su familia –residentes en Francia. Y comunica al gobierno de Chile –Manuel Mont es su presidente– la institución del nuevo rey en Araucanía. Por un decreto se anexa la Patagonia: 20 de noviembre de 1860. Da a sus vastos dominios el nombre de “Nueva Francia”. Y se dirige a Valparaíso para hacerse reconocer. Aquí nadie se da por enterado de su presencia. En Francia, lo sabe por cartas de amigos, se burlan de él. Decide volver a su reino del sur. Lo acompaña un mestizo que sirve de baquiáno. Su propaganda se hace eficaz al extremo que son muchos los caciques a quienes sugestiona y lo reconocen. Ya habla de imponer a fuerza de lanzas el reconocimiento de su regencia al gobierno de Chile. Este se alarma, ordena su detención. Traición de su baquiáno y Orllié Antoine I cae en poder de los militares chilenos, después de una celada. Calabozos, procesos, traslados de una ciudad a otra, de un juez a otro, el “Rey de Araucanía y de la Patagonia” ve que puede ser fusilado o condenado a diez años de prisión, por “el delito de perturbar el orden”. Al fin se le declara demente y va a ser internado en la “Casa de Orates” de Valparaíso cuando el ministro de Francia lo reclama y lo embarca para su país. No cede al fracaso Orllié Antoine I. Radicado en París, año 1863, publica sus *Memorias* y un *Manifiesto*. Se le burla, pero él insiste, visita redacciones y personajes políticos, escribe y habla. Miserable y olvidado, lleno de amargura, solicita una pensión del Senado por “todos los sacrificios efectuados en interés de Francia y de la civilización”. Se le desoye...

Pero no ha terminado su aventura. En 1869 desembarca en la ensenada de San Antonio, a pocas leguas de la desembocadura del Río Negro. Lo acompaña un italiano. Y desde el Atlántico, a pie, costeano el Río Negro, se dirigen hacia el oeste con el propósito de llegar al Pacífico. Es una prueba de locos, sí, pero también de héroes, de conquistadores. En la isla Choele-Choel caen en poder de los indios

pampas. Van a ser sacrificados. Los salva un antiguo cacique y prosiguen su ruta, atraviesan el Limay, atraviesan los Andes, llegan a Arauco en el momento que una insurrección de indios amenaza a Chile. La presencia del Rey complica la situación. Hábilmente, el coronel Cornelio Saavedra, descendiente del coronel argentino de 1810, mediante “mucho mosto y mucha música”, pacta la entrega del “farsante”, como él lo llama en sus documentos. Además, en Lebu permanece sospechosamente anclada una nave de guerra francesa. ¿Tiene esto algo que ver con la presencia del creador de Nueva Francia y la sublevación de los indios?... El coronel chileno pone a precio la cabeza del “farsante”. Ofrece “dos almudes o cantancas de pesos fuertes”. Orllí Antoine I se ve en peligro, atraviesa los Andes, huye a la Argentina. El cacique patagón Reuque-Curá lo protege, lo lleva a Salinas Grandes y Calfucurá lo conduce a Bahía Blanca. De aquí, por mar, se dirige a Buenos Aires. Año 1871. En *La Prensa*, *La Nación* y *La Tribuna* se le dedican artículos. La “cachada” porteña pincha al huésped que parte para Montevideo y Francia. Aquí, tenazmente, el “Rey” prosigue su tarea: Orllí habla, visita redacciones, hace giras de propaganda. Es incansable. Encuentra quien escriba un folleto elogioso: El Rey de Atanco por Mahon de Monhajan, y en Londres, un banquero, Jacobo Michaels, emite un empréstito. Se proyecta una expedición que, reponiendo al “Rey de Araucanía y de la Patagonia” en sus dominios, transforme a éstas en colonias francesas. Armando Braun Menéndez publicó en *La Nación*, un artículo narrando las actividades de Orllí Antoine I en el destierro, y reproducción de documentos, medallas, monedas... Diarios ingleses y franceses –*Pall Mall Gazette*, *Le Gaulois*– hablan en serio de la “Nueva Francia” en la América austral. Ya parece un hecho la partida del Rey –en este momento célebre– hacia la “reconquista” de sus dominios...

Pero interviene el ministro de Chile en París –Alberto Blest Gana–. Hace ver éste ante los gobiernos francés e inglés que la “Araucanía” es un territorio chileno. Hace público en la prensa de París que “cualquier expedicionario que en violación de nuestras leyes se dirigiera sobre Araucanía será considerado y tratado como un “pirata”. Para colmo, un agente colocador de bonos de la empresa fue acusado de estafa. El escándalo policial hunde a Orllí y a sus socios. La efímera resonancia del “Rey” desaparece. Es abandonado. Se vuelve a su tierra nativa, y en el mismo año de su muerte –1878– publica aún otro libro: *Araucanía*, donde mantiene el altivo tono y las reales pretensiones de sus mejores tiempos.

Un íntimo amigo del “Rey”, Gustavo Aquiles Laviarde, ostentó hasta 1902, año de su muerte, con el nombre de “Aquiles I”, el gran título de “Rey de la Araucanía y de la Patagonia”... pero no salió de París, aunque dejó heredero a su hijo.

Sirviéndose de las *Memorias* del propio protagonista, de los documentos y crónicas de la época, Armando Braun Menéndez (*Pequeña Historia Patagónica*) ha escrito la interesante biografía de este modesto procurador en un tribunal de provincia que, de haber tenido más capacidad guerrera, pudo coronarse “Rey de la Araucanía y de la Patagonia”, territorio de soledad y vastedad fabulosas.

## ILUMINACIONES

### CALFUCURÁ

*Calfucurá, un alarido  
que vas cruzando leyendas  
eres caballo sin riendas  
que jinetea el olvido,  
luz mala de aparecido  
es casi tu nombre ya;  
todo en la vida se va  
y como todo te fuiste,  
¡pero aun tu recuerdo embiste,  
Calfucurá!*

### AVANZANDO

*¡Adelante, aunque sufras!  
¡Callado, y adelante! No preguntes.  
No te preguntes nada.  
Sabe sólo esto: ¡sufrir!  
¡Callado, y adelante! Nieve, soles,  
disciplina y cansancio... Bajas, subes...  
¿Pensar o recordar? ¡Todo eso es ocio!  
¿Madre, novia, amistades? No te angusties:  
Avanzando no hay tiempo  
de contemplar las nubes.*

### EL ÚLTIMO TIRO

Los indios acaban de ser rechazados. Volverán a atacar, seguramente. Los hombres del fortín se cuentan. Son cinco, ahora: el teniente, el sargento, un veterano, dos reclutas. Por el suelo, varios cadáveres. Allá, dos heridos, agónicos, ayeán. Y sin caballos. El ataque de los indios entró hasta el corral...

—¿Quedan balas? — pregunta el teniente.

—No, mi teniente.

—Pelearnos a sable.

A lo lejos, en la rastrillada, aparece un jinete. Detrás de él una nube de jinetes. Han estado ocultos en el pajonal. El primer jinete se adelanta. Es un lenguaraz desertor. Habla. Trae proposiciones.

—Si se rinden...

Un tiro. El teniente ha disparado sobre él por toda respuesta. Erró. El lenguaraz huye.

Se le acerca el sargento:

—¿Y si nos rendimos, teniente?

—¡Tome! —contesta el teniente, y le da su revólver—. Queda el último tiro. ¡Suicídese!

El sargento se pone muy pálido. Coge el arma. Salta el foso del fortín. Y echa a caminar por la rastrillada, en dirección a los indios. Aparece una nube de éstos. El sargento tira. Cae uno. Diez lanzas atraviesan el cuerpo del cristiano. La indiada multiplica un alarido amenazante.

El teniente comenta:

—Ha muerto limpio.

Y desenvaina el sable.

El alarido de la indiada crece, ya es un rugido de pampero que se viene encima...

#### CENTINELA

*La noche, el infinito. Duerme el caballo.*

*Un bulto bajo el poncho mira sin ver.*

*Su fusil, su cigarro por compañía.*

*Y quizás el recuerdo de una mujer.*

#### RASTREADOR

—Lo he mandado llamar para que me encuentre un ladrón. ¿Es rastreador usted?

—Sí, capitán.

—¿Buen rastreador?

—Así dicen.... Así dicen todos...

Y el gaucho viejo se queda mirando al capitán, muy serio, inmutable.

Le muestra el rastro del ladrón. El gaucho le clava las negras pupilas, y comienza a andar. En pos de él, varios oficiales, sargentos. El rastreador se detiene. Mira alrededor, adelante, atrás...

Duda, vacila.

—¡Nada! —dice—. El pampero ha borrado la huella.

—¿Entonces?...

—¿Podría ponerme en hilera a los que tienen fama de ladrones en su compañía? Que me muestren la pata...

Así se hace. El rastreador va mirando suelas de botines. De pronto, mira una cara...

—¡Jué pucha! —Y se rasca la cabeza. Otro instante, y habla al fin—. Oiga, capitán, ¿puede prestarme diez pesos?

—Aquí los tiene.

—Toma, hermano —dice al soldado que tiene delante—. Y perdona. Ahora no te debo nada, ahora puedo hablar. Se me iba mi fama en esto, si no no hubiera hablado... —Y volviéndose al capitán—: ¡Este es el ladrón!

MATE

*(El kepi es de milico,  
de gaucho el poncho).  
El cimarrón caliente,  
con sus rezongos,  
me trae los idos tiempos, los tiempos mozos.  
(El kepi es de milico, de gaucho el poncho).  
Chupada tras chupada,  
callando, sorbo  
los rezongos del mate  
con mis rezongos.*

DISCIPLINA

Tres días sin beber. Hay soldados que, de madrugada, pasan la lengua por el rocío del pasto. Pero enseguida, el sol, bola ígnea, y el sol al día siguiente, y al siguiente. En vano es buscar nubes por el cielo, limpio y azul. Tres días sin beber. Ya se mató una yegua y se ha bebido su sangre, pero sangre no es agua. Y los cuerpos fatigados, sudorosos, exigen agua. El baquiiano busca. Se hacen pozos aquí y pozos allá. Sale agua, sí, agua amarga, como si un océano corriese bajo aquellas llanuras. ¡Y tres días sin beber! Sin beber y andando, andando bajo un sol que es fuego en forma de luz bella. ¡Tres días!...

Un grito, allá. Es el baquiiano. Grita:

— ¡Agua!

Todos corren. Se hallan frente a un pequeño charco de agua. ¿Alcanzará para todos?

El capitán ordena:

— ¡En fila! ¡Los jarros!

Parsimoniosamente, comienza a distribuir el ansiado líquido.

Cada hombre presenta su jarro y recibe su ración: medio jarro.

Lentamente, paladeando el agua como si fuera un alcohol exquisito, los hombres beben, gozosos.

Dice el capitán:

—Queda medio jarro todavía... A ver, usted, soldado, usted parece enfermo...

—Tengo fiebre, mi capitán.

—Bébase este medio jarro, entonces.

—¿Y usted, mi capitán?

—¿Yo? ¡Yo no tengo sed! ¡Beba!

COPLAS PARA EL FOGÓN

El fogón es la delicia del pobre paisano, después de la fatiga...

*Mansilla.*

*Con los ojos en las llamas  
sin reparar que tenemos  
¡los dos mojados los ojos!...  
Fogón es humo y recuerdos...*

*Cuchillo, cuchillo brujo,  
cuchillo la vida mía:  
¡Contra la vida te mellas,  
contra la vida te afilas!*

*Hombre soy y no soy hombre  
con mi dolor para afuera:  
Es bolsillo y no es bolsillo  
un bolsillo dado vuelta.*

*Una copa de aguardiente  
demen cuando esté muriendo,  
porque el aguardiente, amigos,  
se bebe mirando al cielo.*

*¡A cantar, guitarra mía!  
¡a cantar, cantor, cantar!  
La tristeza es cobardía,  
cobardía, y nada más.*

*Por un camino de golpes  
hasta la cumbre se llega:  
Muchas veces nos morimos,  
sólo una vez nos entierran.*

*El zorro sabe que es pícaro  
y el peludo se cree bobo;  
por eso el bobo peludo  
engaña al pícaro zorro.*

*Dolor, aunque me desgarras,  
por desafiarte he cantado  
con un cantar que ha dejado  
boquiabiertas las guitarras.*

*¿Para qué cuidar la vida  
si ya sabemos su suerte?  
¡Está jugada, y perdida!  
La debemos a la muerte.*

*Nuestra vida con la vida  
jugamos a cruz o cara.  
¡Sólo después de perderla  
vemos que nos hizo trampas!*

*Soy como soy, mano a mano  
y, aunque pobre, buen amigo;  
no soy rosal espinudo,  
soy un zapallo florido.*

#### LA BANDERA

—Al primero que mato hoy es al teniente —anuncia el soldado Gumersindo Flores—. Se la tengo jurada desde hace un mes, cuando me hizo dar cincuenta palos por emborracharme. ¿Quién es él para impedir que me emborrache? ¡Ni mi madre ha podido!

El confidente —Saturnino Núñez— no responde. ¿Para qué hablar? De todas maneras, el teniente hoy, cualquiera de ellos hoy o mañana... Morir hay que morir.

Y el soldado Gumersindo Flores no mató al teniente en el combate de ese día. No lo mató, le salvó la vida y sacó un lanzazo en el pecho por salvarse.

A la noche, Saturnino Núñez se aproxima al montón de trapos donde el herido, afebrado, mira las pajas del techo.

— ¿Y?... —le dice—. ¿Lo ibas a matar y le salvastes la vida?

Gumersindo Flores piensa. Y habla:

—No fue por él, pero él llevaba la bandera. Y como no podía salvar la bandera sin salvarlo a él, lo tuve que salvar también al teniente.

#### COMBATE

*¡Se nos vinieron los indios!  
Los recibimos de a pie.  
Eran alaridos de olas,  
puro coraje en tropel,  
eran montes de baguales  
corriendo ansiosos de sed  
eran rachas de pampero  
que van empujándose,  
¡eran como indios los indios!...*

*Los recibimos de a pie.  
Se dieron contra nosotros,  
y es cosa de no creer!  
pamperos, baguales, olas,  
dieron la espalda esa vez.  
El hombre vence al destino  
si lo recibe de a pie,  
si lo recibe de frente,  
como diciéndole: ¿y qué?...  
¡Vieran los indios, los indios,  
vieran los indios correr!*

#### INDIOS Y CRISTIANOS

El comandante, ya con los caballos casi aplastados, ordena detenerse. Es inútil seguir tras del malón, ligero, astuto, conocedor de pastos y aguadas. Y viéndolo perderse, hundirse, allá donde la tierra y el cielo se juntan, llevando por delante un amplio arreo de animales, comenta, casi melancólicamente:

—Si queremos vencerlos, vamos a tener que hacernos tan indios como los indios. Al fin, más fácil es hacernos indios nosotros que hacerlos cristianos a los indios. Nosotros somos más inteligentes.

“Y alguna vez también somos más bárbaros” —piensa el sargento que lo escucha.

#### MATRERO

*Tres mujeres me quisieron,  
por las tres jugué la vida,  
las veo en las tres estrellas,  
las tres Marías.*

*Tres veces, cuchillo en mano,  
vi que la muerte venía...  
Me salvaron las estrellas,  
las tres Marías.*

*Aquí estoy entre los indios,  
y por toda compañía  
sólo tengo tres estrellas,  
las tres Marías.*

#### MATE Y CONVERSACIÓN

—¿Saben quién murió de viruela? El capitán Salcedo, Cristian Salcedo.

—¿El capitán?... — dice Protasio Funes, el contador de cuentos, y queda meditando.

—¿Lo conocías?

—¿Si lo conocía? ¡Si lo conocía, yo!... — Hace rezongar el mate, y cuenta:

“Fue después de lo que le ocurrió al general Hornos en el sur, el 56. El ejército, derrotado, se retiraba. Calfucurá, vencedor, cada vez más atrevido. Había deserciones. Sin comer, se robaba. Cuando se pasaba por una pulpería, ¿quién quita el frío y las penas sino la copa? Se emborrachaban los pobres soldados. Entonces se les leyó la orden del día: “Al desertor, pena de muerte. Al ladrón, doscientos azotes. Al borracho, cien azotes”. Y una madrugada, para peor de todo, ¡los indios! Fue un entrevero duro. El capitán Salcedo había recibido un bolazo en un hombro, no podía llevar el sable. Ya un indio se le acercaba alariando: “¡Huinca matau!” Entonces Protasio Funes lo bajó de un tiro. Le dijo el capitán Salcedo: “Me ha salvado la vida.” Nada más. Pasaron meses. Siguieron marcha atrás todavía. Ya en un fortín, llegó la carreta de un pulpero. Protasio Funes había cazado algunos bichos, cambió las plumas por ginebra. Y se emborrachó. Escandalizó el fortín. Hubo que atarlo. A la siguiente mañana, al despertar, se encontró con el capitán delante. Entonces Funes recordó: “Al que se emborrache, cien azotes”. Se los había ganado. El capitán le dijo al sargento: —Yo se los daré, y empuñó el palo. Se encerró con él en su rancho. Sin decir palabra, lo ató. Protasio Funes se quitó la chaqueta. Camisa y camiseta no se usaba, entonces, no había para el soldado.

Y el capitán comenzó a golpear y a contar; pero golpeaba en el suelo: uno, dos, tres... ¡cien!...

—Póngase la chaquetilla, soldado —dijo—. Y ahora, me va a prometer dos cosas: Una, no emborracharse más. Otra, no contar a nadie, mientras yo viva, esto que ha pasado aquí entre nosotros. ¿Me lo promete?

—Sí, capitán.

—¿Me lo jura?

—Sí, mi capitán.

—¿Qué es lo que más quiere usted en la vida?

—¡Mi madre, pues!

—¿Me lo jura por su madre?

—Sí, capitán.

Y cuando los soldados decían: “¡Bruto! Le salvas la vida y él te muele a golpes”, Patricio Funes se mordía, hubiese querido hablar; pero había jurado. ¡Y por la madre!

—Ahora que el capitán murió, puedo hablar. Por eso ahora lo cuento —epiloga Protasio Funes.

—¿Y no te emborrachaste más?

—¡Nunca! Pero ahora puedo emborracharme, el capitán murió y el juramento valía mientras él viviese.

—¿Querés una copa?

—Todavía, no. Esperaré que entierren al capitán.

## RECUERDO

*Ayer murió de un chuzazo  
 Juan Lucero, el payador.  
 Sus versos eran la leña  
 más preciada del fogón,  
 de las cenizas sus versos  
 sacaban luz y calor.  
 Muchas noches cuando hagamos  
 la rueda junto al fogón,  
 lo veremos en la rueda,  
 casi oiremos su canción.  
 ¿Por dónde andará cantando  
 Juan Lucero, el payador?  
 Era un soldado valiente,  
 aparcero de mi flor,  
 y no es por él que sentimos  
 la chuzza que lo bandedó,  
 lo sentimos por nosotros  
 que ya no oiremos su voz...  
 ¡La pucha si es duro el hombre!  
 ¡La pucha, sin corazón!  
 ¿Por dónde andará cantando  
 Juan Lucero, el payador?  
 Porque ni muerto, ¡ni muerto!,  
 de cantar deja un cantor.*

## LOS HERMANOS AGÜERO

Cinco soldados, entre ellos Nicodemes Agüero, “destacados en función del servicio según el parte”, consumaron desertión. Un alférez y siete soldados, entre éstos Deolindo Agüero, fueron desprendidos para perseguirlos. Se los rumbeó toda la noche. Mejor montados, los persecutores, al aclarar, encontraron a los perseguidos parapetados en un médano. Se les dio voz de presos... Contestaron con sus fusiles. Lucha. Comenzaron a caer de uno y otro bando. Al final, entre los desertores, quedaba un hombre nada más. Y el alférez y un soldado entre los otros. El alférez gritó al que ya no respondía al fuego:

—¿Se rinde?

—No —fue la respuesta, precisa.

—Ese hombre se quedó sin balas, seguramente —dijo el alférez a su soldado—.

Vamos a prenderlo o a matarlo.

—¿Tiene balas, alférez —preguntó el soldado, que era Deolindo Agüero.

El alférez consultó su revólver.

—No. ¿Y usted?

—Yo tengo una sola.

—Bien, vamos.

Dieron unos pasos. Detrás de un montículo los esperaba el desertor. Había desenvainado el cuchillo, dispuesto a morir matando.

—Tírele, y no erre – ordenó el oficial.

El soldado Deolindo Agüero respondió:

—Ese hombre es mi hermano, alférez.

—Tírele, y mátele – fue la respuesta del oficial.

—¿Por qué no lo deja ir, alférez?

—Yo cumplo con mi deber. Vamos a prenderlo.

—Lo fusilarán.

—Lo merece. Es un desertor. ¿Tira o no tira, soldado?

Deolindo Agüero descargó su fusil al aire.

El alférez comprendió. Desenvainó el sable y se dirigió al rebelde que lo esperaba.

Deolindo Agüero lo siguió, imperturbable, y se puso a contemplar la lucha.

Fue breve. Cayó el oficial con una puñalada en el pecho.

Los hermanos se miraron a los ojos, un instante.

Habló Deolindo:

—Ya sabía que iba a suceder esto.

—¿Y ahora? –preguntó Nicomedes–. ¿No me seguís?

—No.

El alférez dio un gemido.

—Aún tiene vida – dijo Nicomedes.

—Me va a denunciar... – comenzó a hablar Deolindo.

—¡Ahora se llamará! – lo interrumpió Nicomedes.

Había degollado al herido de un tajo.

—Adiós – dijo Deolindo.

—Hasta la vista – respondió Nicomedes, montó y rumbeó al oeste, hacia las tolderías...

Deolindo recogió los caballos de los caídos, y comenzó a arrearlos hacia el este, al campamento.

Ni para mirarse por última vez se dieron vuelta.

#### BAQUIANO INDIO

La vanguardia de la división se hallaba frente a un bivio. La rastrillada se divide; ¿cuál seguir para sorprender a los que huyen? Lllaman al baquiano indio. Es un viejo. No habla español. Lo encontraron en unos pajonales. El coronel lo interroga por medio del lenguaraz: ¿Cuál de los dos es el camino que lleva a los toldos de Uncumay, el cacique perseguido? El viejo baquiano no duda. Señala uno de

los caminos. Más aún: Se ofrece a guiarlos. Hay bosques, guadales y sendas entre ellos, un camino difícil que él conoce. Echa a andar, detrás de los soldados. Pasan horas. Sol, arena, mosquitos. Los caballos comienzan a aplastarse. Los soldados sienten que las ampollas de los rostros y de las manos, debidas a las picaduras de los jejenes, sangran. Se hace un alto. La sed asfixia. De pronto, el coronel tiene una sospecha. Según sus datos, ya deberían haber encontrado los toldos de Uncumay. Han caminado seis horas. Hace llamar al baquiano. Lo mira duramente. El viejo indio, impasible.

—¡Nos has engañado! —le grita el coronel.

El viejo no responde.

—¡Contesta! ¡Contesta o hago que te lanceen!

El viejo no responde.

—Mi coronel —habla un oficial—, este viejo nos ha engañado. Ahora recuerdo algo, que entonces no reparé. Este viejo estaba con un chico. Él se vino con nosotros, el chico salió por el otro camino, a la disparada. Seguro a avisar al cacique para que huyera...

El coronel hace un gesto a un soldado.

La lanza del soldado traspasa el corazón del baquiano indio.

#### PELEA

Rudecindo Paya sale de la estaqueada. Se acerca al fogón. Los compañeros, solícitos, le brindan mate, luego un churrasco. Los necesita. ¡Es duro el castigo! Horas allí estirado como un sapo al sol, y los cueros que, al secarse, descoyuntan...

Rudecindo Paya, entregando el mate al cebador, dice:

—Me han estaqueado injustamente. Yo no estaba dormido de centinela. Mañana desertaré.

—¿Mañana? —dice otro—. Mañana tenemos función. Vamos a sorprender a los indios de Ñancuqueo. Dicen que son los más bravos.

—Entonces no deserto mañana. Pero después de correr a esos bravos de Ñancuqueo, me voy. ¡Yo no aguanto estaqueadas injustas!

Y no se fue Rudecindo Paya después de haber corrido a los bravos de Ñancuqueo. ¿Cómo irse si aparecieron otros bravos, los del cacique Nahuel?

—Mientras haya bravos para pelear, ¿quién se acuerda de estaqueadas injustas? ... — Se justifica Rudecindo Paya ante los compañeros de fogón por no haber desertado todavía.

#### GAUCHI-SOLDADO

*Este hombre nada tiene, allá, lejanos,  
Quedaron rancho y la mujer, los hijos...  
De todo ello el fogón lo va siguiendo:  
Sola caricia en el desierto frío.*

*Él, con otros como él que nada tienen,  
él con otros como él gauchi-soldados,  
junto al fogón se deja estar viviendo:  
mate y conversación, guitarra y canto.*

*Mate y conversación, la vida pasa.  
Guitarra y canto, pasa la tristeza.  
Mate y conversación, peligro y lucha.  
Guitarra y canto que la muerte llega.*

#### PLENIPOTENCIARIO INDIO

La ceniza de los fogones aún caliente dice que los perseguidos no se hallan lejos. El comandante ordena apresurar la marcha. De pronto, como saliendo de un matorral, aparece un indio. Es un indio muy viejo, aunque monta con gallardía. Habla español araucanado: un ladino. Y explica su misión. Lo envía el cacique Calfucurá. Viene como parlamentario. Ofrece la paz. Habla largamente. Y pide. El comandante, altanero, no está dispuesto a ceder. ¿La paz? Acepta. Pero no se le dará absolutamente nada al pícaro Calfucurá. ¡Ni un puñado de yerba! El parlamentario ofrece llevar la respuesta al Cacique, y parte al trote de su pingo. El Comandante ordena acampar. Se encienden los fogones. Pasan las horas. Por fin aparece de nuevo el parlamentario. Y vuelve a hablar larga y fatigosamente, muy larga, muy fatigosamente. El comandante se impacienta: ¿Qué, en conclusión? ¿Acepta o no acepta? Sí, acepta, pero espera, sin embargo, que el cristiano amigo no lo deje sin tabaco, sin yerba, sin aguardiente, sin azúcar...

— ¿Entonces no acepta? —grita el comandante.

El indio vuelve a hablar. Su media lengua no es la confusa. Son sus razones las confusas. Calfucurá acepta no pedir, pero pide... El indio habla, jura amistad. El tiempo corre...

El Comandante al fin tiene un raptó:

— ¿No nos estará engañando este pícaro viejo? ¿No estará haciendo tiempo para que el otro huya?... Y ordena:

— ¡A caballo!

Y al parlamentario indio:

— Vos, viejo, al lado mío, y si no encontramos a Calfucurá, contáte entre los difuntos. ¡Al galope!

Una hora de galope. Allá a lo lejos, al fin, una avanzada india, en semicírculo, dispuesta al combate.

— ¡A la carga! —ordena el jefe.

La avanzada india se dispersa, a lo pájaro, hacia distintas direcciones, en alas de sus caballos, con patas de viento.

El Comandante reúne a su tropa, contiene sus ímpetus temeroso de una celada. Entonces repara en esto: el parlamentario ha desaparecido.

## PULPERO

*¡Vaya el pulpero ladino,  
más inocente que guagua!,  
este no echa vino al agua,  
este al agua le echa vino.*

## NÚMEROS

El alarido de los chajáes, remontándose a las nubes, alarma al centinela del mangrullo, joven, recién llegado al fortín.

— ¿Y eso? —pregunta, asomándose hacia abajo.

— ¡Serán los indios, che! —responde un veterano, y continúa liando el cigarrillo. Lo enciende. Escucha. Después, como decidiéndose, grita—: ¡Los indios, sargento!

El sargento y dos soldados aparecen al pie del mangrullo.

—Pareciera que se nos vienen, sargento.

—Pareciera, sí. ¿Cuántos son?

Ha dirigido la pregunta al baquiano. Este, muy serio, se agacha, pone una oreja sobre el suelo, escucha y, levantándose, dice:

—Quinientos.

—Nosotros somos cinco...

—Tenemos cien cada uno —hace la cuenta el primer soldado—. Yo a mis cien indios —bravuquea— me los pitaré como a éste.

Y chupa el cigarrillo, hondo.

— ¿Cien a cada uno?... Hace mal las cuentas, soldado. Doscientos son para mí. Yo soy el sargento. Los otros trescientos se los reparten entre ustedes cuatro. ¿A cuántos pa cada uno?...

Nadie atina con la respuesta. Sonríe el sargento.

— ¿Después no quieren que el pulpero los robe? ¡Si no saben hacer números!...

Habla el baquiano:

—Yo, a mis indios, los voy a contar después de muertos.

Ya se oye el redoblar del trote de los caballos en el tambor de la llanura.

Y un escándalo de chajáes y de teros.

## MATE Y CONVERSACIÓN

El soldado-cocinero hace una cruz con la carne en el fondo de la olla para que el Diabolo no eche pelos en ella. Y sigue los preparativos para hacer el puchero.

Entretanto, el mate, y con el mate la conversación, van matando el tiempo, cachazudo siempre.

Habla un soldado. Deja desenvolver recuerdos: El conoció a Trípailev, un cacique más que centenario, abuelo del cacique Coliqueo, y tan anciano era que ya no tenía un solo diente. ¡Y para que un indio pierda el pelo o los dientes! ¡Si tendría años el viejo Trípailev! Se alimentaba de nonatos, de la carne gelatinosa del animal

aún no nacido. Para procurarle alimento, los indios de su tribu, apaleaban una yegua hasta que abortara...

Otro soldado cuenta: El conoció a Quilquir, capitanejo huiliche. Este se desayunaba con piojos. Todas las mañanas, antes del churrasco, se hacía traer dos o tres de sus veinte o treinta hijos, los espulgaba y les iba comiendo los piojos. Y no hay miedo que se quedara sin su aperitivo. Cada cabeza de chico era un hervidero. Las chinas cuidaban de que no los perdiesen. Era un orgullo para la china que presentase a su marido y cacique el hijo más piojoso.

—Hablando de bichos... dice otro soldado, y recuerda: la sabandija. ¿Cómo olvidar los aguijones de los tábanos? Hasta los caballos muertos de sed huían de la laguna no pudiendo soportar los tábanos que en sus orillas pululaban. Los tábanos, como si defendieran el pasto verde y el agua fresca, corren a los animales de esos gratos sitios. ¿Y los mosquitos zancudos? ¿Y los jejenes? Los tábanos se anuncian: zumban como diciendo: ¡Ahora verás, cristiano, tábano indio! Son los enemigos más pequeños, ¡pero reírse de pumas y tigres! A éstos se los pelea, a los tábanos, a los zancudos, a los jejenes, a toda esa sabandija, no hay cómo pelearlos. No hay más que huir o meterse bajo el poncho, hasta que el viento los corra... El viento puede con ellos, porque como es invisible no tienen donde picarlo. ¡Ni el humo los ahuyenta! ¡Y pican! Pican como alfileres con alas.

—Pican como mujeres chismosas —dice otro milico, sentencioso.

—No hable mal de las mujeres —protesta el cabo Froilán Ruiz—. Dende que vi a la Magalena pelear como un hombre, mejor que un hombre...

Y cuenta:

Fue en Tucumán, allá por el año 70, en el 7 de infantería que mandaba el coronel Roca, cuerpo de los que se habían lucido en el Paraguay. ¡Y mire que lucirse contra los paraguayos! ¡Cómo ser valiente de ida y vuelta! El cabo Cardoso, guitarreo, fantasista, se sublevó en ausencia del coronel. Amotinó a su compañía, hirió al teniente Sustaita, mató a los tenientes Barguín y Paz... Pero no consiguió levantar al resto de la tropa. Y comenzó el tiroteo. Las mujeres de los soldados, a defender a sus hijos, esconderlos de las balas. Al fin, Cardoso y los soldados que le quedaban aún, apoderándose de un carro y mulas, huyeron. Resistió aún la Magalena, peleando, gritándoles “maulas” a los que huían. Peleó hasta que le quedaron balas en el fusil. Después a culatazos.

Y termina:

—Hubo que matarla. ¡Pobre! La maté yo.

Se hace un silencio.

Deolindo Pérez habla:

—Matar a una mujer ¡mal! Pero matar a una mujer valiente...

—Me tenía arrinconado —se disculpa el cabo Froilán Ruiz—. Ya me había desarmado de un golpe en el hombro derecho. Con la izquierda le descargué el revólver en el vientre. Si no la mato, me mata. Cuando cayó, me le acerqué a soste-

nerla. Miren la cicatriz. Me clavó los dientes en la mano. Expiró mordiéndome. ¡La Magalena! No la olvidaré nunca.

—Cuando la mujer es valiente —epiloga el sentencioso Deolindo Pérez— es más valiente que el hombre. ¡Y si he conocido yo hombres valientes!

Se sale de la vaina por contar algo.

—Cuenta —le dice el cabo.

Y cuenta Deolindo Pérez:

Eran dos subtenientes del 2 de caballería: Dolores Agüero y Bienvenido Baz. No sé qué tuvieron, tal vez unas copas, porque ese día, después de dos años, había venido el pagador. Ya se habían arrollado los ponchos en la izquierda, ya los facones brillaban casi como los ojos... Apareció el comandante. Se enteró de lo ocurrido. Dos subtenientes —dijo el comandante— no podían pelear como dos gauchos cualquiera —"dos gauchos cualquiera", dijo el comandante—. Había que ir al campo del honor, con padrinos. Se arregló para la mañana siguiente, a pistola. El comandante será el juez del duelo. Esa noche el subteniente Bienvenido Baz se enfermó...

—¿De miedo? —pregunta alguno, risueñamente.

—¿De miedo? —se indigna el narrador—. ¿Alguien vio alguna vez que un subteniente argentino enfermara de miedo? ¡Y era del 2 de caballería! ¡De mi batallón! Bienvenido Baz, tenía siete cicatrices en el cuerpo. ¡Si era valiente! Enfermó de viruela...

—¡Cruz diablo! —saltan algunos oyentes, y se santiguan.

Con fiebre quería ir al "campo del honor", como le llamaba el comandante. Este se opuso. Aplazó el desafío para cuando el enfermo sanase. Y sanó. El mismo Dolores Agüero lo cuidó como se cuida a un hijo. Habían pasado meses. Una noche, Dolores Agüero, delante de todos, dijo:

—¿No recuerda, subteniente, que debíamos batirnos?...

—Podría ser mañana... —respondió Bienvenido Baz.

Y fue a la mañana siguiente el duelo, con padrinos y el comandante de juez.

El subteniente Dolores Agüero erró el tiro.

Bienvenido Baz tiró al aire.

—¡Hombre! —comentó alguno.

—Eso te dice —volvió a epilogar el sentencioso Deolindo Pérez, dirigiéndose al que había hablado de miedo— eso te dice que no se debe hablar sólo porque se tiene lengua... de yarárá.

Otro:

—Nunca falta un buey corneta en una tropa'e carretas.

Y otro:

—Norte claro y sur oscuro... ¡Aguacero seguro!

Para quien van los chuzazos, que es también el soldado-cocinero, grita:

—¡El puchero ya está!

Corren todos.

## RUNCOYCURA

Un día apareció en el fortín.

—Yo llamando Runcoycurá — dijo.

Había atravesado solo el monte de caldenes.

Y quedó en el fortín Runcoycurá. Era un muchacho, tal vez de no más de 12 y 13 años, bondadoso y servicial. Comenzó a aprender el español. Inteligente, preguntaba. Parecía que la civilización lo atrajera, que deseaba no ser indio. Pasaron meses. El oficial se encariñó con Runcoycurá. Le ofreció cristianarlo, ser su padrino:

—Te llamarás como yo: Anastasio Funes. ¿Querés?

—Yo llamando Anastasio Funes, no más Runcoycurá.

Una tarde, al anochecer, el oficial le dice:

—Hoy vamos a hacer una entrada. Vos has de conocer bien el monte, nos servirás de baquiano.

Se demuda Runcoycurá. Calla. Piensa. Y explica: él conoce el monte bien, sí, pero no tanto para poder guiar de noche. Los va a guiar, sí, pero de día.

Acepta el oficial.

Esa noche Runcoycurá desaparece del fortín, gana el monte, huye a la tolдерía de donde escapó, empujado, vaya a saber por qué misteriosos impulsos. Vuelve a las pampas. Runcoycurá quería civilizarse, pero no traicionar a los suyos.

## VENCER

La columna avanza...

Fatiga, frío, sed, hambre. El baquiano ha desaparecido. La columna avanza...

Adelante, el capitán, canoso, barbudo; la mirada en el horizonte. La columna avanza...

Un alférez —el bozo empieza a teñir su labio— empareja el pingo al del silencioso capitán.

—¿Permiso?

—Hable.

—¿Adónde vamos, capitán?

—¡A vencer, alférez!

—¿Adónde?

—¡Adonde vayamos, venceremos!

—¿Y si los indios?...

—¡Los venceremos!

—¿Y si?...

—¿Qué?

—¿Y?...

—¡Hable!

—Con un jefe como usted, capitán, sólo quedan dos caminos.

—¿Cuáles?

—O vencer o morir.

—No, alférez. Sólo queda un camino. ¡Vencer!

La columna avanza...

LEJOS

*Lejos estoy de la tierra  
en donde crece el ombú,  
lejos de mi vida, ¡lejos!,  
mirando la cruz del sur.*

*Lejos estoy de las olas,  
río de mi juventud,  
y me cantan tus recuerdos  
mirando la cruz del sur.*

*Lejos estoy, alegría,  
lejos estoy de tu luz,  
y, mi alegría, te veo  
mirando la cruz del sur.*

*Lejos de todos me ballo,  
de mí más lejos aún,  
y veo amistad y amores  
mirando la cruz del sur.*

*Lejos estoy de la tierra  
en donde crece el ombú,  
y mi tierra estoy mirando,  
mirando la cruz del sur.*

SED

Ni un árbol. La llanura barnizada de sol. El piquete de soldados, lentamente, doblado por la fatiga, y ahogado por la sed, camina al paso de los caballos, también sedientos. Son diez hombres y un oficial. Adelante, el baquiano con los ojos en el suelo, como si quisiera ver debajo de los yuyos amarillos. Se detiene el baquiano, desmonta. Arranca un puñado de hierbas. Masca.

—Aquí hay agua, anuncia.

Ya están todos cavando, en mangas de camisa, afanosos.

—Caven cinco —dice el oficial— descansen, después, los otros cinco.

Es prudente. El agua en la pampa no aparece en seguida; hay que cavar hondo.

Sudorosos ya, los hombres hunden las palas en el jagüel. Cavan. Se renuevan,

y cavan. Por fin aparece la greda húmeda. Los zanjeadores, fatigados, se sienten rejuvenecidos. Cavan con más fuerza. Otros preparan las pavas y los mates.

—¡Aquí está! —dice el baquiano, satisfecho de su ciencia.

El agua brota.

Un soldado mete el kepi y lo saca chorreando. Bebe, ansioso.

Y lo tira. Escupe.

—¡Amarga!

Todos se miran. La sed los estrangula ahora que ha desaparecido la esperanza, el sol quema, la fatiga postra más que antes.

—¿Y?... —pregunta el oficial al baquiano.

Este olfatea. Habla al fin:

—Ha de haber agua dulce de aquí veinte leguas al sur.

—¡Vamos! —ordena el oficial.

Todos montan.

#### ¿QUÉ HACER?

En el fortín hay cuatro soldados, un oficial y un sargento. Se llama el “Fortín Traidores”. Por esto: cuatro soldados, cuatro “destinados” por robos y crímenes, una noche, se complotaron, mataron al oficial que los mandaba, y huyeron, a refugiarse en las tolдерías.

Ahora, los soldados que están en el “Fortín Traidores”, también son cuatro “destinados”, como aquéllos. Sus cuchillos han abierto ojales en la piel ajena. Han conocido los calabozos, los cepos, los golpes. Por fin, han venido a parar a la frontera, a verse con los indios...

Son cuatro caras de pesadilla. ¿Qué hacer? ¿Acostarse a dormir como el oficial asesinado para no amanecer una mañana?...

El oficial y el sargento resuelven: una noche duerme uno y otra noche el otro. Afuera del fortín, los indios; adentro, los “destinados” con su porqué de crímenes y robos, desertores presuntos... ¿Qué hacer? Preferible es perder noches de sueño y no la vida. Ser oficial y sargento de un fortín, y de un fortín que se llama “Traidores”, con el pajonal enfrente y un poco más allá, campo y cielo infinitos, invitando a desertar, no es como estar en un cuartel de Buenos Aires —piensan el oficial y el sargento. ¿Qué hacer? Lo primero: no dejarse degollar dormidos por aquellos fascinerosos; después, seguir viviendo, aunque sea a medio dormir, los días que las chuzas de la indiada lo permitan. ¿Qué hacer?...

#### LUCIÉRNAGAS

*Piensas, lo sé, centinela,  
solo en la noche infinita,  
las estrellas contemplando,  
lejos los ojos vigías;*

*piensas, contigo no hay nada  
que te recuerde la vida,  
todo yermo en torno tuyo,  
soledad, silencio... ¡Mira!:  
Las estrellas han bajado  
para hacerte compañía.*

¡A LANZA!

Del semicírculo que forma la caballería pampa, dispuesta al combate, se adelanta un hombre.

Ya a tiro de boleadoras, levantando la emplumada chuza, habla:

— ¡Soy cristiano!

— ¡Desertor! —le grita un oficial con el tono mismo que le hubiese gritado: “Hiju’e puta!

Algunos lo reconocen:

— ¡Pancho Núñez!

Recuerdan su historia. Según dice, injustamente, se le estaqueó. Pancho Núñez robó el caballo del capitán que lo castigara y se fue con los indios. Ahora está allí, la emplumada chuza en ristre, y desafiante:

— ¡Que salga ese capitán Arévalo, tan mentao!

Sale éste. Un instante aún. Algo está haciendo a su lanza. Cuando la blande, se ve qué estuvo haciendo: le ha colocado una bandera azul y blanca. A las plumas indias del desertor, opondrá los colores que adornaron su lanza en Salta con Güemes, en Montevideo con Alvear, en Maipú con San Martín, en Río Bamba con Lavalle...

—Y, capitán, ¿se anima?...

Bravukea el desafiante, como si con la pregunta lo escupiese en el rostro.

El capitán no responde. Espolea el caballo. Se embisten. ¡A lanza! Allá, los indios; aquí, los blancos; a la expectativa, ansiosos.

El desertor y el capitán pelean.

Cae aquél. Los indios se desbandan, se hunden bajo las olas de los pajonales. Los cristianos no pueden blandir el grito de triunfo que hincha todos los pechos. El caballo del capitán trae a éste, bamboleante, caído sobre un costado, aunque sin soltar la lanza.

— ¿Herido?

— ¡Muerto!

Tiene cinco lanzazos. Uno le ha entrado por el pecho y le sale por la espalda. Su caballo chorrea sangre con tres puntazos en el pescuezo.

— ¡Animalito de Dios! —exclama el asistente, y lo acaricia.

Esa noche, a la luz del fogón, se vela al capitán. Es un fogón triste, casi silencioso.

—Yo sé por qué se ha muerto el capitán —comenta Juanchito Sánchez, el moreno corneta, entregando el cimarrón a la china cebadora—. No quiso ser menos que el desertor. Se ha muerto pa seguir la pelea allá, en el pago de donde no se vuelve; ¡lo ha ido a buscar allá pa demostrarle que ni muerto le tiene miedo!

#### GEKACHAL

Gekachal es un mocetón imponente, de anchos hombros y piernas combadas. Muy serio, se le podría calcular treinta años. No tiene aún diecisiete. Pero ya hace más de cuatro que maneja la chuzas en los malones y más de siete hace que boleas gamos y avestruces.

Ahora es bombero. Y son horas difíciles para ser bombero. Todas las rastrilladas se ven invadidas por el ejército, todos los horizontes de las pampas han visto ya kepies, todos sus pajonales han escuchado el alarido de los clarines, todos sus médanos han repetido el retumbar de los fusiles. Y la caballería pampa huyendo con sus chuzas y sus boleadoras inútiles, hechas para pelear en los entreveros, a fuerza de puño.

Gekachal, sobre su caballo, los negros ojos aún más encendidos, observa. Ha notado movimiento en el campo: avestruces, pumas, otros animales disparan. Sabe él que significa este movimiento: se aproxima el hombre blanco, el que posee fuego y muta cuando apenas se ha advertido su presencia. Avestruces, gamos, pumas, zorros huyen aterrorizados.

Gekachal lanza su caballo al trote en sentido inverso de los animales que huyen. Va a enterarse. Es bombero, y tiene que enterarse. Trota hasta llegar a una colina. Desmonta. Deja su caballo escondido y. a gatas, ágil, sube, sigiloso. En la cumbre se detiene. Sus pupilas escrutan todos los vientos. Nada ve. Vuelve por su caballo. Sube con él a la colina. Se para en su lomo, a escrutar hacia todos lados. Nada ve. Y vuelve a trotar en sentido inverso al que trae ahora una tropilla de caballos a la disparada, con las crines y las colas peinadas por el pampero, tumultuosos, magníficos.

Gekachal los esquiva, los deja pasar, y vuelve a lanzarse al trote por la rastrillada. No duda que el huinca se acerca, pero él debe enterarse dónde se halla. Trota. Trota hasta llegar a un médano. Vuelve a dejar su caballo al pie del promontorio y lo escala a cuatro manos, más ágil que un gato pajero. En su cima se detiene. ¡Ah! ¡Si! Allá ve lo que buscaba. Lejos, lejísimos: una nube de polvo. Mira un instante Gekachal. La nube de polvo se mueve, avanza. Lo que otro nada vería, lo ve él. Gekachal, bombero indio, junta ramas, les prende fuego. Una columna de humo se levanta, lenta, y alta, sobre la pampa, hacia el cielo límpido. Es la señal convenida. Gekachal desciende, salta a su caballo y vuelve a trotar, pero ahora en la misma dirección que llevaban los fiandúes, pumas, zorros, gamos o caballos que huyen del huinca dueño del fuego terrible. Trota Gekachal hasta que ve levantarse una columna de humo a su derecha, luego, en seguida, otra columna de humo a su izquierda. Entonces se detiene. Comprende lo que ellas significan: los suyos están enterados. Saben que el ejército se acerca y levantan los toldos. Gekachal, de pie

sobre su caballo, escruta el horizonte. Ve otra columna de humo, más lejos todavía. Es la orden. Hay que incendiar los campos, poner entre el invasor y la tribu, que huye, una muralla de fuego.

Gekachal se apea del caballo, enciende fuego aquí, fuego allá, fuego más allá aún. Las cardas secas arden. Densas columna de humo negro ensucian el aire inmaculado y se yerguen, monstruosas, al cielo azul. Las llamas rojean.

Salta Gekachal en su caballo, y vuelve a lanzarlo al trote, sin impaciencia, seguro de sí, y de su trabajo, salvador de los suyos. Trota a incorporárseles.

De pronto, a la entrada de un bosque de caldenes que bordea la rastrillada, se le aparece un puñado de kepés.

—¡Gualichú! —piensa Gekachal—. Estos huincas tienen gualichú. ¿Cómo han podido aparecer a su espalda, cómo han burlado a los otros bomberos?...

¿Qué hacer? No piensa mucho el muchacho. A su espalda, el incendio; a su frente, los soldados. Aprieta la chuza, y se tira sobre éstos, a matar cuantos pueda antes de morir...

Sólo da unos pasos. Los enemigos ven su intención de morir matando. ¡Una descarga! Gekachal y su caballo ruedan. ¡Otra descarga!

#### RECUERDOS

La jornada ha sido larga, sí, larga y dura. Todo pareció confabulado: calor, sed, los bomberos indios apareciendo y desapareciendo sobre los médanos y detrás de los pajonales, como para alarmar, y no dejarlos dormir, en las horas de la siesta. Aunque, ni aún sin indios se hubiese podido dormir quizás. Por los jejenes: furiosos, zumbadores, tocando su trompetilla junto al oído de los que ya se adormilaban.

Ahora, un vientecillo nocturno, acariciador, espanta calor y jejenes. Los soldados, mientras la luna se posesiona del cielo, toman mate, ven chisporrotear las brasas para el asado —picanas de avestruz, piches. Y cantan. Uno se ha procurado la imprescindible vihuela. Es Goyo Paz, antaño célebre en el Tuyú, el pago del místico Santos Vega que él dice haber conocido. Canta Goyo Paz:

*Pido que cuando me muera  
me entierren con el cuchillo,  
hasta viviendo con santos  
bueno es andar prevenido.*

—Este vive seguro de irse al cielo —comenta alguien. Goyo Paz prosigue:

*Y por si arriba a los santos  
les gusta mover las tabas,  
pido que cuando me muera  
me entierren con mi guitarra.*

—Así se hará, hermano.

—Si nos dan tiempo los indios para enterrarte.

Goyo Paz vuelve a cantar, indiferente a los comentarios:

*Yo soy como el aguardiente,*

*como el aguardiente macho,*

*pero él se va para arriba...*

*Yo rumbeo para abajo.*

La copla picaresca es celebrada con pullas. Se habla del amor eterno.

Goyo Paz tiene ocupadísima la boca cantora. Está masticando. Juan Isabel Garzón coge la guitarra, y entona:

*Yo soy pobre y él es rico...*

*Si se atraviesa en mi amor,*

*yo haré de su pecho vaina,*

*vaina para mi facón.*

Esto me recuerda...

Idarcielo Viana, el que siempre tiene un cuento pronto, iba a hablar; pero ha callado. Lo instan a narrar.

Idarcielo Viana se resiste, poco nada más. Le place revolver recuerdos. Y narra:

Fue una tarde de enero; había viento norte, ese viento que saca a las víboras de sus cuevas. El entonces era peón de estancia, todavía no le ocurriera “desgraciarse” y verse echado a un batallón por diez años —aunque ya lleva quince de milico en las fronteras, y sin vías de obtener la baja. Bien, esa tarde, él, Idarcielo Viana y el hijo de su patrón, un mozo con pocos escrúpulos, habían salido llevando animales. Por aquel entonces, Idarcielo Viana le arrastraba el poncho a la hija de un puestero; la cosa no iba mal, cuando se le atravesó el hijo del patrón, más joven, rico, y el hijo del patrón al fin. La hija del puestero ya no era la de antes para con él, ¡qué hacerle! Lo malo, y esto lo removía por dentro, era que el hijo del patrón sabía que él había golpeado antes en el corazón de la muchacha, y que él había golpeado con cariño sincero, cariño de pobre a pobre, en tanto el hijo del patrón, el intruso ...

—¿Y por qué no podía ser sincero también?... —interrumpió alguien al narrador.

—¿Podía?... La dejó con un hijo, abandonada —respondió Idarcielo Viana, y continuó su cuento:

Esa tarde de enero y viento norte, viento de víboras, se habían tirado a dejar que pasase la siesta bajo unos algarrobos. Idarcielo Viana despierta y ve que sobre la pierna del hijo del patrón andaba una víbora. ¡Qué víbora! Una víbora de la cruz, una yarárá, nada más lindo ni más venenoso. —¡Les juro! —dice Idarcielo Viana, y se pone muy serio— pensé hacer un poco de ruido, despertar al mozo. Que la víbora lo

picara... Y ya saben lo demás. Estábamos a más de cincuenta leguas de un poblado. Tenía tiempo de morir el que se había atravesado en mi amor. Pero no lo hice. Me pareció cobarde...

Idarcielo Viana, sigilosamente, arrastrándose a lo puma, con el filoso cuchillo en la diestra, se le acercó al dormido. Y cuando el mozo despertó, pegó un brinco al ver la víbora. Y se asombró al verla decapitada. ¿Qué había ocurrido? Idarcielo Viana abrió un ojo, después abrió el otro y se despezó: Nada sabía.

—¿Pa qué decirle: le he salvao la vida, patrón? Era como si le pidiera clemencia en el otro asunto, en el de la hija del puestero. No le dije nada. Todo siguió como antes.

—Y, acabó que un año después lo maté al mozo. Fue en pelea. Yo le dije: Ha hecho mal usted en abandonar a... Fulana con un hijo.

—¿A vos quién te mete en mis cosas, gaucho roto? —me contestó.

Y ya me dio una cachetada. Nos enredamos a puñaladas, por supuesto. Yo le partí el corazón con el mismo cuchillo que le había salvado la vida... Y aquí estoy, de milico. Me condenaron a diez años. Llevo quince. No es fácil que me den la baja. Él era un hijo de patrón, de hombre influyente, amigo del comandante...

Juan Isabel Garzón vuelve a cantar:

*Yo soy pobre y él es rico...  
Si se atraviesa en mi amor,  
yo haré de su pecho vaina,  
vaina para mi facón.*

#### VIAJE

La galera, enorme vehículo de cuatro ruedas altas, como para cruzar ríos, y desafiar lodazales, ya está llena de pasajeros. Su techo es una montaña de equipajes. Los postillones, cuatro mozos de nada tranquilizador aspecto, sobre cuatro de los ocho caballos, aguardan. Todos esperan al mayoral. Llega éste, un hombre canoso, de cara resuelta, un hombre de brava historia —todos lo saben, pasajeros y postillones. Salta el mayoral al pescante, pone ostensiblemente su fusil junto a él —y las mujeres palidecen—, coge las riendas. Suena el clarín. El aire se llena de adioses y de sollozos. La galera arranca y comienza a rodar, fustigan los postillones. El viaje será largo, y peligroso. Largo: desde Santa Fe a San Luis, pasando por Córdoba. Peligroso: pueden salir indios dispuestos a robar, matar y cautivar; pueden salir gauchos alzados, restos de montoneros batidos que, habiendo perdido su jefe, andan sueltos, bandidando.

Y va la galera arrastrada por sus ocho caballos, pobres caballos viejos, cansados, sin pastar casi, alguno acosado por las mataduras. Sobre el camino de tierra, un camino chileno, rastrillada de indios pocos años antes y no exenta de volver a serlo, va la galera. La envuelve una nube de polvo.

Atrás deja el sol que asoma, adelante tiene a la pampa, la llanura infinita: pajonales, a veces algunas ondulaciones y siempre, monótona, sin fin, obsesionante, la llanura verde, inmóvil, sin árboles.

Los pasajeros se miran los unos a los otros. Entre ellos va un capitán. Esto anima a las mujeres. Un capitán, suponen, será alguien capaz de enfrentarse con los indios si aparecen, de intimidar a los gauchos alzados, si aparecen.

—¿Recemos un rosario? —propone una vieja a las otras mujeres.

Es una distracción. Es un modo de librarse del pensamiento que a todos aplasta: ¡los indios!...

Rezan las mujeres. El capitán las acompaña. Esto no gusta a aquéllas, si el capitán reza, suponen, es porque no confía mucho en su sable, ni en las dos pistolas de sus cartucheras.

Ha terminado la oración. La galera sigue rodando.

—¿Falta mucho para llegar a la primera posta? —pregunta un hombre al mayoral.

—Mucho — contesta aquél, y sigue, las riendas en la mano, el pucho en la boca, los ojos fijos, lejos, en el camino que se hunde en el horizonte.

—Allí —habla otro pasajero, y señala un árbol, un tala—, allí nos asaltaron los indios, hace tres años, en el último viaje que hice.

Un estremecimiento recorre a todos. El pasajero, un hombre gordo, barbudo, siente que ha atraído sobre sí todo el interés y, dirigiéndose al capitán, como al más digno de oír la aventura, narra:

—Veníamos como ahora; de pronto, de un bosquecillo de talas que ha quedado reducido ahora a ese solo que allí ven, salieron los indios. Eran unos veinte. Volvían de malonear, porque algunos estaban borrachos. Otros traían kedis y chaquetillas de soldados que seguramente habían dejado muertos. Dos postillones desataron sus jamelgos para huir. No lo hubieran hecho. Varios indios se echaron detrás, a perseguirlos. A poco los ensartaron en sus lanzas. ¿Cómo disparar en caballos de galera perseguidos por caballos de pampas? A nosotros nos robaron todo. Se llevaron la única mujer que venía en la galera. Una actriz italiana, cantante, muy gorda. La pobre chillaba: ¡Dios mío! Estará alegrando el toldo de algún cacique, cantándole trozos de Verdi o de Rossini. A nosotros nos dejaron casi desnudos y de a pie. La galera la incendiaron...

—No siga contando, ¡por Dios! —suplica la vieja—; esa señora va a desmayarse.

La galera se detiene con brusquedad. Un accidente. Un caballo tropezó con una piedra y tiró al postillón. Lo auxilian porque se ha desmayado: unos sorbos de caña, un pañuelo empapado en caña sobre la frente. El mayoral que hace de médico, termina la operación besando el frasco de caña, largamente. Y comprendiendo que las pasajeras van bastante impresionadas, ya con las riendas en la mano, antes de dar la orden de partida, les canta una copla:

*Estando en gracia de Dios  
maté a mi mujer de un palo,*

*si esto hice en gracia de Dios,  
¿qué haría en gracia del Diablo?*

—¡Vamos! —grita.

Suena el clarín. Y la galera vuelve a rodar, hacia el sur, hacia el oeste. Ya está el sol arriba. A los barquinazos y el amontonamiento, al polvo, se une ahora el calor.

—¿No le parece, mayoral —pregunta un viajero—, que estos toques de clarín son imprudentes?

—¿Por qué?

—Pueden atraer a los indios.

—Con clarín o sin clarín, si los indios van a asaltarnos, nos asaltan igual. Ellos ya saben que hemos salido, y cuántos somos...

—La oración sólo puede salvarnos —bisbisea la vieja.

Y ora.

Las mujeres la imitan.

—Los indios no son nada —dice otro pasajero—. Con los indios se puede pactar, los indios no se acercan mucho por temor a las pistolas y fusiles. Lo malo son los gauchos alzados, más si llevan armas de fuego.

— Cerca de la posta de Arequito —narra otro— asaltaron la mensajería donde iba mi padre.

—¿Quiénes asaltaron, los indios?

—Eran indios y gauchos de la montonera del finado Bienvenido, aquél que dio tanto trabajo a los policías... ¿No recuerdan? ¿Un caudillejo puntano?...

—¿Y? ¿Le pasó algo a su padre?

—Sí. Lo degollaron. Los degollaron a todos.

—¡Esa señora se ha desmayado! —grita la vieja.

El mayoral pasa su frasco de caña. Otra de las mujeres la hace tomar un trago, empapa un pañuelo y se lo hace oler, le frota las sienas. Consiguen reanimarla.

La galera sigue rodando. La pampa, implacablemente, llanura, llanura sin un árbol. Calor que hace sudar a chorros. Polvo que asfixia. Barquinazos que arrojan a unos sobre otros. Los postillones animando a los caballos que aflojan. Gritos. Fustazos.

—¡Allí los tenemos! —dice el mayoral, tranquilamente, y con el fusil señala una nube de polvo hacia su derecha.

—¿Qué, qué dice?

—¡Los indios, pues! Allí están.

— ¿Pero son indios?

Nadie ve nada aún; pero los ojos del mayoral baquiano son capaces de ver en la noche.

—¡Sí, son los indios! ¡Los indios! —grita un postillón, y castiga el caballo que monta y a su lado.

—Sepan, muchachos —grita el mayoral—, si alguno pretende cortar los tiros y disparar solo, el primer balazo se lo lleva ese maula. Ya saben que yo no yerro. Y que las balas de éste —señala el fusil— llegan hasta el sol, si más no viene.

Los postillones, por toda respuesta, castigan a los caballos, les gritan desesperadamente.

Adentro, en la galera, los hombres todos han sacado sus pistolas. Las mujeres rezan, una grita:

— ¡Mis hijos, mis pobres hijos, no veré más a mis hijos!

La nube de polvo crece. Ya se ven las chuzas emplumadas.

Expectativa.

Se oyen los alaridos de los lanceros. El mayoral dispara su fusil. Es una advertencia. Algunos pasajeros lo imitan, nerviosos.

—No gasten pólvora en chimangos —dice el mayoral, muy tranquilo—. Si llegan a acercarse, entonces, ¡bala!...

Una de los postillones, aprovechando la confusión, ha cortado el tiro de su cabalgadura, y huye.

El mayoral le apunta, sereno. Dispara. El postillón cae. Su caballo corre solo.

— ¡Y si otro pícaro pretende escapar le pasará lo que a éste! —amenaza el mayoral a los postillones—. ¡Apuren, canejo!

Los postillones castigan, furiosamente, llenan el aire con sus gritos. Nombran a los caballos. Los injurian.

— ¡Facundo!

— ¡Chacho, apuré, canalla!

— ¡López! ¡Trota, coyón!

— ¡Jesús mío!

— ¡Cura! ¡Te voy a matar por maula!

Las mujeres rezan, lloran varias. La que se lamenta, sigue:

— ¡Mis hijos! ¡Mis hijos huérfanos! ¡No tienen padre, se quedan sin madre!

La nube de polvo que son los indios se agranda. Las chuzas salen de ella como rayos que el sol hace brillar. Su alarido se hace más potente. ¡Ya, ya, ya, ya, ya!...

El mayoral se golpea la boca, burlón.

— ¡Los amolamos! ¡Ah! ¡Allí tienen la posta, pasajeros! —anuncia.

Así es. Doblando el camino, detrás de unos árboles, aparece la posta. Es un rancho al que rodean un foso, y una tapia con troneras. El clarín mete su punta en el silencio, lo corta largo, anuncia la llegada.

Allá, lejos, se ha detenido la nube de polvo erizado de chuzas.

—Eh, ¿no hay nadie aquí? —grita el mayoral.

Sale el maestro de postas. Es un viejo de piernas combadas a lo indio. De la barba y la cabeza enmarañadas, aparecen los ojillos brillantes. Lía un cigarro de tabaco negro.

— ¿Pa qué han venido? —dice—. ¿No saben que no tengo caballos? Anoche los indios me los robaron todos. Pero bajen ya que han venido. Descansen los caballos, y sigan...

GAUCHO

*Eres duro peón en las estancias  
y eres en los combates lanza heroica;  
sobre tu lomo afilan sus cuchillos  
los que van a carnear las "vacas gordas".*



Quinta parte

**Remingtons y telégrafo contra  
lanzas y chasques**



**Remingtons y telégrafo contra lanzas y chasques**  
(1873-1885)

*El gobierno debe proteger al miserable labrador que ha de hacer  
producir a la tierra nuestra subsistencia.*

MORENO

*Todo depende y resulta de las tierras.*

BELGRANO

*No es conveniente, menos en nuestra forma de gobierno que en  
otra, que haya grandes propietarios y un montón de hombres pobres,  
todos dependientes de aquéllos.*

PASO

*La Constitución no es más que una enseña y, después de proclamada,  
réstanos formar las condiciones económicas, morales y sociales que la  
convertirán en un hecho vivo y duradero.*

AVELLANEDA

*El derecho de la guerra, es el derecho de dañar al que nos daña para que  
cese de dañarnos. Es el derecho de la defensa: es el derecho de matar nacido del  
derecho de vivir. Pero si el que mata, es el juez encargado de decidir que ha  
matado en su defensa, toda guerra será defensiva, toda agresión será hecha en  
defensa de la vida, y el homicidio pasará a ser un derecho profesional de vivir.*

ALBERDI

Muerto Calfucurá, patriarcalmente, en su lecho, rodeado de sus mujeres e hijos, salvando a los cautivos que le podían ser sacrificados en holocausto –según el capitán Rufino Lozano, lenguaraz, lo dice– aconsejando la estrategia y la diplomacia que se debía seguir para no perder el imperio pampeano; era preciso nombrarle sucesor entre sus herederos.

Arduo problema encontrar sucesor al valeroso y hábil cacique. Preciso era hallar entre sus hijos varones a aquél que por su valor y por su oratoria, es decir, guerrero e inteligente, fuese digno de tal padre.

Allí estaban Millaqueu-Curá (Piedra semejante al oro), el primogénito, Bernardo Curá, Catricurá (Piedra rota), Namuncurá (Pie de Piedra), Reumay-Curá (Duro como piedra), Curumanque-Curá (Piedra del cóndor verde), Curupán-Curá (Espalda de piedra verde), Melí-Curá (Cuatro piedras), Miauln-Curá (Vendedor de piedras), Millá-Curá (Piedra de oro), Antú Curá (Sol de piedra), Pulqui-Curá (Flecha de piedra), Huichá-Curá (Piedra parada), Liev-Curá (Piedra de Cuarzo), José María Curá y Pichi Namun-Curá (Pequeño pie de piedra); todos hijos varones del gran cacique. Hijas mujeres: Cañayllantu-Curá (Amiga de los collares de piedra), Rupallancatu-Curá (Irse con el collar de piedra), Iñey Caghé (Seguir al ave) y Manuela Rufina.

Además, Reuque-Curá, hermano del cacique, sus hijos y los hijos de otro hermano, Namuncurá, ya muerto.

Todos, excepto las mujeres, podían aspirar al mandato que la muerte de Calfucurá dejaba vacante.

Doscientos veinticuatro caciques y caciquillos, jefes y capitanejos concurrieron al gran parlamento que debía nombrar al sucesor. Eran los representantes de todas las tribus pampeanas de que Calfucurá fuera el jefe: Los Curá (Piedra), los Lauquen (Laguna), los Leuvú (Río), los Loó (Médan), los Mahuida (Sierras), los Nahuel (Tigre), los Puma (León), los Gner (Zorro), los Choi-que (Avestruz), los Ñancú (Águila), los Manyue (Cóndor), los Luan (Guanaco)...

Y muchos otros. Todos calfucuraches, o sea, gente de Calfucurá.

No estaban allí los ranqueles —o ranculches— que por muerte de Mariano Rosas, ahora mandaba Epumer, nombrado sucesor suyo; no estaban los catrieleros de Catriel, ni los de Cachul y Coliqueo, ni los “manzaneros” patagónicos de Sayhueque, además de otras tribus más o menos libres y más o menos “mansas”, amigas de los blancos, pues nunca se podía contar en absoluto con que la amistad del indio al huinca —ni la del huinca al indio— fuese sincera. Pronto lo demostrarían los hechos.

El Gran Parlamento deliberó ocho días sin resolver el importante asunto de la sucesión. Millaqueucurá era el primogénito, debía, pues, sustituir a Calfucurá, pero era “maula”. Ni guerrero ni orador, y Namuncurá, en rigor, el más apto, por su verbo y su bien probada capacidad guerrera, aspiraba al cacicazgo. También aspiraba a él Bernardo Cura, el segundo hijo. Pareciera que la guerra civil, a semejanza de los cristianos, iba a desgarrar las tribus calfucuraches. Este es el peligro de un jefe sobrepasando excesivamente a su época y a los suyos. Lo que ocurriera a la muerte de Alejandro, el Macedónico, ¿iba a ocurrir con Calfucurá, el pampeano? Entonces se levantó la sabia y aconsejadora voz de Huenchuquir, anciano cacique, hombre de confianza de Calfucurá, a quien en diversas oportunidades había delegado para conferenciar con Urquiza y otros jefes de la Confederación. Huenchuquir llenó en esta ocasión el papel de Colocolo de que habla Ercilla, el anciano sesudo que aconsejó a los araucanos en trance de nombrar jefe para la guerra. Huenchuquir habló larga y cuerdamente. Señaló los peligros que la separación traería para todos, recordó que Calfucurá siempre abogó por la unión de los indígenas, frente al blanco, enemigo insaciable de sus tierras, supo avivar el odio común hablándoles del huinca, amenazante siempre, vencedor en San Carlos con sus poderes de brujo, dueño de armas misteriosas y terribles, el huinca ladrón y falaz que entraba a los toldos matando, llevándose las chinas y los chicos...

Un alarido estremeció el parlamento. El odio hacía borrar toda diferencia. Las chuzas prestas a hacerse fraticidas, vibraban ahora, juntas, enarboladas por una misma pasión secular. Huenchuquir propuso entonces un triunvirato constituido por Manuel Namuncurá, Bernardo Curá y Alvarito Reumaycurá, los tres hijos sobresalientes y jefes de los más aguerridos escuadrones. La proposición del prudente y conciliador Huenchuquir fue aclamada.

De los triunviros, el verdaderamente capaz para sustituir, en bien de todos, al padre, era Namuncurá. Bernardo, intrigante, repudiado por los hombres de guerra; Alvarito, feroz, borracho; Namuncurá era el jefe por su valor, su talento, su sobriedad, su afa-

ble fortaleza. Tuvo también la habilidad de hacer visibles los defectos de sus hermanos, desprestigiarlos y, a poco tiempo, el verdadero Cacique de los pampas era Namuncurá. Demostró que merecía serlo. No sólo por el coraje y la táctica que opuso al ejército huinca, ya conocedor del desierto y dueño de cañones, rémingtons y telégrafo que lo transformaban en invencible para los combates y, en rápido para las sorpresas, sino porque Namuncurá, convencido al fin, después de heroica resistencia, que la hora de su raza había llegado, no la sacrificó ni se sacrificó inútilmente, como fiera acosada. Meditó y pactó, salvando así la vida de muchos de los suyos y la de él mismo. Se tornó de guerrero en agricultor. Pelear hasta la muerte es un gesto; saber cuándo se debe sofrenar el instinto, revela una inteligencia que no es de bárbaro. Presintiendo, hace escribir:

Solamente esperamos que se afirmen los tratados de paz y se nos pase nuestro racionamiento, que de la guerra no se saca nada...

En 1894, cuando visita a Buenos Aires, vestido de coronel, tal como lo muestran sus retratos, para pedir tierras, *La Nación* lo saluda (26, julio): “Namuncurá era y es lo que nuestros gauchos en su lenguaje pintoresco, llaman “redomado” o más aún “taimado”...”

“Era éste que hoy tenemos aquí, el Tayllerand pampeano, vivo, astuto, malintencionado, siempre a la defensiva, siempre observando al enemigo”... Es un largo artículo en el que se narra anécdotas y cita a los escritores que sobre el cacique hablaron, (Lo hacen comunicarse por teléfono, lo hacen presenciar las habilidades de un prestidigitador que traga fuego; Namuncurá, receloso, pensativo, a todo dice: ¡“Gualichú”! Los cristianos, inventores del rémington, tienen pacto con el Demonio, por eso lo han vencido).

Para justificar su dictado de Tayllerand recuerda *La Nación* que Levalle, en sus tolderías abandonadas, halló números de *La Tribuna* de dos meses antes, donde aparecían los decretos ordenando expediciones contra él, y copias de las instrucciones dadas a Federico Melcher cuando

fue a mensurar las tierras del sur, hecho al que Namuncurá se opuso. Esto nos habla de que el Cacique, como su padre, sabía crear intereses entre los cristianos y hacer que muchos de éstos le sirvieran de espías.

Dice un oficial expedicionario al hablar del sucesor del Cacique:

Namuncurá le sucede por herencia de sangre y condiciones diplomáticas y guerreras. Hombre pequeño, al parecer insignificante, era reconocido por los suyos como la más alta autoridad. De temperamento tranquilo, pero muy desconfiado. Ávido de noticias y novedades, concebía con rapidez, escuchaba con atención, hablaba con facilidad, poseía condiciones de manso, resolvía las dificultades imprevisitas y sabía mirar de frente estando en presencia de un alto funcionario enemigo. Usaba este sello: “Manuel Namuncurá. General en jefe de las tribus de la Pampa”.

Buen discípulo de su padre, en el oficio de las argucias, inventaba hechos a producirse, los que indirectamente hacía conocer al gobierno o a las indias, teniendo a su servicio lenguaraces, secretarios y espías, no sólo entre los blancos, sino entre ranqueles, catrieleros y otras tribus. Hijo tercero de Calfucurá, al sustituirlo, con sus 63 años, era un experimentado hombre de la guerra y del gobierno pampas.

No bien proclamado el triunvirato que iba a suceder a Calfucurá, envió una misión diplomática a los huincas solicitando “las paces”, como decían ellos. Aunque otras misiones partían hacia los ranqueles, los patagónicos, los aucás de Chile y aún a los toldos de Catriel, Cachul y Coliqueo, indios cristianos, a fin de confederarles. La política de unión dictada por Calfucurá persistía en sus hijos.

Y esto aún, también muy de Calfucurá: A la vez que las misiones diplomáticas llevaban propuestas de paz, capitanejos libres, desobedientes a las órdenes del Triunvirato, según declaraban los diplomáticos pampas, producían malones en diversos puntos de la frontera.

Ya Sarmiento ha dejado la Presidencia a Nicolás Avellaneda y es ministro de éste Adolfo Alsina. Las “paces” que Namuncurá propone al ministro están consignadas documentalmente en esta carta –respetando la ortografía del secretario que la escribió:

Al Ecsselmo. Señor Ministro de la Guerra y Marina.

Dr. D. Adolfo Alsina.

Ecsselmo. Señor: Hemos llegado a tomar disposición de mandar nuestras Comisiones hante el Ecsslmo. Señor Gobierno de la Nación a fin de dar la definición a los arreglos de paz y firmar los tratados cumplidamente; por lo cual se le remite a S. E. las paces firmadas a nombre de todos los Casiques del Cargo de Gobierno de mis tribus y el nominal de los Casiques, Casiquillos y Capitanejos que contienen las tribus de los Casiques que representamos el Cargo de Gobierno de dichas tribus; en virtud de los tratados que celebramos con lealtad por medio de las Comisiones que mandamos esperamos se nos atienda debidamente y se nos cumpla en todo el contenido de las paces; en ellas verá la buena idea que nos lleva para el bien estar de nuestras tribus y la tranquilidad de los pobladores que es como si dijésemos el bien estar de todo el mundo.

Por cuyo objeto deseamos se nos manden todos los pedidos que se hacen por medio de nuestras Comisiones a fin de que sean conservadas con lealtad nuestras instituciones y se les trate bien a nuestras Comisiones que Mandamos hante el Superior Gobierno de la Nación y hante S. E. y se pase la orden para que cada vez que se ofrece mandar alguna persona haciendo algún corto pedido de vicios en la frontera constando de que nosotros las tres personas representantes del Gobierno de las tribus lo mandamos se nos atienda y se nos mande que dicho pedido lo hacemos con mucho agradecimiento y estimación y a los comisionados se les regale una poca cosa de vicios para su sustento y ropa.

Recibirá Muchos Recuerdos del Casique D. Alberito Reumay y del Casique Don Bernardo Curá y de mi hijo el Casique Juan Calfucurá y de mi hermano el mayor D. Juan Morales Catricurá y de todos los demás Casiques de las tribus de los que pedimos se nos cumpla el mandar firmados los dichos tratados cumplidamente por el Superior Gobierno de la Nación.

Pasará nuestros recuerdos de todos los Casiques, Casiquillos y Capitanes al Ecsselmo. Sr. Presidente de la Nación esperando se nos pase el racionamiento de los cuatro mil animales y los doscientos millones de pesos m/c que pedimos por los campos tomados por su orden correspondiente a las fronteras de Puán Carhué Guaminí y Chipilafquen y la asignación de sueldos y demás contenidos de las paces.

Al mismo tiempo espero de S. E. pase la orden para que aquellos indios que se hallan prisioneros en Patagones sehan puestos en libertad, pues el Casique Antemil como yo estaba haciendo los trabajos de paz, el se me retiró y por ahora se halla prisionero puede dejarlo preso o mandado a Martín García mas a dos Capitanes llamados Tori y Villanhér con toda la gente que esté en Patagonia los pido para que se han puesto en libertad; al mismo tiempo espero que se pase la horden para que sean puestos en libertad a cuatro jóvenes que se hallan en Chipilafquen cuyas personas han sido tomadas en la tribu del Casique D. Vicente Pinsen y son mis parientes cuyos nombres a continuación se espresan una se llama Quintiguan otra se llama Pichilen otra Ahiriguay Impaiguan es la otra.

Sin otro motivo se repite S. S. S.

Manuel Namuncurá.

P. D. – Hemos nombrado al Capitán D. Damasio Tapia para que corra con la Proveduría y sea nuestro representante en la Capital y a su hijo D. Catalino Tapia hemos nombrado para que sea nuestro Procurador General.

Vale.

En resumen, despojada de la jeringoza característica del analfabeto que dicta a un amanuense tan poco letrado como el que la ortografía revela, Namuncurá, aun después de la derrota de San Carlos, definitiva para el poderío pampa, se muestra altivo y exigente. Gran pedigueño, solicita esto para firmar “las paces” con los vencedores: Cuatro mil animales, doscientos millones de pesos, libertad de los cautivos, vicios y ropa. ¿Qué ofrece en cambio?: Dejar a los huincas la posesión de las tierras ya conquistadas, la tranquilidad de las fronteras, su lealtad. (“Los indios son incansables para pedir y para prometer”).

Pero no cesa de haber choques, algunos de ellos sensibles para los blancos. Por esa época mueren el comandante Heredia, el comandante Undabarrena, el mayor Orellana, el mayor Jáuregui y muchos hombres de tropa, luchando en combates parciales contra maloneros, ignorados por el Gobierno de los triunviros, según declaraciones de éstos. En una arremetida los indios llegan a seis leguas de Rosario de Santa Fe.

Ocurre la revolución mitrista de 1874. Y Catriel, arrastrado a ella por el general Rivas, comete todos los demanes propios de un malón. Cipriano Catriel aceptó aliarse a Rivas para incursionar maloneando. El propio partido mitrista, propietarios, capitalistas, estancieros, protestó asustado. Era un torrente de bandoleros aliados semejantes. Mitre, al llegar al sur de la provincia, se desembarazó de ellos. La revolución es derrotada en el combate de “La Verde” en Buenos Aires, y en el de “Santa Rosa” en Mendoza. Los indios de Cipriano Catriel, sublevados contra él mismo a quien guardan rencor desde “San Carlos” por haberles hecho pelear contra los “calfucuraches”, y también por sus rapiñas, su complicidad con proveedores, asesinan al cacique. Lo sustituye su hermano –y uno de sus matadores– Juan José Catriel. Pero

el ministro Alsina ya estaba dispuesto a llevar su ofensiva a la pampa. Las pretensiones de Namuncurá, los malones de tribus libres, le decían elocuentemente la inutilidad de los pactos. Se decidió trasladar a las tribus de Catriel y Cachul más al sudoeste. Era peligroso dejarlos allí, a pocas leguas del Azul y a la retaguardia del ejército. Parlamentó largamente con los caciques el coronel Levalle y aquéllos al fin accedieron a partir. El mismo Alsina se trasladó al Azul, a hablar con ellos. No bien había retornado el ministro a Buenos Aires, le llegó la noticia del levantamiento de Catriel apoyado por Namuncurá y Epumer. Era la política de Calfucurá revivida: Una conferencia de tribus pampeanas. Catriel se iba hacia el sur, pero llevando un arreo enorme de animales. El ingeniero Ebelot lo presencia y describe:

Durante cuatro horas vimos sucederse los bosques de lanzas y los inmensos arreos de bueyes y caballos. Se veía por lo menos ciento cincuenta mil cabezas de ganado. Era admirable el buen orden con que todo caminaba. Esos interminables arreos de animales relinchantes y balantes, que no tenían sino una idea, la de escaparse y volver atrás, marchaban como de parada, mantenidos sin esfuerzo aparente, en filas apretadas y dóciles. Por último aparecieron las mujeres y los niños de la tribu de Catriel. A una señal del Cacique, todos habían montado a caballo en busca de otra patria. Los viejos llevaban sus gallinas, su gallo, su gato en jaulas groseras; más lejos, y esto era menos patriarcal, se distinguía una calesa vacía, carruaje robado cuyos propietarios habían sido asesinados. El sol bajaba rápidamente.

Era el éxodo; pero un éxodo transitorio, que iba en busca de sus aliados, los demás indígenas de la Confederación pampa, a fin de volver con aire de guerra.

Además de Namuncurá y los otros jefes calfulcuraches, la Confederación tenía a los Catriel (Juan José y Marcelino), a Cándido y Ramón Leal, bandoleros como otros muchos, algo semejante a los Pincheira de antaño, terror de los pobladores, a Cachul, a Coliqueo (“Coronel graduado y Cacique principal de las tribus enemigas”, según títulos otorgados por el Presidente Sarmiento y su ministro Gainza); estaban otros caciques tan valientes y audaces como Pincén, Nancucho, Cañumil. (Los ranqueles, Epumer y Baigorrita, viejos conocidos de

Mansilla y descriptos por él en su *Excursión*, se mantuvieron apresuradamente neutrales). Todos temibles, jefes guerreros, astutos y arrogados. Más al sur: Reuque-Curá y Sayhueque, como una retaguardia que en el Neuquén y Río Negro defendería el paso por los Andes hacia Chile, donde tribus de aucás y araucanos siempre se hallaban dispuestas a cruzar las montañas y desbordar por las ricas llanuras del este. El secular espíritu mapuche estaba otra vez de pie contra el huinca invasor de sus tierras.

El ministro Alsina, dispuesto a pelear contra el indio y la oposición que desde la prensa y el Parlamento lo acosaba, había equipado a los cuerpos de caballería con lanzas, sable, revólver y una coraza de cuero.

Ha de ser fatal el desaliento que se apodere de los indios –anuncia– cuando se convengan que la chuza ha dejado de ser arma ofensiva en la guerra.

Así fue.

Una red telegráfica estaba uniendo la línea de fortines. Era preciso salir de éstos, avanzar. La ofensiva predicada o ejecutada por Rauch, Mitre, Mármol, Sarmiento hallaba en Alsina, hombre de temple, quien la empuñara. Da esta orden:

No puede entrar ni salir una invasión sin ser batida. Los jefes de unidad serán responsables de esto.

Y esta consigna espartana: “Querer es poder, y poder es un deber”. Además, el blanco posee, aparte sus admirables veteranos, sus gauchi-soldados de temeridad, astucia y sobriedad insuperadas, un conjunto de jefes duchos ya en esta guerra singular contra el indio: Lagos, Godoy, Rudecindo Roca, Maldonado, Donovan, Victoriano Rodríguez, Daza, Racedo, Fotheringan, Freyre, Villegas, Winter, Levalle, Santos Plaza... Son nombres ganados a punta de sacrificio.

Miles de lanceros indígenas se lanzan desde los toldos, llenan de polvaredas amenazadoras y de alaridos la soledad de las rastrilladas seculares. Chocan huincas y pampas. Aquéllos armados de rápidos ré-

mingtons, se transmiten eléctricamente las noticias por telégrafo. Su caballería no es la de antes. Bien montada, se mueve con celeridad, acude adonde el telégrafo le indica peligro. El aborigen no ha evolucionado: Su chuzo y su boleadora de siglos son las de siempre, sus chasques, si ayer rapidísimos, ahora lentos comparándoseles con el telégrafo, aplastan pingos en viajes de leguas. Es el hoy ansioso de mañana que lucha con el ayer estático. El 26 de diciembre de 1875 se encuentran. La chuzo cede al rémington. Despavoridos, los bárbaros huyen. Abandonan los animales robados. Cientos de miles de vacas, ovejas, yeguarizos. En La Tigra, en Horquetas del Sauce, en Paso de los Chilenos, los pampas sienten la superioridad del rémington sobre la chuzo. En Paragüil –18 de marzo de 1876– Levalle y Maldonado enfrentan y derrotan a la flor de la caballería pampa. Allí Namuncurá, Catriel, Pincen, se desesperan por obtener el triunfo. Inútilmente. La evidencia de la superioridad que mató de pesadumbre, según la tradición, a Calfucurá, desespera a los últimos caciques pampas. Y abandonan Carhué enemigo. Carhué es la llave del poderío pampa. El presentimiento de Calfucurá se ha cumplido. Hasta entonces, el aborigen ha llevado la ofensiva, ¿se cambiaron los papeles, la ofensiva pasará totalmente a manos del huinca invasor? No, todavía. El indio aún se debate. Malones en diversos puntos; pero no logra su objeto: llevar hacienda. Y se retira desalentado, aunque amenazador siempre.

Alsina comienza entonces la construcción de una zanja de 100 leguas, que irá de Bahía Blanca a Italó, todo el oeste de Buenos Aires hasta el sur de Córdoba. Será una zanja, según se establece, de 4 varas de ancho por 3 de profundidad. Desde ella hasta el Atlántico y el Plata, el ejército sembrará, construirá, plantará árboles, hará jagüeles. Al occidente de ella, el indio sin vacas, se morirá de hambre en sus médanos y salinas, en sus bosques y llanuras. Si intenta penetrar, la zanja dificultará su retirada. Tal es el proyecto de Alsina. Seis millones de pesos da el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para realizar la obra. Alsina, a pesar de lo exhausto que se halla el país, recién salido de los gastos de la guerra del Paraguay, las revoluciones de los montoneros, de

López Jordán y de 1874, pide dinero para extender el telégrafo, equipar soldados, munirlos de buena caballada, transformarlos en zanjeadores, plantadores y constructores. Quiere armas y herramientas para el ejército. Es preciso sacrificarse, si es necesario, pero no ahorrar. “No sea que paguemos en sangre lo que pretendemos ahorrar en oro”, escribe. Tiene una obsesión: Ocupar el desierto, pero ocuparlo de manera “permanente”. No hacer lo de antes, lo de Rosas: correr al indio, amedrentarlo durante un tiempo, para después retirarse y dejarlo otra vez dueño de la tierra lindante con los fortines. Alsina habla de posesionarse “permanentemente” de la tierra abandonada por el indio derrotado.

En 1877, Namuncurá lleva la última invasión de los indios pampas. Después de ese año quedan a la defensiva. Entonces Levalle puede escribirle, usando la arrogancia que un tiempo tuvieron Calfucurá y Namuncurá mismo:

Díganle a Namuncurá que le exijo la reducción de sus tribus sin condiciones ni promesas, y que si dentro de dos meses no ha venido a entregarse, he de ir a buscarlo yo mismo, mostrándole que soy capaz de ser tan indio como él.

Para probárselo hace fusilar a su parlamentario. No necesitaba. Ya saben los indios desde el tiempo de los españoles, que los cristianos incendian, roban, violan y degüellan con saña tan feroz como la del pampa.

El 29 de diciembre de 1877, Alsina, ya muy enfermo, muere. Queda su *Memoria Especial*, fechada ese mismo año. Es una enseñanza. Y se continúa la obra por él emprendida. Entre los años 1877-78 las expediciones de Levalle, García, Villegas, Tejedor y Racedo, obtienen diversos triunfos. Namuncurá, Catriel, Baigorrita, perseguidos; Epumer (Epumer: dos zorros) y Ramón caen prisioneros. Salinas Grandes y Leuvucó, las “capitales” de pampas y ranqueles, son pobladas por el ejército. Se persigue a los indios, pero “perseguir indios es como perseguir cóndores” —escribe Fotheringham.

La presencia de Adolfo Alsina con su voluntad de hacer, su carácter y su indómita combatividad, es decisiva en la epopeya de las pampas.

Ministro de Avellaneda, tan inteligente, mandatario serenamente ejecutivo, tuvo las manos libres para realizar la obra que lo obsesionaba. Era imprescindible resolver de una vez el problema del indio. Dos sistemas se presentaban. El español: un avance por zonas sucesivas, atrincheradas, pactando, avance lento; o el asalto infatigable a las tolderías, guerra de exterminio, exponiéndose a posibles derrotas o a fracasos infligidos por la hostil naturaleza. Alsina, más por temor a la enconada oposición de sus adversarios políticos, para quienes todo cuanto hacía estaba mal, que por temor a los indios, adoptó, prudente, un plan intermedio. En las cartas cambiadas con Roca —entonces jefe en Río IV— y en que éste se pronuncia francamente por la guerra ofensiva, el Ministro aclara:

Ni los documentos publicados, ni de mi carta, ha podido usted deducir que mi plan sea establecer línea de fortines para mantener la defensiva.

En su polémica con Álvaro Barros, sendas cartas publicadas en *El Nacional*, Roca expone sus planes.

La divergencia entre uno y otro, ese año 1875 en que se escriben, se halla sólo en esto: Roca quiere avanzar directamente hacia Río Negro, a cortar la retirada del indio a Chile, ocupar Choele-Choel, como intentó Sarmiento, punto neurálgico y estratégico, es decir, llevar a cabo de un golpe la línea de fronteras al río patagónico; Alsina, en cambio, aunque también ansía llegar al Río Negro, lo quiere hacer más lentamente, apoderándose de Salinas Grandes, Carhué, Leuvucó, otros puntos estratégicos de las pampas, cruce de caminos, abastecimientos de agua potable y leña para el centauro indígena y sus arreos de hacienda. El fin es el mismo. Un hombre de la época, el comandante Manuel Prado, justifica así la prudencia de Alsina:

El malogrado ministro había llevado la antigua línea de Ancalú y del fuerte de Paz hasta Carhué, Guarnirá y Trenque-Lauquen, y completado esa empresa con la apertura de aquella zanja que se extendía de Fuerte Argentino —actual Bahía Blanca— a Italó. No es de extrañar que el plan de Alsina tendiera, en el fondo, a la defensiva.

Nadie, como él tropezó con mayores dificultades para internarse en el desierto. Lista ya la expedición, estuvo a punto de fracasar, y hubiera fracasado si el heroísmo de las fuerzas que mandaba Levalle en Paragüil, no hubiese roto la soberbia impetuosa del indio. Durante el ministerio de Alsina tuvieron lugar desastres como la sublevación de Catriel y Manuel Grande, y luego, cuando las tropas ocuparon Masallé, más de una vez se pensó en la retirada de los viejos acantonamientos. La división de Levalle y Maldonado, que ocupó la zona de Carhué y de Puán, antes de establecerse definitivamente, tuvo que librar combates diarios en los cuales la victoria fue el premio de una audacia y valor desesperados. Referen los que tomaron parte en esa campaña que los cuerpos de Maldonado, hostigados incesantemente por la indiana, tenían que formar en batalla y establecer entre una fila y otra, campo para que los caballos pastasen con seguridad. Se comprende, pues, que el doctor Alsina fuera prudente, y que no quisiera comprometer el éxito de su campaña cambiando de método y táctica.

Esta es la voz de la realidad.

El indio fue siempre un enemigo terrible y formidable... Empleaba sus armas con agilidad vertiginosa, diestramente y con fuerza muscular: las boleadoras y las flexibles lanzas, arma punzante, tanto en el ataque como en la derrota —escribe otro combatiente, Ramayón—. Grandes conocedores del terreno, atacaban por sorpresa, aparición súbita, en grupos separados... Nuestro soldado de infantería usaba el inolvidable fusil de chipsa y su bayoneta. Más tarde vino el rémington y esta arma fue la muerte del poder del indio.

Pero a la superioridad del arma, el indio que, como se ve, aún poseía una belicosidad temible, oponía la superioridad de su número.

Un oficial escribe a sus familiares:

Se pelea a todas horas. De día, para que coman los caballos y la hacienda del consumo. De noche, en la defensa de los zapadores, entreverándose a veces a arma blanca los indios y las tropas, pues, envueltos entre las tinieblas de las más frías y horribles noches lluviosas, vienen audazmente hasta los fosos a sorprender las guardias. Mientras unos comen o duermen, otros se baten y nos relevamos en esta constante tarea, pues, en todo el círculo del horizonte no vemos sino indios que pueblan los aires de estridentes alaridos, blandiendo las lanzas, cuyas moharras relampaguean cuando el sol ilumina el cuadro grandioso que se desarrolla en esta inmensa soledad. No es posible aislarse sin perecer, como ha sucedido a varios desgraciados. El enemigo nos arroja cuerpos mutilados y clava cartas en chuzas, amenazándonos con

la degollación; pero nuestras armas los diezman y desbaratan, habiendo conseguido al fin que ya no se pongan a tiro. ¡Triste victoria, no obstante! ¿Cuánto durarán sus frutos? No tenemos carne, ni abrigo, ni techo, pues las carpas vuelan arrebatadas por los vientos, tan fuertes como constante. No fumamos, carecemos de leña, tomamos el agua del arroyo a viva fuerza, y sabemos que no hay esperanzas de recibir provisiones, reduciéndonos a comer los caballos que quitamos o herimos al enemigo. Los campos arden en todas direcciones, proporcionándonos de noche un espectáculo infernal. ¿Quién nos sostiene en el mayor de los martirios que espero soportar en mi vida? Dios y el corazón argentino que late a la sombra de la bandera del batallón que flamea sobre el cuadro de nuestras miserias y padecimientos, alimentando nuestra fe y nuestro nervio, como el sol que derrama la vida o la conserva en la Creación...

Otra voz de la época, la de Alfredo Ebelot, más sereno, dada su condición de extranjero y de científico: Nos habla del apoyo que Alsina prestó a la guerra ofensiva, “para no dejar al indio el papel más brillante y fácil” con sus ataques intermitentes, golpes de mano rápidos, en las horas y terrenos de su elección. El propósito de Alsina —dice Ebelot— era ir llevando adelante la frontera, sin dar grandes batallas para “impresionar la imaginación de los electores” y sin arruinar a nadie con fracasos inesperados. Un procedimiento más largo, pero más seguro. De etapa en etapa se llegaría a Río Negro, la barrera natural de los indios del sur.

La obra de Alsina, en esos años de 1875 al 77 que royeron su vida, se la combatió cruelmente por sus contemporáneos. La pasión política cegaba. Frente a la “conciliación” de Mitre, Alsina, Avellaneda, los “republicanos”: Alem, Del Valle... Inmediato, se presentaba el problema de la capitalización de Buenos Aires —que no se resolvería sin sangre y dolor, como se resolvieron siempre todos los problemas argentinos. La revolución que iba a estallar el 80, ya anubarraba el horizonte, en 1876: crisis financiera. Se reducen los gastos de 27 millones a 20 millones anuales. A la obra de Alsina también se la disminuyó después de él muerto, para exaltar la de Roca, su sucesor en el Ministerio de Guerra y Marina, y después Presidente de la República.

*El Heraldo del Sud* —del Azul— 30 de diciembre de 1875, publica, por ejemplo, este artículo que reproduce *La Prensa* del 16 de abril de 1876:

El ministro de la guerra se ha lucido. Todavía está fresca la tinta con que firmó con Catriel el tratado por el cual se obligaba a dar a los indios de este cacique campos para establecerse, instrumentos de labranza para explotarlos, raciones para su manutención, sueldos militares, vestuarios, en cambio de un servicio regular y de la obligación de llevar sombrero con divisa. Todavía resuenan los brindis con que el doctor Coronel celebraba la alianza, y ya la alianza firmada está rota y ya Catriel está aliado de hecho con Pincén y con Namuncurá, y ya está sublevado contra el Gobierno, y ya ha hecho armas contra el coronel Levalle, primer negociador firmante, y hasta cierto punto garante del tratado, y ya 3.000 indios (algunos llevan el número hasta 4 ó 5 mil) sitian e invaden pueblos fronterizos y se esparcen por la zona más rica de la provincia arreando los ganados y dejando como de costumbre en pos de sí la miseria, la orfandad y la muerte...

Son injustas, asimismo, las consideraciones de Zeballos, por ejemplo. Roca sólo completó lo iniciado y, en gran parte, realizado por Alsina y sus capitanes —que fueron los mismos de Roca. En 1879, cuando éste emprendió su campaña a fondo, hasta Río Negro, ya encontró un indio muy diferente al que, recién confederado por Namuncurá, invadió en 1876 el sur de Buenos Aires y opuso terrible resistencia a la ocupación de Carhué. Los años 1877 y 1878 fueron de incesantes batidas, y en ellas se quebró para siempre el poder de los pampas. Después llegó Roca —1879—; pero aún Conrado Villegas y otros debieron seguir persiguiendo indios rebeldes por Neuquén y otros lugares de la Patagonia —1885.

El propio Zeballos que acusa de “general no preparado” a Alsina por no aceptar de lleno el plan ofensivo de Roca y “perder tiempo” —al decir de la época— en la construcción de la zanja, nos pinta la situación del momento, lo que era la retaguardia de Alsina —la ciudad de Buenos Aires— cuando éste se hallaba en el sur, parlamentando o peleando con los indios:

La situación política de la República —escribe Zeballos— era, por otra parte, tremenda y pavorosa. El Gobierno vivía en el vacío de la oposición. La revolución estaba decretada y era dueña de todos los ánimos; recludábanse públicamente los elementos, se pretendía minar el ejército de línea; los emigrados argentinos en Montevideo no cesaban de inquietar al Gobierno; el pueblo mostrábase remiso en el pago de las contribuciones; la renta nacional disminuía considerablemente; la crisis económica, haciendo estragos, ponía a la Nación al borde del abismo de la

bancarrota; el Presidente vivía rodeado de guardias, y el doctor Alsina pernoctó muchas veces sobre los techos de los cuarteles erizados de bayonetas esperando el estallido popular.

Si esto en la retaguardía, esto en la línea de fronteras:

El primer año de permanencia en Carhué fue de espantosa zozobra. Las tropas habían llegado con ropa de verano en pleno invierno, a una latitud donde el termómetro baja de cero. Al clima lluvioso y austral de Carhué apenas podían oponer carpas imperfectas y abrigos insignificantes. La fatiga parecía superior a la misma fuerza humana. Desde la alborada, en lucha con el enemigo feroz, astuto, implacable; de noche, con el pico y la pala en los fosos y en los baluartes. La leña, supremo y único consuelo de los soldados en las adversidades del desierto, era conquistada del poder del enemigo regando con sangre el campo que la producía. ¡Ni abrigo, ni tiendas, ni fuego, a 6 grados bajo cero! La alimentación comenzó a ser mala, y se agotó al fin, interviniendo en ella las bestias inútiles, los perros y las alimañas de los campos. Los caballos mismos, especie de artillería en la táctica peculiar del desierto, sucumbían por centenares a la tremenda fatiga, al clima, a la diferencia de pastos y, sobre todo al encierro constante a que los forzaba la acechanza perseverante del salvaje. Los campos ardían en todas direcciones, y detrás de las llamaradas aparecían agigantadas y como monstruos vengadores las figuras de los vigilantes indios. Las enfermedades habían puesto fuera de combate a no pocos jefes, oficiales y soldados; y la desertión se desarrollaba de un modo doloroso, provocando castigos extremos...

En esta situación, el general Nicolás Levalle dio la célebre orden de Guaminí:

Camaradas de la División del Sud: No tenemos yerba, ni tabaco, ni pan, ni ropa, ni recursos, ni esperanzas de recibirlos... Estamos en la última miseria; ¡pero tenemos deberes que cumplir!

Se cumplieron. Y los cumplió el ministro Alsina, pese a la falta de recursos, a la oposición de sus adversarios políticos, a la enfermedad que minaba su organismo, estrujado por las inquietudes y las andanzas cuando los médicos aconsejaban reposo, asaeteado por los fríos y las malas noches, cuando los médicos aconsejaban cuidados y tibiezas. Alsina cae en el lecho ya moribundo. Y aún envía órdenes a

Levalle para que las cumpla cuando él haya muerto: “El coronel Levalle –dice la postrera– cumplirá mis instrucciones aún cuando el telégrafo le transmita la noticia de mi muerte”. En el delirio de la fiebre que lo agota, se le oye: “Namuncurá... los indios...”

Nada se atacó con más violencia en la obra de Alsina que la construcción de la zanja, y no sólo ya por legos en la materia. Tuvo opositores de la categoría de Álvaro Barros o de Roca. El secretario de éste ha publicado un “desahogo” que encontró en una libreta de bolsillo. Escribe Roca:

¡Qué disparate la zanja de Alsina! Y Avellaneda le deja hacer. Es lo que se le ocurre a un pueblo débil y en la infancia: atajar con murallas a sus enemigos. Así pensaron los chinos y no se libraron por cierto de ser conquistados por un puñado de tártaros, insignificante comparado con la población china. Es necesario hacerles comprender a Alsina y al Presidente que es sacando el hormiguero cómo se acaba con las hormigas, no esperando cazarlas a éstas una por una cuando ellas salgan de la cueva. Si no se ocupa la Pampa previa destrucción de los nidos de indios es inútil toda precaución y plan para impedir las invasiones.

Otro opositor de la zanja que merece la pena oírse: el coronel Álvaro Barros. Este, como Roca, como tantos otros, no comprendió la prudencia de Alsina. Creyó que iba a seguir con la táctica defensiva ya inexplicable. En un folleto –La Guerra entre los indios– Álvaro Barros habla contra la guerra defensiva: “Conservarse en actitud defensiva permanente, es renunciar a todas las ventajas en favor del enemigo” –escribe. Trae la palabra de Federico, el rey prusiano:

La defensiva conduce a los destacamentos y de aquí resulta que el que la adopta tratando de guardar todas las entradas, se extiende desproporcionalmente y acaba por quedar debilitado en todas partes.

Álvaro Barros explica que esa zanja de 100 leguas con el desierto enfrente y el desierto detrás, y sino el desierto, la despoblación, necesita 300 fortines y en ellos 3.000 soldados, y luego otros 3.000 soldados para pelear al indio. Todo esto en un país en crisis, con un Congreso

que en 1876, sanciona 140 mil pesos fuertes para las fronteras y niega 10 mil para la fabricación de cartuchos.

Barros expone un plan ofensivo con unidad de comando. (“Nada es tan importante en la guerra como la unidad en el mando. Un ejército en una sola línea, dirigido por un solo jefe” –ha dicho Napoleón). Es necesario combatir con un fin y con un plan. Recordemos que esto ya lo predicaba el coronel Manuel Pueyrredón en 1824. Pedía unidad de comando, ocupación permanente, y escribía con videncia singular: “No se ha intentado nunca hacer una guerra de ocupación”. Los éxitos de Rosas se debieron a la unidad de comando, y el triunfo de Roca en 1879, a que se llevaba un plan y a que se tenía un fin: la ocupación permanente.

Como siempre, cualquier logro humano es suma de experiencias y resultado de la colaboración. Pero se necesitan 55 años para que Roca realice lo que Manuel Pueyrredón prevee.

Barros también habla de la falta de plan en la guerra contra los indios, y en toda guerra argentina. Excepto San Martín en su campaña a Chile, y Alvear en su campaña al Brasil, se ha sido siempre monotonero, se ha peleado siempre con golpes de mano audaces, más corajudos que inteligentes. Ahora Barros propone: Salir de Bahía Blanca sobre Salinas Grandes, de Río V sobre Leuvucó, de Mendoza sobre Pallen, atravesar el Río Colorado y llegar al Río Negro. Lo que Roca hará en 1879. ¿Se podía hacer cuando Alsina proyecta la zanja? La guerra contra el indio debía llevarla el ministro de Avellaneda no sólo en las pampas del sur, sino en las calles y en el Parlamento de Buenos Aires, contra sus opositores, entre los que se hallaban el gobernador de la provincia y sus porteñistas, un ejército armados los “rifleros”, ensoberbecido y tumultuoso.

Norteamérica y Chile poseían vallas naturales para oponerse a las invasiones del indio; Buenos Aires la creaba con esta zanja... Tal vez fue el pensamiento de Alsina. Contener al indio ya sea con un alambrado o con una cadena o con un foso. No se le contendría totalmente, es cierto, pero se le opondría una dificultad que retardaría sus avances rápidos, su mayor peligro, y dificultaría el paso de la hacienda robada.

Sus opositores recordaron –burlonamente– la “gran muralla” de la China, levantada en el siglo III antes de Cristo para contener los avances de los tártaros, y hollada por éstos. Alsina responde:

“El Gobierno está resuelto a no omitir gastos y ha de hacer el foso, inviértase en él cuanto tiempo se invierta”.

La zanja votada en las sesiones del 4 y 5 de octubre de 1875, fue una anécdota más en la secular epopeya. No contuvo al indio; sólo obstó sus malones, y en su construcción, ¡una vez más!, empleó el gauchi-soldado su inagotable capacidad de sacrificio.

En el ambiente flotaban ya estas verdades: plan, unidad de comando, guerra ofensiva. Otros hombres las iban a convertir en realidad. Alsina hizo lo que en la tarea común le correspondía, según su momento, sus recursos, lo que sus enconados enemigos le permitían.

Le ha tocado a él –habla Avellaneda– la gloria de dirigir las últimas grandes operaciones de la campaña de la civilización contra la barbarie y el desierto, que hace trescientos años se abrió y todavía dura. Dentro de trescientos años mas habrá terminado, cuando la población llene sus desiertos; y entonces, cuando se mida el camino recorrido por las generaciones, se encontrará que una de las más largas y fecundas jornadas de la civilización estará en el mapa de la hoy solitaria pampa, con el nombre del doctor Adolfo Alsina.

Enérgico, resolutivo, fuerte; la figura del caudillo y tribuno popular se presenta como el factor que decide la secular lucha. Sabe transmitir su entusiasmo a la tropa. Cuando la toma de Carhué, la proclama:

Habéis tomado en el día de hoy a Carhué, baluarte de la barbarie. Para conseguir este resultado sólo se necesitaba, acabáis de verlo, lo que felizmente ha habido: fe y voluntad. En la marcha he tenido ocasión de admirar vuestra disciplina. Si llega el momento de combatir sé bien que uniréis a esa disciplina indispensable para la victoria, la bravura que jamás os faltó fuere cual fuere el enemigo que se pusiera a vuestro frente...

Alsina sólo es coronel de guardias nacionales, es un guerrero improvisado el Ministro de la Guerra, pero sabe estar a la temperatura de su responsabilidad. Comprende la importancia de Carhué, y escribe:

Pálido sería cuanto escribiese para dar una idea de la naturaleza tal como aquí se ostenta, bella y más que bella, imponente. Ahora me explico el amor y hasta la veneración de los bárbaros por estos lugares, cima para ellos de inolvidables tradiciones. Calfucurá agonizante llamaba a sus hijos y les ordenaba que no se dejaran despojar de Carhué; tal fue su testamento como soberano de las pampas. Bajo el punto de vista estratégico nada puede concebirse que sea más admirable: un arroyo encajonado, correntoso y de agua cristalina. La inmensa laguna que lo recibe y las lomas altísimas que cierran el horizonte en todas direcciones forman un campamento natural de 45 millones de varas cuadradas, donde podrían pasar la noche las haciendas con toda seguridad, sin que sea necesario hacer otra cosa que cerrar definitivamente uno de los costados.

Como táctico, cabe recordar lo que escribía a Roca en 1875:

Ocupándose “Carhué”, “Trenque-Lauquen” y la laguna “El Cuero”, se hace completamente imposible para los indios su permanencia en Salinas, Choiqueló y Leuvucó, por la sencilla y conocida razón de que ellos no pueden vivir teniendo cerca al enemigo, y por esta otra consideración, a mi modo de ver muy atendible, y es que “Carhué”, “Trenque-Lauquen” y “El Cuero” son, puede decirse, las avanzadas que hoy tienen, lugares estratégicos que les sirven para sus invernadas.

Así fue. Ocupados esos lugares, los indios perdieron la ventaja que el desierto les daba sobre los blancos. Ya los ejércitos no tienen que recorrer enormes distancias agotadoras para abastecerse de pastos, agua, carne y leña. Esto explica la facilidad de las campañas de Roca y demás sucesores de Alsina.

Es también Alsina un jefe abnegado. Una anécdota basta para cerrar su perfil. Es durante la campaña de 1876, a fines de este año. Ya él se halla muy enfermo. El frío lo mataba. Fue preciso darle unas fricciones de alcohol, en todo el campamento no se halló una botella, tal era el estado de pobreza en que combatían aquellos soldados. Por fin, un teniente proporcionó un poco de alcohol que guardaba para casos semejantes. Alsina le dijo: “Su generosidad no será olvidada”. Prometió enviar desde Buenos Aires, adonde iba ya para morir, lo más necesario: yerba, café, azúcar, tabaco, alcohol, “vicios” para poder pasar las noches y combatir las heladas. Pero en Buenos Aires ve el Ministro

lo difícil que le será cumplir lo prometido. Solucionó el trance con abnegación: hipoteca sus pocos bienes y con su producto compra y hace enviar al campamento lo que prometiera.

Razón tuvo el que, a puñal, en la corteza de un Quethré Huilthré (caldén solitario), árbol sagrado de los indios, ornado con las ofrendas de éstos, gigante forestal cuya sombra se esparcía sobre un área de 250 metros cuadrados, en homenaje al conquistador de la pampa, grabó su nombre: Adolfo Alsina.

Antes de entrar en la última jornada bélica que Roca y sus capitanes llevan hasta más allá del ansiado Río Negro, es preciso detenernos, aunque brevemente, en la figura del Presidente Avellaneda.

Ni Alsina ni Roca hubieran realizado sus campañas sin la colaboración comprensiva de este apto sucesor de Mitre y Sarmiento. Oigámoslo a él mismo. En carta al coronel Álvaro Barros que le acaba de dedicar su libro *Actualidad Financiera de la República Argentina*, año 1875, Avellaneda escribe:

La cuestión fronteras es la primera cuestión para todos, y hablamos incesantemente de ella aunque no la nombremos. Es el principio y el fin, el alfa y el omega. No recuerdo, por ejemplo, haberla puesto como epígrafe a ninguno de mis escritos; pero las numerosas páginas que he dedicado a la exposición de sistemas que pueden adoptarse para la más rápida y provechosa ocupación de las tierras públicas, sólo encierran, a la verdad, una faz de la cuestión ífronteras. Suprimir los indios y las fronteras no implica en otros términos sino poblar el desierto...

No suprimiremos al indio, sino suprimiendo al desierto que lo engendra. No se extirpa el fruto, sino extirpando de raíz el árbol que lo produce. De lo contrario se emprende una obra que necesita recomenzarse en cada estación. Las fronteras habrán desaparecido, cuando dejemos de ser dueños del suelo por herencia del rey de España, y lo seamos por la población que lo fecunda y por el trabajo que lo apropia...

Somos pocos y necesitamos ser muchos, sufrimos el mal del desierto y debemos aprender a sojuzgarlo. He ahí la síntesis de nuestra política económica, en la que figuran como elementos el inmigrante, las fuerzas vivas que la Nación aplica por medio del trabajo a la producción, el desenvolvimiento de las industrias rurales, el movimiento expansivo de la población, sin que por esto quede excluida la espada del soldado que abre y allana caminos, que resguarda y defiende la frontera civilizada, pero que no basta por sí sola para entregar de un modo permanente a la civilización el suelo estéril del salvaje.

Avellaneda afronta el problema con sabiduría y visión de futuro. Pocos, entre sus contemporáneos, lo comprenderán. Lo que Avellaneda dijo de Rivadavia a él podría decirsele: “Desgracia y gloria para los que viven con el pensamiento en lejanas perspectivas, más allá de su época”...

La época pedía conquistadores y exterminadores de indios, no pobladores, ni civilizadores.

\* \* \*

A los seis meses de morir Alsina, ocupó el Ministerio de Guerra el general Julio Argentino Roca, dispuesto a proseguir la campaña por aquél emprendida. “Conservaré inalterable el propósito y las generosas inspiraciones del malogrado doctor Alsina” –dice Roca en el telegrama con que responde al Presidente aceptando el nombramiento–. “Los hombres se van, pero quedan sus buenas ideas y sus nobles ejemplos”.

Roca no es el conquistador del desierto, como no lo fue Rosas. A uno y otro se les magnificó con fines políticos, y esto sin negar los evidentes méritos de uno y otro. Roca es sólo el continuador de la empresa que Alsina dejó casi realizada. Al llegar él, los indios ya eran sólo bandas de ladrones perseguidos que no presentaban combate. Los ranqueles, preso Epumer y Ramón, huyendo el tenaz Baigorrita, eran restos de tribus. Las indiadas de Namuncurá y Catriel habían sufrido derrotas definitivas como la de Paragüil. El ejército, bien montado y equipado, con la conciencia de su superioridad y jefes avezados, ya había salido de la inercia de los fortines y tomado la iniciativa de la guerra. La pampa no era ya el “desierto”, la guarida del indio que, al hundirse en su horizonte, abandonaba al huinca chapetón, sed, hambre y leguas desoladas para que se fatigase en vano.

La ignorancia completa de la topografía de nuestras regiones del Sud –escribe Manuel Olascoaga– fue la única causa porque dejamos éstas entregadas a la desvas-tación que ha durado siglos.

Roca, por su parte, conoce el problema. Está decidido a la ofensiva.

Su comandancia en Río IV, frente a los ranqueles y aprovechando la experiencia del veterano Manuel Baigorria, le ha sido fructífera. Posee, además, el prestigio militar que le han dado su campaña en el Paraguay y sus triunfos sobre las revoluciones de 1871 y 1874 (López Jordán y Arredondo). En su epistolario con Alsina ha escrito párrafos seguros:

Los fuertes fijos en medio de un desierto matan la disciplina, diezman las tropas, y poco o ningún espacio dominan. Para mí, el mayor fuerte, la mejor muralla para guerrear contra los indios de la pampa, y reducirlos de una vez, es un regimiento o una fracción de tropas de las dos armas, bien montados, que anden constantemente recorriendo las guaridas de los indios y apareciéndoseles por donde menos piensan...

La Nación gasta anualmente más de cien mil pesos fuertes en subsidios a los ranqueles; gasto inmenso que ocasionan, al que hay que agregar otro tanto, por lo menos, del mantenimiento de las fronteras.

Y expone sus planes para atacar a los ranqueles por Córdoba y flanquear así a los calfucuraches de Salinas Grandes; luego por Mendoza, aprovechando los accidentes del terreno, avanzar, amenazando cortar la retirada a Chile, hasta el Río Colorado.

Yo me comprometería, señor ministro –escribe Roca– ante el Gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto, en dos años: uno para prepararme y otro para efectuarlo...

Las opiniones de Roca, en 1875, cuando esto escribía, él lo reconoce, “concuerdan hasta cierto punto” con las de Alsina. Éste quiere avanzar “tomando posesiones del suelo” –fortines, poblaciones, la zanja–, “fijándose permanentemente en algunos puntos”; Roca quiere “avanzar hasta los últimos confines habitados por los indios, en Salinas y en territorio ranquelino, no por fuertes fijos, sino por fuertes ambulantes, movibles como los enemigos que se combaten”...

Chile y Norte América pueden hacer guerra de posiciones; la Argentina, no. Esta guerra no puede hacerse en las pampas, llanuras sin límites ni obstáculos.

En una carta publicada en *La República* —abril 24 de 1876—, insiste Roca en su plan ofensivo a todo trance. Y en algo más, esto: En que es imprescindible “interpretar y cortar para siempre el comercio ilícito que desde tiempo inmemorial hacen con las haciendas robadas por los indios las provincias del sur de Chile: Talca, Maule, Linares, Nulle, Concepción, Arauco y Valdivia”.

En épocas normales, no cuando se realizan grandes malones, se calcula que los indios pampas roban y exportan a Chile 40 mil cabezas de ganado anuales. Allí las venden a 2 ó 3 pesos fuertes por cabeza.

Algunas personas que han vivido en las fronteras chilenas —escribe Roca— me han asegurado que algunos de los prohombres de aquel país que tienen o han tenido grandes establecimientos de campo en aquellas provincias, no han sido extraños a este comercio y deben a él sus pingües fortunas o el considerable acrecentamiento de ellas.

Un documento: Estando en el Ministerio de Relaciones Exteriores Bernardo de Irigoyen, por intermedio del representante argentino en Chile, Miguel Goyena, trató de conseguir que las autoridades de Chile fiscalizaran el tráfico en el sur de los Andes:

Desde mucho tiempo —dice Irigoyen— han llamado la atención las compras que hacen públicamente individuos establecidos en la parte sur de Chile, de los ganados que roban los indios en las fronteras de esta República. Informes repetidos y contestes posee el Gobierno. Conoce los pasos de la cordillera por donde se introducen las haciendas arrebatadas por los bárbaros, conoce los lugares en que son recibidos, el precio insignificante que se abona por ellas, los artículos que se entregan en pago y los nombres de algunos individuos dedicados a sus especulaciones. El Gobierno de Chile no puede ignorar que hordas de salvajes de las faldas de los Andes, al sur del Planchón, alentados por el comercio que se denuncia, se entregan al pillaje en nuestras fronteras; y no puede desconocer que toda introducción por esas alturas procede de los robos que hacen los indios y que son frecuentemente acompañados de otros crímenes. No puedo comprender que el estímulo prestado por algunos habitantes del sur de Chile a los salvajes de la pampa, para que les entreguen en, cambio de objetos despreciables los ganados que arrebataban en nuestras fronteras, al favor del incendio de las poblaciones y del asesinato de sus moradores, sea una operación industrial que pueda garantizar la Constitución chilena...

Según dato de Dionisio Schoo Lastra, el diputado chileno Puelma, en sesión del 18 de agosto de 1870, había dicho en el Congreso de su país: “En cuanto al comercio, vemos que el de animales, que es el que más se hace con los araucanos, proviene de animales robados en la República Argentina. Es sabido que últimamente se han robado ahí 40 mil animales más o menos y que son llevados a la tierra, y nosotros, sabiendo que son robados, los compramos sin escrúpulo alguno, y luego decimos que los ladrones son sólo los indios. ¿Nosotros, qué seremos?”

Suprimiendo este mercado, sin el incentivo del robo, reducidos a sus propios recursos y sin recibir refuerzos de las tribus guerreras de Arauco, los indios se verían forzados a acercarse a las poblaciones argentinas para buscar en ellas productos que, como el tabaco, el aguardiente, la yerba o el azúcar, se les habían hecho imprescindibles. Y esto los transformaría de ladrones en trabajadores.

La carta de Roca a *La República* demuestra que el comandante de Río IV ve con claridad el problema y que lo enfrenta, no sólo militarmente. Lo abarca con amplitud económica y política.

Esto prueba el acierto de Avellaneda al llevar a Roca al Ministerio de Guerra y Marina. Ningún otro estaba más capacitado que él para continuar la empresa que Alsina dejaba trunca. Cada hombre público tiene su momento. Este era el momento de Roca. Si la pampa, comenzando ésta en la provincia de Buenos Aires, era misteriosa y debía descubrirse, ¿qué no sería la Patagonia? Las luchas de Alsina y sus capitanes terminarían con el misterio de la pampa; la de Roca y los suyos —que eran los mismos de Alsina— descubriéndola, conquistarían la Patagonia para la Argentina. Roca se apresuró a realizarlo. De aquí su frase: “La República Argentina no termina en Río Negro”. Ya Sarmiento —y siempre Sarmiento en todo lo que sea avanzar, poblar, civilizar!— había proyectado al final de su Presidencia, establecerse de un modo permanente en el sur, llevar allí profesores competentes, indispensables para la determinación de los lugares y la división de la tierra, para hacer estudios hidrográficos y geológicos, e investigaciones

de historia natural, a la vez que se araba, sembraba y plantaba el fértil y enorme patrimonio. No lo pudo hacer Sarmiento en 1874, acosado por las guerras civiles. Lo hará Roca en 1878.

Al mes siguiente de asumir el Ministerio (julio), comienzan las batidas a los pampas. Son veintiséis columnas que, partiendo de distintos puntos, se internan a combatir tribus, correrlas, destruir sus tolдерías y refugios. Winter, García, Levalle, Lagos, Donovan, Villegas, Sócrates Anaya, Herrero, Freyre, Fotheringan, Montes de Oca en la provincia de Buenos Aires y La Pampa; Racedo, Rudecindo Roca, Ortega en Córdoba, San Luis, Mendoza. Estos bajan hacia el sur corriendo a las tribus de Baigorrita y Epumer; los otros hacia el sudoeste contra los Namuncurá y Pincén. La tenaza se cierra sobre los despa- voridos indígenas. Unos caen prisioneros; otros se entregan; los más reacios, Namuncurá, Baigorrita, se debaten, resisten, huyen. ¿Cómo cargar contra los batallones huincas cuyos rémingtons dejan el tendal de lanceros a 1.800 metros de distancia?

¿Cómo oponer su alfabeto de humos o la velocidad de sus chasques a esos huincas cuya palabra tiene la rapidez de la electricidad? Contra el telégrafo y rémingtons, chuzas y chasques: lucha imposible. Diez huincas pueden pelear con ventaja a un número cien veces mayor de indios. La guerra se ha transformado en una batida policial. Los cuatrerros huyen, se refugian en sus bosques de Algarrobos y caldenes, en sus pajonales de pasto puna, son fieras perseguidas, ganan los reco- vecos de los Andes, la escabrosidad de las montañas, sus cuevas y precipicios. En estas batidas que duran hasta comienzos del año 1879, se rescatan cientos de cautivos y se hacen unos 4.500 indios prisioneros, sin contar los que se someten. De los temidos caciques, sólo quedan dos libres: Namuncurá llegando a Neuquén, con un puñado de adictos para solicitar refugio de su tío Reuque-Curá, quien, temeroso, se lo niega, y Baigorrita, el bravo ranquel, cuya persecución, en la que éste demuestra bravía astucia sin igual, pudiera ser el nudo de una novela de aventuras. Ha hecho su fugaz relato con vigor y colorido Rómulo Muñiz: *El último Ranquel*.

En 1867 se había sancionado una ley por la cual se declaraba a Río Negro límite sur. El Gobierno presenta –4 de agosto de 1878– un proyecto al Congreso solicitando los recursos necesarios para realizar el propósito de aquella ley. En el Mensaje de Avellaneda es evidente la colaboración de Roca, su ministro. En él se ratifican las ideas de éste ya expuestas en cartas particulares y en la que dio a conocer *La República*. Es un mensaje sesudo, previsor, optimista. Hace ver que los indios no constituyen ya un enemigo temible, que el éxito de la empresa es seguro, que se ganarán quince mil leguas cuadradas “para la civilización y el trabajo” –dice el Mensaje. (Y se ganaron, aunque, desgraciadamente, para los latifundistas más que para el trabajo, y Roca fue uno de ellos).

En el debate intervienen Mitre y Sarmiento. Ambos apoyan al ministro. La ley quedó sancionada el 5 de octubre de 1878. Y por ella se concedió al ejecutivo la suma de 1.600.000 pesos.

Realizada la batida que abarcó el año 1878 y comienzos del 79, el 16 de abril de ese año, el general Roca parte de la capital para emprender la campaña hacia Río Negro. No durará mucho. El 8 de julio ya estará de vuelta en Buenos Aires, habiendo alcanzado fácilmente la isla de Choele-Choel, núcleo de las rastrilladas que conducen a Chile y refugio de los malones. El coronel Manuel J. Olascoaga dejó la circunstanciada memoria de esta batida final a los pampas, desde el sur oeste de Buenos Aires hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, y los Andes. (*Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro*, año 1880). Dos cronistas, Remigio Lupo y Alfredo Raymundo (de *La Pampa* y *La Tribuna*), han dejado interesantes impresiones de lo que fue la campaña de Roca. Acompaña a éste una comisión científica: Adolfo Doering, Pedro Lorente, Gustavo Nierderlein, Federico Schulz – los “gringos brujos”, como pintorescamente les llaman los soldados.

Esa comisión se va apoderando de aquellas soledades, asentando en ellas la civilización. Van también telegrafistas y fotógrafos. Sin encontrar un indio en actitud de guerra, la expedición llega a la isla de Choele-Choel un 24 de mayo. Y al día siguiente se festejó allí la efemérides

patria. Quince mil leguas quedaban en poder del huinca, ahora definitivamente. Cinco divisiones que abarcaban desde el sur de Buenos Aires hasta San Rafael, Mendoza, habían cerrado la red. En ella quedaron muchos prisioneros, otros, los menos, lograron huir. Ya el indio no peleaba. “Para acabar con esos restos de lo que fue poderosas tribus, ladrones audaces, enjambres de lanzas, amenaza perpetua para la civilización, no se necesita ya otra táctica que la de los cazadores contra el jabalí, ¿qué digo contra el jabalí?, contra el ciervo, porque a ciervo disparador y jadeante se ha reducido el indio” –escribe el cronista de *La Tribuna*.

Y esto más:

El Río Negro que se ha considerado como frontera, no es en realidad frontera: es la arteria comercial de una zona ya preservada del indio y que puede entregarse a la población.

Haber visto esto, que la frontera no se detenía en el río patagónico, y que terminar con la amenaza del indio era empresa fácil, más de descubrimiento que de conquista, es el galardón de Roca.

Lo dice el comandante Manuel Prado:

Despejar las tinieblas que envolvían, como en un sudario, al desierto y derramar en sus ámbitos regueros de luz, que como la del sol, llevaban todos los gérmenes de la fecundación en sus rayos; arrancar al salvaje veinte mil leguas de territorios capaces de albergar y enriquecer a cincuenta millones de hombres libres y entregarlas como en aguinaldo al país, para que surgiera, como ha surgido, de su pobreza, es algo que compromete la gratitud de la república...

De la “Gibraltar de la Barbarie”, Roca escribe al Presidente:

Desde mañana me ocuparé en buscar los mejores puntos para situar los campamentos que deben ser la base de los futuros pueblos de la Patagonia. Nada ha habido que lamentar en estas marchas al través del desierto más completo, con una fuerza considerable que todo ha tenido que traer consigo, sacerdotes, sabios, mujeres, niños y hasta perros y demás animales domésticos de las guarniciones, lo que daba a la columna el aspecto de un éxodo de un pueblo en marcha que se traslada en busca de un clima o suelo propicio en donde plantar sus tiendas...

De Choele-Choel, se adelanta Roca hasta Neuquén donde se le reúnen contingentes de las otras divisiones que han venido corriendo indios desde Mendoza y el centro de La Pampa. Allí tiene lugar un parlamento con Reuque-Curá, tío de Namuncurá, que se somete. Namuncurá, fugitivo, se niega. Persiste en su actitud belicosa. Llevará todavía un último ataque al fortín levantado en la confluencia del Limay y el Neuquén. El espíritu de Calfucurá no se resigna a su destino sin antes corcovear, correr y tirar coces, a lo potro.

El 25 de junio parte Roca hacia la capital. Lo llevan dos problemas arduos: la actitud de Tejedor, gobernante de la provincia de Buenos Aires, cuyo porteñismo amenaza, y el problema del sucesor del Presidente. Roca es un candidato. Pedestal de su futura elección constituye, sobre todo, el resultado de su “conquista del desierto”: rescate de centenares de cautivos, supresión de los cuantiosos tributos que a los indios se concedía, fin de los sacrificios a que se debía someter el gauchi-soldado en esa guerra sin gloria y angustiante de las fronteras, logro de 15 mil leguas primero, 20 mil en seguida, una vez pasado el río límite, de tierras excelentes, perspectiva de adueñarse de la Patagonia que Chile pretende suya...

Ante las Cámaras, Roca da los resultados de su expedición: Indios muertos, prisioneros y reducidos: 14.172; cautivos rescatados: 480; fundación de colonias indígenas en Río Negro.

Los partidarios de su candidatura a la Presidencia —como ocurrió con los adictos de Rosas en 1835— magnifican la hazaña del conquistador. Los contrarios, la empequeñecen. Estos, porteñistas, se niegan a ceder la ciudad de Buenos Aires para capital de la República. El viejo problema, planteado desde 1810, recrudece. Intereses localistas e intereses urbanos, ahora éstos apoyados por los de las potencias europeas a ellos ligados por sus industrias, Inglaterra particularmente, se hallan en pugna, y pronto harán crisis: revolución del 80.

La solución del problema del indio estuvo siempre supeditada a estos conflictos económicos. ¿Por qué no se realizó hasta ahora la conquista de esos miles de leguas? Las causas son económicas, no mi-

litares. Ya Rauch, Rosas y otros después demostraron que el indio no era invencible. Pero había una ceñida red de intereses, cómplices de los latrocinios indígenas, que abogaban por la subsistencia del malón. Comerciantes de frontera, aún jueces de paz y comandantes o ganaderos y políticos estaban vinculados al aborigen, le servían de espías, negociaban sus robos, “Si se prohíbe totalmente la compra de cueros a los indios, el comercio del Azul se arruina” –le confiesa al Gobernador un comerciante. Así transcurrieron los años. Los intereses que se nutrían de los indios maloneros continuaron repletando fortunas, hasta que nuevos intereses, nacidos de la introducción del capital extranjero en la economía del país, ya de lleno en la órbita del mundo burgués, una vez emancipado del feudalismo rosista y deshecho el feudalismo paraguayo de los López, se levantaron como antagónicos de los intereses rurales. Frente al comercio de campaña –y sus trapisondas extralegales–, frente a los hacendados de Chile, el gran comercio urbano, la poderosa banca London-París, las fuertes industrias a ella asociadas. Estas exigían las miles de leguas del indio, pues necesitaban los múltiples productos de una gran ganadería. Allá fueron entonces los Alsina, Levalle, Villegas, Winter, Racedo, Fotheringan, Roca, y conquistaron las 20 mil leguas que el gran capital urbano europeo demandaba.

La conjunción de estas fuerzas aliadas al capital extranjero, premia a los conquistadores. Reparte tierras entre los expedicionarios. Y a Roca, su jefe, la Presidencia de la República.

Una voz, que no es porteñista, se levanta, sobre todas, protestando. Es la voz del integérrimo Leandro Alem, diputado en la Legislatura Provincial. Ya cuando se propuso “premiar” a los guardias nacionales que trabajaron en Carhué construyendo la zanja de Alsina, Alem levantó su gran verbo democrático y veraz. En la sesión del 23 de julio de 1879, oponiéndose al otorgamiento de premios, dice: “Esta ha sido una especie de guerra de policía, y nada más”. “No se ha hecho otra cosa que perseguir partidas de bandoleros”... “Cuestión de administración” –se lo había dicho Alsina mismo. Alsina se procuró caballos y armas, y desapareció el “fantasma” del desierto inaccesible.

Todos sabemos que, momentos antes de morir, el doctor Alsina estaba haciendo los preparativos necesarios para avanzar más sobre el desierto, que el desbande de los indios había comenzado y que no tardarían mucho en entregarse completamente.

Alem, que ha hecho la guerra del Paraguay y tiene vivo el recuerdo de la bravura paraguaya defendiendo una terrible naturaleza tropical de bosques y esteros, sabe lo que es una guerra frente a un ejército bien armado. Puede juzgar entonces en lo que se ha convertido ahora, militarmente, la guerra contra el indio enfrentando rémingtons y telégrafo. Coloca en su lugar a los militares que realizan esta batida policíaca contra ladrones de vacas y caballos.

Y se opone a los premios porque –dice–:

... están forjando una escuela corruptora, que rebaja los vínculos morales que deben ligar a los ciudadanos al cumplimiento del deber, debilitando este sentimiento. Ahora –prosigue– el cumplimiento del deber es una cosa tan rara que merece premio; de manera que siguiendo en esta escuela, es hombre honrado el que no hace dilapidaciones, el que no ha sacado del bolsillo, permítaseme esta frase vulgar, un reloj que no le pertenecía.

Y propone dar el dinero –se piden 600 mil pesos– no como premio a los guardias nacionales, sino como pago de haberes a los impagos. Agrega: “Aunque tengo el convencimiento que no lo van a recibir”. Alem, como Hernández, como Álvaro Barros, sabe qué puntos se calzan en la administración de haberes y racionamiento al soldado. Termina recordando que esto acaeció cuando se votaron premios para los guardias nacionales de la guerra del Paraguay. Los guardias nacionales nunca recibieron los pesos. Los que se proponen votar ahora –dice– “si alguien los recibiera, no serían los guardias nacionales, sino unos cuantos estafadores”...

La frase es dura y digna del Catilina criollo. La Legislatura Provincial rechazó entonces la donación de premios.

Roca y sus colaboradores recibieron, en cambio, pingües premios en tierras.

Ya volveremos sobre el punto...

En su *Mensaje* del 5 de mayo de 1879, Avellaneda había dicho:

Nuestro ejército no debe detenerse en Río Negro. Al otro lado hay numerosas tribus que es necesario someter para conjurar peligros futuros y para promover resueltamente la población de la Patagonia por el inmigrante europeo...

Vuelto Roca a Buenos Aires, el ejército, ahora al mando de Conrado Villegas, se propone seguir avanzando por tierras de Sayhueque, el “manzanero”, de Reuque-Curá, y otros caciques. Necesario también es apresar a Namuncurá, el salinero, y al ranquel Baigorrita, más por el golpe moral que significará su apresamiento que por la fuerza que estos caciques puedan ya oponer al ejército.

En el mes de julio, contra la opinión de los sabios y justificando la advertencia de un indio viejo, la isla Choele-Choel donde se hallaba el ejército acampado, comienza a inundarse. “Cuando allá lejos llueve –había advertido el indígena señalando a Chile– el Curú-Curú –Río Negro– se hincha y revienta”...

El comandante Prado refirió patéticamente aquella inundación que estuvo a filo de ahogar al ejército. La isla quedó transformada en un pantano, sin comunicaciones. Se padeció hambre y frío. Faltó la sal. Los gauchi-soldados sólo tenían canto y guitarra...

Prado narra anécdotas, el heroísmo de siempre:

— ¿Y, comandante, eso sube? –pregunta Prado a Daniel Cerri, jefe del Detall.

— ¡Qué, amigo! ¡Ha bajado dos milímetros! Ya no hay peligro alguno – responde el jefe, estoico.

Y el río sigue subiendo...

Narra Prado:

El peligro fue inminente una mañana. El parapeto se desmoronaba y el agua avanzaba impetuosa, amenazando el último albardón que pisábamos. Las bandas de música, en tanto, hacían oír sus mejores piezas, con la muerte a un paso, las compañías y escuadrones pisaban barro, obedientes a la voz del instructor que mandaba el ejercicio. Aquello se hundía. Iba a desaparecer una división de ejército, pero con las armas presentadas, batiendo marcha, al aire la bandera azul y blanca, despidiéndose

de la vida sin miedo, sin afectación, con la altiva arrogancia que infundían en el alma las notas del Himno Nacional. Iba a desaparecer una división, no vencida por los hombres sino cercada y exterminada por Dios. Y al desaparecer, quería ser digna de sí y del poder que la vencía...

De pronto, el río comenzó a bajar, la división se salvaba, después de catorce días de sitio. Se empezaba a creer más en los indios baquianos que en los “gringos brujos”. Los baquianos dijeron: No confiarse en el Curú-Leuvú. Volverá a subir. El ejército abandonó la isla. Quince días después, una nueva inundación de quien la otra era como la vanguardia, lo cubrió todo. Según los indios, el Curú-Leuvú se inundaba periódicamente cada diez o veinticinco años.

Sarmiento, en *El Nacional*, tronaba contra los “lindos generalitos” que dejan a una división del ejército hundida en el barro a merced de las olas de un caudaloso río...

Había que luchar, pues, más que contra los indios, contra la naturaleza desconocida, aún indómita. Y contra las enfermedades: tifoidea por las malas aguas, tisis por la desnutrición, disentería por la falta de higiene y la fruta no sazónada. Y sífilis.

En los libros de actuantes como José Daza, Eduardo Ramayón y Ezequiel Pereyra, pueden leerse los padecimientos y miserias que hubo de vencer el ejército internado en una región fría, falto de recursos. Se parte hacia Ñorquín, pero no hay cuarteles. En carpas se debe afrontar vientos y fríos. Ya estamos en 1880. Antes de bajar Avellaneda, una revolución. A las puertas de Buenos Aires, se pelea encarnizadamente: provinciales contra nacionales, los que se oponen a la capitalización de Buenos Aires y los que sostienen a Roca y la propugnan. Vencen éstos. Buenos Aires queda separada de su provincia, es ahora la capital de la Nación. Ésta se consolida. (Pero aún flotan las razones democráticas, idealistas, que opuso Alem, contra las razones económicas, históricas, en la Legislatura Provincial, sesiones del 12, 15, 17 y 24 de noviembre de 1880.)

Alem, república federal, no es oído por la mayoría, unitaria, centralista que sólo ve, en este instante, el progreso material. La nacionali-

zación de la aduana de Buenos Aires, la mayor fuente de recursos del país, la propicia también el capital extranjero que ofrece ferrocarriles, colonias, industrias... (Es la hora de los hombres prácticos, no de los románticos apóstoles de la libertad. Roca es el Presidente de aquéllos).

Las perturbaciones políticas detienen al ejército, parte de él es llevado a Buenos Aires, a participar de los combates ciudadanos. En 1881 se mueve persiguiendo indios, restos de tribus, obstinados caciques. Hay encuentros, se logran prisioneros, se rescatan cautivos, se les quita ganado a los que huyen y para salvar su libertad exponen la vida. Se llega al lago Nahuel Huapí. Se toma posesión de nuevos, dilatados y desconocidos territorios. Los sabios estudian las tierras. El indio aún se defiende, aún tiene espasmos de bravura y desesperación. De pronto, un malón inesperado de doscientos lanceros aparece en el sur de Buenos Aires. ¿Cómo han llegado hasta allí estos errantes? Se los ataca, se los derrota, se los extermina. El ejército sigue hacia adelante, a Neuquén. Campaña de 1882-83 hasta los Andes. Rufino Ortega, Lorenzo Winter, Enrique Godoy mandan las divisiones –ya Villegas, muy enfermo, ha debido abandonar el mando. Se dan combates pequeños, los indios, amparados en la naturaleza abrupta que conocen, se defienden, desarrollan su astucia y su baquía admirables. Muchos se entregan. Los cronistas traen nombres de algunos encuentros: Pulmaray, Apulé, Cumullú. Son sorpresas, generalmente. Mueren algunos soldados y oficiales. En esta campaña se calculan más de 1.700 indios prisioneros, más de 350 muertos y más de 3.000 los aún fugitivos, vagabundos en las serranías, miserables, hambrientos, pero rebeldes, “aucás” todavía. Se captura a la mujer e hijos de Namuncurá – uno de ellos ingresará al Colegio Militar, otro irá a Roma a ordenarse de sacerdote, los dos mueren en plena juventud. El cacique continúa fugitivo. Aún cree que el ejército, como antes, después de atacar los toldos, se retirará. No concibe la idea de la ocupación permanente. En esta campaña aparecen indios con fusiles. Fuera de duda, los comerciantes y hacendados de Chile, interesados en que su derrota no sea definitiva, los arman. Un parte oficial dice:

El capitán Crouzeilles y el teniente Lazcano fueron asesinados de un modo misterioso. En medio del combate, el enemigo inició toques de corneta y el capitán Crouzeilles mandó suspender el fuego. Momentos después, los oficiales argentinos eran muertos alevosamente, sin tiempo material para defenderse. Entre los adversarios vióse un oficial con revólver y espada en mano que los animaba. ¿Era en realidad oficial o indio disfrazado con uniforme militar? No se sabe; pero su existencia es ratificada por todos los testigos figurantes en la información de tan triste suceso.

En un parte del coronel Enrique Godoy fechado en Collón-Curá, 21 de febrero de 1883, habla de una derrota infligida a los indios con fusiles que llegaban desde el otro lado de la cordillera.

En el combate de Apulé, el capitán Drury peleó contra más de ochenta indios de la tribu de Sayhueque armados con fusiles.

Es la variedad que presenta la llamada “campana de los Andes”: indios con fusiles. Pero su poder ya estaba quebrado y su número era insignificante. La ayuda de la “civilización” llega tarde a los maloneros. No hay cómo preparar ya indios capaces de oponer sus armas a los veteranos. Los cómplices de los maloneros veían el término de su negocio en Chile como antes lo vieron en las fronteras de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Se calcula en 4 ó 5 millones de cabezas de ganado el número total de lo robado en dos siglos de malones.

En 1879 había muerto Baigorrita, el último cacique ranquel, hijo de Pichuin, el enemigo de Rosas, y de una cristiana, ahijado de Manuel Baigorria. Perseguido, Baigorrita no quiso salvarse solo, y sostiene a los suyos, guía a su pueblo en desgracia. El y su hermano Lucho pelean como fieras. Sus lanceros van mermando. Combate tras combate, perecen o caen prisioneros. Al fin, cerca del río Agrio, después de una lucha en que es herido, se le sorprende. Quizás puede huir. Pero está exasperado. Rechaza el caballo que se le ofrece, arrolla el poncho en el brazo izquierdo y blande la temida chuza. Peleando, cae herido. Se lo apresa. Furioso, casi moribundo, se tira del caballo. Antes que preso, prefiere morir. Se niega a aceptar el cautiverio. “Fue preciso ultimarle” —dice el parte del mayor Saturnino Torres. Murió gritando: “¡No quiero vivir!” Mansilla, que fue su compadre, habla de él como de un tipo más cercano

al huinca que al pampa. Creció guacho, se hizo soldado en un cuartel, y un día, sintiendo la raza del padre, huyó con una tropilla de caballos y llegó a ser, en la memoria de los ranqueles, el sucesor del indómito Yanquetruz. La leyenda se apoderó del heroico Baigorrita.

Más de dos años resistió Namuncurá, fugitivo, acosado entre las serranías, después que su familia fue presa. Al fin se presentó –5 de mayo de 1885– al frente de 9 capitanejos, 135 lanceros de pelea y 185 mujeres y niños. Era lo que restaba del poderío de Calfucurá.

La epopeya de las pampas había terminado, a trescientos cincuenta años desde el día que el huinca de Europa pisó las riberas del Río de la Plata.

El general Winter, gobernador de la Patagonia, escribe:

El antiguo dominador de la pampa, el conocido Namuncurá, se presentó con los restos de sus aguerridos guerreros y familias.

Se le concedieron tierras en Río Negro y el Cacique se hizo agricultor, luego se las disputaron, quisieron desalojarlo de ellas, como se hizo con tantos otros, indios y gauchos. Namuncurá se presentó en Buenos Aires, año 1894, a reclamar sus derechos. Venía a pie, silencioso, vestido de militar argentino, viejo y vigoroso todavía. Logró que se le respetara, y se volvió a sus tierras del sur, a trabajar y a morir.

En sus últimos años, Namuncurá hizo gala de argentinismo. En su nota enviada a *La Prensa* del 3 de agosto de 1908, Namuncurá recuerda que el coronel chileno Urrutia se le presentó en Villa Rica con 1.800 soldados, que volvían de la guerra del Pacífico.

Quería –dice la nota de Namuncurá– que aceptara este contingente y otros que vendrían luego, para dirigirlos a la reconquista de las tierras de que fui desalojado por el ejército argentino. Pero sentí como buen patriota que me avergonzaba al oír tales ofrecimientos.

(Namuncurá ha recibido homenajes póstumos. Así, en Neuquén existe un valle al sur de Catan Lil y La Blanca que, según consta en el

mapa del Instituto Geográfico Militar –año 1937– lleva el nombre de Namuncurá. El Concejo Deliberante, en 1933, resolvió llamar con su nombre a la vía pública que va desde Baigorria a Santo Tomé, entre Bermúdez y Cervantes. En el Museo Argentino de Ciencias Naturales existe un busto del último cacique pampa con uniforme de coronel de caballería, obra del escultor Quintín Plana, junto al busto de su lenguaraz, realizados en el año 1899).

Poco después de rendido Namuncurá lo hacían Sayhueque, Pichi-Curá, Chiquillán, Inacoyal y otros caciques.

Los soldados, los hombres de ciencia, los periodistas llegaban ahora a toldos abandonados. El ingeniero Ebelot, el perito Francisco Moreno, el doctor Estanislao Zeballos –corresponsal de *La Prensa*–, nos han dejado sus impresiones de lo visto cuando aún estaban patentes las huellas del indio pampa en aquellos toldos por los que había pasado la iracundia de la guerra.

\* \* \*

Consumada la conquista, muerto, prisionero en Martín García, enrolado en los batallones o en los buques de guerra, huido a Chile, disperso por serranías y bosques, transformado en peón de estancia sin sueldo o sirviente, en una frase, reducido el indígena a su última expresión como entidad humana, cabe una pregunta: ¿Era posible la redención del indio, era posible su asimilación a una vida superior a la nómada y exclusivamente guerrera que llevaba?

Muchos fueron los que se plantearon esta misma interrogación antes de que se consumara el exterminio de los aborígenes como tribus organizadas. Pero cabe hacer otra pregunta: ¿Eran aptas la civilización y la época argentina de su caótico siglo XIX para intentar redimir y asimilar al indio, no exterminarlo?

Norte América, más avanzada, no lo hizo. La Argentina, siempre en guerra civil, con el analfabetismo y la despoblación como dos males sin remedio, ¿estaba siquiera en condiciones de redimir al indio? Los pocos intentos fracasaron. No por el indio, precisamente. Fracasaron

porque el huinca era un primitivo también. La hora era de violencia. El indio se asimiló al blanco sólo corrompiéndose. (Excepto, naturalmente, contadísimos casos.)

“Errores son del tiempo y no de España”. Dijo, para explicar la crueldad de los conquistadores de América, el poeta Manuel Quintana. Los huincas entre sí no se trataban tampoco con menos crueldad. La historia de las guerras civiles argentinas es un folletín de sangre y depredaciones. La alimentación cárnea casi exclusiva, había familiarizado al pueblo con la sangre a tal punto que, en carnaval, los niños empleaban, a manera de pomos, corazones de buey o de carnero, y se embadurnaban de sangre como si se rociaran de agua florida. Los mataderos —leer *El Matadero*, de Echeverría—, eran una lección diaria de insensibilidad y barbarie. Libros de viajeros que pasaron por la Argentina en los siglos XVIII y XIX vienen recargados de oscuras tintas de violencia y muerte. En sus recuerdos infantiles —*Allá lejos y hace tiempo*— Guillermo Enrique Hudson trae la descripción de cómo veía matar el ganado y se siente que el hombre se eriza:

Especialmente cuando se hacía la matanza del ganado —escribe Hudson— el terror se apoderaba de mí con todas sus fuerzas. ¡Y no me asombra! La manera nativa de matar una vaca o un novillo en aquel tiempo, revestía penosas modalidades. Generalmente se debía carnear lejos de la vista, en el campo, y los peones transportar el cuero y la carne, pero comúnmente, la bestia era conducida cerca de la casa para ahorrarse molestias. Uno de los dos jinetes ocupados en la operación, la enlazaba de las espaldas y galopando, se alejaba manteniendo el lazo tirante. El segundo hombre, descolgándose entonces del caballo y corriendo hacia el animal, por detrás, sacaba un enorme cuchillo y con dos golpes rápidos como relámpagos, separaba los tendones de ambas patas traseras —desjarretar—. Instantáneamente la bestia caía sobre sus ancas y el mismo hombre, cuchillo en mano, la rodeaba por el frente o por el flanco —y espiando la oportunidad— hundía rápidamente la larga hoja en la garganta, justamente arriba del pecho, metiéndole el arma hasta el mango y haciéndola girar adentro. Cuando la retiraba, un torrente de sangre vaciaba al atormentado animal todavía enhiesto sobre sus patas delanteras, mugiendo, mientras su agonía duraba. En aquel momento el verdugo saltábale ligero sobre el lomo, pinchándole con sus espuelas los costados y usando el plano del cuchillo como látigo, simulaba estar corriendo una carrera, gritando con infernal alegría. Los mugidos se sucedían, declinando con sonidos de sollozo y ahogo. Luego el jinete, viendo al animal próxi-

mo al colapso, se tiraba ágilmente. Una vez caído, todos corrían hacia la víctima, echándose sobre su tembloroso cuerpo como sobre un lecho, empezaban a armar y encender cigarrillos. Carnear una vaca constituía un deporte para ellos y cuanto más activo y peligroso se presentaba el animal y más se prolongaba la lucha, más les gustaba, poniéndose tan alegres como en una pelea a cuchillo o en una boleada de avestruces. Para mí, niño, el espectáculo traducía una terrible lección práctica, me fascinaba de terror. ¡Porque eso era la muerte! Los torrentes de sangre carmesí, los profundos mugidos, como de voz humana, me hacían aparecer al animal como a un enorme y poderoso ser cogido en una trampa por pequeños y astutos adversarios, quienes lo torturaban para su deleite y se burlaban de él en su agonía.

Contraste: cuenta Mansilla lo que vio entre indios ranques:

Enlazada y pialada la res, cayó en tierra. Creí que iban a matarla como lo hacemos los cristianos, clavándole primero el cuchillo repetidas veces en el pecho, y degollándola en medio de bramidos desgarradores, que hacen estremecer la tierra. Hicieron otra cosa. Un indio le dio un bolazo en la frente dejándola sin sentido. Enseguida la degollaron.

—¿Para qué es ese bolazo, hermano? —le pregunté a Mariano.

—Para que no brome, hermano —me contestó—. ¿No ve que da lástima matarla así?

Que la civilización haga sus comentarios y se conteste a sí misma, si bárbaros que tienen el sentimiento de la bondad para con los animales son susceptibles o no de una generosa redención...

Oportuna la reflexión de Mansilla.

De carnear jugando y entre burlas a un animal o asesinar jugando y entre burlas a un hombre, sólo un paso en el descenso de la sensibilidad.

Ahí tenemos *La Refalosa*, un poema de Hilario Ascasubi en el que describe cómo, jugando y burlándose del torturado, los mazorqueros lo degüellan. Es horroroso:

.....  
*Finalmente,  
 cuando creemos conveniente,  
 después que nos divertimos  
 grandemente, decidimos  
 que al salvaje*

*el resuello se le ataje;  
y a derechas  
lo agarra uno de las mechas,  
mientras otro  
lo sujeta como a potro  
de las patas  
que si se mueve es a gatas...*

.....

*De ahí se le cortan las orejas  
la barba, patilla y cejas;  
y pelao  
lo dejamos arrumbao,  
para que engorde algún chancho.*

También se había inventado mellar el cuchillo, hacerlo serrucho, para que el acto de la degollación se prolongase.

Si entre cristianos eran éstas las costumbres de guerra, entre cristianos y compatriotas, ¿qué podía ser con el indio?...

A la crueldad agréguese la codicia. El indio llegó a ser una fuente de riqueza producida por los negocios más turbios, esos de que Hernández y Barros nos hablan. ¿Cómo pensar en redimir al indio, en civilizarlo, si así salvaje servía a los intereses de la codicia? Más que al indio el malón producía a la cristiandad, a la de Chile representada por sus ganaderos, y a la argentina de la frontera por sus comerciantes, jueces de paz, comandantes y otros hombres públicos —política y finanzas—, hombres de ciudad a ellos asociados. Redimir indios hubiera sido clausurar el negocio.

Por otra parte, ¿qué pueblo conquistador, y de la era moderna, redimió al conquistado cuyas tierras apetecía? ¿Qué hizo Holanda, qué Bélgica, qué Francia en África? ¿Qué hizo Inglaterra en la India? ¿Qué hizo Japón en China y Corea? Lo que hicieron Portugal y España en el nuevo continente. Lo que hizo Norte América en el Far West. Lo que la Argentina en las pampas y el Chaco: matar, robar, incendiar, estuprar, esclavizar a la raza menos civilizada o sea: poseedora de armas

inferiores. Lo hizo Persia en Egipto, Caldea en Palestina, Grecia con Alejandro en Oriente, Roma en las Galias con César...

La historia de la humanidad no es una novela sonrosada y cursi, es un folletín policial y de aventuras como la más descalabrada imaginación de loco imaginar pudiera.

¿Pero era redimible, civilizable, asimilable el indio pampa? Cuanto lo era el negro que los holandeses, belgas, alemanes o franceses exterminaron, cuanto lo eran los hindúes, los chinos, los pieles rojas, los indoamericanos que Inglaterra, Japón, Norte América, Portugal o España redujeran a la esclavitud, al modo que antes conquistaron las persas, caldeos, macedónicos o romanos. Como lo era el gaucho mismo. “Más se hace con miel que con hiel”; ¿pero poseían miel para dar a los otros quienes se lanzaban a lo desconocido, a un mundo nuevo, no por afán de descubrir, y sí de conquistar; por luchar, no por saber?

Algunas opiniones sobre el indio pampa de quienes lo conocieron, a veces por convivir con él:

Dice Juan María Gutiérrez:

Lo primero que ha de llamar la atención es la conclusión que guarda la lengua araucana con el carácter moral y físico de los hombres que la emplean, robustos, reflexivos, pacientes, bravos e indómitos...

Dice Mansilla:

Hay en ellos –en los pampas– un germen fecundo que explotar en bien de la religión, de la civilización y de la humanidad. Mientras tanto, ¿qué se ha hecho? ¿Cómo se llaman –pregunto yo– los mártires generosos que han dado el noble ejemplo de ir a predicar el Evangelio entre los infieles de esta parte del continente americano? ¿Cuántas cruces ha segado la barbarie con sangre de misioneros propagadores de la fe?

Dice Roca:

... Así también nos aproximaríamos y pondríamos en contacto con los indios

Pehuelches, los mejor preparados para recibir los beneficios de la civilización, y que tratados con energía y bondad al mismo tiempo, podrían hacerse poderosos auxiliares nuestros para la conquista y reducción definitiva del salvaje, principiando por el temible y belicoso pampa...

Dice Francisco P. Moreno, que fue prisionero de Sayhueque, el cacique patagón, y vio en peligro su vida por acusársele de chileno y brujo –a causa del teodolito y otros aparatos de agrimensura:

El indio puro no es el malvado que asola las fronteras, muchas veces impulsado por terceros que se llaman “cristianos”. Su mayor deseo es aprender todo lo que, compatible con su carácter, pueda enseñarle el europeo, y si con su familia llega a conseguir algunas comodidades, no vuelve jamás a su vida nómada...

Dice el Padre Birot, doctrinador en Martín García:

El indio siente muchísimo cuando lo separan de sus hijos, de su mujer; porque en la pampa todos los sentimientos de su corazón están concentrados en la vida de familia...

Dice el Padre Savino, lazarista:

Es más difícil convertir a los indios de las fronteras que a los que no tienen contacto con los cristianos, pues, los cristianos, salvo unos pocos, son de una moral que está muy lejos de ser cristiana. No quiero hacer mención de la perfidia, de la borrachera, de los robos, de los mismos asesinatos y de los escándalos de todo género de que los cristianos con quienes tratan, muy a menudo, les dan el triste ejemplo...

Dice Elíseo A. Tello:

La guerra sin cuartel que en defensa de su heredad territorial mantuvieron los indios con los españoles primero y con los criollos después, frenó en sus espíritus primitivos toda aspiración de cultura y de progreso, ya que el único motor que desde entonces animó su existencia, fue la preparación para la guerra, en la que sucumbieron con todos los honores antes de someterse a la esclavitud...

Se me ocurre apuntar que en este concierto de opiniones al que

podría sumarse muchas otras, desde las de los cronistas coloniales a las de los militares que hicieron las últimas campañas; no entra Hernández. Da éste de continuo una visión pavorosa del indio pampa:

*Allá no hay misericordia  
ni esperanza que tener,  
el indio es de parecer  
que siempre matar se debe,  
pues la sangre que no bebe  
le gusta verla correr.*

.....  
*Fuera cosa de engrasarlo  
a un indio caritativo,  
es duro con el cautivo,  
le dan un trato horroroso,  
es astuto y receloso,  
es audaz y vengativo...*

Pero es el gaucha Fierro quien opina sacando sus deducciones de lo que tiene adelante, bajo su observación inmediata, y Fierro, por lo que él cuenta, no se adaptó a la vida de los toldos en que le tocó refugiarse y adonde llegó —por desgracia— en tiempos de guerra. Muy otra es la opinión de muchos refugiados en las tolderías, de Manuel Baigorria, por ejemplo, el alferez puntano de Paz que llegó a ser su cacique, se adaptó a los ranqueles, y les enseñó a construir ranchos, a pelear en orden o a manejarse con toques de clarín. De sus *Memorias* puede deducirse que, forzado a vivir proscrito entre la indiada, como un unitario que era bajo el gobierno de Rosas, no se adaptó menos a ella que los otros proscritos a Chile, Bolivia, Montevideo o Brasil.

Pero queda la pregunta: La civilización, ¿qué ha hecho con el indio?...

“Había dos maneras de dominarle —escribe un escritor contemporáneo, Octavio Amadeo—: la cruza y el exterminio; la primera se empleó largamente. El español no tuvo asco, pero aguaba el vino añejo y noble de su raza”... Se ve aquí, aún latente, el prejuicio racial. La sangre india, en rigor, vigorizó a la española. Pruébanlo gauchos y

rotos, en Argentina y Chile, mestizos a los cuales sólo se empleó para sacrificarlos. Este prejuicio racial que hizo mirar con menosprecio al indio, lo hizo tratar también como a bestia: si no se domesticaba y era peón gratis o sirviente gratis, se le degollaba o fusilaba, como si fuese un jaguar o un puma. (No se trató mucho mejor al gaucho, al “hijo del país”. Se le despreció por haragán. No opinaba así Hernández: “El vicio, la holgazanería, no son dominantes en el país, ni constituyen el carácter de los hijos de la tierra”... *—Instrucción del Estanciero*).

Cabe una observación. Se ha dicho que el grado de civilización de un pueblo podría calcularse por la cantidad de jabón que gasta, por su aseo. El indio pampa, según de la Cruz, Pedro Andrés García y otros expedicionarios que lo conocieron cuando todavía los blancos no comerciaban con él, no era ese habitante de pocilgas, plagadas de insectos que después describieron todos. El indio pampa conocía el baño y empleaba el quillá —jabón de palo. Todavía, dato curioso, en 1876, en una ración dada al ranquel Baigorrita, encontramos: 1.000 vacas, 1.500 arrobas de harina, 1.000 de azúcar, 4 pipas de aguardiente y 400 arrobas de jabón. Quiere esto decir que el indio necesitaba el jabón para su uso y lo exigía en las raciones.

Más es lo que se pretendió hacer que lo hecho para redimir al indio pampa. Por ejemplo: Avellaneda —30 de octubre de 1878— crea una colonia mixta de niños indígenas en la Colonia Chubut y una colonia en Patagones con restos de la nuevamente sometida tribu de Catriel. Otros decretos suyos, marzo 7 de 1879: dos escuelas en la Patagonia; mayo 24 de 1879: una escuela en Río Negro.

¿Pero se redime al propio niño blanco de su pobreza y de la cotidiana lección que recibe de sus padres, tal vez analfabetos, cuando no delincuentes, con sólo darlo a la escuela unas horas por día y dejarlo la mayor parte de él a que corra la aventura de las calles y reciba el ejemplo de sus mayores?. De los 20 mil indígenas —incluso la “chusma”— que podía haber al iniciarse la campaña exterminadora del rémington y el telégrafo, ¿qué se hizo, después de vencerles? La mayoría, los físicamente mejores, los más rebeldes y combativos, peleando, murieron.

Otros se enviaron presos a la isla Martín García o a llenar los claros de los batallones y los buques de guerra, pues, por decreto gubernativo, a indios que se tomara con “las armas en la mano, se le destinaba a servir por seis años”. Otros se enviaron a las provincias, a trabajar. Un testimonio: Asegura Juan R. Gutiérrez:

Muchos mendocinos recordarán cómo cientos de esos desdichados hacían vida miserable en las fincas del extinto general Rufino Ortega. Yo, siendo niño, he visto a más de trescientos en ese feudo del referido general, ubicado en Los Campamentos, departamento de Rivadavia, Mendoza, distrito que hoy lleva ese nombre, precisamente, porque era allí donde estaban los campamentos de los parias de su propia tierra.

Otros, conducidos en barco desde Bahía Blanca o Patagones, venían “consignados” a la Sociedad de Beneficencia. Las damas de las mejores familias –más explícito: las familias adineradas, las dueñas de latifundios– concurrían al puerto y allí se repartían los chinitos y las chinitas para su servicio doméstico. Se tornaba a los tiempos de la esclavitud y las madres se veían separadas de sus hijos y los hermanos de las hermanas para siempre, porque llegaban damas de Catamarca o de Corrientes, de Salta o de Córdoba y allá se llevaban “su chinita”, en tanto los padres o hermanos quedaban en Buenos Aires.

Y las madres indias –protesta Félix San Martín– madres al fin, veían partir a sus hijos a destinos ignorados, y luego morían de tristeza en los campamentos, destrozada el alma, maldiciendo al “huinca” que desparramaba a los cuatro vientos a los seres queridos, lo único que les quedaba después de la destrucción total de sus familias, como los huracanes arrebataban la arena de los médanos natales...

Lo más humano hubiese sido fundar colonias, habituar al indígena a los trabajos de la agricultura redentora. En la gobernación de La Pampa, nos informa un escritor actual, Enrique Stieben, subsisten sólo dos de esas colonias. Una con descendientes de Mariano Rosas, Epumer y Baigorrita, sumidos en la habitual pobreza del crioyo, viviendo en ranchos-taperas. Por ignorancia, no pudiendo competir con el inmigrante extranjero, agricultor apto, aquellos indios, aunque propietarios de tierras, se ven obligados a

conchabarse de peones el varón y la mujer de sirvienta, con sueldos míseros. La otra colonia, compuesta por descendientes de la tribu de Catriel, se mantenía alejada. Hubiesen necesitado que agrónomos, artesanos, maestros, horticultores, veterinarios, enseñasen a aquellos seres primitivos. Desamparados en todo el sur, familias de aborígenes o mestizos, de apellidos célebres en la epopeya de las pampas—Pincén, Pichihuinca, Relinqueo, Tripailao—yacen como sobrevivientes en la incultura y la pobreza.

Andando por la Patagonia, yo mismo he visto hermosos ejemplares de hombre araucano, forzudos y tenaces trabajadores, inteligentes y analfabetos, sin otro goce de la vida que emborracharse o sifilizarse en prostíbulos y peringundines.

El exterminio del indio fue un acto anticonstitucional: leer artículo 67, inciso 15 de la tantas veces violada Constitución del 53. (“Conservar el trato pacífico con los indios”...). En ella se reconoció el derecho posesorio de que habla la ley, pero el indio fue despojado de su tierra como un intruso. Ya lo hemos dicho: es la impulsión histórica, la razón del progreso, llevándose por delante el derecho natural. Y se cubra o no se cubra hipócritamente con leyes, el dominador, hasta ahora, ha obrado siempre con violencia. La colonización de Europa capitalista en Asia, América y África no ha conocido otro método, aunque en ocasiones disimulado tras el misionero y su cruz.

Si llegásemos hoy a la luna, y en ella hubiese oro y petróleo, las naciones civilizadas de la tierra, ¿emplearían métodos más convincentes que los empleados por el Gobierno argentino, tres cuartos de siglo hace, para ocupar las ricas praderas del indio pampa?

El indio rebelde, considerado como niño indisciplinado y huérfano por su mentalidad y su fiereza, ¿pudo ser tratado con más benevolencia que como hoy se educa a los guachos en los Reformatorios de menores?

Cada organización social hace lo que es de suyo hacer. La esclavócrata de los orientales, griegos, romanos, la feudal, la capitalista de ayer y de hoy, sólo pueden conquistar, no está en ellas redimir al vencido, asimilarlo a la superioridad de su técnica sin mutilarlo como individualidad humana.

¿Qué se hizo durante la última gran guerra? ¿Cómo se pretendió convencer a los semitas de la “superioridad aria”? Con horrorosos campos de concentración, espanto jamás visto en la historia, aún no olvidando las pirámides de cabezas cercenadas que erguía Gengis-Kan. Las víctimas de los campos de la muerte lenta, sólo quedaban convencidos así de la superioridad técnica aria, en cuanto a inventos mortíferos y de su barbarie para utilizarlos. Esto ocurrió al indio de América. Chuzas y boleadoras frente a rémingtons y cañones. El cristiano respondió al malón indio con su malón a los toldos. El indio llevaba cautivas para satisfacer su deseo sexual, y las llevaba también el cristiano para goce de la soldadesca.

En Nahuel Huapí, el general Villegas cita a los tehuelches. Sus caciques –Poyal, Inacayal, Gallo– expresan su adhesión a “Don Gobierno”, le llamaban así, pues lo suponían un cacique de los blancos. Villegas los invita a dejar la vida errante, a someterse a la civilización. Responden:

Somos indios errantes, pero no hemos robado, ni muerto, ni cautivado. En los campos de nuestros mayores vivimos y trabajamos en paz. ¿Por qué Don Gobierno nos va a llevar a otros sitios, a enseñarnos otra religión? Allá vamos a sufrir y vamos a morir sufriendo.

—“Hermano –dice un cacique ranquel al militar que le habla de la buena intención de los cristianos amigos– hermano, cuando los cristianos han podido, nos han muerto; y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte; pero no nos han enseñado a trabajar, ni nos han hecho conocer a su Dios. Y entonces, hermano, ¿qué servicio les debemos?”

Sayhueque, el cacique manzanero de la Patagonia, dice a Francisco P. Moreno:

Dios nos ha hecho nacer en los campos, y éstos son nuestros. Los blancos nacieron del otro lado del Agua Grande y vinieron después a éstos, que no eran de ellos, a robarnos los animales y a buscar la plata de las montañas. Esto dijeron

nuestros padres y nos recomendaron que nunca olvidáramos que los ladrones son los cristianos y no sus hijos. En vez de pedir permiso para vivir en los campos, nos echan. Nosotros nos defendemos. Si es cierto que nos dan raciones, éstas son en pago muy reducido de lo mucho que nos van quitando. Ahora ni eso quieren darnos y como se concluyen los animales silvestres, esperan que perezcamos de hambre. El hombre de los campos es demasiado paciente y el cristiano demasiado orgulloso. Nosotros somos dueños y ellos son intrusos. Es cierto que prometimos no robar y ser amigos, pero con la condición de que fuéramos hermanos. Todos saben que se pasó un año, pasaron dos años, pasaron tres años y que hace cerca de veinte años que no invadimos, guardando los compromisos. El cristiano ha visto las “chilcas” (cartas) de los Ranqueles y de los Mamuelches convidándonos al malón y sabe también que no hemos aceptado. Pero ya es tiempo que cesen de burlarse de nosotros, todas sus promesas son mentiras. Los huesos de nuestros amigos, de nuestros caciques, asesinados por los “huincas”, blanquean en el camino de Choel-Choel y piden venganza. No los enterramos porque debemos siempre tenerlos presentes para no olvidar la falsía de los soldados...

Quepe, cacique patagón, huye a la cordillera, pero manda decir que está resentido por habersele despojado de tierras que por “derecho divino” son suyas. Contra el derecho divino, el derecho de la fuerza. Y aquí fuerza es civilización.

Son “razones” –como decían los indios– y razones nunca respondidas moralmente, a pesar de que la razón histórica, la del progreso, explique cuánto el huinca pudo hacer contra el mapuche.

Casos particulares de redención los hubo, naturalmente. El cacique Ramón, platero, funde el metal y hace espuelas, estribos, cabezadas, pretales, yesqueros y pulseras y otros adornos femeninos. Su “chafalonía” no carece de mérito. Revela ingenio y trabajo. Todo esto allá, en sus toldos, rodeado de indios guerreros. He aquí cómo se había ingeniado para construir el fuelle de su fragua: Con una panza seca de vaca había hecho una manga formando tres grandes buches con comunicación; en un extremo había colocado la mitad del cañón de una carabina y en el otro un tarugo de palo labrado con el cuchillo; el cañón estaba embutido en la fragua y sujeto con ataduras a un piquete. Tirando y apretando aquel aparato hasta aplastar los buches, el aire entraba y salía produciendo el mismo efecto que cualquier otro fuelle.

El ambiente belicoso, ¿no haría abortar muchos “cacique Ramón” dispuestos al trabajo y dotados de ingenio?

Se cuenta de un sobrino de Mariano Rosas, el Cacique, estudiante del Colegio Nacional, amigo de Zeballos, a quien instruyó acerca de la cuenca del Chadi-Leovú que desagua en la laguna Urre-Lauquén. Otro, hijo de Namuncurá, educado en la escuela de cabos y argentos, fue teniente del 8 de caballería. Muy despejado, se recibió con las mejores clasificaciones. Otro hijo del mismo cacique, nacido en 1886, Ceferino, quiso ser sacerdote, fue a Roma, hasta se habla de santificarlo por su devoción. El Padre Luis J. Pedemonte se ha ocupado largamente de él (*Vida y virtudes de Ceferino Namuncurá, Cartas y escritos de Ceferino Namuncurá, Testimonios, Lirio de la Patagonia, Una gloria argentina, El buen Ceferino*). De la lectura del libro de Manuel Gálvez (*El Santito de la Toldería, la vida perfecta de Ceferino Namuncurá*), se desprende que este mozo indio, nacido después de la rendición de su padre y muerto en Italia, tuberculoso, a los 18 años, no tiene nada de héroe —o sea de santo—. Es un colegial aplicado, sumiso, bondadoso, creyente. Hubiera sido un buen sacerdote católico, pero criado en su tribu, libre, tal vez también hubiera sido un buen “machi”. Estaba predispuesto a asimilar supersticiones. (El Consejo Nacional de Educación, el 23 de junio de 1945, dio el nombre de “Ceferino Namuncurá” a la escuela N° 59, situada en Chimpay, gobernación de Río Negro, lugar en que nació).

Un hijo de Calfucurá, en el año 1856, se estaba educando en Buenos Aires. Manuel Pastor, 19 años. Su padre lo exige y, acompañado por su preceptor, que también lleva la misión de firmar unas “pases” con el cacique, va a los toldos de Salinas Grandes. Calfucurá se regocija al verlo dibujar y al comprobar que sabe leer y escribir. Lo deja para secretario. Manuel Pastor queda llorando en la toldería; desea regresar a Buenos Aires con su maestro, a continuar civilizándose.

La hija del cacique, después de ser adoptada por sus amos, recibió educación. Su belleza exótica enamoró a un extranjero y llegó a ser condesa y brillar en salones ingleses.

Indios puros llenan funciones administrativas y ocupan puestos políticos en los pueblos de las fronteras que sus abuelos o padres devastaron. Los caciques Raninqueo y Coliqueo, consta documentalmente, hacían pedidos de escuelas para sus toldos.

Ha habido casos de regresión. Un hijo de Tripailao demostró fulgurante inteligencia, aprendió francés e inglés. Un día volvió a su tribu de visita, y allá se quedó atrapado por el sensualismo, la holgazanería y el aguardiente.

A la casa de mis abuelos, el comandante Ángel Canavery llevó un indio de ocho meses, herido de un balazo en una pierna. Se le educó, fue un buen arquitecto junto a mi padre, de una honradez y severidad estrictas. (Los obreros le llamaban “el cosaco”). Llegó a ser un fino y minucioso dibujante, tal vez quedan aún en Mar del Plata chalets por él planeados con buen gusto y arte. Aprendió inglés y alemán a la perfección. Belicoso, sus admiraciones históricas eran Alejandro, Aníbal, César, Federico II, Napoleón y Moltke. Cuando veía pasar la bandera del 2 de artillería donde él sirvió, se estremecía, emocionado. Liberal, masón, culto; jamás pudo comprender el socialismo. Formó familia, pudo enriquecerse por su capacidad y la estimación que lo rodeaba. De pronto, el derrumbe: se entregó al alcoholismo.

La acusación más repetida que se ha hecho al indio es su odio al trabajo. Empero, el año 1879, cuando la campaña final, se hallaron en diversos lugares plantaciones de trigo, y arados rústicos, huertas y aún jardines que el cristiano, no pocas veces, se entretuvo en destruir.

¿Qué se hizo con esos indios que, separándose de las tolde-rías, buscando la civilización, deseaban superarse? Generalmente se los hizo soldados, se los empujó a pelear contra sus hermanos que permanecían en la barbarie, reacios a toda evolución. El rémington en manos de los “convertidos” sirvió para quebrar la chuza de los últimos rebeldes.

No era esto lo que debió hacerse con los indios que anhelaban “civilizarse”.

Su reacción frente al blanco, queda en unos versos anónimos:

*Se estaba un indio muriendo  
y a su hijo le aconsejaba:  
"Has de saber, hijo mío,  
que un bien con un mal se paga".*

*"Si fueses por un camino  
donde te diesen posada,  
róbate cualquiera cosa  
y ándate de madrugada.*

*"Si algún blanco te mandase  
que ensilles el caballo,  
déjale la cincha floja,  
¡y que se lo lleve el diablo!*

*"Si cerrar la puerta mandan,  
sabe que nada te cuesta  
hacer como que la trancas,  
pero dejándola abierta."*

\* \* \*

Ya la Nación posee toda la provincia de Buenos Aires, La Pampa, gran parte de Río Negro, Neuquén y otras gobernaciones. Se ve dueña de inverosímil cantidad de tierra fecunda y despoblada. ¿Qué hacer con tanta tierra? Lo que hasta ahora se ha venido haciendo: desoír la voz de quienes levantaban alto la mirada, hacia el porvenir de la Argentina.

Desoír a Belgrano, por ejemplo.

"...es preciso confesar que el mal ha estado y está en nosotros mismos, y que los pudientes no han hecho más que el comercio de Europa, retornando los cueros sin atender a otros ramos ni mirar que la tierra bien o mal empleada, el cultivo de la tierra bien o mal dirigido, deciden la riqueza o indigencia no sólo de los ladrones, sino también en general de todas las clases de un estado en que el comercio y el bien más real dependen esencialmente de las producciones de la tierra. Ya es preciso que despertemos de ese letargo, que discurramos y meditemos en el arte más soberano del mundo, en la agricultura..."

De parecido modo opinaban Moreno y Paso que con Castelli, Belgrano y Azcuénaga constituían la avanzada de Mayo, los próceres a quienes los intereses no ligaban al pasado virreynal. Más tarde, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, intentarían algo de lo mucho que proyectó Rivadavia, el vidente. La clase ganadera se opuso a todo. Ya la provincia de Buenos Aires y La Pampa están partidas en latifundios. Seguirá repartiéndose Río Negro, después Neuquén, por fin el resto de los territorios nacionales, una vez resuelto el conflicto de límites con Chile.

Álvaro Barros, primer gobernador de la Patagonia, escribe:

El plan de seguridad de fronteras en el Río Negro no será realizable sin un sistema serio de colonización. ¿Puede hacer esto el Gobierno argentino?...

El ejemplo de Estados Unidos viene a la pluma de Barros, como estuvo en la de Sarmiento y otros. Es preciso colonizar, fundaciones pacíficas y a la vez armadas como las de Estados Unidos, donde el indio halle trabajo para redimirse y escarmiento si a él se niega. “La locomotora y el colono con su rifle, y no el ejército, han sido los agentes que han operado esta revolución económica”—escribe Álvaro Barros, refiriéndose a los progresos operados en la República norteamericana.

En su carta a Valentín Alsina (12 noviembre de 1847), escribe Sarmiento:

“Donde más brilla la capacidad de desenvolvimiento del norteamericano, es en la posesión de la tierra que va a ser el plantel de una nueva familia. El Estado es el depositario fiel del gran caudal de tierras que pertenecen a la Federación, y para administrar a cada uno su parte de propiedad no consiente ni intermediarios especuladores, ni oscilaciones de precios que cierren la puerta de la adquisición a las pequeñas fortunas. El error fatal de la colonización española en la América del Sur, la llaga profunda que ha condenado a las generaciones actuales a la inmovilidad y al atraso, viene de la manera de distribuir las tierras...”

Sarmiento ve el mal, pero siendo Presidente no puede remediarlo. Los intereses que fundamentó la larga tiranía de Rosas y para los cuales gobernó, son ya demasiado poderosos.

Leyes se dictan: la del 13 de octubre de 1862 declara territorios nacionales los existentes fuera de los límites de las provincias, la del 13 de agosto de 1867, “ley de fronteras”, lleva éstas a Río Negro y Neuquén, la del 10 de enero de este mismo año, dispone la venta de tierras, la del 19 de octubre de 1876, “ley de inmigración y colonización”, crea agentes reclutadores de trabajo en Europa, y una oficina de tierras y colonias para fomentar el establecimiento de labradores y artesanos europeos en las tierras quitadas al indio, la del 5 de octubre de 1878, venta de las tierras a conquistar...

¡Y qué tierras las conquistadas al indio!

Pabdo C. Lorentz, uno de los científicos que acompañan a la expedición de Roca en 1879, escribe en carta particular:

“Los campos son inmejorables. ¡Qué riquezas inmensas posee sin saberlo la República Argentina! ¡Qué porvenir al fin le espera! Conozco gran parte del norte alemán, reinado de Prusia. Cualquiera sabe qué papel ha tenido este Estado en la historia de los últimos siglos, y sin embargo, qué pobres, qué estériles son en gran parte aquellos terrenos, donde también hay grandes planicies ...”

Las citas de Sarmiento y del científico alemán Lorentz, nos ponen en presencia de las dos soluciones que da el capitalismo a la cuestión tierras. En Norte América, vencedor Lincoln y sus colonos libres e industriales contra los latifundistas negreros del sur, se impuso la conquista del oeste indio mediante colonias. (Carlos Marx supo plantear en su fondo lo que constituía el problema norteamericano). En Prusia, los terratenientes, los junker, alquilaban o vendían la tierra a los labradores. Y éstos se hallaron así sujetos a aquéllos o a la usura. Fue el sistema que se impuso en la Argentina, desgraciadamente para ésta. Resultado de ello, la inmovilidad, el estado de semicolonias –inglesa– en que permaneció la Argentina, y el ímpetu renovador, la grandeza norteamericana que, hasta la implantación del socialismo en Rusia –1917– y la obra de sus planes quinquenales, representaba lo más avanzado que conociera el mundo.

Exclama Avellaneda, otro gobernante progresista quien, como Mitre, Sarmiento, Alsina, se vio enredado en la maraña de intereses tejidos por Rosas, y paralizada su acción posible:

El “pioneer” norteamericano con su hacha para desbastar el bosque, con su rifle para defenderlo, renovando los primeros días de la creación en su lucha con la naturaleza primitiva, se reproduce por todas partes donde quiera que tras de la frontera civilizada se divisa el desierto sombrío e incommensurable. El hombre quiere tierra; y la busca al través del lago, de la roca, del salvaje y de la fiera, aunque para mejor vincularla a su nombre deba regarla con su sangre...

Las tierras recién conquistadas por la expedición de 1879 provocan estas palabras de admiración al cronista de *La Tribuna* que va con el ejército:

Desde Choele-Choel hasta la confluencia de los ríos Neuquén, el Limay y el Negro, hemos recorrido una distancia de 46 leguas atravesando casi sin interrupción por campos soberbios, magníficos terrenos que por su fertilidad y por hallarse sobre la margen de un río navegable, como el Negro, están brindándose para la colonización. Tengo entendido que el general Roca ha formado el mismo juicio acerca del destino que deben tener estos campos, y aún he oído decir que va a telegrafiar, o ha telegrafiado, al Presidente Avellanda, pidiendo que suspenda la venta de estas tierras para poder fundar colonias.

Tal vez el cronista ignoraba que la mayor parte de esas tierras estaban vendidas “antes de conquistarse”. ¿Lo podía ignorar Roca?

La verdad es —concluye el cronista— que nada hay más a propósito, y que sería doloroso en extremo que, vendidas estas tierras en grandes lotes, quedasen largo tiempo sin poblarse y, sobre todo, sin erigirse en ellas colonias que, en poco tiempo, prosperarían hasta convertirse en grandes pueblos, en verdaderos emporios de riqueza.

Pero Avellaneda, cercado también, como sus antecesores Mitre y Sarmiento, por la férrea cadena de intereses, empobrecido por las guerras civiles, amenazado por una oposición rencorosa; no pudo hacer tampoco mucho. Y las tierras recién conquistadas en el sur, como antes las de la provincia de Buenos Aires, se entregaron a la especulación. El inmigrante, el colono europeo que llegaba a ellas para trabajar, tuvo así que arrendarlas o comprarlas a precios inflados por los “vivos” de la política y de los negocios. Y al indio sucedió el latifundio: rémora como aquél. El desierto permaneció casi despoblado. La conquista, el sacrificio del

pueblo, habían servido para enriquecer más aún a la casta de los ricos, los terratenientes. Y con Roca Presidente, la oligarquía usurpadora, asociada al capitalismo extranjero, cómplice en la tarea de estrangular –mediante el fraude y la corrupción– la libertad y la democracia, sentaría firmemente los cimientos de su sistema anti-argentino.

En su discurso en el Congreso de 1882, de oposición al proyecto del Presidente Roca, enajenando 40 mil leguas, dice Aristóbulo del Valle: “La provincia de Buenos Aires... ha estado barbarizada durante 50 años, en consecuencia de la legislación de tierra que ha permitido constituir fondos de 12, 14, 20 y 50 leguas haciendo el desierto en su propio suelo, imposibilitando el roce de los hombres, inhabilitando todos los elementos de civilización en su aplicación a la campaña, porque la justicia se ejercita en medio de despoblaciones obstando la educación, pues, no hay escuela posible cuando están los niños dispersos a 20 leguas de distancia unos de otros”...

La inmigración había comenzado a llegar. Desde 1882 a 1885 –año en que puede situarse la terminación de la epopeya pampeana– más de trescientos mil inmigrantes, obreros, artesanos, labradores aptos, habían llegado al país. Las cifras continuarán en aumento. Sólo en 1889, año cumbre, entran, según los datos de la Dirección General de Estadística, doscientos sesenta mil novecientos nueve extranjeros: españoles, italianos, rusos, alemanes...

¡Si con este admirable aporte del trabajo, con esta inyección de sana energía se hubiese hecho lo que en la tierra de Lincoln!

Pero se hizo lo que en la Prusia del junker: La tierra quedó en poder de grandes propietarios, ya sea por compra o donación o por recibirla como premio de sus servicios militares. Después de la conquista y la solución de los conflictos con Chile, el Estado se encontró dueño de una superficie de 41.555.700 hectáreas de ricas tierras laborables. La enorme extensión, ya sea por venta –a bajísimo precio– o por donaciones, se adjudicó a sólo 1.800 personas. “¿Cómo pasaron a manos privadas las tierras de los territorios?” –se pregunta Jacinto Oddone. Contesta exponiendo un caso, un caso entre cientos:

La respuesta a esta pregunta –escribe– hay que buscarla en la facilidad que ofrecieron a los especuladores las distintas leyes, con el favor personal y el fraude político; leyes de tierras sancionadas con el propósito de colonizar, pero que a su amparo se fomentó la corrupción, el robo, la explotación más inicua, cayendo en manos de gentes o de compañías de acaparadores que, violándolas por medio del engaño, de la simulación, de la extorsión, de la amenaza y de cuanto otro medio repudiable tuvieron a mano, jamás han colonizado, jamás subdividieron las tierras, jamás introdujeron ningún colono, formando en cambio, los extensos latifundios conocidos, algunos de los cuales abarcan más de un millón de hectáreas.

En 1884 se vota la Ley 1501 por la cual se distribuyen tierras a cultivadores. La clase terrateniente hace con esta ley lo que antes hizo con la de enfiteusis: la adultera, la burla e impide la democratización del campo argentino.

El 5 de septiembre de 1885 se dictó una ley que premia a los militares que habían hecho la campaña. El premio lo constituía, como en tiempos de Rosas, su iniciador, un regalo de tierras. Se benefició a 541 personas. Y entre ellas el Estado repartió, desde La Pampa a Tierra del Fuego: Cuatro millones setecientos cincuenta mil setecientas cuarenta y una (4.750.741!) hectáreas...

Se dio:

A los herederos de Adolfo Alsina: .....	15.000 hectáreas
A cada jefe de frontera: .....	8.000 hectáreas
A cada jefe de batallón: .....	5.000 hectáreas
A sargentos mayores: .....	4.000 hectáreas
A capitanes: .....	2.500 hectáreas
A tenientes: .....	2.000 hectáreas
A subtenientes y otros grados inferiores: .....	1.500 hectáreas
A soldados: .....	100 hectáreas

Se les daba tierra a fin de que colonizasen –lo establecía la ley–. ¿Quién colonizó?...

Más aún: Posteriormente, por leyes especiales, se repartió otros 2.828.317 hectáreas entre 154 personas (20 generales, 38 coroneles,

10 comandantes, 2 mayores, los demás son particulares con “cuñas”).

Eran bienes de difuntos –los indios– y los armados de uñas largas –y sucias– aprovecharon la repartija.

Se hicieron negociados escandalosos, como los que descubrió Lucio Vicente López en Buenos Aires, realizados por el coronel Carlos Sarmiento, Wenceslao Castellanos, Alberto Gorchs, Felipe Harilaos, Víctor Taillade y otros...

Sería interesante penetrar en esa ciénaga y dar “casos”.

Como éste: En 1884, el Gobierno compra en La Pampa cuatro leguas de tierra para establecer un fuerte. Los paga 5.165 pesos con 85 centavos la legua. Dos años antes, el Gobierno las había vendido a un particular a 500 pesos la legua. ¿En dos años diez veces más su precio?...

Razón tenía el Insobornable –Leandro Alem– cuando, oponiéndose a las dádivas, decía:

“Están forjando una escuela corruptora. Ella rebaja los vínculos morales que deben ligar a los ciudadanos al cumplimiento del deber, debilitando este sentimiento... El cumplimiento del deber es una cosa tan rara que merece premio.”

Lo mejor –dentro del campo capitalista– se hizo en Norte América. El sentido común nos dice que, de estar en manos de verdaderos patriotas el patrimonio argentino, partiendo de lo mejor ya conocido, se hubiese intentado superarlo. Se hizo lo peor, se repitió lo hecho por los junkers de Prusia. Se favoreció a privilegiados para mal del pueblo. Concebible esto en Prusia, país de tradición despótica. No en la Argentina. Ésta, encauzada hacia la libertad en su nacimiento, pronto iba a ver perturbados los sueños de sus grandes repúblicas –Moreno, Rivadavia– por los intereses de sus propietarios de tierras y ganado –los Quiroga o Rosas. Los señores feudales de las primeras horas y dueños también del voto de sus ignorantes e inconscientes peones, seguirían torciendo a su favor, y mediante la seudodemocracia burguesa, el destino de la Argentina. Leguas de tierra inculta, des poblada o habitada por miserables, siguen clamando por una política

agraria que tienda al bien de la mayoría trabajadora. Sin esto, la grandeza argentina es un espejismo falaz. Con esto, quedaría justificada la conquista de las pampas del indio.

## Notas de la quinta parte

Chiripá, poncho y recado — Tributos a los indios — Archivo y sello de Salinas Grandes — La piedra movediza del Tandil y otras leyendas — El indio pampa en la literatura argentina — Julio Verne en las pampas — Telégrafo, ferrocarril y teléfono — Rémington — La Guardia Nacional — Cartas de Caciques — Namuncurá, lector de diarios — La boda de Namuncurá — El cuadro de Blanes y otros — Indios chilenos y argentinos — El doctor Moreno y los indios — El medio... — El indio en su actual estado — Datos y etimologías.

¿De dónde salió el “chiripá”? Autores graves lo dan como indígena, significando la palabra “para cubrir”, y aseguran que apareció a fines del siglo pasado. No puede haber duda que sea indígena, pues, en ningún país europeo se ha usado nunca, desde los tiempos históricos, semejante prenda, y aunque se hubiera usado en Europa, ningún sastre la hubiera introducido, ya que no se necesita arte y tijera para confeccionar esa personificada negación de la sastrería. ¿Cómo nació? Cuenta una leyenda: “Los indios usaban poncho; a caballo, el poncho les tapaba todo el cuerpo y parte de las piernas desnudas; a pie, siempre estaban en cucullas, y el poncho los tapaba enteros. La primera vez que un jefe indio tuvo que acercarse a los cristianos, los vio tan vestidos que, al apearse, con sólo el poncho puesto, se avergonzó de su desnudez, y quitándose de las espaldas, se lo ató en la cintura. Cundió la moda, y de los indios pasó a los cristianos. *Se non é vero, é ben trovato*, como dirán los argentinos de la generación venidera. Pero si siguen éstos con la moda del chiripá, le habrán cosido los bolsillos, que siempre, hasta hoy, le han faltado”. — (Godofredo Daireaux, *Costumbres criollas*).

El poncho es otra de las prendas de uso personal que más servicios prestó al gaucho. Su origen es desconocido. Se trata de una prenda verdaderamente autóctona por serios fundamentos. Su uso —por la sencillez de su invención— es poco menos que universal, aunque con nombres diferentes. Se le vio aparecer por primera vez en los ejércitos nacionales, junto con el pañuelo en el regimiento de Dragones de la Patria, en el año 1810. Como se sabe, el poncho es una prenda de lana, paño o seda, de forma cuadrada o rectangular, ribeteada de flecos en dos o cuatro lados, con una abertura en el centro para poder pasar la cabeza por ella, y dejarlo calzado sobre los hombros de la persona que se lo haya puesto y caiga en pliegues armoniosos, cubriéndole el cuerpo. El poncho le sirvió al indio y al gaucho de abrigo contra los tajantes fríos del desierto, o de capa para guarecerse de la lluvia. También lo usó de cobija cuando durmió en su cama o la improvisó con los elementos de su recado... Han existido varias clases de ponchos: El poncho de cuero, el poncho pampa, el poncho calamaco, el poncho patrio, el poncho puyo y los vulgares ponchos de lana o de vicuña... El peleador con poncho debió adoptar frente a su rival la misma posi-

ción que el peleador con rebenque en una mano y cuchillo en la otra, es decir, que le ofrecerá casi el frente para poder accionar ambos brazos con soltura. Para ello envolvía con dos o tres pasadas el poncho en la mano y antebrazo izquierdos y levantaba la mano al frente, casi a la altura de la boca, mientras dejaba caer el resto del poncho hacia el suelo, hallando con eso, en primer lugar, una defensa para su extremidad izquierda que sabría parar los golpes del cuchillo contrario, y en segundo lugar, encontraría en la manta una azotera para castigar con ella a voluntad y dar ocasión a que su derecha accionase... Además, con el poncho tomado así, o sea, envuelta una parte en el brazo y suelta la otra, se podrá en algunas circunstancias tratar de que el enemigo, en el calor de la lucha, lo pisase o se le enredase en la nazarena de la espuela –si el apuro no le había dado tiempo para quitársela– y desequilibrarlo de un recio tirón y aprovechar la situación crítica para brindarle una puñalada, como lo recuerda Hernández al hablar de Martín Fierro cuando estaba en la situación aquella:

*Me fui reculando en falso  
y el poncho adelante eché  
y en cuanto le puso el pie  
uno medio chapetón,  
de pronto le di un tirón  
y de espaldas lo largué...*

“Hace tiempo tuve ocasión de observar un poncho después de un combate. Tenía cerca de ochenta tajos”... (Mario López Osornio: *Egrima criolla*).

Estas artimañas y otras con las boleadoras, el cuchillo y la lanza, sirvieron al gauchi-soldado de los tiempos antiguos –más que las precarias armas de fuego primitivas– para enfrentar al indio pampa. El rémington después hizo imposibles los entreveros.

En la batalla de “San Carlos”, donde terminó el poderío de Calfucurá, tuvo el gauchi-soldado ocasión de emplear todas sus baquías. Con ellas detuvo su ímpetu. Las armas de fuego completaron la derrota indígena.

Dice una copla:

*Con el cuchillo afilado  
voy por el mundo redondo,  
yo jamás ofendo a nadie  
y nadie me pisa el poncho.*

\* \* \*

Sobre el poncho abundan los refranes y dichos (o compadradas):

“Andar con el cuchillo bajo el poncho”: Tener ocultas y aviesas intenciones.

“Poncho de poco trapo, con puro fleco nomás”: Algo que vale poco.

- “Pisar el poncho”: Desafiar, atreverse.  
 “Perder el poncho”: Andar enamorado.  
 “El poncho de los pobres”: El sol.  
 “Una ponchada”: Un montón de algo.  
 “Donde el Diablo perdió el poncho”: Lejos.  
 “Arrastrar el poncho”: Cortejar.  
 “Alzar el poncho”: Irse.

En el coplero popular los motivos del poncho son innumerables.

“He visto al soldado argentino hacer campaña en pleno desierto durante varios meses, sin bagajes, sin carros, sin carpas, sin más abrigo que su recado. En el curso de esas expediciones, tuvimos que aguantar todos los tiempos: cálido, frío, seco, húmedo. No se enfermó ni un hombre. Volvían a sus cuarteles sanos y guapos. Se me dirá: son gauchos, y el gaucho es un animal de intemperie. Desde que existen oficinas de enganche, los europeos no escasean en los batallones; unos son soldados viejos, endurecidos a la vida militar; los más proceden en derecho de un pueblo de campo o del colegio. No se enferman tampoco, debido al recado. No hay cama tan higiénica. El gaucho no se conforma con otra. Aún teniendo a su disposición instalaciones que consideramos, los inexpertos puebleros, como más confortables, no puede prescindir del recado. Se acomoda en él a buena distancia de los techados. Su recado es su casa de nómada que lleva siempre consigo”... (Alfredo Ebelot: La Pampa).

\* \* \*

El tributo a los indios llegó a ser una carga penosa para el presupuesto nacional. He aquí algunas cifras:

A los caciques amigos Coliqueo y Raninqueo, trimestralmente: 1.250 libras de yerba, 655 de azúcar, 625 de tabaco, 625 cuadernillos de papel para hacer cigarrillos, 2.000 libras de fariña, 187 botellas de caña.

A Calfucurá, 1.200 libras de yerba, 600 de azúcar, 500 de tabaco, 2.000 de fariña, 500 cuadernillos de papel, 200 frascos de aguardiente, 72 de vino catalán, 72 de Burdeos, 72 de ginebra, 20 fanegas de maíz.

A Cachul, Catriel y Millancurá: 2.500 libras de yerba, 1.300 de azúcar, 1.070 cuadernillos de tabaco, 2.350 de fariña, 1.070 cuadernillos de papel, 116 frascos de ginebra, 78 de vino Burdeos, 216 de vino catalán, 20 fanegas de maíz.

Tributos en dinero: A Reuque-Curá, trimestralmente: 130.750 pesos; a Chicoleo: 24.735 pesos; a Cañumil, 29.110 pesos; a Sayhueque, 124.290 pesos.

Y animales en pie. Por ejemplo, trimestral, a Calfucurá: 2.000 yeguas; a Sayhueque, 100 vacas; a Raninqueo, Cachul y Millancurá, 1.000 ovejas a cada uno.

Y aún la humillación de enviarles atavíos de militar para los grados que se les reconocía oficialmente, desde coronel a capitán. Narra el comandante Ramayón que el cacique Epumer llegó a rechazar “las ofrecidas presillas de coronel”.

Por tesorería, durante el año 1870, Presidencia de Sarmiento, se abonó:

A Calfulcurá: 670.000 pesos; a Catriel, 507.000 pesos; a Mariano Rosas y Baigorrita, 380.000 pesos; a Reuque-Curá, 523.000 pesos; a Chicoleo, 98.940 pesos; a Cañumil, 116.140 pesos; a Sayhueque, 124.290 pesos; a Linares, 328 mil pesos; a Quempumé, 639.000 pesos.

Y no está completa la lista.

Para realizar estos abastecimientos, se dividió la administración de fronteras en cuatro secciones: Bahía Blanca y Patagonia, sud de Buenos Aires, oeste de Buenos Aires y sudoeste de Córdoba.

A veces, las exigencias del indio apresuraban la remisión en tal forma que el jefe de Río IV envía este telegrama: “No demorar entregas prometidas. Anticipar regalos mientras las provisiones llegan”.

\* \* \*

En su viaje a las pampas, año 1879, el doctor Estanislao Zeballos encuentra, oculto por los fugitivos en las arenas de un médano, seguramente para recuperarlo, lo que él llama “Archivo de Salinas Grandes”: Una serie de curiosos documentos, correspondencia con el Gobierno y los pulperos que suministraban, comerciantes y espías, artículos y datos a los calfulcuraches. Había también un diccionario de la lengua castellana y un sello grabado en bronce y montado en cobre. El sello dice: “General Juan Calfulcurá. Salinas Grandes.” Representa una espada vertical cruzada por lanzas y boleadoras, conjunto que emite rayos solares.

Fue regalo de Santiago Caccia, artista grabador del Rosario, hecho en 1859 cuando llegó a Santa Fe la delegación presidida por el Indio Cristo que iba a parlamentar con Urquiza en su palacio de San José –vísperas de Cepeda.

\* \* \*

La piedra movediza del Tandil, maravilla de la naturaleza que se desprendió de su asiento y rodó al abismo el 12 de febrero de 1912, dio motivo, como otros fenómenos naturales, a que los indios imaginaran bellas y aleccionadoras leyendas. Según Elíseo A. Tello que ha recogido algunas, después de infinito trabajo, pues, los aborígenes no se confidencian al huinca, la leyenda de “la movediza del Tandil” –como se le llama popularmente– es el ejemplo de la solidaridad humana y la piedra es el corazón magnificado de Milla Rayen, doncella que se sacrificó para salvar a los de su raza.

“Peñi Cura –o desobediencia y castigo–, “Cla Lauquen” –o hermandad hasta la muerte–, “Vaca Loncay” –o Dios es bueno–; son leyendas ejemplificadoras, imaginadas para explicar un fenómeno y a la vez dejar una lección de moral que Eliseo A. Tello recogió en los lugares de labios de sobrevivientes. “Mi pluma –mi pobre pluma–, escribe el autor, la he puesto al servicio de la causa indígena, porque carezco de una espada. He defendido y defiendo a los indios de los zarpazos delincuentes de

los latifundistas desalmados, de los comerciantes inescrupulosos, de los gobernadores y jueces letrados venales, de la policía brava, del empleado de Tierras y Colonias prevaricador y de las demás tramas de ignominias que representan la civilización en el sur argentino, pulpo gigantesco que los aprisiona entre sus tentáculos chupándoles la vida y la sangre, porque son seres inferiores, y porque como autóctonos de esta tierra, no tienen cónsul adonde recurrir en demanda de amparo. Identificado ante los indios como soldado de su causa, pude obtener sinceramente de ellos todos los pormenores que necesitaba para cumplir la finalidad que perseguía”.

Según una tradición, Prudencio Rosas, estanciero, hermano del dictador, quiso sacar la piedra de su sitio haciendo que tiraran veinte yuntas de bueyes, sin lograrlo.

Sobre su caída, escribieron Eduardo L. Homberg científicamente y místicamente Ricardo Rojas –*La Piedra muerta*:

“Yo estaba ayer en el Tandil, cuando al atardecer, el pueblo entero se conmovió al rumor de que la piedra que dio fama y espíritu a la ciudad pampeana, habíase, de pronto, derrumbado. El estupor de las grandes catástrofes colectivas, un estupor incrédulo y fatal, cundió en el alma de la muchedumbre emocionada. Voló de labio en labio la insólita noticia, deteniéndose los transeúntes para comunicarla; avisábanla desde sus puertas los vecinos; llevábanla con presteza, invisibles agentes, hasta el suburbio de las quintas lejanas. El eco inesperado de aquel pregón siniestro, repercutía de alma en alma con idéntico acento de tribulación, de protesta, de asombro”...

Estanislao Zeballos que describió –*Anales Científicos Argentinos*, 6ª entrega, 1874, “La hermosa y mimada movediza de la sierra del Tandil”, habla también de otra, más pequeña, situada en Lihué-Calel –La Pampa–, a 475 metros sobre el nivel del mar; pero no dice que haya oído leyenda que la comente.

Berta Koessler, alemana residente en Neuquén desde 1920, se ha entregado con el ahínco que caracteriza a los científicos de su nacionalidad, a recoger leyendas, cuentos y tradiciones aborígenes. Anuncia un libro: *Cuentan los araucanos* (Leyendas, Sagas, Brujerías, Narraciones de los Mil Lagos, Fábulas de los árboles, Cuentos). “El indígena se resiste a contar cosas al huinca” –escribe la señora Koessler. “Teme su ironía, su necedad o su burla deliberada. Luego de mucho trabajo gastado en persuadirlo, se decide bajo condición “jurada” de no ser repetido a nadie, ni escribirlo tampoco, pues la ira de los antepasados caerá sobre su cabeza, acarreándole toda clase de desgracias y enfermedades”.

También Juan B. Ambrosetti y Daniel Granada, al estudiar supersticiones rioplatenses, nos ponen en presencia de la fantasía aborigen. Álvaro Barros y Roberto Payró, aquel en el libro ya citado, éste en *La Australia Argentina*, han recogido leyendas araucanas y tehuelches. El poeta colombiano Eduardo Talero, que vivió en Neuquén, ha publicado también leyendas indias. Esto en cuanto a lo recogido directamente, obra de la imaginación indígena, pues, en torno a sus mitos, creencias y tradiciones, autores cultos y contemporáneos, a su vez, han tejido cuentos y leyendas.

Los ranqueles, considerados feroces, poseían una leyenda sobre la “caridad”, virtud –si es virtud– a la que se le agrega el obligado “virtud cristiana”, que posee rara similitud con alguna leyenda del medioevo. “Jamás dejes de suplir la miseria ajena –dice la Cacica ranquel a su nuera– porque Huecuvú tiene emisarios que se presentan como pobres, para ver quién los desprecia o les niega algo, y se vengan en las criaturas dándoles “oñapué” (veneno) para hacer llorar a sus padres”...

\* \* \*

Con su oda: *En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros*, mandada por el coronel Federico Rauch, año 1826, inaugura Juan Cruz Varela, poeta civil rivadaviano, el tema del indio pampa en la literatura argentina. He aquí algunos fragmentos:

*... Como suele caer de la montaña,  
precipitado al llano de repente,  
con estrépito horrorísimo el torrente,  
y retiembla a lo lejos la montaña,  
y arrebatan las ondas victoriosas  
el pastor, el ganado, la cabaña,  
las mieses y las vides pampanosas;  
o como suele con bramido horrendo  
el huracán pasar y, por de pasa,  
raudo y vertiginoso todo arrasa,  
y todo se desploma con estruendo;  
el salvaje feroz no de otro modo  
en clamorosas hordas se lanzaba  
del fondo del desierto,  
y nuestros ricos campos inundaba.  
A la piedad y a la ternura muerto  
su corazón ferino, y abrasado  
de la sed de rapiña y de matanza,  
el brutal indio rudamente armado  
del fuego, de la flecha y de la lanza,  
volaba en alípede caballo derramando  
a torrentes su venganza...*

Juan Cruz Varela, un poco falsamente, según corresponde a su escuela pseudo-clásica –a los ranchos les llama “cabañas”–, describe el malón y su secuencia de incendios, muertes, cautivos arrastrados; luego canta las proezas de Rauch derrotando a los indios, y termina:

*Y de playa extranjera  
vino a las nuestras un guerrero experto,  
a exterminar la raza carnífera  
de los tigres feroces del desierto.*

Con más sentido de la realidad, más conocedor del ambiente, al romántico Esteban Echeverría, espíritu proa, se le puede considerar, en rigor, como al que descubre el rico tema. Son los amores trágicos de María y Brián, dos cautivos que logran escapar de las tolderías, pero no de la muerte. Por los octosílabos de Echeverría pasa el desierto, un malón, una borrachera de indios después del malón, una quemazón de campos...

En realidad, Echeverría sólo roza el tema, como lo roza también Juan María Gutiérrez, su compañero de la Asociación de Mayo. Gutiérrez canta a su caballo que el indio le robara. Sus versos alcanzaron popularidad:

*Mi caballo era mi vida  
mi bien, mi único tesoro:  
indio, vuélveme mi Moro,  
yo te daré mi querida...*

Ambos tienen la intuición de que —como dice Gutiérrez— “si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional, que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y anchos ríos sólo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio”... “Cuando con el transcurso de los tiempos la literatura americana llegue a formar un caudal abundante, conserve su color propio al entrar en el océano de la poesía universal”.

Este color propio Echeverría lo busca en el indio, en las descripciones pampeanas. Ya otros lo han buscado también en los temas gauchescos.

Incluido en su libro *Rimas*, publicado en 1837, Echeverría declara sus propósitos en el proemio del mismo: “El principal designio del autor de *La Cautiva*, escribe, ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del Desierto”.

Echeverría, bravo prosista y espíritu alerta a los fenómenos sociales que lo señalan un precursor, jamás dominó su verso pero fue hacia esos fenómenos anhelante de transformarlos en poemas. Poeta romántico, le faltó también la visión de la realidad que luego Hernández y a veces Ascasubi, captarían con tan original fuerza. Hallamos, empero, en *La Cautiva*, trozos de este violento colorido:

*Arden ya en medio del campo  
cuatro extendidas hogueras,  
cuyas vivas llamaradas  
irradiando colorean*

*el tenebroso recinto  
 donde la chusma hormiguea.  
 En torno al fuego sentados,  
 unos lo atizan y ceban;  
 otros la jugosa carne  
 al rescoldo o llama tuestan;  
 aquél come, éste destroza,  
 más allá alguno degüella  
 con afilado cuchillo,  
 la yegua al lazo sujeta;  
 y a la boca de la herida,  
 por donde ronca y resuella,  
 y a borbollones arroja  
 la caliente sangre afuera,  
 en pie, trémula y convulsa,  
 dos o tres indios se pegan  
 como sedientos vampiros  
 sorben, chupan, saborean  
 la sangre haciendo murmullo  
 y de sangre se rellenan.  
 Baja el pescuezo, vacila,  
 y se desploma la yegua  
 con aplauso de las indias  
 que a descuartizarla empiezan.  
 Arden en medio del campo  
 con viva luz las hogueras;  
 sopla el viento de la pampa  
 y el humo y las chispas vuelan...*

Hilario Ascasubi que continúa la línea de Bartolomé Hidalgo, en su poema gauchesco *Santos Vega*, ya conquista la pampa, sus paisajes y sus hombres para el arte literario. Ascasubi, más que sus predecesores, más que Echeverría y Gutiérrez, visitantes de ella, ha vivido en la pampa, la siente, la describe con cariño. Y al hablar de un “malón”, de una “derrota de los indios”, de un “pacto con los indios” y de otros temas indo-gauchos, lo hace con ceñida fuerza. Ascasubi no va en busca de un tema nacional, lo lleva en sí mismo. Canta lo que ha vivido. En 1851 publica algunos cantos. El poema completo se editó en 1870.

En 1869, el coronel Lucio V. Mansilla es nombrado jefe de la frontera de Río IV, en Córdoba. Realiza entonces “la calaverada militar”, como la llama, de hacer una “excursión a los indios ranqueles”. Y de ello le brota un libro original, su mejor libro. En forma de cartas dirigidas a Santiago Arcos, lo publica en *La Tribuna*, dia-

rio de Héctor F. Várela, el popular “Orión”, y va contando su aventura. La primera aparece el 20 de mayo de 1870; la última, que es la sexagésima, el 7 de septiembre. Más tarde, Mansilla le agregó cuatro más inéditas, un epílogo y las reunió en dos volúmenes. Resultó un libro ameno, curioso, singular, lleno de color americano. Quien desee penetrar en la vida del indio pampa, en su psicología, sus costumbres, sus anhelos, su miseria, quien desee conocer al indio, debe leer el libro de Mansilla, un libro no solamente curioso y pintoresco, también cruzado de nobles ideas, de propósitos de redención para el indio. El gárrulo conversador –como cabal hombre de la simpática, clubman y mundana, generación del 80–, el improvisador fácil y escéptico que fue Mansilla, en este libro, por momentos, se pone grave, ahonda. Lo que hará poco después Hernández con el gaucho, protestar contra la injusticia que lo explota y lo sacrifica, sintiendo su dolor y haciéndonos sentirlo, al través de los tiempos; lo hace, en menor grado, Mansilla con el indio. Mansilla no siente como propio el dolor del indio. Lo mira un poco desde arriba, desde su condición de cristiano, de coronel, de sobrino de Rosas, cuya fama terrible aún hace rechinar a los descendientes del perseguidor de Yanquetruz.

Pero el libro de Mansilla, ahora que ya se ha esfumado el problema del indio malonero, queda en pie en la literatura argentina, y aún americana, no lejos del Facundo, más lejos del Martín Fierro. Sin su *Excursión a los indios ranqueles*, ¿qué sería de Mansilla como literato? Hay en él páginas vivas y de veraz originalidad, pintura de tipos y momentos, datos preciosos. De la *Excursión* se sale con agradecimiento hacia su autor. Mucho se habría perdido si a él, casi sin darle importancia, tal vez por distraer su aburrimiento en la frontera o por darle gusto a su “hobi” literario, no se le ocurre pergeñar aquellas cartas sonrientes, con el buen humor y la displicencia de un hombre, gran señor, que cuenta lo visto y oído en un país de Lilibut, entre lilibutienses bárbaros donde su vida pudo correr peligro.

En su gran poema *Ida y vuelta del gaucho Martín Fierro*, lo que mejor pinta Hernández es la vida del gauchi-soldado en las fronteras. Eso lo describe con simpatía, sintiendo el dolor del milico, es cosa propia del poeta. El indio está pintado un poco de lejos, de oídas, con recelo de gaucho que, obligado o no, se ve frente al indio dispuesto a matar para que no lo maten. Dedicar un buen número de sextinas a pintar el pampa, sus toldos, sus caballos, sus cacerías, su barbarie, sus métodos de guerra, su crueldad para con el cautivo cristiano. Y como todo lo que de la péñola de Hernández fluye, esas pinturas son veraces, coloridas, vigorosas. Se ve y se oye al indio en ellas, a pesar de las exageraciones del gaucho Fierro:

*Pienso que Dios lo maldijo  
y ansina el ñudo desato:  
el indio, el chancho y el gato  
reclaman sangre del hijo...*

De entre las páginas que dedica al indio, pueden citarse como sobresalientes las que consagra a describir un combate, el cuidado del indio a su caballo y la pelea que Fierro sostiene a cuchillo, contra el martirizador de una cautiva armado de boleadoras:

*En la dentrada no más  
me largó un par de balazos,  
uno me tocó en un brazo  
si me da bien me lo quiebra,  
pues las bolas son de piedra  
y vienen como balazos.  
A la primer puñalada  
el indio se hizo un ovillo,  
era el salvaje más pillito  
que he visto en mis correrías,  
y a más de las picardías  
era arisco pal cuchillo.*

*Las bolas las manejaba  
aquel bruto con destreza,  
las recogía con presteza  
y las volvía a largar,  
haciéndomelas silbar  
arriba de la cabeza.*

*Aquel indio, como todos,  
era cauteloso, ¡ahijuna!  
ahí me valió la fortuna  
de que peliando se apotra,  
me amenazaba con una  
y me largaba la otra...*

Todo esto se halla realizado con la habitual maestría de Hernández, ¿pero qué le exigimos al poeta cuando habla del indio? Esto: Que lo hubiese hecho como cuando habla del gaucho, que hablara del indio como indio, y no como gaucho, que nos dijera qué sentía el indio frente al huinca agresor, frente al huinca violador de pactos; así como nos dice el sentir del gaucho frente al hombre de ciudad y sus abusos. De Hernández podríamos haber esperado esto, porque de él cabía esperarlo todo.

Se me ocurre que en el poema de Hernández falta un indio que en la pulpería, haciéndose eco de las razones que pudo tener el indígena para resistirse y pelear, lo defendiera de los ataques de Fierro.

Alfredo Ebelot fue un ingeniero francés llegado al país el año 1870. Prestó servicios en las campañas de Alsina y de Roca, vivió la áspera, dura, singular vida del soldado, conoció la pampa y sufrió la guerra con los indios. En 1875, en la *Revue de Deux Mondes*, de París, publicó: “Una invasión de Catriel”, y en 1889, “La Pampa”, subtítulo “Costumbres Argentinas”, una serie de relatos, impresiones, descripción de tipos y costumbres, todo en lenguaje claro, no exento de belleza. Ebelot sabe ver y sabe hacernos ver. En *Una invasión a Catriel*, evocada vividamente, en “El Rastreador”, “El Boleador”, “El recado y el Caballo”, “La Galera”, “La Pulpería”, “La Mujer del Soldado”, pasa el indio de las pampas, su guerra y los hombres que con él combaten, su existencia de sufrimientos y proezas cotidianas. Pocas veces –recordamos a otro francés, Alejo Peyret– un extranjero ha sabido asimilarse con más cariño las cosas de la tierra argentina.

El coronel Manuel J. de Olascoaga es el autor de *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro*, un diario de la campaña de Roca en 1879. Es un libro de ajustada importancia técnica en cuanto a lo militar. Por él no cabría mencionarlo en esta reseña literaria. Pero el coronel Olascoaga es, además de un hombre de vida aventurera, el autor de libros donde aparece como un precursor de Eduardo Gutiérrez. Mucho antes que éste, en los folletines de *El Nacional*, publicó Olascoaga la vida del romántico y revoltoso Juan Cuello de la época de Rosas. Después publicó –a veces con el seudónimo de “Mapuche”– *El sargento Claro*, *El brujo de las cordilleras*, *La lanza del montonero*, *Las últimas cautivas*. También escribió dramas. Citaré: *Liú-Huincú*, por su título araucano.

Todo ello sólo puede nombrarse como una curiosidad. ¿Se han publicado en libros sus folletines? En la Biblioteca Nacional no figuran. En la del Museo Mitre he encontrado *El brujo de las cordilleras*. Es un relato truculento, de autenticidad dudosa, aunque pretende ser histórico, y de ningún mérito literario.

Eduardo Gutiérrez vivió hasta 1890, muy popular un tiempo, excesivamente olvidado ahora, dejó más de treinta libros publicados en forma de folletín en *La Patria Argentina* y otros diarios de la época. Son novelas de gauchos, novelas o cuentos históricos y novelas o relatos policiales. Por algunos de ellos pasa el indio. Uno de sus protagonistas, Felipe Pacheco, más conocido por su apodo “El Tigre de Quequén”, leyó, ya anciano, la novela en donde Gutiérrez narraba sus proezas, y dejó el más acertado juicio sobre tal literatura. Dijo: “Hay algo que es verdad, pero lo demás es cuento”. Así es toda la obra de Eduardo Gutiérrez. Sobre un esqueleto de verdad, el fantasista construye, improvisa apresuradamente para el folletín y cuando lo publica en libro pone esta advertencia defensiva: “Sin corrección del autor”.

Sobre un Juan Moreira real, matón gubernista, Gutiérrez levanta un mito, un héroe que halla eco admirativo en el pueblo. Ese Juan Moreira, el de Gutiérrez, no el real, imitación de Martín Fierro, después de varias peleas y muertes, decide refugiarse entre los indios del cacique Coliqueo. Rumbea hacia el oeste. Pasa por “25 de Mayo”, por “San Carlos”, donde se dio la batalla contra Calfucurá (1872),

y en la que estuvo Moreira –según informa Gutiérrez–, y llega a “Tapera de Díaz”, sitio donde se levantan “rucas” – toldos– del ranquel Simón Coliqueo, cacique bautizado. Los indios de Coliqueo, “indios amigos”, estaban a sueldo, recibían raciones, además boleaban avestruces y comerciaban sus plumas en las “casas de negocio” establecidas entre ellos. (La “civilización” entre los ranqueles de Coliqueo se señala porque las pulperías son ranchos de material, no toldos). Juan Moreira cobra ascendente por su habilidad para bolear y su destreza para los naipes –otra de las dádivas de la “civilización” al indio. A los tres meses, suponiendo ya que la justicia ha olvidado sus peleas y muertes, decide regresar a sus pagos. Jugando a los naipes gana diez mil pesos a algunos caciquillos, después al propio Coliqueo, siempre empleando sus artimañas de tahir. Coliqueo protesta, grita que le ha ganado con trampas. Moreira huye, después de herir a Coliqueo entre “las aspas”. Lo persiguen cinco indios. Moreira les lleva ventaja. Espera a los indios armado con trabucos. Hiere a dos. Los otros escapan. Moreira llega a “25 de Mayo” donde vende la tropilla de caballos que arriara al salir de los toldos.

Esta es la aventura entre inverosímil y trivial que nos narra Eduardo Gutiérrez. No da –como Hernández– ningún dato acerca de la vida de Moreira entre los indios. Se ve que el autor está ajeno a su tema. No ocurre lo mismo cuando Eduardo Gutiérrez habla de la vida de fronteras. Ha hecho vida militar, la dura vida del fortín en el 2 de caballería que mandó el coronel Hilario Lagos. Guardia nacional, logra el grado de capitán peleando contra los indios, durmiendo al raso, sin carpas, y conociendo a los hombres y mujeres que comparten esa vida. De aquí la veracidad que fluye de su libro llamado *Croquis y siluetas militares*. En él se halla, pintoresca y dolorosa, brava y terrible, la existencia de los campamentos de la época. Y en cuentos como “Un baile monstruo” o en relatos como “Las Tabletás” y “Amor de Leona” o en perfiles como “El Comandante Heredia” y “Gregorio Carrizo” y “Corazón bravo”, o en artículos como “El soldado de línea” y “La vida de frontera”, pinta con vigor los gauchi-soldados que, paso a paso, dejando desgarrones de vida, iban conquistando las pampas al indio.

Son hombres que Eduardo Gutiérrez ha conocido, ejemplares de abnegación y bravura, casos que sólo la vida con su multiplicidad creadora puede ofrecer. Ese sargento Liendo que, complicado con el guardia, su amigo, pues está preso, escapa una noche al baile. Aquí le aparece un provocador borracho. Al sargento se le sale el machete de la cintura, se muere por pelear; pero piensa que compromete al guardia y, fiel a la amistad y a la palabra contraída, él, un valiente, se deja herir por el provocador, y huye.

Otro, Gregorio Carrizo, un veterano con más hazañas que pelos. “Cuando el doctor Alsina hizo su primera marcha –cuenta Gutiérrez– necesitó hombres de toda confianza para tener a su lado, y Forest le mandó el sargento Carrizo con su recomendación más decidida. Regresaron a Buenos Aires, el doctor Alsina, agradecido a los servicios cariñosos y bravos de Carrizo, lo llamó:

—Quiero hacerte un regalo para que tengas un recuerdo mío, pero como quiero darte la cosa que te sea más útil la dejo a tu elección. ¿Querés dinero o caballos o alguna prenda, o un empleo en la policía? Vamos a ver, pedí lo que quieras...

—¿Aunque sea muy gordo el pedido, mi ministro?

—Aunque sea muy gordo, pedí.

—Pues, bien —dice Carrizo mostrando en sus ojos toda la alegría en que rebotaba su corazón—. Usted que todo lo puede... Hágame dar de baja al sargento Ortiz del 2 de caballería, que ha cumplido hace diez años el tiempo de su destino.

No quiso más recompensa, y Ortiz debió su baja a la amistad de Carrizo.

Eduardo Gutiérrez, buen sentidor, sabe hacernos sentir toda la grandeza escondida en la costra dura del gauchi-soldado. Es su mayor mérito.

El escritor de idioma inglés —nacido en la Argentina— Guillermo Enrique Hudson —1844-1922— en su novela *El Ombú*, hace que un gaucho —con lenguaje gaucho— hable de las peripecias pasadas en aquellas poblaciones de fronteras, cara al indio malonero. Es un libro cruel e intenso. Hudson tiene siempre recuerdos sangrantes de la vida pampeana. En *El Ombú* describe malones, combates y recuperación de ganado. Llama la atención la proclama de un coronel a los guardias nacionales que van a sorprender una toldería: “Una vez montaos, dice el gaucho que narra a Hudson la aventura por “el año sesenta y tantos”, el coronel nos dirigió la palabra: “Muchachos —dijo—, ustedes han sufrido mucho, y no perderán su recompensa. Toitos los prisioneros que hagan y toitos los millares de cabezas que conseguimos recobrar, se venderán en subasta pública a nuestra güelta, y lo que se saque de ellos se repartirá entre ustedes”.

Por esta proclama parecería que indios y animales para el cristiano venían a caer en la misma suerte: Todos eran vendidos para beneficiar al vencedor.

Un poeta, Adolfo Lamarque, muerto joven, publicó alrededor de 1880, un *Canto de Guerra de los Querandíes* que algunas antologías siguen recogiendo. He aquí dos estrofas:

*Vencido el enemigo querrá escapar en vano.  
Nosotros alcanzamos la gama que en el llano  
va huyendo hasta el confín;  
vencido el enemigo, su anonadada empresa  
ejemplo será al mundo; su lívida cabeza  
será nuestro botín.  
Si vienen como hermanos, con ellos gozaremos  
de un cielo siempre puro; con ello libaremos  
en paz el abati.  
Si quieren guerra, ¡guerra de asalto y emboscada!...  
Tal vez será destruida, más nunca esclavizada  
la tribu querandí.*

En su libro de versos *En el Pindó* (1890), Manuel Bahamonde incluye un poema de argumento indígena: “El Cacique Mapuche”.

Otro poeta, Francisco Sicardi, en su poema cíclico “La Inquietud Humana”, hace pasar por dos cantos la horda india:

*Corren, vuelan,  
devoran la llanura; sus relinchos  
dan un terror de Apocalipsis. Sale  
de la maleza el tigre lentamente,  
ruge el león en soledad; los cóndores  
se ciernen en la altura con macabro  
rencor pausado...*

Nos habla también de un duelo entre Calfucurá e Hircain, cacique araucano; luego del gaucho que, convertido en soldado, lucha contra el aborígen:

*Y se traba en la pampa la batalla  
del soldado y del indio, el entrevero  
de la lanza y del sable...*

La mención de Sicardi, un escritor moderno, desaparecido casi hasta del recuerdo de sus contemporáneos aún vivos, sólo tiene carácter bibliográfico. El indio de “La Inquietud Humana” es retórico, ficticio, y es pampa como podría ser guaraní, calchaquí o charrúa. “La Inquietud Humana”, por otra parte, es un vasto poema, que aspiró a encerrar demasiado para no lograr más que algunos versos.

Un militar, Ignacio Garmendia, que, como Mansilla, hizo guerra de fronteras, dejó, además de sus recuerdos, narraciones. *La cartera de un soldado*, *Cuentos de tropas*, se llaman algunos de sus libros. En este último hallamos un cuento: “El perro adivino”, que figura en los toldos de Coliqueo, año 1872. Es la romántica historia de los amores de una india, Ananquel, con un blanco. Muestra el interior de una toldería con fidelidad y retrata la psiquis de los indios.

Otra historia romántica que, como aquélla, termina con el suicidio de la doncella aborígen enamorada de un blanco, es “Pichi-Calquín”, de otro militar, M. C. Torres Ibáñez. La narración, más histórica que literaria, por los datos que aporta y los conocimientos que revela, es de escaso mérito artístico. Pichi-Calquín, la protagonista, está enamorada del comandante Saturnino Torres, jefe de los “choiqueros” mendocinos, el “toro Torres” como le llamaban los indios por su valor. Epulev, un guerrero aborígen, ama a la doncella que lo rechaza. La novela ocurre durante la campaña de 1879, y el doble suicidio de la protagonista y su madre, abandonadas, aquélla por el comandante y ésta por el cacique Huayquillán que huye a Chile, da motivo a una leyenda.

El estilo de este cuento, como el de otras narraciones o relatos históricos debido a la pluma de militares, desordenados en la exposición, es enfático. Un ejemplo: “Pasados algunos meses, formaron las gloriosas falanges del Ejército, nimbadas por los destellos de la gloria a orillas del Río Barrancas”...

Leyendo a Daza o Prado, Fotheringham u Olascoaga, que han sido actores, se echa de menos al escritor que en ellos falta, dada la riqueza emocional del acontecimiento que no han sabido exponer como para llegar a conmover al lector.

También romántica, y entre histórica y novelesca, veraz y fantasista, es la novela de Estanislao Zeballos: *Relmú, reina de los Pinares*. Y casi como novelescas podrían considerarse también no pocas páginas de sus libros *Callvucurá o la Dinastía de los Piedras y Painé o la Dinastía de los Zorros*; pero el mérito de los tres se halla en su contribución al conocimiento de la historia de los pampas, no por su literatura.

Citaré, a título de información, el drama de Enrique García Velloso: *Mamá Culepina*, que transcurre en un fortín y tiene por protagonista a un personaje real, una curandera, camarada de los soldados en la campaña de Neuquén. “El drama es melodramático, efectista, de sentimentalismo sin hondura”.

En *Salero Criollo*, recopilación póstuma de las páginas que Fray Mocho (José Sixto Alvarez) desparramara en el periodismo (anécdotas, recuerdos), hallamos la figura de Callmañ, un indio cobarde, un “maula” y farfarrón además. Seguramente existió y Fray Mocho lo ha conocido. A Callmañ, a pesar de sus pistolas conseguidas entre los cristianos, lo corre Policoa, un muchacho, a chirlos, con la correa de su arreador. Los indios, para olvidarse del maula que los deshonra, sacaron del toldo a sus perros, los echaron a fin de no conservar nada del cobarde. “Como es el dueño es el perro” —dice un refrán indio—. Y si el dueño era inservible —cobarde y fanfarrón— inservibles serían también sus perros.

Fray Mocho subtítulo este esbozo: “Los valientes de mi tierra”. Seguramente dirigía la pulla contra alguien.

Un escritor español, Ciro Bayo, que llegó a la Argentina el año 1889 y en ella ejerció de periodista y maestro de escuela rural, dejó una serie de libros de investigación folklórica, interesantes algunos por su observación directa. Inquieto, viajó por toda América antes de volver a España donde murió, ya octogenario después de escribir sobre el recuerdo de lo visto y oído en sus andanzas. Uno de estos libros se llama *Por la América desconocida*. En él hallamos una parte dedicada a los indios pampas, donde se insertan algunos relatos por su autor vividos. “El Barchillón”, por ejemplo, que ocurre en los toldos de Catriel, una especie de juicio de Dios al estilo medieval, pero con venenos en lugar de lanzas. “María López”, favorita de Catriel, una aragonesa cautiva que ahora se llama “Raihué” o sea “Flor nueva”. Le propone Ciro Bayo sacarla de su cautividad, llevarla a Buenos Aires. Ella responde:

—Tengo ya 50 años. Tengo, además, dos hijos de Catriel y eso tira mucho. Aquí soy la cacica, la reina; en Buenos Aires sería una china despreciable, que encerrarían en un asilo. Mi destino es morir en una ruca y que me entierren en la pampa.

—Está bien, María López —le dice él—. Yo también soy español, soy paisano tuyo. ¿Quieres algún encargo para España? ¿Quieres algo de mí?

—Sí —responde Raihué—. Que me des aguardiente.

En *María López o Flor Nueva* existe un drama, el drama de la cautiva en todas sus facetas: arrancada a su medio huinca, llevada a los toldos como esclava de los indios del cacique, los cuales le enseñan a hacer chicha y a hilar, luego asciende a amante de éste, más aún: a favorita. Tiene hijos, es la cacica, bebe y fuma como un indio; ¿para qué salir de los toldos?

Ciro Bayo hubiera podido penetrar en su drama y hacer la novela de su compatriota. La oye, la deja esbozada en unas pocas páginas bien interesantes, y sigue...

Alberto Ghiraldo, tal vez en el mejor de sus cuentos, *Postrer Fulgor*, nos pinta a un militar extranjero, un militar de escuela, que sale a combatir al frente de un brillante y bien equipado escuadrón, a la europea, contra un grupo de indios y gauchos “alzados”. El militar que se las había visto con Napoleón, es arrogante, guapo y desprecia a sus enemigos. Pero le sucede que pelea contra fantasmas. Leguas y leguas camina su brillante y bien armado escuadrón. Los indios aparecen y desaparecen. Los soldados revientan caballos hasta caer, llevados por la astucia salvaje, al centro de un pajonal que los bárbaros incendian. “La pampa en llamas —termina el cuento— moviendo de tumba al invasor, simbolizó en aquel atardecer trágico el triunfo momentáneo de la astucia gaucha sobre la fuerza disciplinada del cristiano invasor y bárbaro”.

Inspirándose en el relato que hiciera Santiago Avendaño, cautivo que escapó de los toldos ranqueles, el poeta de los chacayales neuquinos, excelente poeta en sus buenos instantes, que son muchos, Miguel Camino, compuso *El Entierro de Painé*. Es un romance escrito con fluidez y patetismo, ya que Calvaín, el hijo y sucesor de Painé, ha dispuesto que se cumplan los ritos de la tribu: Muerto el Cacique, sus mujeres, sus caballos y sus perros deben acompañarle a la otra vida, para seguir sirviéndole.

Samuel Tarnopolsky, un escritor contemporáneo, encuentra en la evocación de la guerra con los indios, tema para sus novelas. Ha publicado dos: *La Rastrillada de Salinas Grandes* y *Alarma de indios en la frontera sud*. Ambas son “episodios de la conquista del desierto”. La primera refiere el viaje de! coronel Andrés García para conseguir sal, el año 1810. La segunda, ocurre después de 1820, y relata las aventuras que un grupo de cristianos, entre ellos un inglés y un francés conducidos por el célebre baquiano Molina, acometen para libertar a una joven cautiva de los indios. Tarnopolsky ha estudiado minuciosamente la vida de los pampas, sus costumbres, su historia y sabe evocarlas. Da a su narración interés novelesco. Anuncia otro libro semejante: *Los médanos de Masallé*, o sea, el sitio estratégico en que se hallaba establecida la capital —por así decirlo— de Calfucurá y donde obtuvo la victoria que lo convirtió en el jefe de las tribus pampas.

Otro novelista contemporáneo, Eduardo Acevedo Díaz, en su libro *Cancha Larga*, describe la vida de los toldos y los personajes que en ellos actúan. Es otro escritor bien informado.

“El autor –dice él mismo en su prólogo– prosigue en esta novela su empeño de reconstruir, a través de los hechos de los personajes fuertemente creadores del ambiente social, la historia interna de la vida argentina”. El personaje central de *Cancha Larga* cae cautivo del cacique Pillán, después de un malón a una posta. Sus habilidades lo encumbran en la toldería hasta ser el guardador de caballos. Entonces, huye. Pero antes, sus aventuras entre los indios, dan oportunidad al autor para pintarnos la toldería por dentro, con sus personajes más sobresalientes y el embate de sus pasiones enconadas: Pillán, el cacique, Huala, un guerrero bravo y castigador de mujeres, Numillén, indio vagabundo, ladrón, Luma, el poeta de las rucas. Y tres mujeres: Damasia, la mestiza, Leylén, la vampiresa de los toldos, Lanthreé, bravia hembra que, pudiendo escapar, no lo hace por amor al hijo pequeño. Pasa por allí también el comerciante Don Rosendo, espía de los indios, que viene a traerles datos de las fuerzas huincas y de sus propósitos. De la lectura de estas páginas, fluye la “historia interna” de los toldos, y se ve cuál es su debilidad, las rivalidades y odios que los roen, los intereses que se asocian a los del enemigo.

“Por los caminos de entonces”, libro de cuentos del escritor mendocino Narciso E. Sosa, trae a su vez dos cuentos en los que se pintan escenas de las embestidas aborígenes contra las fronteras del sud de Mendoza. Son *El cautivo ciego* y *Las cautivas de Coman*.

No queda, por supuesto, agotada la enumeración de los escritores que han hallado en el indio pampa tema para sus novelas, cuentos, poemas o dramas. En el coplero anónimo se lo halla. Trae algún romance Juan Draghi Lucero en su importante y bien acotada colección *Cancionero Popular Guyana*. Se lo halla asimismo en las leyendas anónimas, en las tradiciones que Félix de San Martín y otros escritores radicados en el sur recogen a veces en sus libros. El aborígen pampa, su medio, su lucha contra el huinca, pueden aún proporcionar a los escritores argentinos temas de originalidad virgen. Es una veta no desbastada. Lo hecho es sólo un anuncio de la riqueza artística que promete a los investigadores imaginativos. Son trescientos cincuenta años de epopeya que están aguardando sus descubridores.

\* \* \*

En uno de sus libros, *Los hijos del capitán Grant*, Julio Verne coloca a sus protagonistas en las pampas. Es curioso seguirlos en sus viajes desde Talcahuano (puerto de Chile), hasta la costa del Atlántico (provincia de Buenos Aires), al través de la Cordillera, Neuquén, Río Negro y La Pampa. La enorme distancia, en aquel año, 1865, los personajes de Verne la recorren en apenas 30 días. ¡Un record! No bien descendiendo la precordillera hallan un indio patagón necesariamente gigante, ya

que así los vio Pigaffeta, el autor del *Diario del viaje de Magallanes*. El patagón habla castellano. Según Verne, los rastreadores constituyen bandas, son bandoleros de la llanura; Calfucurá, jefe de los indios poyucas, es un hombre falso, de dos lenguas y dos corazones; al Río Colorado (Colu-Leuvú) le llama Cobú Leubú que no significa Río Colorado sino Gran Río, los indios pampas, como si fueran quechuas del Inca, construyen puentes colgantes y en la Patagonia, además de los gorriones y otras aves, los anglofranceses de la expedición verneana, encuentran “monos titíes”, como si se hallaran en el trópico, no en una región de nieves.

“Pampa”, según Verne, es palabra de origen araucano y quiere decir: “llanura de hierbas” (Pampas es propio de la lengua quichua, general en el imperio peruano, en que significa “campo raso” –Padre Lozano, *Historia de la Conquista del Paraguay*)... Todo es fenomenal en la pampa de Verne: Un rayo fulmina 500 animales. Se ve a lo lejos un destacamento de diez indios, van armados de lanza, cuchillos, boleadoras y lazos... Ni hondas –que estarían de más poseyendo la bola– ni lazos –que como montaban en pelo no podían llevar– usaron los pampas. Verne los describe como indios, con pieles de guanaco y carnero, los llama “gauchos” y, según Paganel, el sabio de la expedición, “los gauchos son campesinos inofensivos”. Otro de los personajes opina que los “gauchos son decididos y temibles bandoleros”. Los excursionistas comen avestruces y no sólo el alón, se lo comen íntegro, comen “pecaríes” y “tatos” (tatúes, peludos, multitas). De las “galeras” da esta explicación: “grandes carretas tiradas por bueyes. Un fortín está defendido por trece milicos –o seres trajeados de tales– porque si el mayor tiene 20 años el menor sólo tiene 7. Su uniforme: camisa rayada, sin pantalón...” (“La bondad de la temperatura –nos advierte– autorizaba, por otra parte, la ligereza relativa de esta costumbre”). En el fortín, los expedicionarios se enteran de que hay “guerra civil” entre argentinos y paraguayos, que por eso no han encontrado indios en las pampas. Todos los indios se han ido al norte siguiendo la pista del general Flores (El Presidente del Uruguay). Allá se encuentran Calfucurá, Catriel, Yanquetruz y demás caciques... Hay más dislates históricos, tantos, que es mejor no detenerse. Los europeos siempre han sabido así la historia de América. Verne, que ha citado antes a D’Orbigny, cita ahora a Guinnard, y da sobre éste datos: Que volvió a Francia en 1861 y es miembro de la Sociedad de Geografía. Lo es también su colega Verne. Quizás en esa sociedad de París ha aprendido esto: que un ombú tiene 33 metros de alto, su tronco mide casi dos metros de diámetro y la circunferencia de su sombra 120 metros. En él viven refugiados, como en una casa de departamentos, los expedicionarios de Verne, pues una inundación los acosa. Y con la inundación aparecen al pie del ombú bandas de “caimanes” que “batían el agua con sus colas formidables y atacaban el ombú con los largos dientes de sus mandíbulas inferiores”. Un impresionante espectáculo... de trópico. El gigantesco ombú se incendia, pero la inundación lo desarraiga y lo lleva a tierra firme. Sus pasajeros se salvan. No se salvan la geografía ni la botánica ni la historia de América. Así

ocurre generalmente, no sólo en Julio Verne, sino en otros escritores de Europa, más responsables, que sobre cosas de América escriben.

Sería curioso formar un “disparatario” de lo que escritores europeos han escrito sobre el nuevo continente. Nombres célebres figurarían en él. Se me ocurre ahora recordar a Walter Scott: “las vastas llanuras de Buenos Aires –dice el novelista inglés– no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de “huachos”, cuyo principal amueblado consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua, cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas... Desgraciadamente, prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas”...

\* \* \*

La guerra de los pampas fue una guerra de movilidad. Por esto el telégrafo y el ferrocarril, después el teléfono, el primero de ellos particularmente, tuvieron gran importancia. Invento definitivamente perfeccionado por el pintor yanqui Samuel Finley Breeze Morse –algunos de cuyos cuadros existen hoy en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires –también autor de otros inventos, sin ser mecánico, el telégrafo fue introducido en la capital argentina el año 1859. (Veintidós años antes Morse había exhibido su invención, y quince años antes –1844– recibido la sanción oficial de su obra. En 1866 se hace la primera transmisión de Buenos Aires a Montevideo). En 1870 se inaugura el telégrafo nacional y en 1874 se transmite el primer telegrama a Europa.

Empero, según el doctor Aráoz Alfaro, biógrafo de Guillermo Rawson, este hijo de yanquis tuvo la idea del telégrafo mucho antes de 1837, año en que Morse realizó sus experimentos en la Universidad de Nueva York.

Hay otros antecedentes: *El Centinela* de 1823 dice: “Las máquinas telegráficas establecidas en el Almirantazgo de Londres y el Arsenal de Portsmouth, que dista 24 leguas, comunican un oficio corto y su respuesta en un minuto de tiempo. ¡Cuánto servicio haría el establecimiento de estas máquinas entre esta capital y sus fronteras y entre la rada exterior y la Ensenada!”.

José Antonio Wilde, el autor de *Buenos Aires desde setenta años atrás*, recuerda en 1881 que su padre Santiago Wilde –autor de teatro– en su *Memoria*, año 1821, escribe:

“Establecer telégrafos desde la capital hasta todas las guardias fronterizas, Ensenada, etc., como también uno a bordo de dicho casco (se refería al pontón), según el plan de fácil y económica ejecución que presentó años hace el autor de esta *Memoria*, y debe hallarse en secretaría. Por ese medio tendría el Gobierno noticias de la frontera más distante en pocos minutos y no sería tan factible entonces que invadiesen los bárbaros la provincia impunemente”. Alsina se preocupó de extender las líneas telegráficas. En 1876 se fundó en el Colegio Militar una escuela de telegrafistas y en 1877 otra en Guaminí dirigida por Higinio Ballejos. El general Roca

siguió también en este sentido la obra emprendida por su predecesor. En 1878 escribe: “El telégrafo militar terminado ya hasta Trenque-Lauquen sigue prestando importantes servicios y es un auxiliar valioso de la defensa y operaciones de la frontera. Entra éste igualmente entre los elementos que han de combinarse para la ejecución del nuevo plan de fronteras”...

Escribe el comandante Ramayón: “El telégrafo era un arte que se enseñaba a los oficiales que servían en esas líneas avanzadas. No quedó comandancia, fuerte o fortín sin la debida instalación de ese valioso auxiliar de la defensa, porque no sólo evitaba demoras que traían graves perjuicios en las operaciones militares, también producía economías importantes en cientos de soldados y caballos que se empleaban en las comunicaciones. Sus hilos fueron debidamente tendidos por nuestros soldados y sin interrupción alguna hasta algo después del año 1885”.

Los indios, obstinadamente, se entregaban a su destrucción. En 1876 llegaron a sacar 20 kilómetros de hilos que en seguida fueron repuestos. La vida de los telegrafistas de frontera alcanzó los grados del heroísmo, no sólo por los riesgos a que su libertad y su vida se hallaban expuestos, sino por las privaciones y sufrimientos que debieron soportar trabajando duramente jornadas de sacrificio y ganando sueldos de hambre.

El ferrocarril del Sud se inauguró en 1865 y ese año alcanzó hasta Chascomús. Los primeros aparatos telefónicos se instalaron en 1881.

Álvaro Barros, siempre descontentadizo, quizá por hallarse siempre de cara a lo social, a lo que el pueblo pudiera sacar de provecho, escribe: “El telégrafo y el ferrocarril, adelantos incuestionables, en la vibración y el silbato llevan la civilización poco a poco hasta el fondo de los desiertos. Sí, es un adelanto, no hay duda, pero como todo lo que nos rodea, lleva el sello de lo incompleto, de lo inestable y de dudosa existencia. El ferrocarril fue más que todo, agente electoral y agente del gobernante siempre, para sofocar la libertad del voto. Sirve al público, ofrece comodidades y ventajas a las clases principales de la sociedad, pero es enemigo de la gran masa incivilizada, y tan enemigo es del indígena que, para extender los rieles al través de la pampa, sería necesario un ejército permanente. Otro tanto sucede con el telégrafo, pero la destrucción de éste es más fácil, ella es intentada diariamente en el seno del mismo país civilizado. La civilización que transporta en objetos materiales el ferrocarril, o en palabras la electricidad, lleva el espíritu, las miras de destrucción, que trajeron las naves de Hernán Cortés, el estandarte de Pizarro y los aventureros de Mendoza”...

Los indios que seguían oponiendo al ferrocarril y al rémington, sus chasques y chuzas seculares, también seguían oponiendo su secular telégrafo de humo al telégrafo eléctrico.

“Colán” o “Kulán” es humo, humareda en araucano. Para llamarse, ya sea para parlamentar o bolear, o iniciar malones, los indios se avisaban con señales de humo: Un telégrafo ígneo que ellos veían a las muchas leguas con su vista de águila.

Por eso tenían la costumbre de no hacer fuego al aire libre y menos aún cuando iban a malonear.

*Su señal es un humito  
que se eleva muy arriba,  
y no hay quien no lo aperciba  
con esa vista que tienen,  
de todas partes se vienen  
a engrosar la comitiva.*

La clave de este telégrafo nunca la supieron los blancos, aunque posiblemente se ponían de acuerdo en las señales que debían hacer con los humos antes de partir para una expedición de maloqueo. Tal telégrafo, por otra parte, no era privativo de los pampas. Lo usaron todos los aborígenes de América, de norte a sur.

En cuanto al teléfono, el indio empleó la tierra. Aplicando a ella el oído sabían quienes llegaban, si hombres cabalgando o hacienda, y cuántos eran. El gaucho perfeccionó ese teléfono clavando el cuchillo en la tierra y aplicando el oído al mango. Más adelante, después que se empezaron a delimitar los campos –1848–, usó los alambres.

En mayo de 1899 –durante la segunda presidencia de Roca– se inauguró la línea del Ferrocarril Sud. Partiendo de Bahía Blanca, llegaba a Neuquén. El hecho alcanzó una vasta trascendencia periodística. Basta leer los artículos que *La Nación*, *La Prensa* o *La Tribuna* del 31 de mayo, y los de la prensa inglesa local o londinense le dedicaron. Banquetes, discursos, agasajos. De Londres, asiento del Directorio y de los principales accionistas, llegaron cálidas laudatorias al Presidente Roca y a sus ministros –medallas, copas recordatorias. Era la alianza del capital inglés con la oligarquía nacional. El Ferrocarril Sud mandó imprimir un libro con la crónica de las actas y la reproducción de artículos, fotografías, discursos.

La tarjeta que invitaba a la inauguración de la línea Neuquén, representaba a un tren visto desde atrás con su locomotora echando humo en un paraje que comienza a ser montañoso a su izquierda y la pampa a su derecha. Un indio de saco y pantalón, sobre un caballo típico, con sus melenas al viento, contempla asombrado el nuevo monstruo, rauda, silbadora, temible y magnífica. Alambres de campos y telégrafos completan la vista simbólicamente.

\* \* \*

La adopción del rémington, invento debido al mecánico yanqui del mismo nombre, también inventor de máquinas de escribir, constituyó un paso definitivo en la conquista de las pampas. Estas hubieran sido conquistadas igualmente, pues lo más importante, su conocimiento y exploración, estaba hecho. El nuevo fusil aceleró la conquista. Del arcabuz de los conquistadores hispánicos a este fusil de repetición y

largo alcance, toda una serie de ensayos. Durante las guerras de la Independencia, el fusil de chispa, con 200 metros de alcance, en la guerra del Paraguay, el fusil a pistón fulminante: 700 metros. Desde 1871 se adoptó el rémington que alcanzaba 1.100 metros y pronto llegó a 1.800. El indio ataca por sorpresa, a lo ladrón. En 1872 el general Fotheringham escribe: “¡Y éste es el enemigo formidable que nos tenía en jaque hacía cosa de un siglo!” No opinaban tan despectivamente los adversarios de Yanquetruz –Aldao, Ruíz Huidobro– ni de Calfucurá –Mitre, Hornos, Rivas– cuando sus tropas no poseían devastadores rémingtons y después de los primeros tiros se veían forzados a pelear cuerpo a cuerpo, a sable, cuando no a cuchillo.

\* \* \*

La Guardia Nacional, compuesta por jóvenes que no dejaban de ser ciudadanos, que vivían en sus casas, aunque semanalmente recibían instrucción militar, se organizó en mayo de 1852, a poco de caer Rosas. “Desde ese día surgió una nueva entidad civil –escribe Bartolomé Mitre– en la que antes nadie tenía fe, de la que nadie esperaba nada y que fue la Guardia Nacional al servicio de la civilización y de la libertad, desde allí cesó el predominio de la campaña sobre la ciudad, se templó la bayoneta, se quebró la chuzca y fue herido de muerte el caudillaje...”

La Guardia Nacional desempeñó, en verdad, un importante papel. Alsina, Chassaing, Del Campo, Alem y tantos otros hombres públicos o letrados, fueron guardias nacionales. Era un ejército de ciudadanía consciente, no una máquina que iba en pos de su caudillo o de su jefe como una montonera o el batallón de línea.

Su aspecto –pantalón y levita azul con cuello y vueltas celestes, morrión – su arrogancia, están pintadas en “La Gran Aldea” de Lucio Vicente López. Por supuesto, ésta constituía la aparatosa y turbulenta guardia nacional ciudadana. La del campo eran gauchos pobres a los que se dejaba sus andrajos y a quienes se los arreaba a pelear por causas que desconocían. La guardia nacional campesina se desangró en las fronteras anónimas, frente al indio bravo, sin armas de fuego casi. La urbana fue quien se levantó el 11 de septiembre (1852) contra Urquiza, quien defendió a Buenos Aires mandada por el táctico Paz, quien peleó en Cepeda contra los lanceros gauchos de Urquiza y los ranqueles de Baigorria, quien repitió la prueba en Pavón, quien fue al Paraguay y a la revolución de 1874 con Mitre –aunque estas veces confundida con la de las campañas– quien afrontó la embestida de los veteranos en Puente Alsina y Los Corrales –1880– peleándolos con heroicidad, quien fue el 90 al Parque, encendida de ardor cívico...

“Iba uno entonces –recuerda un viejo gaucho– sin saber siquiera por quién ni contra quién peleaba; ahí estaba la comisión y había que seguir, no más. Ya que le aseguraban, y se lo podían probar a machetazos, que era usted “Guardia Nacional”, y siendo “Guardia Nacional”, había que marchar. Se marchaba, pues. Y se encontraba cualquiera, muchas veces, revolucionario sin saberlo...”

Durante su breve gobernación –1827– Dorrego suspendió las “levas”, esos

arrees de campesinos para los contingentes que nutrían de hombres los fortines de las fronteras. Lavalle las volvió a implantar, y así continuaron. En 1875, Alsina, ministro de Guerra, hizo lo posible para suprimir la Guardia Nacional. Y en 1878, su continuador dice: “La Guardia Nacional está totalmente licenciada, según lo quería Alsina en 1875. Sólo el ejército de línea pelea en la frontera”.

No sucedía lo mismo en la ciudad. “Los rifleros” de Tejedor, porteñistas que se oponían a la capitalización de Buenos Aires y a la nacionalización de su aduana –1880–, tenían toda la turbulencia y arrogancia de los guardias nacionales que se opusieron al vencedor de Caseros.

Cuando los amagos de la guerra con Chile, 1896, segunda Presidencia de Roca, volvió a reaparecer la Guardia Nacional, haciendo ejercicios en las calles y plazas, desfilando por Florida los 25 de Mayo y 9 de Julio, victoriada por el pueblo más que la tropa de línea. Oponiendo a las fachas de los “enganchados”, chinotes de avería, la gracia risueña de su juventud, la fácil arrogancia del que se siente héroe sin haber probado la guerra.

Comisiones andaban por las calles, entrando a los boliches para encontrar guardias nacionales remisos a cumplir la ley. Y se les llevaba a los cuarteles, a enrostrarlos, entre una doble fila de bayonetas veteranas y un racimo de muchachos atrás, que gritábamos:

—¡Que lo larguen! ¡Que lo larguen! ¡Es uruguayo! ¡Es uruguayo!

Era el pretexto: ser uruguayo.

Así se llevaron a un muchachote indio que mis abuelos habían criado. Y como mi abuela y mi madre lloraban, mi abuelo, pegando un puñetazo en la mesa, puesto de pie, rugió:

—¡Viva la Patria, canejó!

Las mujeres no replicaron.

\* \* \*

La lectura de cartas de los caciques de la última época, contribuyen a conocer la psicología de ellos cuanto las relaciones que mantenían con los hombres del Gobierno nacional. He aquí tres de los principales: Namuncurá, Epumer y Baigorrita.

“Lomanque de Salinas Grandes, 26 de julio de 1878.

Al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, General Don Julio A. Roca:

Excmo. Señor: Con mucho gusto tengo y me dirijo a S. E. para saludarlo y al mismo tiempo para comunicarle en el respeto de los tratados de paz; al mismo tiempo impongo a V. E. que me dirijo al Superior Gobierno Nacional a fin de dar definición a los arreglos de paz, que yo me he alejado de la guerra. Aunque no tengo el mayor gusto de conocerlo a la vez de haberme hecho amigo con su hermano menor Don Rudecindo Roca, me es digno hacerle esta mención para que nos hagamos amigos que dará el fin de vivir en la buena armonía con el Superior Gobierno Nacional Don Nicolás Avellaneda; he dispuesto mandar mis emisarios a

Buenos Aires ante el Superior Gobierno Nacional al cacique Don Benito Pichicuré y otras personas de respeto, y solamente esperamos que se afirmen los tratados de paz y se nos pase nuestro racionamiento que de la guerra no se saca nada, que es mejor vivir en la buena armonía con todos los cristianos, y para este fin espero de su parte acepte de conformidad con el Superior Gobierno Nacional los arreglos de paz que propongo afirmar. Recibirá muchos recuerdos de mi parte y de mi cuñado el Cacique Rumay y de mi hermano Don Bernardo Namuncurá. Quedando ser agradecido para su personalidad, espero me contestará para tener una firma en signo de nuestra amistad. Sin otro motivo, me repito S. S. S.

*Manuel Namuncurá.*

\* \* \*

Poitahué, junio 20 de 1878.

Al Ecmo Señor Ministro de Guerra y Marina de la República Argentina, general Don Julio A. Roca:

Mi apreciado compadre:

El día que me dirijo a saludar a V. E. es día contento para mí y me alegraré que al recibo de ésta se encuentren buenos Vd. y la demás compañía a sus órdenes, que yo quedo bueno con toda mi familia para lo que mande Vd., compadre.

Compadre, hoy mando a mi cuñado Cayafrán y a mi curiado Millacedo; juntamente mando con ellos a mi hijo mayor que tengo para que le vaya a hacer una visita a Vd. y al señor Presidente y a los demás jefes.

Compadre, espero que Vd. me los reciba con el mayor agrado y un punto más que el que merecen, y les tome la mano. Compadre, mando a mi cuñado Cayafrán a asentar nuevamente los tratados. Compadre, espero que Vd. me los ayude como conocido de ellos. A mi hijo lo mando para más constancia de sus tratados, y espero en mi Dios que mientras yo viva no me he de apartar de mis banderas argentinas. Compadre, pues desde que yo he tenido tratados me parece no haber faltado yo a ninguno, porque yo no les permito, así es que no salen a robar, como Vd. no deja de estar bien informado de eso. Compadre, como yo vivo más al centro, no puede salir mi gente.

Señor Ministro: También les digo que si me puede hacer el servicio de mandarme dos piezas de paño, una de paño fino y otra de pañete. Compadre, también le digo que si me puede hacer el favor de mandarme una docena de monturas aperados de todos chapeados, riendas de plata, estribos y espuelas de plata. Compadre, le digo que también me haga el favor de dos tiradores abotonados y dos puñales de cabo de plata. Compadre, también le digo que si me puede hacer el favor de regalarme doce mulas porque no tengo en qué poder negociar para los cristianos.

Compadre, mucho le recomiendo al escribano que va, porque el que tenía se me enfermó, y éste hace mucho tiempo que entró a servirme y me está sirviendo muy bien, y espero que me le den un sueldo regular como lo merece, y también le

digo que al lenguaraz le den por ahora cien pesos de sueldo, porque el lenguaraz es el que más trabaja, porque sin él no sabemos nada. El nombre del lenguaraz es José Asteparo y el sueldo es por ahora nomás este sueldo para el lenguaraz.

Y con esto lo saluda su justísimo y seguro servidor y a su planta rendido.

*General Manuel Baigorrita.*

\* \* \*

Linjaló, julio 4 de 1878.

Al Excmo. señor Ministro de la Guerra, general Don Julio A. Roca.

Excmo. Señor:

Pongo en conocimiento de V. S. que mando mi comisión para renovar el tratado de paz con el Excmo. Señor Presidente de la República y V. S. que es el único bien que quiero para mí y mis indios. Conociendo el bien que hemos recibido hasta el presente con el apoyo del actual magistrado durante seis años que duró la felicidad y el bienestar en nuestro país, y que conocemos el buen resultado que consigue uno con la paz y perjuicio que trae la guerra, siendo que hoy me encuentro con tantas familias, dos de mi hermano Galván y Mariano, y los míos y lo mismo mis indios. Es un deber el desear la paz y tranquilidad con el Excmo. Señor Presidente de la República y los pueblos que están bajo su mando. Más antes no he mandado la Comisión por haber sabido que V. S. se hallaba enfermo después del fallecimiento del Ministro Alsina y no se había recibido del Ministerio. Ahora que se ha recibido del Ministerio mando a mi sobrino Sandalio y un escribano y un lenguaraz y un sobrino más que va a verse con mi hermano y creo que serán bien recibidos de V. S. Mi sobrino va con el objeto de renovar el tratado bajo de las bases que lo disponga V. S., que el presente tratado las raciones no nos alcanzan y muchos quedan sin raciones. Le suplico que en el tratado del año 78 nos aumenten en las yeguas 400 y demás raciones, y me hace el favor de darme 30 yuntas de bueyes para hacer sementeras para atraernos al trabajo y me les asigne sueldo a dos lenguaraces. También suplico a V. S. sobre los terrenos que no salgan más los fortines al sud. V. S. que sabe qué terrenos son nuestros y que para mí respecto, que el Excmo. Señor Presidente y V. S. me den una escritura firmada para que de esa manera sean los terrenos respetados por la Nación. Espero en V. S. se digne ordenar que se me entregue un hermano mío llamado Butaфра. También dejo a V. S. como conclusión que tengo en mi poder un capitanejo viejo del tiempo de mi padre y el que me dirige con sus buenos consejos y que conserve la paz con el Gobierno y todos sus jefes. Se llama ese capitanejo Pinaaz.

Señor General, le mando cinco cautivos en prueba y deseo de conservar la paz. Sin más lo saluda a V. S. y todos sus jefes.

*S. S. S. Epumer.*

\* \* \*

Namuncurá era analfabeto, como su padre, pero recibía los diarios y, por medio de un alzado o un cautivo, se enteraba de ellos. Tales diarios se los enviaban los pulperos, comerciantes interesados en el negocio de los malones, o políticos adversarios del gobierno, de Alsina particularmente. Los debates de las Cámaras cuando el proyecto de ocupar Carhué, o para cavar la zanja, eran conocidos por el Cacique. Así, cuando el ingeniero Melchert quiso mensurar los campos del sudoeste, se vio imposibilitado de hacerlo. Namuncurá sabía bien a qué iba ese ingeniero a las pampas. Los diarios de la oposición, cuando no una minuciosa correspondencia privada, ya lo habían enterado. Mansilla, en su excursión a los ranqueles, cuenta haber hallado *La Tribuna* en los tol-dos; las tropas que tomaban los aduares indígenas por sorpresa, encontraban también periódicos de Buenos Aires. La guerra del indio, como se ve, ha sido compleja, una intrincada red de intereses comerciales y políticos que para nada tenían en cuenta los conceptos de patria y religión, favoreció al último Cacique sobre todo.

Un caso: El padre José María Salvaire, lazarista, amigo de Namuncurá, que sabe el araucano, decide ir a Salinas Grandes, el año 1876, para realizar un canje de cautivos. Llega allí y Namuncurá lo recibe receloso. El misionero es apresado, se lo acusa de brujo, de propagador de la viruela. ¿Qué ha ocurrido? Unos pulperos han difundido estas calumnias, pues, no pocos de éstos hacen pingües negocios siendo intermediarios entre los indios y las familias que pagan el rescate de cautivos. El Padre Salvaire debió la vida a que Bernardo Namuncurá salió en su defensa y lo tomó bajo su protección. El Padre Salvaire atribuyó la “corazonada” del triunviro hermano de Namuncurá a un milagro de la Virgen de Luján. Juró levantarle una basílica y escribir su historia. Así lo hizo.

\* \* \*

Al igual de todos los caciques, Namuncurá fue polígamo. Lo era el indio suficientemente acaudalado. No tan poderoso como Calfucurá, su hijo no tuvo las mujeres que a aquél le contó algún cautivo. Pero practicó la poligamia y dejó huella de hijos en chinas y cristianas abundantemente. En el año 1900, ya patriarca agricultor en Chimpay, Río Negro, se le ocurre a algún jefe militar o sacerdote salesiano que no está totalmente civilizado el cacique, pues continúa, a pesar de sus 89 años, viviendo en concubinato. Y lo casan. La boda, civil y religiosa, se lleva al cabo en Fuerte General Roca de Río Negro. La novia es Ignacia Rañil, de 38 años. Viven otras de sus mujeres, pero ésta es la última y con ella se casa Namuncurá. Como epílogo de la boda, los cónyuges reconocen, no sólo a sus hijos, los de Namuncurá e Ignacia Rañil, sino a todos los hijos del padre, los habidos en otras mujeres. Resulta de este curioso acontecimiento que Ignacia aparece como madre de una Juana Namuncurá de 28 años y un Julián Namuncurá de 56 años. Sus últimos hijos, Namuncurá los engendró a los 86 años. Murió de 91.

\* \* \*

El pintor uruguayo Juan Manuel Blanes que compuso *Episodio de la fiebre amarilla* en Buenos Aires, *El juramento de los 33 orientales*, merecedor de un poema en sextinas, lleno de gracia, por José Hernández, y otros cuadros históricos, pintó una tela de grandes proporciones: *Ocupación militar de Río Negro* o *La Revista de Río Negro*, comentario a la campaña de 1879.

Después de él un grupo de artistas plásticos encontraron temas en la pampa o en el indio. En 1892, Ángel Della Valle expuso en una vidriera de la calle Florida su cuadro *La vuelta del malón* en el que se ve un grupo de indios a la cabeza del cual viene uno cargado con una mujer cautiva, sobre un fondo de fuego y humo. El cuadro es un poco teatral, los caballos son excesivamente corceles para ser “callejeros” de indio; pero el cuadro posee vigor y es patético. El mismo pintor compuso *Boleando avestruces*, *Patrulla en la Pampa*, *Incendio en la pampa*.

Fray Mocho, en carta fechada en 1894, habla de una visita hecha al estudio del pintor, y opina:

“Della Valle es el pintor de la pampa y de las cosas de nuestra tierra. De su paleta brota la llanura con sus encantos incomprensibles para el que no nació en ella, con una verdad tal, con un colorido tan exacto, que sus telas puede decirse que son vivas. En ella se puede estudiar, como en la naturaleza, el indio, el gaucho, el lancho, los caballos criollos, tan llenos de peculiaridades, los perros de tolderías o de estancia, cada uno con su carácter propio, los bañados interminables y monótonos de donde nace débil e ignorado un arroyo que parece morirá a la otra cuadra y que, sin embargo, retorciéndose con pereza, cruza centenares de leguas de un tirón. Estos arroyos de la pampa argentina, modestos, sin apariencia, pero de tanto aguante, son la mejor representación de nuestro carácter nacional y parece que Della Valle, dado el cariño con que los trata, el estudio prolijo que ha hecho de ellos, así lo hubiese comprendido...

*La vuelta del malón* es una página de la historia íntima de nuestra patria, una verdadera fotografía de aquellas escenas sangrientas que aún contadas entristecen, un episodio de aquella lucha feroz entre la civilización y la barbarie en las orillas del Plata. Aquellos indios musculosos, de fisonomías duras, como tallados a cuchillo en una raíz de caldén, son verdaderamente los señores del desierto, aquellos que con su lanza y sus boleadoras detuvieron durante medio siglo la civilización que avanzaba.

Allá va en grupo sobre la pampa desolada, orillando un bañado, en busca del vado secreto que les permitirá llegar con sus presas a la toltería lejana. Los caballos como desbocados, van con la crin al viento corriendo a su albedrío: los jinetes llevan los ojos fijos en la parte del botín que les ha correspondido; uno lleva una mujer desmayada, otro un ornamento de iglesia, otro revolea el incensario de plata labrada, ofrenda piadosa de alguna alma sencilla, otros cuidan el arreo de haciendas que hará las delicias de las chinas y de los viejos que quedaron en el aduar solitario. ¡Cuánta melancolía, cuánto sentimiento de tristeza hay en aquel cuadro de desolación! ¡Con cuánta pena se mira aquel fortín que queda ardiendo a la distancia, con cuánta

amargura se piensa en el porvenir de aquella cautiva que vuela sobre la pampa en brazos del capitanejo que la lleva como el mejor tesoro que pudiera haberle deparado la suerte! Esa gran tela de Della Valle tiene un verdadero mérito”.

Otros “pintores de la pampa”, como se llamó a aquel heroico grupo de precursores, florecido entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, son Eduardo Sívori (*Carretas, Tropas de carretas, La pampa de Olavarría, A la querencia*); Martín Malharro, colorista audaz que también fue ilustrador de algunos libros de Zeballos, por ejemplo; el escultor Lucio Correa Morales, autor de *La Cautiva*, una mujer con la mirada en el horizonte, ceñuda, fija en los recuerdos, y apretando dos hijos indios, su presente. También tiene un grupo de *Indios Onas*. Estos artistas poseen el mérito de haber tenido que estudiar en Europa –Italia–, pero al volver buscan temas autóctonos para sus obras.

Posteriores a ese grupo iniciador: Ballerini, Giúdice, Bouchet, Collivadino, Ripamonte, de la Cárcova.

Anterior a todos ellos es el pintor y litógrafo brasileño de origen y francés de educación, Juan León Palliere, llegado al Plata en 1858. Aquí publicó *Album de vistas y costumbres argentinas*, algunas de las cuales –*La Posta, Campamento de carretas tucumanas*– presentan gran captación del medio. Sus indios, no pocas veces, pecan de convencionales.

Entre los ilustradores, cabe citar a Carlos Clérice, francés de origen que, bajo la dirección de Hernández mismo, ilustró de veraces estampas la primera edición de Martín Fierro. Carlos Clérice, tanto se había sabido acrioyar en su vida por estancias y pueblos de la frontera que Hernández, en 1879, en el prólogo de *La Vuelta de Martín Fierro*, lo elogia: “Las láminas han sido dibujadas por Carlos Clérice, artista compatriota que llegará a ser notable, porque tiene escuela, sentimiento artístico y amor al trabajo”... (Clérice había llegado a Buenos Aires en 1865).

Otro francés también ilustrador fue Alfredo París. En 1900, en la Exposición Continental, expuso un cuadro de amplias proporciones: *Al través de la pampa* –que el público llamó *La Conquista del Río Negro*. Alfredo París ilustró el libro *La Pampa* de Alfredo Ebelot: hay allí indios, gauchos, milicos y caballos fieles a la verdad. También ilustró *Painé o la Dinastía de los zorros* de Estanislao Zeballos, y los libros del poeta uruguayo Antonio Lussich: *Los tres gauchos orientales, El matrero Luciano Santos, El rubio Pichinango, Cantalicio Quirós y Misterio Castro en el Club Uruguay*.

El cuadro de Blanes obtuvo un caluroso eco de prensa y público –Ángel Floro Costa lo anunció con un folleto, antes de exhibirse. He aquí la descripción de esa tela de siete metros por tres y medio de ancho:

“Bajo el cielo celeste blanquecino de una mañana de mayo, sobre un piso llano, arenoso, sembrado de matas de pasto duro y glauco, se destaca en primer plano un grupo de veintidós jefes a caballo y espada al hombro, ocupando el centro y al frente el general Roca. A la derecha, en segundo plano, un grupo de oficiales, marinos de guerra y miembros de la comisión científica que integraban el cuerpo ex-

pedicionario. A la izquierda un grupo de cautivos y de indios, junto al cura provisor doctor Espinosa. Al fondo está tendido el ejército, que se destaca sobre las lejanías del Río Negro y los montes de la isla de Choele-Choel.

“Parece imposible que haya aún algo más en esta tela, pero, sin embargo, queda por mencionar una nota imprescindible en el cuadro para completar su valor local: En primer plano destaca un perro, el inseparable compañero de nuestros batallones, que el maestro uruguayo ha trazado con verdadero amor y no como simple accesorio para llenar un hueco”.

El cuadro de Blanes se halla en el Museo Histórico Nacional.

\* \* \*

La rivalidad entre indios chilenos y argentinos, o sea nacidos en Chile y Argentina, existió siempre. El mapuche –autóctono hijo de la tierra– nacido al oriente de los Andes, miraba con prevención las invasiones llegadas del occidente, esos aucás –rebeldes– que, buscando horizontes a su libertad y empujados por la estrechez económica de su tierra, se lanzaban a las ricas praderas y frondosos bosques pampeanos tan llenos de recursos. La aventura de aquellos bravos aucás terminaba en malones. Esta rivalidad no impidió que el mapuche de la Argentina recibiera, y aún solicitara el refuerzo que de allende los Andes le venía para enfrentar al huinca de su país, dueño de vacas y caballos.

Calfucurá fue mirado siempre por Sayhueque como un extranjero, a pesar de que él, luego de su triunfo sobre los vorogas establecidos en Masallé, combatió a los vorogas chilenos que invadieron Buenos Aires y que Calfucurá le envió un refuerzo para que luchara contra Ñum y Neculman, dos caciques araucanos invasores de Neuquén. Pincén, ya preso, dijo que se separó de Calfucurá porque él, Pincén, es “indio argentino y Calfucurá era vorogana de Chile, usurpador de nuestra tierra”... Sayhueque, en 1879, devolvió a un coronel chileno dos banderas que éste le enviaba diciendo que era argentino.

Para Sayhueque, Namuncurá, el heredero de Calfucurá, siempre fue un “indio chileno”. Sin embargo, Namuncurá se preciaba de ser argentino, de haber nacido en Salinas Grandes. Entre los reproches que le hace Alsina, después de los maloqueos de 1875, es haberse unido él, Pincén y Catriel con “indios extranjeros” para robar en campos argentinos. Los Catriel, astutamente, siempre hicieron valer sus méritos de argentinos y sus guerras contra los invasores araucanos ante el Gobierno de Buenos Aires.

Francisco Moreno, Estanislao Zeballos, Félix San Martín que desde 1879 en adelante trataron indios pampas y tehuelches, señalan cómo ellos hacen sonar su título de argentinos, ya sea para afirmar su fidelidad o para pedir aumento en las dádivas que recibían. ¿Hasta dónde era sincero su patriotismo? Siempre el indio miró como enemigo al cristiano y en esto no hizo más que responder a la actitud secular de éste. Por boca de Martín Fierro con su desprecio y odio al indio, habla

el hombre de pueblo de las campañas argentinas. Por la historia —una historia de agresiones y del violación a lo pactado— habla la clase dirigente y gobernante desde la colonia virreynal a 1885.

En Pichi-Huinca y Tripailao, argentino aquél y araucano éste, caciques ambos sobrevivientes a la devastación llevada a sus tribus después de 1880 subsiste el odio entre indios chilenos y argentinos; no pocas veces fue este odio fomentado por los militares argentinos que halagaban su vanidad a fin de obtener su ayuda como baquianos.

Habla Pichi-Huinca (Cristiano Chico) de su enemigo Tripailao (un araucano que sirvió a Paunero y Levalle):

“Tripailao indio chileno malo. No me querer a mí, porque pelian con él en la Salina, años muchos. Yo siempre fiel a Don Gobierno, general Campo conoce a mí, sí; general Levaye, ese barba grande, ¡lindo general Levaye! Conoce mucho. Yo y mi gente pelian siempre contra indio malo”.

Pichi-Huinca y su gente —treinta lanceros, saldo de su tribu— se dejaban crecer barba y bigote, como demostración de argentinismo, pues Tripailao y los suyos se seguían depilando, según la costumbre araucana.

Dato curioso: En el combate librado el 12 de marzo de 1876, “Las Horquetas del Sauce”, los indios que pelearon contra las fuerzas del coronel Salvador Maldonado y los indios amigos de la tribu de Pichi-Huinca, llevaban un estandarte azul y blanco, enseña de su argentinismo. Eran indios llegados del fondo de las pampas. Así lo hace constar el parte del coronel Maldonado: “Las indiadas como siempre batiéronse con comportamiento heroico”. La fusilería desmontó jinetes que llegaban a cincuenta varas de la tropa. El estandarte quedó en poder de los vencedores. ¿Se sentirían argentinos, acaso, estos indígenas que, enarbolando los colores argentinos, peleaban contra los soldados argentinos? ¿Era sólo una argucia de Namuncurá?...

\* \* \*

Los indios de la Patagonia, habitantes de la región de las manzanas, y a quienes se llamó vulgarmente “manzaneros”, han sido descriptos por sus visitantes: Musters (1870), Bejarano (1872), Moreno (1875). Este último, Pancho Moreno, cayó en sus manos el año 1879. ¿De qué lo acusaban los subditos de Valentín Sayhueque, cacique de los manzaneros?: de brujo. El doctor Francisco P. Moreno, o sea “Cuatro ojos” para los indios, cometía el delito de usar anteojos. ¿Para qué llevaría cuatro ojos este brujo sino para ver dentro de los demás? Habían sucedido cosas malas desde que este huinca “cuatro ojos” andaba por la región cazando víboras, sapos y otros animales, recogiendo piedras y plantas, metiéndolo todo en botellas y papeles, entrando en las tumbas y llevándose esqueletos de mapuches a “Fthal Varia” (Buenos Aires). Este enviado de “Don Gobierno” debía morir. Su sangre lavaría de maleficios a los indígenas. ¿Por qué utiliza cuatro ojos? —gritaba el cacique Chacayal— “para ver más de lo que es bueno ver”... Además, el “cuatro ojos” llevaba consigo la calavera del gran Catriel que había sacado de su tumba en el Azul.

También, otra vez que estuvo preso escapó de la “ruca” transformándose en ave de rapiña. ¡Debe morir! –grita con Chacayal la turba enardecida. Sayhueque se resiste a ejecutarlo. El general Villegas tiene presos a varios indios de su tribu que asaltaron una tropa de carros. Se les dio tormento para que hablaran, sin conseguirlo. Se les descoyuntó entre las estacas; algunos murieron, otros quedaron inútiles, a los demás se les envió a Martín García y de aquí a servir seis años en los buques de guerra... Sayhueque intenta trocar el brujo “cuatro ojos” por sus hombres...

El doctor Moreno, brujo o sabio, un día escapó de la vigilancia de los manzanos. Lo hallaron a pie, haraposo, desfalleciente, dispuesto a escribir su aventura y a continuar buscando bichos y profanando tumbas indias.

\* \* \*

Sarmiento en su *Facundo* hace una observación acerca del hombre y el medio y de cómo éste provoca en aquél reacciones semejantes. Cómo en igualdad de condiciones, los seres humanos al parecer más dispares, pobladores de regiones las más remotas, obran de igual manera. Escribe Sarmiento: “Hay que notar de paso un hecho que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelven a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica porqué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocación geográfica”... (Los tuvo el indio pampa, pero los abandonó al hacerse jinete, es decir, que el medio –el caballo– provocó en él la invención de la chuzza, arma apropiada).

Describe después Sarmiento, las agucias de que se valen los protagonistas de *El último de los mohicanos*, la novela de Fennimore Cooper, para vencer dificultades de rastreo, salvarse de un incendio de campo, atravesar un río y otras, semejantes a las usadas por gauchos e indios en las pampas.

“En fin, mil otros accidentes que omito –continúa Sarmiento– prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo, traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razón de hallar en Fennimore Cooper descripciones de usos y costumbres que parecen plagiados de la pampa; así, hallamos en los hábitos pastoriles de América reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y la hospitalidad de los árabes.”

Leyendo libros norteamericanos en donde se narra la lucha de los “pioneers” contra los indios pieles rojas, se reproducen modos de lucha y escenas de lo ocurrido en las fronteras pampeanas. (Y también los abusos, la crueldad y la infidelidad a los convenios del civilizado). En uno de esos libros, hallo que un pueblo cuyos hombres han partido para otro lugar, al verse amenazado por los indios, encuentra el recurso de vestir a sus mujeres de hombres, y armarlas. Los indios engañados, no se atrevieron a atacar. Algo muy semejante de lo que ocurrió en las fronteras pampeanas en algunos

fortines sin soldados. Sus mujeres vestían ropas de hombre, y hacían sonar el cañón para mantener lejos a los indios. Aunque en más de una oportunidad también pelearon y alguna de esas heroicas “chinas”, peleando, obtuvo jinetas de cabo y sargento.

\* \* \*

El número total de indígenas aún existentes en la República Argentina no ha sido calculado con exactitud. Doscientos mil dice una estadística, ciento treinta mil, dice otra. En la región norteña es donde sobreviven más indígenas puros. (Tobas, matacos, chiriguano, guaycurúes). En el sur hay restos de araucanos y tehuelches, distribuidos desde Buenos Aires a Santa Cruz. Viven ya dispersos en familias o en pequeñas tribus y colonias o en torno a misiones religiosas católicas y protestantes. En el norte, los indígenas trabajan en la recolección de caña de azúcar o de algodón; en el sur, ya de peones en las chacras o cuidadores de ovejas. De vez en cuando, acosados por los abusos, desde el Chaco llega la noticia de una sublevación de indios que, pobres, sin armas, son prestamente subyugados. En la memoria de todos está la peregrinación de coyas —calchaquíes— llegados del noroeste pidiendo tierras. Fue en el primer gobierno del general Perón. Se les hizo un ruidoso recibimiento y la policía terminó echándolos a empujones en un tren para que se volvieran como civilizados —y pronto!— los que, lentamente, en caballos o a pie, habían venido a la capital como representantes de la tradición autóctona.

La mayoría de los indígenas sobrevivientes son mansos y quieren incorporarse a la civilización. Se precisa darles seguridad sobre las tierras que habitan, crear escuelas donde se les enseñe oficios y se les dé nociones de la moderna agricultura, facilitarles semillas y herramientas para sus trabajos agrícolas, además de la cultura imprescindible para arrancarlos del analfabetismo y el alcoholismo.

Si se tiene en cuenta los mestizos cuya condición social, económica y cultural no es muy superior a la del indígena puro, puede decirse que hay medio millón de seres humanos en la Argentina que podrían ser incorporados a la vida laboriosa, útil para la comunidad.

\* \* \*

Allá por el 1900, el general Roca se apersonó al Ministro de Agricultura para informarse del expediente de un indio, José Torres, que había sido baquiano suyo cuando la expedición al desierto. Y encareció al empleado Edgardo Amaral, que es quien narra la anécdota, apresurar su despacho. Roca agregó: “Porque usted sabe, los indios son, en realidad, los verdaderos dueños de la tierra”...

Amaral comentaba:

—Tentado estuve de decirle: “Entonces, ¿por qué los despojaron?...”

\* \* \*

Datos y etimologías:

“Tehuelche” es palabra araucana. Aglutinamiento de “Tuéhuilliche” que significa “Gente de tierras del sur”. Es el nombre que los pampas araucanos daban a los indios de la Patagonia.

“Curumalán”: Debe ser “curamalal” de cura: piedra y “malal”: cerco. “Cerco de piedra”. En esa sierra, antiguamente punto de reunión de los malones para repartirse la hacienda raptada, se verificaron en 1896 las maniobras de la primera conscripción del ejército argentino.

“Leubucó” (Leuvu-Có): Laguna y pueblo en el actual partido de Adolfo Alsina (Provincia de Buenos Aires). Quiere decir: “Agua que corre”. Está situada esa laguna próxima a un camino, antigua rastrillada (o “camino chileno”). Dato importante para los indios viajeros. Este paraje es otro que el situado en La Pampa, antigua capital de los ranqueles.

“Masallé”: Lugar donde Calfucurá derrotó a los vorogas al establecerse en las pampas. Quiere decir: “Ser de los curanderos”. Viene de “Machi” v “lié”. Allí se reunían los “machi” (curanderos, adivinos) para evocar a los muertos de la raza.

“Paragüil” (en realidad: Cara-güil). “Lugar estratégico del sur”, pues allí convergían muchas rastrilladas. El 3 de enero de 1876 tuvo lugar en ese punto una de las más sangrientas batallas. Después de la de San Carlos, fue la que decidió la derrota del indio.

“Neuquén” (quizás “Neuhén” o “Neuquén”) significa, “fuerte”, “impetuoso”, “correntoso”, “violento”. El coronel García, en 1810, cuando su viaje a las salinas, encontró un cacique anciano que se llamaba “Neuquén”.

“Calfucurá”: lleva este nombre, recordando al cacique, una estación del Ferrocarril del Sur en el Partido de Mar Chiquita. Lo lleva también un río en La Pampa.

Atuel: Donde hay quejidos.

Guaminí: Penachos de maíz.

Limay: Peñascos.

Nahuel-Huapí: Isla del tigre.

Trenque-Lauquen: Laguna que se hiela.

Urre-Lauquen: Laguna de las brumas.

Vota-ló: Médano Grande. (Es el lugar conocido con el nombre de “Ita-ló”).

No es tarea fácil encontrar la etimología de muchos nombres. Algunos, como Federico Barbará, Estanislao Zeballos, Manuel Olascoaga, Félix San Martín o Eliseo A. Tello, dan orígenes distintos. He aquí por ejemplo, lo que ocurre con la palabra “Chascomús”: Según Barbará, viene de “Chadi Comú”: agua salada; según Zeballos, de “Chagh Conman”: campo de lagunas. Esta información aprueban indios chadiches hablando con Tello, en tanto que indios ranculches, al mismo investigador, le dicen que Chascomús viene de Cha-Co-Mú y quiere decir: Grandes aguadas de poco provecho. Barbará informa: Chascomús: viene de “Chas” –chasi o chadi–: Sal, “co”: agua y “men”: remolino o torbellino o cosa revuelta, mezclada. De aquí que Chascomús

sería: agua salada y dulce, o sea: “Entre aguas salobres”. Rómulo D. Carbia, a su vez, tesis que no acepta Tello, niega el origen araucano de la palabra “Chascomús” al que adjudica una procedencia anterior a la inmigración de araucanos en las pampas.

“El araucano—dice Larsen— parece una lengua de conquistadores. Su carácter eminentemente aglutinativo, su fonología tan libre de complicación, su flexibilidad y aptitud para formar compuestos, la situación fija de sus partículas, y la asombrosa fecundidad de sus raíces, que se trasladan inalterables en cualquier función que desempeñen en la gramática, hacen del araucano un idioma singular entre todos por su extraordinaria facilidad”.

## ILUMINACIONES

### GUIARRA

*Abrazado a tu cintura,  
solo estoy, ¡qué voy a hacer!  
tu cintura me figura  
que es cintura de mujer.*

*Guitarra, mi canto al viento,  
va cantando a una mujer,  
si en vez de canto es lamento...  
Solo estoy, ¡qué voy a hacer!*

### EL CONTADOR DE CUENTOS

El fogón tiene sus leyes: El primer mate —“el mate de los sonso”, del que trabaja— es para el cebador. Es un mate feo. Se escupe.

El segundo mate es para el sargento o el cabo que está en la rueda, (Hasta en el fogón hay que respetar la disciplina).

El tercer mate le corresponde al contador de cuentos. ¡Este sí el cebador lo entrega con gusto! El contador de cuentos —como el cantor o el guitarrero— es un ser privilegiado. A él no pueden faltarle “vicios”. Tabaco, yerba, un trago, hay siempre quien los tiene para el contador de cuentos. Es verdad que alguien hay tan crudo que, al darle su último cigarrillo o lo que le queda del porrón, es capaz de advertirle, ¡todavía!:

—Pero esta noche va a contar algo, ¿eh?

El contador de cuentos le devuelve el porrón vacío o enciende el cigarrillo y, sin responderle, sin mirarlo, se aleja.

¡Bah! ¿Acaso él, contando cuentos, no da más de cuanto pudieran darle?

### DESERTOR

*¿De dónde esa voz me viene  
que no cesa de llamar?*

*Que es voz de mujer diría,  
querendona y musical.*

*Tengo armas, tengo caballo,  
La voz llamándome está;  
varón sería muy maula  
si no respondiese: ¡Va!...  
¡Bien vale al fin cuatro tiros  
la libertad!*

#### FOGÓN I

*El tronco de algarrobo ardiendo al raso.  
—una estrella más baja que las otras—  
Mate y conversación, guitarra y canto:*

*“El pobre se encuentra, ¡ay juna!,  
tan sólo como el cardón,  
de noche no tiene luna,  
de día le pega el sol”.*

#### II

*El tronco de algarrobo ya es ceniza:  
—mate y conversación, guitarra y canto—  
las estrellas se duermen con el día:*

*“El que se entona de guapo  
y en la guerra se hace atrás,  
es poncho de poco trapo  
con puro fleco no más”.*

#### LA HISTORIA EN VERSO

*Leguas y polvo. Polvo y viento y frío.  
Van tres días a mate, sólo a mate.  
Y tres noches al raso, viento y polvo.  
Hosca la tierra, gris el cielo y hambre...  
A la luz de las brasas compañeras,  
un oficial garabateando el parte:  
“No hay un crioyo que afloje en la patriada,  
mientras tengamos mate”.*

CUATRERO

*Esas vacas y esos potros,  
dicen que tienen patrón,  
que es el dueño de la tierra  
de todo dueño y señor.*

*Esos potros y esas vacas,  
digo que de nadie son,  
son del que sepa bolearlos,  
son del que tenga un facón.*

*Que el patrón y el juez no opinan,  
dicen, como opino yo;  
pero algunos opinamos distinto  
al juez y al patrón.*

*Si el avestruz y el peludo,  
míos y de todos son,  
¿por qué las vacas y potros  
han de poseer señor?*

*Cuero y carne tienen ellos,  
hambre y frío tengo yo;  
todo es asunto de armas,  
de picardía y valor.*

MATE Y CONVERSACIÓN

Luzmala –sobrenombre del cabo Efulgencio Bustos– siempre tenía un cuento para hacer más sabrosa la yerba sosa que enviaba la Proveduría o el asado duro que se procuraban los milicos boleando avestruces o cazando viscachas. Allí donde estuviera el cabo Luzmala, el fogón le pertenecía. Narrador picaresco, sus historias eran recibidas con singular satisfacción por aquellos hombres que entre vencer a una naturaleza desconocida y en perseguir indios ligeros y bravos, ya tenían para no olvidar que la vida es un drama.

Ahora, entre mate y mate, Luzmala cuenta la historia de Purrán, una historia verdadera. Este Purrán, cacique neuquino, fue tomado prisionero en Lonquimay, y enviado a la isla Martín García, confinado. ¡Cómo suspiraría el cacique por sus bellas montañas, sus tormentosos ríos, sus lagos, su frío saludable de Neuquén, hundido en aquella isla húmeda, mirando el enorme charco barroso que la rodea! ¿Pero cómo escapar de allí? Nadando no era posible. A Purrán no le faltaron alas, ya que sus brazos y piernas no eran suficientes para cruzar los cientos y cientos de kilómetros que lo

separaban de su amantísimo y suspirado Neuquén. El viejo Purrán poseía alas de imaginación. Y un crédulo siempre se halla a tiro de lengua. El crédulo fue un coronel...

—Prefiero no recordar su nombre —advierte Luzmala—, porque me duele, créanme, soldados, me duele como cabo del ejército argentino que un coronel de la Nación, se haya dejado fumar así por un indio...

Hecho el paréntesis, Luzmala sigue narrando:

El cacique Purrán, en las largas noches de su cautiverio, se dio a conversar con un milico, un cabo, un sargento, un oficial, otro oficial, y a contarles su secreto magnífico. Éste: allá en Neuquén, al pie de una sierra, en un bosquecillo de algarrobos, él poseía un “tapado” por otros nombres “farol” o “entierro” o “guaca”, es decir, un tesoro escondido. Esto de los tesoros, ya sea pertenecientes a los españoles ricos que huían durante la guerra de la Independencia o de los indios que huyeron de los conquistadores, fue siempre un venero de leyendas populares. De Jujuy al litoral, de la montaña a la selva, la historia de misteriosos “tapados” o “faroles” o “entierros” o “guacas”, custodiados a veces por monstruos, por gigantes o por serpientes, había calentado muchas imaginaciones cándidas y encendido la lumbre de muchas codicias. No es raro así que este milico, ese cabo, aquel sargento y dos o tres oficiales creyeran el cuento del tesoro escondido por Purrán, cacique del lejano e ignoto Neuquén.

Al fin lo supo un coronel, hermano de un general, hombre éste con gran influencia en el Gobierno y la política. El coronel, ¿por qué no había de creer el cuento del tesoro? Llamó al Cacique, oyó de éste la linda historia, se dejó seducir por su promesa de que si lo llevaba allá, la mitad del tesoro... ¡Y qué tesoro, qué barras de plata, qué pepitas de oro, qué rutilantes piedras preciosas, qué objetos algunos pertenecientes a viejos caciques, quitados a los Incas del Perú cuando éstos invadieron el país trasandino, antes de la llegada de los españoles!... La imaginación del coronel se encendió al contacto de la del cacique Purrán; las jamás apagadas cenizas de su codicioso corazón humano volvieron a lanzar llamas... Habló a su hermano el general, hombre influyente en el Gobierno, político de peso... El cacique Purrán, mediante su intervención, fue conducido nuevamente a su hermoso Neuquén, a ver sus bellas montañas, a gustar la deleitosa agua de sus limpios lagos, a oír la sinfonía de sus tormentosos ríos, a respirar el puro aire gélido de aquellas regiones privilegiadas... Y a correr por sus valles, a subir sus serranías, a perderse en sus bosques. Tanto se dio a gozar la naturaleza de su natal Neuquén el cacique Purrán que, una noche, burlando la vigilancia de los guardianes, encargados por el coronel de conducirlo, bien custodiado, al sitio en que yacía el tesoro...

—¿Dónde está el cacique Purrán?, se andará preguntando el coronel de Martín García —terminó su historia verdadera Luzmala—. ¿Dónde está su tesoro? Purrán desapareció una noche. Dicen que se internó en la cordillera de los Andes, que él conocía desde niño, hasta donde no llegaba la influencia del coronel, ni la de su hermano el general... —Creo que a todos ustedes, soldados, les será simpático ese ladino Purrán que engaña a un jefe codicioso, no para robarlo, sino para conseguir

su libertad. Les será simpático aunque Purrán sea un indio diablo y el burlado coronel, un compatriota nuestro, coronel de la Nación...

COPLAS PARA EL FOGÓN

*El fogón es alegre por excelencia.*

HERNÁNDEZ

*Amigos, soy payador,  
¡desearme buena suerte!,  
que canta por mí el Amor  
y mi adversario es la Muerte.*

*Amor atropellador,  
amor de valiente es ciego;  
el amor de los cobardes,  
un amor que duda, es tuerto.*

*Mi daga afilo en la piedra,  
que afila el canto a la vez,  
en la piedra de un recuerdo,  
un recuerdo de mujer.*

*Cantor no es ese que llora,  
ese que llora de amor;  
cantor es el que, cantando,  
cantando oculta el dolor.*

*Amor es bebida fuerte,  
hay que beberla con tino;  
yo a la mujer de mi suerte  
beso a beso me la empino.*

*No me asustan con historias  
de cautiverio entre indios,  
si yo me hallo en unos ojos  
—¡vieran qué ojos!— cautivo.*

*De las fieras tolderías  
espera escapar el preso; yo,  
feliz y desdichado,  
ni lo espero ni lo quiero.*

*Llorando, llorando intentas  
consolar la pena mía...  
¡Esto es secarme las lágrimas  
con un puñado de ortigas!*

*Por bombachas o polleras,  
me fui la vida jugando;  
por quieras o no me quieras  
aquí me tienes penando.*

*Ella me llama “te quiero”  
y yo la llamo lo mismo;  
quererse así como hermanos,  
sin ser hermanos... ¡Es lindo!*

*En las cosas del querer  
y del deber todo es maña;  
¡pero la caña es mujer  
y también la caña engaña!*

*Árbol es tu amor me juras,  
árbol firme del desierto;  
tu amor es firme como árbol  
en día de mucho viento.*

*De la noche a la mañana,  
sin saber qué ocurre por...  
¡Por la cabeza liviana  
zumbando me anda el amor!*

*Tu amor es agua que saco  
de una laguna salada:  
engañar la sed un poco  
y ver aumentar las ganas.*

*Dicen que es linda tu alma,  
yo sólo he visto tu cuerpo;  
yo, besando la botella,  
beso lo que tiene adentro.*

*Para luz la de tus ojos,  
la vi y quedé pestañeando:  
con un cigarro encendido  
se prende un pucho apagado.*

*¡Lindo es tener buen caballo,  
lindo es tener dulce prenda,  
lindo es tener su palabra  
de mujer, y creer en ella!*

*Triste, muy triste levanta  
mi vihuela su cantar,  
que a cantar amor enseña  
y amor enseña a llorar.*

*Lo más tremendo es cantar  
de los labios para afuera,  
molido estoy de penar  
y canto la noche entera.*

UN VALIENTE

- ¿Un valiente?... Un valiente es el que desprecia a la vida.  
—No.  
—Un valiente es el que está dispuesto a morir.  
—No.  
—¿No?... ¿Qué es para usted un valiente, entonces?  
—Un valiente es el que desea vivir; pero también es capaz de saber morir.

LA HISTORIA EN VERSO

*Voy a contarles la historia  
del indio Curumpanila.  
Era un baquiano ladino,  
ojos que todo veían,  
lengua que todo contaba,  
ninguno más que él sabía.  
Un chajá le dio los ojos,  
la lengua le dio una víbora,  
baquiano que hasta aguas dulces  
hallaba en una salina.  
Cierta vez así lo quiso,  
su mala suerte zorrina,*

*los indios se apoderaron  
del indio Curumpanila,  
y le cortaron la lengua,  
la lengua que hablaba pícara,  
y le sacaron los ojos,  
los ojos que todo veían,  
y el corazón le arrancaron  
por traidor a su familia.  
Y los indios rencorosos,  
los ojos con que veía  
y la lengua con que hablaba  
el traidor Curumpanila,  
rencorosos se comieron  
para que allá, en la otra vida,  
ni ver y ni hablar pudiera  
el traidor Curumpanila.  
Si hicieron bien lo que hicieron  
yo decirlo no podría.  
Fue servidor del cristiano,  
si traidor, ustedes digan...  
Yo sólo cuento su historia,  
que es verdad lo juraría.*

DE HOMBRE A HOMBRE

—He oído decir, soldado, que usted piensa desertar. Usted lo ha dicho, ¿eh?  
¿Es cierto?

El soldado mira al comandante. Es el comandante Saturnino Undabarrena, un bravo, sus propios soldados lo admiran sólo por bravo. Es un comandante como hubo demasiados entonces, más lanza que estrategia, más gauchos que militares.

El comandante repite la pregunta porque el soldado calla.

—¿Es cierto? ¿Piensa desertar?

El soldado, escurridizo, responde;

—¡Vaya uno a saber!...

Y calla.

El comandante insiste, pero desde otro ángulo de su interrogatorio:

—Supóngase que yo no soy el comandante y usted no es un soldado. Dígame, Aureliano Leiva, de hombre a hombre: ¿justé ha dicho que va a desertar?

—Sí.

—¿Y por qué va a desertar?

—Y... Ya estoy cansado. Después, allá dejé tres cachorros y dejé una mujer que me sigue gustando más que las chinas de las tolderías... ¡Deje cosas allá!...

—¿Y la patria?

—¿Qué?

—¡La Patria lo necesita aquí!

—¿La Patria?

El soldado hace un gesto ambiguo. El comandante comprende. La Patria es un concepto que pasa por encima de su cabezota, que la luz de sus ojos no bolean. Y le habla más bajo, le habla al corazón, le habla al corazón valiente.

—¿Usted me cree un maula a mí?

—¿A usted, el comandante Undabarrena? ¡Voy a creerlo maula a usted!

—Porque sólo a un jefe cobarde se le deben desertar los soldados. ¡Entonces, sí! ¡Si el jefe es maula! Si el ministro Alsina fuese un cobarde, ¡yo también desertaba! Pero sé que es un valiente, ¡aquí estoy!

Calla. Mira al soldado que también calla.

Dice éste:

—Está bien.

—¿Qué?

—¡Que no voy a desertar, pues! —responde el soldado, arrogante; pero agrega, ahora ya no mirando a los ojos del jefe, sino a lo lejos, a un rincón de la pampa libre—: No voy a desertar mientras sea usted el comandante...

DESPUÉS

*Pasó los meses, los años,  
de la llanura a los Andes...  
Y aquí llegó veterano.*

*Siempre a caballo, avanzando.  
Para él ni hambres ni fríos,  
ni tristezas, ni cansancios.  
Siempre avanzando, a caballo.  
Por toda ternura, el poncho;  
por toda cama, el recado.*

*Duro, firme, temerario,  
todo lo pasó, tan simple  
como quien se empina un trago.*

*Quizá el trago un poco amargo:  
peligros, heridas, muertes...  
Todo lo olvidó peleando.*

*Después: una cruz de palo  
en una tumba sin nombre,  
tirada allá, entre los pastos.*

*Después: con un manotazo  
el viento tiró al olvido  
todo, hasta la cruz de palo.*

MATE Y CONVERSACIÓN

—¿Sabe lo que me han dicho, cabo?

—¿Qué?

—Que ese Martín Fierro de quien usted nos leyó la vida anoche, no existió nunca, que son historias nada más, invenciones de un pueblerero.

—¡Si yo conocí al hombre que escribió esa historia! Vive todavía. Se llama don José Hernández.

—¿Y él le dijo que existió Martín Fierro?

—Que existió no me dijo, pero si don José Hernández escribió su vida es porque lo conoció, ¡pues! ¿Cree que un hombre tan crioyazo como don Hernández va a mentir de modo tan feo?...

CANTOR DE ESQUINAS

*Mi pierna ha quedado lejos,  
la helada se la comió,  
¡perro rabioso la helada!...  
¡Pero a mí me respetó!*

*Con mi guitarra y un canto,  
si ayer con lanza y facón,  
de una esquina en otra esquina,  
cantando a la vida voy.*

*Tuve lo mismo que otros  
mi legua de campo flor,  
un doctor no sé qué hizo,  
y hoy mi legua es del doctor.*

*¿Que nada me queda ahora?  
¿Que nada me queda? ¡No!  
¡Si me quedan los recuerdos,  
la guitarra y la canción!*

*La canción y la guitarra,  
¡ya me ha olvidado el amor!,  
dando van para las copas...  
¡Los hay con menos que yo!*

LA HISTORIA EN VERSO

*Se previene al ejército que  
para hoy no hay racionamiento.  
"Orden General"*

*Redobla el tambor. "La Orden",  
tropezando, lee un sargento...  
No hubo esa noche comida,  
¡pero esa noche hubo baile!  
¿Qué?... ¿La alegría no nutre?  
¿Qué?... ¿No embriagan las mujeres?  
¿No hay ni churrascos, ni hay vino?:  
¡Hay música, hay baile, hay besos!  
¿Qué?... ¿La música no nutre?  
¿Qué?... ¿Los besos no emborrachan?  
Con baile, besos y música,  
¿para qué racionamiento?...  
No hay hambre que no se olvide,  
no hay pesar que no se asuste,  
con baile, música y besos.  
La mujer alegra siempre,  
aunque comida no haya:  
No hubo comida esa noche,  
¡pero esa noche hubo baile!*

RESPUESTA

Son tres hombres. Un arcabuz de chispa, una carabina fulminante y un rémington. Todas las edades en armas y hombres. El del arcabuz es un viejo, el del rémington un joven. La carabina está en manos de un niño, un moreno que sabe quizás lo que le aguarda si cae prisionero... El niño ya ha cargado la carabina. Y un niño dispuesto a pelear también es un hombre. Son tres hombres para defender la estancia. Entre la boca de sus armas y las cien chuzas, amenazantes, el foso. Nada más. Pincén manda las chuzas. Pincén es un nombre que escalofría. No se oye sin sentir que los nervios existen. ¡Pincén! Pincén es sinónimo de horror y muerte. Se adelanta con su ladino, soslaya el bruto, y ofrece:

—Si se rinden...

El mozo mira al viejo. El mozo, ansia vivir. Si se rinden, quizás...

El viejo señala al niño moreno:

—¿Y éste?

¡Verdad! El niño moreno será quemado, para él no habrá perdón. El indio cree que el cristiano hace pólvora con los morenos, Y los odia.

El mozo comprende. No duda. Empuñando su rémington, responde:

—¿Rendirnos? ¡Vayan a tapar la luna con un cuero!

Y dispara el rémington.

Cien gargantas de indio, cien gargantas de bronce sonoro, estridentes, levantan un solo alarido de rabia.

#### BAQUIANO

Es ya la última campaña contra los indios. Estos sólo huyen. El rémington hace estragos. La mas potente boleadora no alcanza a cincuenta metros, una bala de rémington tumba jinetes a varios centenares de metros. Se buscan indios como se pudiera buscar ñanduces, gamas o guanacos, un afán de caza: “Proseguimos en marcha —escribe un cronista de diario—. ¡Y nada! Ni un solo indio. Había algunos que se desesperaban, y creían ver indios en cada accidente del terreno.”

De repente, ¡oh placer!, se divisó a lo lejos una polvareda que se alzaba a nuestro frente...

—¿Una polvareda? ¡Son indios! —grita un oficial.

—No, es una caballada —grita otro.

Y otros:

—Ñanduces.

—Guanacos...

—¡Indios, son indios, indios! —gritan muchos.

El general ordena que veinte soldados vayan detrás de aquella polvareda que huye.

El sargento, baquiano de la partida, sonrío. Y calla.

Parten los veinte soldados. Los oficiales, ya dispuestos a la sableada de indios, cambian los caballos. El sargento, tez de araucano y ojos azules de hombre blanco, sonrío y calla. Sonrío como un hombre blanco y calla como un indio.

A la hora aparece un soldado de los veinte que partieron. Vuelve a dar noticias: la rastrellada es grande, muchos han de ser los indios. Pueden guarecerse en algún bosque y presentar combate...

El general ordena que salga otra partida de diez soldados para apoyar a la primera...

Todos los oficiales quieren ir en esta partida. Los sables se estén saliendo de las vainas. El sable es un pico alargado de ave carnífera: la sangre humana lo nutre. Trota la segunda partida de soldados.

Y otra espera larguísima.

Al fin, el general, ya impaciente, se dirige al sargento:

—Eh, baquiano. ¿Qué le parece, cuántos indios serían?

El sargento sonríe. Y habla:

—En esa “polvadera” no iba ningún indio, general.

—¿Cómo?

—Esa “polvadera” la levanta el viento del este, se encajona en el valle haciendo remolinos, y corre... ¡Juguetón el pampero!

El general, impaciente, colérico casi:

—¿Y por qué no habló antes? Va a hacer que se cansen ios caballos inútilmente. ¿Para qué es el baquiano usted?

—Quizás para que me consulten antes de hacer algo, general.

Y queda, grave, en silencio.

Los ojos del general chispean: un relámpago de ira. Comprende la lección. Da vuelta el caballo, y cuando el baquiano ya no lo ve, hace una mueca: Se ríe de sí mismo.

#### LA HISTORIA EN VERSO

*Dos soldados desertores...*

*Su historia les contaré:*

*Pasaban miserias muchas,*

*al fin dijeron: ¿Pa qué?...*

*Y decidieron largarse*

*a los toldos del infiel.*

*Ensillaron los caballos*

*y todo ya listo...*

—“Che”, dijo el uno,

*a ese que duerme,*

*¿le evitamos la vejez?*

*Y acarició su garganta*

*con el que ayuda a comer.*

*El otro mostró los dientes de risa,*

*y dijo: —“¿Pa qué?”*

*Y ya verán lo que hicieron*

*con el oficial después:*

*Lo ataron en un banquillo*

*y lo sentencieron:*

—“Che, vas a morir fusilado

*por no darnos de comer*

*y, vendándole los ojos,*

*descargaron cinco, seis*

*veces ¿as armas al aire...*

*Todo esto en un santiamén.*

*Allá quedó el fusilado que  
no murió aquella vez.  
Digan ustedes ahora,  
si esto castiga la ley,  
y si esto la ley castiga...  
Bueno, yo digo... ¿Pa qué?...*

## GAUCHI-SOLDADO

El Consejo de Guerra ha fallado así: Su delito no tiene atenuantes, y lo van a fusilar. Primero se insubordinó al teniente, después desertó y se resistió a la partida que fue a tomarlo; peleó con ella hasta que su rémington quedó sin balas. Ahora está en capilla. Habla con el cura. Se justifica Sandalio Gómez:

—¿Por qué lo insulté al teniente y lo amenacé? Y, porque él me insultó antes. Yo he soportado golpes y cepos. No he dicho ¡ay! Soy duro. No me cuezo de un hervor. He soportado lo que todo soldado soporta, pero que me insultara ese recién parido, ¡no!...

—Y si has soportado golpes y cepos, ¿no era más fácil soportar insultos, hijo?

—¡No! Los golpes y el cepo eran para el soldado, los insultos para el hombre. Lo que era para el soldado lo soporté como hombre, insultos; no los soporto ni a Dios!

—Dios nunca te insultaría.

—Bueno, ¡ni al Ministro de la Guerra, entonces! ¡Ni al Presidente de la República! Al soldado Sandalio Gómez, ¡que lo manoseen!; pero a Sandalio Gómez en persona, no lo insultó nadie, ¡nunca!

## NEMESIA

—*Nemesia: ¿Por qué no ríe?*

—*Nemesia: ¿Por qué no habla?*

*Nunca sonríe Nemesia,  
Nemesia siempre callada.  
Nemesia hace medio siglo  
que vive entre gente blanca,  
la trajeron ya de moza,  
cautiva en una patriada.  
Ella vio a sus padres muertos,  
su toldería incendiada,  
vio repartir a sus hijos  
y a su indio que disparaba.  
No supo jamás de nadie,  
ni por nadie preguntara.*

—*Nemesia: ¿Por qué no ríe?*

—*Nemesia: ¿Por qué no habla?*

*Nemesia hace medio siglo  
que de sirvienta trabaja,  
quizás a veces recuerda,  
quizás recuerda sus pampas.  
A veces sus ojos brillan,  
entonces los ojos baja.  
Nunca sonríe Nemesia.  
Nemesia siempre callada.  
Nemesia, que hablen los blancos,  
que rían las gentes blancas.  
La india calla y recuerda,  
la india, dura, trabaja.  
Tuvo un amor, padres, hijos,  
vivió en una libre pampa...  
—Nemesia: ¿Por qué no ríe?  
—Nemesia: ¿Por qué no habla?  
Nunca sonríe Nemesia,  
Nemesia siempre callada.*

#### MATE Y CONVERSACIÓN

El fuego crepita. Sus llamas, como brazos amorosos, se tienden. Su tibio calor acaricia a los hombres. Las bronceadas faces se tiñen de alegría, se sonrojan al reflejo de las llamas. Y no es de duro algarrobo ni de espinoso caldén la leña que produce ese bello camarada de los cuerpos ateridos. Es de bosta de viscacha, simplemente, ese fuego.

—¿Bosta de viscacha? —pregunta un extranjero enganchado, que anda enterándose.

No falta el veterano que habla, gozoso de explicar al gringo las cosas de la tierra. Le habla de la viscacha: Son bichos que viven en cuevas, y como hermanos; ¡qué diferentes a los hombres siempre en pelea unos con otros! Las viscachas se aman, se defienden contra el zorro, si quiere ocuparles la cueva, porque el zorro, aunque fuerte y pícaro, como no tiene bondad, no ha sabido encontrar esto: que los más fuertes no son los musculosos y bien armados, sino los que se unen. La tranquila viscacha, torpe en apariencia, ha encontrado esa verdad que el zorro no sabe. Por supuesto, el zorro pícaro, como el matrero, tiene que andar solo, a las disparadas. Entre tanto las pacíficas viscachas, en sus cuevas, unidas, salen de noche, en ejércitos, y vuelven a las cuevas con lo encontrado, a disfrutarlo en común y a defenderlo en común si un zorro o un perro las ataca.

—Y si usted piensa un poco, amigo —termina el veterano— verá que los hombres vencen a los demás animales, no sólo por su inteligencia que los hizo inventar armas que se ríen de los colmillos del jaguar, y de las garras del puma. Los hombres vencen a todos porque, mal que mal, quieras o no quieras, se unen. ¿Qué haría yo

cargado con lanza, facón, boleadoras, sable, lazo, carabina y un cañón, si así lo desea, pero solo frente a un montón de indios con chuzas? ¡Nada! En un santiamén me despacharían. Pero yo con fusil, usted con sable, el otro con boleadoras, el otro con lanza, uno mete aquí y otro mete allá... Aquí nos tiene, a no sé cuántos cientos de leguas de Buenos Aires, en las tierras del infiel. Todo porque nosotros sabemos unirnos mejor que el salvaje, siempre peleando unos contra otros. Ellos son fieras, nosotros somos viscachas. Y tenemos nuestras viscacheras que son los fortines. ¡Si hasta son feos, sucios, con bosta amontonada como las viscacheras nuestros fortines!

LA HISTORIA EN VERSO

*¡Lindos los generalatos del día, que dejan todo un ejército sobre las resacas del caudaloso Río Negro, a merced y capricho de las olas!...*

SARMIENTO (*El Nacional*, 1879)

*Inundación. El río hinchando el lomo, bestia enojada, sube, sube más... En todos los arroyos, ya torrentes, la muerte asoma, frígida la faz.*

*Frío y hambre. Se comen los caballos. No hay tabaco, no hay yerba. Falta sal...*

*Y a la noche, a la hora en que la vida deja al silencio, dulce amante, entrar, la guitarra cantando en los fogones... ¡Voz conmovida de la heroicidad!*

LATIFUNDIO

*El tren, horas y horas, va cruzando —monótono, sin pausa, ruido y fierro— leguas, leguas de campos alambrados.*

*Leguas, leguas de pampas sin un rancho —monótono, sin pausa, fierro y ruido— postes y alambres tierras custodiando.*

*Va el tren... El latifundio a sus costados. De egoísmo y codicia cenagosos, el latifundio, un infinito charco.*

TIERRAS DE INDIO

*¿Que las tierras no son mías?...  
Está bien, así será;  
estas fueron tierras de indios,  
no sé si decirles más.*

*Si decirles que mi tata  
peleando llegó hasta acá,  
que yo en estas tierras mismas  
supe a los indios pelear.*

*¿Y son estas mismas tierras  
de un señor de la cinda?...  
Si yo no sé qué decirles...  
Está bien, así será.*

VETERANO

*Al tranco, matungo pobre,  
vas volviendo de la guerra,  
y al indio se le quitaron  
¡leguas de tierra!...  
A la luz de la esperanza,  
se van acercando muchos;  
unos encienden cigarros,  
otros los pachos.*

COPLAS PARA EL FOGÓN

*... el fogón es la tribuna democrática...*

MANSILLA

*Las amarguras del mundo  
me van volviendo sabihondo;  
yo soy como el mate amargo,  
amargo, pero sabroso.*

*Mates le pasan al rico,  
¡y mates hasta llenarlo!...  
Al pobre le dan el mate vacío y...  
¡siga cebando!*

*Hombres pobres y caballos  
viven masticando verde:  
el caballo verdes hierbas,  
el pobre esperanzas... verdes.*

*Balando marcha el cordero  
que llevan a degollar,  
balando el cordero implora...  
¡Y lo degüellan igual!*

*Preso el gorrión se mata,  
no canta el mirlo enjaulado,  
la hembra del teru-teru  
no pone huevos esclavos.*

*El árbol de la vida  
tiene dos ramas,  
una da fruta dulce  
y otra da amarga.*

*Frutas que el mismo tronco  
llena de savia,  
unos comen la dulce  
y otros la amarga*

*El sol, gigante, ríe;  
la luna llora.  
¡La luna para el que canta,  
tan querendona!  
¡Vaya si los cantores  
inventan cosas!*

*Porque a mí se me ocurre  
decir ahora:  
El rubio sol es gringo,  
la luna es crioya.*

#### HERMOSO OMBÚ

Hermoso ombú: Yo he oído a un pulpero y a un doctor, un hombre rico, un señor de la ciudad, dueño de la tierra, denigrarte porque no das flores ni frutos. A ellos se sumó otro hombre, un estanciero. Y éste dijo:

—¿Y su madera? ¡Bah! ¡Blanduzca! ¡Ni para quemar sirve!

Era una tarde de verano.

¡Sol!

¡Un sol! Un sol que entraba de punta, hendía y, después, como un cuchillo sin filo, serruchaba el cráneo, maceraba las carnes de la espalda.

Un sol de llanura ante el cual, el hombre, sin defensa, se abate, en silencio, anonadado.

¡Sol!

Los tres —el pulpero, el “señor de la ciudad” y el estanciero—hablaban bajo tu ancha, fresca, única sombra, ombú hermoso.

#### LA HISTORIA EN VERSO

*Nahuel-Payún, el cacique,  
espuma de indio rebelde,  
supo hasta el último día  
combatir a lo valiente.  
Su grito era el más alzado,  
el más ligero su flete,  
el coraje más temido,  
su lanza la de la muerte...  
Desde aquel día al indómito  
la bravura se le duerme:  
Nahuel-Payún, el cacique,  
perdió su alma de jefe,  
que en poder del enemigo  
cayó su tierna Telele,  
la más hermosa y querida  
de sus veintitrés mujeres.  
Nahuel-Payún, una sombra  
del Nahuel-Payún que fuere,  
al fin se entregó, sumiso,  
con las veintidós mujeres.  
Sin esa otra, su vida era  
una rueda sin eje.  
Era una cosa tirada...  
¡Y a éstos llaman infieles!*

#### REMINGTON

—¡Esto no es pelear! —dice, exhibiendo con una mueca despectiva, el veterano Abdón Corrales, el rémington ante las pupilas relucientes y abiertos dos deoros de los guardias nacionales recién incorporados—. ¡Esto no es pelear! —repite Abdón

Corrales, moreno con una cicatriz que, saliendo de la izquierda, le parte la nariz y se le pierde en el bigote canoso—. ¡Esto pelear! ¡Pelear era entonces! Me acuerdo en “Cruz de Guerra”, yo, al lado del comandante Kleim que entonces era sargento, un alemán duro, nunca aprendió a hablar en cristiano, pero que manejaba la chuza como un indio. Me acuerdo en “Cruz de Guerra”, fue el año 57. Todo el día a los sablazos y carabinazos con los maloneros de Calfucurá...

—¿Y por qué a carabinazos, sargento? —pregunta un mozo—. Las carabinas eran para tirar tiros...

—¡Eso creen ustedes! Ustedes que manejan éstos —y señala, más despectivo aún, el rémington—. Estos no fallan. Pero aquellas, las carabinas, de cada diez tiros fallaban nueve. El indio se venía encima ya, había tiempo de desenvainar, entonces se apretaba fuerte la carabina y a culatazo limpio se despachaba al gritón de la chuza. ¡Aquello sí era pelear! ¿Y qué quieren? Aquello me gustaba muy mucho y muy más que el ahora. Ahora, ¿qué? Ahora uno sabe que mueve el gatillo y sale la bala, segura, y voltea al indio cuando todavía no ha visto de qué color es su caballo. Entonces, ¡ah, entonces! Aparecía el indio ayulando, uno apuntaba, ¡tiro! Nada. ¡Otro tiro! Tampoco. Y así hasta que salía o no salía; si adiós indio, si no salía el tiro... Pero esto de ahora, inventado por un estrangis, coyón seguramente, ¡esto no es pelear! Esto es jugar a que se pelea. O es pelear con trampa. ¡Pobres indios!

#### INDIO PRISIONERO

*El indio prisionero, piedra y bronce.  
Bronce el cuerpo en la paja abandonado,  
piedra el alma al destino sometida:  
Siglos de raza siente el araucano.*

*De súbito, levanta la cabeza,  
se le encienden los ojos apagados,  
¡el indio prisionero ha revivido!;  
Ha escuchado un relincho de caballo.*

#### FOGÓN

*Humo se hacen los troncos ,  
que suben buscando cielo;  
igual que cuando eran árboles,  
a conversar con los vientos.  
Las noches largas, las noches  
se consumen junto al fuego;  
noches y troncos quemados:  
humo que llevan los vientos.*

## LA HISTORIA EN VERSO

(13 de junio, 1879)

*Quiero dejar un nombre perdurado,  
el nombre humilde, muy humilde nombre,  
de Mariano Olivares. Nada dice.  
Y a su manera es este un nombre histórico.  
Es de un telegrafista, es el de un héroe,  
fundador de una escuela en la remota,  
remotísima entonces, Bahía Blanca.*

*Fue la primera escuela, hecho magnífico,  
noble combate histórico y simbólico:  
Treinta y dos niños entran a su clase,  
y entre ellos doce indígenas.*

*Si cabe recordar hechos de armas  
donde doce salvajes perecieron,  
¿por qué no recordar este otro hecho  
que doce niños indios resucita?...*

## MISIA MAGALENA

Viuda del sargento Nazario Barranca, madre de Parmenio, Cirilo y Casiano Barranca, todos lanceados el mismo día, en la batalla de San Carlos, allí donde cayó el poder de Calfucurá; Misia Magalena, ahora es jefe del fortín “Los Descalzos”. ¿Qué ha de hacer? Quedó sola, y espera irse con los suyos después de haber muerto cuantos indios pueda. Al fin, ellos la dejaron sin hombre y sin hijos. Matar indios, para ella, es como matar ratones, abundantes en el rancho derruido que es el fortín “Los Descalzos”. Misia Magalena es jefe de ese fortín por una razón imperiosa. No hay hombres en él. Y ella, viuda de un sargento, necesariamente se vio jefe de las cinco mujeres que, vestidas de milico, sustituyeron a los hombres, sus maridos ausentes. A éstos los arrastró el ejército de la revolución, año 1874. Las mujeres, vestidas de soldados, hacen de centinela en el mangrullo del fortín y, de tarde en tarde disparan el cañón, para recordar a los bomberos indios que pudieran andar ocultos espionando entre los pajonales, que allí, en el fortín, hay alguien, y este alguien maneja armas de fuego.

Quince días pasaron así, desde que a los soldados los arrastrara la revolución. Los indios no aparecieron.

Una mañana, en el camino, haciendo señas amistosas, la figura de un indio viejo, desarmado. Se le deja entrar. Misia Magalena, amenazándolo con el fusil, lo hace atar de pies y manos.

—Ahora habla. ¿Pa qué has venido?

El indio chapurrea algo de español: Es un “pasado” –dice– antes había vivido entre los huincas, desea volver a vivir entre ellos.

Las mujeres opinan, todas hablan: encuentran muy bien que se quede entre ellas...

Una dice:

—Nos limpiará los caballos.

Otra dice:

—Ya estábamos necesitando un hombre para eso.

Misia Magalena ha quedado reflexionando. De pronto, se acerca al indio atado, le pone el fusil en el pecho y aprieta el gatillo.

Asombro. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué ha hecho eso? Ella explica:

—¿Y si el indio se enteraba que en el fortín había sólo mujeres? ¿Si había venido para averiguar? ¿Quién les dice que los indios ya no recelen lo que ocurre en los fortines?

—No parecía un traidor– arguye una.

—Un indio menos siempre es un indio menos –contesta la jefe– sea traidor o no sea traidor es un indio menos. Si es por limpiar los caballos que lo sienten, los voy a limpiar yo. Bastantes veces he limpiado los caballos del sargento Nazario Barranca, mi marido, y de mis hijos Parmenio, Cirilo y Casiano Barranca, que murieron en San Carlos, después de haber derrotado a Calfucurá...

Y sus ojos se llenan de lágrimas femeninas.

#### LA SABANDIJA

Dolores Mensio es un hombre ya de medio siglo. Un “viva Mitre” le señala la mejilla con un costurón lívido y le parte el labio. Le falta una oreja y tiene dos dedos de la mano izquierda mochos. Son recuerdos de sus andanzas por los fortines y pulperías. Los recuerdos visibles. Otras cicatrices tiene en el cuerpo. El, más gaucho que soldado, las oculta con un poco de vergüenza. Ahora, vuelto del sud, después de veinte años, mientras un ave negra, su pariente, le gestiona la pensión de sargento que le corresponde, pasa la vida en las esquinas de Buenos Aires, esperando quien lo invite con unas copas y lo empuje a recordar el pasado de allá, de las fronteras... Dolores Mensio es agayudo. Todos lo saben. Y no es bolacero. Por eso se le escucha con gusto. Por ser valiente y no ser mentiroso. El, por otra parte, no necesita andar inventando guapezas, como tantos... Sus cicatrices son testigos.

—¿Lo que más me ha hecho parecer largos aquellos veinte años largos como maldición de tartamudo? –dice–. ¡Pues, la sabandija!

Y relata, minucioso, buen conocedor de lo que relata: La sabandija, nada más terrible.

La sabandija echaba a perder la buena estación. Había el tábano, el zancudo, que los indios llaman “ñatín caballú”, el jején. También los bichos colorados y los piques. Estos dos últimos, enemigos del que, cansado, se deja caer en tierra, a dormir. Aquéllos, enemigos del que va en busca de agua. Porque tábanos, zancudos o jenes

viven en los bajos, junto a las lagunas, allí donde hay agua dulce y buenos pastos. Y los asaltan. Zumban, hunden sus aguijones, furiosos. Es preciso disparar, refugiarse en los altos, allí donde haya viento. Éste los espanta. Y la partida de tábanos y mosquitos se vuelve entonces, a sus bajos, a la espera de sedientos para dejarlos sin sangre. ¡Qué manera de picar! Él, Dolores Mensio, ya hace un año que ha vuelto de allá y aún muestra las manos llenas de picaduras que son casi cicatrices. ¿Cómo defenderse de la sabandija? Cubriéndose con el poncho, en pleno verano, y asarse de calor como un peludo en su cáscara. Algunos se untaban con miel de lechiguanas cara y manos para acercarse a la laguna, y volvían negros de sabandijas pegadas. Otros, él recuerda a Parmenón Ibáñez, a Rosario Funes, se emborrachaban antes de acostarse para no sentir las picaduras. Pero el hombre siquiera sabía defenderse de la sabandija. ¡Los pobres caballos! No podían comer ni beber. Escapaban a las alturas, a los médanos, donde no hay sombra, donde sólo existe pasto duro. ¡Cosa terrible! Tener allí los caballos buen alimento, buena agua, como si estuvieran en un arrenal. ¿Y los piques? Estos se metían en las uñas y crecían hasta que era preciso entrar a pelearlos a punta de cuchillo, sino hinchaban el pie hasta no dejarlo caminar al paciente. ¡Buen regalo el de la sabandija!

Él, Dolores Mensio, si algo no olvidará de su vida en fronteras, será la sabandija. Sólo de oír estos nombres: tábanos, zancudos, jejenes, bichos colorados, piques, comienza a sentir que todo el cuerpo se le escueze, y se rasca.

—¿Y me querrán creer? Los indios son de cuero tan duro que se pasean entre nubes de sabandijas como si nada. El cuero del indio es más duro que el del caballo. ¿Les parece difícilongo que así sea? ¡Así es!

—¿Y los caballos del indio?

—Estos tampoco le temían a la sabandija. El indio es tan habilidoso que acostumbra a su caballo a no sentir el aguijón de la sabandija, como lo acostumbra a no tener sed ni hambre mientras él necesita que no tenga sed ni hambre. ¡Demonio el indio! Sin sabandija —concluye Dolores Mensio y apura la ginebra de su vaso hasta ver el fondo—, sin sabandija, aquello no hubiese sido tan malo como andan diciendo algunos cajetillas de la guardia nacional. ¿Indios, calor, frío, pamperos, inundaciones, sequías, noches de imaginaria, algún chuzazo o algún bolazo, andar 50 leguas de un tirón?... ¡Todo eso era nada! ¡La sabandija, amigos, esto era lo terrible! ¡La sabandija!

Alguno de los parroquianos hace una señal al bolichero, y éste llena el vaso de Dolores Mensio.

Es una invitación a que siga recordando...

#### GRINGO BRUJO

*Fue un día, uno de tantos, la Historia ni lo fecha,  
este hombre grande y rubio se apareció en las pampas,  
se apareció en las pampas de a pie; ¡No es de creerlo!  
No traía cuchillo, pero traía pala.*

*De él se rieron los hombres de a caballo, y el gringo  
de sol a sol cavando, cavando, era un colono..  
"¿Buscará algún tesoro?", se decían los gauchos.  
No buscaba tesoros, él sembraba tesoros.*

*Y los llanos errantes de paja brava, ahora  
son trigales, maizales, gracias al hombre rubio,  
¿vasco, italiano?, este hombre, de las tierras del indio,  
pan sacó para el hambre de todos. ¡Gringo brujo!*

#### CAMINO

*Por aquí pasaron indios,  
después caballos de tropa,  
después tropas de carretas,  
después galeras sonoras...  
Después pasaron los años...  
Hoy pasan locomotoras.*



## **Bibliografía**



- Félix de Azara: *Viajes por la América Meridional*.
- Florentino Ameghino: *Doctrinas y descubrimientos*.
- Hilario Ascasubi: *Santos Vega o los mellizos de la Flor*.
- Juan B. Ambrosetti: *Supersticiones y leyendas*.
- \_\_\_\_\_: *Viaje a la pampa central*.
- A. J. Althaparro: *De mi pago y de mi tiempo*.
- Pedro de Angelis: *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*.
- Félix Augusta: *Diccionario*.
- Eduardo Acevedo Díaz: *Cancha Larga*.
- Archivo General de la Nación*.
- Archivo del General Mitre*. (Correspondencia).
- Nicolás Avellaneda: *Estudios sobre las leyes de tierras públicas*.
- Azul: *Mensuario*.
- Adolfo Alsina: *Memoria de los años 1876-1879*.
- Alsina: *Corona fúnebre*.
- Acárete du Biscay: *Relación de los viajes al Río de la Plata*.
- Academia de la Historia: *Historia Argentina*.
- Santiago Arcos: *Cuestión de los indios. Las fronteras y los indios*.
- Álvaro Barros: *Fronteras y Territorios federales de las pampas del Sud. La guerra entre los indios. Actualidad financiera de la República Argentina*.
- Francisco Bond Head: *Las pampas y los Andes*.
- Francisco Barbará: *Usos y costumbres de los indios pampas*.
- José Juan Biedma: *Crónica histórica del Río Negro*.
- \_\_\_\_\_: *Diccionario Bibliográfico*.
- Lina Beek Bernard: *Fleurs des pampas. Cinco años en la Confederación argentina*.
- Carlos Beek Bernard: *La République Argentine*.
- Diego Barros Arana: *Historia de Chile*.
- Manuel Bilbao: *Tradiciones y recuerdos*.
- Ciro Bayo: *Por la América desconocida*.
- \_\_\_\_\_: *La ciudad de los Césares*.
- José María Badié: *Yerba Buena*.
- Carmelo M. Bonet: *La liberación de la tierra*.
- José Luis Busaniche: *Lecturas de Historia Argentina (1527-1870)*.
- Armando Braun Menéndez: *Pequeña Historia Patagónica*.
- Crónicas Militares: *Antecedentes históricos sobre la campaña contra los indios*.
- Rodolfo Cunningham Graham: *El Río de la Plata*.
- Ángel J. Carranza: *La revolución del 39 en el sud de Buenos Aires*.
- Ramón J. Cárcano: *Juan Facundo Quiroga*.

- Miguel Ángel Cárcano: *Evolución histórica del Régimen de tierras públicas.*
- Martín del Barco Centenera: *La Argentina.*
- Alfonso Carrizo: *Antiguos cantos populares argentinos.*
- Pablo Cabrera: *Tiempos y campos heroicos.*
- Concolorcorvo: *Lazarillo de ciegos caminantes.*
- Teniente Coronel Crespo: *Las luchas fratricidas y con el indio.*
- Emilio A. Coni: *Historia de las vaquerías en el Río de la Plata.*
- \_\_\_\_\_: *La verdad sobre la Enfitosis.*
- \_\_\_\_\_: *La legislación agraria.*
- \_\_\_\_\_: *El gaucho.*
- Juan Carneil: *Memoria de los hechos de armas contra los indios en la frontera sud a partir de 1820, presentada en 1864 al Ministro de la Guerra por el Sargento Mayor Juan Carneil.*
- Rómulo D. Cartaia: *Orígenes de Chascomús.*
- Ángel Floro Costa: *La Conquista del Desierto.*
- Adolfo Carranza: *Hojas Históricas.*
- Manuel Campos: *Guía de la Guardia Nacional.*
- Adalberto A. Clifton Goldney: *Monografía del Indio Coronel de la Nación Don Manuel Namuncurá* (“Garrón de Piedra”).
- Luis de la Cruz: *Viaje.*
- Julio Caillet-Bois: *Lucio Victorio Mansilla.*
- Alcides D’Orbigny: *El hombre americano.*
- Carlos Darwin: *Viaje de un naturalista alrededor del mundo.*
- Hernán Deibe: *Canciones de los indios pampas.*
- Aristóbulo Del Valle: *La política económica argentina, en la década del 80.* “Estudio preliminar” de Luis Víctor Sommi.
- Ruy Díaz de Guzman: *La Argentina.*
- Juan Draghi Lucero: *Cancionero Cuyano.*
- Godofredo Daireaux: *El Fortín.*
- \_\_\_\_\_: *Costumbres criollas.*
- Diario del Ejército en la Expedición al establecimiento de la Nueva Frontera del Sud* (1823).
- José A. Daza: *Expediciones Militares.*
- Diario de Sesiones de la Legislatura de Buenos Aires* (1879).
- Diario de Sesiones del Congreso Nacional* (1877).
- Valentín De Pedro: *Pancho Moreno, el Quijote de la Patagonia.*
- Antonio G. del Valle: *Recordando el pasado.*
- Alfredo Ebelot: *La Pampa. Una invasión de Catriel.*
- Esteban Echeverría: *La Cautiva.*

- Antonio Espina: *La Conquista del Desierto*.
- Martín C. Etcheluz: *La guerra con el indio*.
- El Río de la Plata*. Periódico. Director: José Hernández.
- El Nacional Argentino*. Paraná.
- Tomás Falkner: *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sud*.
- Jorge M. Furt: *Cancionero Popular Rioplatense*.
- Luis Franco: *El otro Rosas*.
- Deán Gregorio Funes: *Historia*.
- Guillermo Furlong Cardiff: *La personalidad y la obra de Falkner*.
- Ignacio Fotheringham: *La vida de un soldado*.
- Ferrocarril del Sud: *Prolongación de Bahía Blanca a Neuquén, 1879*.
- Paul Groussac: *Mendoza y Garay. Gaceta de Buenos Aires*.
- Augusto Guinnard: *Tres años de esclavitud entre los patagones*.
- Juan Agustín García: *La Ciudad Indiana*.
- Daniel Granada: *Supersticiones del Río de la Plata*.
- \_\_\_\_\_: *Vocabulario rioplatense razonado*.
- \_\_\_\_\_: *Guía Monumental de 25 de Mayo*.
- Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra*.
- Alejandro Gillespie: *Observaciones coleccionadas en Buenos Aires y el interior de la República, 1818*.
- Enrique de Gandía: *Etnografía del Río de la Plata en el siglo XVI*. (Problemas indígenas americanos).
- \_\_\_\_\_: *Historia crítica de los mitos y leyendas de la Conquista americana*.
- \_\_\_\_\_: *La ciudad encantada de los Césares*.
- \_\_\_\_\_: *Historia de la República Argentina en el siglo XIX*.
- Tobías Garzón: *Diccionario Argentino*.
- Carlos García Santillán: *Legislación sobre indios del Río de la Plata en el siglo XVI*.
- Ignacio Garmendia: *Cuentos de tropa*.
- Alberto Ghirardo: *Cuentos*.
- Eduardo Gutiérrez: *Croquis y siluetas militares*.
- \_\_\_\_\_: *Juan Moreira*.
- Juan Gutiérrez Gallardo: *Baigorrita*.
- Manuel Gálvez: *El Santito de la voldería*.
- Enrique Herrero: *Prosas del autor de Martín Fierro*.
- Guillermo Enrique Hudson: *Allá lejos y hace tiempo*.
- \_\_\_\_\_: *El ombú*.
- Avelino Herrero Mayor: *Retorno lírico a la pampa*.
- José Hernández: *El gaucho Martín Fierro*.

- Alejandro de Humboldt: *Cuadros de la Naturaleza*.
- José Ingenieros: *Evolución de las ideas argentinas*.
- Juan B. Justo: *Socialismo*.
- Pedro Lozano: *Cartas Annuas*.
- \_\_\_\_\_: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*.
- Ventura Lynch: *La provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión capital de la República*.
- Mario López Osornio: *Esgrima criolla*.
- \_\_\_\_\_: *Oro Nativo*.
- \_\_\_\_\_: *Viviendas de la pampa*.
- Ricardo R. Latcham: *Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI*.
- Ricardo Levene: *Investigaciones acerca de la historia económica del virreynato del Plata*.
- Carlos Leonhardt: *Papeles de los antiguos jesuitas*.
- \_\_\_\_\_: *La misión de indios pampas*.
- Gastón H. Lestard: *Historia de la evolución económica argentina*.
- La Tribuna*. Diario. 1879.
- Remigio Lupo: *Crónicas de 1879*.
- Vicente Fidel López: *Historia Argentina*.
- Francisco Javier Muñiz: *Escritos científicos*.
- Rómulo Muñiz: *Los indios pampas*.
- Lucio V. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*.
- Álvaro Martínez: *Orígenes de San Carlos de Bolívar*.
- Ezequiel Martínez Estrada: *Radiografía de la pampa*.
- Ernesto Morales: *Martirologio de Buenos Aires*.
- \_\_\_\_\_: *Historia de la Aventura*.
- \_\_\_\_\_: *La Ciudad encantada de la Patagonia*.
- Eduardo Madero: *Historia del puerto de Buenos Aires*.
- Jorge Ch. Musters: *Vida entre los patagones*.
- Roberto H. Mariani: *El cuerpo de blandengues de la frontera de Buenos Aires*.
- \_\_\_\_\_: *La guerra con los indios nómades*.
- Mapuche: *El brujo de las cordilleras*.
- Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación americana*.
- \_\_\_\_\_: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*.
- \_\_\_\_\_: *Arengas*.
- Francisco Moreno: *Viaje a la Patagonia*.
- \_\_\_\_\_: *Apuntes sobre tierras patagónicas*.
- \_\_\_\_\_: *Reminiscencias*.
- Prudencio de la C. Mendoza: *Historia de la Ganadería argentina*.

- Nuestra Economía*. Revista mensual.
- Julio Núñez: *La Guardia Nacional*.
- Manuel Olascoaga: *Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro*.
- \_\_\_\_\_: *Topografía andina*.
- Laurencio Olascoaga: *Biografía del General Olascoaga*.
- \_\_\_\_\_: *Algunas verdades históricas*.
- Pedro de Oña: *Arauco Domado. Observaciones sobre la línea de fronteras* (1828).
- Nicasio Oroño: *Consideraciones sobre fronteras y colonias*.
- Clemente Onelli: *Conferencias*.
- Jacinto Oddone: *La burguesía terrateniente argentina*.
- Pastor S. Obligado: *Tradiciones Argentinas*, 1 y 8 Series.
- Manuel Prado: *Conquista de la pampa*.
- \_\_\_\_\_: *Guerra al malón*.
- Mariano Pelliza: *El país de las pampas*.
- Juan Antonio Pillado: *Orígenes del ganado argentino*.
- Manuel Pueyrredón: *Escritos Históricos*.
- José María Paz: *Memorias*.
- Alejo Peyret: *Una visita a las colonias de la República Argentina*.
- Alfredo L. Palacios: *La Enfiteusis argentina en la ley de colonización*.
- Ezequiel Pereyra: *La Tercera Epopeya*.
- Vicente J. Quesada: *Las fronteras y los indios*. ("Revista de Buenos Aires"). Revista Militar.
- Guillermo y Juan Robertson Parish: *La Argentina en los tiempos de la Revolución*.
- Eduardo Ramayón: *Los caballadas en la guerra del indio*.
- \_\_\_\_\_: *Ejército guerrero, poblador y civilizador*.
- \_\_\_\_\_: *Nahuel Huapí*.
- \_\_\_\_\_: *Conscripción Guardia Nacional*.
- \_\_\_\_\_: *Adolfo Alsina*.
- Ricardo Rojas: *Historia de la literatura argentina*.
- \_\_\_\_\_: *La Piedra muerta*.
- Clemente Ricci: *Un puritano argentino*.
- J. M. Reyes: *Memoria geográfica de la copia hecha el año 1823*.  
*Revista de Buenos Aires*.
- José María Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*.  
*Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*.  
*Relación de los cristianos salvados del cautiverio* (1835).
- Alfredo Baymundo: *Crónicas*.
- Julio A. Roca: *Memoria de 1878*.
- Eduardo Bacedo: *Memoria militar y descriptiva*.

- H. C. Boss Johnson: *Vacaciones de un inglés en la Argentina*.
- Juan Manuel de Rosas: *Gramática y Diccionario de la lengua pampa*.
- Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina*.
- Dionisio Schoo Lastra: *El indio del desierto*.
- Félix San Martín: *A través de la pampa*.
- \_\_\_\_\_: *Neuquén*.
- \_\_\_\_\_: *Desde el rodeo*.
- Enrique Sánchez: *Biografía de Adolfo Alsina*.
- \_\_\_\_\_: *Recuerdos*.
- Tito Saubidet: *Vocabulario*.
- José Sánchez Labrador: *Los indios pampas, puelches y patagones*.
- Enrique Stieben: *De Garay a Roca*.
- \_\_\_\_\_: *La Pampa*.
- Orlando Sanguinetti: *La vida cívica del gaucho. La tradición gaucha*.
- \_\_\_\_\_: *Ensayo histórico*.
- Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo*.
- \_\_\_\_\_: *Argirópolis*.
- \_\_\_\_\_: *Conflicto y armonías de las razas en América*.
- Fernán Silva Valdés: *Agua del tiempo*.
- \_\_\_\_\_: *Poemas nativos*.
- Ulrico Schmidel: *Viaje al Río de la Plata*.
- Lisandro Segovia: *Diccionario de argentinismos*.
- Eduardo Schiaffino: *La pintura y la escultura en la Argentina*.
- Narciso E. Sosa: *Por los caminos de entonces...*
- M. C. Torres Ibáñez: *Narraciones y bocetos militares*.
- Elíseo Tello: *Toponimia indígena bonaerense*.
- Samuel Tarnopolsky: *La rastrillada de Salinas Grandes*.
- \_\_\_\_\_: *Alarma de indios en las fronteras del sud*.
- Guillermo A. Terrera: *El caballo criollo en la tradición argentina*. José Torre Revello: *La fundación de Chascomús*.
- Un veterano de Húsares: *Ligeros apuntes de la vida militar del coronel Eugenio del Busto*.
- Enrique Udaondo: *Diccionario biográfico argentino*.
- Un viajero argentino: *Abusos y ruina de la campaña*.
- Benjamín Vicuña Mackenna: *El ostracismo de los Carrera*.
- Lautaro José Vertía: *Memoria* ("Revista del Archivo General de Buenos Aires").
- C. A. S. del Vasco: *La Colonización de la República Argentina*. (Prólogo de José Hernández).
- Jorge Velazco: *Expedición contra los indígenas del Sud*.

- Julio Verne: *Los hijos del Capitán Grant*.
- Mariano de Vedia: *Boca*.
- Jacinto B. Yaben: *Biografías argentinas y sudamericanas*.
- Aquiles D. Ygobone: *La epopeya patagónica*.
- Álvaro Yunque: *La literatura social en la Argentina*.
- \_\_\_\_\_: *Poemas Gringos*.
- \_\_\_\_\_: *Alem, el hombre de la multitud*.
- Antonio Zinny: *Historia de los Gobernadores*.
- Estanislao Zeballos: *La Conquista de 15 mil leguas*.
- \_\_\_\_\_: *Calfucurá y la Dinastía de los Piedra*.
- \_\_\_\_\_: *Painé y la Dinastía de los Zorros*.
- \_\_\_\_\_: *Relmú, reina de los pinares*.
- \_\_\_\_\_: *Viaje al país de los araucanos*.
- Rómulo Zabala y Enrique de Gandía: *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*.
- Wellington F. Zerda: *Los indios y las invasiones inglesas. – Relaciones de los indios*.



Otros títulos de  
*Reediciones & Antologías*

**1. Contorno**

Edición Facsimilar

**2. Masas y balas**

Liborio Justo

**3. Metafísica de la pampa**

Carlos Astrada

**4. Plan de operaciones**

Mariano Moreno



La colección *Reediciones y Antologías* está animada por una mirada que vuelve sobre los textos pasados. Una visita curiosa y cauta que intenta traer al presente un conjunto de escritos capaces de interpelarnos en nuestra existencia común. Trazos sutiles que convocan a despertar la sensibilidad crítica de un lector, desprevenido u ocasional, que encontrará en estos volúmenes buenas razones para repensar nuestra incierta experiencia contemporánea.

Hombre de letras cabal, conocedor del alma humana, Yunque muestra con claridad la ambigüedad de sus personajes en quienes no busca sancionar valores ni construir modelos éticos: en sus páginas desfilan actores sociales contradictorios, en quienes la crueldad y la vileza suelen ir acompañadas de ademanes de alta piedad y sabiduría. Son sus sujetos los hombres tomados por la historia y que, a la vez, la modulan. Aunque no por ello nuestro autor se hunde en un relativismo de pretensiones neutrales. Pues en ningún momento pierde de vista el hecho de que los pueblos aborígenes sufrieron y sufren una injusticia que culminó en masacre, y ese hecho, por más que se asienten en ideales modernos los relatos que —en vano— lo excusen, es del orden de lo no discutible.



EDICIONES  
BIBLIOTECA  
NACIONAL



EDICIONES  
& ANTOLOGÍAS

ISBN 978-987-9350-21-8



9 789879 350218